

6 / Sistematizaciones mesas de diálogo

Las mesas de diálogo fueron una herramienta clave para materializar la participación de personas que vivieron y, luego, fueron desalojadas de la Villa San Luis, en la comuna de Las Condes en Santiago de Chile. Estas mesas fueron convocadas a través de reuniones durante noviembre de 2022 en sus actuales comunas de residencia por integrantes de la directiva de la Fundación Desalojados de Villa San Luis.

Guiadas con una plantilla de temas, construida por la directiva de la Fundación y la curadora a cargo de esta recopilación de vivencias, un grupo de sociólogas, trabajadoras sociales y psicólogas guió las conversaciones que se sistematizan a continuación. Además, se realizó una transcripción de estas mesas de diálogo (excepto una que no contó con la grabación adecuada para ser transcrita).

En resumen:

Antes de la Villa San Luis

Quienes poblaron la Villa San Luis vivían principalmente en las comunas de Las Condes y Vitacura, en campamentos cercanos a la villa; El Esfuerzo, El Ejemplo, Ho Chi Minh, entre otros. Los pobladores experimentaban problemas habitacionales dado que vivían en mediaguas, con carencia de agua potable y servicios sanitarios. Aquellas viviendas que estaban a orillas del río Mapocho sufrían los desbordes e inundaciones durante el invierno, lo que implicó muchas veces recibir apoyo de vecinos de Las Condes para su resguardo. En general, se relata una vida grata en los campamentos, donde destaca el apoyo entre vecinos y la buena convivencia. Además, niños y niñas tenían acceso a colegios de la comuna, lo que valoran por los vínculos que tuvieron y el nivel de enseñanza que adquirieron. Quienes trabajaban también valoraban la posibilidad de tener oportunidades laborales cercanas a sus viviendas, por lo que estaban satisfechos en ese ámbito.

Llegada a la Villa San Luis

La llegada a la Villa fue, principalmente, vía la postulación y pago de cuotas a través de libretas de ahorro para la asignación de departamentos. Varios participantes relataron que durante el proceso de construcción de los departamentos trabajaron en esta. Por otra parte, ante riesgos de tomas, se organizaron para cuidar los departamentos que tenían asignados. Para la totalidad de los pobladores de la Villa San Luis, esta fue su primera experiencia de habitar un espacio de calidad y con buena infraestructura, agua potable y servicios sanitarios adecuados, lo que en muchos casos

impactó la vida el interior del hogar en términos de privacidad y al exterior, con la convivencia entre vecinos.

Los años en la Villa San Luis

La vida en la Villa San Luis es recordada como tiempos de comunidad y buena convivencia entre vecinos de la Villa y vecinos de la comuna. Los participantes relatan que dejaron de vivir en hacinamiento, lo que permitió un mejor desarrollo de la vida familiar al interior de los departamentos. La vida en comunidad y las relaciones con los vecinos también se destacan, relatan que los niños jugaban sin problemas de seguridad por todo el barrio. Respecto a la educación, se mantuvo la asistencia a colegios de la comuna, lo que se recuerda como muy positivo, varios participantes aprecian sus relaciones de amistad con vecinos de Las Condes. Quienes trabajaban también presentaban facilidades por la ubicación de sus viviendas, los pobladores recuerdan “ser la mano de obra de Las Condes” de forma positiva porque muy cerca de sus casas tenían oportunidades laborales abundantes.

El Golpe militar

El Golpe militar llegó a perturbar toda tranquilidad que vivían los pobladores de la Villa San Luis. Los afectó directamente con allanamientos en busca de armas, control permanente y violencia por parte de militares, reducción de acceso a alimentos por el toque de queda y restricciones particularmente aplicadas en la Villa San Luis, desapariciones de vecinos, etc. Se relatan como momentos muy duros, de inseguridad y miedo constante al interior de sus propias viviendas.

El desalojo

El desalojo se recuerda como un hito terrible que marcó un antes y un después en la vida de quienes habitaban la Villa San Luis. Muchos pobladores recuerdan con mucho dolor lo vivido y lo experimentaron como un evento traumático. Los desalojos no fueron informados con tiempo, fueron realizados violentamente por militares, maltratando y aterrorizando a las personas de todas las edades, destruyendo posesiones materiales y llevándolos a través de camiones de basura a comunas periféricas de Santiago.

La vida en nuevas comunas

La llegada a nuevas viviendas también se experimentó como traumática. Los departamentos a los cuales fueron desplazados no tenían condiciones dignas, ya que estaban extremadamente sucios, sin puertas, sin ventanas, sin luz ni agua, incluso en algunos casos fueron desplazados a terrenos baldíos. Muchos relatan la presencia de chinches en las nuevas viviendas. La discriminación que sufrieron por parte de sus nuevos vecinos es algo que muchos participantes relatan con dolor. Los nuevos vecinos no entendían las condiciones porque habían llegado a sus comunas y los tildaban de “comunistas” y “delincuentes”, incluso no les creían que habían adquirido sus departamentos en la Villa San Luis legalmente, sino que se los habían tomado. Los niños que tuvieron que cambiarse de colegio experimentaron grandes dificultades en sus trayectorias educacionales, muchos tuvieron que repetir cursos, ser excluidos e incluso dejar de educarse. Por otro lado, quienes trabajaban experimentaron algo similar. Muchos tuvieron que agregar dos horas de traslado para llegar a sus trabajos y otros perdieron sus trabajos.

El presente

Al recolectarse los testimonios, se manifiesta incomprensión por lo ocurrido, sentimientos de injusticia y sobre todo dolor de haber vivido ese trauma. Con los años, mucho esfuerzo y apoyo entre ex vecinos, algunos han logrado reconstruir sus departamentos, su vida personal y familiar. Existen casos dispares, algunas personas sienten que siguen siendo de Las Condes y se imaginan viviendo ahí muy felizmente. Otros, no lo ven como una alternativa posible, el dolor y los recuerdos son más fuertes y ya se sienten pertenecientes a la comuna en la cual habitan hace casi 40 años. La incomprensión por el desalojo desde Villa San Luis y la sensación de no reparación por más de cuatro décadas es la tónica de quienes participan en las mesas de diálogo.

215 participantes de mesa de diálogo /

Se realizaron 14 mesas de diálogo en 7 comunas de la región Metropolitana, en las cuales participaron 215 personas.

La Granja / 5 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Juana	Albornoz	Lavin	PAC
2	Gladys	Arriagada	Álvarez	Lo Espejo
3	Adela	Bustamante	Muñoz	La Granja
4	Isabel	Compay	Meriño	Renca
5	Haydee	Contreras	Fuentes	La Granja
6	Andrea	Díaz	Sepúlveda	
7	Ana María	Epuñan	Melillan	Pudahuel
8	José Marcelo	Epuñan	Melillan	Pudahuel
9	María Angélica	Escobar	Lucero	La Pintana
10	Alfonso	Gagegilos		La Granja
11	Graciela	Gómez	Barahona	La Granja
12	Elcira	Huenulao	Llanca	La Granja
13	Carolina	Lillo	López	Buin
14	Margarita de la Rosa	Lillo	Vergara	Noviciado
15	Miguel	Manríquez	Gil	La Granja
16	Antonieta	Miranda	Ábalos	PAC
17	Luis Hermes	Parada	Álvarez	La Pintana
18	Jorge Luis	Recabarren	Muñoz	La Granja
19	Olga	Rojas	Miranda	La Granja
20	Adriana	Seguelle	Contreras	La Granja
21	Paulina	Sepúlveda	Toledo	La Granja
22	Manuel	Silva	Quevedo	La Granja
23	Jorge	Tolozza	Cabezas	La Granja
24	Rosa	Vargas	Peña	La Granja

Conchalí / 6 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Juana	Albornoz	Lavin	PAC
2	Maria	Araya	Silva	Independencia
3	Juan	Araya	Silva	Conchalí
4	Bernarda	Barrientos	Chodil	Conchalí

5	Margarita	Cabezas	Aguirre	Conchalí
6	Alicia	Cabrera	Ulloa	Quilicura
7	Alicia	Cabrera	Ulloa	Conchalí
8	Claudio	Caracho		Conchalí
9	Manuel	Carvacho	Medina	Conchalí
10	Irlanda	Carvajal	Carvajal	Conchalí
11	Lucila	Chodil	Chodil	Conchalí
12	Lidia	Chodil	Chodil	Conchalí
13	Irlanda	Collao	Carvajal	Conchalí
14	Mauricio	Collao	Carvajal	Conchalí
15	Jorge	Collao	Carvajal	Conchalí
16	Ana María	Epuñan	Melillan	Pudahuel
17	José Marcelo	Epuñan	Melillan	Pudahuel
18	Eliana	Espíndola	Vergara	Conchalí
19	Guillermina	Estrada	Fierro	Conchalí
20	Manuel Mauricio	Farias	Estrada	Conchalí
21	Marco Aurelio	Farias	Estrada	Conchalí
22	Mercedes	Guerra		Conchalí
23	Mariana	Larrañaga	Benavides	Conchalí
24	Jessica	Leiva	Espíndola	Conchalí
25	Marianela	Leiva	Espíndola	Conchalí
26	Gemita	Lobos	Garrido	Huachuraba
27	Clorinda	Maldonado	Aranda	Conchalí
28	Verónica	Maya	González	Conchalí
28	Vicente	Mieláz	Cortés	Conchalí
29	Gertrudis Antonieta	Miranda	Ábalos	PAC
30	Maria	Molina	Bahamondes	Conchalí
31	Marcelo	Molina	Vera	Conchalí
32	María Inés	Peralta	Abarca	Conchalí
33	Ximena	Salinas	Rodriguez	PAC
34	Johana	Sánchez	Neto	Conchalí
35	Lorena	Sánchez	Neto	Conchalí
36	Daniel José	Tapia	Jorquera	Conchalí
37	Ana María	Vásquez	Velázquez	Conchalí
38	Verónica	Vásquez	Velázquez	Conchalí
39	Jannet	Villa	Urta	Conchalí
40	Gustavo Hernán	Zúñiga	Contreras	Conchalí

Lo Prado / 8 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Marta	Chacana	Ocares	Lo Prado
2	Ximena del Carmen	Contreras	Catalán	Lo Prado
3	Ana María	Epuñan	Melillán	Pudahuel
4	José Marcelo	Epuñan	Melillán	Pudahuel
5	María Yolanda	Flores	Mora	Lo Prado
6	Marta	Flores	Vega	Lo Prado
7	Margarita del Carmen	Hermosilla	Quezada	Lo Prado
8	Rosa	Hernández	Rivera	Lo Prado
9	Sonia	Matus	Fritz	Lo Prado
10	Bernardita	Montanares		Lo Prado
11	Gladys	Ortis	Lincon	
12	Ximena	San Martín		Lo Prado
13	Jéssica	Sepúlveda	Peña	Lo Prado
14	Silvana	Soto	Sanhueza	Lo Prado
15	Blanca	Valenzuela	Cea	Lo Prado
16	Blanca Mirna	Valenzuela	Cea	Lo Prado
17	Margarita	Vargas	Fernández	Lo Prado

Independencia / Juan Antonio Ríos / 12 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Juana	Albornoz	Lavín	PAC
2	María	Bravo	Sandoval	Independencia
3	Mónica del Carmen	Cadena	Bobadilla	
4	Eduardo Segundo	Carrasco	Roa	Independencia
5	Miguel Ángel	Carrasco	Roa	Independencia
6	Dilena del Carmen	Carvajal	Moya	Independencia
7	Carlos	Castillo	Ramos	Independencia
8	Hugo Ernesto	Contreras	Molina	Independencia
9	Cecilia	Donoso	González	Independencia
10	Ana María	Epuñan	Melillán	Pudahuel
11	José Marcelo	Epuñan	Melillán	Pudahuel
12	Manuel	Ferreira	Pacheco	Independencia
13	María Rebeca	Fuenzalida	Rojas	Independencia
14	Ana	González	Aracena	Independencia
15	Rosa	González	Maldonado	Independencia
16	Luis	Jaña	Reyes	Independencia

17	Sergio Eduardo	Mejías	Gil	Independencia
18	Antonieta	Miranda	Ábalos	PAC
19	Felisa	Miranda	Ábalos	PAC
20	Delfina de las Mercedes	Retamal	Fuentes	Independencia
21	Jorge	Rojas	Garrido	Independencia
22	Ximena del Carmen	Salinas	Rodríguez	PAC
23	Laurentina	Sepúlveda	Troncoso	Independencia
24	María Magdalena	Ubilla	Sandoval	Independencia
25	Pablo	Vera	Marchant	Independencia
26	Manuel Mauricio	Farias	Estrada	Conchalí

Pedro Aguirre Cerda / 15 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Eliana	Acevedo	Torres	Pedro Aguirre Cerda
2	Paola	Burgos	Rodríguez	Pedro Aguirre Cerda
3	Patricia	Burgos	Rodríguez	Pedro Aguirre Cerda
4	Cristina	Cáceres	Bravo	Pedro Aguirre Cerda
5	Cristian	Cáceres	Contreras	Pedro Aguirre Cerda
6	Hilda	Campos	Garay	Pedro Aguirre Cerda
7	María	Campos	Núñez	Pedro Aguirre Cerda
8	Waldo	Carrasco	Astudillo	Pedro Aguirre Cerda
9	Sara	Carrasco		Pedro Aguirre Cerda
10	Elba	Catalán	Fuenzalida	Pedro Aguirre Cerda
11	Andrea	Catalán	Fuenzalida	Pedro Aguirre Cerda
12	Benecia	Cerda	Morales	Pedro Aguirre Cerda
13	Rosalía	Contreras	Durán	Pedro Aguirre Cerda
14	María	Cornejo	Cabezas	Pedro Aguirre Cerda
15	Soledad Inés	Del Valle	Torres	Pedro Aguirre Cerda
16	Ana María	Epuñan	Melillán	Pudahuel
17	José Marcelo	Epuñan	Melillán	Pudahuel
18	Bernardita	Escudero	Mora	Pedro Aguirre Cerda
19	Mario	Gálvez	Santibáñez	Pedro Aguirre Cerda
20	Roxana	Lagos	Cabezas	Pedro Aguirre Cerda
21	Antonieta	Lillo	Vargas	Pedro Aguirre Cerda
22	Luis Rubén	López	Reyes	Pedro Aguirre Cerda
23	Placinda	Mellado	González	Pedro Aguirre Cerda
24	Antonieta	Miranda	Ábalos	Pedro Aguirre Cerda
25	Felisa	Miranda	Ábalos	Pedro Aguirre Cerda

26	Juana	Moreno	González	Pedro Aguirre Cerda
27	Guillermina	Moreno	González	Pedro Aguirre Cerda
28	Rosa María	Munizaga	Uribe	Pedro Aguirre Cerda
28	Tulio	Ortiz	Guajardo	Pedro Aguirre Cerda
29	José	Oses	Cárcamo	Pedro Aguirre Cerda
30	Manuel	Pacheco	González	Pedro Aguirre Cerda
31	María Elena	Rojas	Cereceda	Pedro Aguirre Cerda
32	Alejandra	Rojas		Pedro Aguirre Cerda
33	Marta	Romero	Acuña	Pedro Aguirre Cerda
34	Isabel	Salas	Guiñez	
35	Manuel Roberto	Salavador	Arancibia	Pedro Aguirre Cerda
36	Avelina	Salazar	Rivera	Pedro Aguirre Cerda
37	Ana María	Salazar	Rivera	Pedro Aguirre Cerda
38	Ximena del Carmen	Salinas	Rodríguez	Pedro Aguirre Cerda
39	Héctor Hernán	Sepúlveda	Gómez	Pedro Aguirre Cerda
40	Raúl Agustín	Sierra	Herrera	Pedro Aguirre Cerda
41	Humilde	Torres	Vasquez	Pedro Aguirre Cerda
42	Ernesta de la Cruz	Urrutia	Jorquera	Pedro Aguirre Cerda
43	Néstor	Villagra	Salas	Puente Alto
44	María Magdalena	Zuñiga	Valdés	Pedro Aguirre Cerda
45	Margarita de las Mercedes	Díaz	Muñoz	Pedro Aguirre Cerda

Renca / 20 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	María Elena	Aguilar	Olivares	Renca
2	Irene	Alfaro	Peña	Renca
3	Rosa	Arias		Renca
4	Silvia	Baes	Varas	
5	Yascara	Baez	Varas	Quinta Normal
6	Marisol	Bueno	Sanhueza	Renca
7	Balbina	Bustos	Henríquez	Renca
8	Zunilda	Castro	Rojas	Renca
9	Mariana Gladys	Castro	Valdés	Renca
10	Gabriela	Collao	Martínez	Renca
11	Álvaro	Consuegra	Alfaro	Macul
12	José Marcelo	Epuñan	Melillan	Pudahuel
13	Ana María	Epuñan	Melillan	Pudahuel
14	Jaqueline del Carmen	Escobar	Zúñiga	Renca

15	Luis Alberto	Escobar	Lucero	Renca
16	Elsa	Galaz	Murillo	Renca
17	Verónica del Carmen	González	Bravo	Renca
18	Juana	Grises	Grises	Renca
19	Ana Luisa	Henriquez	Bustos	Renca
20	Bernardina de las Mercedes	Hernández	Briones	Renca
21	Alberto	Herrera	Soto	Renca
22	Magali	Jara	López	Renca
23	Manuel	Lillo	Melgarejo	Renca
24	Alejandro	Lira	Córdoba	Quilicura
25	Marta	Martínez	Carrasco	Renca
26	Ernestina	Mendoza	Cortés	Renca
27	Ramón	Molina	Pulgar	Renca
28	Paula	Morales	Díaz	Independencia
28	Carmen	Parada	Álvarez	Renca
29	Myrna	Parada	Álvarez	Quinteros
30	Luis Virginio	Polanco	Moris	Renca
31	René	Ponce	Duncan	Renca
32	Ana	Quiroz	Villanoe	Renca
33	Mario	Reyes	Saldañez	Renca
34	Óscar	Rojas	Mondaca	Renca
35	Rosa	Romero	Valdés	Renca
36	Filomena	Salazar	Raffu	Renca
37	Bernardita del Carmen	Sepúlveda	Arriagada	Renca
38	Laura Ismelia	Soto	Toro	Renca
39	Marcos	Tapia	Valenzuela	Renca
40	Fernanda	Torres	Santibañez	Renca
41	Fresia	Troncoso	Zúñiga	Renca
42	Hugo	Vallejo	Pozo	Renca
43	Angela	Vallejo	Lillo	Renca
44	María Elena	Vargas	Soto	Renca
45	Marcelo	Vasquez	Torres	Renca
46	Marión del Carmen	Vasquez	Guerrero	Renca
47	Leandro Sebastián	Vásquez	Molina	Renca
48	Silvana del Carmen	Vera	Hernández	Renca
49	María	Yáñez	Sepúlveda	Renca
50	Raquel	Zúñiga	Vasquez	Cerrillos
51	Erika	Molina	Ferreira	Renca

Lo Espejo / 22 de noviembre 2022

	Nombre			Comuna de residencia actual
1	Mariana	Arancibia	Padilla	Lo Espejo
2	María	Aravena	Díaz	Lo Espejo
3	Gladys	Arriagada	Álvarez	Lo Espejo
4	Ana María	Epuñan	Melillan	Pudahuel
5	José Marcelo	Epuñan	Melillan	Pudahuel
6	Juana	Farías	Canales	Lo Espejo
7	Elizabeth	Hernández	Velazquez	Lo Espejo
8	Rosa	Huenchul	Hernández	Lo Espejo
9	Gertrudis Antonieta	Miranda	Ábalos	PAC
10	Margarita	Monje	López	Lo Espejo
11	Luz Cecilia	Soto	Mendoza	Lo Espejo
12	Rafael	Torres	Morales	Lo Espejo

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de La Granja /



Fecha: sábado 5 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Clara Irrázaval Bustos (socióloga)

Antes de la Villa San Luis

Los participantes recuerdan que antes de la Villa vivían en campamentos cerca del río Mapocho (Miguel Manríquez y Juana Albornoz). Juana Albornoz comenta cómo era la vida comunitaria en el barrio alto: “Empezamos a vivir en la orilla del río y todos los inviernos nos llevaban a la Escuela Militar porque los techos se llovían y debido a eso se empezó a construir la Villa San Luis. Los ricos de Vitacura en auto agarraban a los niños y los llevaban a la Escuela Militar y después pasaba la lluvia y los devolvían a las casitas”.

Llegada a la Villa San Luis

La llegada a la Villa San Luis estuvo marcada por la buena convivencia con los vecinos, como comenta la nuera de Felicinda: “los vecinos eran bien amables, nunca tuvimos problemas”. Jorge Recabarren recuerda algo similar: “yo viví muchas cosas bonitas allá (VSL), tuve muchos vecinos buenos, amigos buenos, de mucho tiempo. Esas cosas se pierden. Eso es lo que más anhelo, la amistad”.

Por otro lado, Juana Albornoz recuerda las oportunidades laborales que le otorgaba el barrio: “como toda la gente, trabajamos justamente con la gente de Las Condes. A mí me ofrecieron hasta irme a Lo Barnechea, yo era presidenta del centro de madres de Santa Rosa de Las Condes”.

Desalojo

El relato del desalojo en esta mesa de diálogo no se abordó profundamente ya que los participantes mencionaron que evocaba recuerdos muy dolorosos. Juana Albornoz comentó su experiencia: “cuando llegué a la casa encontré a los camiones, los niños lloraban, y nos cambiaron en las noches. Estaban los camiones sacando la gente a garabato limpio”.

Vida en nuevas comunas

La llegada a las nuevas comunas está marcada por dos aspectos transversales. Primero, la falta de infraestructura de las nuevas viviendas; y segundo, la sensación de discriminación y no pertenencia al lugar. Gladys explica que la llegada a las nuevas comunas fue difícil porque los vecinos creían que se habían tomado originalmente los departamentos en la Villa San Luis y por eso los habían desalojado: “cuando llegamos ahí la gente no nos quería, costó un mundo que llegásemos a ser aceptados. Ellos creían que nos habíamos tomado esos departamentos”.

“Encontraste un departamento impecable en la Villa y llegamos aquí, y el departamento no tenía puerta de entrada, tuve que arreglar el baño, el piso y muchas cosas cambiaron. La vida allá era distinta, varios llegamos juntos, como éramos chicos compartíamos, al llegar aquí había que ir hacia delante no más. Y aquí seguimos siendo discriminados, después de cuarenta años no hay una convivencia. Aquí no hay una asistente social que vengan a ver a alguien o que necesiten alguna cosa. Pedir ayuda socialmente es imposible, nosotros somos un cacho”. (Miguel Manríquez)

“Llegamos a la población Alessandri y los departamentos sin luz, no había basureros, todos los departamentos tenían chinches. Ahí empezó la guerra a los chinches. Íbamos a trabajar arriba porque acá no había nada. Los papás cuidaban a los niños mientras yo trabajaba en la embajada de Estados Unidos. Pero cuando llegamos acá abajo era una mugre. Desapareció el edificio del centro de madres total que no teníamos ninguna ayuda. Mis niños eran chicos, mi marido no trabajaba, se enfermó y uno de mis niños lo llevó a la posta. Le pusieron una inyección y ese mismo día en la noche estaba muerto”. (Juana Albornoz)

Trabajo

Las oportunidades laborales sufrieron un gran impacto tras el desalojo de la Villa San Luis. Como comenta Gladys: “el cambio fue brutal, en ese tiempo yo trabajaba después aquí no se puede. No teníamos opción”. Miguel Manríquez reflexiona cómo su llegada a La Granja cambió las oportunidades laborales de su familia: “aquí me han costado un mundo las oportunidades laborales. Mi viejo era electricista, trabajaba para fuera de Santiago. Mi mamá era asesora del hogar en Las Condes, con buena llegada. Al trabajar, en mi currículo el dónde viví impacta. Si

hubiera vivido arriba hubiese sido diferente. Mi mamá cuando llegamos aquí dejó de trabajar. Dónde estás habitando, miras el currículo de la persona, no si eres apto o no". (Miguel Manríquez)

Presente

Isabel Compay recalca la importancia de conmemorar la vida en la Villa San Luis: "agradezco que se haga un museo porque es importante que quede un recuerdo de la gente que vivió ahí. Antes de que los milicos se tomaran los departamentos. Porque todas las personas que vivían ahí los pagaron. Y hace años que estamos luchando por esto".

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de La Granja /



Fecha: sábado 5 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Emilia Gallo (trabajadora social)

Antes de la Villa San Luis

La mayoría de las participantes ya son personas mayores, sobre los 60 años, una de ellas antes de comenzar señala que “la memoria está como mala”.

Casi todas las mujeres antes de llegar a la Villa San Luis vivían en la zona oriente de Santiago (Vitacura, Las Condes y Lo Barnechea) en campamentos emplazados a la orilla del río Mapocho, ubicados específicamente en las comunas de Las Condes y Vitacura. Solo una persona menciona haber vivido en Santiago centro, en el edificio en el que trabajaba su marido como conserje.

Vida en el hogar/cotidiana

Sobre la vida en el campamento a pesar de las condiciones adversas y situación de pobreza, hay una noción común de que la vida en el campamento era “feliz” y “un periodo hermoso de la vida”.

Una participante declara “a pesar de toda la pobreza que había ahí, las zanjas de agua y el agua se nos entraba a las piezas, al dormitorio al comedor, nosotros... yo fui feliz ahí”. Los buenos recuerdos se vinculan principalmente a la vida en comunidad y la seguridad.

Un recuerdo significativo de quienes eran niñas durante esa época es bañarse en el río Mapocho, inclusive a pesar de que los guarenes corrían por los lados. Mientras que, respecto a la seguridad, destacan la tranquilidad del entorno, contrastando lo que era un campamento en esa época a

como lo son actualmente “ahora en los campamentos, te matan, te roban, pero antes era algo muy hermoso”.

Relaciones significativas

No se ahonda mucho en este aspecto, solo se menciona que sí existían vínculos entre pobladores, sobre todo entre niños y niñas, quienes eran amigos y pasaban la mayor parte del tiempo jugando en las calles.

Acceso a servicios, escolaridad y empleo

Si bien no contaban con acceso a servicios básicos (como luz, agua, alcantarillado), al estar los campamentos emplazados en el sector oriente, servicios tales como acceso a comercio y establecimientos educacionales eran cercanos y de calidad. Son destacados, sobre todo, los establecimientos educacionales. Algunos de los colegios mencionados en los cuales estudiaron las participantes son: Campanario de Las Condes, Saint George (gracias a la beca), Inmaculada Concepción.

El colegio Inmaculada Concepción, emerge como un lugar significativo, puesto que al ser una iglesia también se celebraron bautizos, matrimonios, etc.

Llegada a la Villa San Luis

Vida en el hogar/cotidiana

La llegada a la Villa fue durante los años 71 y 72, en el grupo se distinguen dos rangos etarios en los que las mujeres llegan a la Villa. El primero corresponde a mujeres que llegaron con aproximadamente 20 - 21 años, quienes estaban casadas y tenían entre 1 o 3 hijos. Mientras que el segundo grupo, son las hijas de aquellas mujeres que llegaron a la Villa cuando tenían entre 8 y 10 años.

Al relatar sobre la llegada a la Villa, solo es mencionada la emoción que implicaba la casa propia o llegar a un nuevo hogar, en el caso de las más jóvenes.

Hitos significativos

Las mujeres que eran adultas cuando llegaron a la Villa recuerdan que previa a la entrega de la vivienda fue necesario “cuidar los departamentos”, pues si no se los tomaban. Esta tarea la hacían principalmente los hombres de las familias. Esta situación generó mucha tensión, era un riesgo latente a pesar de haber pagado cuotas y firmar escrituras.

Finalmente, en general no emerge en el relato colectivo recuerdos vinculados a la mudanza.

Los años en la Villa San Luis

Vida en el hogar/cotidiana

Si bien hay diferentes fechas de llegada y salida en este grupo, las familias alcanzaron a vivir aproximadamente 7 años en la Villa. Es común recordar los años en la Villa San Luis como una "época bonita y feliz" de la que atesoran bellos recuerdos.

Dentro de los momentos significativos están el haber tenido hijos mientras vivían en los departamentos, poder relacionarse con personas de diferentes niveles socioeconómicos, tener buenos vecinos y vecinas, vivir cerca de servicios (supermercado, zapaterías, etc.), trabajo y entornos cuidados y bellos. Una de las participantes recuerda con emoción, "era bonito caminar, me gustaba caminar hasta el colegio, eran muchas cuadras, pero se podía caminar". Todos los aspectos mencionados tienen un quiebre una vez instalados en La Granja.

Los departamentos, los recuerdan como cómodos, a pesar de no ser muy grandes destacan los amplios pasillos. La mayoría recuerda haber vivido en una tipología que poseía dos habitaciones; una grande y otra más pequeña. Describen como agradable habitar la vivienda y la mayoría menciona el esfuerzo que hicieron para tener "precioso" el departamento. Quienes vivían en el primer piso valoran el hecho de haber tenido patio, mientras que quienes vivían en el tercer piso declaran que el *bow window* y la vista era lo más bello del departamento.

Mencionan el conjunto de blocks "Arquin", ubicado al lado de la Escuela Militar, conjunto de blocks que los niños y niñas apodaban como los "Barquitos" por sus terminaciones, similares a un barco. Finalmente, respecto a la Villa se valoran positivamente los espacios comunes tales como canchas que eran utilizadas como espacios de encuentro para la comunidad.

Vida comunitaria

Al hablar de la vida comunitaria se releva la cercanía del conjunto habitacional con la Escuela Militar, esta proximidad provocaba que los niños de la Villa San Luis fueran amigos de los hijos de los militares, con quienes jugaban frecuentemente. Incluso es mencionado un desfile organizado por un colegio para el 18 de septiembre y este fue en la Escuela Militar. Por lo que se puede inferir que las relaciones de convivencia eran positivas entre vecinos de diferentes niveles socioeconómicos.

Escolaridad

Quienes eran niñas y venían de campamentos mantuvieron su escolaridad en los colegios mencionados anteriormente (Saint George, Inmaculada Concepción). De acuerdo con el relato de las entrevistadas, la escuela funcionaba como un espacio de encuentro entre personas de diferentes clases sociales.

Dos participantes dan cuenta de esta afirmación. Una estudiaba en el colegio Inmaculada Concepción, lo recuerda como un colegio en que había estudiantes que provenían de familias con muy buenos recursos, pero nunca se sintió mirada en menos, lo que se demostraba en el hecho que tenía muchos amigos. Mientras que la segunda participante fue becada por el colegio Saint George, ella relata cómo en un inicio los "pobres" eran grupo y los "ricachones" otro, que los miraban como "bichos raros", sin embargo, los profesores y profesoras incentivaron la interacción

entre niños y niñas sin importar su clase social por lo que eventualmente “nos hicimos amigos de los ricachones”.

Empleo

Algunas mujeres eran dueñas de casa y eran sus maridos los que salían a trabajar remuneradamente, la mayoría de los trabajos quedaban en el sector oriente, lo que permitía cortos tiempos de traslado. Una participante recuerda que su madre trabajaba como empleada doméstica en casas del barrio alto de “gente súper importante... pero igual nos cagaron (se ríe)”.

Golpe militar

Hay consenso en que el Golpe Militar implicó un quiebre en la historia personal, vida barrial y a nivel país. En la Villa San Luis, este hito marca un antes y un después en la vida cotidiana de las familias.

En primer lugar, cabe volver a señalar la cercanía de la Villa con la Escuela Militar, esto permitía relaciones cotidianas con militares y sus familias, lo cual se rompió tras el Golpe. Incluso una participante expone que “con el Golpe militar todos fuimos enemigos, pasamos de ser amigos a enemigos”. Destacando que como niña fue muy difícil entender por qué los niños de la Villa ya no podían jugar con los hijos de los militares.

Día del Golpe militar

El día del Golpe, grupos de militares armados entraron a la Villa. Con un parlante exigieron que todos los hombres salieran de sus casas e hicieran una fila en el patio, declarando que “al menor movimiento los iban a volar”, los balazos iban y venían, recuerdan las vecinas.

Revisaron y registraron varios departamentos, para entrar patearon las puertas y amenazaban con disparar a la menor resistencia. Esto causó mucho temor entre quienes estaban en sus viviendas, que en este grupo eran mujeres dueñas de casa y niñas. Al entrar a la vivienda, si en esta había niños los militares se dirigían a ellos y no a los adultos, a fin de sacar información. Preguntaban dónde estaban los “dueños de casa”, tenencia de armas o cuchillos grandes. Luego revisaban toda la casa y en algunos casos sacaban alimentos como sal, azúcar y aceite y los destruían con los pies, frente a las mujeres y niños. Bajo amenazas de disparos, obligaban a las personas a cerrar las cortinas y no asomarse por la ventana el resto del día. Una vecina riendo recuerda que su hijo le contestó al militar: “mi papi no tiene pistola, pero yo tengo una y si quiere se la presto” y le pasó una pistola de juguete.

Finalmente, emerge en el relato la desaparición y tortura de algunos vecinos tras el Golpe.

Días posteriores al Golpe

Los días posteriores al Golpe de Estado se vivieron en la Villa de manera particular, pues esta fue vigilada día y noche por los militares. Una de las entrevistadas recuerda que “los milicos andaban muertos de hambre, mi mamá hacía comida y les daba”, lo que indica que estaban todo el día ahí. Tal era el nivel de vigilancia y control de los días posteriores al Golpe, que a las y los residentes de la Villa les daban permiso de menos de una hora para poder salir a comprar, específicamente, al Almac ubicado en Av. Apoquindo, el cual de acuerdo con las participantes no quedaba tan cerca por lo que “había que andar corriendo muerta de miedo”. Asimismo, tenían prohibido abrir las

cortinas, pues solo el hecho de asomarse a la ventana podía significar un disparo. Una vecina, que era niña en dicho momento (aprox. 12 años), recuerda que logró asomarse por la ventana en el amanecer y vio por Av. Kennedy un camión de militares con cuerpos sin vida apilados uno encima del otro.

Por otra parte, se menciona que cerca de la Villa (sin especificar la ubicación) había un terreno en el que, de acuerdo con un relato, torturaron y violaron a personas (no especifica si eran vecinos de la Villa). Situación sumamente angustiante pues desde los departamentos se sentían los gritos, sin embargo, por el toque de queda y vigilancia nadie podía salir a socorrer a las víctimas. Al terminar, las participantes declaran que cuesta recordar, es doloroso pensar en ese día y que finalmente “lo que una cuenta no es nada en comparación a lo que se vivió”.

Desalojo

Dos participantes declaran que fueron informadas días antes del desalojo sobre lo que iba a suceder. En ambos relatos era una “señorita” la encargada de informar que “tenían que salir”, es decir, que las familias serían desalojadas, y advertía que “los militares al primer problema los van a echar y pueden quedar sin casa”. Esta persona además les obligó a firmar un documento, reiterando la amenaza de que si no firmaban se quedarían sin casa. Las participantes mencionan que hay personas que se rehusaron a firmar y efectivamente quedaron sin casa, pues “las fueron a tirar por allá”, esto es, lugares sin viviendas. En ese sentido, es relevante mencionar que hay personas que sí pudieron visitar diferentes departamentos y “elegir” la comuna/sectores en los que tendrían que vivir, dentro de las opciones estaban Pudahuel, Renca, Santa Rosa, Santa Laura, sectores que la gran mayoría jamás había visitado antes. Sin embargo, no era posible elegir la vivienda propiamente tal, “te tocaba una no más”. La dispersión de las familias en diferentes comunas de la ciudad, provocó la ruptura o distancia en las relaciones entre vecinos significativos.

El 6 de agosto de 1976 fueron desalojadas las familias que vivían más cerca de la Escuela Militar. El primer grupo de varias familias que después serían desplazadas: “un día nos tocaron la puerta y nos dijeron, ustedes se van y se van, eso fue lo más terrible de todo”. Los militares empezaron echando a las familias del primer piso, luego a las del segundo y así consecutivamente. El desalojo fue gradual, por lo tanto, quienes vivían en el tercer piso fueron instalados en el primero. Asimismo, una vez que las familias iban siendo desalojadas, los departamentos fueron tomados por otras personas.

Ahora bien, durante la noche de agosto de 1976, en camiones de basura y sin tiempo para sacar sus pertenencias, arrojando objetos personales por las ventanas, los militares bajo amenazas forzaron a las familias a salir de sus viviendas. Uno de los aspectos más mencionados por las participantes radica en el trato denigrante recibido: “nos trataron como perros”, señala una de las entrevistadas. El trayecto fue inseguro, algunos de los camiones no tenían barandas y sin importar las condiciones de las personas, eran subidas al automóvil: “había que ir afirmando las cosas porque si no la ropa se volaba”. Asimismo, otra vecina recuerda “nunca se me va a olvidar que cuando venía en el camión, había una señora en silla de ruedas amarrada al camión para que no se cayera”.

A La Granja, en palabras de las participantes, “llegamos como animalitos”. Los departamentos estaban sucios y sin equipamiento mínimo, es decir, no contaban con puertas, ventanas ni baños y corría el agua por los pasillos del edificio, debido a las filtraciones. Asimismo, comentan que en los departamentos había plaga de baratas, ratones y chinches. Siendo este último, uno de los más recordados, pues era una realidad nunca antes vista, a pesar de haber vivido en campamentos.

Las precarias condiciones de habitabilidad e higiene provocaron que algunas familias tuviesen que volver a la Villa, donde ocuparon ya no los que habían sido sus departamentos, sino los que estuvieran disponibles, hasta que equiparan con lo mínimo los nuevos departamentos y así fuera posible y definitiva la instalación. Este periodo se recuerda como negativo, el estrés e incertidumbre impedía conciliar el sueño, siendo sumamente incómodo no poder instalarse correctamente y estar trasladándose. No obstante, hay familias “las más valientes”, de acuerdo a las participantes, que a pesar de las precarias condiciones decidieron quedarse y tuvieron que reparar los departamentos por su cuenta.

Vida en nuevas comunas

“Nos quitaron muchas ilusiones sobre todo a los que éramos chicos”, así comienza el relato de una de las pobladoras que tenía no más de 12 años cuando llegó a la comuna de La Granja tras el desalojo. Hay una sensación compartida de que tanto el desalojo como llegar a La Granja fue un periodo oscuro, duro y difícil. Se repite reiteradamente lo traumático y humillante que fue llegar en camiones de basura y con pocas pertenencias, pues no hubo tiempo para sacarlas, se rompieron en el camino o bien los militares las rompieron una vez dejados en las nuevas viviendas.

Las entrevistadas destacan con ímpetu la mala calidad de los departamentos que serían su nuevo hogar describiéndolos como “una mugre”. La precaria calidad de los departamentos persiste hasta el día de hoy y siguen trayendo problemas en su cotidiano. Algunas de las deficiencias mencionadas son: filtraciones de agua, mala aislación acústica y térmica. Además, destacan que los departamentos tenían deudas pendientes de luz, agua y gas que ellas tuvieron que regularizar.

Vida comunitaria

En términos de vida comunitaria, hay una sensación colectiva respecto a la dificultad de adaptarse en el nuevo barrio, sobre todo por la discriminación que sufrieron por parte de sus nuevos vecinos, quienes los agredían y apedreaban “decían que éramos ricachones y na po éramos terrible pobres o que éramos de los milicos también decían, fue una cosa atroz la discriminación”. Emerge en el relato una autopercepción de mayores niveles socioculturales que sus nuevos vecinos o en palabras de una de las participantes “nosotros teníamos otra educación (...) ellos tenían menos educación y hablaban mal”, lo que notaban ellos mismos y sus nuevos vecinos, aumentando la percepción de diferencias entre grupos y finalmente, la discriminación.

Relaciones significativas

Quienes eran niños al momento del desalojo recuerdan con dolor la pérdida de amistades y lo difícil que fue hacer nuevos amigos en el barrio. Esto significó un cambio importante en sus vidas e interrumpió su infancia.

Escolaridad

Uno de los aspectos más importantes para las madres y niñas fueron los cambios de colegio. Una de las participantes recuerda que durante un año, junto a su hermana, viajaron desde la comuna de La Granja hasta su establecimiento educacional ubicado en el sector oriente (Saint George). Esos trayectos eran largos y complejos, pues los niños y niñas al desconocer la ruta se perdían o se bajaban antes, lo que dificultaba llegar a la hora. Finalmente, la situación para todas las familias

fue insostenible y terminaron cambiando a los niños y niñas a colegios más cercanos, que eran de menor calidad que sus colegios anteriores.

Vida en el hogar/cotidiana

La vida familiar y cotidiana también se vio reconfigurada una vez instaladas las familias en el nuevo barrio “a mí me quitaron parte de mi mamá. Mi mamá allá (en la Villa San Luis) trabajaba dos horas y llegaba a la casa. Cuando llegamos acá, ya no podía ir a trabajar porque tenía que cuidarnos, éramos cinco hermanos y eso la cambio”. Situaciones como esta afectaron la salud mental de las mujeres, junto con dificultar el acceso a empleos, tenía un impacto directo en los ingresos familiares y endureció las condiciones de vida.

Al terminar el relato una vecina declara en seco: “en palabras cortas, nos cagaron la vida”.

Presente

Percepción del entorno y condiciones de los departamentos

Las familias llevan 46 años viviendo en la comuna de La Granja, hay una sensación sentida de abandono por parte del municipio “no llega nada, nada, la muni también nos da el desprecio y vale callampa”, reconocen que el barrio es “malo” e inseguro. Los departamentos siguen “malos”, se llueven y es necesario constantemente estar haciendo arreglos, es más, una entrevistada relata que la semana pasada vinieron a arreglar el baño del departamento por problemas de filtraciones: “había que entrar con paraguas al baño”.

Vida comunitaria

Sobre la vida comunitaria destacan que la discriminación ejercida por sus vecinos aún persiste y que nunca se lograron relacionar del todo con sus nuevos vecinos. Afirman no conocer a la presidenta de la junta de vecinos y que hasta el día de hoy las familias que llegaron a los departamentos tras ser desalojadas no se toman en consideración, “hasta el día de hoy si queremos hacer un arreglo nos juntamos entre nosotras y lo hacemos”.

Entre quienes fueron desplazados hay mucho cariño y relaciones de solidaridad, destacan que no han perdido la relación entre ellos y a pesar de que “aquí falta, pero falta”, se ayudan entre vecinos cuando pasan momentos difíciles, como enfermedades.

Nociones sobre el presente

Al referirse al presente, es transversal una percepción de desilusión y desesperanza “aquí ha sido pura tristeza”. Entre las participantes, existe una sensación sentida sobre lo diferente que hubiese sido su vida si hubiesen seguido viviendo en la Villa San Luis. Una vecina dice con voz de impresión “imagínate que ahora, donde vivíamos al frente está el Apumanque ¡Dónde vivíamos!, la diferencia gigante”.

Percepción de (No) Reparación

Junto a lo anterior hay una profunda sensación de no reparación. Incluso hay participantes que destacan con pesar el hecho de que las personas ricas para las que trabajaron sus padres y madres nunca se preocuparon por lo que les pasó o qué fue de ellos tras el desalojo.

Las participantes se emocionan al recordar que hay mucha gente que ha muerto y ya no podrá tener una compensación por los hechos vividos. Al terminar su relato, una participante declara "seguimos siendo infelices, mucha gente se ha muerto esperando la recompensa, pero no ha pasado nada".

Apego al lugar

En el grupo hay participantes que sí han vuelto a visitar el sector, mientras que otras no han querido volver al lugar en que vivieron y habitaron tantos años. En ambos grupos el dolor y nostalgia aparece como piedra angular.

Desinterés de las nuevas generaciones

"Lo hablamos nosotros como familia, con mi mamá, mi papá cuando estaba vivo y mi hermana. Pero no con nuestros hijos ni nuestros nietos, ellos 'no están ni ahí'". Si bien solo una vecina lo relata, es necesario destacar que el dolor que evoca el desinterés de las nuevas generaciones familiares en torno a lo sucedido en la Villa San Luis y en sus vidas.

Lucha por reconocimiento de monumento

Como categoría emergente se destaca la "batalla" que implicó lograr que declararan el block 14 como Monumento nacional. Recuerda con orgullo la asistencia a diferentes marchas y protestas con lienzos para que se "salvara" ese block. Asimismo, hay una integrante que realizó una intervención en la Biblioteca Nacional para defender el proceso, recuerda que todos los que hablaron antes, llamaron "a apelar al corazón", lo cual fue indignante, pues hay una sensación compartida de que declarar el sitio como Monumento correspondía a un mínimo.

Opiniones sobre el museo

Cabe destacar que hay una opinión compartida de poca información sobre el proceso y necesidad de tener más reuniones para saber lo que está sucediendo o va a suceder en torno a esta temática "no teníamos idea de nada, hasta hoy, de nada".

Al mencionar la existencia del museo una participante dice "no sé si podría ir al museo...me pondría a llorar, he soñado tantas veces que vuelvo a la Villa San Luis y tener otra vida". Finalmente, es compartida la opinión de que les gustaría que el museo tuviera fotos de todas las personas que fueron propietarios o vivieron en la Villa. Sobre todo, las personas mayores que siguen vivas y probablemente están próximas a morir.

Sistematización. Mesa de diálogo 3. Comuna de La Granja /



Fecha: sábado 5 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)

Contextualización

La mesa de diálogo se realizó en un espacio público por avenida Santa Rosa al frente de los blocks donde llegaron a vivir un centenar de familias desplazadas de la Villa San Luis de Las Condes. La mesa estaba compuesta por un grupo pequeño de siete personas, mayoritariamente mujeres.

Cabe señalar que esta mesa no fue grabada con el equipo de grabación que se dispuso en las otras mesas de diálogo por lo que se complementan las anotaciones realizadas por la facilitadora con un audio de celular con sonido borroso puesto que entre el ruido de ambiente de las micros que transitaban por avenida Santa Rosa y las conversaciones cruzadas entre participantes algunos detalles no se escuchan con claridad.

Antes de la Villa San Luis

Las participantes señalan que provenían del Campamento el Ejemplo, Campamento El Esfuerzo y Villa El Trabajo, el cual también es un campamento. Todos los campamentos señalados se encuentran situados en la comuna de Las Condes. “Nacido y criado en el Ejemplo” señala Luis Parada, participante de la mesa de diálogo, este comenta que vivían a un costado de la gente pudiente.

Estos campamentos eran reconocidos por ser población de trabajadores, puesto que las personas que vivían esos lugares eran pobladores y pobladoras que se dedicaban a diversos oficios como carpintería, asesora de casa particular, mayordomo, cocineros, entre otros.

Vida comunitaria

Al interior de la población El Ejemplo estaba un jardín infantil, recuerdan entre las participantes. Asimismo, existía el mobiliario para que los niños y niñas jugaran fútbol en una cancha, donde se constituyó un Club de Fútbol llamado Independiente; también tenían un galpón donde se realizaban clases de ballet. María Escobar señala que “ahí también iban a clases las niñas ricas”, después ahí mismo en el galpón pusieron una televisión donde los niños de todos los lugares se juntaban a verla. En el mismo galpón, pobladores y pobladoras se reunían para tener reuniones.

Durante el relato señalan que se armaba comunidad con las otras personas que vivían en su entorno, de hecho, perciben que “los ricos” arman comunidad incorporándose y vinculándose con quienes no pertenecen a su misma clase social. Asimismo, señalan que no perciben distinciones de clase puesto que tenían buenas relaciones con su entorno y sus patrones.

Relatan que algunas actividades recreativas que realizaban las niñas y niños de los campamentos era ir a bañarse al río Mapocho, señalando que antes en la ribera del río había un camping. “Nos íbamos a bañar al río porque nos quedaba cerquita” (Margarita Lillo).

Existían organizaciones como centros de madres, en algunas ocasiones, iban personas famosas de programas de televisión a invitar pobladores a asistir a dichos programas de televisión, había una comunidad que se construye en base a la cercanía con la “población rica”.

También señalan que, en el campamento, se creó un comité de vivienda que comienza el proceso de postular a vivienda para el campamento. Quienes participan de la mesa relatan que antes de que entregaran los departamentos a los pobladores y pobladoras tuvieron que armar turnos de día y de noche para cuidar los blocks, “no queríamos que se los tomaran” puesto que se rumoreaba que personas de otras comunas querían tomarse sus departamentos.

Acceso a servicios

El sector donde se encontraba ubicado el campamento permitía acceder a servicios como consultorios, hospitales y a su vez, estar cerca del comercio, específicamente una calle cuyo nombre no se menciona, la cual tenía los negocios y kioscos para comprar enseres. Muchas personas recordaban que vivían en las cercanías del Club de polo. Señalan que había una cancha grande donde la mamá de un vecino vendía sopaipillas, mote con huesillo, entre otras cosas para comer.

Cerca del campamento podían optar a comprar alimentos perecibles y no perecibles en los supermercados Unicoop y Almac, además cuentan que caminaban desde el campamento a un predio de un señor que criaba vacas y vendía leche fresca por lo que cada uno tenía que llevar su botella de vidrio.

El supermercado Unicoop regalaba cajas de alimentos “bien completas” premiando a la mejor mamá, mejor dueña de casa. Luis Parada y María Escobar cuentan que la mamá de María (quien era viuda criando a 10 hijos e hijas) se ganó un par de veces ese premio.

Margarita Lillo relata que uno de los recuerdos más presentes de su vida en El Ejemplo era cuando llegaban camiones con alimentos al campamento. El camión dejaba todo el alimento y ella junto a su hermana y otras vecinas corrían a recoger todo el alimento que le pudiera servir a su familia.

Educación / escolaridad

Algunas personas estudiaron en la Escuela N° 44 señalando que la comunidad educativa del establecimiento generaba vínculos significativos con las personas que estudiaban ahí, señalan que había preocupación y cariño por los estudiantes. Un participante (Luis Parada) señala que él fue parte del Sistema Nacional de Aprendizajes, en octavo daba una prueba de admisión para entrar a INACAP a aprender un oficio, pudiendo profesionalizar lo que ya conocía por acción de sus padres. Luis Parada señala que en INACAP estudió corte y confección industrial.

Otras personas estudiaron en el Colegio Inmaculada Concepción, “un colegio que era súper bueno”, el cual quedaba a 10 minutos caminando desde el campamento, perteneciente a una congregación de monjas “Don Bosco”. A un costado del colegio se encontraba la iglesia donde muchos realizaron ceremonias religiosas como casamiento (Luis y María se casaron ahí), bautizos, primera comunión, entre otras.

Recuerdan que sus hijos ingresaron al colegio en primero básico, otras participantes rememoran que estudiaron ahí hasta cuarto básico y otra hasta octavo. Ahí asisten al colegio “las hijas de las nanas y las hijas de los patrones”, incluso María Escobar comenta que le tocó ir a las casas de sus compañeras a hacer tareas juntas. Recuerdan a la Madre Dolores y la Madre Ángel como personas muy buenas.

Otro señor (Jorge Toloza) señala que asistió al Colegio San Ramón en la comuna de Providencia. Señala que a medida que se iba cambiando de casa (de allegado, viviendo en Villa, viviendo en La Granja) se iba cambiando de colegio puesto que tenía que estar siempre en el que estaba más cerca de la casa.

Relaciones significativas

Una de las participantes (María Escobar) señala que conoce a su pareja en el campamento donde vivía y que se volvieron a encontrar en la Villa puesto que ella no sabía que su mamá también había postulado a los departamentos, al momento de encontrarse ahí comienzan a salir y armar sus planes de vida en pareja. Señala que tiene bonitos recuerdos de su vida en el campamento puesto que era una vida tranquila y sana, donde todos se conocían. Se sentía una cercanía familiar en la población.

Llegada a la Villa San Luis

Señalan que el Presidente Allende junto al Ministro de Vivienda de la época fueron a inaugurar la Villa San Luis el mismo día que les entregaron los departamentos a las familias.

Algunas familias vivían en el Block 1, otras vivían en el Block 2. Relatan que los departamentos de la Villa eran todos diferentes puesto que esto depende de la constructora que construye los blocks. Señalan que los blocks de la Villa San Luis se encontraban ubicados en las cercanías de las

avenidas Apoquindo, Manquehue, Los Militares, Alonso de Córdova, Rosario Norte y Presidente Riesco.

Algunas de las participantes recuerdan que el Block 2 donde vivían era de “Los Arquis” y que estos eran de color blanco. También señalan que algunos departamentos eran dúplex y que tenían tres dormitorios, con el balcón como espacio común para poder llegar a sus respectivos departamentos. Asimismo, destacan que los departamentos contaban con luz, agua, cocina a parafina o a gas y un espacio de lavadero.

Composición familiar de la Villa

Todas las personas que relatan su experiencia de vida señalan tener familias nucleares y extensas numerosas, de 4 a 7 hermanos, de 3 a 5 hijos. Las familias nucleares vivían en un departamento o de allegadas con algún familiar, mayoritariamente abuelas. Asimismo, señalan que todas las familias que vivían en el campamento, fueron trasladadas a la Villa San Luis.

Sensaciones emanadas al llegar a la Villa: “nos cambió la vida”

Describen que eran buenos departamentos, que era “un buen lugar” para vivir, sin frío y con el trabajo cerca. Estaban felices por llegar ahí, más aún por la cercanía que tenían los blocks a los diferentes servicios tales como hospitales, escuelas, consultorios, comercio. Todo estaba cerca.

Elcira Huenulao señala que su mamá estaba súper contenta cuando llegaron a la Villa porque les cambió la vida ya que en el campamento ella tenía que cocinar a parafina o a leña. “Teníamos un techo bueno, una pared buena, no se pasaba el frío, aparte mi papá tenía el trabajo cerca”.

Antonieta Miranda relata que una de las cosas que más le llamó la atención al llegar a vivir al departamento en la Villa fue el baño, puesto que era totalmente diferente al baño de tierra, de pozo que tenían en el campamento; tenía tina y aunque era chiquitito, era bonito.

Una persona relata que llegó en su niñez a la Villa, que sus recuerdos más preciados los tiene aquí porque tuvo una infancia feliz, bonita y tranquila.

Lo que más cambió en la vida de las participantes de la mesa de diálogo al llegar a la Villa fue la vivienda, sin barro y la calidad de vida. Había un espacio donde podían dormir, comer y asearse de forma adecuada.

Los años en la Villa San Luis

La vida en la Villa era tranquila y diversa, tenían una buena calidad de vida tanto por la ubicación de los blocks como por la calidad de su vivienda. Una participante (María Escobar) relata que “no estábamos al costado, estábamos dentro” esto refiriéndose a lo significativo que es vivir en una Villa que ya no está en el costado del río, fuera de todo, sino que pertenecen a una comuna que los incluye.

Las participantes recuerdan en conjunto que muchas de las familias de la Villa fueron “amononando” sus departamentos durante los años, decorándolos según sus propios gustos.

Una pareja participante relata que vivieron aproximadamente seis años en la Villa, que tuvieron la oportunidad de ver como testigos cómo esta cambiaba puesto que se notaba ya que el país estaba en crisis. Asimismo, señalan que desde ese entonces “comienzan las diferencias y la desigualdad”.

Vida comunitaria

Las personas que residen en la Villa se sienten cercanos y viviendo en un ambiente tranquilo y familiar. La calidad de vida era notable. Muchas de las participantes de la mesa señalan haber llegado a la Villa San Luis cuando eran niñas, de entre 5 a 8 años. Solo el matrimonio participante llegó ya de 18 a 20 años. Al ser niñas, se hacían amigas y jugaban en las dependencias de la Villa.

Acceso a servicios, empleo y educación

Las participantes de una de las mesas relatan que algunas personas de la Villa tuvieron la posibilidad de estudiar en el Colegio Saint George con becas que este colegio otorgaba a los hijos de los pobladores, tenían entre ocho a diez becas. Recuerdan a una amiga de una participante que tuvo la oportunidad de estudiar ahí porque “era muy buena para el inglés”.

Muchas personas trabajaban de asesoras del hogar y cuidando casas de quienes vivían en las cercanías de la Villa, “cuidando la casa de los patrones”. María Escobar señala que pasaban veranos enteros cuidando la casa con su familia, su papá trabajaba para una familia “rica”, señala que ellos lloraron mucho cuando los desplazaron de la Villa a La Granja puesto que ya había confianza y vínculos construidos. No sentían la distinción de clase, tenían una buena y cercana relación con sus patrones.

Golpe militar

Existe consenso entre todas las participantes de que hubo un antes y un después del Golpe de Estado puesto que se sentía la tristeza, el miedo y la desconfianza entre los vecinos, pasando de ser una vecindad unida y organizada a no hablar con nadie por temor a que pudieran tener represalias.

Las participantes relatan que durante el 12 de septiembre de 1973 veían que los militares se acercaban caminando por la Calle Los Militares. Muchas no sabían lo que sucedía, sin embargo, durante ese día toda la Villa se llenó de militares que, a través de un megáfono, señalaban que ninguna persona podía salir de su casa.

La vida posterior al Golpe “trajo mucha hambre a la gente” relata una participante. Tenían que hacer filas para comprar alimentos básicos. Una de las participantes relata que en los lugares donde vendían alimentos hacían “oferta” donde por medio kilo de azúcar, un paquete de fideos o detergente para la ropa te añadían alguna bebida alcohólica o una esponja de lavar, cosas que ellos no necesitaban para vivir; las participantes lo identificaban como cosas que los supermercados no vendían y que se los vendían a ellos casi por obligación, “donde uno había hecho esa fila tan larga, uno lo compraba nomás”.

Vivían en toque de queda, por lo que, durante las horas de libre tránsito, los niños y niñas solo tenían dos horas para jugar. Algunas participantes relatan que el ambiente era de mucho miedo y

desconfianza, que en la calle a los hombres los golpeaban y a los niños los amedrentaban para que entraran a sus casas. De hecho, una de las participantes recordaba haber visto, mientras jugaba en la cancha de la Villa, personas que llegaban golpeadas y torturadas.

Allanamientos en la Villa

El tiempo de dictadura conllevó a que las familias vivieran allanamientos frecuentes en sus hogares. Un participante señala que uno de los militares lo apuntó con un revólver en la cabeza.

En los allanamientos que sucedían frecuentemente en la Villa, los militares se dedicaban a amedrentar a los habitantes de los departamentos. Les gritaban que todos eran comunistas, que por eso vivían ahí, también les botaban sus alimentos o se los mezclaban para que quedaran inutilizables.

El matrimonio que fue parte de la mesa de diálogo relata que ellos se habían casado un poco antes del Golpe por lo que en su departamento tenían todos sus regalos de casamiento, esto había permitido que los militares los allanaran frecuentemente, le abrieran paquetes, “les dieran vuelta todo” y les revisaran los regalos.

Desalojo

No hubo claridad ni acuerdo entre las participantes de con cuánta anticipación les avisaron que tenían que abandonar sus departamentos. Algunas señalan que fue un día antes, otras señalan que fueron dos. Sin embargo, todas recuerdan que, en el momento que los militares les informan la medida, nadie dijo nada... “no se podía decir nada”. Relatan que el motivo del desalojo es que la Villa pasaba a ser un recinto militar, que ya no podían vivir ahí.

El primer desalojo sucedió el 6 de agosto de 1976 una mañana entre junio y agosto. Al ser las primeras torres de la Villa, fueron las primeras familias en ser desalojadas. Señalan que cada block tenía estipulado a qué comuna los trasladarían y que esto lo comunicaba una asistente social, quien derivaba a la gente a su comuna respectiva y les mostraba algunos documentos que debían firmar. Una de las participantes señala que a las familias de su block algunas las enviaron a Renca y otras a La Granja.

Al momento del desalojo, las familias podían ser trasladadas en dos tipos de camiones, uno que es de la basura, el cual se sentía maloliente y “cochino” y otro el cual era descrito como “grande y con rampla”. Por camión debían salir tres o cuatro familias trasladando solo los enseres que entraban en el camión, si no alcanzaba, se quedaba. Luis Parada menciona que el camión que lo trasladó a él y a su familia pertenecía a “Transportes El Progreso”.

Recuerdan que el desalojo fue agresivo y forzoso por parte de los militares, no solo por el poder ejercido por los uniformados, sino también porque si no hacían lo que les mandaban los militares, los golpeaban. No había otra opción que buscar todos los enseres de valor, lo que se tenía a mano y lo que alcanzaba para subirse al camión y salir al nuevo destino. Sus enseres los amontonaban en sábanas y frazadas, relatan que todo lo que no se llevaban lo tiraban “por el balcón pa’ abajo”.

Llegaron a La Granja donde cada familia ya tenía asignado su departamento. Les dieron un documento de “desalojo” que no recuerdan con mayores detalles. Mencionan que posterior a eso, una persona derivaba a la familia al departamento asignado.

Vida en nuevas comunas

Percepción del entorno y condiciones de los departamentos

Los blocks donde llegaron a vivir eran bien diferentes de donde venían, al entrar se sentía la humedad, relata una vecina que vive en el primer piso de uno de estos. Añade que en el subterráneo del block hay un pozo, por lo que toda la humedad sube a su departamento. Desde el primer momento que pudieron ver los departamentos, notaron que estaban en malas condiciones de habitabilidad y algunos inclusive estaban quemados por dentro.

Elcira Huenulao señala que su mamá estaba muy triste porque “las vinieron a tirar a este departamento... tenía las paredes negras, el cemento estaba todo carcomido, la escalera toda oscura sin luz, era... era como mucho abuso”. Sigue relatando que su mamá pensó que se habían equivocado en trasladarla puesto que llegó sola sin su marido a la Granja, pensó que ella se había equivocado porque era indígena, perteneciente al pueblo mapuche, y no sabía leer ni escribir.

Percibían que lo único que querían los militares era destruir su vida. De hecho, comentan que los militares iban a los departamentos antes que las familias llegaran para sacar ventanas, destruir muebles y baños, destrozando todo lo que podían para que la llegada de las familias fuera lo más denigrante e indigna posible. Era una destrucción total, relatan, una destrucción humana, una destrucción de su vida.

Una vecina señala que se demoró una semana en limpiar todo, tuvieron que enchapar y pintar. Gastaron dinero para poder reconstruir todo y mejorar, dentro de lo que se podía, su vida.

En La Granja costó mucho para salir adelante, porque ellas siempre fueron pobres pero era mejor la vida en Las Condes que en la comuna donde viven ahora. Señalan que el país post Golpe militar les trajo decadencia en su calidad de vida.

Llegar a vivir a la comuna de La Granja trajo consigo mayores gastos y tiempos de traslados para las familias puesto que el trabajo y la escuela quedaban en el sector Oriente. “Cruzábamos todo Santiago”, tenían que salir a las 4 de la madrugada para ir a trabajar, señalan.

Educación / Escolaridad

Quienes estudiaban se agrupaban con otros vecinos y vecinas para ir juntas al colegio desde La Granja a Las Condes. Caminaban hasta el paradero 25 a tomar la micro, “nos demorábamos dos horas en llegar en micro”, señala Margarita Lillo. La mayoría de las personas tomaban el bus “Circunvalación Américo Vespucio”, el cual los dejaba en Av. Kennedy con Alonso de Córdova y de ahí caminaban hasta Vitacura.

Una vecina que se movilizaba constantemente al colegio en Las Condes señala que tomaba la micro a las 6:30 de la mañana y que llegaba de vuelta a las 16:30 h, después de una jornada que

terminaba a las 14:00 h. “Almorzábamos en la escuela y nos veníamos de vuelta a la casa”, relata una participante.

Una participante señala que ella era “muy chica” para irse con otros vecinos y vecinas al colegio en el sector Oriente, por lo que ella se iba todos los días en la mañana con su mamá a la escuela, de esa forma, su madre la pasaba a dejar a la escuela y luego ella se iba a trabajar.

Muchos de los estudiantes al terminar el año escolar tuvieron que dejar sus escuelas en Las Condes y comenzar su educación en La Granja. Una de las participantes relata que su mamá la inscribió en la escuela La Araucanía para luego estudiar, durante la enseñanza media, en el Colegio Polivalente Francisco Ramírez. Muchos integrantes de las familias desplazadas querían seguir estudiando, pero no había oportunidades ni dinero para poder hacerlo.

Presente

Percepción del entorno y condiciones de los departamentos

Muchas han pensado en irse de la comuna puesto que el departamento sigue en mal estado y la convivencia entre vecinos no es muy buena, vuelven a recalcar que la vida les cambió de una forma impresionante. “Falta una época, me robaron una época”, señala Luis Parada. El lugar donde les tocó vivir a algunas participantes siempre les trajo problemas, relatan que hay ratones, que no tienen espacio para poder estacionar autos.

Vida comunitaria/ vinculación con instituciones

Las vecinas señalan que la vida comunitaria no existe, tampoco hay juntas de vecinos ni organizaciones sociales de las cuales ser parte para obtener beneficios del municipio. Señalan que conocen a algunas organizaciones que existen en el territorio, pero que no invitan a las personas que viven en sus blocks a participar de las actividades.

Percepciones actuales sobre su historia

No sienten reconocimiento de lo que han vivido, sienten que han pasado ya varios años donde diferentes personas se han involucrado y han “ido y venido otras”. Sin embargo, a pesar de eso, ellas siempre van a querer contar su historia, esa historia desplazada.

Aún viven con la percepción que lo que les sucedió fue “porque éramos pobres” “¿qué íbamos a saber del comunismo?” pregunta una participante. Sienten que los tacharon porque eran pobres, que no querían toparse con ellos en las calles o en sus mismos espacios.

Percepción del museo/memorial

La posibilidad de que exista un memorial que hable de lo que le sucedió los hace sentir que “tarde o temprano tenía que tener justicia”.

Otros datos relevantes

Al comenzar la mesa de diálogo, lo primero que señala el grupo es que la Villa San Luis se componía por 27 blocks, de los cuales actualmente solo uno queda en pie, que fue declarado Monumento Nacional por el Consejo de Monumentos Nacionales. Asimismo, relatan que hace poco tiempo tuvieron la oportunidad de ir a visitarlo.

Una participante señala que existe un libro llamado “La Araña mi amiga” que habla del proceso de desalojo de una persona que vivió su niñez en la Villa y luego fue desplazado a Renca.

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Conchalí /



Fecha: domingo 6 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Clara Irrázaval Bustos (socióloga)

Antes de la Villa San Luis

Gran parte de los participantes vivió en poblaciones en Las Condes y desde ahí postularon a los departamentos de la Villa San Luis: "Nosotros venimos de la población de Colón Oriente y nos fuimos a vivir a la Villa San Luis, en la cual mi madre postuló, con mi padre, y salieron favorecidos con estos departamentos" (Mauricio Collado).

Llegada a la Villa San Luis

Se recuerdan las vivencias de la Villa San Luis y su comunidad: "Los vecinos éramos unidos, y si a alguno le faltaba algo, el otro lo tenía, y así" (Irlanda Carvajal); "Bueno, tuve una niñez bien bonita, la cual recuerdo mucho, que todos los amigos que teníamos, eventualmente muchos que están – conocidos-, acá, y son como mi familia" (Marianela Leiva).

Se recuerda también la educación a la que accedían los niños: "Teníamos unos colegios divinos, ¡los chiquillos iban al colegio con el hijo del patrón!, era Nuestra Señora del Rosario, sí. Claro, y los cabros iban con una excelencia de notas, ¡6.8!" (Erika Larrañaga); "Nosotros, me emociono un

poco, nosotros también, los que nos afectó harto también, fue el colegio, porque en el colegio estaban todos. Estábamos todos. Éramos la misma Villa, pero estábamos todos en el colegio. Yo conocía a mi profesora, yo iba a la casa de mi profesora. Mi profesora vivía un poquito más allá, en Vitacura, y yo iba a su casa. Yo podía ir a la casa de mi profesora, iba a dejarle cosas a mi profesora, cosas que necesitaba, yo iba a su casa(...) Era un amor de profesora, te trataba como de la familia. Estaban ahí mis primos, todos nos juntábamos en los recreos. Porque todos teníamos primos, y amigos, y era como la misma Villa, pero en la otra parte, en el colegio, así es que ahí, nosotros teníamos otra vida. Y a fin de año, no sé si recuerdan, que hacíamos el desayuno con el Colegio Alemán, teníamos el desayuno con el Colegio Alemán, y después ellos nos iban a visitar, antes de Navidad, teníamos un almuerzo con ellos, y teníamos un desayuno. Estábamos un día entero con ellos, y pasábamos todo ese día en su colegio. Y era totalmente distinto, porque... era totalmente distinto, sí" (Jessica Leiva).

Les cambió la vida su llegada al departamento: "fue el 'sueño del pibe', porque nos sentíamos grandes, nos sentíamos realizadas. Nos empezamos a sentir, a ver, si nosotros durante todo el día le hacíamos aseo a las casas, a *bungalows*, y después llegábamos a una piececita, toda... Pero cuando llegamos al departamento, ¡fue como llegar a la casa del patrón, pues! Y nos sentíamos, pero inmensas, cuando llegué al departamento, me cambió la vida. Aprendí a hacer el amor en el departamento, tuve mi privacidad, aprendí a conocerme, a valorizarme como persona, como mujer" (Eliana Espínola).

Golpe Militar

Los relatos de los allanamientos tras el Golpe militar, en donde los pobladores temieron por sus vidas son muchos. Recuerdan violencia y miedo:

"Y lo otro, que yo me recuerdo, que, en las noches, allá hacían allanamientos; cuando ya fue el Golpe militar, empezaron los allanamientos, y ahí sacaron a los papás de todos, los pusieron en un círculo, y en el medio estaban los militares, todos apuntándolos. Todos los que tuvieran 15 años hacia arriba, salían. Estaban casi en pura ropa interior, estaban todos, y ahí empezaron a apuntarles a todos. Y bueno, por eso, todo lo que pasó después del Golpe militar" (Jessica Leiva).
"No, y también rompían las cosas de adentro, de los hogares. También rompían los colchones, porque decían que teníamos cosas, adentro de la ropa de cama, y todas esas cosas, y las rompían, también. Yo de eso me acuerdo, y eso que estaba chica. Así que también me acuerdo de eso, que los sacaban afuera. Y en la madrugada" (Juana Albornoz).

"Llegó el Golpe de Estado, y al despertar, cómo se llama, empezó el bombardeo, empezó el Golpe de Estado, y nos rodearon de militares. La población estaba toda, toda llena de militares, y con tanquetas. No nos podíamos asomar a las puertas, no sabíamos cómo estaba la vecina de al lado, o la otra, la otra, porque en las escalas del edificio, al lado, abajo, tú te asomas a la ventana, y te decían "¡déntrate, por las de tu madre!", y pasaban balas. Y te apuntaban, te decían "te metes adentro". Y el día 14, fuimos allanados a las cinco de la mañana, con camiones del ejército; llegaron unos inmensos hombres, grandes, yo nunca me voy a olvidar, venían pintados sus caras como de guerra. Los cascos, hasta aquí, lo único que se les veía, eran unos ojos preciosos, y yo siempre he sido baja, entonces yo los miraba para arriba, y los ojos lindos; se veían hombres que eran de la Escuela Militar.

No eran de otro lado, no eran del ejército, del regimiento Buin, ni ninguno otro; eran de la Escuela Militar. Y esa gente fue horrible con nosotros; atrevidos, insolentes. A mí me allanaron, y me decían, no me nombraban, sino que puro garabato, y me decían "¿dónde están las armas, dónde tení las armas guardadas?". Yo había tapizado, me había comprado un juego de living usado y lo había tapizado, y un militar, con un yagatán lo tomó, así, y los rompió todos, buscando armas, ¡y no había nada! ¡Sí no hay nada!, "¿cómo que no hay nada?" Después, la ducha, la tina, rompieron la tina buscando armas, rompieron el estanque buscando armas. Entonces, llevaron a todos los hombres, en puro pantalón, al frente, a las canchas, del estadio de la U, de la Universidad de Chile, y ahí ellos tuvieron como dos días, tres días, al sol, parados. Nosotros no sabíamos qué pasaba con ellos, y ellos no sabían qué pasaba con nosotros. Los niños lloraban y los milicos nos decían "hace callar a este guacho, tal por cual, porque o si no, te vamos a patear."

Y de repente, te llevaban a la pieza, a una de las piezas, y te decían "si no soltai la pepa, te voy a desvestir, y ya sabís lo que te va a pasar". Y yo era una mujer con 22 años, entonces yo les decía, "pero cómo, me estás hablando de que yo soy extremista, ¡si yo no tengo idea de nada, no sé nada, de nada!, ¿cómo les voy a decir algo que yo no sé?", "tenís que saber, po, tal por cual, tenís que saber". Entonces me decían "tus vecinas dicen esto y lo otro", "¡no pueden decir eso mis vecinas!, imposible. Cómo van a decir una cosa". Y así, nos indispusieron unas con otras, eso fue lo más terrible. Después, fui allanada otra vez, y después fui allanada otra... tres veces allanada. Muchas veces. ¿Y sabe lo que tuve que hacer en mi casa?, me conseguí unos calendarios con militares, y los colgué en la muralla, para que así dijeran "¡ah!, estás a favor de nosotros", para poder amortiguar un poco la cosa. Y eso, me lo dijo una doctora, porque yo hacía, trabajaba en la Clínica Alemana, de reemplazo, entonces la doctora me dijo "¿qué vas a hacer?", "¡no sé, estoy desesperada!", "¡haz esto!", y ella me regaló el calendario, para poder amortiguar un poco la cosa". (Erika Larrañaga Benavides)

Desalojo

El desalojo fue brutalmente percibido: "Un atropello a la dignidad humana [...] Decir que, para mí, el día que nos tuvimos que venir acá, fue muy traumático, porque no quería venirme de mi casa. Tenía a mis vecinos que eran mis amigos, mi familia. Entonces, interrumpir mi vida, de la manera en que fue interrumpida, es un daño irreparable. Yo pienso que el ser humano tiene derecho a la dignidad. De la manera en que nos sacaron, no fue la manera apropiada; tuvimos que tomar nuestras cosas, de un día a otro, sin mayor explicación. Pienso que eso es un atropello a la dignidad humana. No estoy de acuerdo en la forma en que me tuve que venir, dejé a mis amigos, me vine llorando en el bus, en un camión, me acuerdo que fue; tuvimos que venirnos sí o sí" (Marianela Leiva Espínola).

"Y llegan como a las 5 y media de la mañana a sacarnos, y empezaron a sacar todas las cosas, como decía esta niña, y las tiraban como cualquier cosa, no les importaba nada. Y sabe qué, yo salgo con mis chiquillos, y poco podía sacar, porque no tenía fuerzas tampoco, así es que muchas cosas se quedaron allá. Trajimos lo justo y necesario. Y triste, porque una había luchado tanto para conseguir esas cosas, y las perdimos así, como si nada [...] Sabe que cuando llegaron los militares, nosotros teníamos cosas guardadas, pero pequeñas cosas, ¿y sabe lo que hacían?, tomaban todas las cosas y las echaban a la tina, con agua. El azúcar, el arroz, el Omo; todo lo tiraban ahí. Y yo era la única que estaba dentro, porque los niños estaban afuera, con su padre. Y yo era la única que estaba adentro y no podía hacer nada. Así que fue terrible, oiga, terrible. Porque tanto que nos había costado conseguir, porque había que hacer las medias filas, para conseguir algo, pero a la final todo se perdió. Todo se perdió, porque ellos lo botaron. Como que nosotros estábamos

acaparando cosas, y no era así, porque eran pocas cosas. Pero todo lo que tenía, lo botaron, lo echaron a la tina con agua. Así que fueron hartas cosas, y yo tenía muchos niños, así que me fue muy difícil salir adelante” (Irlanda Carvajal).

“¡Espérense, lo que me pasó!, déjenme contarles lo que me pasó cuando me echaron al camioncito. A mí me cambiaron en un camión donde sacaban material, arena, bolones, ¿ya? Entonces a mí me tiraron las cosas del segundo piso, pusieron la cola y me tiraron las cosas. Ya, no importa. Vamos bajando por la pirámide y era un camino de tierra, ¡ni pariente, ahora!, porque ahora te perdis, po, entonces vamos llegando al Salto, un carabinero. Y les dice, ‘¿para dónde van?’, ‘a Conchalí’”, ‘¿y por qué van con esto, de dónde se lo robaron?’, y yo le dije, ‘¡cómo que me las voy a robar, si son mis cosas!’, ‘no señora: detenida’. Todo el día, detenida en la comisaría del Salto. ¡Qué santo me sacó, para que me fuera para afuera!, parece que lloraban mucho los cabros, porque ahí me dijeron ‘ya señora, váyase para la casa’ (Erika Larrañaga Benavides).

Vida en nuevas comunas

La llegada a las nuevas comunas está marcada por la baja calidad de las viviendas y el mal recibimiento de los vecinos: “Acá volvimos a empezar de nuevo otra vez. Y con miedo, porque a nosotros no nos querían, acá. Nos decían que éramos delincuentes, que éramos comunistas, y nadie nos quería. En la noche, venían a apedrear las casas, nos quebraban los vidrios, fueron días muy difíciles, muy difíciles” (Irlanda Carvajal).

“Las casas eran húmedas, había chinches, que casi nos comieron los chinches. Había un alambrado por cada lado, tuvimos que pagar la luz y el agua, porque los que vivían ahí no pagaron nunca luz ni agua. Todas esas cosas tuvimos que hacerlas nosotros. Así es que todas las mansas cuentas que tenía la gente que vivía ahí. Nos trataron mal, les pegaron a mis hijos, al Washington le pegaron, los tiraron a la solera, un carabinero guatón, se subió arriba de él, pegándole. Uno le pegó, a otro, lo pesqué del pelo, ¡y yo lo saqué! Pero todos éramos ‘delincuentes’; la señora del frente: ‘¡ya llegaron estos comunistas!, ¡no estaban acostumbrados a tener casa!’. Todas las señoras del frente, nos palabreaban. Todo eso nos sucedió” (Eliana Espínola Vergara).

“Acá, nosotros los primeros años, andábamos con miedo. Salíamos de repente a la calle, porque igual andábamos con miedo, nos quisieran robar en la casa, o cualquier cosa, ahí trabajaba mi madre y mi padre. Pero allá, en la Villa San Luis, nosotros teníamos todo accesible. Salíamos a la calle, y andaba la gente, los patrones de ahí, de las mismas casas, cerquita, nos iban a buscar: ‘¿quieres ganarte unos pesitos?, ¿cortar el pasto, encerar, cualquier cosa?’, no fallábamos en nada, estábamos en todo eso. Entonces, igual, venimos de gente toda luchadora y nos costó adaptarnos acá, porque en esta Villa... dejar a nuestros compañeros de colegio. Igual en las noches uno soñaba, y tenía esos sueños, como que aún uno sueña como que está en el colegio, allá arriba. Tiene esas vivencias y cuando despierta, como que despierta acá y como que se encuentra en otra dimensión” (Mauricio Collado).

“Llorando, con hambre, a una casa fea, sucia, el patio abierto, entero el patio abierto, sin ninguna protección, nada. Tú veías lo que hacía el otro, y el otro de allá. Ibas a trabajar, y tu casa quedaba abierta; la reja del ante jardín era una mugre. Era un alambre. Entonces, ¡cambiamos carne por charqui!, y nosotros no tuvimos pataleo, esto fue un atropello humano” (Erika Larrañaga Benavides);

“Cuando llegamos acá, yo tengo dos imágenes súper grabadas, que es: a mi mamá sacándonos de las camas, porque los colchones se llenaron de chinches, y los sacó al patio, y los quemó. Yo de eso, tengo un recuerdo, pero marcadísimo. Y de la acción de todos los días, que era entrar a la casa, las bicicletas, y lo que tuviéramos en el patio había que entrarlo. Porque nosotros, cuando recién llegamos, como contó la Lore, a nosotros nos robaron las bicicletas. Entonces, eso recuerdo” (Johanna Sánchez).

Adaptación y discriminación

La adaptación en las nuevas comunas fue una de las mayores dificultades que vivieron los pobladores de la Villa San Luis, en particular por la gran discriminación que recibieron. En palabras de Erika Larrañaga Benavides: “fuimos más discriminados que en Las Condes”.

“También significó adaptación, A nosotros, cuando llegamos acá, nos trataron de delincuentes, la gente que vivía acá nos discriminó. Eso es impagable, eso es un daño irreparable. Yo estoy en desacuerdo con los maltratos de toda índole, y especialmente pienso que nosotros nos debemos un derecho de dignidad humana. Debemos recuperar lo que se nos quitó, lo que nos negaron. Nos negaron tener una juventud más... Nosotros vivíamos como en familia, entonces para mí, todos los que estamos acá nos conocíamos de niños. Había mucha amistad, los niños jugaban en la cancha, todos se conocían, se respetaban. Entonces esto fue un trauma, un trauma que afectó nuestras vidas, así que pienso que nos debemos este derecho, de recuperar lo nuestro” (Marianela Leiva Espínola);

“Esto, para nosotros, fue, primero que nada, fue terrible, porque tener que vivir, convivir con gente que no nos quería. No nos querían acá. Entonces ya, para nosotros fue una discriminación, que tuviéramos que vivir en torno a personas que no nos querían. Nosotros nos sentimos, todos, súper pasados a llevar, se nos tachó de algo que no éramos. [...] Eso nos afectó nuestra vida, nuestra infancia, porque tuvimos que pasar, de un momento a otro, de estar felices, de vivir en un entorno donde uno se sentía completamente feliz” (Lidia).

“A nosotros, llegando acá nos decían ‘pellejo de Las Condes’. [...] Yo te lo digo, porque mi marido es de acá, de Conchalí, y él decía que cuando habíamos llegado nosotros, había llegado lo peor de lo peor a esta comuna. Bueno, y lo otro: discriminación, malos tratos... O sea, a una, cuando ya la empezaron a conocer, a lo mejor no. Pero cuando recién llegamos, nosotros tuvimos malos tratos” (Jessica Leiva).

La dificultad que muchos enfrentaron era no sentir que pertenecían a la comuna de Conchalí, un caso que es contrario a esto es el de Johanna Sánchez: “ahora, yo afortunadamente, digo afortunada, porque los chiquillos ya son más grandes, llegaron más grandes, yo llegué muy chica, yo llegué a primero básico, aquí, no tuve esa experiencia, que todos comentan, de la discriminación, nada de eso. Afortunadamente para mí, no lo tuve. Yo siempre me he sentido más ‘conchalina’ que ‘lascondina’, porque mi vida fue aquí, ¿te fijas? Claro, toda mi historia en Las Condes, yo la tengo en el recuerdo, pero porque me contaron mi mamá, mi papá, mis hermanos, y por las fotografías, que mi mamá siempre se preocupó de guardar esos recuerdos”.

Escolaridad

La sensación de discriminación permeaba también en la educación, Lorena Sánchez comenta cómo sentía, que el cambio era como “venirse fuera de Chile”, por lo que decidió no educarse en la comuna:

“Bueno, lo que recuerdo también, cuando nos cambiamos, cuando yo tenía 13 años o 12, yo iba en octavo, y mi papá trabajaba allá en Las Condes, entonces yo no quise cambiarme de colegio, porque tenía mucho susto. Además, encontraba que venirse para acá, era fuera de Chile, fuera de Santiago, yo no conocía para estos lados, entonces yo miraba como que estábamos en el campo, no sé. Era demasiado lejos. Entonces, no me quise cambiar de colegio y creo que iba en octavo, entonces seguí cursando mi octavo básico allá, pero me levantaba súper temprano, con mi papito, como a las cinco de la mañana, seis de la mañana, y nos íbamos súper temprano, en la micro Los Dominicos, todos apretados, pero no importa; yo iba con mi papá, y mi papá me protegía. Y seguí mi enseñanza básica y terminé. Y después, ya entré a la media, y me cambié al centro, porque no me gustó el barrio, no me gustó”.

Trabajos

Las trayectorias laborales también se vieron afectadas por la llegada a las nuevas comunas, pérdida de trabajos, cambio en la calidad de vida por la longitud del viaje, surgen historias de resiliencia:

“Mi mamá tenía su casa, su almacén, con el cual sustentaba el hogar, todos conocen a mi mamá, que ella tenía su almacencito en la casa, y ella sustentaba su hogar así. Cuando llegamos acá, mi mamá quedó sin sustento. Mis hermanos, que venían de estudiar y de tener buenas relaciones con sus amigos, de la población donde vivíamos, se perdió todo, no pudieron ir a trabajar, porque ellos trabajaban, de chiquititos ahí tenían su trabajo. Entonces eso significó que perdieron sus trabajos” (Marianela Leiva Espínola).

“Pero sí, al llegar aquí, fue muy difícil, sobre todo para mi mamá, porque mi mamá vivió toda la vida allá, desde los 20 años, llegó allá, toda la vida vivió allá. Mi papá trabajaba en El Mercurio, repartía los diarios, era suplementero de Vitacura. Entonces mi mamá, nosotros teníamos no un mal pasar, como yo creo que ninguno tenía un mal pasar, porque todos nos movíamos por ahí, todos teníamos un buen pasar. Lo que pasa es que acá, después, las distancias eran demasiado lejos. Mi papá cruzaba la pirámide en bicicleta, cuando la pirámide era de tierra. Y el papá de otro, y sí, otros vecinos que también trabajaban en El Mercurio y era de tierra. Así que era muy lejos. La mamá de ella trabajaba en la feria, y también tenía que estar mucho tiempo en micro, y la calidad de vida se echó a perder mucho” (Jessica Leiva).

“Yo saqué mi casa adelante, yo pude seguir adelante, yo sin la ayuda de mi marido, porque después, ¡los maridos de nosotras, se pusieron sinvergüenzas! Se pusieron sinvergüenzas, porque no encontraban trabajo. Se pusieron a quedarse en la esquina y una trabajaba. Y para qué decir, cuando llegamos acá, en La Gonal, y no sé a cuántas vecinas les pasó en otros lados. Entonces, ¿qué hicimos?, tuvimos que apegarnos solamente nosotras, para poder sacar la vivienda, sacar vivienda e hijos adelante, no tuvimos otra opción” (Erika Larrañaga Benavides).

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de Conchalí /



Fecha: domingo 6 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)

Contextualización

La mesa de diálogo se realizó en las inmediaciones de una sede social ubicada en la comuna de Conchalí. La mesa se compuso por 15 personas, mayoritariamente hombres de entre 40 y 60 años. Esta mesa tuvo varias rotaciones de participantes puesto que personas se sentaban, participaban, se paraban, llegaban nuevas, etc. La composición etaria de esta mesa era muy interesante puesto que se compuso por mayoritariamente por personas adultas quienes habían vivido su infancia en la Villa. Cabe mencionar que algunas de las personas participantes declaran solo su nombre de pila sin señalar su apellido.

Fue una mesa cercana y con cálido ambiente de conversación, aunque existieron ciertas tensiones entre quienes eran mayores y los más jóvenes. Hubo mucha emoción en los relatos, se sentía el dolor y la rabia.

Antes de la Villa San Luis

“Éramos gente de bajos recursos, pero vivíamos bien, no pasábamos necesidades” (Ana María Vásquez).

La mayoría de quienes componían la mesa vivían en asentamientos en Las Condes, como el campamento Patria Nueva, la Población Rosales, Ñancahua sur en Tabancura y otros en cercanía de Los Dominicos. Cabe destacar que, un grupo minoritario de participantes vivían en la casa o fundo donde trabajaban sus padres, así lo expresa Marco Farías, quien señala que “yo siempre vine de casa acomodada”.

Proceso de postulación y lucha por la casa propia

Lo primero que señalaron al comenzar la mesa fue el recuerdo colectivo sobre que sus padres se organizaron para ir a cuidar la Villa / los departamentos ante el rumor de que personas de otros lugares se los querían tomar. “Nosotros, cuando nos iban a entregar los departamentos, íbamos a cuidarlos porque otras (personas) de otras poblaciones querían tomarlos... nosotros íbamos a hacer fuego... nos amanecíamos cuidando ahí [...] hasta jugábamos a la pelota ahí, pa’ que nadie llegara a tomárselos”, relata Adrián Silva, quien al igual que un par de participantes custodió las afueras de los blocks unos meses antes de que los entregaran.

Alrededor de 1970, las familias comenzaron el proceso de postulación, este proceso consistía en inscribirse para los departamentos en la Villa y tener una libreta de ahorro CORVI, así lo relata Margarita Cabezas: “Nosotros nos inscribimos en la Villa San Luis, yo me inscribí con mis cinco hijos, con mi libreta CORVI, llegando a la Villa una semana antes del Golpe de Estado”; por su parte, Ana María Vásquez señala que “Mi mamá postuló en el gobierno de Allende para esos departamentos, abrió su libreta CORVI y de ahí quedamos...”. Se recuerda colectivamente que fueron mujeres quienes postularon a los departamentos “mi mamá postuló... como todas las mamás que están aquí, a la Villa San Luis” (Marco Farías).

Se destaca el esfuerzo y constancia por tener y proteger sus departamentos, “luchamos mucho”, señala Verónica.

Acceso a servicios

Existe una percepción colectiva sobre el hecho de que vivir en la Villa San Luis les permitía tener un buen acceso a servicios. Recuerdan comprar en el supermercado Almac y que incluso estaba el Teatro Las Condes en las cercanías del campamento. “Cuando vivíamos en Las Condes teníamos de todo” señala Ana María Vásquez, mientras los participantes asienten. Quienes no nacieron en su casa, lo hicieron en las dependencias del Hospital Salvador.

Escolaridad / Educación

Quienes eran niños cuando vivían en el campamento, estudiaban en la Escuela Oscar Bonilla N° 511, Colegio María Auxiliadora de “Don Bosco”, Escuela N° 119, la cual se ubicaba en Camino el Alba con Av. Portales, y Colegio Adela Edwards.

Llegada a la Villa San Luis

Los participantes señalan que vivieron una vida muy bonita, en un barrio muy lindo y tranquilo. Muchos de quienes vivían en el campamento se fueron a vivir a la Villa, “éramos vecinas antes de llegar a la Villa”, señala Margarita Cabezas.

Las familias se distribuyen en tres blocks, unas en el block 13, otras en el block 17, que era de color blanco, y otras vivían en el block 28. La composición familiar de quienes vivían en la Villa era numerosa, compuesta por padres trabajadores. Destacan que el presidente Salvador Allende les dio la casa y la oportunidad de poder vivir en el sector, de poder vivir en un buen lugar.

Vida en el hogar

La mejora de la calidad de vida fue indudable, una de las cosas que más destacan entre todos los participantes era que el departamento era de buena construcción y que estaban muy felices, Marco Farías relata que “Era lindo el departamento... estábamos contentos... alegres...”.

Vida comunitaria

La vida comunitaria en la Villa San Luis fue mermada por el Golpe de Estado, algunas familias señalan que llegaron solo tres días antes del Golpe a vivir en la Villa.

Destacan que muchas familias se alimentaban de lo que entregaba la Iglesia de Los Benedictinos, quienes les daban desayuno, almuerzo y once.

Los años en la Villa San Luis

La composición de las familias que vivían en la Villa era numerosa. Se describen como personas de esfuerzo pero que vivían bien. Relatan que vivieron aproximadamente siete u ocho años en la Villa.

Vida comunitaria

Narran que eran muy unidos como amigos y vecinos, existía una confianza plena en todas las personas que vivían en la Villa. “Llegábamos del colegio, almorzábamos y teníamos todo un patio inmenso que era el parque Araucano... para nosotros... y disfrutábamos todo el día, toda la noche, las puertas de mi casa abiertas hasta atrás y nunca pasaba na...” (Marco Farías); “Un buen barrio, una buena vida” (Adrián Silva). Villa

Describen que “Ahí al lado de los departamentos había una cancha para jugar... ahí íbamos a jugar todos con nuestros vecinos y todos los niños jugábamos ahí... como niños” (Manuel Carvacho). Relatan que existían cinco canchas al medio de la Villa, donde jugaban constantemente entre todos los niños y niñas de la Villa. Recuerdan que una de las vecinas participantes era la única del block que tenía televisión, por lo que se reunía un grupo de amigos e iban a ver televisión a la casa de la vecina.

Se realizaban diferentes actividades recreativas en las cercanías de la Villa. Recordaban con gran alegría el circo “Los Bochincheros”, que se instalaba en el parque Araucano, al cual entraban por debajo de la carpa y se sentaban escondidos a ver la función. En el mismo parque había fondas para las Fiestas Patrias y se veían los globos aerostáticos volar por ahí. Al conversar estos

recuerdos, las personas más jóvenes de la mesa coinciden en haber tenido una infancia muy feliz y tranquila.

Escolaridad / Educación

La escolaridad se mantuvo, pues quienes eran niñas continuaron asistiendo a sus establecimientos educacionales. “La Escuela estaba al lado de una población, pero también estaba alrededor de muchas casas de nivel socioeconómico alto, por lo tanto también me relacioné con muchas personas, con mucho niño... recuerdo de la Villa San Luis que sábado y domingo pasábamos en la casa de mis amigos, en la piscina” (Marco Farías). Habitar en el sector oriente les permite vincularse con personas de buena situación económica, sin notar discriminación.

Vida laboral

Los participantes señalan que había mucho trabajo para todos, sean adultos, jóvenes o niños, todos encontraban una fuente para poder generar recursos monetarios. Algunas personas trabajaban cuidando hogares, asesoras del hogar, funcionarios municipales, mineros, hasta ayudando en los almacenes de vecinos y en la feria, concuerdan entre todos que el trabajo les quedaba a menos de cinco minutos del lugar donde vivían.

Algunos participantes, que eran niños de 12-13 años cuando vivían en la Villa, señalan que trabajaban esporádicamente en lo que podían, sea en la feria ayudando con “fletes”, a llevar las bolsas, en el Faro de Apoquindo cuidando autos.

El vivir en la Villa les permitía trabajar esporádicamente en lo que se pudiera, así los jóvenes y niños (12 a 15 años) podían tener su dinero para aportar al hogar y salir a pasear. Algunos trabajaban de cuidadores de fundos, cuidadores de lugares o de casas particulares. Destacan: “teníamos nuestro propio dinero” (Manuel Carvacho), por lo que no había necesidad de pedirle dinero a sus padres.

Acceso a servicios

“Había de todo... tiendas, restaurantes donde quisiéramos comer... todo” (Lucy).

En la Villa existían cuatro almacenes que recordaban, pero solo pudieron mencionar tres:

1. El Almacén de Don Lalo (Don Lalo era un vecino reconocido por la población, señalan que también existía su negocio cuando vivían en el campamento. Incluso uno de los participantes trabajó para el almacén de Don Lalo).
2. Almacén de Alicia Quiroz
3. Almacén Los Picapiedras

A la Villa también les iban a vender leche y pan en un camión.

A las cercanías de la Villa estaba el lugar donde estaban construyendo el metro de Santiago, específicamente, la estación Manquehue.

Golpe militar

“Nosotros llegamos a la Villa el 9 de septiembre y el 11 fue el Golpe de Estado, ahí igual tocó cuidar nuestros departamentos” (Ana María Vásquez). El Golpe fue un hito que cambió

radicalmente la vida como se conocía en la Villa San Luis. La constante tensión que se vivía con los militares se debía a los frecuentes allanamientos, eso sumado a la violencia que se imponía, tal como cuenta Ana María Vásquez: “A nuestros papás les tocó sufrir mucho cuando allanaban nuestros departamentos porque los ponían boca abajo y los militares pasaban arriba de ellos”.

La cercanía de la Villa con la Escuela Militar generaba que muchos vecinos vivieran con miedo, es así como señalan que “pasaban cosas cerca de la Villa”. Sentían terror, puesto que constantemente salían militares y tanquetas “por todos lados”. Incluso, una de las participantes relata: “Después del Golpe vivíamos con miedo porque pasaban muchas cosas... pasaban muchas cosas delante de nosotros”.

Recuerdan que, para el Golpe, los militares se tomaron los departamentos que no estaban habitados en la Villa.

Vida laboral / Acceso a alimentos

Muchas de las personas fueron desvinculadas de sus trabajos: “mi marido era municipal y cuando fue el Golpe de Estado lo echaron, porque hubo recorte de personal” (Margarita Cabezas).

La falta de trabajo y el bajo acceso a alimento generó que muchas familias tuvieran que recurrir a solicitar alimentos en comedores comunes que se instalaron en las cercanías de la Villa. Recuerdan colectivamente que la Madre Elvira daba alimento caliente y cajas de alimentos a las familias que lo requerían.

Vida comunitaria / Infancia

Es común entre los participantes señalar que su infancia cambió rotundamente cuando fue el Golpe, porque ya no podían salir a jugar ni compartir de manera “libre y tranquila” con sus amigos de la Villa. Relata Manuel Carvacho que “de todo lo que vivimos nosotros como infancia... una vida bonita... vino el terror porque lo que pasa que... comenzaron a llegar los milicos, comenzaron a haber lo del toque de queda”.

Desalojo

“Todo fue bonito hasta el momento que tuvieron que sacarnos” (Marcela).

Sentían que quienes los echaron de sus departamentos se sentían incómodos viviendo “con los pobres”, en el mismo lugar, esta sensación los llenaba de tristeza y dolor porque los deshumanizan, los amenazaban, “salías o te mataban”, señalan.

Antes del desalojo

Hay quienes fueron visitadas por una asistente social que les notifica que trasladarán a todas las familias de la Villa San Luis a otros lugares. Cuando les especifica que se irán a vivir a Conchalí, algunas familias fueron a conocer el lugar donde vivirían, “Antes de llegar acá, todos nuestros padres... los que se venían acá vinieron a reconocer terreno, a dónde pasaba la micro... si nos dejaba en el trabajo de nuestros padres”, narra Ana María Vásquez.

Por su parte, hay vecinos que no fueron avisados, simplemente les dejaron una notificación y al final de esa misma semana los sacaron. Finalmente, hay familias que tan solo se enteraron el mismo día que serían desplazadas.

Percepción del lugar de llegada

“Nos nombraban Conchalí ¡uh! lo más terrible”, señala Margarita Cabezas. Quienes participaron en la mesa, señalan que el desalojo fue un momento muy doloroso. El hecho de tener que trasladarse obligatoriamente a Conchalí les hacía sentir que se iban de un mundo a otro. “Veníamos de otro mundo” señala un participante. Nadie se quería ir de la Villa, relatan que no podían creer que se tenían que ir de ahí.

La noche previa al desalojo la describen de mucho silencio, miedo y terror puesto que no conocían Conchalí, sin embargo, para todas las familias se lo describen como el lugar más terrible para vivir. De hecho, existía una idea colectiva sobre que Conchalí era un lugar malo y conflictivo para vivir.

Traslado y llegada a Conchalí

El recuerdo colectivo del desalojo parte por consensuar que los desplazaron de Las Condes a Conchalí a fines de 1980 y a principios de 1981, siendo los blocks 18 y 19 los primeros en llegar a Conchalí. “Te ibas o te ibas”. No existe el consentimiento o la decisión de la familia, era una obligación abandonar su departamento y la Villa.

Recuerdan ser custodiados por los militares quienes se encontraban sacándolos de sus departamentos “a punta de fusil”, es así como lo narra Manuel Carvacho: “Llegaron los milicos con ametralladora, fusil... apuntando a todo que se le cruzara en el camino y yo me metí debajo de la cama porque yo no sabía qué pasaba... y me pongo a llorar porque mi mamá me dice que nos tenemos que irnos”.

Otras familias señalan que durante un día sábado tuvieron que sacar sus cosas en un camión de basura junto a tres otras familias. Relatan que los militares les tiraban sus cosas por el balcón de los departamentos “No nos dieron ni tiempo para empacar nuestras cosas”, relata Ana María Vásquez. Asimismo, las cosas que se llevaron en el camión de basura llegaban dañadas por el mismo maltrato de los camiones y los militares que “los ayudaban” a cargar. “Yo vi cuando nos tiraban las cosas del quinto piso pa’ abajo... por las ventanas hacia abajo pa’ la calle, nos hicieron tira todo”, señala Claudio Carvacho. “Nos sacaron como si fuéramos terroristas, delincuentes”, relata Marcela, puesto que los apuntaban con metralletas para que dejaran sus hogares.

“Cuando nos llegaron a sacar a la fuerza, mis compañeros iban al colegio y nosotros estábamos en el camión... echando las cosas como se pudiera en el camión... fue muy doloroso para nosotros como niños”, relata Marco Farías. Por su parte, Margarita Cabezas señala el miedo que tenían sus hijos al momento del desalojo “cuando nos sacaron... mis niños se abrazaban de mis piernas, me decían mamita que no te maten, que no te maten”.

Al momento del traslado se notó el apoyo comunitario que se contaba en la Villa San Luis, una de las familias participantes de la mesa relató que el hermano de Don Lalo los trasladó: “Me trasladaron en un camión de basura... el día sábado tenía que salir yo con otras tres familias más, el Lalo me dice no te puedes ir en un camión de basura, no te mereces eso, mi hermano te va a trasladar” (Marcela). La familia fue trasladada durante el domingo en la mañana en un camión

pequeño del hermano de Don Lalo, destacan los otros participantes que existieron otras familias que también fueron trasladadas por la misma persona.

Sensación del desalojo

El desalojo fue un momento muy terrorífico para los participantes, relatan insistentemente el miedo constante que tenían, pensaban que les podía pasar algo, incluso matarlos. “Lo que más me gustaría borrar de mi mente fue eso (el desalojo) porque nos marcó mucho” (Marcela).

Se percibe colectivamente que los militares se aprovecharon de ellos por ser civiles, que los “miraban en menos” y que todo lo que les sucedió fue injusto. “En esos años, el gobierno militar nos vulneró nuestros derechos... porque ellos con las armas po y nosotros sin nada, entonces nos sacaron... se aprovecharon...” “Prácticamente se aprovecharon de la gente porque ninguna de las personas se ponía a protestar, no podías porque tú sabías que si hacías eso te detenían y ya no volvíai más po”, relata Ana María Vázquez.

Vida en nuevas comunas

La sensación compartida de que en Conchalí todo fue más triste y difícil describe la vida en esta nueva comuna. “De todo lo lindo que vivimos (en la Villa San Luis), acá fue oscuro... ya no éramos las mismas personas que éramos antes de llegar aquí”, señala Manuel Carvacho.

Estado y calidad de las casas

“Sacaron a su gente acá de la comuna y a nosotros nos trajeron a sus casas, donde algunas casas no tenían el piso, estaban impagas de agua, de luz, mucha gente tuvo que repactar en esos años... es por eso que te digo... ellos a nosotros nos vulneraron, se aprovecharon de nosotros como personas, como civiles”, describe Ana María Vázquez.

A Conchalí llegaron a vivir a casas donde antes residían los militares. Muchas de las casas donde llegaron tenían deudas previas en servicios básicos, como el agua y la luz, incluso algunas tenían deudas de dividendo. Lo que más destacan es que tuvieron que comenzar pagando todo desde cero, a pesar de ya haber pagado cuotas de dividendo en su departamento anterior.

Las casas se encontraban destruidas completamente, muchas casi inutilizables. Sin contar que no había divisiones entre las casas y que los patios estaban abiertos y cualquier persona pueda pasar. Destacan que algunas familias insistieron incesantemente en el MINVU para que les arreglaran sus casas.

Vida laboral

El trabajo fue una de las aristas que más se complicó. El hecho de vivir en una comuna tan alejada de sus lugares de trabajo conllevó a que las familias tuvieran que invertir mayor tiempo y recursos monetarios al trabajo, teniendo incluso que dejar de relacionarse con sus familias como lo hacían antes. “Salía de aquí a las 6 de la mañana para llegar a las 8”, relata Marcela.

Al utilizar más tiempo y dinero en movilización, las familias generaron estrategias para el cuidado de sus hijos pequeños. Es así como Marcela señala: “Yo me tuve que traer a una cuñada del sur

para que cuidara a los niños, para yo poder seguir trabajando". Asimismo, para poder solventar los gastos extra, tenían que tomar horas extras para generar más dinero.

Inseguridad en el nuevo barrio

Es consenso que la inseguridad en el nuevo barrio fue una sensación percibida por todos los participantes de la mesa. El hecho de pasar de "la tranquilidad" a tener peleas con cuchillos afuera de sus casas empeoró su calidad de vida. Una participante (Margarita Cabezas) declara que asesinaron a uno de sus hijos en la población, expresa claramente que "pa' mí fue terrible vivir todo esto". Señalan que el barrio ha ido empeorando durante los años.

Escolaridad / Educación

Las familias compuestas por niños tuvieron que tomar la decisión de seguir la educación en Las Condes o trasladarlos a establecimientos educacionales en Conchalí. Este cambió afecto directamente en la salud mental de los niños, niñas y adolescentes.

Quienes decidieron no cambiar de colegio a sus hijos generaron estrategias para que estos pudieran trasladarse cotidianamente a sus respectivos establecimientos educacionales. Relatan que los niños, niñas y adolescentes se agrupaban para ir al colegio desde Conchalí hacia el sector oriente, tomando la "liebre Los Dominicos" para llegar.

Se relata que los más pequeños alcanzaron a estar casi un año más en el colegio, en cambio, quienes eran más grandes lograron terminar su educación en Las Condes. "Fue un gran sacrificio, éramos cuatro hermanos que íbamos a estudiar de allá pa' acá", relata Marco Farías.

El colegio al que asistieron en Conchalí se encontraba ubicado en Gambarino con Av. Zapadores. "El hecho de cambiarnos pa' acá nos quitó mucho sueño... sueño de estudio... todo eso, nos quitó...", señala Verónica.

Salud mental / Infancia / Adolescencia

La salud mental de niños, niñas y adolescentes que fueron desplazados fue un elemento que tuvo consenso en todos los participantes. Las dificultades en el ámbito de la educación es uno de los elementos que afectó directamente en la salud mental, "yo hasta llegué a hacer la cimarra... hice la cimarra tres meses porque no me gustaba acá, no me gustaba el entorno... no quería nada porque entré en depresión", relata Ana María Vásquez.

El no querer seguir estudiando en Conchalí por las condiciones de los establecimientos educacionales, por el trato de los profesionales y por sus compañeros llevó a que varios padres y madres tuvieran que volver a inscribir a sus hijos en sus colegios en Las Condes. Lucy señala: "Nos vinimos acá y los niños lloraban... lloraban porque echaban de menos su colegio".

El considerable y repentino cambio afectó la infancia feliz que habían vivido con anterioridad en la Villa San Luis, relatan que su vida cambió completamente y que el cambio de colegio fue tremendo.

Salud mental / Adultos

Una consecuencia del desplazamiento fue el efecto negativo en la salud mental de todas las personas que, de forma violenta, tuvieron que dejar sus hogares. El desplazamiento propició enfermedades de salud mental como la depresión y una sensación generalizada de vivir una peor vida. Asimismo, algunas personas se vieron enfrentadas a problemas de alcoholismo en sus familias.

Acceso a servicios

La baja calidad de los servicios es algo que se compara con su vida en Las Condes. Manuel Carvacho relata: “allá por ejemplo los consultorios parecen clínica, los colegios... todo... nada en comparación acá”.

Presente

Vida comunitaria

Entre vecinos y vecinas participantes, se percibe la familiaridad que existe entre todos. Señalan constantemente que se conocen de toda la vida, que fueron vecinas tanto en la Villa San Luis como en Conchalí.

Relaciones significativas / Padres y Madres

“Gracias a nuestros padres que nos educaron como personas... fuimos, lo que somos hoy en día... somos unas personas de trabajo, de esfuerzo y de bien”, relata Manuel Carvacho.

La sensación colectiva de haber tenido una buena crianza, de esfuerzo y cariñosa a pesar de todo lo que habían vivido es algo que se destaca constantemente en el relato de los participantes. Muchos manifiestan estar orgullosos de sus hijos y de sus padres, que hicieron todo lo que tenían a su alcance para “sacarlos adelante”.

Sentido de (No) reparación

Hasta la actualidad se percibe y manifiesta una sensación de profundo dolor y rabia por lo que les sucedió, Claudio Carvacho relata que fue “muy doloroso el daño que hicieron... y que aún no ha sido reparado [...] Nosotros fuimos parte de la dictadura, fuimos parte del dolor y nunca fuimos reparados”.

Se destaca mucho que, a pesar de ellos haber sido niños en ese momento, todo lo que ocurrió en sus vidas los dejó marcados hasta el día de hoy. Incluso, Marcela menciona “No me gustaría vivirlo nunca más (el desalojo, el Golpe de Estado) preferiría morirme antes que vivirlo de nuevo”.

Otros datos relevantes

Los participantes relatan que el proceso de desalojo fue de a poco con ciertos blocks, dependiendo del block donde se vivía, podían existir años de diferencia en los desalojos. Señalan que las "torres blancas" fueron las últimas en salir de la Villa San Luis de Las Condes y que esto sucedió a mediados del 2015/2016, no tenían certeza.

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Lo Prado /



Fecha: domingo 6 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)

Contextualización

La mesa de diálogo contó con la participación de seis mujeres. Una de ellas es la dueña de la casa donde se reunieron, por lo que tuvo una participación un poco entrecortada. También tuvimos la suerte de contar con el relato de una participante desde otro lugar de Chile, esta conversación fue por videollamada.

La conversación tuvo como arista principal el momento del desalojo, específicamente cuando salen de la Villa San Luis, llegan a Las Vizcachas / La Granja, las envían de vuelta a Las Condes y terminan en Lo Prado. Es un hito muy doloroso y significativo para estas mujeres, puesto que fueron trasladadas dos veces en un corto periodo de tiempo.

Algunas de las mujeres participantes solo se presentan por su nombre de pila, sin apellido.

Antes de la Villa San Luis

Las participantes provienen de la Villa El Esfuerzo y Villa El Ejemplo, ambos campamentos ubicados en Las Condes. Una minoría declara que vivía en Los Dominicos y en Vitacura, por la rivera del Río Mapocho.

Todas las familias deseaban un lugar donde poder vivir tranquilas, manifestaban fervientemente que los departamentos los habían construido con el objetivo de darle casa a la gente que vivía a la orilla del río. Para vivir en la Villa San Luis debieron postular, algunas por dato de una amiga, vecina o familiar que ya vivía en la Villa pudieron optar a un departamento. En pocos días tenían que reunir los documentos necesarios para presentárselos a una asistente social, quien les asignaba el departamento: “había asistentes sociales que te iban asignando los departamentos...” (Sonia Matus).

Una de las participantes relata que llegar a la Villa San Luis fue gracias a un “boca a boca” puesto que ella junto a su familia vivían de allegados en un lugar y al enterarse por un amigo que había departamentos desocupados, decidieron tomárselo. Al instalarse y ser responsable cuidando el entorno del block y teniendo al día sus cuentas de luz y agua, comenzaron a enviar cartas constantemente al MINVU para dar a conocer su situación y el deseo de regularizar su situación para comenzar a pagar el departamento como se debía.

Quién autoriza a las familias pobladoras para vivir ahí es Roberto Ruiz, pertenece al Serviu, según lo relatado por las participantes. Asimismo, otra participante relata que quienes se tomaron alguno de los departamentos desocupados se unieron en una directiva que tuvo la oportunidad de hablar con el alcalde de Las Condes para que les autorizara a vivir ahí o pudieran comenzar las gestiones correspondientes para regularizar su situación.

Vida laboral

“En Las Condes había trabajo” (María Yolanda Flores). Muchas de las participantes se desempeñaban como asesoras del hogar o vendedoras en lugares como la Ferretería Kleiner. El trabajo quedaba en las cercanías de donde vivían.

Acceso a servicios

El sector donde se encontraban ubicados los campamentos les permitía acceder a servicios y movilizarse sin la necesidad de gastar dinero. Lo que más destacan es el acceso a servicios que tenían por vivir ahí, asimismo, señalan que la mayoría de sus hijos nacieron en el Hospital Salvador. La frase que más se repite es que “estaba todo cerca”, el supermercado, los hospitales, el comercio. Se manifiesta la buena capacidad de ayuda que tenía la Municipalidad de Las Condes, la cual contaba con diversos beneficios para vecinas y vecinos.

Llegada a la Villa San Luis

“Estábamos conformes, tranquilos, porque no íbamos a estar con el miedo de que el río se iba a salir y la casa se iba a llenar de agua” (María Yolanda Flores). Llegar a la Villa San Luis mejoró indudablemente la calidad de vida, siendo un momento con mucha alegría y felicidad para las familias.

Ninguna de las participantes recuerda el número exacto del block donde vivieron casi dos o tres años. Sin embargo, recuerdan que los blocks donde residían estaban ubicados en las cercanías de la calle Los Militares, otro se encontraba cerca de la calle La Capitanía y que la fachada del block era de color beige/amarillo.

Vivieron en la Villa San Luis aproximadamente desde 1975 a 1978. Es importante indicar que las familias de esta mesa de diálogo llegaron a la Villa después del Golpe de Estado.

Los años en la Villa San Luis

Lo que más se destaca de vivir en la Villa era que, a pesar de ser una población de gente pobre, podían “vivir bien”. Eran familias jóvenes, recién casadas algunas, y con sus hijos muy pequeños o recién nacidos.

Desalojo

La historia de desalojo que cuentan las participantes de la mesa tiene dos destinos. Uno es el de las 13 familias que llegaron a vivir a La Granja y otro de las familias que llegaron a vivir a Las Vizcachas. El relato que viene a continuación se centra mucho más en el traslado forzado a la comuna de La Granja.

Al interior de la Villa corría el rumor de que estaban desalojando a las familias que residían en los blocks. Una de las vecinas tuvo la oportunidad de conversar con una asistente social para preguntar si el rumor que circulaba era verdadero y la profesional lo negó. “pasó la asistente social, dice no hay problema... estos departamentos siguen con la gente que está ahí... Todo esto pasó un 28 de diciembre, en la noche nos sacaron... el Día de los Inocentes” (Margarita). Lo que más destacan es que ellas estaban preparando el año nuevo cuando ven desde sus departamentos cómo se acercan luces a la Villa, “estar preparando el año nuevo y ver una medialuna de luces que se venían acercando ... y comenzamos a mirar, a mirar, y de repente se acercan estos señores... entran a los departamentos y comienzan a sacarnos... sin decir la más breve palabra... lo único que dijeron fue ‘permiso’ y vamos sacando cosas en un camión del POC” (Margarita).

Gladys destaca “nunca había visto tantos uniformados juntos, estaban uno al lado del otro como una pared”. Se acercaban militares y camiones para proceder a desalojar a las familias. Los militares rodearon toda la Villa San Luis, una participante destaca que “parecía como si fueran a la guerra”. Margarita comenta que lo único que les dijeron ese día fue que “Los vamo’ a desalojar... ¿A dónde? No, nosotros no sabemos”. No les quedaba otra opción que comenzar a sacar todas las cosas de sus departamentos, muchas temían por su vida y la de sus hijos y se encontraban sin sus esposos en el momento del desalojo, las participantes señalan que, en su mayoría, los hombres estaban en sus trabajos.

Gladys comenta que su suegra escuchó lo que estaba sucediendo con la Villa a través de la Radio Cooperativa, donde dieron a conocer la noticia del desalojo. El proceso del desalojo fue humillante y traumante, el trato despectivo de los militares, sumado al miedo constante de poder ser violentado o golpeado por estos mismos, esto sumado a que se reían de los enseres que las

familias tenían. “Ellos (los militares) se reían porque teníamos cosas buenas... se desquitaban y se reían de la gente” (Margarita).

“Cuando a mí me desalojaron fueron a las dos de la madrugada a sacarnos... y nos dijeron que nos iban a llevar a una casita... fueron los militares” (María Yolanda Flores). Recuerdan colectivamente la brutalidad, tristeza y dolor del día del desalojo que se desarrolló el 28 de diciembre de 1978. Todo fue terrorífico desde que les avisaron en el mismo momento que se tenían que ir de la Villa hasta que los llegaron “a tirar” a La Granja. Relatan que otra asistente social que estaba en el desalojo, les informó que se los iban a llevar a una casita sin decir mayores detalles. Sonia Matus recuerda que les avisan que “los militares las llevarían al lugar”. “Nosotros nos subimos a la micro, nuestras pertenencias las subieron a los camiones... Yo no sé de dónde salieron tantos camiones y tantas micros” (Gladys).

Se siente colectivamente que nunca les avisaron realmente del desalojo, consideran que la notificación del mismo día no era justa, más aún considerando la respuesta de la profesional quien les aseguró que sus familias no serían desalojadas, “No sabíamos lo que íbamos a pasar”, señalan en su mayoría, no teniendo tiempo ni para pensar ni para procesar lo que estaba ocurriendo.

En el momento del desalojo, los militares “a punta de fusil” comenzaron a sacar a las familias de sus departamentos. Disponían de camiones de basura y camiones “POC” para trasladar a las familias, destacan que los camiones de basura estaban malolientes, mojados y sucios. Las vecinas trasladadas relatan que los militares golpeaban las puertas y los carabineros eran quienes ingresaban a los hogares para “ayudar” a sacar sus enseres. “Es algo que nunca se va a poder olvidar” (Jessica Sepúlveda), que es un trauma para todas las personas que vivieron dicha experiencia, recuerdan la rapidez con lo que sucedió todo y que fue en la madrugada cuando todo terminó.

Cuando estaban sacando sus cosas, muchas se las tiraron del balcón para abajo, una de las participantes recuerda que “los militares se reían de las cosas que una tenía”. “la gente se reía de lo que uno tenía... ah claro están aquí, tienen tele, tienen lavadora... y a muchos les tiraron sus cosas, sus artículos pa’ fuera... en el camino, pero también en el edificio” (Sonia Matus).

Los uniformados disponían de camiones “POC” y “TOLVA” para trasladar los enseres de las familias y micros para trasladar a los miembros de las familias. Nadie sabía cuál era el destino, ni los militares ni los carabineros quisieron decirles cuál era el destino.

Recuerdan colectivamente que el recorrido de la micro fue eterno, que la misma inseguridad y miedo que sentía los hacía pensar lo peor. Destacan que estuvieron todo el día dando vueltas por la ciudad. “La micro salió de Las Condes y empezó a hacer un recorrido largo... para nosotros eternos... eterno... eterno... anduvo y pasamos un lugar bien iluminado eso era Santa Rosa con la Alameda y ahí se metió... se metió al sur... se metió por muchos caminos dándose muchas vueltas... nosotros intentamos mirar por si se veía algo y estaba todo oscuro... Llegamos a un camino de tierra y ahí nos hicieron bajar... no se veía nada nada, no había luna ese día, era una oscuridad absoluta” (Gladys). Cuando llegaron al destino, recuerdan que estaban los camiones con sus pertenencias ya en un lugar oscuro, lleno de pasto mojado.

La sensación de horror y miedo que sentían las familias se acrecentaba aún más por la composición de estas, la mayoría tenía hijos pequeños de no más de tres años o recién nacidos. Incluso, una de las participantes relata que su hijo prematuro tuvo una complicación de salud durante el desalojo de su departamento, que gracias a la buena voluntad de los uniformados que

estaban trasladándola en un camión, pudo salvar a su hijo puesto que los fueron a dejar al Hospital Calvo Mackenna para que lo atendieran.

Es un acuerdo entre todas las participantes que ese día sintieron humillación y dolor, también mucho miedo sobre su futuro y lo que les esperaba. Sentían mucha incertidumbre de lo que se podían encontrar o de lo que les podía suceder en el lugar donde las “tiraron”.

Al llegar a La Granja, no había luz, todo era oscuridad. Declara una participante que, por ser jóvenes, ellos tenían otra fuerza y por eso pudieron sobrevivir a todo lo que les sucedió a sus familias y a sus hijos pequeños. Fueron 13 familias que salieron del mismo block y las desplazaron al mismo lugar. “La salida fue lo más traumático para nosotros... al menos para mí... y yo creo que también para las 13 (familias) que vivíamos todas en el mismo block” (Margarita). Tienen recuerdos muy dolorosos del viaje hacia la nueva comuna. Destacan que ellas siempre fueron pobres, sin embargo, vivían con dignidad, todo lo que tuvieron que vivir les afectó porque se reían de ellos las personas que los desalojaron.

Al lugar donde llegaron “era un peladero” señalan, ubicado en el paradero 28 de Santa Rosa. “Era una cancha fría sin lugar donde recostarse que no fuera tierra. Tú no llegabai a poner una carpa... si tú no sabíai dónde estaban tus cosas, estaba todo desparramado...” (Sonia Matus). Era un “sitio pelado, baldío”, solo había maleza, nada de luz, ni la luna. Con frazadas y cubrecamas improvisaron e hicieron carpas, con los colchones en el suelo.

Al amanecer y después de casi no haber dormido nada, notaron que algunos vecinos salieron de sus hogares mirarlos, ellas creían que “ellos no sabían de donde nosotras habíamos salido”. Nadie sabía dónde tenían sus cosas, sus enseres. Cuando llegaron a la Granja, “vivían al día”. Comentan que los mismos vecinos que vivían en unos departamentos frente a la cancha donde se encontraban, le llevaron cosas para comer y beber. “Ni ellos ni nosotros sabíamos lo que estaba pasando”, narra Margarita.

Gracias a la colaboración de los vecinos que vivían en las cercanías, sumado a la donación de algunos alimentos que habían podido trasladar las familias desde la Villa, pudieron hacer desayuno, almuerzo y once para todas las familias. Para poder acceder a servicios básicos como el baño tuvieron que solicitar entrar a un colegio que estaba en las cercanías de la cancha, notaron que había un evento por lo que estaba abierto, pidieron prestado el baño para poder asearse, sacar agua para cocer los alimentos y hacer sus necesidades. La única condición que les pusieron para prestar el baño fue que tenían que cruzar por arriba de una muralla puesto que no los podían dejar entrar por la puerta, es así como tuvieron que entrar a escondidas y poniendo en peligro su integridad física.

Durante el día, llegaron algunos periodistas al lugar donde se encontraban pernoctando, que en palabras de las participantes, eran del periódico La Tercera. “Se bajaron de sus autos, sacaron fotos y arrancaron rápidamente” (Gladys). Posterior a aquello, al lugar arriban personas que forman parte de la Vicaría de la Solidaridad para conocer cómo se encontraban las familias, estos les aseguraron que estaban pendientes de ellos y que no les iba a pasar nada puesto que “tenían los ojos en ellos”, (Sonia Matus).

Al otro día, las participantes relatan que llegaron asistentes sociales al lugar donde estaban pernoctando. El motivo era solicitarle sus datos personales para volver a trasladarlas, puesto que las familias se encontraban pernoctando en un recinto privado (la cancha de la cooperativa). “(Nosotros) tuvimos dos desalojos porque al otro día aparece el alcalde de la Granja que pensó

que éramos gitanos... y que nos habíamos tomado esa cancha... nuevamente fuimos desalojados" (Margarita. Recuerdan que dos días después de las visitas, volvieron con camiones y buses a trasladar nuevamente a las familias.

"Nos fuimos donde primero nos ofrecían, nos llevaron donde podían... yo donde primero dormí fue debajo de un damasco" (Margarita). Tal como señala Margarita en conjunto a las otras participantes, trasladaron a las familias de vuelta a Las Condes, pero a casas de familiares o amigos que viven en la comuna y que podían recibirlos en sus casas o patios. Declaran que fue una idea colectiva irse a Las Condes y solicitar usar cualquier espacio para pernoctar, la idea era que "nos fuéramos todos juntos para no perdernos" (Sonia Matus).

Durante el tiempo que estuvieron de allegados, algunos miembros de las familias se movilizaron en medios de comunicación para ser entrevistados. Relatan que los recibieron en El Mercurio para contar sobre su situación y que arriesgaban más que solo su casa cuando realizaban estas acciones. Señalan que en la oportunidad que los recibieron en El Mercurio, al momento de salir del lugar había un grupo de personas que los comenzaron a seguir mientras caminaban por el centro, en esos momentos y sabiendo que estaba en juego su integridad física, entran rápido a las inmediaciones de Radio La Chilena para contar que los estaban siguiendo, quienes estaban en la radio los socorren y cierran todo para que no hagan preguntas sobre su paradero. Tuvieron la suerte de que no les sucediera nada puesto que eran agentes de la DINA quienes los perseguían, las personas contactan a la Vicaría de la Solidaridad, llegando a ayudarles y colaborarles "el mismísimo Cardenal Raúl Silva Henríquez" (Gladys).

Ahí generaron el segundo contacto antes de recibir sus casas definitivas. Relatan que cuatro maridos de las familias vecinas se dirigieron a la Vicaría de la Solidaridad a pedir ayuda sobre la situación que estaban viviendo, es ahí cuando les otorgaron una solución definitiva a su estado de allegados. "La Vicaría de la solidaridad fueron un 7 con nosotros, yo los tengo en un altar" (Gladys).

Con la colaboración de la Vicaría, sumado a las gestiones y ayuda por parte del Municipio de Lo Prado y su alcalde Dante Pesce, las 13 familias desalojadas de la cancha de La Granja que devolvieron a Las Condes, llegaron a vivir definitivamente a un terreno en Lo Prado, el cual quedaba ubicado en las cercanías de Av. Dorsal.

"Nos avisan que nos tenían unos terrenos en Lo Prado... el obispo Enrique Alvear nos consiguió esos terrenos en Lo Prado" (Gladys). Por su parte, las otras participantes relatan que ellas junto a las autoridades y colaboradores correspondientes eligieron el terreno donde iban a vivir en Lo Prado. La Vicaría les colaboró para tener respuesta sobre sus títulos de dominio en el Serviu, fue así como se convirtieron en dueños de sus terrenos, específicamente de una manzana.

Cuando arribaron a Lo Prado no tenían nada, solo sus enseres y unas mediaguas de tamaño 3x6 metros que les donaron en nombre del obispo Enrique Alvear. Tuvieron que hacer "un pozo negro", también conocido como baño de pozo séptico para poder hacer sus necesidades. Asimismo, comentan colectivamente que los vecinos aledaños al sitio donde tenían sus mediaguas, les decían cosas, creaban rumores sobre su residencia, encontraban injusto lo que ellos tenían. Tuvieron que cerrar el terreno con mallas que ellos compraron. "Al principio todo esto eran terrenos pelados... después de eso vino la mediagua, el agua, la luz... después teníamos cerrado todo con malla... el baño que teníamos era una letrina, un baño séptico..." (Margarita).

Para proteger todo el terreno que les entregaron, y del cual solo utilizaban una porción, tuvieron que generar turnos de vigilancia para que no les robaran nada.

Asistían a una Iglesia que se encontraba en las cercanías del terreno donde vivían para poder lavar su ropa y asearse, ahí mismo les daban desayuno, almuerzo y once a todas las familias puesto que había ollas comunes funcionando en sus inmediaciones. “Habían almuerzos... el que quería ir a almorzar, iba a almorzar... incluso algunos iban a lavar la ropa” (Sonia Matus). La Iglesia se llama Dios con nosotros y aún funciona en las dependencias de calle Hipólito Arias 6055, Lo Prado.

Sensación del desalojo

Todas concuerdan en que el desalojo fue violento y traumático para todos los integrantes de las familias, catalogan como una “noche de terror” lo que vivieron llegando de Las Condes a la cancha de la cooperativa en La Granja.

El miedo que sentían las familias ante la posibilidad de que a ellos les pudiera pasar algo, sumado al trato prepotente, deshumanizante y la humillación que vivían cuando los uniformados se burlaban de ellos, procediendo a tirar sus cosas por el balcón de los departamentos para abajo o de los mismos camiones es algo que no se puede olvidar: “Para mí es algo que nunca voy a poder olvidar... el trauma que nos generaron” (María Yolanda Flores).

Vida en nuevas comunas

La vida les cambió completamente al llegar a Lo Prado: “eran otras condiciones de vida” dicen cuando se refieren a la vida en la Villa San Luis. Una de las participantes señala: “no teníamos grandes cosas pero vivíamos bien”. En las nuevas comunas existían ciertas aristas que costaron más de lo normal. Por los cambios, muchos tuvieron que renunciar a sus trabajos o fueron despedidos, la falta de acceso a buenos colegios para sus hijos o el cambio en su composición familiar, como quedarse soltera o viuda, incrementó la sensación de inseguridad ante cualquier cambio que pudiera suceder en sus vidas. María Yolanda Flores, señala que les quitaron una parte de sus vidas, que les quitaron la oportunidad a sus hijos de aspirar a otras cosas, a ser profesionales, a tener otras formas de ver la vida según el lugar donde vivían: “no todos tuvieron la suerte de poder salir adelante”, “mis hijos tuvieron que comenzar a trabajar desde jóvenes”.

La incorporación al barrio y a la comunidad fue difícil, en sus palabras, recibieron insultos y malos tratos por parte de los pobladores que vivían en el sector antes que ellos llegaran, puesto que “ellos llevaban mucho tiempo esperando agua y luz y nosotros los tuvimos primeros que ellos” (Margarita).

Por su parte, relevan el rol que tuvo la iglesia en sus primeros años viviendo en Lo Prado, Gladys destaca que “les dieron la bienvenida en la iglesia” y que esta les colaboró mucho para poder acceder a baños, alimentos calientes y otras ayudas.

Destacan que, a pesar de todo, son unidos como vecinos. “Éramos muy unidos a pesar de que nos tiraron de un lado para otro, seguimos unidos...” (Sonia Matus). En su mayoría, las familias que arribaron a Lo Prado se conocían desde que vivían en la Villa San Luis, teniendo que acompañarse durante todo el proceso de desalojo, traslado intermitente y traslado definitivo.

Presente

Reparación y justicia

Destacan que es necesario que se haga justicia de lo que vivieron, porque “nos quitaron la vida que nosotros teníamos”. Declaran que no les gustaría pasar lo mismo otra vez y que nadie debiese pasar por lo que sus familias pasaron. Existe la percepción colectiva que el desalojo fue arbitrario.

Salud mental

Una de las consecuencias del desplazamiento se vio reflejado en la salud mental de los grupos familiares. “Para uno es difícil de olvidar... pero sí, estamos bien” (María Yolanda Flores). Hasta el día de hoy viven con una angustia muy grande, sumado al miedo que tuvieron que vivir, lo cual modificó sus conductas sociales y vínculos. “Todo esto fue muy traumático porque fue un cambio muy brusco para todos nosotros” (Margarita). Coinciden en que sigue dando mucha pena todo lo que tuvieron que vivir.

Otros datos relevantes

Señalan que el padre de Lalo, vecino, era suboficial de Carabineros, por lo que ellas suponen que eso les ayudó a que la salida no fuera en camiones de basura, sino en camiones TOLVA o POC. Algunas personas ya no viven en Lo Prado. Recuerdan que las personas que pertenecían a sus blocks fueron trasladados a San Miguel, San Joaquín y La Granja.

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de Lo Prado /



Fecha: martes 8 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)

Antes de la Villa San Luis

Dos personas señalan que antes de vivir en la Villa San Luis, venían en el campamento El Esfuerzo. No recuerdan exactamente cómo fueron asignadas a la Villa, pero se menciona que seguramente fue por datos de conocidos: "no me acuerdo en realidad... parece que alguien... así del boca a boca, alguien dio el dato que podía postular ahí" (Blanca Valenzuela)

Allegados y tomas

Tres personas llegan a la Villa San Luis en primera instancia como allegados de algún familiar, pero luego como grupo familiar (con esposo e hijos) se toman un departamento desocupado por necesidad: "como teníamos necesidad, no teníamos donde vivir y teníamos que hacer lo posible para tener dónde vivir porque mi hija tenía 3 meses. Estaba donde mi hermana viviendo allí mismo en calle Los Militares, porque mi hermana era asignada allí, pero como eran tan chicos los departamentos teníamos que estar así todos amontonados y por eso nosotros nos tomamos ese departamento" (Silvana Soto)

Una persona señala haber llegado directamente a tomarse el departamento, sin embargo confiesa no haber tenido conocimiento de que era una toma, ya que su marido la había llevado allí: "una amiga de él lo llevó ahí, pero después yo me enteré que había sido una toma" (Marta Chacana).

Además, señala que su llegada a la Villa fue por necesidad: “llegamos por necesidad de vivir, no teníamos dónde más estar, teníamos la necesidad de estar allí” (Marta Chacana).

El resto de las participantes no se pronuncia respecto a la llegada a la Villa San Luis.

Los años en la Villa San Luis

Vida en el hogar/ Cotidiana

El grupo en general alcanzó a vivir entre 6 meses y 2 años en la Villa San Luis. Todas las participantes del grupo al vivir en la Villa San Luis eran jóvenes, entre 20 y 30 años, con esposo e hijos pequeños de los 0 a 3 años.

Se considera que los departamentos eran buenos y amplios: “Había un dormitorio grande y uno chico, y para nosotros que éramos tres estábamos bien” (Blanca Valenzuela).

Vida comunitaria

Con respecto a la vida comunitaria, se señala que se conocían entre vecinos: “yo ya tenía mi gente ahí, las familias que éramos... éramos conocidas” (Marta Chacana).

Vida laboral

Generalmente las mujeres no trabajaban y se dedicaban a las tareas del hogar. Eran los maridos quienes salían a trabajar, quienes trabajaban en la misma comuna de Las Condes para los vecinos más adinerados: “Había trabajo ahí mismo, salías a limpiarle las hojas al vecino más rico y te pagaban” (Ximena San Martín).

Acceso a servicios

Se menciona que había conocimiento y costumbre en donde ir a comprar las cosas: “ya sabía, ya había aprendido a donde comprar las cosas... había aprendido a desenvolverme bien en eso” (Blanca Valenzuela).

Golpe militar / Desalojo

Antes del desalojo

Debido a la situación de la toma de departamentos, el día anterior al desalojo había llegado una carta del SERVIU citándolos a una reunión a las 10 de la mañana: “habíamos ordenado antes para que vieran que éramos buenos, no éramos mala gente” (Silvana Soto); “supuestamente habían citado a una reunión a las 10 de la mañana y no llegó nadie, y a la noche nos vinieron a sacar” (Rosa Hernández).

También se menciona que habían rumores sobre un posible desalojo, pero jamás creyeron que sería de esa forma: “Estaban rondando los rumores de que los iban a desalojar, porque a algunos ya los habían sacado, pero se los habían llevado a otros departamentos” (Blanca Valenzuela).

Al momento del desalojo

Para este grupo el desalojo ocurrió el día 28 de diciembre de 1976 al anochecer, se recuerda la fecha como una cercana a la Navidad: “como era 28 de diciembre justamente todavía tenía el arbolito armado” (Blanca Valenzuela), o como el Día de los Inocentes: “pal’ Día de los Inocentes me acuerdo yo que nos vinieron a botar” (Silvana Soto).

Al momento en que llegan los carabineros a desalojarlas, en general se encontraban realizando actividades cotidianas: “estaba acostada con mi hijo y siento un ruido de frenazos de vehículos, estaba todo encadenado afuera” (Blanca Valenzuela); “estaba planeando la cena de año nuevo con mi esposo” (Marta Chacana); “estaba haciendo dormir a mi hija de un año, se estaba oscureciendo” (Rosa Hernández); “estaba cocinando, estaba haciendo una cazuela” (Silvana Soto).

El trato de carabineros

Hay consenso en que la forma en que carabineros procedió al desalojo fue violenta ya que fue con amenazas, armas y se contó con poco tiempo para sacar sus cosas: “mi mamá contaba que fueron muy violentos en cuanto al desalojo, que los hacían apurar para sacar lo poco y nada que tenían, y les tiraban las cosas arriba de los camiones (...) fueron demasiado violentos, llegaban con armas” (Ximena del Carmen Contreras); “no dieron tiempo de nada, solo para desarmar el arbolito” (Blanca Valenzuela); “llegaron los carabineros y nos dijeron ‘empiecen a arreglar sus cosas porque se van’” (Marta Chacana); “nos trataron mal más encima” (Rosa Hernández).

Una mujer cuenta que su esposo estaba en una reunión de la iglesia al momento del desalojo, lo que al parecer hizo enojar más a carabineros: “se lo tomaron... ‘claro si en la iglesia los están ayudando ahora’, o sea se lo tomaron por el otro lado” (Blanca Valenzuela).

El trayecto

A algunas se las llevan en camiones de la municipalidad y a otras en buses/micros de carabineros. Hay consenso en la incertidumbre e intranquilidad de no saber para dónde iban: “No sabía para donde miéchica me llevaban” (Blanca Valenzuela); “preguntábamos a dónde íbamos y nos decían ‘sin destino, sin destino’” (Rosa Hernández); “nos llevaron arriba de la micro de carabineros y no sabíamos a dónde íbamos, la mayoría tratábamos de tranquilizarnos, íbamos llorando” (Marta Chacana); “pensábamos que quizás nos iban a llevar a un colegio como era verano y estaban desocupados” (Marta Flores).

Destaca la historia de uno de los trayectos en donde ante el miedo de pensar que los iban a matar, una persona que iba en el bus se pone a cantar para consolar a los demás y tiene una respuesta de carabineros que les hace tener más miedo: “el compañero de una amiga se puso a cantar para evitar la tensión de ese momento y un carabinero dice, yo lo escuché, ‘canten no más gaviotas, canten no más gaviotas, que ya van a ver lo que les va a pasar cuando lleguen allá’... entonces ¿qué es lo que piensas tú? que nos van a matar a todos, con niños, con todo” (Marta Chacana).

Lugar en “donde los fueron a tirar”

Luego del trayecto, las dejaron en diferentes lugares, generalmente en la calle o en sitios aislados: Las Vizcachas, Lo Curro, Gran Avenida, Pudahuel al final de San Pablo y Pudahuel atrás del aeropuerto. “Me dejaron tirada en Las Vizcachas ‘a sitio pelado’” (Blanca Valenzuela); “mi mamá siempre decía que la fueron a botar en Las Vizcachas, que la fueron a tirar” (Ximena del Carmen Contreras); “nos dejaron entre la calle y la zarzamora” (Rosa Hernández); “nos fueron a botar al paradero 37 de la Gran Avenida y no había nada” (Silvana Soto).

Generalmente, dejaban a las personas en grupo, sin embargo, destaca la historia de una mujer a quien dejaron sola con su hijo. Ante esa situación ella estaba preocupada de contar con un arma para poder defenderse: “yo lo único que quería saber es si habían echado alguna escoba o palo, un arma para defenderme porque no sabía dónde estaba” (Blanca Valenzuela)

Servicios básicos

Las mujeres caracterizan los lugares a donde las llevaron por no tener las condiciones para vivir: “no había nada, ni fósforos habían para hacer fuego” (Blanca Valenzuela); “no teníamos baño, no teníamos agua, no teníamos que comer” (Rosa Hernández); “no teníamos agua, no teníamos luz, no teníamos baño, no teníamos nada... de hecho mi hija se tomó una infección” (Marta Chacana).

Ante esta situación, debieron arreglárselas como pudieran, disponiendo de colchones y frazadas: “pusimos una frazada para hacer un techo” (Rosa Hernández); “los esposos pusieron las frazadas y colchones para que los niños durmieran, pero nadie durmió” (Marta Chacana). Se cuenta que en un grupo un carabinero les ayudó: “un carabinero se apiadó después de todo, porque no teníamos agua, y nos llevó a varias mujeres a una parte muy lejos a buscar agua” (Ximena San Martín).

Vida comunitaria/ Relaciones significativas

En cuanto a la vida comunitaria, se dan dos situaciones principalmente. Por un lado, la vida en comunidad entre los vecinos desalojados de la Villa San Luis, que resulta en relaciones significativas para la ayuda y subsistencia: “yo la ayudaba a ella y ella me ayudaba a mí, así nos ayudábamos entre vecinas... pasamos mucha necesidad ahí” (Silvana Soto).

Sin embargo, por otro lado, la relación con la comunidad que vivía en los sectores en donde quedaron era de discriminación. Así, les decían que ellos estaban en la calle por no pagar arriendo: “en la mañana temprano cuando pasaba la gente a trabajar decían: ‘ven por no pagar el arriendo están acá en la calle’” (Rosa Hernández). Asimismo cuentan que en los negocios no les vendían comida por haber sido desalojadas: “no nos querían vender nada porque nos habían ido a tirar allá” (Silvana Soto).

Esta última situación en algunos casos, como lo es en Lo Curro, en Gran Avenida y en Las Vizcachas, terminó con que los alcaldes les echaran del lugar en donde estaban: “nos echaron porque la gente de ahí de alrededor no nos quería ahí” (Silvana Soto); “el alcalde ordenó que desalojaran ese lugar porque era sitio privado” (Marta Chacana). Se destaca en el periodo de desalojo la ayuda recibida por parte de la Iglesia y la Vicaría de la Solidaridad. En el caso de quienes fueron tirados al final de Pudahuel después de un par de días en la calle reciben asistencia por parte de un albergue de la Vicaría en Lo Prado: “después fue el alcalde de allá y nos trajeron al albergue de acá de la comuna... tuvimos ayuda de la Vicaría” (Marta Flores). Asimismo, señalan

que en esos tiempos de necesidad iban a pedir ayuda en la iglesia, inclusive encontrándose con otras personas de la Villa San Luis: “la alegría grande cuando nos encontrábamos los unos con los otros, felices” (Rosa Hernández).

Vida en las nuevas comunas

En los primeros días de enero de 1977, las familias llegan a Lo Prado, puesto que les entregan una solución desde SERVIU. Lo describen como un lugar vacío que estaba hecho un basural: “el día 3 de enero nos dicen ustedes tienen donde llegar, y llegamos acá, pero era un basural” (Marta Chacana).

Se narra que el lugar antes era una toma en donde vivían personas que en ese entonces les habían dado solución en unos departamentos al frente: “estos sitios estaban deshabitados porque aquí vivía la gente que estaba en los departamentos” (Marta Flores). Y luego de unos días en la calle, trajeron casetas para armar teniendo que pagar dividendo, y más adelante se dio la posibilidad de construir una casa en concreto: “se le entregó a la gente la posibilidad de construir sus propias casas, y el aval era el sitio” (Marta Chacana).

Al llegar a Lo Prado, las participantes narran que se perdían al llegar, que les era difícil encontrar las calles y tomar micros: “nos perdíamos, tomamos la micro y no llegábamos en una semana (risas)” (Silvana Soto).

Vida en el hogar

Luego de la experiencia de haber estado en la calle, llegar a las casetas fue un alivio: “llegar fue maravilloso después de una experiencia tan horrible, no importaba nada ni como estaba. Lo importante es que como familia seguíamos juntos” (Blanca Valenzuela); “estaba fascinada en ese sentido por tener un lugar donde estar, un lugar mío” (Marta Chacana).

Destaca una experiencia en donde el sufrimiento unió más a la familia: “esta situación nos unió como familia, yo dependía de mi esposo y él dependía de mí. Y teníamos que luchar por el hijo que había en ese tiempo” (Blanca Valenzuela).

Vida comunitaria

Respecto a la vida comunitaria, en primera instancia había que tener cuidado ante los robos: “tenían que turnarse para cuidar la ropa, porque hasta la ropa se la robaban” (Ximena del Carmen Contreras).

Luego, se señala el reencuentro con vecinos de la Villa San Luis y el compartir experiencias comunes: “de hecho las familias que estamos aquí éramos las mismas que estábamos en ese lugar” (Marta Chacana); “rápidamente empezar a compartir con la gente de los alrededores, porque nos empezamos a dar cuenta que todos habíamos vivido algo similar” (Blanca Valenzuela). De esta manera, en los primeros tres años en Lo Prado existía apoyo entre vecinos y con la iglesia, además de las ollas comunes “compartíamos lo que teníamos, si tenías porotos dabas porotos” (Silvana Soto).

Sin embargo, la relación con los vecinos del frente no fue muy buena, debido a que quienes vivían en los edificios del frente venían de una toma en ese mismo terreno, por lo que sentían que estaban usurpando un lugar que había sido de ellos: “ellos decían que nosotros habíamos venido a usurpar un lugar que era de ellos, pero lamentablemente a ellos los habían sacado mucho tiempo antes que nosotros” (Marta Chacana).

Se narra que recibieron mucha ayuda de la iglesia en ese tiempo, que al llegar al terreno cuando no había casas pudieron dormir en la iglesia y usar el baño: “nosotros íbamos todos a la iglesia a bañarnos” (Ximena San Martín).

Destacan cuando Monseñor Enrique Alvear les dio la bienvenida “Don monseñor Enrique Alvear nos dio la bienvenida a la Iglesia, ¿se acuerdan?” (Silvana Soto).

Vida laboral

En cuanto a la vida laboral, se narran varias situaciones. Se señala que algunos siguen trabajando en Las Condes, otras señalan que los maridos se quedaron sin trabajo por quedarse con sus esposas ante el desalojo, por lo que algunos se pusieron a trabajar en el POJ: “por quedarse con nosotros los maridos se quedaron sin trabajo, y en ese tiempo estaba el POJ, me acuerdo que mi marido estuvo tiempo trabajando en eso” (Silvana Soto)

Se narra que mujeres debieron empezar a trabajar como asesoras del hogar puertas adentro “mi mamá como nosotras éramos re chicas se puso a trabajar puertas adentro porque no tenía donde estar, y una vecina le ayudaba” (Margarita Hermosilla). También se cuenta que algunos debieron trabajar vendiendo en las micros: “mi papá tuvo que salir a vender dulces en las micros, y mi tío, helados” (Ximena del Carmen Contreras).

Presente

Vida en el hogar

Las familias ya llevan 40 años viviendo en Lo Prado, se narra que la vida ha sido buena y tranquila: “la vida acá ha sido buena, hemos tenido buenos vecinos, no hemos tenido ningún problema” (Silvana Soto). Asimismo, se destaca que se ha aprendido a aceptar lo que se tiene y a adaptarse debido a que ya no hay fuerzas para continuar luchando: “la vida es tranquila, ya no hay muchas expectativas, uno aprende a aceptar lo que tiene y adaptarse a eso porque ya no hay fuerzas para seguir luchando” (Blanca Valenzuela).

También destaca el haber salido adelante a pesar de las dificultades: “están bien ellos a pesar de que hemos pasado muchas cosas malas” (Marta Chacana); “mi marido se murió trabajando en la construcción... sola salí adelante” (Silvana Soto).

Efectos de experiencia de desalojo

La experiencia del desalojo tiene efectos hasta el presente, en el caso de quienes son hijas de personas que vivieron el desalojo sostienen que no se tocaba el tema ya que habían quedado muy afectadas, “mi mamá no tocaba mucho el tema porque le afectaba igual” (Ximena del Carmen Contreras).

En cuanto a la salud, se narra que el hecho de haber vivido en la calle sin condiciones de salubridad trajo infecciones que afectan hasta el día de hoy: "mi hija se tomó una infección terrible, de hecho hasta yo me tome una infección que está hasta el día de hoy, tengo unas infecciones urinarias que me han dejado varias veces en el hospital" (Marta Chacana).

Asimismo, destaca el caso de un marido que a raíz de la experiencia vivida comienza a perder la memoria y trastornarse, culminando en su suicidio: "mi esposo perdió la memoria, y después se empezó a trastornar, de hecho mi esposo al tiempo después se mató, bueno mis vecinas saben que a raíz de eso se empezó a enfermar" (Ximena San Martín).

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Independencia (Juan Antonio Ríos) /



Fecha: sábado 12 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Catalina Gonzalez Ríos (psicóloga)

Antes de la Villa San Luis

Vida en campamento

Antes de llegar a la Villa San Luis, los/as participantes de la mesa de diálogo venían en su mayoría de campamentos, particularmente del campamento San Luis. Como relata María Ubilla: “después se organizó un comité de los sin casa, ahí en el campamento de San Luis, después sacamos una libreta de ahorro para postular a los departamentos a los cuales fuimos asignados en el gobierno de Salvador Allende”. La mayoría de los vecinos tenían entre 15 - 18 años en la época que vivían en los campamentos y estuvieron alrededor de 5 años previo a la llegada a la Villa: “del campamento nos derivaron a la Villa, yo tenía 16 años, era una niña nomás. Se formó un campamento, ahí fue donde nos anotaron para los departamentos, estuvimos viviendo 5 años en los campamentos” (Ana María González Aracena).

Asimismo, Luz Fernández cuenta sobre su llegada desde el campamento Manuel Rodríguez: “que estaba ubicado en esos años en Avenida Paul Harris hacía arriba donde está el sanatorio, no sé si todavía estará el sanatorio que era de los carabineros. Mi mamá postuló con cuotas CORVI, tenía que tener 560 cuotas, eso significó mucho para ella porque tuvo que dejar en guardería a mis dos hermanos menores mientras yo estudiaba porque soy la mayor, fue con mucho sacrificio que junto

su dinerito y sacó su libreta. Postuló y con el beneficio de que salió aceptada, así que la vida de nosotros cambió sobre todo para mí, que yo era la mayor, de vivir en un campamento pasar a una vivienda digna, en un sector digno y poder estudiar dignamente”.

Finalmente, antes de partir a la Villa, María González Aracena trae recuerdos de sus años en el campamento contrastando su experiencia vivida en años posteriores “vivir en el campamento para mí no fue malo, porque mi marido era muy trabajador y me hizo una muy buena mediagua para no lloverme ni nada de eso, no fue malo. Fue más malo cuando nos quitaron los departamentos, tan lindos que eran y nos los quitaron... es una de las penas más grandes que he tenido”.

Años en la Villa San Luis

Vida cotidiana y comunitaria

Mantuvieron una destacable vida en comunidad entre vecinos y vecinas de la Villa, resaltando la unidad y la colaboración: “la vida era buena, acá somos todos unidos de chicos, yo con ella... (apunta a otra vecina) era mi mejor amiga ella, de toda la vida todavía, somos como hermanas. Todos los que están aquí nos conocemos desde los 16 años cuando nos dieron los departamentos”. (Ana María González Aracena)

Vida laboral

Doña Rosa González cuenta sobre su buena experiencia laboral en la Villa San Luis: “yo tenía buen trabajo en Las Condes, trabajaba de asesora del hogar, me hacía buen sueldo, me trataban bien donde trabajaba, tenía unos patrones excelentes”.

Aunque tuvieran mejores oportunidades laborales en la comuna, en épocas de dictadura los vecinos comenzaron a atravesar por mayores dificultades para comprar sus canastas básicas de alimentos: “a pesar de vivir en un lugar tan bonito y tan agradable, sociable y todo, también pasamos por cosas difíciles porque a veces no había qué comer o qué conseguir, costaba mucho” (Luz Fernández). Respecto a ello, también agrega otro vecino: “lo que pasa es que nosotros vivimos en toque de queda ahí entonces tampoco podríamos vivir mucho” (Manuel Ferreira).

Escolaridad

“Yo estudiaba muy bien en esos años, tuve la posibilidad de que en ese tiempo no había lo que pasa ahora, que los ricos con los ricos y los pobres con los pobres... yo gracias a Dios tuve la oportunidad de estudiar en el Compañía de María, pero pagado por la Municipalidad de Las Condes en esos años, porque en esos años funcionaba la Técnica municipal de las condes en la tarde” (Luz Fernández).

Acceso a servicios

“La vida allá era supermercado bueno, los negocios buenos, todo era bueno, uno vivía otra vida” (Manuel Ferreira).

Golpe militar / Desalojo

Al narrar sobre el Golpe militar, los vecinos cuentan los cambios que hubo en su cotidianidad, tanto en ámbitos escolares como en las compras de sus alimentos, teniendo que cambiar su rutina anterior completamente: “ya no tuvimos esa regalía ni esa oportunidad de poder seguir estudiando, porque después nos fuimos a otro colegio que quedó para allá en La Reina... todas nuestras cosas, nuestras mesas, nuestras sillas, nuestros armarios y bueno... seguir estudiando y dar el viaje desde donde vivíamos hasta allá, era como una odisea transportarse para llegar a nuestro colegio. Cuando llegaba el momento que teníamos que salir a comprar, pasaba el helicóptero de la Escuela Militar por alto parlante avisándole a la gente que podíamos salir a comprar nuestras cosas... íbamos a la panadería de Warren Smith, salíamos a comprar lo que se podía conseguir en ese tiempo” (Luz Fernández).

Fueron llamados extremistas: “llegó el momento en que tuvimos que salir por ser, por pensar, por tener un ideal que era pensar diferente, y por ese hecho fuimos vulgarmente tratados de ‘miristas’, extremistas, y por eso yo creo que se le dio el paso a lo que pasó, porque éramos allanados una vez por semana, a las tres de la madrugada, a las cuatro de la madrugada llegaban tocando las puertas los militares de la Escuela Militar, sacando a la gente, que a esa hora se dormía, sacándolos en pijama. A uno no le daban opción a que se vistiera, sino que en pijama a los balcones, manos arriba, ellos detrás de uno con las metralletas, y uno no podía hacer comentarios de nada porque te pasaban la bala, esa es la realidad. Entonces, todo esto se empezó a esparcir en toda la Villa, porque éramos más de mil habitantes, de que nos iban a sacar porque los vecinos estaban en desacuerdo con todos nosotros, porque éramos gente mala, gente extremista, gente que no trabajaba, gente ladrona. Y así sucedió lo que pasó, de que fuimos desalojados por esa razón” (Luz Fernández).

Sobre el desalojo

“Fue duro para nosotros porque toda la vida mi familia, mis hermanos, vivimos en Las Condes, y yo tenía tres niños cuando no sacaron los militares y nos trajeron acá. Otra vez y nos llevaron para Pedro Aguirre Cerda, para Renca, la población Bulnes, y a nosotros nos tocó acá. Nos desalojaron el 81, no, el 80 porque estuvimos 10 años después del Golpe militar, al tiro no nos cambiaron a nosotros, o es 79 entonces. El Golpe fue el 73 y el 70 nos entregaron los departamentos, yo saqué la cuenta y como 10 años más o menos vivimos en la Villa, y después el 79 a algunos los cambiaron”. (María Ubilla)

Desalojada en camiones de basura

Subieron a las familias completas, los militares habían dado aviso unos días antes, pero los vecinos no creyeron que pudiera ser posible que los desalojaran. Cuando llegó el momento, subieron a todos a camiones de basura, sin importar las edades: “nos avisaron unos días antes que nos iban a cambiar y que teníamos que tener todo listo. Avisaron, pero nosotros nunca creímos que podía ser así, cuando llegó un camión basurero y empezaron a tirarnos todo arriba así nomás, como vinieran las cosas, y yo me vine con una tía, y mi tía me devolvió lo que me quedaba a mí de ella, y yo le daba a ella, porque venía todo revuelto, así que aún vivo con ella al frente, ella quedó en el mismo piso mío y actualmente ella está con vida, pero está bien enferma, así que no viene para acá. También la sufrimos toda” (Ana María González Aracena)

“nadie quiso venirse para acá, sino que aquí nos pescaron en la noche y todos para afuera. Y de a tres familias en un camión. Yo hasta el día de hoy, cuando converso con el Martínez y todos aquí los que conversamos, nadie puede entender eso, que de allá nos sacaron para acá y nadie ha respondido por nada, nada. Hubo que aclimatarse, o sea es como... pero yo veo a mucha gente acá, que todos nos hundimos acá. El que no supo salir a rebuscárselas, ahí quedó” (Manuel Ferreira).

Exiliado y preso político

“Yo fui uno de los prisioneros, hacía muy poco que había llegado a los departamentos, fue asignado también como un departamento, me dieron puntos. Para el Golpe participé en Tomás Moro y después caí preso, estuve en el Estadio Chile y después fui expulsado del país y me quitaron 16 años la patria, como 16 años y quitaron el derecho a entrar al país. Y fue una cosa, como estaba contando el compañero aquí, que realmente nunca nosotros habíamos soñado con tener lo que tuvimos y lo que nos arrebataron. Tuve un hijo chiquitito, un par de meses tenía cuando fui expulsado del país, y todas esas cosas las hemos sufrido mucho y mi departamento se perdió, nunca más supe de mi departamento. Realmente son cosas muy pésimas que han pasado con nosotros, ahí nació mi hijo y fuimos unos grandes luchadores nosotros en la Villa San Luis. Alcancé a vivir hasta el 72, después vino el Golpe, después ya no pude vivir y el 19 de enero y fui a otra, me llevaron” (Miguel Ángel Carrasco Roa).

Vida en las nuevas comunas

Una vez instalados en la Villa Juan Antonio Ríos, los vecinos de la Villa San Luis tuvieron que cambiar su vida completamente, atravesando desafíos diariamente: “todo fue como un cambio de la noche a la mañana. Los que trabajábamos allá arriba, los que vivíamos en Las Condes llegamos aquí y nos fundimos todos. Hasta el día de hoy nadie lo puede entender” (Manuel Ferreira); “nos trajeron aquí a Juan Antonio Ríos, había para varias partes, pero yo preferí para acá, como le digo tenía mi guagua chica, mi hijo más grande tenía cinco años. Nos sacaron y nos trajeron acá, teniendo algo tan lindo, los departamentos que nos dieron allá, que estábamos todos contentos e ilusionados, pagamos dividendo, estábamos ilusionados allá y cuando nos trajeron acá daba pena, porque nos trajeron a una inmundicia que no era digna. Yo hasta lloraba de repente de vivir acá, no me gustaba, porque era, para mí, mi departamento, no era lo mismo que teníamos allá, nos costó mucho llegar a vivir acá” (Ana María González Aracena).

Estado de los departamentos

Una vez instalados en sus nuevos domicilios, los vecinos tuvieron que atravesar el duelo de perder sus hogares anteriores y afrontar la nueva realidad, que en comparación a los departamentos de Villa San Luis, los asignados en Independencia venía en mal estado y sin mantención: “uno vivía otra vida, comparado con lo que llegamos a vivir acá, no vamos a decir que llegamos a una inmundicia, pero no tenía nada que ver con lo que teníamos allá” (Manuel Ferreira); “el piso era un desastre, estaban las tinas tapadas, los baños, había que rasparlos para poder limpiarlos, el piso era un asco porque era un piso de cemento, pero todo picado, todo cochino, el lavaplatos una inmundicia. Era para puro llorar, uno llegaba a puro llorar, llegamos a puro llorar aquí a estos departamentos de aquí, porque eran una inmundicia. Yo tenía dos niños y para bañarlos en la tina era un asco” (Rosa González).

Tras la frustración de tener departamentos en mal estado, tuvieron que poner de su propio dinero para invertir en arreglos para lograr una vivienda digna: “Pagamos una cantidad de plata al servicio y nos arreglaron los ventanales, pusieron ventanas de corredera, y pusieron cerámica en el baño y en la cocina, quedaron bien bonitos porque antes eran un desastre todos los apartamentos, así que ahora por lo menos vivimos decentemente. Postulamos para pagar una cantidad de plata y nos arreglaron los departamentos y quedaron bien bonitos” (Rosa González).

Vida comunitaria

Al preguntar por la convivencia con la nueva comunidad que vivía en Juan Antonio Ríos, se repiten los discursos sobre la mala relación establecida con los nuevos vecinos, nunca pudieron sentirse bienvenidos, más bien sentía que eran una molestia para la comunidad: “Fue complicado de primera porque aquí la gente estaba toda acostumbrada a vivir de otra manera, nosotros, todos los que llegamos, llegamos con niños chicos, y resulta que aquí había gente, estos departamentos tiene muchos más años que los nuestros, entonces a la gente le molestaba que metieran bulla a los niños nuestros. Eran muy malas relaciones con los vecinos antiguos, pero después, con los que llegamos todos aquí como nos conocíamos, nos relacionábamos con ellos nomás más que nada, porque nosotros venimos con niños pequeños, chicos, yo al menos traía una guagua y acá la gente estaba más o menos como en la tercera edad” (Ana María González Aracena); “Acá la gente, nadie, estaba de acuerdo con que llegáramos de la noche a la mañana, yo tenía en ese entonces como 22 años o 21 años, y a acá había pura gente de 40 para arriba, entonces uno, no quiero ofender ni nada, pero llegamos como a echarle a perder la vida a la gente acá. Entonces fue un cambio, pero total, total, total, total, de trabajo, de vivienda, persona, todo”. (Manuel Ferreira); “llegar acá fue otra odisea, de llegar a unos departamentos que estaban feos. Aquí los vecinos que vivían aquí no nos recibieron bien porque también estaban con esa mentalidad de qué éramos gente mala, que éramos gente de partidos políticos, así que llegamos como pájaros en jaulas ajenas” (Luz Fernández).

Vida laboral

Durante la mesa de diálogo, al hablar sobre los cambios en su vida laboral en la nueva Villa, los y las vecinas manifiestan percibir que fue una de las cosas que más cambió en su vida, donde se visualiza una afectación profunda, perdiendo oportunidades laborales y dificultad para mantener la situación económica que tenían anteriormente: “llegamos aquí a puro sufrir. Y todavía me da mucha pena que pasen estas cosas que pasaron. Yo allá tenía un buen trabajo en Las Condes, de asesora del hogar, recibía un buen sueldo, me trataban bien donde yo trabajaba, tenía unos patrones excelentes. Después empecé a ir de acá a trabajar, pero de repente llegaba atrasada y después, un día, le dije a la señora que no iba a ir más, o sea que ella nunca me dijo váyase, pero a mí me daba no sé qué llegar atrasada al trabajo, la micro se demoraba mucho para allá” (Rosa González); “para nosotros fue un sufrimiento salir de allá, que estábamos felices, Allende nos dio ese departamento a nosotros, y no tuvimos mucho tiempo viviendo ahí y nos sacaron. La ilusión de eso fue muy fuerte y acá no teníamos trabajo estable tampoco, mi marido estuvo muchos años sin trabajo, porque mi marido trabajaba para Las Condes, él era carpintero y tenía mucha pega para allá para arriba, pero desde ahí nunca más trabajó apatronado, andaba puro haciendo ‘pololitos’ por ahí nomás” (Ana María González Aracena).

En su mayoría, los participantes expresan sentir haberse hundido o estancado laboralmente, ya que dejaron de ejercer en oficios que tenían en la comuna de Las Condes por difícil transporte o

por tener menos clientes disponibles: “Más allá de que la gente diga que se conforma con lo que tiene acá, no es nada comparado con lo que teníamos allá [...] El Carmelo, por ejemplo, cuando llegó aquí se murió, quedó aquí, quedó aquí, y arriba que tenía cualquier pega, él era maestro carpintero, pero de respeto. Y después llegó aquí, mucha gente que quedaron ahí porque el viaje para arriba ya les cambió la vida, ya no era lo mismo estar allá que estar acá, había que esperar una micro para allá, una micro para acá. O sea, la gente de acá se hundió, nos hundimos acá nosotros” (Manuel Ferreira).

Presente

Al preguntar sobre cómo se sienten en la actualidad en sus hogares, la señora Carmen refiere según su historia de vida: “Y me gustaría a mí también volver a mi departamento, pero ya no está, el de San Luis, porque yo creo que todos anhelamos llegar allá de nuevo, pero no se puede. Yo cuando llegué acá, llegué con tres hijos y mi marido, y de mis tres hijos se me fueron dos y mi marido, me quedé con uno solo. Entonces la vida para mí no fue muy fácil, vivir acá, no como allá que tenía mis niños, que tan grandes no eran, pero tenía a mis tres hijos y mi marido. Llegamos acá y se terminó la familia”.

Varias familias ya han perdido a sus padres, parejas, incluso hijos durante su vida en Juan Antonio Ríos y aún siguen en sus departamentos: “Así la vida a nosotros nos cambió mucho, mi marido ya falleció pero yo estoy todavía batallando en el mismo departamento” (Ana María González Aracena).

Ofrecen documentos:

Miguel Ferreira: “Entregamos un dossier completo a la oficina de Nelson Caucoto, se relatan paso a paso todos los acontecimientos y todo lo que ocurrió durante la toma San Luis y todo lo demás. Yo tengo fotos de San Luis de cumpleaños, bautizos, de matrimonios, bautizaron a mis cabros allá”.

Hombre. No se identifica: “Nosotros tenemos 2 víctimas, 2 compañeros ejecutados políticos. Drago Gojanovic Arias y Jorge Orrego, los dos eran casados. Drago fue dirigente de nuestro comité, si algo nos pasaba, había una directiva que era de reemplazo, teníamos relevo en caso de que nos pasara algo. La familia de Drago fueron expulsados del país y volvieron como 10 años después. Esa es la historia nuestra”.

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de Independencia (Juan Antonio Ríos) /



Fecha: sábado 12 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Clara Irrázaval Bustos (socióloga)

Antes de la Villa San Luis

La mayoría de los pobladores, previo a la Villa San Luis, vivió en campamentos en Las Condes y Vitacura. Algunos cuentan su experiencia de traslados constantes para llegar finalmente a la postulación para la Villa San Luis.

“Yo desde los ocho años que vivía en Vitacura con mis padres, mi papi cuidaba casas, cuidaba construcciones, cuando estábamos ahí de repente terminó la construcción, más o menos cinco años estuvimos ahí. De ahí nos fuimos a un campamento, que antes se llamaban poblaciones callampa, que estaba en la avenida que ahora es Kennedy, pero no recuerdo qué nombre tenía esa calle... Lo Saldes. De ahí, de varios años, a mi madre le dieron casita allá en la población Colón Oriente en Las Condes. Después yo ahí me casé con mi actual esposo y se abrió la posibilidad de que nos tomáramos el cerro por las lomitas, para que nos pudieran dar algo donde vivir. Estuvimos como... no recuerdo bien, como un poquito más de un año, dos años, algo por ahí, en unas rucas, unos palos parados con cosas, y después nos fuimos a un campamento que estaba en la calle Rosario.

Estuvimos dos años en esas ruquitas, que el techo era de fonola, cuando nevó cedieron las fonolas, había ahí como un... donde pasaba agua, un poco más ancho que una acequia y había

guarenes, había de todo, así que fue una vida bien dura para todos nosotros que teníamos hijos chiquititos” (María Fuenzalida).

“Mi papá cuidaba construcciones y ahí estuvimos no sé cuántos años cuidando construcciones, nos trasladaban de un lado a otro y con dos piezas nomás, con fonolas que se rompen, en la lluvia, y nos mojamos a veces todo, había que poner tarritos para las goteras y todo. Y fui a la casa de mi suegra y nos inscribimos en el comité que está don Nacho, antes de llegar donde mi suegra me había comprado una mediagua de dos piezas nomás para vivir y la llevé para arriba, y ahí estuvimos y teníamos que caminar no sé cuánto de aquí allá a Mapocho, más arriba, para venir a tomar la micro, o si no nos traía alguien que viniera, pero era re difícil porque nadie tenía auto en esa época.

Y la llegada de San Luis, llegamos nos instalamos con la mediagua que yo tenía, y para que no se moajara por dentro la empapelamos por dentro con papel de diario, y estuvimos varios años todos los compañeros de la Villa San Luis” (Luis Jaña).

Los participantes rectifican que ellos pagaron los departamentos dado que existía la creencia de que habían sido tomados. María Fuenzalida comenta: “Nunca los tomamos, nos entregaron a nosotros esos departamentos, estuvimos pagando cuotas de la CORVI en esos años. He escuchado que han dicho que nosotros nos los tomamos y eso no es verdad, esos nos los entregaron”.

Los pobladores incluso previa a la entrega de departamentos se comprometían a cuidarlos en las noches:

“Hubo cosas muy bonitas durante el tiempo que nosotros, previo a la entrega de los departamentos, vivíamos en el campamento que estaba al frente, atravesando Manquehue, y en la noche nos empezamos a turnar para ir a cuidar los departamentos y que no los fueran a tomar, nos turnamos una noche un vecino, otra noche, varios vecinos. Las señoras nos llevaban sus cositas para comer, eso fue un aspecto bonito que nos unió más. Y vamos depositando, como se hacía antes, en la libreta de la CORVI, hasta que nos entregaron los departamentos, ahí los cuidamos porque eran para nosotros, y nos entregaron las llaves” (Hombre. No se identifica).

Llegada a la Villa San Luis

La vida en la Villa San Luis se recuerda con alegría, en particular se destaca la belleza de los departamentos y las buenas relaciones entre los vecinos. Luis Jaña comenta: “Cuando llegó el tiempo de que la CORVI nos llamó a buscar las llaves del departamento, ahí estábamos contentos porque nos entregaron la llave, para mí está bien, bueno, para toda la familia, estaban los niños chicos y algunos tenían tres piezas, algunos dos, estábamos felices”.

Otras pobladoras recuerdan:

“Cuando llegamos a los departamentos, fue un júbilo, fue algo muy hermoso para nosotros porque íbamos a tener nuestro hogar, y no teníamos agua, pero éramos felices, por lo menos, habían acequias y otra vez nevó y yo estaba esperando al segundo hijo mío, y mi esposo me dejaba agua en la tina, era una tina hermosa, limpiecita, todo era bonito, todo era acogedor, muy lindo. (...) Éramos todos unidos, éramos todos felices, todos nos conocíamos de cabros chicos, muy, muy lindo. Éramos muy buenos vecinos nos ayudábamos los unos con los otros, nos

cuidábamos, nuestros hijos eran todos amigos, era una vida muy hermosa la que teníamos allá” (María Fuenzalida).

“Cuando yo llegué a la Villa San Luis era la niña más alegre y emocionada porque tenía un departamento, vivía en una casa de madera, pero súper linda a la orilla del río, y llegamos a los departamentos y yo era la mujer más feliz, porque tenía escalera porque era grande, todas esas cosas, emociones de niña. Después, pasando los años éramos todos amigos en la Villa San Luis, yo conocía niños de todos los edificios, de todos lados, yo estudié en la 511, estudié en la Inmaculada Concepción, conocí muchas cosas, yo era regalona en el policlínico de Vitacura, de la señora Rosa Alessandri, yo conocí todas esas cosas. Yo era feliz, yo llegué feliz a la Villa San Luis, pero nos duró súper poco” (Ximena Salinas Rodríguez).

Golpe militar

Los pobladores de la Villa recuerdan el encierro y la violencia que vivieron antes del desalojo de la Villa. Un hombre comenta: “cuando uno quería salir a comprar cualquier alimento o alguna cosa, tenía que pedir una autorización, y ni aunque usted cumplía, de vuelta, tenía castigo, verdaderos verdugos”. Los militares visitaban frecuentemente la Villa para hacer cumplir el toque de queda y no permitir que salieran de sus viviendas.

“Nos pillaban fuera del horario en que teníamos que andar, y la tortura que nos hacían era que nos metían en el *container* de basura, metidos con toda la basura, encerrados toda la noche y tapados en ratones, baratas y todos los bichos comunes de la basura, por pasarse un minuto del toque de queda. O de repente a la pinta de ellos, que decían “ya estabas pasado del toque de queda” y era mentira, faltaban horas” (Hombre. No se identifica).

“Hasta que llegó el Golpe militar, ahí nos rodearon igual que delincuentes, estábamos totalmente rodeados por jeeps, por camiones por cuánta huifa tenían los militares, y adaptándonos a las ventanas y no nos podíamos asomar porque si nos asomábamos nos llegaba el balazo. Nos tuvieron encerrados no sé cuántos días, sin pan para nuestros hijos, sin nada para comer para darles a nuestros hijos, encerrados como si fuéramos peor que los perros, de antes, porque ahora los pobres perritos igual están protegidos. Un día dijeron ‘ahora pueden salir’, y salimos todos desesperados a comprar pancito para nuestros hijos y para nosotros, y viene un montón de militares, tuvimos que salir arrancando porque nos venían apuntando y todos corriendo para nuestras casas. Y así un montón de cosas. Se escondían en los pastos, en las zanjas, en cualquier lugar, pero nosotros los veíamos porque los cascos les brillaban con el sol. Después de mucho sufrir por ese motivo llegó el tiempo del desalojo” (María Fuenzalida).

Además de hacer cumplir el toque de queda, los militares constantemente allanaron las viviendas en búsqueda de armas, que no encontraban.

“A nosotros nos allanaron varias veces los militares, en una de esas veces yo estaba ahí con mi hija María Elenita que tenía dos años y medio, y mi bebé Juan Luis que tenía poco más de un año. A Lucho lo sacaron para afuera y lo pusieron así con las manos en la pared y le dieron una patada, le abrieron las piernas y los niños lloraban desesperados y yo juraba que lo iban a matar. Menos mal que nos tocó un militar, porque de todo hay en la viña del señor, consciente y les empezó hacer cariño a los niños y ahí se calmaron, pero no todos eran así, había algunos que eran perros, perros, perros, no tenían piedad de nadie” (María Fuenzalida).

“A mí, cuando llegaron los militares a allanarnos, me sacaron para afuera y me pusieron manos arriba y ‘ábrete de patas y tienes armas’, entraron para adentro, trajinaron todo, dieron vuelta todo, y se fueron, y me dijeron ten cuidado si tienes armas porque vamos a venir por la segunda arremetida, y ahí se fueron. No tengo nada más que hablar por el momento. Harto sufrimos si en ese momento, igual que la señora que dice yo pensaba que me iban a matar en ese momento, y no se asomen por las ventanas” (Hombre. No se identifica).

Desalojo

El recuerdo del desalojo está cargado de emociones de los participantes, muchos hablan de la salida en camiones de basura y la amenaza de los militares de deshacerse de todos sus bienes. Eduardo Carrasco y Luis Jaña relatan su experiencia:

“Cuando ellos dieron la orden del traslado, nosotros no queríamos trasladarnos, porque cómo íbamos a abandonar nuestro hogar que nos habían dado, entonces ellos dijeron ‘saben qué, si no hacen abandono los tomamos detenidos y les botamos todas sus huevas que tienen para allá para abajo’, del piso cuarto o quinto, y tiraron cosas para abajo, refrigeradores, cocinas, de todo tiraron” (Eduardo Carrasco).

“Yo pensaba que no nos iban a sacar de ahí (VSL), y llegan los militares una vez, son mentirosos los militares por acá, llegan los militares una vez y nos dijeron, nos hicieron una reunión a toda la población y nos dijeron ‘de aquí nadie los va a mover’, y después como al año y medio llegan ‘ustedes se van a tener que cambiar a distintos lados que los vamos a llevar’. Todos separados, como dice el vecino, en el camión que nos pusieron habíamos tres familias, llegaban y tiraban las cosas, yo tenía la mediagua y les dije ‘me pueden esperar un poco’, ‘no, déjela botada nomás’, y tuve que dejarla botada, puros mentirosos. Y de ahí nos echaron los camiones y llegamos acá” (Luis Jaña).

Sergio Mejías destaca la ayuda que se generó entre las familias que estaban siendo desalojadas “En esos camiones gigantes veníamos como cuatro familias. Así que ahí nos ayudábamos, eso es lo único bueno, ahí ayudamos entre todos para bajar las cosas y todo eso. Nos amontonaban, si cabían cinco familias en el mismo camión, todos metidos ahí, así que de repente se perdieron cosas para allá, cosas para acá, lo que suele suceder”.

Al preguntar sobre la perspectiva de los vecinos de Las Condes frente al desalojo de la Villa San Luis un hombre responde: “la gente nos quería hartos a nosotros porque sabían qué éramos la fuente de trabajo de las casas de ellos, nos querían mucho porque ellos sabían que éramos gente honrada, que salíamos todos los días en la mañana a trabajar a ganarse el peso diario. Cuando llegó el momento del traslado de nosotros para acá, la gente opinaba que realmente era una injusticia muy grande, pero no pudieron hacer nada, porque dentro de 10 personas que opinaban, que eran favorables a nosotros que nos quedáramos en Las Condes, habían 20 que decían que tenían que sacarnos no más”.

Llegada a nuevas comunas

La llegada a las nuevas comunas involucró mucha tristeza para los pobladores, las casas estaban en malas condiciones y fue difícil adaptarse. Una mujer comenta: “fue triste el cambio, muy triste,

y nos trasladaron para acá, para Juan Antonio Ríos, y encontramos el departamento lleno de piedras, de ripio, de todo, hasta ratones muertos había acá cuando nos trasladaron". María Fuenzalida y Luis Jaña también hablan de su experiencia:

"Lucho abrió la puerta del departamento y parece que me habían dado un palo así aquí en mi cabeza, era horrible, era horrible, viera usted la tina, el lavamanos, los lavaplatos, creo que aquí vivían militares, tenían asqueroso, todo oxidado, todo, pero todo, todo feo, el barrio. Era todo, todo tan distinto, yo allá tenía hartos trabajos porque había mucha gente pudiente que necesitaba en esos tiempos, igual que ahora que uno le fuera a limpiar su casa, cualquier cosa. Pero acá, quien. Y hasta el día de hoy, yo sueño a veces que vuelvo a mi departamento. Nos hicieron muchísimo daño" (María Fuenzalida).

"Cómo dice la señora María, era un desastre, porque los militares, como los iban a cambiar, qué iban a arreglar, y me acuerdo que los primeros años me costó para vivir acá porque mi señora era un poco malgenio y no le gustaba, porque ella se crió en Las Condes y el Golpe de allá a acá era distinto. Claro, ella no sabía que la cosa quizás era para mejor, porque si no, quizás para dónde nos habrían mandado, para el sur, para Chiloé o bien nos habrían botado en el avión, antiguamente los tiraban en el avión y los botaban al mar, en el año no sé cuánto que cuentan los papás" (Luis Jaña).

Algunos participantes hablan de que fue una experiencia humillante en donde vieron vulnerada su dignidad:

"Nos trajeron en un camión, que veníamos cinco familias, llegamos a vivir a Alessandri, los departamentos llenos de chinches, quemados, sucios. Nosotros no merecíamos eso porque yo creo que cada persona tiene su dignidad, y yo ver a mi mamá y a mi papá llorar, decir pucha de donde nos trajeron, de Las Condes, y tirarnos, traernos a otra parte es como lo más humillante para un ser humano. Yo pienso en que diga la gente de acá, es lo mismo que nos sentimos humillados, a mí me duele esa parte, yo siempre cuento la historia de la Villa San Luis, cuento la historia del Club de Polo, cuento la historia de Vitacura, del Río, yo fui chocha bañándome en el río, porque era bonito. Pero después llegar, que tú venías con la ilusión de tener tu casa y que era para toda la vida, y ver a tus papás contentos, ver a mis hermanos contentos, y después que de la noche a la mañana te golpean la puerta y te saquen totalmente, yo creo que a nadie le tiene que pasar eso. Creo que en Chile nadie más tendría que pasar eso" (Ximena Salinas Rodríguez).

Además de la humillación por la calidad de las viviendas, hubo dificultad con el sentido de pertenencia a la comuna, muchos pobladores fueron discriminados al llegar: "Acá cuando nosotros llegamos, decían que éramos puros delincuentes, que tuvieran cuidado con nosotros porque éramos puros delincuentes no más. Y después yo le decía a la gente no podemos ser delincuentes, nosotros venimos del centro de Las Condes, venimos de Manquehue" (Hombre. No se identifica). Familias sufren por sentir que no están en el lugar que pertenecen: "Mis papás nunca más fueron felices aquí a donde estamos ahora, nunca, porque mi mamá siempre decía me gustaría vivir en Las Condes porque yo nací en Las Condes, nosotros vivíamos en Las Condes. Ella nació en Vitacura, mi mamá, pero ella decía yo quiero estar en Las Condes, este es mi barrio no acá, mi mamá nunca le gustó dónde vivimos, donde yo vivo ahora, no le gustó nunca, nunca le gustó porque todo lo mejor lo tuvo allá arriba, tenía todo lo mejor nosotros allá arriba, no acá. A nosotros nos trataron de lo peor cuando llegamos a vivir a San Joaquín, los cocoteros, los ladrones, los trataron hasta de prostitutas a algunas mujeres. Entonces por eso digo yo que ojalá nunca más en Chile pase eso" (Ximena Salinas Rodríguez).

Escolaridad y trabajo

Las oportunidades laborales y de escolaridad fueron afectadas con el traslado a las nuevas comunas. Bajó la calidad de vida en cuanto a educación y tuvieron que sumar largos traslados para llegar a sus trabajos:

“Ese fue el otro gran problema, el colegio para los niños. Allá iban en un colegio bien bonito que desgraciadamente tenía el nombre de un general, pero era bonito como eran así como palafitos, era de madera, iba así como en altura, era bien bonito, acogedor el colegio, y cuando llegamos acá, no teníamos colegio para nuestros hijos, no había. Para poder, que estudiaran, porque nosotros éramos pobres, vivíamos en Las Condes, pero éramos pobres, esforzados, de trabajo, para que pudiera seguir estudiando, yo por lo menos y varios más, los tuve que poner en un colegio aquí en Gamero y en esos años le decían el gallinero. Así que imagínese usted la calidad que había en ese colegio, los vidrios todos rotos, el patio pura tierra, era algo espantoso, muy feo. Aquí como éramos todas bien unidas, no subimos todas las que quisimos dejar a nuestros hijos, porque no teníamos más recursos, y juntamos dinero, le pusimos los vidrios, lo pintamos, pavimentamos el patio, hicimos un montón de cosas por el colegio, que ahora se llama Nueva Zelanda, se puso más *high*. He hablado tanto, y tengo tanta pena mijita” (María Fuenzalida).

“Dos horas de aquí para allá y dos horas de allá para acá, dos horas de ida y dos horas de vuelta, cuatro horas diarias en la locomoción, y teníamos que ir a trabajar allá, porque aquí a quién le íbamos a trabajar. Aparte de qué nosotros éramos bandidos decían” (Hombre. No se identifica).

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Pedro Aguirre Cerda /



Fecha: martes 15 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)

Llegada a Villa San Luis

Antes de vivir en la Villa San Luis, los participantes provenían de diversos sectores: Los Domínicos, Capitán Pastene y El Esfuerzo. Y declaran haber llegado a la Villa San Luis por medio de comités y cooperativas de vivienda: “llegamos por un comité, nos costó cualquier cantidad” (Isabel Salas); “llegué a la Villa después de haber vivido dos años en la población El Esfuerzo” (Rosalía Contreras); “antes era de Los Domínicos, me inscribí en un comité y llegué a la Villa San Luis” (María Cornejo); “llegamos a través de una cooperativa, y desde la cooperativa el Serviu nos asignó a la Villa San Luis” (Mario Gálvez Santibañez); “me vine a Santiago a trabajar a Las Condes, ahí viví en la población El Esfuerzo, y ahí me inscribí para tener casa, muchos salimos de allí” (Placinda Mellado).

En cuanto a las personas que provenían del campamento El Esfuerzo, se comenta la felicidad de haber llegado a la Villa San Luis y dejar atrás los problemas por el desborde del río Mapocho: “pasábamos malas noches en invierno cuando el río se salía” (Rosalía Contreras).

Destaca el relato de una mujer que cuenta que al ser asignados a la Villa San Luis, su marido junto con otro grupo de personas iban a cuidar los departamentos para que no se los tomarán: “mi

esposo iba a cuidar los departamentos, porque de otra población se los querían tomar, así que iba los fines de semana a cuidar en la noche hasta que nos entregaron los departamentos” (Rosalía Contreras).

Años en la Villa San Luis

Vida en el hogar/Cotidiana

Las familias se esforzaban por pagar sus dividendos y tener todos sus papeles al día motivadas por vivir en ese lugar “teníamos muchas ganas de vivir ahí, mis papás con su esfuerzo pagaban el dividendo” (Rosa María Munigaza Uribe); “llegamos dignos, con todos nuestros papeles al día” (Mario Gálvez Santibañez).

Por otro lado se sostiene que en el sector había trabajo por lo que no se vivían grandes necesidades en el hogar “nunca le faltó el trabajo a mi mamá, podíamos comprar lo que quisiéramos” (Soledad del Valle).

Vida comunitaria

Se resalta la buena relación entre vecinos, en donde existía ayuda mutua y colaboración: “teníamos muy buenos vecinos, vivíamos bien” (Ernesta Urrutia Jorquera); “los vecinos nos cuidaban y nos cuidábamos a nosotros mismos” (Soledad del Valle); “nunca tuvimos problema con nadie, nos ayudábamos unos a otros” (Rosalía Contreras); “con los vecinos nos llevábamos muy bien, nos turnábamos para los que iban a lavar un día y para tender la ropa ahí también” (Rosalía Contreras). En la buena relación resaltan los campeonatos de fútbol que se realizaban entre los vecinos el día lunes, debido a que era el día que la mayoría tenía libre pues muchas personas trabajaban en el Club de Polo: “el día lunes era como día domingo, era el día libre de todos, jugaban a la pelota, al campeonato y era súper lindo” (Soledad del Valle).

En cuanto a los niños, se destaca que se vivió una hermosa niñez descrita como una de las pocas infancias que se pudo vivir, debido a las largas tardes e incluso noches de juego entre vecinos vividas los espacios comunes de la Villa: “teníamos una niñez pero hermosa” (Soledad del Valle); “los chicos lo pasaron bien” (Rosalía Contreras); “fue una de las pocas infancias que pudimos vivir” (Rosa María Munigaza Uribe); “nos amanecíamos a las 2-3 de la mañana jugando, sin ningún miedo a nada” (Soledad del Valle); “los niños eran felices allá porque había un espacio grande donde podían andar en bicicleta, jugar” (Rosalía Contreras); “nosotros chicos jugábamos, nos entreteníamos” (Rosa María Munizaga Uribe).

Vida laboral

La mayoría de los vecinos trabajaban en Las Condes, en los alrededores de la Villa: “mucha gente trabajaba en el Club de Polo” (Soledad del Valle); “trabajaba cerquita del departamento, toda la vida desde los diecisiete años trabajé en Las Condes” (Placinda Mellado). Asimismo, se comenta que no faltaba el trabajo ya que se trabajaba para los más adinerados de la comuna: “vivíamos de los ricachones, todos le trabajábamos a ellos” (Soledad del Valle); “mi papá era carpintero, a mis papás nunca les faltó el trabajo” (Soledad del Valle); “en cada casa duré 15-16 años, los mejores patrones que yo tuve fueron en Las Condes” (Placinda Mellado). En uno de los relatos se resalta la

comuna de Las Condes como la principal sostenedora de su economía familiar: “gracias a Las Condes, somos” (Placinda Mellado).

Escolaridad

Quienes asistían a la escuela lo hacían en las cercanías de la Villa, a saber, en la escuela 511 General Oscar Bonilla ubicada en cerro Altar y en Nuestra Señora del Rosario con Apoquindo: “con mi hermana estudiamos en la Escuela 511” (Rosa María Munigaza Uribe); “estudiaba en Nuestra Señora del Rosario con Apoquindo” (Soledad del Valle).

Acceso a servicios

Se comenta que al llegar a la Villa, ésta no contaba con servicios de higiene, por lo que se instaló una llave para todo el edificio. Con todo, se considera que era mejor que no tener un hogar o, en el caso de quienes venían de El Esfuerzo, estar expuestos a desbordes del río Mapocho: “no teníamos agua, no teníamos servicio higiénicos, pero nos hicieron abajo unas casetas y nos pusieron llaves para lavar la loza, teníamos que estar subiendo y bajando para lavar, pero fue mucho mejor que en donde estábamos antes por el peligro del río” (Rosalía Contreras).

Golpe militar

Al hablar del Golpe militar, se narra como el fin de un buen momento, surgen discursos de tristeza, trauma y desagrado: “fue una fase súper bonita hasta el Golpe militar” (Soledad Del Valle); “fue muy triste, muy triste” (María Cornejo); “el Golpe fue traumático” (Rosalía Contreras); “fue muy desagradable vivir esa época que vivimos” (Rosa María Munizaga Uribe).

Vida comunitaria

Se modificó la vida comunitaria, debido a que por la existencia de toques de queda y el peligro de afuera, se tuvieron que mantener dentro de los departamentos, lo que se considera traumático y negativo: “fue traumático, porque teníamos que pasar encerrados, los niños no podían salir a jugar porque era peligroso” (Rosalía Contreras); “no podíamos salir a jugar con nuestros amigos” (Rosa María Munizaga Uribe); “estuvimos encerrados por el toque de queda, fue tremendo” (María Cornejo).

Hostigamiento de militares

Se narra que en la época del Golpe militar existió hostigamiento por parte de militares en el interior de la Villa San Luis, quienes realizaban destrozos y desórdenes en los edificios, hostigando con armas, revisando y “dando vuelta” los departamentos buscando si había armas, y haciendo ruidos violentos en las escaleras de fierro de los edificios: “todos nos vimos perjudicados con nuestras cosas porque entraban, hacían desórdenes, se llevaban nuestras cosas” (Isabel Salas); “las escaleras eran de fierro y escuchaba cuando subían los militares, subían e iban a sacar gente de sus departamentos, hacían ruidos con las metralletas, destrozos” (Rosa María Munizaga Uribe); “entraban al departamento y con el fusil nos toqueteaban a todos a ver si teníamos algo. Los milicos pensaban que iban a encontrar cantidades de armas y lo único que encontraban eran cosas de caza porque íbamos al cerro Manquehue a cazar, fue lo único que encontraban” (Soledad Del

Valle); “se me perdió mi hija con el Golpe de Estado, estaba escondida donde una vecina porque los militares nos dieron vuelta todas las cosas” (María Cornejo); “llegaron y abrieron la puerta a revisar acaso yo tenía armas, pero nosotros nunca estuvimos metidos en política, nada” (Placinda Mellado).

Se narra un episodio en que a un joven se le lleva a la Escuela Militar debido a que tenía fotos del Che Guevara: “mi hermano era fanático del Che Guevara y le encontraron una boina, y le sacaron la cresta y media abajo y lo mandaron a la Escuela Militar, nunca nos contó que le había pasado” (Soledad Del Valle).

A los hombres les hacían bajar al patio de la Villa donde les hostigaban y golpeaban: “a mi marido lo tenían abajo, le pegaban en las costillas, estaban todos los hombres abajo y les pegaban” (María Cornejo); “a mi papá que era de edad también lo bajaron” (Soledad Del Valle). Además, considerando la cercanía a la Escuela Militar era posible ver movimiento de camiones militares constantemente: “pasaban camiones todo el día, no podíamos hacer nada, pero lo veíamos” (Rosa María Munizaga Uribe).

Toda esta experiencia fue considerada traumática sobre todo para quienes eran niñas en aquel entonces, quienes debían ocultarse y mirar todo este panorama a escondidas y con miedo: “recuerdo mirar escondida por la persiana de departamento como estaban los militares apuntando a las personas” (Rosa María Munizaga Uribe); “nosotros nos teníamos que quedar escondidos debajo de la cama para que no entraran a nuestra casa” (Rosa María Munizaga Uribe).

Desaparecidos

Algunos vecinos de la Villa San Luis fueron desaparecidos por los militares en esa época: “saber de mucha gente que fue sacada y desaparecida, gente que mis papás conocían y después nunca los vieron” (Rosa María Munizaga Uribe); “hay muchos vecinos que no vimos más” (María Cornejo).

Desalojo

Aviso de desalojo

El desalojo fue comunicado a los vecinos por medio de un aviso: “llegué a la casa del trabajo y encontré un aviso que nos iban a erradicar, yo no lo quería creer y le llegó a todos los vecinos” (Rosalía Contreras). Fue recibido con desconcierto e incertidumbre por no saber y no tener a dónde irse: “nos dicen ‘ustedes tienen que irse de este departamento’, pero por qué me tengo que ir si estamos pagando” (Placinda Mellado); “te dicen que te tienes que ir, y no sabes a dónde” (Rosalía Contreras); “de un día para otro nos dicen que tienen que irse y no teníamos dónde irnos, nos dijeron tal día tienen que estar con todas sus cosas abajo” (Isabel Salas); “de un momento a otro obligaron a venirse, no nos quedó de otra” (Viviana Manquez).

Se recibe con extrañeza también debido a que la llegada a la Villa San Luis había sido de forma regular y legal: “se desconoció todo lo que se había logrado por medio de la Unidad Popular, que había sido todo legal” (Mario Galvez Santibañez); además de que militares habían declarado que las personas de Las Condes se quedarían en la comuna: “casi todos éramos criados allá en Las Condes, e incluso como 6 meses antes que nos sacaran de allá el capitán de ese entonces de la

Escuela Militar llamó a una reunión y dijo que las personas que eran de Las Condes se iban a quedar en Las Condes, y aquí estamos” (Mario Galvez Santibañez).

Opciones a las que pudieron optar

Desde el SERVIU les dieron a optar entre diferentes poblaciones y comunas para vivir: Renca, Antonio Ríos, Santa Rosa y Pedro Aguirre Cerda, éstas se describen como feas y en malas condiciones: “me llevaron a ver casa a Renca que no tenía nada y no me quise ir para allá, no me puedo ir a una casa que está fea, todo feo. Y Santa Rosa también feo” (Rosalía Contreras); “me mandaron a ver departamentos a Juan Antonio Ríos, y eran asquerosos también” (María Cornejo).

Se deciden por escoger Pedro Aguirre Cerda porque era el lugar que estaba en mejores condiciones y no habían más opciones: “mi marido vino a ver acá si no íbamos a quedar en la calle” (Rosalía Contreras); “mi mamá vino a mirar Juan Antonio Ríos, otras comunas, y dentro de las que ella pudo optar mi mamá tomó acá” (Rosa María Munizaga Uribe); “nos dieron a escoger, Renca, Antonio Ríos, Santa Rosa y acá, opte por quedarme acá porque era uno de los que se veía mejor” (Mario Galvez Santibañez).

Traslado

Se recuerda que el día de traslado fue el 10 de octubre de 1978, se llevaba a las familias en camiones de basura y carros de militares, quienes debían hacer filas durante mucho tiempo, sin poder comer: “llegamos en camiones” (Viviana Manquez) ; “a mis hijos chicos tuve que traerlos en el camión de la basura” (Isabel Salas); “yo me bloqueé, no me acuerdo de nada... solo sé que llegamos acá en un carro de milicos y que se puso a llover y se nos mojaron las cosas” (Soledad Del Valle); “apurados, embalando rápido, y los camiones de filita, y las familias una por una entrando para que se las llevaran a donde se las había asignado; y apurando a todos a grandes y chicos y a la hora que fuera, los niños chicos a mediodía sin haber comido ni nada” (Rosa María Munizaga).

Destaca un relato en donde no se permitió que el traslado fuese en camiones de basura ya que era indigno: “no permití que nos trajeran en camiones de basura, les dije que no éramos basura” (Rosalía Contreras).

Impresiones sobre el desalojo

La experiencia del desalojo es considerada como horrible, difícil de recordar y de mucho sufrimiento: “es un feo recuerdo el que estoy haciendo yo ahora” (Isabel Salas); “una etapa dura que no hubiese querido recordar” (Mario Gálvez Santibañez); “sufrí mucho todo esto, tenía dos hijos” (María Cornejo); “es una pena que haya pasado esto, no lo merecíamos” (Rosa María Munizaga Uribe).

También se considera que la experiencia fue una burla, una falta a la integridad: “era risa que hacían con nosotros, era una risa, una burla” (María Cornejo); “a nosotros se nos pasó a llevar nuestra integridad como persona (...) fue un atropello a la razón” (Mario Gálvez Santibañez).

Vida en las nuevas comunas

El estado de los departamentos

Se identifica el año de llegada como 1978 y los departamentos estaban en muy mal estado: “el departamento era un chiquero” (Rosa María Munizaga Uribe); “llegamos a estos departamentos llenos de chiches, muy sucios, cañerías rotas, podridas, pisos todos quemados con planchas, dejaban las planchas en el piso y habían los medios hoyos, hacían fuego en el piso” (Ernesta Urrutia Jorquera); “mis papas decían que estaba todo sucio, como que hacían fuego a dentro de los departamentos, los WC estaban in-usables” (Viviana Manquez); “era de tierra todo, los departamentos llenos de chinches” (Soledad Del Valle).

El estado de los departamentos significó gastos en arreglos y esfuerzos para las familias: “de un departamento nuevo, en un barrio bueno llegamos aquí, todo feo. Nos costó para habituarnos porque somos clase trabajadora y clase obrera, no es como meter la mano en el bolsillo y que venga un pintor, un gasfiter. Todas las personas que estaban aquí fuimos personas de trabajo, todos obreros” (Isabel Salas); “el departamento no estaba tan feo pero las cañerías horribles, gastamos mucha plata para poder arreglar nuestro departamento” (Rosalía Contreras).

El estado de los departamentos despierta sentimientos de indignación en los participantes de la mesa de diálogo: “esto nos dejó marcados y lo encuentro muy injusto, siento que esto no debería haber sido así”, “por último algo digno para nuestra familias” (Rosa María Munizaga Uribe).

Vida en el hogar/ Cotidianidad

La llegada a las nuevas comunas fue una experiencia difícil para las familias, que pasaron momentos de necesidad económica y emocional: “mis hijos nos decían: ¿mamá por qué nos vinimos a un lugar tan feo?, ¿por qué nos vinimos para acá?, ¿por qué no nos devolvemos?” (Rosalía Contreras); “cuando llegamos estuve un mes encerrada en mi pieza, no quería salir, el cambio fue horrible, fue brutal” (Soledad Del Valle); “nos faltó la plata, nos faltó todo; acá pasamos hambre y penurias” (Soledad Del Valle); “de a poco nos tuvimos que acostumbrar acá [...] siempre añorando volver atrás” (Rosalía Contreras).

Vida comunitaria

Hay consenso de que al llegar los vecinos que ya vivían en el sector los discriminaban: “llegamos y nos miraban como bichos raros” (Mario Galvez Santibañez); “si pasaba algo, los vecinos nos echaban la culpa a nosotros” (Rosalía Contreras); “cuando llegamos la gente no nos quería, nos tenían miedo, que éramos malos, pasaba algo nos echaban la culpa a los vecinos, sin haber motivo, porque nosotros no éramos así, nadie” (María Cornejo); “nosotros según los vecinos éramos marginales, nos habían echado por ladrones, éramos el punto negro de Las Condes” (Soledad Del Valle).

Vida laboral

En cuanto a la vida laboral, el cambio de comuna significó para muchas familias quedar sin trabajo, una mala situación económica, y para otras significó un gran esfuerzo, ya que debieron continuar trabajando en Las Condes, cruzando la ciudad: “mi esposo tuvo que buscar otro trabajo, no pudo seguir trabajando” (Ernesta Urrutia Jorquera); “¿aquí a quién le iban a trabajar mis papás?”

(Soledad Del Valle); “fue un Golpe fuerte para nosotros, para mis hijos tener que ir a trabajar para allá” (Rosalía Contreras); “a las seis de la mañana atravesaba la avenida y me iba a Las Condes de todas manera a trabajar, por 16 años hasta que jubilé” (Placinda Mellado).

Escolaridad

En cuanto a la escolaridad, el cambio de comuna significó para algunos niños tener que cambiarse de colegio ya que quedaba muy lejos, para otros significó largos recorridos para llegar a sus colegios en Las Condes: “a mis hijos tuvimos que cambiarlos de colegio porque no podíamos llevarlos tan lejos” (Rosalía Contreras); “el primer día de vuelta del colegio me perdí, llegué a La Victoria sin saber” (Soledad Del Valle).

Acceso a servicios

Al llegar a los departamentos, al encontrarse en mal estado, no contaban con acceso a servicios básicos, teniendo que compartir entre los vecinos: “no había luz, no había agua, no había ni una cosa” (Isabel Salas); “había un lavamanos para todo el departamento, un enchufe del departamento, una llave para todos los departamentos” (Mario Galvez Santibañez).

El entorno también se describe como sucio y feo, incluyendo las tiendas y almacenes aledaños: “panadería asquerosa, carnicería horrenda, no estábamos acostumbrados a esto” (Soledad Del Valle).

Presente

Vida en el hogar/Cotidiana

Actualmente se describe que se tiene y se ha tenido un bien vivir, que se conoce a los vecinos del sector puesto que llegaron al mismo tiempo: “no hemos tenido problema, hemos vivido bien, gracias a Dios” (Ernesta Urrutia Jorquera); “mi vida es buena, eduqué a mis niños acá, estamos bien” (Soledad Del Valle); “la mayoría nos conocemos de toda la vida, llegué con muchos vecinos jóvenes que llegaron chicos acá igual que yo” (Viviana Manquez).

Costumbre

Los años viviendo en el sector han llevado a que algunas familias se hayan acostumbrado: “ya nos acostumbramos acá, volver atrás ya no porque hemos vivido más tiempo acá que allá” (Rosalía Contreras); “llevamos ya cuarenta y tantos años y nos acostumbramos” (Soledad Del Valle).

Se menciona que se trató de olvidar y seguir adelante: “fue un tema tabú que lo vivieron los viejos y fue con tanto dolor que se cerró el tema y se trató de vivir de la mejor manera” (Viviana Manquez).

Sin embargo, también se hacen presente relatos que sostienen no haberse acostumbrado a vivir en la nueva comuna y echar de menos: “mi mamá y mi papá nunca se acostumbraron” (Ximena Salinas); “echo de menos Las Condes porque es un buen barrio” (Placinda Mellado).

Mejoras en el sector

Se menciona que actualmente el sector ha sufrido mejoras que lo hacen un mejor lugar para vivir que cuando llegaron: “ahora el sector está bonito, ha cambiado mucho” (Rosalía Contreras); “ahora está bonito, tiene plaza” (Soledad Del Valle).

Sentimientos que perduran hasta el presente

Se mantiene un sentimiento de lucha y de injusticia ante lo sucedido: “la lucha de nosotros va” (Ximena Salinas); “no queremos que pase esto de nuevo” (Maria Cornejo). Ante el sentimiento de injusticia surge el anhelo de obtener reparación o indemnización por el sufrimiento vivido: “nos deberían indemnizar por daño psicológico y material” (Ana María Munizaga Uribe); “una indemnización no sería nada para el sufrimiento que uno tuvo cuando tenía a sus hijos chicos [...] ojalá que alguien nos dé una moneda o una disculpa por lo menos” (Isabel Salas); “mis hermanos todos marcados para toda la vida” (Rosa María Munizaga Uribe).

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de Pedro Aguirre Cerda /



Fecha: martes 15 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Emilia Gallo (trabajadora social)

Contextualización

El grupo se compone de personas mayores, sobre 70 años, que fueron propietarias en la Villa San Luis, y de personas adultas, de 50 años aproximadamente, que eran niños y niñas en aquella época.

Antes de la Villa San Luis

La gran mayoría de las y los participantes, antes de llegar a la Villa San Luis, vivieron en la población El Esfuerzo, ubicada en Vitacura frente al Club del Polo y en la ladera del río Mapocho. En cambio, un grupo minoritario vivía en sus lugares de trabajo emplazados en el sector oriente, en las viviendas de sus “patrones”.

Entre las personas que vivían en la población El Esfuerzo, hay hombres y mujeres que llegaron a esta cuando ya estaba establecida, a mediados o finales de los años 60, tras migrar de zonas rurales hacia la capital. Mientras que otros provienen de familias con generaciones enteras que residieron en la población, incluso antes de que se estableciera como tal y fueran solo viviendas esparcidas en un entorno rural.

Vida en el hogar

Si bien los recuerdos en torno a la vida en el campamento suelen ser positivos, no todo era felicidad. No tener acceso a servicios básicos como agua y alcantarillado dificulta mucho la vida cotidiana, los participantes que eran dueñas de casa, mencionan lo dificultoso y el “sacrificio” que implicaba ir a buscar agua a lugares lejanos o la incomodidad de no tener baño.

Vida comunitaria en la población El Esfuerzo

La vida comunitaria en la población El Esfuerzo revive sentimientos de nostalgia, emoción y felicidad entre los pobladores. Es común describir la población como una “familia” compuesta por personas de esfuerzo. Se destaca la existencia de mucha colaboración entre vecinos y vecinas “la población se portó súper bien, toda la gente cooperaba, eso es lo bueno que había en la población, había una cooperación muy grande, la gente sabía cosas, era una familia” (Héctor Sepúlveda). Asimismo, Tulio Ortiz describe a los pobladores como “familias realmente bonitas, éramos como una comunidad, de amigos, de personas de trabajo”.

En la población había una sede que era utilizada para realizar de manera comunitaria los funerales o fiestas muy grandes, las cuales son recordadas con mucho cariño y emoción. También, existían 4 canchas de fútbol que cumplían un rol fundamental en el campamento, pues existían varios clubes deportivos de fútbol. Los participantes varones mencionan los clubes “Unión y libertad”, “El aeródromo”, “Gladiadores”, “El dinamo”. Hacían campeonatos y entrenaban regularmente. Este deporte permitió que varios vecinos se conocieran entre sí y se hicieran amigos, y no tan amigos, debido a la propia exaltación que genera jugar este deporte, comentan los vecinos que entrenaban regularmente y hacían campeonatos.

Quienes eran niños y niñas al momento de vivir en la población, recuerdan tener muchos amigos y amigas con quienes jugaban todo el tiempo. En el verano nos bañamos en el río Mapocho. Mis papás no tenían plata para irnos de vacaciones y nos bañamos en el río todo el verano, teníamos hartos amigos, nos bañamos todos en el río” (Sara). Sin embargo, disfrutar del río no solo era cosa de niños y niñas, otro participante, que era adulto en esta época recuerda entre risas “no teníamos que ir a la playa, teníamos el río al lado, nos bañamos en el río, juntábamos piedras con piedras para hacer una calichera y bañarnos” (Héctor Sepúlveda).

Relaciones significativas

Los vínculos entre vecinos y vecinas fueron significativos, en el grupo hay personas que se conocen prácticamente desde casi toda la vida y emerge nuevamente en el discurso, la noción de ser una gran “familia”.

Trabajo

La mayoría de quienes eran hombres adultos trabajan en diversos oficios tales como jardinería, carpintería, albañilería, gasfitería o pintura. “No nos faltaba trabajo, siempre había trabajo para nosotros allá”, menciona Tulio Ortiz. Destacando lo beneficioso que era para ellos la cercanía con el barrio alto, pues no tenían que recorrer grandes trayectos para llegar a sus lugares de trabajo. Por otra parte, el trabajo, para algunos participantes fue un factor relevante para poder obtener una vivienda en la Villa San Luis, puesto que “para conseguir casa, en la población El Esfuerzo

tenía que trabajar en Club de Polo cuidando caballos, si no, no me daban casa. Porque, creo que era un convenio que tenía el Club de Polo con la gente, no sé” (Raúl Sierra).

Escolaridad

Respecto a la escolaridad, quienes eran niñas antes de llegar a la Villa San Luis asistían a los siguientes colegios; Inmaculada Concepción, Don Bosco María Auxiliadora y Saint George, gracias a la beca entregada por el establecimiento en aquellos años. Por lo mismo, este último destaca en el relato, pues cuando “los curas sacaron a niños para hacer ese experimento social, hacían las reuniones en la casa de mis papás en la población El Esfuerzo, para allá iban los curas y sacaron a los niños, seleccionaron a algunos que iban a un jardín”, relatan las hermanas Salazar Riveros.

Organización y proceso de postulación para la casa propia

En el grupo todos optaron a la vivienda en la Villa San Luis de manera formal, generalmente impulsadas/os por algún familiar o suegras, quienes eran adultos y tenían familia se inscribieron en comités o cooperativas de vivienda.

Hay participantes que en primer lugar se inscribieron en comités, sin embargo, al no avanzar con la rapidez esperada, postularon de manera directa, “nos dijeron tírense mejor por los departamentos, va a ser lo más rápido y es lo único que hay” (Tulio Ortiz). Por lo tanto, hay quienes declaran haber postulado de manera individual, pero organizándose entre vecinos, pues realizaron los trámites en conjunto, a fin de seguir siendo vecinos una vez que les “salieran los departamentos”.

Los/as participantes indican la presencia de dos importantes cooperativas en El Esfuerzo, sin embargo, solo se profundiza en “Los ribereños”, puesto que varios participantes del grupo formaban parte de esta. De acuerdo con el relato de Héctor Sepúlveda, tardaron 10 años en lograr obtener sus viviendas. Mantenían reuniones de manera constante y se potenciaba el ahorro, María Elena Rojas recuerda “mi ex marido, porque falleció, él tenía mucho que decir en las reuniones, yo en realidad como era dueña de casa no podía ir a las reuniones porque tenía mis niños chicos y me quedaba con ellos”. Asimismo, Raúl Sierra comenta que, “después se cambió la cooperativa, cuando salió el Pinocho, creo que fue, nos cambió ya no era Cooperativa, nos cambió a Comité Los ribereños”. Raúl, también indica que, la directiva de esta cooperativa “se vendió”, puesto que el plan inicial no correspondía a la Villa San Luis. Los/as miembros de la cooperativa, en un comienzo, tenían la intención de comprar el terreno donde actualmente se ubica el Parque Arauco. Sin embargo, la directiva a cambio de dinero se “arregló” con los dueños del terreno a fin de que el comité desistiera de la compra y pudiesen vender este a los dueños del Parque Arauco que ofrecían más dinero que el comité. No obstante, después de 10 años y 540 cuotas las familias lograron su objetivo, tener la casa propia.

Llegada a la Villa San Luis

Contexto previo a la llegada a la Villa San Luis

Los pobladores recuerdan que tuvieron que trabajar mucho antes de ser oficialmente trasladados a la Villa. Algunos señalan que se mudaron antes de que la construcción del departamento estuviera lista. Surge en la narración que, incluso algunos pobladores colaboraron en la

construcción de las instalaciones de red de agua. Uno de los aspectos más recordados corresponde a la necesidad de cuidar los departamentos, pues la posibilidad de que fueran tomados era un riesgo latente y hubo intentos para lograr esto “en una oportunidad, se juntó un grupo, tanto de la población de nosotros, como de la de al lado y se agarraron a piedrazos, como la cuestión era grande venían de todos lados, de Colón Oriente, Lo Barnechea” (Héctor Sepúlveda). Este tipo de conflictos causaba mucho temor entre futuros propietarios “íbamos en unos camiones, camionetas como fuera llegábamos todos ahí y en la noche cuidábamos los departamentos” (Tulio Ortiz). Eran los hombres del hogar quienes se organizaban en sistema de turnos y se instalaban en diferentes puntos de la Villa a fin de evitar una posible toma.

Sueño de la casa propia

Lograr el sueño de la casa propia fue muy relevante entre los/as participantes, sobre todo para quienes eran adultos y propietarios de las viviendas. Cabe recordar que fueron muchos años de organización los que permitieron este logro, un participante recuerda con emoción: “para mí fue un orgullo llegar a la Villa, imagínate ni llevaba un año de casado y ya tenía departamento, entonces para mí fue realmente fabuloso, conseguir lo ahora muchos no consiguen en años” (Tulio Ortiz).

Mejora en las condiciones de vida

Otra dimensión que aparece como relevante en torno a la llegada a la Villa, sin importar la edad, corresponde a las significativas mejoras en las condiciones de habitabilidad y comodidades que entregó la vivienda definitiva. La gran mayoría de familias anteriormente vivían en mediaguas, por lo que tener baño, alcantarillado e incluso acceso a agua caliente es recordado con emoción: “era otra cosa, otra manera de vivir a como lo hacíamos en la población” (Sara).

Características físicas de la Villa y departamentos

Los participantes recuerdan que la Villa estaba organizada por torres A, B y C. La última torre tenía los departamentos más grandes, tenían tres dormitorios y balcón. Ahora bien, en general existe la noción de que los departamentos no eran tan grandes, sin embargo, eran muy bonitos y tenían buenas terminaciones. Finalmente, “por cada tirada de blocks había un patio común” (Benecia). Uno de estos patios fue cerrado y se construyó una capilla que fue muy importante para los pobladores, pues realizaban misa y venía el “Padre Coke” casi todos los días.

Los años en la Villa San Luis

Es colectivo, sin importar la edad ni el género, recordar los años en la Villa San Luis como bonitos, una época mejor, o en palabras de una participante: “mis recuerdos más lindos son de allá arriba” (Cristina Cáceres).

Vida comunitaria

La narración colectiva da cuenta de una vida comunitaria activa y fuerte. En la Villa había muchos niños y niñas, por lo que los recuerdos e historias dan cuenta de espacios comunes siendo ocupados por ellos y ellas, jugaban a la pelota: “se hacían partidos de fútbol, ahí en la tierra, pero igual éramos felices” (Benecia), a tocar los timbres de los departamentos y salir corriendo, encumbrar volantines, demuestran que niños y niñas usaban el espacio público de manera libre,

comunitaria y activa. Sara menciona “entre todos nos cuidamos, cuidamos a los niños también, los que éramos más grandes cuidábamos a los más chicos”. Quienes eran adolescentes, solían ir al Apumanque a pasear.

La Navidad era una fecha que se celebraba de manera comunitaria en la Villa “para las navidades al frente de la cancha ponían un telón blanco e invitaban a todos los niños a ver películas de Navidad, todos ahí, era bonito” relata Avelina Salazar. También en la capilla que fue construida en uno de los patios, “todos los domingos tocaban la campana, siempre me acuerdo de eso, en un patio grande que había allí hacíamos misa” (Avelina Salazar).

Finalmente, es mencionado como algo ocasional, peleas entre vecinos borrachos, sin que esto causará mayores problemas en la vida comunitaria, pues en general en la Villa se llevaba una vida tranquila.

Relaciones entre vecinos

Las relaciones entre vecinos son referidas como significativas, como ya se mencionó, la gran mayoría de las familias provenían de la población El Esfuerzo, por lo tanto, son personas que se conocían por varios años y en general tenían muy buenas relaciones. El hecho de ser una comunidad conformada por gente conocida es algo muy valorado por las y los pobladores “vivimos una historia todos los que éramos amigos y conocidos de años, fue una vida muy bonita” (Tulio Ortiz).

Es relevante mencionar que las relaciones no se daban solo entre personas y vecinos de la Villa, sino que también con vecinos del entorno cercano que tenían otra situación socioeconómica. Quienes eran niños en aquella época recuerdan esto con nitidez: “nosotros teníamos amigos alrededor, por las casas. Incluso me acuerdo el nombre de la niña María Elena, ella nos invitaba a tomar once y la gente de las casas no hacía ninguna diferencia con nosotros... bueno porque estudiamos en el Saint George” (Avelina Salazar).

Entorno y acceso a servicios

Respecto al entorno, se acentúa lo cómodo y agradable que era vivir en un entorno bello y cuidado. Asimismo, se recalca la cercanía y calidad de los servicios, una participante recuerda: “nosotros salíamos e íbamos a comprar, teníamos una tienda, el banco, teníamos los mejores colegios, era bonito” (Benecia). Asimismo, dentro de la Villa también se instalaba el comercio: “teníamos días en que venía el caballero que vendía pescado al medio de la cancha, que vendía verduras, era bonito” (Avelina Salazar). Por último, quienes eran más jóvenes mencionan enfáticamente el cine, el cual era muy frecuentado siendo uno de los panoramas favoritos.

Trabajo

Respecto al trabajo, uno de los aspectos fundamentales corresponde a vivir cerca de este, lo cual fue un aspecto de continuidad en la vida de las familias. Como se mencionó, en la Villa vivían “personas de trabajo”. Por lo que, sobre todo entre los participantes hombres, está el recuerdo de dedicarse a “puro trabajar”. Como se mencionó, la mayoría de las personas correspondiente a este grupo se dedicaban a oficios, mientras que las mujeres generalmente trabajaban como dueñas de casa o de manera informal en el hogar “mi mamá era la modista de la Villa San Luis y tenía todas sus clientas por allá, llegaban en auto, le mandaban hacer sus vestidos” (Avelina Salazar). Finalmente, quienes ejercían oficios, recalcan que trabajaban mucho para la gente de la

clase alta y que no les faltaba empleo, siendo algunos de ellos muy conocidos en su rubro entre las personas de mayor nivel socioeconómico.

Escolaridad

Sobre la escolaridad durante los años habitando la Villa San Luis, se mencionan dos establecimientos educacionales, el Colegio Don Bosco de María Auxiliadora y el Colegio Saint George, estos entregaban educación de elevada calidad y funcionaban como espacios de encuentro entre familias de diferentes clases sociales.

Es necesario, profundizar en el Colegio Saint George, pues a este asistían varios niños de la Villa y entorno cercano: “tengo recuerdos que nos pasaba a buscar la micro del colegio Saint George y todos los niños esperábamos felices en una esquina” (Avelina María Salazar).

Al provenir de El Esfuerzo, varios niños y niñas de la Villa recibieron la beca otorgada por este colegio, cuando estaban en el campamento y siguieron siendo alumnos una vez que llegaron a la Villa, aquí se encontraban con los “ricachones”, incluso más de algún participante recuerda haber sido o que sus hijos fueron compañeros de curso de hijos o sobrinos de importantes políticos de la época.

Se puede afirmar que la experiencia en este establecimiento es diferente. Hay niños/as que no duraron mucho en el establecimiento por la discriminación ejercida hacia ellos. Sin embargo, hay quienes lograron “integrarse” y entablar relaciones significativas de amistad. Recordando con gran cariño el periodo en el que estudiaron allí: “yo tenía hartos amigos por el colegio y me invitaban a sus casas”(Avelina Salazar).

Golpe militar

Es común la percepción de que el Golpe de Estado inició un cambio que sería profundo en la vida de las personas y que a la larga traería infelicidad: “ya no fuimos tan felices, por todo lo que pasó”, declara Sara al rememorar el día 11 de septiembre de 1973. Con tanques entraron grupos de militares armados a la Villa. Con altoparlantes ordenaron que nadie saliera de su vivienda. Cristina Cáceres, que tenía solo 4 años relata: “me acuerdo cuando llegaron los milicos a mi casa, nunca se me va a olvidar, ellos llegaron con metralletas, dieron vuelta todo, yo me di vuelta para mirar y me dijeron ‘date vuelta tal por cual’ y era una niña de cuatro años”. El allanamiento y revisión de viviendas fue realizado de manera extendida: “a mi papá lo sacaron con las manos en la nuca y todos desfilando para la cancha de guata, no sé cuánto tiempo estuvieron ahí, pero mi papá volvió” (Avelina Salazar). Al entrar los militares a las casas, quienes eran niños generalmente se escondían debajo de la cama y recuerdan mirar con impresión los bototos de los militares: “yo creo que todos los niños quedamos marcados, además no entendíamos lo que pasaba, yo pensé que era una guerra” (Avelina Salazar). Finalmente, los participantes mencionan que hay muchos vecinos a quienes se los llevaron ese día.

Días posteriores al Golpe

El toque de queda y constante vigilancia que tuvo la Villa tras el Golpe marcó a vecinos y vecinas: “si llegábamos antes de las 00, que era el toque de queda, íbamos entrando en la puerta y nos amenazaban con la carabina. Que no podíamos dar un paso más o nos baleaban” (Tulio Ortiz).

Asimismo, es señalado en el discurso que a las “mamás” les daban “recreos” para poder ir a comprar. Sin embargo, disparaban al aire a fin de asustar a estas mujeres que en poco tiempo debían abastecerse para alimentar a su familia.

Desalojo

“Nos quitaron los departamentos lindos que teníamos en San Luis” (Sara). “Nos quitaron los departamentos”, se repite esta frase entre los participantes al empezar a hablar sobre el desalojo. Este hito es recordado con sumo dolor: “no era pa’ tanto que nos trataran así” (María Elena Rojas). Uno de los aspectos más traumáticos corresponde a la violencia ejercida por los militares a la hora de realizar el desalojo: “nos amenazaron con pistolas, una metralleta larga, ¿cuándo te vai a ir? El sábado, dije yo, pero por las mías, con pistola me dijeron te cambiai o te cambiai, olvídense lo que fue” (Raúl Sierra). Finalmente, hay una noción colectiva de que esto fue un hecho inesperado a pesar de ser “pobres” y vivir en el barrio alto. A esto se le suma la frustración e impotencia de no poder hacer nada al respecto, pues contra los militares no se podía pelear “estaban pasándonos a llevar y no podíamos hacer nada, porque se dio una orden” (Benecia).

Antes del desalojo

Hay quienes recuerdan haber recibido aviso antes de que “los sacaran”, el cual fue efectuado como máximo con un mes o incluso una semana de antelación. Este aviso también fue violento y bajo amenazas “A mi papá lo fueron a amenazar los milicos y a ellos le dieron poco tiempo para salir, así que mi mamá lloraba, no se quería ir” (Avelina Salazar).

Es necesario señalar que el tiempo de aviso y desalojo, varía según el caso. De todas formas, hay un consenso de que este era insuficiente para realizar todos los preparativos necesarios vinculados al traslado: “fue de repente, fue de repente que nos avisaron. Como de un mes a otro, dieron el aviso que nos iban a sacar y nos sacaron, con los milicos, también nos acusaron que éramos todos comunistas” (Sara). Ahora bien, hay quienes afirman no haber recibido ningún tipo de aviso previo antes del desalojo.

Esta diferencia entre quienes fueron notificados y quienes no ocurre también a la hora de hablar sobre la elección de las que serían sus nuevas comunas y viviendas. Disimilitud que es aceptada por los/as participantes, pues al ser más de 1.000 familias, es reconocida la heterogeneidad del proceso. Un poblador declara: “nos dieron a elegir, ir a ver dónde yo podía quedar con mi familia, yo fui a todos, pero todos eran muy chicos y dejé estos como últimos. En Pedro Aguirre Cerda, bueno, en ese tiempo era San Miguel, y yo elegí el mío y el de mi suegra” (Tulio Ortiz). Es común la afirmación entre quienes pudieron elegir su vivienda que la oferta de departamentos impuesta era de muy baja calidad y reducidos tamaños, lo que era muy complejo para quienes tenían hijos e hijas. Se mencionan Renca, Juan Antonio Ríos, Santa Rosa, Colón Oriente y Manquehue. De esta última, una participante señala: “los que tenían más plata se quedaron allá” (Sara). Finalmente, las viviendas disponibles en Renca son recordadas como unas de las peores.

Sobre este periodo una participante recuerda: “Mi mamá no se quería ir, no quería venir a ver ningún departamento y mi papá casi que la obligó. Yo la acompañé a casi todos los lugares a ver departamentos. No le gustaba ninguno y a mí tampoco [...] Mi papá le preguntaba ¿Cómo te fue? y ella decía no, es que no, no me quiero ir. A duras penas elegimos acá” (Avelina Salazar).

Bajo esta misma línea, la elección de los departamentos en PAC fue principalmente debido a su tamaño, pues estos tienen tres dormitorios, junto con la relativa cercanía para tomar locomoción, lo que podría, en alguna medida, facilitar llegar a los lugares de trabajo. Sin embargo, los departamentos son descritos como “feos”. Finalmente, hay quienes pudieron elegir el departamento en el que tendrían que vivir, mientras que a otras familias solo les tocó uno.

Traslado y llegada a Pedro Aguirre Cerda

Respecto a cómo ocurrió el desalojo y la fecha de este, son diversas las experiencias pues no ocurrió de manera uniforme y simultánea. Se distinguen 2 tipos de experiencia, siendo el factor común lo errático y violento del proceso. Por una parte, hay familias que por sus propios medios lograron conseguir camiones pequeños con conocidos para poder trasladar sus pertenencias. En cierta medida, este grupo de personas pudo organizar con mayor holgura el traslado. Mientras que, en segundo lugar, hay familias que no tuvieron la misma suerte: “en camiones de basura nos sacaron para acá” (Tulio Ortiz); “de repente llegaban unos camiones de basura y llegaban y les tiraban las cosas como cayeran” (Benecia). Sin importar que hubiesen niños pequeños o personas mayores, los militares de manera violenta, cruel y bajo amenazas e insultos, subían a tres familias con las pertenencias que alcanzaran a sacar en un solo camión “como unos animales nos trajeron, nos quebraron los espejos, las lozas, todo” (Elizabeth Moreno). También los participantes señalan que hay cajas con pertenencias que no llegaron a su destino, pues se extraviaron en el camino o fueron robadas por los militares: “mi mamá lloró todo el rato, sacando las cosas, todo el rato, tuvimos que esperar un día completo que llegara el camión a sacarnos y todos amontonados en el camión, veníamos todos transpirando, yo no entendía nada por qué pasaba eso, además los papás no explicaban las cosas” (Avelina Salazar).

El traslado hacia PAC está marcado por sentimientos dolorosos y sobre todo confusión entre quienes eran niños y niñas. Ana María Salazar, quien solo tenía 9 años al momento del desalojo, relata “la sufrí, me la lloré toda, porque no me quería venir de allá po. Me la lloré arriba del camión con mi gato, no quería salir de mi casa”. Es colectivo el impacto que causó el notable cambio en el entorno, el cual ya no era verde, bello ni cuidado: “llegamos acá, era pura tierra y piedras, ningún árbol, no habían árboles, no habían jardines, pura piedra era horrible, horrible” (Ana María Salazar), otra vecina comenta “no salimos más a la calle, era todo feo para nosotros” (Cristina Cáceres).

Estado de los departamentos

“Cuando llegamos era todo un desastre, estaba todo deteriorado, en muy mal estado” (María Elena Rojas). Al llegar, los pobladores enseguida notaron que los departamentos estaban en condiciones deplorables. Algunos no tenían ventanas, excusados y las cañerías estaban tapadas, por lo que había sectores de la vivienda llenos de agua, además estaban muy sucios. Es más, sobresale en la narración, el estado inmundos de las tinas, lavamanos, lavaplatos y piso. Este último, estaba lleno de petróleo o grasa, lo que fue muy difícil de limpiar: “nos trajeron a esta cochinita, cuando llegamos los departamentos eran inmundos, las mamás, los papás se sacaron la mugre limpiando” (Sara), a lo que Benecia agrega “en cuatro patitas raspando el piso con gillette porque así (hace gesto de apertura con las manos) eran las capas de, no sé si grasa o petróleo”. Las y los participantes del grupo se ríen cuando un poblador señala “los milicos nunca hicieron aseo” (Raúl Sierra).

En algunos casos es mencionado que los muebles no entraban en los departamentos dificultando el orden e instalación de las pertenencias personales. Finalmente, había cuentas de agua y luz pendientes que dejaron los militares, por lo tanto, los pobladores se vieron obligados a regularizarlas. Es transversal la sensación de sufrimiento.

Una vez ocurrido el desalojo los pobladores se fueron enterando de que los departamentos que alguna vez fueron su hogar y años atrás cuidaron para que no se los tomaran, terminaron de todas formas en ese destino. Pues fueron ocupados por familias que no tenían casa.

Vida en nuevas comunas

“Nos cambió la vida”, dicen en reiteradas ocasiones los vecinos al hablar de la que empezó a ser su nueva vida en Pedro Aguirre Cerda, describiendo este como un cambio radical, muy doloroso y difícil de sobrellevar, en donde la resignación tiene un rol importante: “siguió la vida no más, no nos quedaba otra” (Sara). La edad aparece como un diferenciador importante en torno a cómo se vivió este proceso de adaptación: “llegar acá con 18 años fue terrible, terrible” (Benecia). No obstante, independiente de la etapa del ciclo vital, se describe este como un periodo muy complejo, doloroso y de mucha adaptación.

Estado/Condiciones de las “nuevas” viviendas

Uno de los quiebres y aspectos más referido corresponde al hecho de pasar de habitar un departamento nuevo a uno usado, la inferior calidad y mal estado en la mantención. Asimismo, hay vecinos que perdieron espacios que habían sido importantes en su vida diaria, siendo el más mencionado el jardín: “mi mamá siempre fue de jardín, allí tenía un jardín súper bonito y mucha gente en los primeros pisos tenía su pedacito de jardín y llegar acá puff ...con unos palitos trato de hacer algo... pero no feo” (Benencia). Finalmente, los/as pobladoras se vieron obligados a pagar los departamentos desde cero.

Vida comunitaria

Al llegar a PAC, los vínculos comunitarios continuaron, sin embargo, fueron los niños quienes se vieron severamente afectados, pues ya no contaban con áreas verdes cercanas, esto influyó en que las ganas de usar el espacio público se vieran reducidas. No obstante, hay actividades que se mantuvieron tales como los partidos de fútbol.

Relaciones significativas

Hay relaciones significativas entre vecinos e incluso familiares que se vieron distanciados y con el tiempo, en algunos casos, olvidadas al elegir estas personas otras comunas. Asimismo, la distancia espacial influyó en las relaciones de amistad forjadas en los colegios y barrio. Esto marcó profundamente a los más jóvenes pues finalmente, perdieron amistades y vínculos que habían sido significativos, “uno se codeaba con otro tipo de niños” (Avelina Salazar). Una participante explica lo difícil que fue adaptarse a su nuevo entorno social: “cuando llegué acá me volví como loca, entre tanto chiquillo, tanta chiquilla, allá era otro ambiente como más sano, todos éramos más sanos” (Benecia).

Entorno y acceso a servicios

Una de las mayores sensaciones de pérdida radica en la calidad de barrio y entorno, la gran mayoría de las personas no conocían el sector, destacando lo complejo que fue acostumbrarse a este debido a su falta de servicios y de lugares bonitos. En el discurso, resalta la cercanía de los departamentos con el Zanjón del Aguada, que en ese momento eran enormes campamentos. Lo que afectó negativamente la percepción y satisfacción en torno al barrio.

Trabajo

El cambio de comuna implicó también un cambio significativo en términos de empleo. Por una parte, hay pobladores que simplemente se vieron obligados a cambiar de empleo: “ya nunca pudimos hacer lo que hacíamos antes, tu papá que era gasfiter, yo que era pintor y el otro que era albañil” (Tulio Ortiz), esto por la distancia que ahora tenían con sus clientes de tantos años, lo que dificulta severamente poder llegar a los lugares de trabajo. Ahora bien, hay quienes mantuvieron sus empleos, asumiendo los costos de horas de traslado y movilización: “mi papá, tenía su trabajo allá arriba, era jardinero de las tremendas mansiones, por allá, entonces ahora se demoraba como dos horas en llegar allá arriba a la Dehesa, llegaba choreado” (Avelina Salazar). Situaciones como la relatada por la participante afectó sustancialmente la calidad de vida de las familias, pues el estado de ánimo y con eso relaciones familiares se podían ver tensionadas, junto con endurecer las condiciones de vida a nivel económico.

Escolaridad

Para terminar, la escolaridad surge también como uno de los factores más críticos al llegar a Pedro Aguirre Cerda, pues existía una notoria diferencia entre colegios. Hay quienes hicieron el intento de continuar en sus establecimientos educacionales emplazados en el sector oriente, sin embargo, la distancia, provocaba que los viajes fueran de una hora o más, sumado a la complejidad inicial que suponía aprender la nueva ruta para llegar al colegio. Por lo tanto, para la mayoría de las familias fue una situación insostenible y hubo que cambiar a niños/as y adolescentes de colegio. Por otro lado, un importante grupo de familias llegó en noviembre, por lo que simplemente los niños no terminaron el año escolar y el cambio fue enseguida, al recordar esto varias pobladoras repiten la frase “nos costó mucho, mucho”. Cristina Cáceres señala: “llegué a un colegio donde los niños no eran como nosotros, yo no conocía este mundo, tengo una hermana, la mayor que no estudió, nunca lo logró, se devolvía, llegó hasta séptimo año nunca se acostumbró”.

Presente

Nociones sobre el presente y la vida que no fue

“Yo ahora vivo el día a día”, cuenta Manuel Pacheco al hablar de su vida actual, también los vecinos comentan que a pesar de todo, han salido adelante. Esta sensación de desesperanza y superación es colectiva al hablar sobre el presente. Asimismo, y entre risas, Avelina Salazar señala: “ahora una ya está acostumbrado a todas las técnicas de la población, sabemos cómo defendernos”.

Sin embargo, la opinión y emoción más sentida corresponde a que la vida pudo haber sido muy distinta, de seguir viviendo en la Villa San Luis. “Siento que, si no hubiese llegado acá, mi vida sería otra, bueno para todos” (Benecia). Lo expuesto se entrecruza por varios factores que comienzan con reconocer colectivamente que en Las Condes había “otro ambiente”, uno mejor.

En ese sentido, en primer lugar, están las mayores oportunidades que brindaba el barrio en términos de establecimientos educacionales y oportunidades laborales en comparación al actual. Luego, a partir del relato, se identifica la diversidad en las relaciones, pues existían personas que efectivamente mantenían amistades con personas de niveles socioeconómicos más altos, lo que permitía tener redes más heterogéneas y acceso a oportunidades diferentes. En tercer lugar, es mencionada la alta plusvalía que tendrían las viviendas, lo que podría haber incidido en eventualmente mejorar las condiciones materiales de vida “un departamento ahí ahora vale ¿Cuánto? Casi 500 millones de pesos...imagínate, si vivíamos cerca del Club de Polo” (Luis Valenzuela). Lo descrito impacta en la noción colectiva de que sin el desplazamiento su vida sería completamente diferente.

Sentimientos de apego y desapego al lugar

La vida en la Villa San Luis se recuerda con nostalgia y cariño. Es añorada de manera colectiva, dando cuenta que persiste el apego al lugar. No obstante, este coexiste con una sensación de desapego, pues actualmente los pobladores sienten imposible volver allá: “aunque nosotros fuéramos pobres y no teníamos derecho a vivir en el barrio alto, pero en ese entonces no era como es ahora, ahora es imposible, uno nunca va a poder llegar allá arriba, porque nunca va a poder” (Tulio Ortiz).

Vínculos y vida comunitaria

Aún hay relaciones positivas y de confianza entre vecinos y vecinas, sobre todo entre quienes comparten torre: “mis vecinos y vecinas un 7, nada más que agregar” (Tulio Ortiz). A pesar de que señalan que no se reúnen con tanta frecuencia, si hay relaciones de solidaridad en momentos complejos, tales como enfermedades. También hay vecinos que tienen lazos más estrechos pues son amigos hasta el día de hoy. El fútbol continúa siendo un deporte importante, hasta el día de hoy organizan partidos y hay diferentes clubs deportivos en el barrio. Finalmente, es mencionado que varias personas han fallecido o se han ido del barrio, sin embargo, siguen siendo recordados pues eran parte de la comunidad. Al terminar su relato, Tulio Ortiz señala: “es poco lo que nos juntamos, ojalá esto nos una. Creo que sería lo ideal”.

Estado/Condiciones actuales de las viviendas

El único problema en términos de infraestructura mencionado corresponde a las cañerías. Falla que persiste a pesar de que han hecho arreglos para solucionar esto.

Percepciones (No) Reparación y decepción

Todos los participantes sostienen que vivieron un hecho sumamente injusto y que aún la reparación no ha llegado, hay participantes que creen que quizás nada baste. “Todos, mis vecinos merecen que se haga justicia y que sea bastante dura, porque hacer eso con seres humanos, no se hace, no sacan de la noche a la mañana, de forma tan bruta y brusca. Me gustaría que todos mis vecinos logramos algo” (María Elena Rojas Cereceda). Esta expectativa se ve tensionada pues hay vecinos que han sido parte de procesos de reparación que no han tenido los resultados esperados, por lo que “genera desconfianza y miedo para querer participar en instancias de este tipo” (Tulio Ortiz). Siendo el tema de la reparación, hasta el día de hoy una promesa inconclusa que causa desesperanza y frustración entre los/as vecinas.

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Renca /



Fecha: domingo 20 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Matilde Elton Medina (socióloga)

Contextualización

La mesa estuvo conformada por alrededor de 12 participantes activos. Se caracterizan por ser mujeres en su mayoría, aunque hay participación de hombres. Etariamente son adultos sobre 40 años y también adultos mayores, es decir que vivieron en la Villa siendo niños, niñas y jóvenes, como también padres y madres de los mismos. La gran mayoría de los participantes señala seguir viviendo en Renca, la comuna donde fueron trasladados desde la Villa San Luis.

La conversación fue guiada y mediada por Matilde Elton (socióloga), utilizando la metodología participativa y las notas de campo para generar este informe. Se complementó dicha información con la grabación otorgada por el equipo de sonido. A continuación se presenta una sistematización de la información recogida en la mesa, según las etapas vividas por los participantes: antes de la llegada a la Villa San Luis, la llegada a la Villa, su vida allá, el Golpe Militar, el Desalojo, la vida en Renca, y el Presente. En cada una de estas etapas se preguntaron sobre diferentes ámbitos de sus vidas, y de las comunidades.

Antes de la Villa San Luis

Antes de llegar a la Villa San Luis, la mayoría de las participantes vivían en campamentos El Esfuerzo, El Ejemplo y Ñancahua sur. Estos campamentos se ubicaban en la comuna de Vitacura, cercanos al río Mapocho. Cabe destacar que un grupo minoritario de participantes vivía en piezas construidas en terrenos que le pertenecían a un familiar o en la casa de sus patrones. De manera general, pese a las condiciones, los participantes recuerdan con cariño la vida en ellos, sobretodo rescatando la comunidad que conformaron.

Vida en el campamento y en el hogar

Independiente de cuál hubiese sido el campamento en que se vivió, hay una noción común de nostalgia a la vida de los campamentos, marcada por el apoyo y acompañamiento entre vecinos. A pesar de las condiciones de vida precarizadas y la falta de acceso a servicios básicos, recuerdan que tuvieron una buena vida en estos lugares. Rescatan actividades culturales, vida social, la cual siguió en la Villa San Luis. “Había pobreza, porque éramos todos pobres, pero había una vida de adolescente buena” (Manuel Lillo).

Cabe destacar que también recuerdan penurias vividas en el campamento por las condiciones de vida y la inseguridad que tenían por los incendios que se provocaban. “No me recuerdo mucho, recuerdo que mis papás hacían fiestas familiares, jugaban dominó, brisca, mis tíos, los fines de semana, viernes, sábado y domingo jugaban. Eso me recuerdo de la población” (Ángela Vallejos).

Escolaridad

La gran mayoría de quienes eran niños o tenían hijos al momento de vivir en el Campamento, iban al Colegio Saint George. Los recuerdos evocados son positivos y se sugiere que no existían problemáticas vinculadas a discriminación.

Proceso de postulación y previo a la entrega de los departamentos

Si bien todos rescatan el proceso legal por el que postularon a las viviendas y cómo se organizaron entre los mismos comités de vivienda para la postulación a la Villa desde los campamentos, recuerdan que hubo atrasos en la entrega por parte de las empresas constructoras, creando sensación de incertidumbre. Por otro lado, relatan que también debieron ir a cuidar los blocks previo a la entrega, hacia los términos de la etapa constructiva, ya que otras personas estaban esperando a tomárselos.

Llegada a la Villa San Luis

Lo primero que destacan los participantes al comenzar la conversación es que cuando llegaron a vivir a la Villa San Luis todo era felicidad y orgullo por tener la casa propia, y también mejorar sus condiciones de vida.

Las fechas de llegada son diferentes, sin embargo, la gran mayoría llegó el año 70 a la Villa. Hay un grupo de participantes que provenía de ambos campamentos, se conocían desde antes, por lo tanto, llegaron a la Villa con una comunidad conformada y redes de apoyo.

Algunos participantes, sobre todo los mayores, rescatan el reconocimiento de parte del gobierno al entregarles los departamentos, ya que el comunicado de entrega fue directamente desde el ministro de vivienda, Carlos Cortés.

La mayoría de las personas provienen del block que se ubicaba en Alonso de Córdova con La Capitanía. Los participantes recalcan que no se tomaron los departamentos, y que se hizo todo bajo los márgenes de la ley: “todo se hizo legal, lo que nosotros hicimos no fue una toma, fuimos totalmente legales” (Hugo Vallejos).

Los años en la Villa San Luis

Vida en el hogar

En primer lugar, se rescata el acceso a servicios básicos y la mejora en las condiciones de vida de las familias: “teníamos tina, algo que los chiquillos de allá (campamentos), nunca habían visto en su vida” (Héctor Vallejos). Es común entre todos los participantes de la sesión la mejora de la calidad de vida por las condiciones de habitabilidad o incluso poder salir de círculos de violencia gracias a la vivienda.

Para las infancias, también se recuerda esta etapa como un buen lugar donde vivir, donde se tenía algo propio, y privacidad también, rescatan el hecho de haber elegido su pieza con sus hermanos y hermanas, tener un espacio protegido y cómodo.

Escolaridad / Educación

La escolaridad se mantuvo, pues al no cambiarse de comuna, siguieron estudiando en colegios con alto nivel académico de Vitacura.

Vida comunitaria

La vida comunitaria en la Villa es descrita, si bien no con el mismo sentimiento de familia que se rescata en los campamentos, con la misma energía y también con la misma importancia de la comunidad. Seguían juntándose las familias en la Villa y realizando los mismos actos e hitos que en los campamentos. Es descrita como tranquila y marcada por las infancias que pasaban su tiempo jugando en grandes grupos disfrutando de los espacios comunitarios felices y con múltiples amistades. Al vivir en la Villa se rescata la cercanía que tenían, el pasearse por los diferentes departamentos, lo comunitario en las crianzas también.

Golpe militar

El Golpe es recordado como un cambio radical en la vida de los participantes, marcado por la sensación de violencia y vigilancia constante en la Villa. Este cambio fue repentino para casi todos, no se esperaba, y menos las consecuencias directas que tendría sobre sus vidas. Desde el día del Golpe la Villa fue allanada por militares y partir de ese instante, rodeada y vigilada por los mismos: “No podíamos hacer nada, en la tarde ya teníamos que estar todos en nuestras casas, y los milicos nos apuntaban con focos, y disparaban cuando había movimiento, ellos te hacían un horario, para salir a comprar el pan, para volver, el horario de la noche” (Marion Vásquez); “Cualquier cosa que

hiciéramos nos disparaban por cielo, aire, y tierra, estábamos todos escondidos en los departamentos” (Elsa Galaz).

Una de las vecinas, que estaba embarazada fue empujada violentamente por un militar que entró a allanar su casa, y ese mismo día entró en labor de parto. Relata no haber recibido ningún tipo de ayuda por parte de los militares, solo violencia.

Escolaridad

Hubo un cambio radical, sobre todo en quienes asistían al colegio Saint George y Sagrado Corazón de María, pues cambiaron docentes, forma de enseñanza y ya no pudieron seguir ahí, ya que estudiaban con becas. “Con el Golpe, nos echaron de ese colegio, llegamos a un colegio que estaba pasado de Manquehue, el Ho Chi Minh, y ahí estuvimos hasta mediados del 76, que llegamos aquí, para las vacaciones de invierno” (Marion Vásquez).

Desalojo

Antes del desalojo

Los rumores de desalojo a partir del Golpe eran escuchados fuertemente en la Villa, pero afirman en general que nadie se encargaba de entregarles información expedita sobre el hecho, posteriormente solo se les entregó un papel de que serían desalojados. Frente a la falta de información oficial y detallada, circularon muchas falsedades sobre el hecho, una de las más recalçadas es que no serían desalojados quienes tuvieran sobre un porcentaje de cuotas pagadas, por lo que muchos pagaron adelantadamente los departamentos y ese dinero nunca fue devuelto.

Desalojo y traslado

Sobre el desalojo en sí, se relata un hecho de marcada de violencia e indignidad, todos fueron sacados de su casa de noche con armas, en camiones de basura, pudieron trasladar pequeñas posesiones: “Nos metieron en camiones de basura, de noche, y los militares nos tiraban las cosas a la calle ahí” (Héctor Vallejos).

Llegada a Renca

En el año 1976 fueron desalojados la gran mayoría y recuerdan la llegada como ser “arrojados al lugar”, sin tener ninguna claridad de hacia dónde los estaban trasladando. Sobre todo aquellos que fueron niños en el proceso, relatan con mucha angustia cómo lo vivieron. “Acá llegamos a la deriva, y a la deriva de lo que fueran en todo ámbito, en el trabajo en el estudio, en todo ámbito” (Marion Vásquez).

Las casas a donde llegaron se encontraban en muy malas condiciones, sin puertas, ventanas y lo poco que traían, en muchos casos les fue robado en la llegada. Además, el desalojo de la gran mayoría ocurrió en pleno invierno, con bajas temperaturas.

Las familias fueron forzadas a dejar departamentos sin previo aviso, como se dijo anteriormente, de noche, de forma violenta, pudiendo guardar pequeñas pertenencias, incluso algunas se les

cayeron en el trayecto. En cada camión subían a 3 familias, todos recuerdan el olor que traía el camión y como este proceso los hizo sentir inhumanos.

Escolaridad

Al llegar a mitad de año a Renca, no pudieron inscribirse en los colegios de la comuna y muchos de los niños, niñas y jóvenes perdieron el año escolar.

Vida en nuevas comunas

Sentido de (no) pertenencia / sensación de desarraigo

Lo violento de la experiencia desde el Golpe al Desalojo, les dejó un trauma a los participantes, sobre todo a quienes eran niños y niñas en la Villa. Se recuerda cada año que pasa el sufrimiento que vivieron, y los traumas que les ha generado.

Estado y calidad de las casas

Respecto a los departamentos, es señalado con pesar el hecho de empezar a pagar el dividendo de las viviendas de Renca desde cero, perdiendo todo lo que ya habían pagado para las que fueron sus primeras viviendas en la Villa San Luis. Se relata que las casas estaban en pésimas condiciones y que en realidad no costaban lo que a ellos les hicieron pagar, además de ser casas de militares, gratis para ellos. Lo anterior es relatado con un sentimiento de injusticia, ya que pagaron por una propiedad que ya estaba pagada para militares, además de no contar con estructura básica, como cañerías funcionales, techos en buenas condiciones, ventanas y puertas: “Se nos quitó lo nuestro, nuestro patrimonio, nosotros teníamos 1000 cuotas pagadas (de la Villa San Luis)... y se nos quitó eso” (Elsa Galaz); “Mi mamá estaba solo con nosotros, llegamos acá y no tenían puertas, no teníamos ventanas, tapábamos con frazadas, teníamos que dormir todos en una misma pieza, el agua corría, no teníamos baño... entonces para nosotros eso fue trauma” (Marisol Bueno).

Vida laboral

Los cambios que implicó el desplazamiento en la vida laboral emergen como los puntos más críticos en el relato colectivo. Este punto influyó de manera radical en el resto de los aspectos: “Ahí sí que se nos vino la pobreza, pero como se dice firme, estábamos solas, mi mamá perdió el trabajo” (Marisol Bueno). La gran mayoría que trabajaba en puestos de servicio en comunas como Las Condes, Vitacura, tuvieron que adecuar sus traslados al irse a vivir a Renca.

“Los papás, yo me acuerdo que a todos los papás les quedaban los trabajos lejos, porque en estas poblaciones, hablemos de la gente rica, tenían zapatero, lavandera, empleada, pero todos tenían que ir a trabajar para arriba. Tenían que levantarse temprano los papás, salir cinco o seis de la mañana para llegar en la tarde, pasaban todo el día fuera” (Manuel Lillo).

Se comenta también cómo esta situación fue afectando de manera radical otros aspectos de la vida, sobre todo lo relacionado a la calidad de vida, y en los sentimientos de permanencia en su nueva vida. “En la Villa hicimos un grupo de amigos muy buenos, pero después todo se desarmó porque después fue todo malo. Fue todo malo tanto para los papás, porque no había para comer,

no había trabajo, empezaron los que limpiaban las plazas, cómo se llamaban, el POJH, el PEM, entonces era una mugre de plata que le pagaron a la gente, 5 mil pesos mensuales. Entonces había mucha pobreza, mucha pobreza” (Ángela Vallejo).

Escolaridad

La gran mayoría de los participantes, ya viviendo en Renca, asistieron a un colegio que apodaban “El gallinero”, y que describen su experiencia, sobre todo en la llegada. como un punto crítico: “Nos hacían *bullying*, decían que veníamos de la Pincoya, que éramos ladrones, lo sufrimos” (María Elena Aguilar Olivares).

Inseguridad en el nuevo barrio

En la llegada a la comuna, cuentan que vivieron saqueos constantes en sus nuevas casas, y que les fueron robando lo poco que traían, como también todas las mejoras que fueron haciendo en las nuevas viviendas (puertas, ventanas, etc.). Por lo mismo, tenían que organizarse para cuidarse entre ellos mismos durante la noche. Lo anterior supuso problemas sobre todo a aquellas madres solteras, que eran varias de las participantes en la mesa, porque tenían que hacerse cargo de sus hijos y de las casas solas.

Por otro lado, algunos vecinos relatan que fueron detenidos por militares durante la dictadura, sufriendo violaciones a sus derechos humanos: “Mi viejo un día domingo, en pleno Golpe de Estado fue a ver a mi abuelita que vivía en la población El Ejemplo, y cuando él venía de vuelta, venía subiendo por Los Militares y venía subiendo un grupo de personas. Hubo un milico en el polígono, porque había un cerro ahí, le gritó, porque mi papá cuando pasó levantó la mano hacia arriba, pasó por Los Militares hacia arriba para llegar al departamento, lo detuvieron y se lo llevaron. A culatazos, lo devolvieron hacia la Escuela Militar y estuvo perdido como 20 días o un mes más o menos como una cosa así, y nosotros llegamos a pensar que estaba muerto” (Manuel Lillo).

Vida comunitaria

Se relata que muchos de los que fueron desplazados de la Villa San Luis a Renca eran vecinos de blocks, por lo que se fueron acompañando en la nueva comuna, sin embargo, también afirman que con muchos se perdió el contacto radicalmente, ya que no se sabían hacia donde habían sido desplazados. Cabe destacar que fueron llegando de a poco al lugar, y para los primeros que llegaron se les hizo cuesta arriba la situación, ya que no tenían redes de apoyo en la nueva comuna.

Como dato anecdótico, vecinos cuentan que formaron un Club deportivo años después de la llegada a la Villa, este club lo tenían desde el campamento El Ejemplo, y en la llegada a Renca se reconformó, incluyendo nuevos miembros que se conocieron en la Villa San Luis y que posteriormente fueron desalojados de manera conjunta. El nombre era Club Independiente y es un ejemplo de cómo los lazos con la Villa San Luis, e incluso con los campamentos de origen, se fueron manteniendo en Renca y ayudaron a la inserción social y sentimiento de permanencia.

Presente

Se identifican como pertenecientes al lugar donde viven ahora, y que gracias a su esfuerzo y resiliencia pudieron apropiarse del lugar donde llegaron y convertirlo en un hogar, se sienten orgullosos del lugar donde viven, y de lo que lograron superar. Rescatan que es la misma comunidad la que les permitió salir adelante, ayudándose unos a otros, gracias a haber compartido la misma historia desde antes de la Villa San Luis hasta ahora.

Vida comunitaria y relaciones significativas

En la población, los vecinos se siguen relacionando entre las mismas personas que vivieron en la Villa San Luis, sin embargo, con el tiempo se ha ido dispersando. Ahora bien, hay quienes Villase siguen juntando hasta hoy en día, pues forjaron importantes relaciones de amistad.

“Después se separaron, unos para allá, otros para acá, pero con el tiempo yo creo que todo lo que pasó, no hablamos el valor, porque el valor de las casas allá era distinto a las de acá, pero aquí la gente igual se formó y al final igual terminamos queriendo las casas de nosotros, aunque muchos de nosotros ya no tenemos a los papás y a las mamás vivos, pero yo creo que igual somos felices. Pero que costó, sí, yo creo que los que más sufrieron fueron los padres, y la gente mayor, ellos son los que más vivieron eso. Pero lo bueno es que todos hemos sido alguien un poquito más de lo que éramos, siempre los papás quisieron que nosotros fuéramos un poco más que ellos, y al final fuimos felices igual, somos felices” (Marcos Tapia).

Vínculo con la Villa San Luis

La Villa, y la vida que formaron ahí, con los vínculos que forjaron, los ha acompañado siempre, y relatan que desde hace poco hay un mayor reconocimiento de la comuna de Renca hacia ellos, ya que antes no se sabía que venían de la Villa San Luis. Quieren poner una placa en la Villa de Renca donde llegaron, y están teniendo conversaciones con el alcalde para ello: “...siempre... en el Ejemplo tanto como en la Villa San Luis, hasta cuando fue el Golpe, y aquí mismo, la gente siempre ha sido unida. Siempre se ha sacado algo y si hay que ayudar, se ayuda. Cuando llegamos aquí a Lo Illanes, yo creo que cada familia trató de hacer algo por su casa porque aquí llegamos pelado esta cuestión, estaba pelado. Y cuando estábamos en la Villa San Luis la gente también era bien unida, se hacían muchas cosas con los niños me acuerdo, había mucha amistad” (Marcos Tapia).

Reparación

Sobre todo para aquellos que fueron niños, niñas y adolescentes durante la vida en la Villa, el desalojo, y los años posteriores, afirman con frustra el hecho de que nunca se les pidió perdón y pasó desapercibido todo el esfuerzo que hicieron sus padres, y personas a su cuidado para hacer de sus nuevas casas un lugar digno, y poder sobreponerse a lo complejo que fue la situación: “Yo veo el sufrimiento de cada caballero aquí, de cada mamá, que tuvo a sus hijos de la edad que yo tuve, y siempre se ha tratado de pelear por eso, de tener algo a cambio, porque gente se está muriendo sin haber tenido una recompensa, o un perdón o algo digno” (Marisol Bueno); “Ahora, en todo caso, yo sé que ustedes pertenecen a los derechos humanos cierto, todas estas cosas tendrían que haberse hecho mucho antes, porque faltan los testimonios de los papás, porque ellos fueron los que más sufrieron todo eso, los que más pasaron todo eso” (Marcos Tapia).

Percepciones en torno al museo

Las percepciones sobre el museo, y lo que esperan de él, en general se identifica como reconocimiento, además de recordarles a ellos lo que significaron los años vividos en la Villa San Luis, las alegrías que les trajo, y el cambio en la calidad de vida, aunque hayan sido pocos años, que les entregó.

Sistematización. Mesa de diálogo 2. Comuna de Renca /



Fecha: domingo 20 de noviembre de 2022

Entrevistadora y facilitadora: Clara Irrázaval Bustos (socióloga)

Contextualización

La reunión en Renca se realizó al interior de la sede vecinal y se realizaron dos mesas de diálogo dividiendo a los participantes en grupos de 20 personas aproximadamente.

Antes de la Villa San Luis

Antes de la llegada a la Villa San Luis, gran parte de los pobladores pertenecían a campamentos de Vitacura y Las Condes. La población El Esfuerzo y El Ejemplo son las más mencionadas por los participantes. Muchos recuerdan el proceso de postulación a través de comités de vivienda y libretas de ahorro para trasladarse a la Villa San Luis. Bernardita Torres comenta cómo los “sacaron del río Mapocho” para luego “tirarlos a la Villa San Luis” y luego ser desalojados.

Algunos de los participantes relatan cómo antes del traslado a la Villa debieron proteger los departamentos ya que se creía que podían ser tomados. René Ponce cuenta su historia: “Yo tenía 11 años y me acuerdo, íbamos en el invierno a cuidar los departamentos. Después con el tiempo ya éramos designados, pero teníamos miedo a que nos quitaran en ese momento de las

viviendas”. Silvia Baez Vargas comenta algo similar: “yo era chica, me recuerdo que dos o tres veces, vivíamos en el campamento, tuvimos que venir, y atravesar corriendo a la Villa, porque nos iban a tomar los departamentos”. La experiencia previa a la entrega de departamentos está marcada por la salida de los campamentos y el cuidado de las nuevas viviendas. Alejandro Lira Córdoba comenta de las guardias que hacían en la noche antes de que los departamentos fueran entregados: “Nosotros teníamos que estar haciendo guardia, yo trabajaba en un negocio, teníamos que hacer guardia toda la noche porque la gente se quería tomar los departamentos. Sufrimos hartito hasta que nos entregaron los departamentos con llave en mano”.

Llegada y vida en la Villa San Luis

La llegada a la Villa San Luis está marcada por la belleza de los departamentos y la tranquilidad que otorgaban. Mirna Parada comenta: “llegamos a vivir a un departamento de lujo, estábamos tan felices hasta que llegó el Golpe”.

Se destacan dos aspectos valiosos de la Villa San Luis, primero la vida en comunidad como comenta Bernardita Torres: “así que ese es el recuerdo, pero yo viví, los años que viví en la Villa San Luis, feliz, con mis vecinos, mis compañeros de curso, formábamos grupos, hacíamos competencias de bicicleta, lo pasaba divino”. También se destaca la experiencia de vivir no solo en la Villa sino también un barrio en particular: “yo viví en Vitacura, en la población El Ejemplo, y después nos fuimos a un bello departamento, con alrededores fantásticos, extraordinario, lo pasamos súper bien y todo lindo” (Bernardita Sepúlveda).

La buena experiencia de los departamentos está marcada por la comparación con las viviendas a las que fueron trasladadas después del desalojo. Jaqueline Escobar comenta: “Cuando se vivió allá en los departamentos, era muy lindo todo, muy tranquilo, una vida tranquila, decente. Cuando llegaron acá, que yo los acompañé, estas casas estaban en el suelo; unas sin baño, otras no tenían lavamanos, no había cocina, separación de cocina, usted para ir al baño tenía que salir del comedor a la calle a salir al baño, tenía un mínimo techo. Que nosotros vivimos allá tan lindos, llegar a casa, al desastre, ustedes ahora, como dicen todos, ven las casas hermosas, pero costaron años que la gente las tuviera así. Esto fue una burla, y una burla para todos, y yo creo que para muchos fue muy frustrante, muchos proyectos se fueron abajo, de las familias, yo es poco lo que recuerdo, pero lo más bonito es los recuerdos de la Villa San Luis”.

Golpe militar

Tras el Golpe militar, la violencia en la Villa San Luis comenzó a escalar rápidamente, los pobladores recuerdan sus experiencias con miedo: “ahí vivimos bien hasta que llegó el Golpe de Estado, ahí me acuerdo haber visto cosas terribles, sentir lo que es apuntando una metralleta por tu ventana, tener que salir corriendo a las tres de la tarde cuando te levantabas en el toque de queda para ir a poder a comprar pan, amanecerme en las noches con mi hermana y con mi madre para comprar un poco de carne, toda la noche. Entonces, ese es el recuerdo que tengo de ahí.” (Silvia Baez Vargas)

Alejandro Lira Córdoba recuerda cómo el nacimiento de su hija estuvo marcado por el Golpe y los allanamientos en los departamentos: “el año del Golpe, que fue el 73, sufrimos mucho porque ella estaba esperando a mi segunda hija, la llevamos al hospital el día 11 justo, al hospital Salvador, y de ahí me dijeron que se tenía que quedar, no quiso, y tuvimos que, de ahí caminar hasta la

Escuela Militar, arriba, donde estaban los departamentos, y llegamos a pie. Y al otro día nació la guagua, pero tuvimos que viajar, buscar a alguien que nos trajera, y nadie nos quería traer, y ahí un compañero nos trajo en un cacharrito, le pusimos un pañal blanco, para trasladarla al hospital Salvador. En los militares a cada cuadra nos atajaban, nos revisaban en la camioneta todo, y ellos no nos quisieron traer tampoco, los militares, tuvimos que conseguírnos un cacharrito, hasta que llegamos al hospital, y de ahí se mejoró como al cuarto de hora que llegó al hospital, se mejoró altiro. Ahí volvimos, yo tenía una hija más grandecita, de cuatro años, volví con ella, y ya ahí empezaron a allanarnos cada dos días, nos allanaban todas las cosas los milicos, a mí me robaron una cortapluma bien bonita que teníamos”.

Desalojo

El desalojo de los departamentos es recordado como una experiencia traumática, marcada por la humillación de salir sin previo aviso y trasladarse en camiones de basura. La violencia de los militares y el miedo percibido en esos días es un elemento que se recuerda fuertemente.

Allanamiento de armas

Uno de los recuerdos que más se repite es cómo los militares llegaron a revisar los departamentos en busca de armas. Ramón Molina Pulgar menciona: “llegaron unos militares a revisar el departamento, hasta el estanque del baño lo abrieron para ver si teníamos armas, y la niña más chica le decía ‘señor, ¿usted no nos va a matar a nosotros?’. Y de ahí nos trasladaron, nos sacaron en camiones de basura, para qué, mejor no recordar todo ese maltrato que tuvimos”. Mirna Parada también comenta sobre la búsqueda de armas en su casa: “de mi casa se llevaron armas, ¿saben cuáles eran las armas? Un cuchillo cocinero, una onda y un paquete de fierritos de anticuchos. A mi marido lo maltrataron por eso, porque tenía armas y que podía matar a una persona”. La madre de Bernardita Sepúlveda también experimentó la presión por la búsqueda de armas: “mi mamá estaba en los departamentos y llegaron los milicos, y mi mamá tenía a mi hermanita chica en los brazos, y la apuntaron y le dijeron que soltara a la guagua y que pasara las armas, ¿qué armas? Mi mamá nunca, no sabe manejar nada de esas cosas”.

Traslado en camiones de basura

Los pobladores recuerdan con detalle la traumática experiencia de ser trasladados en camiones de basura y sin cuidado por sus pertenencias:

“Ese día me acuerdo bien claramente que yo tuve una experiencia para mí traumática, que todavía me acuerdo, que llegaron los militares y entraron a la casa, mi padre me acuerdo que no quería abrir la puerta, y empezaron a golpear, y como fuera abrieron con sus fusiles la puerta y entraron abruptamente. Le pegaron a mi papá, a mí me tiraron para un lado, mi mami estaba con mi hermano que era chico. Fue traumante porque nos robaron lo que tenía, tenía un valor de plata, mi mami sufrió mucho. Me acuerdo que después nos sacaron de ahí, fuimos trasladados acá a Renca. El desalojo fue humillante, porque los camiones eran basureros, y lo que caía, porque había una orden que había que desalojar sea como fuera, y no teníamos tiempo para echar todas las cosas, y había personas a las que en el transcurso del camino se les cayeron las cosas, porque no se paraba, los tiraron nomás” (René Ponce).

“Durante el Golpe fuimos allanados y fuimos después desalojados, muy maltratados, humillados, el día del Golpe. (...). Pasando los días, nosotros estuvimos muy presionados con cañones,

tanquetas, todo lo que fue armamento, frente al departamento donde nosotros vivíamos, al block, era el block 1 Arquín, y el block 2. Todos estuvimos ahí, no podíamos salir a comprar ni siquiera el pan. En un momento tocaban una alarma y todos podían salir a comprar el pan, estuvimos sitiados. Después, al poco tiempo, en el 76, fueron y nos dejaron a todos un papelito que teníamos que abandonar el departamento al día siguiente. Tenemos todos esos documentos nosotros, del lanzamiento que nos hicieron, del desalojo. Nadie podía sacar bien sus cosas ni guardarlas bien porque todos tenían que avanzar mientras el camión esperaba abajo, el camión de la basura" (Mirna Parada).

"El trato que les dieron a ellos para trasladarlos acá fue de lo peor, porque no respetaban situación de las personas, su estado físico, mental, lo que fuera, ellos llegaban y procedían y los tiraban arriba de los camiones, como todos cuentan de basura, porque eran camiones más frenos, y tiraban sus cosas. Si se caían al suelo se rompían, ahí quedaban tiradas, ellos no se iban a molestar a que la persona recogiera sus cosas con ellos llegaban y las dejaban ahí tiradas" (América Troncoso).

"Hasta que llegó el 30 de mayo de 1980, cinco de la mañana llegaron los camiones municipales a buscarnos, yo dije que como vivo en el cuarto iba a ser el último, y fui el primero, bajando las cosas por las escalas, algunas se caían, se quebraban, en ese viaje a mí me quebraron tres sillas del comedor, como las tiraban nomás... sálvese quien pueda, y ya" (Alejandro Lira Córdoba).

Para Álvaro Consuegra y su padre la explicación que se da del desalojo es la siguiente: "Según el dictador, que me dijo mi papá, el dictador dijo que los pobres no podían vivir al lado de los ricos".

Vida en nuevas comunas

La llegada a las nuevas comunas estuvo marcada por la gran diferencia que existía con los departamentos de la Villa San Luis; eran casas de baja calidad, en algunos casos sin baños, con animales y plagas en su interior. Mirna Parada en su testimonio relata que "no eran casas": "Nos trajeron a estas casas que eran unas pocilgas, eran unos muros parados, sin baños, sin puertas, ni ventanas, ni artefactos de lavadero, nada, nada. Todos los vecinos tuvimos que hacer una casa nueva, las casas eran del ejército, y yo hasta hace pocos años le pagué al ejército la casa. Después todos los vecinos pudimos arreglar nuestras casas que son las que ven ahora, que son muy lindas, limpias, y unas lindas casas".

"Llegamos aquí, yo vivo al fondo, en Gabriela Mistral, y esa casa no tenía nada, tenía una pura maleza a la entrada, no tenía ventanas, no tenía puertas, no tenía accesorios de baño, no tenía lavaplatos, nada, nada. Y atrás donde había esa población, había un botadero, que me acuerdo que andaban ratones. Así tuvimos que estar como la señora explicaba, esa casa no tenía valor para nada" (René Ponce).

"Llegué acá con mi mamá y mis hermanas, nuevamente y mi marido, porque yo ya me había casado, y llegué embarazada de dos meses a estas casas, que no eran casas, eran, perdón en la palabra, pero eran pocilgas, porque no tenían baño, no tenían agua, no teníamos nada, se habían robado todos los sanitarios, no había nada de nada, sin vidrios, sin nada. Fue algo así como julio o septiembre, de un año, tuvimos que esperar mucho tiempo para arreglar nuestra casa, primero ponerles plástico o lo que fuera para tapar, limpiar. Yo lloraba porque estaba recién embarazada y llegar a eso era terrible, mi marido nomás trabajaba. Nos costó mucho, fue denigrante, fue feo,

pero tenemos que salir adelante, no nos queda de otra, porque nos habían echado de un lugar lindo y llegamos a un lugar feo" (Yáscara Báez Varas).

El único testimonio que se diferencia de los demás es el de Ana Quiroz. Para ella y su familia, la llegada a Renca fue menos traumática dado que la casa estaba mejor cuidada, gracias a una vecina a la que le habían encargado la casa: "Pero llegamos acá, gracias a Dios nuestra casa, lamento lo que vivieron los vecinos, pero mi casa, la que nos tocó lo único malo que tenía era un vidrio, un hoyito chico que los militares abrieron ahí para meterse. Porque mi vecina de al lado, de la población Mackenna ella lo cuidaba, porque la gente que vivía ahí le dejó la casa encargada a ella, para la gente que viniera. Tenía todo, todo, los artefactos, todas las cosas, pero fue gracias a la vecina de al lado, que no la hacían tira, no estaba quemada, lo único roto era el vidrio quedaba para el comedor, que fue lo que hicieron tira los militares para dormir allí adentro, pero fue gracias a los vecinos que la cuidaron, o si no también hubiera estado como a las casas de los vecinos acá".

Mirna Parada menciona que el traslado a las nuevas casas fue sin papeles y trámites, lo que implicó que tuvieran que pagar cuentas que no le corresponden por muchos años y que solo recientemente obtuvo los papeles que le pertenecían: "Me olvidé decir que las casas de acá, las empezamos a pagar como recién entregadas nuevas, al ejército, todo era del ejército acá. Y las casas no pasaron a ser nuestras hasta que no hicimos el último pago y el último trámite recién dice que pasa a nuestro nombre, y yo creo que a todos les pasó lo mismo porque yo sin saber, no sabía que yo tenía que hacer el último trámite, después de haber pasado 10, 20 años más o menos, mi casa no era mía, después de haberla pagado completo, hasta que tuve que hacer ese trámite que recién fue hace dos años, mi casa fue mía. Y pagamos luz, agua, con todas las cuentas que había dentro de cada casa, toda la gente eso lo sabe, a todos nos tocó lo mismo".

Discriminación

La llegada a Renca estuvo marcada por la sensación de discriminación por parte de los vecinos y el poco sentido de pertenencia con el lugar. René Ponce lo recuerda de la siguiente manera: "Después con el tiempo fue traumante, porque los de un lado de la población nos trataron de "pincoyanos", éramos "pincoyanos"; no creían que nosotros veníamos de Las Condes. Así que fue traumante todavía tengo recuerdos y me duele".

"Más encima acá las cosas horribles, feas, el ambiente, no conocíamos a nadie, y como dijo un vecino también que hay que tener cuidado que aquí asaltan, que disparan, que nos van a quitar esto, etc. Y acá más encima los vecinos de alrededor, de aquí, de Renca, nos trataron súper mal, que nosotros éramos ladrones, que éramos gente mala. Entonces cómo nos sentíamos nosotros, si éramos personas respetables, dignas, de trabajo, de mis padres. Y yo estudiando, entonces nos sentíamos súper mal y eso me quedó grabado, eso es un trauma para mí todavía, recordar que de Las Condes llegar acá, tan lindo allá, todo bello y después llegar acá, es súper nefasto. Y todavía lo tengo grabado, es muy nefasto lo que hicieron. Y discriminaron a todos los que vivíamos allá, totalmente, eso todavía no lo puedo" (Bernardita Sepúlveda).

"No nos trataron mal, pero por qué nos cambió el sistema de vida, nosotros éramos buenos, aquí nos pusimos borrachos, yo nunca me había tomado una Pilsen, y aquí llegué a vivir y era alcohol por todos lados, mala gente, mala gente, nos dimos a respetar. Nosotros veníamos de una parte tan bonita y llegamos aquí a esta mierda, se los digo a todos los vecinos, gracias a mí se respetó esta población. Tuvimos que ser choros para ser respetados, usar cortapluma, que nunca

habíamos usado. Porque qué era Renca a Las Condes comparado, esto era una mierda, ahora somos todos respetados aquí en Renca, todos nos queremos, todos los vecinos, todos los vecinos” (Alberto Herrera).

“Aquí cuando llegamos, nadie lo ha dicho, esta huevada estaba llena de botillerías, lleno de clandestinos, discoteques, nosotros no conocíamos esa vida. Aquí no conocían ni la marraqueta, no conocían ni la hallulla, vendían el pan cuadrado. De Renca aquí de la plaza abajo, era un potrero, nosotros llegamos como a colonizar esta cuestión porque éramos de Las Condes, y nos miraban en menos” (Alberto Herrera).

Escolaridad

La entrada a nuevos colegios y el proceso de adaptación de los escolares está marcada por la discriminación que vivieron los pobladores de la Villa San Luis. Como comenta Bernardita Torres: “yo tenía un chico en el colegio, y acá me costó un montón meterlo al colegio porque no me lo admitían, ese fue el error más que nos dieron a nosotros, porque los chiquillos fueron discriminados”. Ana Quiroz recuerda que como se trasladaron a mitad de año tuvieron que hacerse cargo de las sillas para poder asistir a clases: “teníamos que trasladar todos los días una silla, porque como estaban llenas las salas, teníamos que andar con el piso para allá y para acá, para poder sentarnos”.

“Y después peor fue cuando llego acá a Renca y llegó a estudiar, más encima nos separaron de mi hermano, mi mamá no pudo encontrar colegio para todos, y estábamos en distintos colegios. Cuando yo iba al colegio que yo estaba estudiando, me discriminaban, las profesoras obviamente estaban empezando su materia y nosotros nulas, porque no fui yo solamente, fueron otras compañeras más, y nulas porque no sabíamos nada, y más encima nos decían “claro, si vienen de Las Condes, ¿cómo no van a saber esta materia?”. Entonces nos sentíamos súper mal, una discriminación total” (Bernardita Sepúlveda).

Alberto Herrera comenta cómo no terminó la educación dado que las condiciones no lo favorecieron: “yo estudié allá en Los Leones, después en Providencia, en el 7, después estudié en Lo Arcaya, y llegué a estudiar aquí, era un gallinero, me dio vergüenza y me salí, tengo hasta séptimo año, porque no estaba acostumbrado a ese sistema, que nos humillaron. El cabro que no quería estudiar se iba del colegio, se arrancaba, pero allá no, allá era orden, mucho orden, mucha disciplina” (Alberto Herrera).

Trabajo

Las trayectorias laborales también se vieron marcadas por el desalojo y traslado de la comuna. En algunos casos debieron sumar trayectos largos para poder llegar a sus trabajos y en otros tuvieron que abandonar sus antiguos empleos.

“Lo único malo fue que mi mamá se tuvo que ir a trabajar después y nos tenía que dejar solas, porque tenía todo su trabajo allá, yo tenía nueve y mi hermano doce. Así que después de un año ella tuvo que empezar a ir a trabajar todos los días, así que nos dejaba listo el almuerzo, todo, y nosotros al colegio, y ella al trabajo. Y después llegaba a hacer sus cosas para dejarnos todo listo. Fue eso lo más pesado y ella que no se acostumbraba acá, tenía todas sus cosas allá con su trabajo, le costó mucho acostumbrarse acá, ella lo único que quería era irse para allá. Pero ya después se tuvo que acostumbrar porque sí o sí” (Ana Quiroz).

“Yo incluso trabajaba en Alonso de Córdova, y ya después de acá nunca más pude trabajar para allá, porque ya no era lo mismo, porque aquí ya no había micros, por ejemplo no sabíamos qué micro tomar, porque no teníamos idea. Nos tiraron no más aquí, entonces malos recuerdos” (Rosa Romero).

Presente

La actualidad de los pobladores de la Villa San Luis está fuertemente marcada por la traumática experiencia que vivieron en el traslado a sus actuales comunas. René Ponce menciona que fue “traumante” y que todavía “recuerda con dolor”. Bernardita Torres dice lo siguiente: “Mi niñez, como estaba diciéndome anteriormente, quedó marcada, porque jamás pensé que me iba a pasar una cosa tan abrupta de llegar a una parte muy diferente, entonces sufrí mucho. Mucha la diferencia, muchas cosas, materiales, emocionalmente mal, psicológicamente mal, y esto es como un trauma que todavía uno queda pensando en eso, que por qué sucedió eso a todos nosotros, entonces eso queda como marcado, ya quedé, que estoy viejita, ya quedé con ese trauma, que quién me lo va a borrar, nadie. (...). Y después llegar a casa y todo distinto, todo diferente, todo abrupto, lo pases súper mal, y como les vuelvo a repetir, nos jodieron la vida, como se puede decir, nos jodieron la vida porque a nuestros vecinos les pasaron cosas peores, que los maltrataron, se los llevaron, los maltrataron, un vecino casi no vuelve, gracias a dios que volvió con vida. Pero muy traumático, muy traumático todo lo que nos pasó, y cómo vuelvo a repetir, nefasto, nefasto esto.”

Por otro lado, hay pobladores que rescatan que a pesar de que la llegada a las nuevas comunas fue dura y desoladora, actualmente han arreglado sus casas y viven dignamente. Mirna Parada comenta: “después todos los vecinos pudimos arreglar nuestras casas que son las que ven ahora, que son muy lindas, limpias, y unas lindas casas”. Jaqueline Escobar agrega: “ustedes ahora, como dicen todos, ven las casas hermosas, pero costaron años que la gente las tuviera así”.

Sistematización. Mesa de diálogo 1. Comuna de Lo Espejo /



Fecha: martes 22 de noviembre de 2022

Entrevistadoras facilitadoras: Emilia Gallo Hernández (trabajadora social) y Catalina Herrera (trabajadora social)

Contextualización

La Mesa de diálogo de la comuna de Lo Espejo contó con 10 participantes, quienes señalan que muchas familias se fueron de los *blocks*. Quienes participan son mujeres adultas y adultas mayores, quienes retratan el rol que han tenido las mujeres de la Villa para cuidar y sostener la vida de su entorno y sus familias.

La conversación fue guiada y mediada por Emilia Gallo Hernández (trabajadora social) y Catalina Herrera Leiva (trabajadora social), utilizando la metodología participativa y las notas de campo para generar este informe. Se complementó dicha información con la grabación otorgada por el equipo de sonido.

Antes de la Villa San Luis

Antes de llegar a la Villa San Luis, la mayoría de las participantes vivía en campamentos. El Esfuerzo, Patria Nueva y Riñihue son los asentamientos mencionados. El primero se emplazaba en la comuna de Vitacura, mientras que Patria Nueva y Riñihue estaban ubicados, al igual que la Villa,

en la comuna de Las Condes, específicamente, en Manquehue al oriente y en las calles Cuarto Centenario y Av. Colón, respectivamente. Cabe destacar que un grupo minoritario de participantes vivían en piezas construidas en terrenos que le pertenecían a un familiar o en la casa de sus patrones.

Vida en el campamento y en el hogar

Independiente de cuál hubiese sido el campamento en que se vivió, hay una noción común de que la vida en el campamento era bonita, pues vecinos y vecinas eran muy unidos relacionando al concepto de “una gran familia”. Estas nociones se mantienen, a pesar de las precarias condiciones de vida y materialidad de las viviendas.

Escolaridad

La gran mayoría de quienes eran niñas o tenían hijas al momento de vivir en el Campamento, iban al colegio de monjas Don Bosco: “lo pase muy bien, gratos recuerdos tengo de mis compañeras, ahí todas éramos iguales” (Ana María Epuñan Melillán). En el establecimiento había niñas de diferentes niveles socioeconómicos, sin embargo no se hacían diferencias. En conclusión, los recuerdos evocados son positivos y se sugiere que no existían problemáticas vinculadas a discriminación.

Proceso de postulación y lucha por la casa propia

Todas las participantes postularon de manera formal a la vivienda, quienes vivían en el campamento Riñihue se unieron a un Comité de vivienda que se fundó en el campamento y comenzaron el proceso de postulación ahorrando el dinero correspondiente para el pago de cuotas. Es común en el relato recalcar el pago mensual de las cuotas.

Es mencionado que en aquella época era obligación vivir en campamento para poder optar a un departamento en la Villa San Luis, por lo que “a mi mamá le ofrecieron postular a una vivienda en Las Condes ahí mismo donde trabajaba para que todo estuviera más cerca y cuando se inscribieron, le exigieron vivir en el campamento Patria Nueva, que quedaba en Manquehue,” (Ana María Epuñan Melillán).

Cuando ya era un hecho que las familias serían beneficiarias de los departamentos de la Villa San Luis, y estos estaban casi listos, fue necesario protegerlos. Esto, porque había rumores de que otros pobladores se estaban organizando para tomarse las viviendas, “avisaban que venía gente de afuera a tomarse los departamentos” (Ana María Epuñan Melillán). Por lo que fue necesaria la organización entre futuros vecinos, específicamente, eran los maridos quienes cumplían esta labor de cuidado y protección, organizándose mediante un sistema de turnos que eran de día y noche.

Llegada a la Villa San Luis

Lo primero que destacan las participantes es que cuando llegaron a vivir a la Villa San Luis todo era felicidad, emoción y orgullo por tener la casa propia.

Las fechas de llegada son diferentes, sin embargo hay un grupo de participantes que provenía del campamento Patria Nueva y ya se conocían desde antes, ellas declaran haber llegado una semana antes de que sucediera el Golpe militar.

La mayoría de las personas provienen del *block* 18, el cual se ubicaba en las calles Los Militares con Manquehue, otras vivían en el *block* 14. Las participantes son enfáticas en recalcar que ellas no se tomaron los departamentos “no fue toma como otros decían que había sido, nos pusieron ese papel para que las familias sepan cuál era su departamento” (Elizabeth Hernández).

Vida en el hogar

Es común entre todas las participantes de la sesión la mejora de la calidad de vida por las condiciones de habitabilidad o incluso poder salir de círculos de violencia gracias a la vivienda.

Escolaridad / Educación

La escolaridad se mantuvo, pues quienes eran niñas continuaron asistiendo a sus establecimientos educacionales.

Los años en la Villa San Luis

Las participantes señalan haber vivido en diferentes *blocks* de la Villa San Luis. La vida era segura y tranquila “Acá éramos súper unidos... como una familia... nunca pasaba nada [...] no teníamos grandes cosas, pero éramos felices” (Juana Farías).

Vida en el hogar

La composición familiar de quienes vivían en la Villa era numerosa, algunas de las participantes señalan que los departamentos les quedaban chicos, sin embargo, que “vivían hacinados, pero juntos”.

Escolaridad / Educación

Las escuelas se encontraban situadas en las cercanías de la Villa. Muchos de los hijos e hijas de las participantes de la mesa de diálogo estudiaron en el Colegio María Auxiliadora y en el Colegio Don Bosco.

Vida laboral

Algunas de las mujeres señalan que trabajaban desde muy jóvenes, alrededor de los 14 o 16 años, desempeñándose como cuidadoras o asesoras de casa particular dentro de la misma comuna. Señalan que había “harto empleo”, no faltaban oportunidades y que además estas se encontraban cerca de su hogar, lo que permitía conciliar el empleo con el cuidado de hijos pequeños. Era importante para las participantes poder aportar dinero en el hogar y familia, recalcando que esto permitía tener mejores condiciones de vida materiales, sobre todo para sus hijos.

Acceso a servicios

Existe una percepción colectiva respecto a que vivir en la Villa San Luis les permitía tener acceso a servicios diversos y de calidad. Asimismo, la cercanía con personas de niveles socioeconómicos mayores facilitaba interacciones en la vida cotidiana que incluso podían ser beneficiosas en casos de emergencia presentando apoyo económico.

Vida comunitaria

La vida comunitaria en la Villa es descrita como tranquila y marcada por niños que pasaban su tiempo jugando en grandes grupos, disfrutando de los espacios comunitarios, felices y con múltiples amistades. Las participantes de la mesa en su discurso dan cuenta que estos tiempos fueron muy significativos y hay una percepción común de que vivían bien. Destacan la unión entre vecinos, celebraban los cumpleaños, se juntaban a rezar el mes de María con la Madre Elvira del Colegio Don Bosco. Para las Fiestas Patrias se realizaban fondas en un parque aledaño que se encontraba detrás de la Villa. Algunas recuerdan que durante un año pasado el Golpe militar, Pinochet fue a saludar e inaugurar la fonda.

Golpe militar

“De la noche a la mañana cambió todo”, así se refiere una vecina al Golpe militar, sensación que es compartida por las demás participantes. Este hito inicia un periodo que es asociado a sentimientos negativos. El día del Golpe militar, la Villa fue rodeada e invadida por los militares, quienes realizaron violentos allanamientos.

Los días posteriores al Golpe, las participantes recuerdan que la Villa fue fuertemente custodiada por militares: “ya no se podían levantar las cortinas, ni se podía mirar por las ventanas, los milicos llegaron altiro” (Elizabeth Hernández). Los allanamientos eran recurrentes y registraban minuciosamente las viviendas, en donde también los militares robaban dinero, cigarrillos o mercadería.

Desalojo

Antes del desalojo

“Un día viernes, a las 8 de la noche, llegaron con un papel. Era una asistente social que nos dijo que teníamos que ir a buscar unas llaves al Serviu que está ahí en la Alameda. Teníamos que estar el día lunes a las 9 AM” (Mariana Arancibia). Esta profesional, además le informa que todas las personas que viven en la Villa se tienen que ir y se irán a diferentes barrios. Recalcando que no hay posibilidad de no aceptar el traslado; “tuve que recibir el papel no más” (Mariana Arancibia). El documento que llevaba la asistente social tenía que ser firmado por los dueños de la casa, algunas personas no pudieron firmar porque no estaba el dueño y otros simplemente se rehusaron a firmar.

Quienes fueron visitadas por la asistente social recalcan que el trato de estas profesionales era prepotente. Las pobladoras señalan, con pesar e impotencia, la imposibilidad de manifestar su opinión u oponerse, puesto que ante cualquier señal de oposición ponían en riesgo su integridad física o libertad.

Ahora bien, hay vecinos que no fueron visitados y simplemente les dejaron una notificación y al final de esa misma semana los sacaron. Finalmente, hay familias que enteraron el mismo día que serían desplazadas.

Es similar lo que ocurre entre quienes pudieron visitar los departamentos. Hay personas que sí pudieron visitar los departamentos antes mientras que otras no tenían idea a qué lugar serían trasladadas. Las participantes que pudieron visitar el barrio y viviendas antes mencionan que les costó llegar, “no teníamos idea de cómo llegar, solo buscamos una micro que dijera Santa Olga... por lo menos yo no conocía por acá” (Gladys Arriagada). Villa

Traslado y llegada a Lo Espejo

En el año 1980, durante una mañana, llegaron los militares cargados con armas con el objetivo de desalojar a las familias. “El camión de basura nos estaba esperando abajo, estaba sucio, mojado y maloliente” (Elizabeth Hernández). Lo que es corroborado por el resto de las vecinas, quienes recuerdan que les golpeaban la puerta con las metralletas, les gritaban que tenían que irse “sí o sí”, “obligados a venimos, con la cabeza agacha” (Juana Farías).

Las familias fueron forzadas a dejar departamentos sin embalar, algunas improvisando y guardando cosas frágiles y de valor entre medio de frazadas y sábanas. La gran mayoría solo logró trasladar los enseres de mayor valor personal o lo más básico, pues los militares de manera violenta apresuraban su salida. En cada camión de basura subían a dos o incluso tres familias con sus enseres, sin embargo, algunas se resistieron porque el camión de basura no tenía espacio suficiente y tuvieron la suerte de ser trasladadas en un camión para su familia.

La salida de la Villa, traslado y llegada a Lo Espejo estuvo marcada por el dolor y la tristeza. Cabe destacar que en la narración se aprecia que las condiciones de traslado fueron diferentes entre todas las participantes, pero nunca dignas. Recuerdan que llegaron aproximadamente a las 9 PM al sector, con mucho dolor las participantes señalan que ya estando Lo Espejo fue terrible y denigrante ver a sus vecinos y vecinas bajarse de los camiones de basura. Estaba todo oscuro y los departamentos no contaban con ampolletas, por lo que tuvieron que empezar a ordenar a oscuras. Los camiones dejaron sus enseres tirados casi una cuadra antes de donde se encontraban los *blocks*. “Nosotros teníamos que buscar las cosas allá y traerlas, y a mi hija chiquitita dejarla allá (en el departamento) adentro sola porque tenía que quedar cuidando las cosas, con la vecina teníamos que ir viendo de quién eran las cosas” (Gladys Arriagada).

Todas concuerdan en lo traumático y doloroso que fue el proceso de desalojo y llegada a la nueva comuna. Destacan que uno de los aspectos más terribles era que los niños y niñas vivieran algo así, pues para ellos era muy difícil de comprender lo que estaba pasando y para las madres explicarles lo que sucedió.

Vida en nuevas comunas

Las participantes relatan que llegaron siete familias al *block* 14 de la comuna de Lo Espejo. “Harto nos cambió la vida”, “fue una bomba”, así empiezan a describir algunas participantes la vida en las nuevas comunas. Esta noción es colectiva, pues todas vinculan la llegada a Lo Espejo como algo rotundamente negativo. Una de las primeras apreciaciones en torno al barrio y vivienda

radica en que los departamentos eran muy chicos, pues tenían 2 piezas y por lo general las familias tenían más de tres niños. Esto propició que muchos vivieran hacinados y en peores condiciones que las que tenían en la Villa San Luis.

Vigilancia militar en Lo Espejo

Si bien, la vida de las familias cambió rotundamente hay algo que continuaba, esto es, la dictadura que se vivió bajo una gran vigilancia y persecución en Lo Espejo. Las participantes señalan que frecuentemente se realizaban allanamientos durante los años 1982 a 1985. Los militares, cerca de las 4 de la mañana, llegaban con tanques a rodear la población buscando detener a personas. Ordenaban de manera violenta que cada hombre de la casa tenía que ir a la cancha, donde los revisaban y amenazaban con metralletas. Muchas no dejaban que sus hijos salieran y solo iban sus maridos.

Sentido de (no) pertenencia / Sensación de desarraigo

“Es como cuando un arbolito está plantado, está sacando sus raíces y ¡baam! lo sacan de raíz, esta es la analogía que yo hago” relata una de las mujeres que no señala su nombre, mientras las vecinas asienten con la cabeza. La gran mayoría declara que nunca se sintió parte de este sector ni se acostumbró a vivir en Lo Espejo. Varias participantes mencionan con mucho dolor, que la vida de los vecinos se deterioró en todos los sentidos por el trauma vivido, entorno adverso y las condiciones de vida desfavorables a las que ahora se enfrentaban. También es señalado que las familias no lograron relacionarse del todo con sus nuevos vecinos y vecinas. Recuerdan con tristeza el miedo que vivieron porque los vecinos los discriminaban e incluso en un par de ocasiones apedrearon sus departamentos, pues se instaló el rumor de que habían sido trasladados por haberse tomado los departamentos de “allá arriba”.

Salud mental

Otras consecuencias del desplazamiento radican en efectos negativos en la salud mental, pues este hecho propició enfermedades entre los pobladores y pobladoras, es mencionado que algunos cayeron en el alcoholismo y/o la drogadicción terminando siendo “medios patos malos”, mientras que otras se vieron enfrentadas a crisis de ansiedad y bajos estados de ánimo. Incluso declaran que algunos vecinos vinieron “a morir acá”, pues simplemente no aguantaron, Ana María Epuñan Melillán señala: “mi papá duró dos años” debido a la tristeza y cambio que implicó el desalojo en sus vidas. Relatan con énfasis que uno de los aspectos más dolorosos de haber sido desplazados a un lugar “tan malo e inseguro” fue ser testigos del deterioro de sus vecinos y vecinas tras el cambio de comuna.

Estado y calidad de los departamentos

Respecto a los departamentos es señalado con pesar el hecho de empezar a pagar el dividendo de la vivienda desde cero, perdiendo todo lo que ya habían pagado para las que fueron sus primeras viviendas en la Villa San Luis.

En torno a los departamentos en Lo Espejo, las participantes mencionan que estos son de buena calidad, por lo que tuvieron “suerte”. Sin embargo, el tamaño era significativamente más pequeño, pues solo tenían dos dormitorios. Esto fue conflictivo para muchas familias, sobre todo para las más numerosas que tuvieron que adaptarse a las nuevas condiciones de habitabilidad que

tenían. También son recordadas las malas condiciones de las puertas, pues presentaban balazos. Argumentaban que los balazos estaban ahí porque antes en esos departamentos vivían personas que pertenecían a las fuerzas armadas.

Vida laboral

Los cambios que implicó el desplazamiento en la vida laboral emergen como uno de los puntos más críticos en el relato colectivo. La cesantía marcó el inicio de su vida en Lo Espejo. Las mujeres generalmente se desempeñaban como asesoras del hogar, mientras que los hombres solían ser constructores, carpinteros, cocineros, mayordomos en el sector oriente, por lo que ahora era “imposible llegar a la hora en el barrio alto” pues la lejanía y escaso acceso a transporte público impedía llegar a las 8 de la mañana, “yo no sabía cómo irme a mi trabajo, no sabía qué micro tomar, nada” (Mariana Arancibia).

Como anécdota y recuerdo colectivo, se menciona a un vecino que para ahorrar el dinero en movilización, se levantaba a las 5 de la mañana y se iba en bicicleta todos los días a su trabajo ubicado en el sector oriente. Muchas de las personas que quedaron sin empleo, se incorporaron a programas que ofertaba la dictadura militar llamados PEM (Programa de Empleo Mínimo) y POJH (Programa de Ocupación para Jefes de Hogar).

Los cambios en la vida laboral, por una parte, endurecieron las condiciones de vida de las familias, quienes se enfrentaron a incluso no tener dinero para financiar su alimentación, lo que es recordado como algo muy doloroso para las madres “no tenía ni pa’ pan y esas cosas duelen mucho y lo que más duele es que los niños pasan por ese tipo de cosas” (Mariana Arancibia).

Por otra parte, aparece la necesidad de empezar a trabajar en nuevos rubros y oficios. El “trabajar por trabajar” consistía en buscar cualquier trabajo esporádico tales como cuidadoras, vendedoras, costureras y cualquier “pololo” que les saliera en Lo Espejo, que permitiera llevar dinero al hogar y proveer de alimento a su familia. Sin embargo, hay un grupo minoritario que mantuvo sus trabajos en el sector oriente, no obstante movilizarse para llegar todos los días al trabajo empezó a ser un sacrificio cotidiano.

Escolaridad

La escolaridad emerge también como un punto crítico dentro del relato de las entrevistadas. Hubo que tomar una difícil decisión; continuar en sus escuelas, ahora muy lejanas a su nuevo hogar o inscribirse en un nuevo colegio cerca de la población. Esta era una compleja encrucijada pues la calidad de los colegios en Lo Espejo era muy inferior.

Algunas decidieron no cambiarse de colegio inmediatamente, por lo que tenían que salir a las 5:00 AM de sus casas, cruzar corriendo la carretera arriesgando cotidianamente su vida para tomar el transporte y poder ir al colegio. “Y ahí empezábamos con el show... mirar que no vinieran autos pa’ cruzar, tomar la 117, que era en ese tiempo, a la Alameda y de ahí tomar otra pa’rriba... fue muy pesado, a veces con lluvia o con calor, no... fue terrible pero ya todo eso pasó” (Mariana Arancibia), quien tenía dos hijas en esa época.

El cambio de establecimiento terminó, en la mayoría de los casos, por ser inevitable. El nuevo colegio donde asistieron muchos de los niños, niñas y jóvenes desplazados fue la Escuela

Acapulco 582. “Fue horrible el cambio de colegio”, describe una de las participantes, hay niñas que no lograron terminar el año escolar, pues el cambio era demasiado dramático.

Finalmente, se identifica en la narración que para las participantes, es un hito significativo tener hijos que a pesar del contexto y condiciones adversas, lograron terminar sus estudios y hasta en algunos casos ser profesionales.

Inseguridad en el nuevo barrio

“La Santa Olga era conocida por ser población de cogoteros”, así se expresa una participante al momento de hablar de la población a la cual llegaron. Quienes participan en la mesa declaran que uno de los cambios más difíciles de afrontar sobre el nuevo barrio fue la seguridad. Es común relatar que fueron testigos o vivieron muchos asaltos, “éramos los pajaritos nuevos en el barrio y se nos notaba”. Esto fue un cambio significativo, pues en la Villa San Luis era todo muy tranquilo y ahora por ejemplo era impensado que los niños dejarán sus juguetes afuera pues serían robados. Lo expuesto, sumado al mal recibimiento por parte de sus nuevos vecinos, implicó que las familias desplazadas tuvieran miedo al entorno. “Vivía en guerra”, señalaba una participante contando una historia sobre sus nietos y sobrinos que jugaban a la guerra por los balazos y piedras que se sentían al llegar a su departamento. Algunas de las familias tuvieron que cubrir las ventanas con maderas y/o ladrillos para que no entrara ningún proyectil desde afuera.

Finalmente, emerge en el relato que en sus primeros años habitando los *blocks*, vivieron un par de ocasiones donde autos sin patentes rodeaban sus hogares y baleaban los departamentos para luego darse a la fuga.

Lucha por la pasarela

El lugar donde se encuentran ubicados los *blocks* está al costado de la autopista 5 Sur, por lo que vecinas y vecinos viven expuestos diariamente a ruidos y altas velocidades de la autopista. Constantemente han sido testigos de accidentes de tránsito y choques, incluso han presenciado fallecimientos por atropellos de personas que cruzan corriendo la autopista para llegar al lado oriente de la Av. José Joaquín Prieto para acceder a servicios. Esto afectó seriamente su calidad de vida y propició que se generaran protestas en las cercanías de los *blocks*, principalmente por la necesidad de una pasarela para poder cruzar la autopista 5 Sur. “Fuimos los vecinos de acá los que hicimos lo de la pasarela” (Ana María Epuñan Melillán), lucha que comienza una vez que muere un papá junto a su hija, pues esa fue “la gota que rebalsó el vaso”, dicen las pobladoras. Finalmente, la lucha obtiene frutos, pues se logra la construcción de la significativa pasarela a inicios del año 2000.

Vida comunitaria

A pesar de la poca vinculación con los nuevos vecinos, los niños formaron un Club deportivo y la relación entre antiguos vecinos se mantuvo, a pesar de que con el tiempo muchos se fueron yendo apenas pudieron.

También recuerdan protestar y “cacerolear” por diversos motivos para manifestar su rabia y descontento, asimismo, generaban acciones de protesta para conmemorar fechas como el 11 de septiembre, las cuales eran reprimidas por la policía.

Presente

Se identifican como gente de esfuerzo que, a pesar de haber vivido una situación dolorosa y traumática, pudieron salir adelante con sus vidas personales y las de sus familias.

Sentido de (no) pertenencia y no reparación

La poca pertenencia que se tiene al barrio hizo que muchas familias se fueran de la comuna: “hasta el día de hoy no me hallo acá” (Mariana Arancibia). De hecho, algunas participantes relatan que fue su objetivo desde el momento “que nos llegaron a tirar a esta comuna”. Los sentimientos de rabia acumulada y dolor se perciben hasta el día de hoy: “entre lucha y lucha no hemos conseguido nada” (Juana Farías).

Vida comunitaria y relaciones significativas

En la población, las vecinas se siguen relacionando y mantienen importantes relaciones de amistad entre las mismas personas que vivieron en la Villa San Luis, sin embargo, con el tiempo algunos se han ido dispersando. Villa

Acceso a servicios

La baja calidad de los servicios a los que pueden optar, destacando la salud y el transporte: “acá en Lo Espejo no tenemos nada, solo tenemos un cementerio acá al lado y la pasarela, la cual yo agradezco porque se evitaron muchas muertes” (Ana María Epuñan Melillán).

Vínculo con la Villa San Luis

Juana Farias señala que su *block* es uno de los que aún sigue en pie y que fue declarado Monumento Nacional. Al tener la oportunidad de visitarlo, notó que aún le seguían llegando cuentas de los servicios básicos y no lo podían creer. Asimismo, hay participantes que hace poco visitaron la Villa y fue muy triste para ellas, dando cuenta de la relevancia que aún implica este lugar para ellas. Cabe destacar que para la gran mayoría es difícil visitar la Villa: “yo no quería ir a ver el museo allá porque me daba mucha pena y no quería hacer ese drama” (Mariana Arancibia).

Es complejo lo que ocurre en torno al museo, pues si bien hay quienes consideran que este será importante para recordar su memoria y evitar que lo ocurrido vuelva a suceder. Hay quienes declaran que “el museo no nos ayudará a volver en el tiempo, puesto que nada va a cambiar” o bien que va a ser muy difícil sentir este espacio como propio por el dolor que implica visitar lo que fue la Villa San Luis.

7 / Transcripciones mesas de diálogo

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de La Granja /

Fecha: sábado 5 de noviembre de 2022

E: Entrevistadora y facilitadora Clara Irrarrázaval Bustos (socióloga)

JR: Jorge Recabarren

IC: Isabel Compay Meriño

MM: Miguel Manríquez

H3: Hombre. No se identifica.

M2: Mujer. No se identifica.

GA: Gladys Arriagada

JA: Juana Albornoz

JR: Cuando llegaron los militares allá quedó la crema. Vi, viví muchas cosas terribles; cómo golpeaban, cómo mataban a una persona. Vi muchas cosas que no debería haber visto. Tenía como nueve años cuando vi todo eso. Espero que esto sirva de alguna manera para salir de esto, y que el pueblo sepa que nosotros sufrimos también.

E: Quizás me voy a salir un poco de lo que teníamos preparado, pero, ¿hay algo que te gustaría que se representara en el museo, de toda la experiencia que tuviste en tu vida en la Villa San Luis?

JR: Yo viví muchas cosas bonitas allá, muchas cosas bonitas. Tuve muchos vecinos buenos, amigos buenos de mucho tiempo. Esas cosas se pierden, eso es lo que anhelo más que nada, anhelo el hecho de la amistad, aquí no hay... uno que otro seguimos siendo vecinos, porque ustedes nos juntaron somos vecinos. Allá tenemos a Miguel, trabajamos juntos, vivimos cerca, pero antes no conversábamos. Yo me siento bastante mal por el hecho... mis abuelos vivieron acá y duraron dos años; mi abuelo murió en el Sótero del Río por pulmonía, dos años después de haber llegado acá, duró dos años, en el hospital lo trataron mal. Y después mi abuela, mi vieja, murió en la casa por soledad, porque no era lo mismo, ella vivió toda su vida en Las Condes, toda su vida. ¿Alguien quiere hablar, decir algo?

ICM: Agradezco que se preocupen de hacer un museo en la Villa San Luis, porque algo que quede de recuerdo de la gente que vivió antes que lo tome el gobierno de Pinochet y mandara a todos sus milicos a tomarse la Villa. Se la tomaron, y todas las personas que vivimos ahí pagaron sus departamentos, entonces nosotros estamos luchando, hace años ya que estamos luchando en eso, y no pasa nada. Por lo menos que quede esa parte de los departamentos, que quede en un museo, es fenomenal. Me llamo Isabel Compay Meriño, soy la nuera de la finada Felinda Quichapai. En el departamento 8 vivimos; yo vivía allá y después nos vinimos para acá, pero mi suegra compró. La gente que vivía aquí eran milicos y vendieron estos departamentos, mi suegra compró, yo tengo los documentos. Cuando nos sacaron de allá yo tenía como 22 años, era lola.

E: Y tiene los documentos todavía.

ICM: ¡Sí! Menos mal que no los boté, los tengo en una bolsa guardados.

E: ¿Se acuerda cómo se vivía?

ICM: Yo vivía bien, los vecinos eran bien amables, nunca tuvimos problemas, nos ayudábamos los unos a los otros, así que bien. Eso tendría que contarles nomás de allá. Y llegaron los milicos y sacaron a toda la gente a la fuerza.

[Le preguntan qué año la sacaron, y hablan varias personas a la vez señalando que fue el año 76]

ICM: entonces fue el 76, no me acuerdo mucho.

MM: Es que los que somos más jóvenes... yo tengo recuerdos vagos. Me acuerdo que para el 73 cuando llegaron los milicos les pegaban a nuestros padres, a mis tíos. Yo tengo unos tíos que son de Juan Antonio Ríos, a ellos afortunadamente los tiraron para allá. Hay otros que los tiraron a La Pintana, por lo que yo sé, al Castillo, y los dejaron ahí no más. En mi caso yo me acuerdo de eso, son recuerdos vagos, el 76 tenía 9 años, pero igual me acuerdo de cosas. No me acuerdo que nos trasladaron en camiones de basura... mi mamá, para que no viéramos eso, nos fue a dejar a mí con mi hermana a Puente Alto, donde mis abuelos, entonces no pasamos la etapa desde Las Condes hasta acá.

E: ¿Cómo supo tu mamá? ¿Cómo fue el ambiente previo al desalojo? ¿Cómo ella se preparó y se llevó a los niños?

MM: No hubo tiempo para prepararse en ese sentido, Yo me acuerdo que mi mamá siempre nos cuidó y a mí me fue a dejar a la casa de mi tía, que también vivía en la Villa San Luis, me acuerdo cuando llegaron los milicos y con los pies rompieron todo y entraron, y hasta a nosotros nos ponían los fusiles. Y es verdad, yo me acuerdo. Me acuerdo también cuando se agarraban a balazos en Puente Alto los milicos contra los milicos.

E: Antes de la Villa, ¿dónde vivían?

MM: Nosotros vivíamos en un campamento para el lado del río Mapocho, en Vitacura, en El Esfuerzo. La Villa San Luis fue la primera población del SERVIU se podría decir, la CORMU en ese tiempo, y ahí llegamos nosotros. Cuando llegamos aquí era todo feo.

JR: Acá los departamentos eran la nada comparado con los departamentos en que vivíamos antes.
MM: Llegar aquí, como niño, a lo mejor para uno no es tanto. Sí el cambio de amistades, porque allá en San Luis nosotros vivíamos a los pies de la Escuela Militar, me acuerdo que jugábamos todos ahí en la noche y no había problema. Yo tenía un triciclo al que le ponía tarros de Nescafé con velas adentro y partíamos... hasta con los milicos íbamos a jugar, y de repente conversábamos con ellos. Pero después cambió todo. Yo me acuerdo que, en el trayecto para acá, mi mamá, para no ver eso, nos mandó para Puente Alto.

JR: Allá se llamaban los Arqui, los Desco, y no me acuerdo cuál era el otro nombre de los departamentos, eran tres tipos. Yo vivía en los Desco, en Los Militares con Rosario Norte. Eran distintos los edificios, los departamentos eran distintos. El que yo vivía era de cuatro pisos, entre Los Militares, Rosario Norte con Cerro El Plomo, el otro está más allá, por el parque, donde estaba la piscina de la Universidad de Chile.

E: Sigue estando.

JR: Es que no se ve... uno va para allá y no se ve. Yo veo los departamentos donde yo vivía, tres departamentos de 15 pisos, cuando fue la primera vez que fui para arriba.

E: ¿Has vuelto a ir?

JR: He ido de vez en cuando, de repente iba al mall Parque Arauco, pasaba por Rosario, cruzaba el parque y llegaba al mall, y me devolvía. Vi departamentos que quedaban por el lado de Cerro El Plomo, que estaban al costado, todavía quedaban algunos. Viví cosas buenas y cosas malas, aquí más malas que buenas.

E: ¿De dónde venías?

JR: De Vitacura, de El Esfuerzo también.

E: Creo que había que certificar que vivías en campamento.

JR: Sí, para postular, como te mostré con la libreta.

E: ¿Te gustaría compartir algo de la vida de acá?

H3: Aquí estoy bien, llegué bien, tengo amigos, pero no es como allá, no es lo mismo.

E: ¿Hasta qué edad viviste en la Villa?

H3: Yo tenía como doce años, pero sí me acuerdo que los milicos les pegaban a mis papás, a mi mamá cuando se metían a las casas. Me acuerdo que como que estaban haciendo un metro y había un hoyo y tiraban a la gente ahí adentro, detrás de donde vivía yo, en unos departamentos rojos, atrás había un hoyo, veía cómo tiraban a la gente ahí, las mataban. Tarde en la noche sentía los balazos, que le pegaban a la gente.

E: ¿En qué colegio estabas?

H3: Había unos departamentos y un poquito más allá iba... ahora hay milicos ahí, en los edificios donde están los milicos, al frente, no me acuerdo la calle, no me acuerdo del colegio. Años que no voy, desde que nos trajeron para acá, años.

E: ¿Y la salida del colegio cómo fue?

H3: Yo salí del colegio y al costado aquí estudié los últimos años, o sea de kínder hasta octavo, acá no estudié más.

JR: Allá estuve en el 511, hasta cuarto básico, o sea hasta los nueve años más o menos.

E: ¿Y mantuviste algún vínculo?

JR: Amistades sí, pero en este momento hay dos o tres personas que están fuera del país, de las amistades que tenía, una niña y un chico que éramos yuntas, ahora uno es artista fuera del país.

E: Cuando los toman y se los llevan, no había redes sociales, no había celular, quedaron súper desconectados, no los podías encontrar.

JR: No, nada.

ICM: Pasaron muchos años para llegar a ubicarnos.

E: Y en cuanto a las oportunidades laborales de sus papás...

JR: Mi viejo era electricista, técnico en electricidad. Él trabajaba para fuera de Santiago, estuvo en La Serena, en Viña, en Chillán, ayudó a hacer la instalación acá en el Club Hípico, tenía trabajo el viejo.

E: ¿Tu mamá trabajaba?

JR: Trabajaba como puertas adentro, en Las Condes, tenía buenas oportunidades.

JR: A mí me ha costado un mundo. Después que tuve la edad suficiente para trabajar, mi currículum... me preguntaban "¿Dónde vives?" y yo decía que acá y te miran así... si yo hubiera estado diciendo que vivía allá arriba, a lo mejor hubiera sido otra persona en este momento. No niego lo que soy, pero podría haber sido otra cosa. Porque las oportunidades se dan, para allá para arriba te dicen "ya, tienes en el currículum tanto... ya, venga".

E: ¿Y tú mamá siguió trabajando en la casa de esas personas?

JR: No, cuando llegamos aquí ella dejó de trabajar, mi hermano también se puso a trabajar, y yo terminar de estudiar, me tuve que ir a Maipú a terminar de estudiar, tratando de buscar la posibilidad de algo mejor. Muchos miran de dónde vienes, dónde has habitado según eso miran el currículum de la persona, no ven si tú estás suficientemente apto para el trabajo o no.

E: Una pregunta sobre cosas más positivas de la vivencia en la Villa, cuando llegaron por primera vez...

JR: Lindos los departamentos, con puerta, todo impecable. Y llegamos aquí y el departamento no tenía puerta de entrada, no tenían baño. Allá en cambio era todo lindo, bonito, bien terminado. Era llegar, traer tus cosas, te instalas y nada más, y sigamos viviendo. Aquí no, tuvo mi viejo que estar comprando una puerta, arreglando el baño, arreglando el piso, haciendo esto y esto otro. Hay muchas cosas que cambian.

E: ¿Y con los vecinos allá?

JR: Allá era distinto porque varios llegamos juntos, ya nos conocíamos, y como éramos niños chicos, teníamos cinco, siete, ocho, años, compartíamos. Al llegar aquí uno tenía que seguir estudiando y toda la cosa, ir hacia adelante no más, tirar para adelante.

E: Esa discriminación que hay acá, o que había, como los trajeron de allá para acá, ¿siguen siendo discriminados hoy o se han integrado?

JR: Después de cuarenta años no tenemos una relación, o sea con el sector de los que venimos de esta Villa, no hay una convivencia. Yo hice más amistades, porque yo jugaba, con personas de atrás, porque muchos ya no están, pero hice convivencia con gente de atrás, de los demás departamentos. Aquí no hay una asistente social que venga del municipio o de la posta, que vengán a ver a alguien, alguna cosa que necesiten. Mira, en una oportunidad hicieron el cambio de los techos del edificio, acá, la municipalidad, un alcalde, y quedó la crema; mi departamento se me llueve, todos los años se me llueve. Reclamé dos, tres veces, a la municipalidad y dicen "tienen que juntarse con la Villa, hacer una lista, y con eso usted va para poder postular para que le puedan arreglar el departamento". Pedir ayuda socialmente, olvídate, es, disculpando la expresión, es "un cacho", nosotros somos "un cacho".

M2: La idea de nosotros es pedir que nos den tarjeta de vecinos, eso tendríamos que pelearlo porque es totalmente necesario, nosotros no tenemos derecho... pueden pasar años, cuando la persona se ha muerto la llaman de los hospitales y le dicen que tiene hora. No tenemos opción a nada, en todas las comunas de nosotros, comunas pobres. La comuna mía es Lo Espejo, y es la misma condición de acá, que no hay derecho a nada. Tú no puedes ir al hospital... te dan lo básico, y para que te llegue a ver un especialista en lo que tú tienes, pueden pasar años. Por ejemplo, a mí en enero me mandaron para traumatólogo en el hospital, y todavía no me llaman, tuve que atenderme particular, y si uno no tiene plata, no tiene salud.

G: Hay muchas cosas que en estas comunas se perdieron, y que allá las hubiéramos tenido. La comuna de Ñuñoa, todas esas comunas poderosas tienen la tarjeta de vecino, tienen una clínica donde atenderse, nosotros no tenemos nada de eso. Las personas se tienen que morir si no tienen plata para atenderse particular. Eso es lo que pasa en todas las comunas pobres donde estamos nosotros, donde nos trajeron. Entonces, el cambio fue brutal, porque yo, por ejemplo, en ese tiempo trabajaba allá arriba, y no pude volver a trabajar. Volví a trabajar cuando mi hija tenía como 11 años, porque me quedé sola con ella y tenía que sacarla adelante y dejarla sola.

E: ¿Usted en qué trabajaba allá?

G: Trabajaba en casas, iba por ratos, pero uno podía criar a sus hijos porque una iba un par de horas y se demoraba 10 o 15 minutos en llegar a su casa. Acá son dos horas para allá y dos horas

para acá, son cuatro horas. Entonces no se puede, no tenemos opción. Después a mí me tocó volver a trabajar, y salía en la mañana y llegaba en la noche, y no tenía ningún otro tipo de opción.

E: ¿Y en cuanto al consultorio y a otros tipos de servicios que tenía allá? ¿Cómo los usaba, le quedaban cerca?

G: En ese tiempo yo era mucho más sana, entonces no pasaba mucho en los consultorios, Después cuando una va entrando en años es cuando pasa en los consultorios, le cambia todo, entonces eso lo viví acá. Allá tuve una enfermedad grave, pero tuve que irme a otro lado porque no era capaz de atenderme sola, entonces me fui a la casa de una tía y ella me cuidaba. Y después acá los consultorios... por ejemplo, yo no me atiendo en mi comuna, me estoy atendiendo en La Cisterna, porque allá en mi comuna a veces no hay ni paracetamol para la gente, que es lo básico. Yo soy de Lo Espejo, pero estamos cerquita aquí y vivimos la misma situación de acá. Nosotros cuando llegamos allá, la gente también nos hizo la vida... decían que habían traído "a esos de campamento", gente mala, tampoco la gente nos quería, costó un mundo para que llegáramos a ser aceptados. Porque ellos alegaban que a nosotros nos habían sacado de tal campamento y que nos habíamos metido a unos departamentos, que nos habíamos tomado los departamentos y que nos habían echado porque nos tomamos esos departamentos, que veníamos de la toma.

E: ¿Usted hasta qué edad vivió allá?

ICM: Cuando ya nos iban a traer para acá, yo me vine con ellos para acá. Yo trabajaba también, cerquita de la Villa San Luis, en casa, y salía el día domingo de descanso. Entonces un poco vivía allá, un poco acá, y así anduve.

E: ¿Cómo cambió la pega cuando vino para acá? ¿Dejó de trabajar en casa?

ICM: Yo seguía trabajando para el barrio alto porque tenía mis patrones, pero me quedaba lejos. Toda la vida trabajé en casa, en Vitacura, en Las Condes. Y llegué aquí a vivir un tiempo no más, después nos casamos y nos fuimos a Renca, y ya no vivía con mi suegra, vivía sola con mi esposo allá en Renca, la veníamos a ver no más. Allá en Renca igual era una toma, donde yo estoy era toma, pero ahora es Villa.

E: Con sus vecinas de la Villa, ¿mantuvo algún contacto?

ICM: No, yo no me junté más con las... teníamos amigas ahí en los departamentos, juntitas, pero no las volví a ver. Pero en Renca también vive harta gente que vivía en la San Luis; la familia Lillo vive allá en Renca.

E: ¿Y se contactan de vez en cuando?

ICM: No, no. Pero allá hay harta gente también que vivió en la San Luis, que los llevaron. En Domingo Santa María... no me acuerdo la Villa que tienen... Está toda desparramada la gente de la San Luis.

JA: Nosotros empezamos a vivir a la orilla del río y todos los inviernos nos tenían que llevar a la Escuela Militar porque las casitas se llovían, y debido a eso se empezaron a hacer los departamentos en la Villa San Luis. Muchos nos inscribimos en cooperativa para tener derecho al departamento, entonces cuando llovía, se juntaban los ricos de Vitacura y en auto sacaban a los niños y los llevan a la Escuela Militar, pasaba la lluvia y los devolvían a la casita. Cuando hicieron

los departamentos, nuestros maridos tuvieron que trabajar para que los departamentos salieran luego, porque no tenían agua y no tenían luz, entonces los maridos que estaban inscritos, que vivíamos a la orilla del río, los fines de semana trabajaban para arreglar la luz, y en la noche o en la mañana temprano, para que llegara el agua. Después, cuando estuvieron listos con el agua y la luz, nos cambiamos, de las casitas, era como una población donde teníamos centro de madres, había club deportivo, en fin. Y nos vinimos a los departamentos, rico, porque era una cosa decente.

E: ¿Con cuántas personas vivía en el departamento?

JA: Con mis seis hijos y mi marido. Tenía tres piezas el departamento. Y, como toda la gente, trabajábamos justamente con la gente de Las Condes, de repente empezaron a sacar gente, le ofrecían a uno para allá para Barnechea, para arriba, y muchas no nos quisimos ir. A mí me ofrecieron irme, pero no tenía idea de que nos estaban “haciendo la cama” para cambiarnos de zona. Yo era presidenta del centro de madres que teníamos en la población, entonces llegaron, en la noche cuando yo llegué, porque yo estaba trabajando, y llegué a la casa y encontré que estaban los camiones cambiando a la gente, y el que no se cambiaba los garabatos iban y venían. Los niños se pusieron a llorar porque eran chicos, y nos cambiaron en la noche. Y llegamos a la población Alessandri; los departamentos no tenían luz, la basura, de cuarto al primero, la botaban por el hoyo para abajo, pero no había basurero, no había nada, pura mugre. Los departamentos estaban llenos de chinches. A mi marido casi se lo comieron los chinches. Todos los departamentos tenían chinches. Tenía tres dormitorios, el baño y la cocina, ahí empezamos a hacer la guerra a los chinches.

Como íbamos a trabajar arriba a Las Condes, teníamos trabajo allá porque acá no había nada, los papás de los niños se quedaban cuidando a los niños, porque para ellos era más difícil tener trabajo. Yo en esa época estaba trabajando en la embajada de Estados Unidos, planchaba la ropa del embajador. También era presidenta del centro de madres de Santa Rosa de Las Condes, y toda la gente nos ayudaba. Cuando llegué estaban los camiones sacando a la gente y a garabato limpio, así que tuvimos que salir. Cuando llegamos acá abajo era una mugre.

E: ¿Quiénes estaban en el centro de madres? ¿Qué hacían?

JA: Sacábamos cosas de la cooperativa de la señora... el centro de madres estaba en la plaza San Diego, o sea en un edificio. Como nos sacaron a nosotros, desapareció el edificio y se perdió el centro de madres. Total, que no teníamos ninguna ayuda, entonces yo seguí trabajando, trabajaba todo el día, los niños eran chicos, mi marido no trabajaba porque le costaba para buscar trabajo. Un día, mi marido se enfermó en la mañana y uno de mis hijos lo llevó a la posta, como a las diez de la mañana más o menos. Cuando yo llego del trabajo le pregunto “¿Qué te hicieron?”, “me colocaron una inyección”, se acostó y a las diez de la noche de ese mismo día fue al baño y mi hija mayor lo llevaba apuntalándolo, cuando siento un grito, él estaba abrazado de mi hija mayor, lo pusimos en la cama, estaba muerto. Y al otro día en el hospital me dijeron “a lo mejor usted le dio algo y lo mató”, porque yo le pregunté a René “¿qué te hicieron?” y él me dijo “me colocaron una inyección aquí en el hombro” y le pusieron en la libreta “cólico bilateral”. Yo no sé qué es lo que es eso.

E: ¿Eso fue aquí?

JA: Aquí, en el Barros Luco. Y después hacía como dos días que lo estábamos velando lo van a buscar con la chiva de que yo a lo mejor le había hecho algo. Entonces lo sepultaron, no tuve reclamo, no tuve nada, seguir adelante no más, qué más.

E: ¿Qué edad tenía su marido?

JA: Tenía cuarenta años, porque era menor que yo, era joven, los niños eran todos chicos. Y seguí trabajando, seguimos viviendo, cuando después viene el Golpe, fue tremendo. Yo por lo menos lo estaba pagando, porque tenía una libreta de ahorro de la cooperativa, porque a nosotros nos iban a llevar a una parte en Las Condes, ahí estaban dando terrenos, pero nos cambiaron, que nos fuéramos para otra parte, o sea un cambalache. Nos dejaron en otra cooperativa... Nido de águila se llamaba la parte donde teníamos los terrenos... y con la libreta. Entonces empezó la cuestión de los cambios.

E: ¿Usted cuánto tiempo ahorró para el departamento?

JA: Tenía como un año y tanto. La condición era que llegamos ahí y ese departamento teníamos nosotros que pagarlo, entonces estábamos ahorrando en la libreta para ese departamento, no para otro. Esa es la historia.

E: ¿Sus hijos qué edad tenían? ¿Se acuerdan de la vida allá?

JA: El mayor tenía como 15 años, y estaban en el colegio. Así que todo eso fue la tragedia.

E: ¿El colegio fue un cambio muy grande para ellos?

JA: Pero por supuesto, si el colegio estaba ahí cerca, entraron al colegio católico que había ahí, el colegio era nuevo. Allá teníamos todo y nos dejaron sin nada, nos sacaron. Y no podíamos reclamar porque el que reclamaba no aparecía más. Porque nosotros como estábamos en un cuadrado así, entonces en la noche los milicos se paseaban, y si nos veían que abríamos alguna ventana decían "¡Cierren esa ventana tal por cuales o si no les vanos a disparar!". Estaban todos atemorizados. Hasta que llegaron y de la noche a la mañana nos sacaron, y llegamos acá, lleno de chinches, todo mugriento... es terrible. No lo merecíamos nosotros, y hasta ahora, todavía. Así que eso sería todo. Podría hablar de todo lo que sufrimos, de todo lo que pasamos... se terminó el centro de madres, se terminó todo.

E: ¿Tiene contacto con el centro de madres de vez en cuando?

JA: No, porque la presidenta era la señora de Frei. No, porque la Lucía echó el edificio abajo. Como al año que habíamos dejado el departamento, el edificio lo echaron abajo, en la plaza de San Diego, ahí estaba. Yo le había sacado como diez máquinas de coser a mis socias, y nos ayudaban a nosotros. Y de ahí ya desapareció el centro de madres, y como al año hicieron tira el edificio, así que no entramos más al centro de madres. Así que después dedicarse a trabajar no más, porque no había otra cosa.

E: ¿Usted pertenecía a alguna organización allá?

ICM: No, porque trabajaba, era asesora del hogar, trabajaba puertas adentro y llegaba le fin de semana no más a la casa de mi suegra.

E: ¿Usted tiene hijos?

ICM: Tengo dos hijos.

E: ¿Iban al colegio allá en la Villa?

ICM: No, estudiaron en Renca, porque yo me casé y me fui a Renca. Allá voy a tener que hablar, ya llevo como cincuenta años allá. Imagínese, yo era lola y me fui a vivir a Renca, tengo setenta años de edad, me fui de veinte. Vivo en la Villa Robinson Rojas, en avenida Condell, Arturo Prat. Ahora está grande Renca, enorme, va a pasar el metro allá pero no por el lado de nosotros, sino por la población nueva, la Nueva Renca, por avenida Brasil. Yo vengo de visita para acá no más.

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de La Granja /

E: Entrevistadora y facilitadora Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)

AS: Adriana Seguel

PS: Paulina Sepúlveda

M1: Mujer. No se identifica

M2: Mujer. No se identifica

M3: Mujer. No se identifica

M4: Mujer. No se identifica

M5: Mujer. No se identifica

M6: Mujer. No se identifica

M7: Mujer. No se identifica

E: ¿Hasta qué edad vivió en el campamento? ¿Del campamento llegó a la Villa San Luis?

M1: Del campamento fui a la Villa San Luis, ahí llegué más o menos a los 20 o 21 años a los departamentos. De ahí en adelante me acuerdo que vino el Golpe de Estado... tengo 72 años y la memoria está media mala.

Al campamento llegué con dos niñas, de cinco y seis años, y en el departamento tuve a mi tercer hijo. Yo estaba embarazada cuando fue el Golpe de Estado, y él nació el 14 de enero de 1974. De mi vida podría contar muchas cosas, pero prefiero dejarlo ahí porque de eso mismo... Yo llegué aquí con una cama, una cómoda y nada más porque ahí ya mi esposo había agarrado y yo me quedé durmiendo en el suelo con mi hijo. Entonces aquí yo llegué sola, solamente con mi hijo, entonces esa parte de mi vida es muy mala.

Sí tengo recuerdos de cuando nos sacaron, que un día llegó una señorita. Si usted me pregunta quién era, no tengo idea, porque como le digo, estaba pasando un muy mal momento. Yo la hago pasar al departamento y me dice "¿Qué pasó aquí?" y tuve que contarle lo que me estaba pasando y ella entendió todo eso. Me dijo "ya, pero de aquí usted tiene que salir y si no firma este documento, se va a quedar sin casa". Hay muchas personas que quedaron sin casa, pero a esas personas gracias a Dios las encontraron, que no sé dónde las fueron a tirar por allá y ahora creo que ya están bien.

Y bueno, así fue, que nos tiraron no más en camiones. Aquí lo poco y nada que me quedaba, una que otra cosa rescaté. Y así fue mi vida, mala, mala. Yo fui más feliz en el campamento que en los departamentos.

E: ¿Cómo era su vida antes de llegar a los departamentos?

AS: Mi nombre es Adriana Seguel. Recuerdo que cuando niña vivimos en diferentes partes, pero siempre en Las Condes, en Los Dominicos, en El Arrayán. Entonces siempre fue una vida bonita. Vivimos también, antes de que nos llevaran a la Villa San Luis, en un campamento, Tabancura. Cuando éramos pequeñitos nos bañábamos en una piscina que teníamos, nos bañábamos con puros calzones porque éramos todos cabros chicos, los hombreritos con sus calzoncillos, todos

blanquitos, y llegaban todos negritos porque era un tranque. Entonces nadábamos y al lado iban los guarenes nadando con nosotros.

Después me acuerdo que nosotros... mis papás, un día llegamos a los departamentos cerca de la Escuela Militar, una cosa muy linda, chiquitito pero bonito. Vivíamos más decente que vivir en un campamento, obviamente, pero la vida en mi campamento fue muy bonita, porque no había la maldad que hay ahora, que te matan, que te roban, no, era algo muy hermoso. Teníamos hartos amigos.

Llegamos a la Villa San Luis, nosotros con mis hermanas estudiábamos en El Campanario de Las Condes. Después vino una época muy bonita, nosotros éramos muy amigos de los hijos de los militares, participábamos en la Escuela Militar. De hecho, cuando yo iba al colegio El Campanario, una vez para el 18 de septiembre hicimos el desfile que hacen los niños, lo hicimos en la Escuela militar. Entonces era todo muy bonito.

Después vino el Golpe militar y ahí fuimos todos enemigos, y los cabros chicos no sabíamos por qué éramos enemigos, si habíamos sido tan amigos. El problema fue que un día en la mañana despertamos, y había un militar con muchos militares, pero había uno que mandaba más, y con un altoparlante dijo que todos saliéramos para afuera y que al menor movimiento nos iban a volar. Cuando nosotros salimos, yo tenía 12 años, fue un impacto ver así un armamento; sacaron a todos los hombres, también sacaron a mi papá y nosotros llorábamos. Mucha gente desapareció, vivimos tiempos súper horrorosos. Sentíamos que para el toque de queda venían todos los trabajadores, los que pudieron salir de las fábricas, había como un peladero, y pasaban por ese peladero, entonces sentíamos gritar a las mujeres porque les pegaban, las violaban, los hombres gritaban, lloraban, y nadie los podía salir a socorrer. En cada puerta había un militar, por lo tanto, no podíamos salir. A todo esto, los milicos estaban muertos de hambre, porque hasta nosotros les dábamos de comer, me acuerdo que mi mamá les hacía comida y les daba.

Después, con el pasar de unos días, dieron permiso una hora para salir a comprar a unos negocios que habían cerca. Mi mamá y mi papá corrían. Me acuerdo que, para conseguir uno o dos kilitos de pan, nos amanecíamos haciendo fila en una panadería, en el Almac que estaba en Apoquindo. Mis tías me pintaron, porque yo siempre he tenido cara de mayor, y me puse a la fila y me amanecí con mi padre y con mis tías, para poder conseguir otros kilitos de pan. El problema fue que un milico me miró y me dijo "ven" y mis tías sujetaron a mi papá, y me dijo "qué edad tenís tú", y yo le dije "soy grande", entonces me dice "pero tenís pura cara de cabra chica", y le dije "bueno, será, pero hay que conseguir pancito porque somos hartos en la casa". Me quedó mirando "ya, vuelve a tu puesto, pero eres cabra chica"; yo lo miré y me reí.

Después, cuando vino el desalojo, empezaron a sacar a todas las personas del primer piso, parte del segundo piso, y los que vivíamos en el tercer piso, bajamos a un departamento del primer piso. Siempre me acuerdo que fue en el departamento de una niña que se llamaba Ivonne, nos fuimos a ese departamento. Y empezaron a sacar a la gente en camiones de basura, así fue el desalojo. Se fueron para diferentes partes, para Renca, Pudahuel, para acá para Santa Laura, otros para Santa Rosa. Y llegamos a este lugar, que tampoco fue fácil para nosotros cuando llegamos, en los camiones de basura, con nuestras pocas cosas que, en ese tiempo, y en todo tiempo, ha costado mucho que el pobre avance, que el pobre diga "voy a comprarme una cama". Muchas cosas se hicieron tira. Nunca me voy a olvidar que cuando venía en el camión, venía una señora en silla de ruedas amarrada al camión, para poder trasladarla, no me acuerdo a qué lugar se fue la señora.

E: ¿Ustedes sabían a qué lugar los iban a llevar?

AS: No, llegamos no más, llegamos. De ahí me acuerdo que no fue fácil ni el desalojo ni llegar a estos departamentos. Primero, hasta el día de hoy ha sido una mugre; se pasa porque el de arriba moja al de abajo, y el de abajo al de abajo, al de abajo, hasta que llega al primer piso. Cuando recién llegamos, la gente que vivía atrás nos apedreaba porque decían que nosotros éramos ricachones, pero éramos terrible de pobres... además de todas las cosas que nos hicieron tira. La gente decía que éramos unos ricachones, que prácticamente éramos de los milicos, fue atroz. Nos costó hacer amistades en este lugar, nos costó mucho. Aparte de que cuando llegamos estaba inmundo, inmundo. Estaba lleno de baratas, hasta el día de hoy, chinches, era algo terrible, era algo que nosotros no nos explicábamos, porque pese a que vivimos en un campamento, jamás supimos qué eran los chinches, pero llegamos a esta porquería, hasta el día de hoy, todavía hay chinches, hay baratas, nos hemos llenado de ratones en este lugar, ratones por doquier. Fue difícil la vida.

A todo esto, yo antes del Golpe militar me gané una beca y estudié en el colegio Saint George, y también para nosotros los pobres fue difícil, porque era como acá... acá todas nos conocemos y nos ponemos en un grupito para acá. Allá todos los pobres eran en un grupo, y nos cachaban altiro los ricachones porque éramos como todos así en un rinconcito. No podíamos ir al casino a comprar porque todas las gallas que habían ahí hablaban en inglés, y nosotros con suerte hablábamos el castellano. Entonces también pasamos harta penuria. Pero las *misses* fueron muy inteligentes, igual que los profesores; cuando notaron eso en el patio, empezaron... porque nos nombraban por el nombre, "a ver, la niña Seguel que está ahí arriba, se va a sentar con esta compañera", o sea con una niña ricachona. Entonces, por ende, con el tiempo, tuvimos que hablarnos, por ejemplo, "¿tienes una goma que me prestes?", "sí, claro, ahí tienes la goma. ¿Y tú tienes un lápiz que me prestes?", "sí". Y ahí empezamos a interactuar. Ellos nunca nos maltrataron, pero nos miraban como bichos raros, eso era obvio.

Menos de un año tuvimos que venir desde Santa Rosa, ir a la avenida Kennedy, esperar el bus del colegio Saint George y que nos llevara al colegio. Después era lo mismo lo que teníamos que tomar, y no conocíamos, muchas veces nos bajamos en el 14 de Vicuña Mackenna, porque no conocíamos que para acá era Santa Rosa. Entonces quedábamos en jaque, pero... la vida fue dura. Nos quitaron muchas ilusiones a los que éramos chicos.

Me acuerdo que tuve el privilegio de ir a bañarme un día al Club de Campo, para Las Condes. Tuvimos muy lindas relaciones, en el colegio teníamos tan buena relación con todos los ricachones que me acuerdo que la hija de la alcaldesa de aquellos tiempos, o del alcalde, me pasaba a buscar a mi departamento en auto. Entonces después ya no me iba en la micro del colegio Saint George, me iba en auto. Jugábamos en la noche al juego que se tira la pelota para arriba, al alto, y nos quemábamos. Fue todo muy bonito, muy, muy, muy bonito.

Pero aquí ha sido tristeza porque la verdad nosotros, que tuvimos otra educación, tuvimos que empezar a tener relación con gente pobre, con gente de menos educación, con gente que hablaba mal, con gente que veíamos que eran delincuentes, con gente que nos agredía. Después tuvimos que cambiarnos de colegio, que creo que para todas las que estudiamos, fue difícil, porque hablábamos de otra manera... ahora hablamos todas igual, con los años ya hablamos todas medias ordinarias. Pero en ese tiempo a todas nos costaba porque hablábamos con la *s*, hablábamos con la *m*, bien pronunciadas. Ahora no, las palabras como vengán... yo ya tengo 60 años, yo de verdad me casé con un roteque, tengo hijas de un roteque, entonces ya no tengo nada más que hacer, y más encima trabajo. Cuando yo era joven era hermosa, preciosa, parecía mariposa, que si hubiera seguido viviendo en Las Condes, yo creo que me hubiera casado con un multimillonario. Pero no fue así, pero no fue así.

E: Adriana, muchas gracias. No sé si alguien más quiere contar sobre la vida antes, cómo llegaron a vivir a las viviendas, cómo fue el proceso de postulación.

PS: Mi nombre es Paulina Sepúlveda. Yo me acuerdo que nosotros vivíamos en un campamento, a orillas del río Mapocho, se llamaba El Ejemplo. De ahí nos fuimos a la Villa San Luis, iba al colegio allá, a la Inmaculada Concepción, ahí también me bautizaron, tenían excelente gente, creo que fueron los mejores años de colegio de pequeña, porque nunca hacían distinción de nada, era bonito... el caminar, porque se podía caminar. Del departamento al colegio eran muchas cuadras, pero se podía caminar, iba mucha gente para allá, era muy bonito compartir.

Tengo bonitos recuerdos del departamento, era grande, era un primer piso, tenía un pedazo de patio. Teníamos vecinos buenos, todas mis vecinas. Era lindo salir a la avenida, no sé ni siquiera cuál era la avenida, pero íbamos a comprar el pan. Me acuerdo también que uno compraba el gas... uno iba a la zapatería, que era Bata, eso sí me acuerdo clarito, estaba el supermercado, y ahora al frente está el Apumanque. ¡O sea dónde vivíamos! La diferencia gigante.

Ella (Adriana) decía lo del cambio de colegio, gigante. Yo estudiaba en un colegio con mucha gente que vivía ahí, que tenían sus buenos recursos, pero no nos miraban en menos a nosotros, al menos a mí no me miraban en menos, es lo que sentía, porque tenía amigos. Pero acá, cuando yo me cambié, fue horrible, horrible, porque aquí a nosotros nos discriminaron, hasta el día de hoy, toda la gente que vive aquí nos discrimina. Hasta el día de hoy, toda la gente que vive alrededor de nosotros nos discrimina, siempre, ¿y en qué nos afectó? A mí, en que me quitaron parte de mi mamá; mi mamá allá trabajaba dos horas y teníamos para comer, y cuando llegamos acá no podía ir a trabajar porque tenía que cuidarnos. ¿Y qué hacíamos nosotros? Mirarnos las caras. Éramos cinco. Entonces igual fue muy duro el cambio, nos quitaron muchas cosas, no sé... lo económico, cariño, amistades. No sé... igual da pena.

E: ¿En qué block vivían?

PS: Yo sé que era en el block 1, no sé qué número de departamento. Si me pregunta cómo era mi departamento, eran tres dormitorios, baño, living comedor. Lo más hermoso del departamento era el *bow window*, creo que siempre me quedó marcado. Teníamos una terraza hacia atrás que salíamos a la cancha, había una cancha de tierra, ahí donde jugábamos todos. Los pasillos de los departamentos tenían, no sé... una terraza le llamaba yo, gigante, donde uno podía jugar, no corría peligro de nada. La misma calle, el potrero que había, gigante, donde uno podía jugar. Es bonito, ¿no? Y siempre van a ser recuerdos bonitos.

E: ¿Ustedes vivían cerca allá, se conocían?

AS: No, yo por lo menos a la Paula la vine a conocer cuando llegamos acá, y llegamos chicas.

PS: Pero yo conocía el nombre de ella, le conocía el nombre a la Adriana, a la Vero, porque ellas siempre jugaban y yo no salía a jugar porque era más chica. Pero sí tengo hartos vecinos que conocí de chicos que están en otras partes.

M2: Que llegaron en 1971, por lo menos don Alfonso, que yo vengo en representación de él, llegó en 1971 a la Villa. Después, dice que estuvieron hasta septiembre del 76 por un desalojo militar. Cuando ellos llegaron acá en primera ocasión, no había baño, no había nada, entonces los tuvieron que devolver a la Villa San Luis para poder acondicionar los departamentos acá en Santa

Rosa. Él llegó con dos hijas a la Villa San Luis, y antes igual vivía en un campamento. Ellos vivían en la torre Arquín, en el departamento 222 en el segundo piso, allá en la Villa San Luis.

[Varias hablan al mismo tiempo, y dicen que los Arquín eran los departamentos más grandes y que tenían como una forma de barquito]

M3: Yo no viví en campamento, yo vivía en Compañía con San Martín porque ahí trabajaba mi marido, que era conserje en un edificio. Cuando nos salió el departamento nos fuimos allá arriba, que nos tocó en la torre 1, el departamento 309. Después, cuando nos cambiaron para acá, nos tocó el 6 de agosto del 76, me tocó el mismo departamento donde vivo yo ahora, pero no tenía puertas, no tenía ventanas, no tenía baño, no tenía nada. Así que nos devolvieron allá otra vez, y ahí quedé en el primer piso.

E: ¿Cómo fue ese proceso de que los sacaron, que tuvieron que venir y después volver? ¿Cómo lo vivió en su día a día?

M3: Mal, porque yo tenía tres hijos que estaban chicos; la más chica tenía dos años. Fue tremendo. Estuvimos un mes ahí abajo y después nos cambiaron otra vez para acá, el 6 de septiembre del 76.

E: ¿Y qué hicieron con todas sus cosas en el cambio? ¿Dónde quedaron?

M3: Todo amontonado no más ahí en una pieza. Lo único que armamos fueron las camas y la mesa para poder almorzar y hacer comida, porque no se podía más. Así que el 76 ya llegamos a vivir acá y claro... no muy bueno, porque nos cae el agua de arriba, las personas de arriba que tiran la cadena en el baño. La semana antepasada tuvo que venir mi hijo a arreglar ahí porque para entrar al baño teníamos que entrar con paragua, y era una cosa que hasta en la noche teníamos que dejar las ventanas abiertas porque no se aguantaba la hediondez, si es agua del baño. Ahí en el techo, en el baño, corre el agua como que se abriera una llave.

E: Usted en los años en que vivió en la Villa San Luis, ¿trabajaba?

M3: No. Yo no he trabajado nunca, mi marido no más, y yo me quedaba con los niños.

E: O sea usted trabajaba en la casa.

M3: Sí, el trabajo fue en la casa no más. Y para el Golpe de Estado me tocó estar sola, porque él justo se había venido en la mañana a trabajar acá, porque cuando nos cambiaron del edificio para allá, él siguió trabajando acá, porque si no, quedaba sin trabajo, ¿y qué comíamos? Así que se vino para acá, y yo seis días después vine a saber de él, yo no tenía idea qué sería de él, si estaba o no estaba. Llegó un militar que me golpeaba la puerta y me empezó a patear la puerta y decía "¡Y van a abrir! ¡Y si no me abren disparo!", y ahí me dio susto porque yo estaba con mi hija chica en brazos y los otros dos niños, uno pescado de cada pierna mía. Me dio susto así que le abrí y me dice "¡El dueño de casa dónde está!", y le dije "él se fue a trabajar", "¿dónde trabaja?", "en Compañía con San Martín, en un edificio", le dije, "¡Ah! Entonces esté tranquila porque él está bien". Y en seis días vine a saber de él, yo creía que ya no estaba. Así que apareció de repente cuando ya lo dejaron salir de Compañía, ahí fue para arriba a vernos, porque él tampoco sabía nada de nosotros, no sabía de los niños, de mí, de nada. Ahí sí que lo pasé con mucho susto.

Y el caballero [militar] entró, registró todo el departamento, me dieron vuelta la cama, no había nada, ninguna cosa. Porque me preguntó si acaso mi marido tenía armas, si tenía cuchillos grandes, y no me preguntaba a mí, sino que les preguntaba a los niños. Y uno de mis hijos, el Pollo, le dijo “no, mi papi no tiene pistola, no tiene escopeta, pero yo tengo, una si quieres te la presto”, y fue a buscarla. Era una pistola con el palo de escoba que le había hecho mi viejo, era una cosa así larga, y él le dijo “ya, mira, te la voy a aceptar, pero voy a llegar hasta el fondo a revisar los departamentos, y ahí la vengo a buscar”. Y hasta el día de hoy no ha vuelto a buscarla. Yo pasé hartos sustos con los niños yo sola. La sufrí mucho ahí.

E: ¿Alguien más recuerda cómo fue el Golpe de Estado en la Villa, si le registraron el departamento? ¿Si algo pasó con los vecinos?

M3: Había gente que le abrieron, o sea entraron al departamento, les vieron las cosas que tenían de comida y todo, les abrían el azúcar, la sal, el aceite, y todo lo juntaban en el suelo y hacían así con los pies. A mí no me hicieron nada. Yo tenía cosas, como siempre todos los días tenía que ir al supermercado a comprar para poder tener para los niños, me dijo “¿Tú vendes en el mercado negro?”, “no, porque si vendo en el mercado negro, ¿después que les doy de comer a los niños?”. El departamento en que vivía yo era de dos pisos, y debajo de la escala mi viejo había cerrado y ahí guardábamos las cosas, y le dije “todo lo que tengo está ahí debajo de la escala”; abrió, lo vio y me dijo “ya, quédese tranquila, no pasa nada aquí”. Menos mal que tuve suerte, porque si no, quizás por qué habría pasado.

M1: Tenemos vecinas que están dando testimonio al otro lado, que ella vio, estaba niña, vio cuando le pegaron a su papá, por la vista de ella le pegaron, que es la Maggie, y a un tío de ella se lo llevaron, y como a las dos semanas después creo que apareció y llegó en muy malas condiciones.

[Hablan varias personas a la vez, dicen que vivía en el segundo piso]

M4: No, porque al tío de Jaime se lo llevaron, al tío Juan se lo llevaron detenido. Lo buscaron y lo buscaron no sé por cuánto tiempo hasta que lo encontraron, en el estadio. Se los entregaron en malas condiciones, pero se los entregaron.

E: ¿También ibas a contar lo que te acordabas?

M4: No, eso me lo contó mi suegra, ella también tiene departamento en la Villa San Luis.

E: ¿Se conocieron en la Villa? (con el marido).

M4: No, acá, éramos más chicos.

AS: Una vez, mi papá, como a las seis de la mañana, teníamos todas las cortinas cerradas porque los milicos te disparaban al tiro, y me acuerdo que corrió la cortina así que apenas me cabía el ojo, y estaba aclarando y vi que por avenida Kennedy pasó un camión de milicos y tiraba a los muertos uno encima de otro igual que los perros. Nunca me voy a olvidar de eso; tomaban a la gente y pum para arriba del camión, uno encima de otro, apilados. Pero eran hartos, hartos muertos.

M3: Cuando nos fue a ver a la casa, me dijo el militar que no dejara ni por nada que los niños fueran a mover la cortina porque había un militar apuntando, y en caso de que abrieran la cortina, disparaba al tiro. Y los míos eran chicos, y esa noche tembló también, y ellos me gritan “¡Está

temblando!", y yo les digo "tranquilos, tranquilos, porque si no, van a disparar". Así que menos mal no pasó nada. Si pasamos por varias cosas...

AS: Yo tenía doce años y me acuerdo perfectamente de todo lo feliz que fuimos y lo infeliz que fuimos, y seguimos siendo infelices. Mucha gente se ha muerto esperando la recompensa, los "impíos", pero no ha pasado nada.

E: Me gustaría que hablemos de eso que tiene que ver con el presente, profundizar, pero antes no sé si quieren agregar algo de cómo fue la llegada a la Villa, cómo fue el cambio de casa, si se acuerdan de la emoción de cambiarse de casa.

M3: No me acuerdo mucho del cambio de casa, es que como yo vivía en departamento en Compañía, así que llegué allá, porque no vivimos nunca en campamento, porque si no, mi viejo tendría que dejar el trabajo y qué hacíamos con los tres niños... Así que por eso él siguió ahí trabajando y de ahí nos fuimos a los departamentos arriba.

M1: Los departamentos había que cuidarlos en la noche, había que quedarse allá a alojar afuera, porque o si no, nos tomaban los departamentos. De hecho, cuando a nosotros nos sacaron, no sé qué fue lo que pasó, porque yo tenía muchos problemas en ese tiempo, que gente de los departamentos que quedaron desalojados, cuando los sacaron, se tomó gente sus departamentos. Y a esas personas, que yo incluso conozco personas, todos estos millones se llevó, y les dieron todo. En cambio, nosotros, lo poco y nada que pagamos, porque para qué le voy a decir que se pagó hartó, no, pero se pagó un dividendo, no me acuerdo cuánto, pero nosotros pagamos, mucha gente de acá. Y resulta que los que se tomaron los departamentos, tuvieron escritura, tuvieron plata, tuvieron todo, que ahora tienen parcela, olvídense...

E: ¿Cuándo los desalojaron a ustedes, después eso quedó desocupado, pero entre que arreglaban acá volvieron, y de ahí eso se lo tomaron?

M1: Sí, es que por ejemplo yo, como estaba el departamento malito, no podía volverme para atrás, no podía, porque ahí yo estaba sola con mi hijo. Tuve que quedarme no más en toda la hediondez, en todos los bichos, con ventanas, sin ventanas, que después yo puse esas ventanitas, esas arriba que se ven, pero yo no podía tomar la opción de que me lo arreglaran. Aquí habían cuentas de agua, de luz, hasta ahora.

E: Contaron que en los departamentos había dúplex, ¿cuántas piezas tenían y cómo eran estos?

M1: Los de allá arriba, había departamentos con tres dormitorios. El que yo tenía en Las Condes era de dos dormitorios, chiquitito, que le cabía una camita no más, de una plaza, y el otro era un poquito más grande, que le cabía una cama de plaza y media. Más grandes no eran, eran chiquitos.

[Hablan a la vez, señalan que había departamentos de dos dormitorios, uno grande de matrimonio, y otro chiquitito donde cabía una sola cama].

M5: Cuando llegamos aquí corría el agua por dentro, por eso nos devolvieron.

E: A usted también la devolvieron a la Villa y tuvo que quedarse otro departamento.

M5: Sí, a otro departamento, donde estaba lleno de pulgas, porque estaba vacío. No dormimos nada en la noche. Yo hice hasta una guagüita, llegué embarazada aquí, puro rascándome.

M1: Hubo gente que urgente tuvo que devolverse y otros, los más valientes, nos quedamos. Pero yo no tuve opción para poderme volver, a dónde iba a volver.

E: Antes de pasar a lo que es el presente y que puedan seguir profundizando en eso, quería saber si alguien quiere agregar algo del desalojo, cómo fue, cómo lo vivió.

M5: Pésimo yo creo, como lo hemos vivido todos. Todos lo vivimos pésimo, porque tiraban las cosas arriba de los camiones como que tiraran una mugre de cualquiera.

M1: Para el Golpe de Estado los balazos iban y venían.

AS: En la noche no se podía dormir, porque mataban tanta gente.

M1: Recuerdo que yo tenía cinco meses de embarazo, y me tiré de guatita al suelo, entre la cama, por ahí. Fue muy terrible. Daban unos permisos de tres cuartos de hora, de media hora, para ir a comprar, y tenía que ir corriendo, y más encima nos quedaba un poco retirado el supermercado que había, el Almac. Había que andar corriendo y con temor, con miedo... Fue terrible, por eso a veces uno ya no quiere ni acordarse, porque lo que uno cuenta no es nada, lo que uno está contando aquí realmente no es nada para lo que realmente fue, para lo que se vivió en ese momento, todas las humillaciones. Acá, con decirle, que ni siquiera conozco a la presidenta de la junta de vecinos porque a estas cuatro torres no las toman en cuenta para nada, solo que nos apedreaban y nos apedreaban. Cuando queremos hacer un arreglo, nos juntamos los vecinos y hacemos el arreglo nosotros mismos. Pero ayuda de la... no, nada, nosotros mismos juntamos las moneditas y todo eso, así que mal, pero bueno...

Los niños que quedaron sin colegio, las personas... yo tengo amistades en Renca, que esas personas sufrieron hartito, no sé si fueron a hacer entrevistas ustedes allá, pero yo tengo amigas que fue muy terrible, llegaron a hacer ollas comunes, una señora se encargó, que precisamente es una señora que está en un libro, Jovita Sandoval. Esa señora batalló y batalló porque los maridos quedaron sin trabajo, porque no había plata para ir para allá a trabajar a Las Condes, entonces la Jovita empezó a pedir, a pedir, en la feria, en todas esas partes, y dio comida a los niños. Hacía fondos de comida, ella fue una mujer que me gustaría que fuera entrevistada.

E: ¿En qué se acuerdan que trabajaban? Algunas trabajaban en el hogar, que ya eran mayores, y las que eran más chiquititas, ¿se acuerdan en qué trabajaban sus papás?

M5: Mi papá siempre trabajó en una barraca, trabajaba para acá para Lo Espejo mi papi, y mi mamá siempre fue empleada doméstica, así que igual quedábamos solas nosotras porque no alcanzaba el dinero la verdad. Y mi mamá, me acuerdo que yo salía del colegio y me iba a ayudarle a mi mamá; ella trabajaba con el hermano de Joaquín Lavín, con don Eugenio Lavín, y trabajaba con la familia de la esposa de don Joaquín Lavín. Y así, con gente súper importante, pero igual nos cagaron. Nunca nos han dado una ayuda, por ejemplo, de decir "pucha la Haydé tantos años que trabajó entre nosotros como familia, la vamos a buscar, vamos a ver dónde está, si fue tan servicial, tan honrada, tan trabajadora", nunca, jamás.

M6: En realidad yo no soy de la comuna, yo no soy de acá, soy de Lo Espejo, y las escucho conversar sobre sus vivencias y me recuerdo mucho de lo que nosotros pasamos. A mí me

desalojaron cuando tenía 18 años, yo estudié en la Escuela Don Bosco, junto con la señora Adela, que me estaba comentando, pertenecíamos al mismo colegio, estaba en Apoquindo antes de llegar a Hernando de Magallanes. En las monjitas nunca sufrí discriminación, como comentaba la vecina en el Saint George, nosotros nunca sufrimos discriminación de nada; como era de niñas, había muchas hijas de profesionales, y mis papás vivían ahí en Las Condes, en casa particular, y eran empleados. A nosotros nos tocó vivir ocho meses en un campamento; para poder postular al departamento teníamos que, por obligación, vivir ocho meses.

E: ¿Era un requisito para llegar a la Villa haber vivido en campamento?

M6: Por lo menos nosotros... es que yo creo que depende, porque mi mamá se tuvo que inscribir en un comité en Colón oriente, y había gente que venía de El Esfuerzo, de otros campamentos, y cuando hicieron la Villa como que los juntaron a todos, por la municipalidad yo creo nos juntaron a todos. Por lo menos nosotros, un requisito era ese. Yo primera vez que vivía en un campamento, maravilloso. Maravilloso porque después de vivir en casa de ricos, y vivir en un campamento donde todos éranos iguales, donde mis vecinos andaban a pata pelá algunos, y el baño era compartido, era para mí todo novedoso.

Después nos fuimos a vivir al departamento, en el año 71, me tocó vivir no el block de ellos, sino en el block de colores, no sé si se acuerdan del block de colores. El de nosotros es el que quedó de museo, el block 14, así que cada vez que voy para allá me da pena porque pienso en todas las familias que fuimos desalojadas, y los escucho hablar, escucho sus relatos y me da pena recordar, porque eso lo viví. Yo tenía 12 años cuando fue el Golpe militar, y después a los 18 años yo estaba pololeando allá, si yo era lola, y me sacaron a esa edad de allá y ya era más difícil salir a pololear, porque yo vía en Lo Espejo, en Panamericana, donde no había micro, no había nada, entonces para mí fue un cambio total.

E: ¿El desalojo fue el 76?

M6: A nosotros nos desalojaron el 78, fue diferente.
[Un hombre señala que “fue progresivo, fue por etapas”]

M6: Ellos estaban más cerca de la Escuela militar, entonces los que vivían más cerca de la escuela los sacaron primero.

E: ¿Se acuerdan lo que pasó cuando sacaron a los primeros?, ¿qué pasó con el resto de los vecinos, o fue a todos al mismo tiempo?

[Hablan al mismo tiempo y dicen que a los que devolvieron, en vez de quedarse en el departamento que les correspondía o iban ocupando los que iban quedando desocupados, siempre en el primer piso, min. 42:19]

E: ¿Cómo fue la vida al llegar a estas nuevas comunas? ¿Cómo fue llegar a una nueva comuna que no conocían, no sé si alguien ya había venido antes a los lugares a donde tuvieron que ir a vivir?

M3: Yo había pasado por aquí porque tenía un tío que vivía en el 35 de Santa Rosa, en Pablo de Rokha, así que veníamos a verlo y habíamos pasado por aquí. A mí me dijeron que a dónde me quería venir, porque mi marido justo empezó a trabajar en el Hospital Militar en mayo, porque cuando se fue para allá, cuando nos llevaron allá arriba a San Luis, quedó sin trabajo él después. Estuvo cinco meses sin trabajo y de ahí entró al Hospital Militar.

Y como estábamos ahí cuando nos trasladaron para acá, me dijo la señorita que andaba dando los papeleos –porque me habían dicho que me tenía que quedar allá– cuando yo justo estaba empezando a engordar de mi cuarta hija, me dijo “mire, los militares, cualquier problema que hay, los echan al tiro para afuera, van a quedar sin casa, y usted a dónde se va a ir con cuatro hijos, así que piénselo bien. Queda una casa en Renca, vaya a verla, si le gusta se va para allá. Vaya a ver a Santa Rosa, que quedan tres departamentos”. Y me había dicho que fuera a Lo Espejo, y yo a la única parte que vine fue aquí porque más o menos conocía porque pasaba por aquí. Justo el departamento que me mostraron cuando vine a ver, fue el que me tocó después, justo el departamento 3.

E: Usted iba a hablar de cómo fue la llegada acá, aparte del cambio de colegio.

[No quieren hablar, les da pena, una dice que se pone a llorar al acordarse de todo]

E: Igual es triste, pero también invitarlas a que entre más nos cuenten, mejor va a ser para el museo, y la idea es que cuando ustedes vayan se sientan representadas con lo que está ahí.

AS: Yo creo que nunca vamos a volver, por lo menos yo. A mis hijas jamás les ha interesado qué es lo que pasó en la Villa San Luis, no están ni ahí, no se preocupan, jamás me han preguntado. Esto siempre lo hemos hablado nosotros en familia; mi mamá, mi padre cuando estaba vivo, y mis hermanas, que recordamos. Pero nuestros hijos, nuestros nietos, no están ni ahí. Y yo creo que nunca voy a ir al museo porque me pondría a llorar, porque he soñado tantas veces que vuelvo a la Villa San Luis, a tener amigos, a tener otra vida, y nada, mentira eso, sueños no más.

M1: Yo nunca más he vuelto, no tengo idea cómo estará, no he ido más porque da mucha pena, mucha pena. Cómo llegamos aquí, que llegamos como animalitos... no. Por eso no he ido más para allá mejor.

AS: Ni por chiste hemos ido, ni para decir “el block 14 quedó a medio morir saltando, vamos a ir a verlo”, no, es pura pena. Nos arruinaron la vida completa.

PS: Nosotros fuimos a ver esos departamentos cuando estaban en demolición, fueron los últimos que quedaban, quedaban dos.

M1: Fuimos un grupo de personas de acá, y también de otras poblaciones. Fue una niña que nos hizo poner unas camiseras y un joven cineasta, era como para hacer un documental. Entonces nos llevaron, nos pusieron a todos frente al departamento que está quedando todavía, a ese block fuimos nosotros, nos sacaron fotos y todo eso... Eso nos gustaría saber, qué es lo que pasó al final con ese departamento, porque si bien acá la Adelita es la presidenta, nosotros no hemos tenido ni una reunión, no sabemos, o sea realmente no es por estarla acusando a ella, pero no hemos sabido nada, qué está pasando en este minuto, por ejemplo con el departamento. Nosotros anduvimos batallando para que eso fuera así, que fuera monumento nacional.

De aquí de Santa Rosa fuimos la Adrianita, el esposo de ella, la Adela, otra vecina que en estos momentos no está. Fuimos con carteles al Paseo Ahumada, a todas esas partes, fuimos a la Biblioteca Nacional, que incluso ella fue una de las personas que habló. Entonces eso nosotros quisiéramos saber bien. Después de eso ya no supimos nada más, nadie más llegó aquí a informarnos, a decirnos algo. Si por eso aquí la gente preguntaban mis vecinas, y yo les decía “no sé, tenemos que escuchar qué va a pasar”.

[De fondo se escucha una voz masculina explicándoles]

M1: Qué bueno, sería muy bonito. Yo le decía acá a una niña con la que conversé... bueno, yo también soy de la directiva acá en Santa Rosa, y me gustaría mucho que se sacaran fotos porque aquí ha muerto mucha gente mayor ahora, abuelitos y abuelitas que eran también dueños de departamentos, entonces ya estamos quedando poquitas. Tomar fotos de esas personas para al menos los tengan presentes en ese museo.

[De fondo se escucha una voz masculina y femenina explicándoles]

M1: Si lo más terrible para todos nosotros es que llegan un día y tocan la puerta y "ya, ustedes se van, se van y se van", se van no más, y listo. Y después al día siguiente ya está el camión y "bajen altiro con sus cosas". A algunos les tiraron las cosas de la ventana hacia abajo, y muchas cosas que la gente perdió, y después acá pasó exactamente lo mismo, también nos tiraron, porque nosotros llegamos en camiones basureros, pero algunos sin estas cosas a los lados, sin barandas, así que imagínense cómo veníamos ahí con la pila de cositas y sin baranda.

M3: Nosotros nos vinimos en un camión sin baranda, si era un camión de la basura, en la parte de atrás subimos las cosas nosotros. Y mis chiquillos y mi viejo afirmando las cosas porque con el aire se volaban, la ropa y todo, así que ahí afirmando las cosas.

AS: Lo que no quebraron allá, lo quebraron acá.

[La voz masculina solicita objetos para el museo y una voz femenina agradece los relatos y solicita fotografías, objetos, documentos, que reflejen lo vivido, elementos materiales que hablen de lo que vivieron en esa época (en la Villa, en el campamento, en el colegio, comprobantes de pagos, etc.), para exhibir en el museo]

AS: Yo sé que mi papá tenía una libreta CORVI donde iban depositando la plata por el departamento, y cuando mis padres llegaron a este lugar tan asqueroso, resulta que en el Serviu en ninguna parte existían las libretas CORVI. Los milicos hicieron desaparecer todo. Y fotografías, la verdad es que en eso años éramos tan pobres, que por lo menos nosotros, en vez de gastar plata en una fotografía, preferíamos comer.

E: ¿Cómo es su vida en el presente, en el barrio en el que viven?

M1: El barrio es malo, malo. El último tiempo ha estado como un poquito mejor porque antes aquí asaltaban. Te bajabas aquí y te asaltaban. Nosotros juntamos firmas para poner luminarias y se pudo poner luminarias en todos estos blocks, en estos cuatro blocks. Entonces es malo, y los departamentos siguen tan malos... uno que otro la gente, con su esfuerzo, lo ha arreglado. Pero yo por ejemplo soy sola, y he arreglado un poquito, pero igual se llueven, incluso le mostré a la señorita varias fotos que he sacado de los techos, actualmente, y las cañerías son todas de esa cosa que si usted la toca se está deshaciendo. Pese a que la municipalidad y nosotros dimos un dinero, cambiaron techos, pero pusieron maestros que realmente no eran maestros. Hay una familia que el agua les corre invierno y verano, pero ellos están acostumbrados a eso.

E: ¿Cuántos años llevan viviendo acá?

M3: 46 años. La primera vez que llegamos fue el 6 de agosto del 76 y fue cuando tuvimos que devolvernos, y al mes justo llegamos otra vez. Ahí nos quedamos aquí, porque ya había puertas, había ventanas, había baño, que era lo principal, porque cuando llegamos la primera vez no había nada, estaba el puro hoyo a donde poner la taza.

AS: Además que yo quiero contarles, porque voy a ser bien sapa; aquí la municipalidad, a estos cuatro blocks, nunca les ha ayudado en nada. Hemos golpeado puertas... aquí hay gente, por ejemplo, mi mamá, que es ya de la quinta edad, no de la tercera, pero todas las demás por ejemplo para allá para atrás son cajas de mercadería, les rebajan la luz, les rebajan el agua. Nosotros hemos ido todas estas veces, mi mamá ahora es viuda, la pensión que ella tiene, tengo una hermana que es deficiente mental y vive con mi mamá y nos dicen "no, es que tienen que pagar". Estamos encallados en la basura porque no sé cuándo había que renovarlos, y la cuestión es que mi papi se murió y nunca nos dijo y vinimos a saber ahora hace poco. Hay cero aportes, cero ayudas.

De los alcaldes que ha habido, el único que se puso la mano en el corazón fue el Claudio Arriagada, el mejor alcalde que ha tenido La Granja, y no es por hacerle barra, pero es el mejor. Porque ahora, este jetón que está, nada. Mi mamá es una persona mayor de edad y todo eso, pero jamás le ha llegado una mercadería, nada, nada, nada, nada, "ráscate las como podái". Allá ayudan con gas, con todo, acá, nada. En estos cuatro departamentos, ¿alguien habrá recibido algún vale de gas? Así que la "muni" también nos da el desprecio y "vale callampa".

M1: Hay dos señoras acá, que una es la mamá de este joven que está ahí. Resulta que ella a su hijo lo confunde como su hermano, y también se quedó esperando, esperando, y resulta que ahora su cabecita ya no le da. Hay otro más para allá, que es el Tolosa, que su mamá, la Luzmira, también, y aparte ese joven va a diálisis y él cuida a su mamá. Y esas personas aún están vivas, verdad que no tienen su cabeza bien, pero a mí igual me gustaría que llegado el momento les pudieran sacar fotos, porque acá ya ha muerto mucha gente esperando esto. Esperando que nos cuenten, que nos digan, porque aquí nosotros no sabíamos nada de nada.

E: ¿Y cómo se empezaron a organizar? ¿Fue apenas los desalojaron? ¿Cómo fue ese proceso?

M1: La señora Antonieta se conocía me parece con otra hija acá de la vecina, y ella legó un día con un megáfono para tratar de juntarnos y por ahí empezó. Eso fue hace cuatro años, y ahí ella nos explicó que teníamos que sacar personalidad jurídica, y nos juntamos, elegimos a la Adelita como presidenta, elegimos directiva, la tenemos legal, ya se la entregamos al abogado. Lo que nosotros queremos es que nos hagan reuniones, aunque sea para saber, porque acá no sabíamos nada y anduvimos para allá y para acá, y no teníamos idea de qué pasaba allá arriba.

Yo ahora le pasé mi número a una niña que me lo pidió, para que me llamen, porque aquí todas me preguntan. Yo por ejemplo acá junté a la gente, y no quiero hablar de más, pero ahora estamos enterándonos de todo esto, y eso es bueno. Entonces ahora nos vamos a juntar con mis vecinas a ver qué cosas tenemos, si hay fotos, si hay cosas, para juntarles, porque ya sabemos de qué se trata esto.

Voy a juntarme con los vecinos de acá, porque somos muchos más, pero están en diferentes partes, por ejemplo en Puente Alto. Entonces tratar de comunicarnos con ellos y recolectar cosas, todas las historias, y ver si hay algo. Yo me voy a hacer cargo de eso. Aquí fue tan grande todo, tantas cosas que vio, que la saquen y que la hagan bajar y la pongan manos arriba... es doloroso. Imagínese que a una embarazada la tomen como cualquier cosa y la pongan manos arriba y todo eso. Pero aquí yo sé que hay muchas cosas más que la gente...

E: ¿Qué es lo que más recuerdan de la vida cotidiana en la Villa?

M7: En San Luis era buena, yo tenía hartas amigas y conversábamos. Pero aquí es nulo, si aquí se enfermó alguien... lo que decía la señora, se murió, y se murió, y punto, nadie sabe, a veces se

sabe cuando ya han muerto seis. No hay una armonía de vecinos aquí, todos tiramos para cada uno.

E: ¿Antes de llegar a la Villa ustedes no se conocían con las personas que llegaron?

M1: No, porque allá cada cual vivía su mundo, no.

E: ¿Y cuando llegaron a la Villa por qué eran amigos?, ¿qué hacían que hubiese tanta relación entre los vecinos y las vecinas?

AS: Porque así somos los pobres, somos achoclonados, "hola que tal, cómo está" y ya eres mi amiga. Los pobres se achoclonan... "¿Vamos a jugar?" y vamos a jugar, "¿Vamos al fútbol?" y vamos al fútbol, "¿Vamos a jugar al tombo?", vamos a jugar al tombo, "¿Vamos a jugar a las quemaditas?" y vamos a las quemaditas.

M1: Acá hay algo, y no es por tirarme flores yo, porque a mí me gusta ayudar aquí, allá y donde sea, donde me llaman, yo ahí estoy. Aquí lo que pasa es que hay harta gente que necesita algo y que están enfermos y todo eso, entonces cuando hay un vecino que está enfermo, yo digo "vecina, hay tal vecino de nosotros que está enfermo" y juntamos mercadería, juntamos unas moneditas y les vamos a dejar. La otra vez, no sé si habrá sido este mismo movimiento, nos mandaron unas platitas, y se ayudó a la señora Antonieta, al Tolosa, que es este joven que tiene diálisis que cuida a su mamá. Como nos conocemos, eso aquí no se ha perdido. Yo tengo varias amistades mayores que vienen de allá, entonces uno trata de estar ahí, porque todos estamos pasando cosas igual, aquí nadie puede decir que tiene plata, aquí falta. Lo que sí sobra hartito aquí es cariño, aquí nos juntamos, nos unimos, el cariño está.

AS: Usted a lo que tiene que apelar es a la conciencia de la gente, cuando tengan conciencia te voy a decir "¿Por qué hay tanto preso?", porque la conciencia no los deja vivir, la conciencia, el corazón, ¿de qué te sirve? Toda la gente cuando va y se junta con gente tan importante, con gente rica, todos dicen "¡Ay, que se ponga la mano en el corazón!", y cuando me tocó hablar a mí, cuando fuimos a la Biblioteca Nacional, yo dije "la mano en el corazón no sirve", les dije "el corazón solo sirve para latir y para bombear sangre. ¿Qué músculo puede tener conciencia? Pero esto aquí, sí, la conciencia, eso, eso tienen que reaccionar". Y ahí nos dieron el pase para el monumento.

M1: Tenemos fotos de eso, yo las voy a recolectar, y se las voy a pasar.

E: Quiero agradecer que hayan contado algo tan doloroso. Yo trabajo en Vivienda hace muchos años y sabía hartito, pero nunca con el detalle, así que me siento muy privilegiada de haber podido hablar con ustedes.

M1: Gracias pues, gracias.

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Conchalí /

Fecha: domingo 6 de noviembre de 2022

E: Entrevistadora y facilitadora Clara Irarrázaval Bustos (socióloga)

XSR: Ximena Salinas Rodríguez (de población Alessandri, comuna de Pedro Aguirre Cerda)

JA: Juana Alborno (de comuna de Pedro Aguirre Cerda)

L: Lidia

IC: Irlanda Carvajal

H1: Mauricio Collado

IC2: Irlanda Collado

CM: Cora Maldonado

EEV: Eliana Espínola Vergara

JLE: Jessica Leiva Espínola

VMG: Verónica Moya González

MLE: Marianela Leiva Espínola

LSN: Lorena Sánchez Netto

JSN: Johanna Sánchez Netto

H2: Daniel José Tapia Jorquera,

M4: Guillermina Estrada Fierro

ELB: Erika Larrañaga Benavides

[Si bien se presentan, después no intervienen todos]

E: Y ahora, ¿quién quiere partir?, contando sus vivencias y su vida. Tratemos de mantener el silencio, para escuchar a... Vamos a escuchar a Marianela. Póngase el micrófono aquí.

MLE: Bueno, voy a contar mi historia. Yo nací en Apoquindo con Manquehue, en la comuna, en el departamento 104, block 18, departamento 104, de Las Condes. Bueno, tuve una niñez bien bonita, la cual recuerdo mucho, que todos los amigos que teníamos, eventualmente muchos que están –conocidos–, acá, y son como mi familia. Decir que, para mí, el día que nos tuvimos que venir acá fue muy traumático porque no quería venirme de mi casa. Tenía mis vecinos que eran mis amigos, mi familia. Entonces, interrumpir mi vida, de la manera en que fue interrumpida, es un daño irreparable. Yo pienso que el ser humano tiene derecho a la dignidad.

De la manera en que nos sacaron, no fue la manera apropiada; tuvimos que tomar nuestras cosas, de un día a otro, sin mayor explicación. Pienso que eso es un atropello a la dignidad humana. No estoy de acuerdo en la forma en que me tuve que venir, dejé a mis amigos, me vine llorando en el bus, en un camión, me acuerdo que fue; tuvimos que venirnos sí o sí. Mi mamá tenía su casa, su almacén, con el cual sustentaba el hogar, todos conocen a mi mamá, que ella tenía su almacencito en la casa, y ella sustentaba su hogar así. Cuando llegamos acá, mi mamá quedó sin sustento. Mis hermanos, que venían de estudiar y de tener buenas relaciones con sus amigos, de la población donde vivíamos, se perdió todo, no pudieron ir a trabajar, porque ellos trabajaban, de chiquititos ahí tenían su trabajo. Entonces eso significó que perdieron sus trabajos.

También significó adaptación. A nosotros, cuando llegamos acá, nos trataron de delincuentes, la gente que vivía acá nos discriminó. Eso es impagable, eso es un daño irreparable. Yo estoy en

desacuerdo con los maltratos de toda índole, y especialmente pienso que nosotros nos debemos un derecho de dignidad humana. Debemos recuperar lo que se nos quitó, lo que nos negaron. Nos negaron a tener una juventud más... nosotros vivíamos como en familia, entonces para mí, todos los que estamos acá nos conocíamos de niños. Había mucha amistad, los niños jugaban en la cancha, todos se conocían, se respetaban. Entonces esto fue un trauma, un trauma que afectó nuestras vidas, así que pienso que nos debemos este derecho, de recuperar lo nuestro.

Así es que, bueno, insto a mis compañeros, a mis amigos, a mi familia, a todos los que conozco acá, y que nos conocemos de niños, que para mí son mi familia, que hablen también (de) su experiencia. Para mí fue muy terrible, y volvería a vivir allá, si hubiera la oportunidad. Eso, gracias.

JA: Yo quiero agregar algo, a lo que dijo ella. Yo quiero agregar que hay que recordar que nos cambiaron en camiones de basura, no fueron camiones ni buses decentes. En camiones de basura, y nos tiraban las cosas hacia afuera; o sea, nadie nos bajó con comodidad los muebles. Mucha gente tuvo que dejar muchas cosas, porque no cabía en los camiones de basura todo lo que teníamos. Entonces, es importante recordar eso, que nos cambiaron en camiones de basura, y en invierno, no nos preguntaron si queríamos o no, no nos preguntaron ni nos dijeron "tal día, ustedes se van".

O sea, ellos llegaban, y "hay que irse". Al menos mis padres, tenían trabajo allá, que se demoraban, no sé, 15 minutos o media hora, que se demoraban en llegar a su trabajo, y acá eran 2 horas, en una micro, apretados, a las 5 de la mañana, fue... Yo, de hecho, repetí 2 años de colegio básico, porque no me podía adaptar a los colegios de acá. Porque yo iba a un colegio militar, entonces eran otras las reglas, otras las enseñanzas, mucho mejor, obviamente. Así es que yo, cuando llegué acá, repetí 2 años el mismo curso. Eso quería agregar.

E: Gracias, vecina. ¿Quién quiere, quién sigue?, ¿quién quiere hablar?

EEV: Yo quiero hablar, pero me pongo nerviosa...

E: Ya, tranquila, siga no más.

EEV: Es que me pongo nerviosa, pues.

E: No, pero si estamos todos en familia, así es que hable tranquilita. No se preocupe de nada.

EEV: Me llamo Eliana Espínola Vergara. Llegué a la Villa San Luis cuando tenía solamente 20 años. Ahí había unas chacras, ahí llegué yo. Antes de eso, vivía allá arriba, donde está la comisaría, de los carabineros de Los Dominicos, de allá me transportaron para que me viniera a vivir acá. Toda mi vida he vivido allá, en Las Condes con mis hijos, todos nacieron allá en Las Condes. Estoy nerviosa, les contaré que no hallo qué decir.

E: Pero tranquila.

EEV: Pero... he sufrido lo que no se imagina, cuando llegamos aquí. Las casas eran húmedas, había chinches, que casi nos comieron los chinches. Había un alambrado por cada lado, tuvimos que pagar la luz y el agua, porque los que vivían ahí no pagaron nunca luz ni agua. Todas esas cosas tuvimos que hacerlas nosotros. Así es que todas las mansas cuentas, que tenía la gente que vivían ahí. Nos trataron mal, les pegaron a mis hijos, al Washington le pegaron, los tiraron a la solera, un carabinero guatón, se subió arriba de él, pegándole. Uno le pegó, a otro lo pesqué del pelo, ¡y yo lo saqué! Pero todos éramos "delincuentes"; la señora del frente: "¡ya llegaron estos

comunistas!, ¡no estaban acostumbrados a tener casa!”. Todas las señoras del frente, nos palabreaban. Todo eso nos sucedió.

Y echamos de menos, porque cuando el señor Allende nos dio la casa, nos dijo “los vamos a cambiar allá”, me dijo. Él mismo me pasó la llave a mí, me dijo: “a usted le toca el block 18, 104”. Él mismo me pasó la llave, yo lo conocí a él en Las Condes andaba con una pala y un gorro blanco, trabajando con los obreros. Allá lo conocí yo, y no tengo nada más que decir, mijita.

JLE: Ya. Bueno, yo soy Jessica Leiva, la hija de Eliana Espínola. Yo también tengo algo que decir. Nosotros, me emociono, un poco, nosotros también, lo que nos afectó harto también fue el colegio, porque en el colegio estaban todos. Estábamos todos. Éramos la misma Villa, pero estábamos todos en el colegio. Yo conocía a mi profesora, yo iba a la casa de mi profesora. Mi profesora vivía un poquito más allá, en Vitacura, y yo iba a su casa. Yo podía ir a la casa de mi profesora, iba a dejarle cosas a mi profesora, cosas que necesitaba, yo iba a su casa. Teníamos ésa, era mi profesora jefa, que era la Mafalda Herrera, ¿no sé si alguien más estuvo con la Mafalda Herrera? Porque... ¿tú? Tú estuviste con la Mafalda Herrera. Era la profesora de nosotros, y era un amor de profesora, te trataba como de la familia.

Y nosotros, estaban ahí mis primos, todos nos juntábamos en los recreos. Porque todos teníamos primos, y amigos, y era como la misma Villa, pero en la otra parte, en el colegio, así es que ahí, nosotros teníamos otra vida. Y a fin de año, no sé si recuerdan, que hacíamos el desayuno con el Colegio Alemán, teníamos el desayuno con el Colegio Alemán, y después ellos nos iban a visitar, antes de Navidad, teníamos un almuerzo con ellos, y teníamos un desayuno. Estábamos un día entero con ellos, y pasábamos todo ese día en su colegio. Y era totalmente distinto, porque... era totalmente distinto, sí.

E: ¿Ustedes estaban en la 511?

XSR: Yo, de la 511.

JLE: No.

XSR: Yo, en el Oscar Bonilla, el mismo.

JLE: En el Oscar Bonilla. Sí, todos, del Oscar Bonilla.

CM: Era la 248.

JLE: Entonces, todos esos recuerdos, a nosotros, llegando acá, a nosotros nos decían “pellejo de Las Condes”. No sé si se recuerda, otros, que eran más grandes, que nos decían “los pellejos de Las Condes”. “Llegaron los pellejos de Las Condes”. Yo te lo digo, porque mi marido es de acá, de Conchalí, y él decía que cuando habíamos llegado nosotros, había llegado lo peor de lo peor a esta comuna. Bueno, y lo otro: discriminación, malos tratos... O sea, a una, cuando ya la empezaron a conocer, a lo mejor no. Pero cuando recién llegamos, nosotros tuvimos malos tratos. Yo aquí, me accidenté, me luxé una cadera, y de ahí ya no pude estudiar más, porque bueno, al año siguiente, de nuevo me pasó un accidente, y estuve dos años sin estudiar. Y ahí, a mi mamá le dijeron “tú cuida a tu hija, por la salud de tu hija”. Y mi mamá decidió no mandarme más al colegio, y yo no fui más al colegio. Entonces yo me quedé con sexto básico, hasta ahí llegué.

Yo creo que, en otras instancias, a lo mejor hubiese podido estudiar otras cosas. Bueno, yo después, con el tiempo, estudié otras cosas, tengo un pequeño título por ahí, pero estudié otras cosas. Pero sí, al llegar aquí, fue muy difícil, sobre todo para mi mamá, porque mi mamá vivió toda

la vida allá, desde los 20 años, llegó allá, toda la vida vivió allá. Mi papá trabajaba en El Mercurio, repartía los diarios, era suplementero de Vitacura. Entonces mi mamá, nosotros teníamos no un mal pasar, como yo creo que ninguno tenía un mal pasar, porque todos nos movíamos por ahí, todos teníamos un buen pasar. Lo que pasa es que acá, después, las distancias eran demasiado lejos. Mi papá cruzaba la pirámide en bicicleta, cuando la pirámide era de tierra. Y el papá de otro, y sí, otros vecinos que también trabajaban en El Mercurio y era de tierra.

Así que era muy lejos. La mamá de ella trabajaba en la feria, y también tenía que estar mucho tiempo en micro, y la calidad de vida se echó a perder mucho. Mi mamá dejó de trabajar, acompañaba a mi papá a trabajar, pero mi mamá tenía almacén, y nosotros arrendábamos bicicletas, así es que mal pasar no teníamos. ¿Se acuerda?, la señora se acuerda de nosotros. Y así, yo creo que esto fue... Bueno, fue una violación de derechos humanos, ante todo. Independiente de que a nosotros nos hayan erradicado de allá, podría haber sido de mejor manera. No se merecía.

Y lo otro, que yo me recuerdo, que, en las noches, allá hacían allanamientos; cuando ya fue el Golpe militar, empezaron los allanamientos, y ahí sacaron a los papás de todos, los pusieron en un círculo, y en el medio estaban los militares, todos apuntándolos. Todos los que tuvieran 15 años hacia arriba, salían. Estaban casi en pura ropa interior, estaban todos, y ahí empezaron a apuntarles a todos. Y bueno, por eso, todo lo que pasó después del Golpe militar.

JA: No, y también rompían las cosas de adentro, de los hogares. También rompían los colchones, porque decían que teníamos cosas, adentro de la ropa de cama, y todas esas cosas, y las rompían también. Yo de eso me acuerdo, y eso que estaba chica. Así que también me acuerdo de eso, que los sacaban afuera. Y en la madrugada, o sea ni siquiera era una hora... Eso también era...

H1: Yo soy Mauricio Collado, y quiero contar mi historia, mi vivencia. Que nosotros venimos de la población de Colón Oriente, y nos fuimos a vivir a la Villa San Luis, en la cual mi madre postuló con mi padre y salieron favorecidos con esos departamentos. En ese tiempo, bueno, nosotros vivíamos ahí, mi mamá crió muchos hijos, "hijos postizos", por ahí crió. Como 10 hijos, en total. Ahí teníamos nosotros nuestro trabajo, salíamos a la calle de niños, salimos a la calle nosotros a ganarnos... porque igual todos los que venimos de la Villa San Luis, somos todos luchadores. Todos. Todos aquí, en general, todo se ha dado aquí. Cuando llegamos a nuestras casas, estas en las que estamos viviendo ahora, todas eran con unas rejas, con unos alambres, entonces, todos tuvieron que reparar sus casas, porque igual se metían en esos tiempos a robar.

Acá, nosotros los primeros años andábamos con miedo. Salíamos de repente a la calle, porque igual andábamos con miedo, nos quisieran robar en la casa, o cualquier cosa, ahí trabajaba mi madre y mi padre. Pero allá, en la Villa San Luis, nosotros teníamos todo accesible. Salíamos a la calle y andaba la gente, los patrones de ahí, de las mismas casas, cerquita, nos iban a buscar: "¿quieres ganarte unos pesitos?, ¿cortar el pasto, encerar, cualquier cosa?", no fallábamos en nada, estábamos en todo eso. Entonces, igual, venimos de gente toda luchadora y nos costó adaptarnos acá, porque en esta Villa... dejar a nuestros compañeros de colegio. Igual en las noches uno soñaba, y tenía esos sueños, como que aún uno sueña como que está en el colegio, allá arriba. Tiene esas vivencias y cuando despierta, como que despierta acá y como que se encuentra en otra dimensión.

Pero los años bonitos, nosotros lo pasamos bien allá arriba. Lo pasamos bien, porque todos los niños, no teníamos accesible la tecnología de ahora, entonces jugábamos entre todos los que (nos) conocíamos, eran juegos, jugábamos al Tombo, a cualquier cosa, y nos llenaba. Y se nos hacía eterno el día, se nos hacía eterno. No como ahora, que la tecnología ahora nos dejó chicos. ¿Ah?, sí, justamente. Entonces igual nos ha costado, porque como decía yo, igual como nos

sacaron de la Villa San Luis, con ese miedo, porque llegaron los militares, y al mostrar un arma, cualquier cosa, la gente igual, los papás de nosotros nos iban a proteger; no íbamos a quedarnos así. Entonces tuvimos que venirnos acá no más. Pero con los años, igual nos hemos acostumbrado, hemos arreglado nuestras casitas y hemos salido adelante, gracias a Dios. Muchas gracias por escucharme, y eso.

IC: Me llamo Irlanda Carvajal y vengo de la Villa San Luis. Les quiero contar que fueron momentos muy lindos, allá, los primeros tiempos que estuvimos, fueron hermosos. Pero al pasar el tiempo, yo tuve la pérdida de mi hijo mayor. Él partió del escenario de esta tierra. Y yo estaba trabajando, fue algo muy rápido, porque le dio peritonitis y lo llevamos al hospital en la tarde, cuando yo llegué del trabajo, y en la tarde, falleció en la misma noche. Y yo, vez que entraba a su pieza, pensaba que él estaba ahí, tenía esa cosa en mi corazón, de que estaba ahí. Y sabe qué, de la noche a la mañana, fueron a avisarnos que íbamos a ser desalojados. Y fue una tristeza muy grande, yo hasta el día de hoy, me da mucha tristeza recordarlo. Porque en ese tiempo yo estaba más sola que acompañada, estaba con los puros niños no más.

Y llegan como a las 5 y media de la mañana a sacarnos, y empezaron a sacar todas las cosas, como decía esta niña, y las tiraban como cualquier cosa, no les importaba nada. Y sabe qué, yo salgo con mis chiquillos, y poco podía sacar, porque no tenía fuerzas tampoco, así es que muchas cosas se quedaron allá. Trajimos lo justo y necesario. Y triste, porque una había luchado tanto para conseguir esas cosas, y las perdimos así, como si nada. Y acá, volvimos a empezar de nuevo otra vez. Y con el miedo, porque a nosotros no nos querían, acá. Nos decían que éramos delincuentes, que éramos comunistas, y nadie nos quería. En la noche, venían a apedrear las casas, nos quebraban los vidrios, fueron días muy difíciles, muy difíciles. Pero, gracias al Señor, salimos adelante y aquí estamos todos unidos.

Pero allá arriba era muy lindo, porque era como una comunidad tan hermosa, que había, porque todos los vecinos éramos unidos, y si a alguno le faltaba algo, el otro lo tenía, y así. Pero acá fue distinto, porque no teníamos a quién acudir. Pero fue muy triste, porque perdimos muchas cosas, y tuvimos todos que empezar de nuevo. Y muchas más cosas, que les podría contar, pero hay que darle la oportunidad también a las otras personas que quieren hablar. Así que fue terrible. Sabe que cuando llegaron los militares, nosotros teníamos cosas guardadas, pero pequeñas cosas, ¿y sabe lo que hacían?, tomaban todas las cosas y las echaban a la tina, con agua. El azúcar, el arroz, el Omo; todo lo tiraban ahí. Y yo era la única que estaba dentro, porque los niños estaban afuera, con su padre. Y yo era la única que estaba adentro y no podía hacer nada.

Así que fue terrible, oiga, terrible. Porque tanto que nos había costado conseguir, porque había que hacer las medias filas, para conseguir algo, pero al final todo se perdió. Todo se perdió, porque ellos lo botaron. Como que nosotros estábamos acaparando cosas, y no era así, porque eran pocas cosas. Pero todo lo que tenía lo botaron, lo echaron a la tina con agua. Así que fueron hartas cosas y yo tenía muchos niños, así que me fue muy difícil salir adelante. Pero gracias a Dios, aquí estoy, luchando todavía, dándole gracias a Dios por todas las cosas que nos han pasado, y teníamos que seguir adelante, mirando el blanco perfecto de Dios, no más. Así es que gracias por la oportunidad, muchas gracias. Que Dios les bendiga.

E: ¿Usted, vecina? La señora... ¿usted habló ayer?

JA: Yo soy Juana Alborno Lavín. Cuando llegué a Vitacura, por ejemplo, no había casas, no había población, solamente existía el Club de Polo. Y nosotros empezamos a la orilla del río, con unas ruquitas. En vista de eso, que el río subía, venía la gente a buscarnos en auto y nos llevaba a la Escuela Militar, por los niños. Y si bajaba el río, nos volvían a la población. Entonces, cuando vino

el Golpe... cuando subía el río la gente nos venía a buscar, porque vivíamos en ranchitas, y nos llevaban a la Escuela Militar; bajaba el río, y nos volvían otra vez a la población. Cuando ya se empezó a hablar de que nos iban a hacer una población, y nos iban a hacer departamentos, ¡felices! Porque eso era todo potrero, por la Escuela Militar hacia allá, era un potrero, un fundo; eran dueños unos padres franceses, que se fueron de Chile.

Entonces esos donaron una parte del dinero para que le hicieran una población a la gente que vivía a la orilla del río. Entonces, cuando nos hicieron los departamentos, para que saliera muy rápido, muchos maridos en la noche iban a hacer los heridos, para el agua potable, para que se apurara más luego, para cambiarnos. Y ya cuando ya nos cambiaron, felices. Cuando ya vino el Golpe, así que ya no era nada muy feliz, la cosa. Yo le trabajaba a la embajada de Estados Unidos, estaba trabajando en ese entonces, el día del Golpe me mandó, llegué a las 8 de la mañana, a trabajar a la embajada, y la embajada me mandó al tiro para a casa, y ella me avisó que iba a haber un Golpe de Estado. Yo me fui para la casa, a los departamentos, y cuando llegamos ahí, nos tuvimos que encerrar, porque de ahí, de nosotros, donde vivíamos nosotros, veíamos cuando tiraban las bombas, las tiraban a la casa de Allende.

Y ya, seguimos trabajando, seguimos ahí, cuando de repente empezaron a sacar a la gente, de a poco. Unas se fueron para arriba, para Las Condes, arriba, y nosotros no quisimos, yo, por lo menos, no me quise ir a ningún lado. Cuando vine, yo seguí trabajando, cuando llegué a mi casa, porque esto, nadie sabía que nos iban a sacar, esto fue de repente. Nos sacaron en la tarde. Yo llegué del trabajo, y vi que había unos camiones, y mis niños estaban todos llorando, asustados, y nos llevaron allá, a la población, del Pedro (Aguirre) Cerda. Llegamos allá, y los departamentos allá eran medio oscuros, los departamentos estaban llenos de basura, porque tenían esas canoas, que echaban para abajo, antes, entonces echaban la basura desde el cuarto al primero. Estaban todos rodeados de basura, los departamentos.

Estaban llenos de chinches, los departamentos; a mi marido, por ejemplo, casi se lo comieron los chinches. Y ahí seguimos nosotros, luchando, trabajando, nosotros queríamos quedarnos ahí, pero no hubo caso, tuvimos que, empezaron, llegaron los niños, que tenían que estar y no salir a jugar, porque había gente de más allá, gente que creía que nosotros éramos comunistas, a pegarle a los niños. La sufrieron mucho los niños, también. Esa es la historia que le puedo decir.

E: Ya, señora Juanita, gracias.

ELB: Ya. Hola, buenas tardes, me llamo Erika Larrañaga Benavides, yo fui habitante del block 14, departamento 204, el edificio que todavía está, que va a ser museo.

E: Los blancos.

ELB: No, el museo, donde está el museo. De colores. Bueno, llegó el Golpe de Estado y al despertar, cómo se llama, empezó el bombardeo, empezó el Golpe de Estado y nos rodearon de militares. La población estaba toda, toda llena de militares y con tanquetas. No nos podíamos asomar a las puertas, no sabíamos cómo estaba la vecina de al lado, o la otra, la otra, porque en las escalas del edificio, al lado, abajo, tú e asomabas a la ventana, y te decían “¡déntrate, por las de tu madre!”, y pasaban balas. Y te apuntaban, te decían “te metes adentro”. Y el día 14, fuimos allanados a las cinco de la mañana, con camiones del ejército; llegaron unos inmensos hombres, grandes, yo nunca me voy a olvidar, venían pintados sus caras como de guerra. Los cascos, hasta aquí, lo único que se les veía, eran unos ojos preciosos, y yo siempre he sido baja, entonces yo los miraba para arriba, y los ojos lindos; se veían hombres que eran de la Escuela Militar.

No eran de otro lado, no eran del ejército, del regimiento Buin, ni ninguno otro; eran de la Escuela Militar. Y esa gente fue horrible con nosotros; atrevidos, insolentes. A mí me allanaron, y me decían, no me nombraban, sino que puro garabato, y me decían "¿dónde están las armas, dónde tení las armas guardadas?". Yo había tapizado, me había comprado un juego de living usado y lo había tapizado, y un militar, con un yagatán lo tomó, así, y los rompió todos, buscando armas, ¡y no había nada! ¡Si no hay nada!, "¿cómo que no hay nada?" Después, la ducha, la tina, rompieron la tina buscando armas, rompieron el estanque buscando armas. Entonces, llevaron a todos los hombres, en puro pantalón, al frente, a las canchas, del estadio de la U, de la Universidad de Chile, y ahí ellos tuvieron como dos días, tres días, al sol, parados. Nosotros no sabíamos qué pasaba con ellos y ellos no sabían qué pasaba con nosotros. Los niños lloraban, y los milicos nos decían "hace callar a este guacho, tal por cual, porque o si no, te vamos a patear".

Y de repente, te llevaban a la pieza, a una de las piezas, y te decían "si no soltai la pepa, te voy a desvestir, y ya sabis lo que te va a pasar". Y yo era una mujer con 22 años, entonces yo les decía, "pero cómo, me estás hablando de que yo soy extremista, ¡si yo no tengo idea de nada, no sé nada, de nada!, ¿cómo les voy a decir algo que yo no sé?", "tení que saber, po, tal por cual, tení que saber". Entonces me decían "tus vecinas dicen esto, y lo otro", "¡no pueden decir eso mis vecinas!, imposible. Cómo van a decir una cosa". Y así, nos indispusieron unas con otras, eso fue lo más terrible. Después, fui allanada otra vez, y después fui allanada otra... tres veces allanada. Muchas veces. ¿Y sabe lo que tuve que hacer en mi casa?, me conseguí unos calendarios con militares, y los colgué en la muralla, para que así dijeran "¡ah!, estás a favor de nosotros", para poder amortiguar un poco la cosa. Y eso, me lo dijo una doctora, porque yo hacía, trabajaba en la Clínica Alemana, de reemplazo, entonces la doctora me dijo "¿qué vas a hacer?", "¡no sé, estoy desesperada!", "¡haz esto!", y ella me regaló el calendario, para poder amortiguar un poco la cosa.

Pero fuimos muy, muy mal llevadas, mal tratadas, humilladas. Y ellos nos cortaron nuestros sueños, nuestras ilusiones, ¿y por qué motivo?, nosotros siempre fuimos allegados. Porque nosotros, ¿cómo partimos nosotros, la Patria Nueva?, partimos de Colón, hijos de la Colón. Nosotros nos fuimos a un terreno que nos iban a vender unos curas, cerca del reactor nuclear, pero parece que el reactor nuclear les ofreció más plata a los curas, y los curas se lavaron las manos. Y ahí, ya habíamos comprado, porque era autoconstrucción, y compramos casas en el Hogar de Cristo, y alcanzamos a estar como cuatro o seis meses en esas casas. Cuando salió Salvador Allende, nosotros quedamos a manos cruzadas; nos fuimos a Tomás Moro, todos los días íbamos, cinco, seis, diez, y le gritábamos, le gritábamos. Y él entraba a su casa, y a las finales nos mandó a una persona a decirnos qué era lo que necesitábamos. Entonces le dijimos que nosotros necesitábamos hablar con él, porque necesitábamos solución de vivienda. Entonces nos dijo "¿qué hacíamos nosotros en esa comuna?", y le dijimos "somos hijos de la Colón, hijos de los padres".

Nosotros, la familia mía, fue criada en Farellones, porque mi padre fue perseguido por González Videla, y mi padre arrancó a Farellones, entonces desde ahí que nosotros conocimos Farellones. Vuelvo a los del este; el presidente nos mandó a una persona, y ahí fue don Carlos Cortés, que fue el ministro de la Vivienda. Y el ministro de la Vivienda dijo "yo no sé cuánta plata hay", dijo, "en Serviú", CORVI, que había antes. Entonces vino, y nos dijo, "¿con qué cuentan, ustedes?, ¿tienen algo de ahorro?", "¡sí!", todos teníamos libreta, inclusive yo ahora, entregué mi libreta de ahorro, yo alcancé a tener mil y tantas cuotas, para poder postular. Porque ellos decían "nosotros no podemos regalarles nada", y ahí ubicaron el fundo San Luis.

El fundo San Luis, era con surcos de plantación de tomates, nosotros tuvimos que llegar a emparejar, y el Serviú nos hizo un campamento de tránsito, que eran como 10 casas, dos letrinas, agua y luz. Y ahí nos ripiaron toda la... ¿te acuerdas, Cora?, ¿sí? Tú eras vecina de la manzana

nuestra. Y nos hicieron un “comunitario”, que era para nosotros, y ese comunitario, lo hicieron después una escuela. Esa escuela se llamaba Patria Nueva, y la cambiaron a Óscar Bonilla, cuando ellos entraron, esa fue la peor, peor, cuchillada que nos hicieron, porque no merecíamos tener a Óscar Bonilla, porque Óscar Bonilla era un milico. Era un milico, no era....

[Hablan todos a la vez y les piden silencio]

ELB: Como les digo, ¡sí! Claro. Después, de ahí vino una nevazón muy grande en Las Condes, muy grande. Vino Cortés, el ministro, y nos dice “chiquillos”, nos llamó al comunitario, y nos dijo “chiquillos, necesito un trueque con ustedes. En los departamentos están terminados la torre 16, están con agua y alcantarillado. Lo que no tienen es luz”. Y nos llevaron, pero “con la condición de que ustedes nos dejen el campamento tal como está, y nosotros traemos a la gente que está anegada”, se los había llevado el río, y los llevaron al campamento, y nosotros fuimos trasladados a la torre 16.

Y vivíamos de a tres familias en un departamento, para poder, la otra gente, que estaba mal, estuvieran mejor. Y dejamos todo, incluso dejamos hasta cocinas, muebles, todo, todo dejamos, para que la gente que venía llegando, que no tenía nada; venían con lo puesto, con lo puesto. Pero eso es lo que da rabia, la injusticia, y te duele, que nos hayan tratado de toma. Nosotros nunca fuimos una toma, a nosotros nos llevaron a un campamento, pero. No, no nos llevaron, nosotros no nos tomamos ni los departamentos, ni nos tomamos el campamento. Fuimos asignados por una autoridad. ¿Por qué tenemos ese monolito de Carlos Cortés?, porque había un obrero de la construcción, y mi hermano Juan Carlos Larrañaga le pidió que hiciera un monolito. Ese monolito todavía está en propiedad de los Larrañaga, está en mi casa, porque como mi hermano falleció, me hice cargo yo de él, porque sus hijos no tienen dónde llevarlo, viven en departamento.

Y como les digo, nosotros pasamos por humillaciones, bajezas, pobreza. Nos cortaron las alas. Para comprar una cocina juntamos chaucha por chaucha, porque las casas comerciales a nosotros no nos daban crédito. ¿Y qué profesión teníamos nosotros?, empleadas domésticas, nanas, chaperonas, de un cuanto había. Mano de obra, nosotros le prestábamos servicios a Las Condes. Después de eso, lavandería, después de eso yo seguí trabajando en la Clínica Alemana, en ropería y costura. Entré a costura primero y estuve 10 años, 10 años de reemplazante, en la Clínica Alemana, sin un contrato. Y después de eso, tuve que atravesar todo Santiago para llegar, yo entraba a las 8, y tenía que irme a las 6 de la mañana.

Y no iba con una, iban varias de mis vecinas, que salían a trabajar; usted, iba a trabajar junto conmigo, la señora María, muchas de las vecinas. Usted, también, iban juntas. Salíamos tempranito, porque seguíamos prestándoles servicios a los ricos. Y no había otra cosa, si nosotros desgraciadamente fuimos personas sin grandes educaciones, estudios. En ese tiempo no podíamos, no hacíamos nada. No tuvimos opción de estudios, como ahora, los chiquillos, que han podido estudiar; nosotros no pudimos. Yo tengo un sexto de preparatoria, pero orgullosa y soberbia con lo que yo he podido hacer. Yo saqué mi casa adelante, yo pude seguir adelante, yo sin la ayuda de mi marido, porque después, ¡los maridos de nosotras, se pusieron sinvergüenzas!

Convidame agüita, una botellita que está ahí. Se pusieron sinvergüenzas, sí, me la traes, esa; se pusieron sinvergüenzas, porque no encontraban trabajo. Se pusieron a quedarse en la esquina y una trabajaba. Y para qué decir, cuando llegamos acá, en La Gonal, y no sé a cuántas vecinas les pasó en otros lados. Entonces, ¿qué hicimos?, tuvimos que apechugar solamente nosotras para poder sacar la vivienda, sacar vivienda e hijos adelante, no tuvimos otra opción. No tuvimos. Pero como le digo, si esto va a ser para beneficio, bienvenido sea. Yo, como dice Santo Tomás de Aquino, hay que ver para creer. No confío, no confío, porque ya una persona nos engañó, que fue

la Aguayo, entonces digo, no vamos, de nuevo, que nos metan el dedo en el ojo, por no decir otra cosa, para no ser grosera.

Pero como les digo, tenemos que seguir, y apechugar, ¡y no flaqueemos! No flaqueemos. Nosotros, yo tengo 74 años y no importa que las patas las tenga malas, pero la cabeza bien puesta, y los sentimientos buenos. Y ayudar a los que vienen, a los hijos de nosotros. Pero como les digo... Para los nietos.

IC2: Necesitamos una compensación. Obvio, a todo nuestro esfuerzo, porque eso es de nuestros padres; porque mi mamá se esforzó por eso. Ella también fue asignada, ella no se apropió de nada. Nos expropiaron de nuestros derechos y debemos luchar por eso.

ELB: Sí, por los derechos. Yo, en Las Condes trabajé con doña Tencha Bussi, trabajé con doña Lilian Silva. A mí, la primera donación que me dio la Tencha fue una lavadora, de esas redondas. Quedó una bodega llena de lavadoras, no supimos nunca qué pasó con eso, porque dijimos, "¿a dónde vamos a ir a reclamar lo que nos habían dado?". Y era para todas las pobladoras de la Villa San Luis, ¡pero no supimos qué pasó!, ¡nunca se dieron!, ¡nada! No supimos qué es lo que pasó. Y venían muchos beneficios. Bueno, teníamos un buen consultorio, teníamos, ¡joye!, un buen consultorio. Nos pusieron, a las que no queríamos tener más chiquillos, nos pusieron la T, y ahora la T vale 770 lucas. Y a los niños los atendían bien (todos hablan). Mira... teníamos unos colegios divinos, ¡los chiquillos iban al colegio con el hijo del patrón!, y no había... no me acuerdo, era Nuestra Señora del Rosario, sí.

L: Si yo vivía ahí, en la calle San Luis.

ELB: ¿Sí? Claro, y los cabros iban con una excelencia de notas, ¡6.8! Entonces acá, el cabro se fue a la porra, porque estaba en cuarto...

L: A todos nos pasó eso.

ELB: Estaba en cuarto año, pero el cabro decía, "¡no, si estos están re atrasados!, voy a puro lesear al colegio".

L: Estaban atrasados, pero si yo repetí dos años acá, yo repetí el quinto básico dos veces.

IC2: A mí me costaba adaptarme, y había discriminación porque tenían apellido mapuche, había discriminación por los niños que eran morenitos, había mucho *bullying*.

L: A los que venían de arriba también les hacían *bullying*.

ELB: ¡Sí, pues!, sí. Fue peor.

L: ¡Los golpeaban!

IC2: Nos agarraban con el... ¡les pegaban!, no podían decir ni pío, ni que "no sé esto".

ELB: Cuando fuimos aquí, a la... ¿Alfonso González es la calle? Alberto González, a poner a los chicos al colegio, el director nos dijo "no se levanten tanto, porque vienen de Las Condes, si es una ciudad muerta". Y en realidad, claro, dijimos "sí, tienen razón", si nos echaron. ¡Espérense, lo que me pasó!, déjenme contarles, lo que me pasó cuando me echaron al camioncito. A mí me

cambiaron en un camión donde sacaban material, arena, bolones, ¿ya? Entonces a mí me tiraron las cosas del segundo piso, pusieron la cola y me tiraron las cosas. Ya, no importa. Vamos bajando por la pirámide y era un camino de tierra, ¡ni pariente, ahora!, porque ahora te perdis, po, entonces vamos llegando al Salto, un carabinero. Y les dice, “¿para dónde van?”, “a Conchalí”, “¿y por qué van con esto, de dónde se lo robaron?”, y yo le dije, “¡cómo que me las voy a robar, si son mis cosas!”, “no señora: detenida”. Todo el día, detenida en la comisaría del Salto.

¡Qué santo me sacó, para que me fuera para afuera!, parece que lloraban mucho los cabros, porque ahí me dijeron “ya señora, váyase para la casa”. Llorando, con hambre, a una casa fea, sucia, el patio abierto, entero el patio abierto, sin ninguna protección, nada. Tú veías lo que hacía el otro, y el otro de allá. Ibas a trabajar, y tu casa quedaba abierta; la reja del ante jardín era una mugre. Era un alambre. Entonces, ¡cambiamos carne por charqui!, y nosotros no tuvimos pataleo, esto fue un atropello humano. Espérate, ¿cuánta plata nos cobraron la primera vez, por la basura? Y yo, hasta el año pasado, recién pude lograr sacar mi casa, porque era propiedad del Estado esta casa. Dije, no puede ser que me sigan sacando los milicos.

L: Un día, mi mamá, llegó un camión, y vino a embargarle unas cosas, en una propiedad que tenía mi mamá, porque la persona que vivía en la casa que nosotros estábamos habitando debía plata en todas partes. Y a mi mamá, dale que le iban a sacar las cosas; mi mamá fue a buscar su carnet, y que no era la persona a la que ellos querían quitarle las cosas. Así que gracias a eso se pudo...

IC2: Yo le hice una demanda al Ministerio de Defensa, porque a mí también me empezaron a implicar en muchas deudas de un militar. Por lo tanto, me dirigí al Ministerio de Defensa hasta que ubiqué al tipo y tuvo que cancelar todo, porque yo estaba con orden de embargo, también. Sí, sí. Así es que no fue, bueno, mi hermana ya ha hablado, lo más que vivimos casi juntas, de todo el atropello que tuvimos. Y eso no sería nada, porque aparte de eso, llegamos a un atropellamiento también, aquí al barrio. Porque aquí al barrio, la gente, la mayoría, eran de carabineros y nosotros éramos las “prostitutas”, traíamos ladrones, traíamos de un cuanto hay. Claro. Entonces fuimos discriminados, muy discriminados.

ELB: Fuimos más discriminados que en Las Condes.

IC2: Claro, fuimos muy discriminados aquí en este barrio. Que yo dije: nunca voy a saludar a ninguna vieja de estos lados, para acá, porque ellos no me conocen, no saben quién soy yo, ni nada. No soy la reina Isabel, pero soy una persona que me siento importante. Así es que creo que ahora, por ser partícipe de la junta de vecinos, que vine –me metí a la junta de vecinos para corretear ladrones, sí, es verdad-, para que alguna vez se viera plata en esta junta de vecinos-, y creo que lo he hecho bastante bien. He visto la plata, se ha visto. Por lo tanto, me he visto como en la obligación de empezar a saludar, pero también se los he enrostrado, se los he dicho. ¿Se acuerda, señora, cuando usted me dijo tal cosa?, “¡Nooo!”, ¡sí!, usted: usted dijo tal cosa de nosotras. Y ellos no nos conocían a nosotros, no nos conocían, para nada.

L: Esto pasó en todos los barrios, ¿ah?, en todas las partes que fuimos a parar.

IC2: Oye, ¡pero si estábamos llegando a Conchalí no más, a La Gonell!, no estábamos llegando...

L: Esto para nosotros fue, primero que nada, fue terrible, porque tener que vivir, convivir con gente que no nos quería. No nos querían acá. Entonces ya, para nosotros fue una discriminación, que tuviéramos que vivir en torno a personas que no nos querían. Nosotros nos sentimos, todos, súper pasados a llevar, se nos tachó de algo que no éramos. Mis hermanos toda la vida han trabajado en comercio y son personas trabajadoras; yo soy trabajadora, mi hermanan es

trabajadora, y nadie le ha ido a robar nada a nadie. Pero a nosotros nos trataron como si éramos lo peor de lo peor. Eso nos afectó nuestra vida, nuestra infancia, porque tuvimos que pasar, de un momento a otro, de estar felices, de vivir en un entorno donde uno se sentía completamente feliz. Mi papá era entrenador de fútbol, tenía su dinámica en Las Condes; tenía un grupito de niños, donde les enseñaba a jugar fútbol, los niños eran todos respetuosos, yo me acuerdo de Mauricio, que estaba siempre con mi papá, y muchos de acá, que también eran como alumnos de mi papá. Todos se saludaban, éramos una familia. Eso es lo que pasó. El venirnos acá significó que pasaron muchos sucesos, que nos trataron mal, perdimos nuestra educación, donde nos sentíamos cómodos, acorde a toda nuestra generación; nos criamos con los hijos, aquí somos todos hermanos y amigos. Fue muy bonito haber nacido en San Luis. Lo terrible es que terminó como una pesadilla. Nos expropiaron de nuestros sueños, como dijo la mamá de la Loly, que yo le digo así.

EEV: Lo peor del caso, es que nosotros íbamos a cambiar la raza. Íbamos a educarnos.

IC2: Exacto.

EEV: No a nosotros, pero a los chiquillos, a ustedes. Iban a ser educados, íbamos a tener otra calidad de vida. Cuando llegamos a un departamento desocupado, que traíamos las camitas y todas las cosas, y después, ¡cómo ordenamos esto! Aquí jugábamos, jugábamos. Fue el “sueño del pibe”, porque nos sentíamos grandes, nos sentíamos realizadas. Nos empezamos a sentir, a ver, si nosotros durante todo el día le hacíamos aseo a las casas, a *bungalows*, y después llegábamos a una piececita, toda... Pero cuando llegamos al departamento, ¡fue como llegar a la casa del patrón, pues! Y nos sentíamos, pero inmensas, ¿ah? Yo estaba en la clínica y me veía los calzones, pues, con el suelo que brillaba. Pero en mi mediagua, no, pero cuando llegué al departamento, me cambió la vida. Aprendí a hacer el amor en el departamento, tuve mi privacidad, aprendí a conocerme, a valorizarme como persona, como mujer. Ya dejé de que hubiera cuatro cucharas en una olla; yo preparaba mi comida, yo mandaba a mis cabros. Pero después del 73, yo retrocedí, pero, ¡miles de años!, miles de años. Y acá, llegamos a la pobreza más consumada, porque no me van a decir que ese 86 fue horrible, horrible. Horrible. Pero si se perdieron grandes trabajos.

[Hablan todos a la vez]

XSR: Hola. Yo me llamo Ximena Salinas Rodríguez, voy a hablar mi testimonio. Yo fui muy feliz cuando niña, viviendo en la población El Esfuerzo, a la orilla del río Mapocho. Yo conocí todo lo que ella conversó, yo lo conozco. El Club de Polo, mi papá trabajaba ahí y yo tuve una casa digna, a pesar de que vivía en el río, tenía una casa de madera, mi madre hacía todo lo posible porque nosotros viviéramos bien. Mi mamá, para juntar la plata para pagar las cuotas del departamento, mi mamá tenía una televisión y le daba películas a la gente, a los niños. Iba a La Vega, a las cinco de la mañana, compraba cositas para dulces, tenía su negocito, y así ella juntó peso a peso para tener las cuotas para el departamento.

Y yo siempre he dicho lo mismo: a nosotros no tenían por qué habernos quitado el sueño de nuestros padres. O sea, yo soy joven todavía, aquí hay muchas mamás de edad, como ella, pero nos quitaron el sueño. Yo me fui de 14 años, de la Villa San Luis. Pero nos quitaron el sueño, de nuestros papás, porque yo vi cómo mi mamá lavaba 50 camisas al día para juntar peso a peso, para tener las cuotas. Entonces que después ella logró lo que quiso, y después le quitaron el sueño. Nos quitaron el sueño. Yo no me quería ir a la Villa San Luis; yo estaba acostumbrada a estar metida en el barro, sacando agüita de una llave, para varias familias, ¡yo era feliz!, porque yo

me bañaba en el río. Pero después aprendí que, a donde yo me fui a vivir, empecé a conocer gente, y conocí a mucha gente de todos lados de la Villa San Luis. Y tuve que, del colegio Inmaculada Concepción, que estaba en Vitacura, me tuve que ir a la Ho Chi Minh, a estudiar. Ahí lo conocí a él, a los... ¿cómo te llamas tú, niño? Mauricio, yo te conocí en el Ho Chi Minh, ¿cierto?, sí, llegué al colegio de él. Y sabe usted, que yo, de todo lo que aprendí en la Inmaculada, yo retrocedí en el Ho Chi Minh.

Él es testigo, que yo no podía aprender, yo me bloqueé, del cambio donde yo vivía en la San Luis, no me podía acostumbrar. Mire, como dicen, yo jugaba juegos de hombres, ¿ya?, jugábamos juegos de hombres, él era mi *partner*. Entonces, a mí me cambió la vida, me cambió al cien por ciento, de irme de la San Luis. Pero yo digo, ¿por qué, si a nosotros nos dieron un sueño?, bueno, a los niños de ahora, de vivir dignamente, de una casa de madera a un departamento, ¡es otra cosa! Nosotros éramos felices; la Villa San Luis en todo su entorno, de los Arqui, los rojos, donde yo vivía, los Arqui, los rojos, eran ellos, los blancos, éramos todos amigos. Todos, todos los niños, que ahora, que yo tengo 59 años, éramos todos amigos. Yo, ¿sabe qué?, yo le trabajaba al frente donde yo vivía, en el block 12, había un matrimonio que eran militares, y yo les trabajaba a ellos, y le trabajaba a una gente, al frente. Y juntaba platita y se la pasaba a mi mamá, para que mi mamá comprara las cosas y nos tuviera bien. Y no me arrepiento, de chica.

IC2: Hay otra cosa, que nosotras todas pagábamos dividiendo.

XSR: ¡Todas pagamos!

IC2: 70, 71, 72... cuatro años, pagando dividiendo...

XSR: Es que yo llegué a vivir el 71, ahí, yo vivía en la población El Esfuerzo.

IC2: Nunca hemos sabido dónde quedó esa plata, dónde quedó todo eso.

XSR: Sí pues.

IC2: Ahora, la gente, porque a nosotros nos reubicaron, entonces a nosotros nos reubicaron por deudas. Porque así dice en el papel, por deudas.

XSR: Sí.

IC2: Entonces, ¿qué pasó? Ellos se llevaron a los militares allá. Cuando vendieron la Villa San Luis a los militares, a los militares les dieron indemnización y les dieron una millonada de plata. Nadie pide que a nosotros nos devuelvan millones, pero, ¿por qué lo que hicieron?, ¿por qué los indemnizaron a ellos y no a nosotros?

L: Porque acá estamos pagando dividendos.

XSR: ¡Sí pues!

L: Eso ya debería estar cancelado.

IC2: Pero nosotros éramos deudores de la Villa San Luis. Y a esa gente los indemnizaron y se los llevaron, a los milicos. Cuando la asistente social, cuando yo le pregunté por qué los llevaban, "porque el señor Pinochet necesitaba a sus tropas más cerca". Y la declararon zona militar; ¿qué hicieron los militares? Espérense. Yo una vez fui a visitar la Villa, sólo pasé y me bajé, una

asquerosidad que tenían los militares, hecho. Y decía “la Villadela”, algo así de Las Condes, pero eso fueron los militares que se llevaron, no fuimos nosotros. ¡No fuimos nosotros, fueron ellos!

L: Pero si las casas que nos entregaron eran casas completamente cochinas. En esas casas no había una plantita, nada, porque como ellos no pagaban, no hacían absolutamente nada. Era propiedad de ellos. Acá, la señora.

XSR: Ya, pero dónde se me fue... Ya, yo pienso que el daño que nos hicieron a nosotros es muy grande. Mis papás se fueron con el dolor de no haber sabido de una indemnización, nada. Ellos se fueron muy dolidos, porque mi mamá trabajó codo a codo y juntó la plata. ¿Y saben quién fue la persona que le pasó la plata para comprar el departamento, para pagar todos los dividendos? – que ahora está fallecido– don Manuel Pizarro, que era un periodista deportivo, con don Julio Martínez. Ellos les dieron la plata a mis papás, a mi mamá, para que pagara el departamento. El departamento se pagó y mi mamá le trabajaba a ellos, porque mi mamá trabajó con puros periodistas deportivos. Entonces, pienso yo, ¿y ese robo?, ¿dónde está?, ¿qué hicieron?, ¿por qué nos echaron de esa manera? Yo me fui en un camión con cinco familias, llegué a la Villa Alessandri, y mi casa llena de chinches, llena de chinches, había de todo. Sí, llena de chinches, pulgas, arañas, las murallas rotas. Entonces digo yo... No puede ser que sigamos, hasta cuándo.

LSN: Bueno, mi nombre es Lorena Sánchez, cuando nos cambiaron, cuando nos trajeron... Mi nombre es Lorena Sánchez y quería comentar un poquito lo que yo recuerdo de ese periodo, porque tenía 13 años. O sea, yo más o menos recuerdo algunas cosas. Bueno, primero que nada, no recuerdo mucho cómo fue que mis papás tomaron la noticia de que nos teníamos que ir de allá, de los departamentos. Mi niñez fue preciosa, hermosa; yo jugaba con mis amigos, lo pasé muy bien. También iba al colegio Óscar Bonilla en esos años, y participaba allá en el grupo folklórico, cantaba, vengo de una familia en que somos cantantes, cantamos, mis hermanos. Tuve una niñez espectacular. Éramos seis hermanos, en ese minuto, porque mi hermana, que es la menor, nació en el 73, en septiembre, entonces ahí ella era guagüita.

Bueno, lo que recuerdo también, cuando nos cambiamos, cuando yo tenía 13 años o 12, yo iba en octavo, y mi papá trabajaba allá en Las Condes, entonces yo no quise cambiarme de colegio, porque tenía mucho susto. Además, encontraba que venirse para acá, era fuera de Chile, fuera de Santiago, yo no conocía para estos lados, entonces yo miraba como que estábamos en el campo, no sé. Era demasiado lejos. Entonces, no me quise cambiar de colegio y creo que iba en octavo, entonces seguí cursando mi octavo básico allá, pero me levantaba súper temprano, con mi papito, como a las cinco de la mañana, seis de la mañana, y nos íbamos súper temprano, en la micro Los Dominicos, todos apretados, pero no importa; yo iba con mi papá, y mi papá me protegía. Y seguí mi enseñanza básica y terminé. Y después, ya entré a la media y me cambié al centro, porque no me gustó el barrio, no me gustó.

La cosa es que bueno, después me fui acostumbrando y mis hermanos también, pero yo recuerdo que, como a los dos días de haber llegado acá, nos robaron nuestras bicicletas, que nos habían regalado la pascua anterior. Esa ya fue una decepción más que tuvimos en nuestras vidas. La casa sucia, llenas las paredes, como todos los vecinos comentaban, sin paredes en el patio, todos veíamos lo que tenía el vecino. Afortunadamente, claro, nosotros quedamos cerca de una tía y un tío, un hermano de mi mamá, entonces ahí nos cuidábamos. Como mi papá trabajaba, mi mamá parece que en esos años no trabajaba... no trabajaba, claro. Ella nos esperaba con el almuerzo y con todo, gracias a Dios. Y recuerdo, también, que, para el Golpe, cuando había toque de queda, mi hermano, como cantábamos, ellos eran muy buenos niños, y hasta el día de hoy son muy buenas personas. Un día, los milicos lo vieron en la esquina, ni siquiera era el toque de queda todavía, cantando con unos amigos, unos vecinos, y se lo llevaron detenido. Y mi papá tuvo que ir

a buscarlo a la comisaría, porque estaba detenido por estar cantando en una esquina. Él era... ¿qué edad tendría mi hermano?, como 18 años, más o menos. Claro, 18 o 17 años.

Y a ver, bueno, éramos como dije, siete hermanos, mis papás con mucho sacrificio nos sacaron adelante a todos. Lamentablemente ellos ya no están, pero estamos todos los hijos, y somos súper unidos, todos. A ver, ¿qué otra anécdota? Bueno, no recuerdo o tengo vagos recuerdos de cómo nos trasladamos, ¿tú te acuerdas, según lo que te contó mi mamá? ¿Quieres comentar tu vivencia?, ella es menor que yo, pero vivió más tiempo con mi mamita. Estuvo un buen tiempo con ella, entonces mi mamá siempre nos contaba más vivencias. Entonces puede que ella tenga, puede que ella tenga un poquito más de vivencias que contar. ¡Eso!, muchas gracias.

JSN: Ya. Hola, yo me llamo Johanna Sánchez. A ver, de la Villa San Luis, puntualmente yo tengo muy vagos recuerdos, porque yo nací en el 73, y el 1 de septiembre. Entonces, de las cosas que a mí mi mamá me cuenta, y que yo tengo muy vagos recuerdos, es de que mi mamá y mi papá se preocuparon mucho de mantener la armonía en la casa. Como contaba la vecina, su hermana, señora Mariana, a nosotros también nos hicieron allanamiento, mi papá trabajó un tiempo en el MOP, por lo tanto, estaban como marcados, ¿ya? Entonces a nosotros también nos allanaron, yo tengo muy vagos recuerdos de esas cosas, pero mis papás siempre trataron de que nosotros estuviéramos en armonía.

No mucho susto, yo no recuerdo haber pasado mucho susto en la Villa San Luis, yo era guagüita, por supuesto, lo que sí tengo súper claro, es que a mí mi mamá me contaba cuando llegaban a allanar después del Golpe, yo estaba recién nacida, y mi mamá aseguraban, porque a mí me agarraban con bolso y todo, porque a una la envolvían, en aquellos años, en pañales, y ella lo único que tiritaba, cuando me agarraban de la cuna, y desarmaban todo. Para ella, eso fue muy marcador, digamos, a ella le quedó muy marcado.

Ahora, yo me acuerdo, de mis tres años, cuatro años, de cuando mi mamá me llevaba al Almac, que estaba en Apoquindo, al faro. Yo iba al faro a tomarme helados con mi mamá. Mi mamá, mi hermana mayor, yo me acuerdo que me llevaba a las tiendas que había en Manquehue o en Apoquindo, no sé, que estaba Calpany, al Apumanque. Porque yo tenía pie plano, entonces me tenían que comprar zapatos especiales y eran los Calpany, y esa estaba en esa... De esas cosas tengo recuerdos; de cuando mis hermanos mayores, que ahora, si ustedes necesitan fotos, yo tengo muchas fotos, mis hermanos a mí me sacaban a pasear, siendo yo chica, por entre los blocks. Que se armaban, jugábamos en las plazas, había un lugar, tengo muy vagos recuerdos de qué había un lugar, de que había muchas piedras, y con una prima mía hacíamos casitas con piedras. Hacíamos los caminitos y todo, y con la Paola, que es la hermana de ellos, la Paola Collado, éramos amigas. Y jugábamos en esos patios, cortábamos flores, porque había muchas flores, también, en medio de los edificios, ¿te fijas?, entonces yo tengo muy vagos recuerdos.

Cuando llegamos acá, yo tengo dos imágenes súper grabadas, que es: a mi mamá sacándonos de las camas, porque los colchones se llenaron de chinches, y los sacó al patio, y los quemó. Yo de eso, tengo un recuerdo, pero marcadísimo. Y de la acción de todos los días, que era entrar a la casa las bicicletas, y lo que tuviéramos en el patio había que entrarlo. Porque nosotros, cuando recién llegamos, como contó la Lore, a nosotros nos robaron las bicicletas. Entonces, eso recuerdo. Ahora, yo afortunadamente, digo afortunada, porque los chiquillos ya son más grandes, llegaron más grandes, yo llegué muy chica, yo llegué a primero básico, aquí, no tuve esa experiencia, que todos comentan, de la discriminación, nada de eso. Afortunadamente para mí, no lo tuve. Yo siempre me he sentido más "conchalina" que "lascondina", porque mi vida fue aquí, ¿te fijas? Claro, toda mi historia en Las Condes, yo la tengo en el recuerdo, pero porque me contaron mi mamá, mi papá, mis hermanos, y por las fotografías, que mi mamá siempre se preocupó de guardar esos recuerdos.

Y como les digo, si necesitan, yo puedo facilitar sin problemas, porque tengo hartos. En algún minuto lo hemos compartido, con algunos vecinos, aquí nosotros con la China, por ejemplo, los compartimos, con la familia de la señora Molina, que no me acuerdo cómo se llama, también. La señora María, ¿te fijas? Ahora, en el pasaje donde nosotros quedamos, quedamos varias familias, no quedamos tan dispersos, entonces éramos como los mismos de Las Condes, acá. Porque quedamos con los Carvacho, quedamos con la señora María Vásquez, con la señora Lidia, quedamos al frente, la señora Lucy, al otro lado. Entonces éramos como el mismo grupito, que estábamos allá a lo mejor, quedamos acá. Pero sí, mi mamá, a mí me llevó muchos años después, a ver cómo estaba la Villa San Luis. Vivimos todo el proceso, de cuando empezaron a vender los terrenos, en la Villa San Luis, porque mi papá siempre también estuvo muy presente en todo este proceso. Mi papá sufrió mucho, a mi papá le dolió mucho, cuando estuvo la estafa, de esta señora Aguayo. Entonces, yo siempre igual tuve la historia de esto, que yo, como le digo, no la viví en carne propia, porque era muy chica, pero sí la tengo. La tengo aquí, y por la vista. Muchas gracias.

E: Ya, la vecina; ella va a hablar.

MIP: Hola, yo soy María Inés Peralta, estoy muy de acuerdo con todo lo que han dicho aquí las señoras, porque eso lo vivimos todos. Eso es verdad, fuimos discriminados, tanto allá como acá. Fue un cambio muy brusco; los niños, su colegio, echaban mucho de menos el colegio. Los trabajos de nosotros, teníamos que cruzar tres comunas para llegar a los trabajos, levantarnos muy temprano para llegar a trabajar. Y así, también, cuando vino el Golpe de Estado, los militares nos tomaron de a dos, tres familias, a los camiones nos echaron, y nos tiraron las cosas. Después llegamos acá y también nos tiraron las cosas; llegamos acá a una casita chica, en mal estado. Totalmente nuevo, a pagar de nuevo, a pagar cuentas que había en las casas. Es todo similar, lo que dicen las vecinas, todos tenemos y sabemos que la cosa fue así. Eso.

IC: Bueno, yo me llamo Irlanda Collado y también vengo de San Luis, del block 19, departamento 113, y vivo acá ahora, en Conchalí. Bueno, yo tengo igual, hartos recuerdos, por ejemplo, de mi madre, que ella se sacaba el pan de la boca para dárselo a cada uno de mis hermanos, porque nosotros éramos muchos hermanos. Ella tenía que lavar ajeno, nosotros de repente nos íbamos, nos colábamos a los departamentos, subiendo a los departamentos, para poder ver tele. Teníamos que pagar, nos echaban para afuera, porque no todos tenían la amabilidad de invitarnos. Hasta que mi mamá, con su primer sueldo que tuvo nos compró una tele y ahí podíamos ver. El fallecimiento de mi hermano, que fueron recuerdos muy lindos, porque él siempre dibujaba en las murallas, de repente hacía elefantes, él dibujaba muy hermoso. Era como la mano derecha de mi mamá, porque mi mamá trabajaba y él lavaba, teníamos una lavadora y él lavaba. Echábamos la ropa de nosotros, y por ahí se reían, pero fueron cosas bonitas.

La muerte de mi hermano fue terrible para mi mamá, porque mi mamá prácticamente salía de la pega y ella se iba derecho al cementerio. Mi mamá estuvo con una depresión muy grande, yo creo que si no hubiese sido por nosotros, creo que ella se hubiese dejado morir, porque fue lo terrible para ella. Porque hoy día lo lleva y mañana se lo entregan en un cajón, es como... se fue caminando y después se lo traen en un cajón. Para ella fue terrible. Y teníamos una vecina, también, que ella fue la esposa de uno de los guardaespaldas de Allende, la señora Elisa. También ella, nosotros nos vinimos y como decía mi mamá, que a nosotros nos habían botado todas las cosas, nos botaron todo. A ella, a la señora la golpearon, hicieron lo que quisieron con sus hijos, los iban a tirar para donde querían ellos. Entonces fue terrible para ella. Los amenazaban, les pegaban.

Mi hermano, que tenía yo, mi hermano mayor era sonámbulo, era sonámbulo en ese tiempo, en el tiempo de la UP. Era sonámbulo y él salía, abría la puerta y salía, y mi mamá por detrás, siguiéndolo, para que los militares no le hicieran nada. Pero gracias a Dios, como ellos ya lo conocían no le hacían nada. Mi hermano mayor era sonámbulo. Entonces, todas esas cosas que tuvimos que pasar, fue triste para nosotros, que nos desalojaran de algo que era propio, de mi madre, porque ellos pagaban las libretas CORVI, en aquel tiempo, eran libretas CORVI. ¿Qué pasó con la plata?, no tenemos idea, pero como nos trajeron y nos tiraron como a unos perros, como que nosotros para ellos éramos unos perros. Así nos vinieron a tirar a este lugar. Entonces, tuvimos que soportar las peleas de los vecinos, todos los vecinos; los jóvenes, los hijos de nuestros hermanos, se tuvieron que hacer respetar. Se tuvieron que agarrar con todos para que los respetaran, porque nosotros éramos “los delincuentes”, “los ladrones, que nos creíamos la última chupá del mate”.

Y nosotros, imagínese, vivíamos en casa de esquina y en ese tiempo estábamos construyendo, porque como dicen los vecinos, era puro alambre, era puro alambre. Y de repente quedábamos enganchados en los alambres. Imagínese, era tierra. A mí a los 15 años, me dio la corriente y casi me mató, porque mi mamá tenía que pagar el dividendo y ella lavaba ajeno. Y a mí casi me mató la corriente, si no hubiese sido por mi hermano, yo estaría muerta, porque él me bajó la palanca. Me azotaba de arriba y abajo, porque nosotros éramos muchos hermanos, entonces ella tenía que trabajar para darnos a nosotros. Nosotros éramos niños todavía, todavía estudiábamos. Entonces uno con lo que tiene, por ejemplo, la mamá que yo tengo, a pesar que de repente nos llevamos como el perro y el gato, pero mi madre, yo me saco el gorro por ella. Porque ella nos sacó adelante, a siete. Nosotros éramos cuatro, pero los demás, éramos hermanastros, por parte de papá, pero ella siempre los miró como sus hijos, nunca hizo diferencia entre ellos. Para nosotros y mis hermanos, somos todos hermanos; nadie es más ni menos, si es de allá... No, todos hermanos.

Mi mamá se sacaba el pan de la boca para dárselo a ellos, tenía que lavar ajeno, para que nosotros pudiéramos comer. Porque nosotros venimos de una población demasiado emigrante, también; veníamos de Colón Oriente. Mi mamá, a nosotros cuando éramos chicos nos dejaba encargados; nos metía adentro de un gallinero la señora que nos cuidaba. Nosotros sufrimos mucho. Entonces ella tenía que sacarse el pan de la boca. Le dejaba la comida a ella y a nosotros no nos daba nada, nos tiraba el pan, como que fuéramos perros.

Sí, nosotros, gracias a Dios, ahora grandes podemos decir que estamos felices, que estamos contentos, porque la tenemos aquí, con nosotros. Pero ella, toda la vida trabajó, con guata y sin guata, tenía que trabajar. Entonces la vida de ella ha sido triste, igual, ha sido triste. Así que ahora, ahora yo puedo decirle gracias a Dios que nosotras estamos bien, estamos tranquilas y no tenemos ya esas peleas. Porque yo creo que ya uno a estas alturas de la vida, uno tiene que vivir en armonía y tratar de ser mejor. Así es que eso no más, tengo que decir. ¡Gracias!

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de Conchalí /

E: Entrevistadora y facilitadora Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)

JAS: Juan Araya Silva

MCA: Margarita del Carmen Cabezas Aguirre

AMV: Ana María Vásquez

MF: Marco Farías

M: Marcela

L: Lucy

MOCM: Manuel Osvaldo Carvacho Medina

V: Verónica

CC: Claudio Carvacho

JAS: Cuando yo vivía allá era cabro, tenía más o menos como 17 años. Cuando nos sacaron de los departamentos, íbamos a cuidarlos, porque habían [personas] de otras poblaciones que querían tomarlos. Íbamos a hacer juegos y nos amanecíamos allá cuidando los departamentos. Y ahí pasó el tiempo y los entregaron. Pero estuvimos hartos así, de ir a cuidarlos, hacer juegos, como éramos cabros jóvenes jugábamos a la pelota, y que nadie llegara a tomárselos.

E: ¿De qué parte viene usted?

JAS: Venía allá de Fleming, que llegó ahí. Nosotros vivíamos en la población Lo Saldes, y mi mamá se inscribió en el campamento que llegó ahí, y ahí postulamos para los departamentos.

E: ¿El campamento Patria Nueva?

JAS: Ese, Patria Nueva.

E: Primer vecino de los que escucho que ha vivido en el Patria Nueva, todos los demás vienen de El Esfuerzo, del Tabancura.

JAS: Es que nosotros no vivíamos en el Patria Nueva, vivíamos en la población Lo Saldes, de Los Militares para arriba, de Rosario para adentro, y llegaba más o menos hasta Presidente Riesco. E íbamos a hacer guardia para cuidar los departamentos que nos iban a dar.

E: Entonces, hacían rondas para cuidar la Villa antes de irse para allá.

JAS: Claro, para que no se las tomaran de otras poblaciones.

MCA: Venían de El Esfuerzo, de Patria Nueva, de todas estas partes. Yo soy de Los Dominicos.

E: ¿En el campamento vivía con más personas, con su familia?

JAS: Sí, yo vivía con mi papá, mis hermanos. Después, cuando ya vivíamos en los departamentos, cuando hubo el Golpe de Estado, yo tuve hartito atado con los milicos, gracias a Dios estoy vivo. Porque cuando salían de franco e iban para la población yo les echaba la "choriá". Les decía "¿Qué andan haciendo ustedes aquí?", porque a veces cuando había toque de queda a la una, a las once ya nos estaban echando para la casa. ¡Cuántas veces les ofrecí combos! Y les pegué como a cinco milicos.

E: Seguimos yendo antes de la Villa, recordemos eso, estamos en ese momento.

MCA: Muy buenas tardes, yo soy Margarita del Carmen Cabezas Aguirre. Vengo de Los Dominicos, y nos inscribimos en la Villa San Luis. Yo me inscribí con cinco hijos, con mi libreta CORVI, y llegamos el 9 de septiembre... estoy muy emocionada, no puedo hablar...

AMV: Me llamo Ana María Vásquez y mis papás postularon a la Villa San Luis. Vivíamos en la población "Llancahuasu" de Tabancura. Mi mamá postuló en el gobierno de Allende para esos departamentos, abrió su libreta CORVI. Cuando estábamos allá éramos chicos, no recuerdo muy bien el colegio. Cuando llegamos a los departamentos nos trasladaron el 9 de septiembre, y después el día 11 fue el Golpe de Estado. Nos tocó cuidar nuestros departamentos, nuestros papás sufrieron mucho, porque cuando allanaron los militares las casas, a nuestros papás los pusieron a todos boca abajo y los militares pasaban por arriba de ellos. Nosotros como niños presenciamos unos fusilamientos que hubo.

Mi mamá pertenecía a algo de la UP, no recuerdo a qué, pero nosotros íbamos... es que quedaron muchos vecinos arriba en el campamento que no les alcanzaron a entregar porque después fue el Golpe de Estado. De ahí con mi mamá íbamos porque les repartían mercadería a las personas. Recuerdo que se sufrió mucho porque mis vecinos, ahora están fallecidos ellos, mis vecinos que vivían en el cuarto piso. De mis hermanos yo era como una de los un poquito más grandes, porque somos once hermanos.

E: ¿Cuántos años tenía usted?

AMV: Tengo que haber tenido unos 12 o 13 años.

E: ¿Eran todos de la misma edad casi?

AMV: Sí, es que mi mamá nos tuvo [cada] un año, seguidos. Me acuerdo que volvimos al campamento, y siempre tengo el recuerdo de mi vecino porque a él se lo iban a llevar detenido los militares, entonces mi mamá me dice que yo hice la "cuática" para que no se lo llevaran. O sea, como niña, me acuerdo que gritaba "¡No se lleven a mi papito, no se lo lleven!", porque a él se lo llevaron y lo soltaron. Y en las murallas vi gente fusilada, había como una pandereta, fusilaron a mucha gente. Y de ahí ya hasta que quedamos en los departamentos.

E: ¿Dónde vivían ustedes antes de llegar a la Villa, ¿había supermercados, negocios, hospitales?

AMV: De todo. O sea, cuando estábamos en Las Condes teníamos supermercado, era el Almac, teníamos cine, el Cine Las Condes, que era Teatro Las Condes en ese tiempo, había de todo. Realmente teníamos buena vida porque nosotros después ya éramos más grandecitas, había mucho trabajo para todos, mi mamá trabajaba, mi papá. Éramos gente de bajos recursos, pero vivíamos bien, no pasamos necesidades, como se dice. Y una vez que nos cambiaron acá, nos echaron a todos arriba de un camión, nosotros siendo 11 hermanos, arriba, sin ninguna precaución

de que no te fueras a caer, nada. De la noche a la mañana, te sacaron. El de nosotros era una tolva, y no se preocupaban de si tú eras niño, nada, todos arriba no más, amontonados. No te dieron tiempo casi ni de empacar cuando te sacaron de la noche a la mañana, no fuiste prácticamente avisado.

E: ¿Les avisaron un día antes, el mismo día, se acuerda?

AMV: Fue una asistente [social], yo creo que uno o dos días antes no más. Y la asistente a mi mamá le dio en este sector porque éramos 11 hermanos. Donde se fueron las otras personas era tan pequeño que no hubiésemos cabido, nos hubiesen tenido que dar unos dos departamentos para meternos a todos adentro. Mi mamá con mi papá lucharon mucho por obtener los departamentos, fueron gente de esfuerzo y aquí estamos. Nos sacaron como prácticamente nada, no nos miraron como personas, ni como niños, ni que éramos seres humanos, nada. O sea, se aprovecharon de la gente, porque creo que en esos tiempos ninguna de las personas que iban a erradicar se ponía como ahora, que protestan, porque tú sabías que si hacías eso te detenían y de ahí no volvías más no más. Eso es más o menos lo que yo recuerdo.

MCA: Ahora estoy más tranquila... cuando nos nombraban Conchalí parece que nos nombraran el infierno para nosotros.

E: ¿Por qué?

MCA: Porque no lo conocíamos. Nosotros veníamos del barrio alto, de Los Dominicos, de diferentes partes, pero aquí hay varios vecinos que vienen de Los Dominicos y otros que vienen de otros lados. Entonces nos nombraban Conchalí y nos nombraban lo más terrible, porque era terrible, en realidad era terrible. Donde nosotros vivíamos era un barrio tranquilo, en la Villa San Luis, porque estábamos cerca de los carabineros y teníamos de todo, eso sí, es lo más importante, no nos faltó nunca nada. Mi marido era municipal, y cuando hubo el Golpe militar a él lo echaron de la municipalidad porque redujeron personal, porque creían que nosotros... Allende nos dio las casas, Allende inscribió a la gente para que viviera en el sector, porque ellos no querían gente pobre en el sector, querían puros ricos, y como había gente pobre, entonces ellos no nos querían, nos rechazaban.

A mí me mataron un hijo acá, en Conchalí, porque hay mucha delincuencia, pero desgraciadamente uno no puede andar cuidando a los hijos a la una o dos de la mañana. Para mí fue terrible. A mí me dieron la casa grande porque yo tenía cinco hijos, más nosotros dos, éramos siete; todos los que estamos aquí somos de bastante familia, de familia grande. Eso fue terrible para nosotros, eso es lo que he vivido, eso lo tengo aquí adentro... no puedo hablar más.

MF: Hola buenas tardes, mi nombre es Marco Farías. En mis recuerdos de niñez, yo nací en el Hospital El Salvador de Providencia, y toda mi vida antes de llegar a la Villa San Luis fue en casas donde mis papás trabajaban, que estaban en construcción. O sea, yo no vengo de una toma como se dice en el libro, porque leí el libro, los testimonios son muy buenos... siempre viví en casas acomodadas, donde mis papás trabajaban y cuidaban esas casas, por lo tanto, yo siempre tuve buenas amistades con niños de buena situación económica. Con el tiempo, mi mamá postuló, como todas las mamás de acá, a los departamentos de la Villa San Luis, y como dicen todos, mi papá también tuvo que ir a dormir, a cuidar el departamento, porque si no se lo tomaban. Yo estudié en la Escuela Óscar Bonilla – 511, tengo muy lindos recuerdos de la escuela, estaba al lado de una población, pero también estaba alrededor de muchas casas de nivel social económico alto, por lo tanto, también me relacioné con muchos jóvenes, con muchos niños.

Me acuerdo que en la Villa San Luis los fines de semana, sábado y domingo, pasaba metido en las casas de mis amigos, en la piscina, no, era muy bueno de relacionarme con mis compañeros de curso, siempre pasaba en esas casas. Con mis amigos de juventud en la Villa San Luis, en los departamentos, era otro mundo... mi mamá trabajaba, mi papá trabajaba, nosotros llegábamos del colegio, almorzábamos y teníamos todo un patio inmenso, que era el Parque Araucano, para nosotros y disfrutábamos todo el día, toda la noche. Mi mamá llegaba a la casa, la puerta abierta hasta atrás y nunca pasaba nada, nadie se robaba nada, todos nos cuidábamos entre todos, éramos muy unidos como amigos, la pasábamos muy bien. Fue muy doloroso cuando empezó el desalojo de la Villa San Luis, porque antes que nos desalojaran a nosotros, tuve compañeros de curso que fueron desalojados, los cuales fueron tirados en Santa Rosa, el paradero no me acuerdo, pero ellos fueron tirados allá en Santa Rosa. Y cuando hablaban de Conchalí, siempre que yo escuchaba Conchalí, hablaban de La Pincoya, así que, no me acuerdo la edad, pero yo ya tenía conocimiento de La Pincoya, que era un lugar de conflicto.

Cuando nos desalojaron, recuerdo que nos llegaron a sacar a la fuerza, y mis compañeros iban al colegio, y nosotros estábamos cargando nuestro camión, echando las cosas como se pudiera al camión. Fue muy doloroso, muy difícil para nosotros como niños, porque llegamos acá de niños y el cambio fue doloroso, porque yo al tercer día viviendo acá en Conchalí, afuera de mi casa hubo una pelea con cuchilla y eso no se veía en la Villa San Luis. Así que el cambio fue muy doloroso para nosotros como niños y todo el perjuicio que nos pasó. Porque si queríamos comprar un helado, si queríamos dinero, teníamos la feria, yo trabajé en la feria, teníamos un carrito, íbamos a la feria con mis hermanos, hacíamos fletes, llevábamos eso a las casas y nos daban nuestra propina. Me acuerdo también que al edificio de abajo llegaba un caballero a vender globos inflables, también trabajábamos ahí y también teníamos nuestro propio dinero. Y todo eso nos quitaron, todos esos sueños hermosos nos quitaron. Teníamos el faro de Apoquindo, que, si necesitábamos, íbamos y cuidábamos autos, y nos llegaba nuestro dinero, no teníamos necesidad de pedir dinero a nuestros padres. Todo eso fue algo muy lindo que nos quitaron a la fuerza.

E: ¿Hasta qué curso estudió ahí?

MF: Yo estudié hasta cuarto básico, el tercero lo estudié allá, o sea cuando nos desalojaron, y el cuarto básico lo hice de aquí, de Conchalí a Las Condes. Iba en la liebre Los Dominicos que salía de acá y eso fue un gran sacrificio, éramos niños, éramos cuatro hermanos que íbamos a estudiar de acá a allá. O sea, en general íbamos todos, pero los mayores iban en la mañana.

E: ¿Cuánto tiempo siguieron en el colegio allá?

MF: Mis hermanos mayores terminaron el colegio, terminaron octavo, nosotros nos cambiamos de colegio y el cambio fue grande también. Yo empecé a estudiar acá en Gambino con Zapadores, pero no era lo mismo, te encontrabas con otro tipo de amigos, ya no eran tus amigos que estaban arriba, fue muy difícil empezar de nuevo, porque veníamos de otro mundo, que a lo mejor no lo sabíamos, pero llegamos acá y nos dimos cuenta. Eso es lo que puedo contar yo, gracias.

AMV: En esos años, el gobierno militar nos vulneró nuestros derechos, porque ellos con las armas y nosotros sin nada. Entonces nos sacaron como... se aprovecharon, se llevaron su gente de acá de la comuna y a nosotros nos trajeron a sus casas, donde algunas no tenían piso, estaban impagas de agua, de luz, mucha gente tuvo que re pactar en esos años. El gobierno se aprovechó de nosotros como civiles, nos vulneró nuestros derechos, tanto a niños como adultos y personas de la tercera edad. Por eso, como no nos sabíamos defender en ese tiempo, se aprovechaban no más, eso pasó.

MF: Lo que decía ella también es cierto, porque cuando mis papás llegaron acá, ellos tuvieron que empezar a pagar de cero la casa, todo lo que habían pagado allá arriba quedó en nada, quedó en blanco. Éramos asignados que estábamos pagando dividendos, con futuro de ser dueños.

M: Buenas tardes, mi vida, desde que yo salí de arriba, para mí... me llamo Marcela. Yo venía de Santiago centro cuando llegamos arriba a Las Condes, mi marido vivía en el sector de arriba, y todo fue bonito hasta que llegó el momento de sacarnos, la verdad. Mis hijos estaban estudiando en el sector, en el Óscar Bonilla, todo era bonito, pero después vino cuando nos sacaron y ya ahí quedó la tragedia. Yo estaba a cinco minutos de mi trabajo, trabajaba en la rotonda Pérez Zujovic, en una clínica que había ahí; cuando me trasladaron para acá estaba a dos horas, porque salía de aquí a las seis de la mañana para entrar a las ocho. Entonces fue un vuelco muy grande.

Cuando nos vinimos de arriba, mi marido no lo quería creer, en la noche se me perdió, se me emborrachó, no quería saber de nada. Cuando llegaron los señores a sacarnos, o nos apurábamos o nos apuraban, y yo sola, porque mi marido era un niño, no quería él dejar el sector. Yo le dije que tratara de calmarse, porque lo que estábamos viviendo era del terror, era... o te quedabas ahí muerto, porque así lo veía yo. Mi marido un día no llegó al trabajo, porque él no quería creerlo, y estuvo como dos días que no llegaba al trabajo, yo pensé que lo habían matado, lo busqué comisaría por comisaría, y él no quería llegar, porque no quería vivir, que nosotros teníamos que irnos de ahí.

Llegó el momento en que de tanto hablarle, yo y una amiga que vive en el primer piso, lo hicimos un poco recapacitar y subió al camión, llegó acá, venía más tranquilo, le gustó la casa, porque yo ya había recorrido todo el sector, me había recorrido todos los sectores posibles donde nos íbamos a quedar y me gustó acá. Y como él tenía todo al día, le dieron la opción de quedarse acá, le gustó la casa. Lo que sí, el trabajo no congeniaba, ni el de él ni el mío, porque los dos trabajábamos arriba. Pero de a poquito a poquito.

Lo primero que hizo ese día... me acuerdo que ni siquiera las cortinas de la casa me las iba a poner porque no recapacitaba, no atinaba a nada, era como un niño. Se vino a la iglesia, a la Cristo Rey que está acá y estuvo toda la tarde ahí, no salía porque no quería reaccionar a lo que estaba pasando. Al otro día ya era lunes, había que salir a trabajar, yo no sabía lo que iba a pasar con él, porque era una caja de sorpresas, no decía nada, desaparecía, de repente llegaba y no quería que nadie le hablara, se había tomado unas cervezas de más y no quería que le hablaran de nada. Lo que sí es que había muy buena conversación, nosotros conversábamos mucho, nos sentábamos a almorzar a las tres de la tarde y nos parábamos a las cinco de la tarde, conversábamos mucho. Y los niños, yo traté de que no les afectara mucho, pero igual les afectó porque tenían sus amigos arriba, tenían su entorno arriba y acá era todo más difícil.

Incluso yo me tuve que traer una cuñada del sur para que me cuidara a los niños, para yo poder seguir trabajando. Después con el tiempo ya estábamos establecidos acá, más tranquilos, y él sale a trabajar y no vuelve más. Tuvo un accidente en la trayectoria, lo atropellaron. Mis niños adolescentes, una niña chica de dos años, y ahí mi vida cambió peor de cómo estaba antes. Lo único bueno es que tenía una buena pega, se podría decir, porque no ganaba mal y tenía una carta de referencia muy buena, y el dueño de la clínica me dio licencia, que fuera a firmar la tarjeta en la mañana y me fuera para la casa. Estuve como seis o siete meses, casi el año así, y me pagaban mi sueldo, pero yo no hacía nada, iba solo a firmar la tarjeta y me venía. Ellos me pusieron sicólogo, a los niños igual, en ese sentido, lo que había trabajado, estaba bien mirada por la empresa porque no faltaba, era responsable, supongo yo que era eso. Fue como mi familia en ese minuto, que me dio la mano.

Lo único que le puedo agradecer a Dios es que de todo lo que nos pasó, que nos sacaron como si fuéramos... yo creo que terroristas, delincuentes, así nos sacaron, mis niños se abrazaban de mis piernas, me decían "mamita, que no te maten, que no te maten", porque ellos ese día, apuren la causa, y "vámonos, vámonos en el camión", con la metralleta apuntándote, fue terrible. Yo creo que jamás en la vida... a mí lo que más me gustaría borrar de mi mente es eso, porque nos marcó mucho y más después cuando mi marido falleció, y yo con los niños chicos. Lo único que le puedo agradecer mucho a Dios es que me salieron los hijos buenos, que son un siete, son unos niños buenos, nunca me han dado dolores de cabeza.

Pero detrás de eso, yo me saqué la mugre toda mi vida; turno extra que salía, era para mí, "¿quieres hacer un turno extra?" me decían, porque sabían que era platita que me venía y yo tenía a mis niños chicos. Fue duro, fue muy duro, yo no le doy a nadie todo lo que pasé, primero el trayecto con una pistola y después la muerte de mi marido que tampoco nunca llegó a fin, que el que lo atropelló se hiciera cargo. Pero todo lo bueno que puedo sacar de mi vida es que tengo hijos buenos.

En cuanto a la casa, yo no tuve muchos problemas porque él estaba con todo al día, mi marido, cuando nos inscribimos, teníamos los comprobantes de cuando le descontaban de su trabajo, todas esas cosas las teníamos nosotros, cada comprobante que nos apoyaba. Yo creo que mi marido hizo las cosas bien, dentro de todo. Y él no quería allá arriba, cuando yo me fui, él no quería irse, hasta me dio unos charchazos, me dijo "yo no te voy a seguir porque no quiero". Estaba todo a nombre mío, y cuando llegó el momento que tenía que hacerse cargo... mi marido ganaba más que yo en esa época, y yo le dije "usted hágase cargo porque usted es el hombre de la casa" y le pasé todo a él. Cuando falleció, faltaba muy poco para que la casa fuera pagada, y después me acogí a la ley de gravamen y ya quedó todo como tenía que quedar.

E: ¿En qué block vivía?

M: En el block 13-4. Viví en el block donde vivía Juan Gutiérrez, la Coti Silva, la Narda Nieto. Con los años he ido borrando algunas cosas y no las tengo. Así, eso les podría contar de mi vida desde allá arriba, fue tragedia... me sacaron, era una pistola, o te ibas o... nos sacaron como animales, como delincuentes, como terroristas. Porque nosotros no salimos así "oye, ¿quieres irte?", no. La cosa era o te ibas o te mataban, porque eso es verdad, hay que sacarse la venda de los ojos y sí, fue así. El señor, que ni siquiera señor se le puede llamar a ese caballero, al Pinochet, a ese yo le diría rata porque no merece otro nombre, él fue un salvaje, lo peor que existe en la vida fue ese caballero.

E: Señora Marcela, cuando nos contaba que los desalojaron, ¿usted se acuerda que fue lo que la trasladó?

M: El día sábado tenía que salir yo con tres familias más en un camión de basura. Entonces mi marido habló ese día con una persona que tenía un camión, el Lalo, ¿ustedes se acuerdan?, que tenía negocio allá arriba, le dijo a mi marido "no, cómo te vas a ir en un camión de basura, no te mereces eso. Te traslada mi hermano", que tenía camión y trabajaba en La Vega. Entonces el hermano de Lalo nos trasladó a nosotros el día domingo, solos. Pero si no, hubiera salido con tres familias. A mí no me importa que hubiera ido con las familias, con los vecinos, no importa, sino que el actuar de esa época era muy terrorífico, muy terrorífico. Yo de repente ahora cuando hablan de la delincuencia o de tanta cosa que pasa, digo yo para mí, a lo mejor estos cabros se criaron peor que nosotros, con una pistola en la cabeza, trato de justificar el actuar de los niños de ahora.

Pero nosotros fuimos tratados... no sé, no se lo doy a nadie, no me gustaría vivirlo otra vez nunca más, mientras viva, no me gustaría vivirlo nunca más. Prefiero morirme antes que vivir lo que vivimos. Y yo era una cabra, cuando me trasladaron yo tenía 26 años, era una cabra; mi primer hijo lo tuve a los 16.

E: ¿Usted ya estaba casada en ese momento?

M: Sí, estaba casada. Mi marido para sacarme de la casa tenía que casarse, no podría haber salido de otra manera.

E: ¿Cuánto tiempo vivió en la Villa?

M: Lo que vivió toda la gente aquí, como 10 años, es que hay partes que yo como que me borro.

[M pregunta en voz alta cuántos años vivieron ahí, y una señora responde que unos 7 u 8 años, porque fue entre el 73 y el 80, otras señalan que hasta el 81, empezando el 81 o hasta finales del 80]

M: Pero el año 73 yo creo que nadie de nosotros, ni siquiera los hijos.

L: En la Villa San Luis, lo que más vivimos ahí con los niños fueron las idas al colegio de los niños. Y con miedo siempre, mucho miedo, porque pasaban muchas cosas. Entonces siempre andaba el miedo por delante de nosotros, nunca anduvimos tranquilos allá arriba, igual que ahora en realidad, que andamos igual con miedo. Allá éramos gente buena y sin ningún aviso llegaron... después del Golpe andábamos con miedo porque tú no le podías decir nada a una persona que fuera militar. Le teníamos miedo a los militares porque ellos hacían lo que querían con nosotros. Y los toques de queda y todo eso, y te ponían con las manos y si tú te dabas vuelta...

Arriba andábamos con miedo, pero había de todo, había supermercados, tiendas, restaurantes para ir a comer, nosotros entrábamos donde queríamos. Pero teníamos que andar bien derechos porque si no, los militares al tiro ahí... Fue una vida muy bonita, un barrio lindo. Cuando nos cambiaron acá, sin avisarnos, a nosotros nos trajeron a una casa que no tenía nada, no tenía llave, no tenía vidrios, no tenía la puerta del baño, llegamos y el agua estaba toda regada. Y yo miraba otras casas y las otras casas sí estaban bien, porque ese caballero que vivía en esa casa era un militar y fue el último que se fue, entonces no alcanzaron a arreglar esa casa y yo tuve que andar detrás de la asistente social allá en Serviú, no sé dónde fui, para que me vinieran a poner vidrios, llave y todo lo otro. Y me pusieron un poco, pero no lo demás.

Nos trajeron acá y los niños lloraban. La más grande echaba de menos su colegio; yo la retiré del colegio donde ella estaba allá arriba, que era María Auxiliadora, los Hijos de Don Bosco, algo así se llamaba el colegio, el que tiene una iglesia afuera. La retiré porque era demasiado lejos, pero ella se amargó y no quiso entrar a ningún colegio de acá, y tuve que ir a hablar con las monjitas allá arriba, si la podían recibir, porque la niña no quería ir a ningún colegio, enojada. Y se pegaba ese tremendo trayecto de acá hasta allá, porque volvió al colegio. Ya era más grandecita, pero había que subirla a la micro. Y el chico, igual, él estudiaba en un colegio allá arriba, el Adela Edwards, que quedaba en la plaza Tomás Moro, y ahí también tuvo que volver.

Y bueno, llegamos acá nosotros, al barrio, y no la pasamos bien tampoco, así que nos tuvimos que ir un poco más lejos. Yo ya no vivo aquí, me tuve que ir un poco más lejos, entonces mi vida fue igual triste de primera porque tuve que dejar a todas mis vecinas de acá, mi gente conocida, pero me tuve que adaptar a donde vivo ahora y estoy feliz.

E: ¿Sus vecinas también venían de la Villa?

L: Sí, sí. Pero yo en ese tiempo no las conocía bien porque las chicas que vinieron, los niños que vinieron, eran todos chiquititos. Mis vecinos fueron creciendo, creciendo, y después ya fueron adolescentes, chiquillos grandes, pero de chiquititos todo bien. Después el barrio anduvo poniéndose como un poco mal aquí, cuando crecieron los niños. Pero eso, nada más, estoy feliz ahora.

E: Con las vecinas que conoció aquí, ¿ustedes se juntaban?

L: Yo soy católica y llegué aquí, a la capilla Cristo Rey... con ella, mi vecina, sí, la mamá de él que me da no sé qué porque falleció hace poquito, la mamá de ellos, mi vecina del otro lado, mi otra vecina también muy querida, vecina de allá al frente... éramos todas vecinas. Pero de allá arriba no, cuando yo me vine para acá, los vecinos que llegaron no eran de donde yo vivía, del block donde vivía, que ni siquiera me acuerdo [pregunta a las vecinas] era el 17-2. Pero recalco que allá arriba en Las Condes era otro tipo de vida, muy buena vida, solamente esta cuestión de los militares que andaban persiguiendo, a mi marido varias veces lo pusieron manos arriba en el departamento. Mi marido era minero, entonces igual eso era sospechoso, qué sé yo; él lo pasó muy mal, porque a veces cuando venía del trabajo lo paraban los militares y ahí tenía que estar con las manos arriba pasando sus documentos.

MOCM: Mi nombre es Manuel Osvaldo Carvacho Medina, y yo nací arriba en Los Dominicos, en Camino Otoñal con El Sendero. Mi papá ahí cuidaba un fundo. Nosotros estábamos chiquititos, yo tenía como cuatro o cinco años e íbamos a tomar desayuno a una institución allá. Éramos pobres, éramos pobres, íbamos a tomar desayuno allá porque no teníamos para comer. Íbamos a almorzar.

E: ¿Desayuno, almuerzo y once?

MOCM: Sí. Ellos nos querían hartos a nosotros porque éramos niños, como niños. Después mi papá postuló a los departamentos de la Villa San Luis. Antes de venimos a la Villa yo estudiaba en la escuela 119, estaba en Camino El Alba con Paul Harris.

E: Antes de la Villa, ¿dónde vivían?

MOCM: En Los Dominicos. Mi papá postuló a la Villa San Luis en el año 70, por ahí, y se ganó la postulación. Nosotros llegamos a los departamentos, lindos los departamentos, cuando nos entregaron, contentos, alegres. Era como plomo... Yo vivía en el departamento 7, block 28, primer piso. En nuestra juventud, antiguamente no existía el Parque Arauco ni el Parque Araucano, ahí había una cancha, una piscina. El presidente Allende iba a hacer el metro allí, había un hoyo. Nosotros íbamos a jugar allí como niños chicos, esa fue nuestra infancia.

E: Estaba la piscina, ¿y era la pura cancha pelada?

MOCM: Sí, era de tierra, y ahí el presidente Allende iba a hacer el metro, donde está el Parque Arauco. Donde estaban los departamentos también había una cancha para jugar, nosotros íbamos a jugar ahí, entre todos los vecinos, y todos los niños jugábamos ahí, como niños. Me acuerdo que ahí tuve mi primera bicicleta con mi hermano, nosotros soñábamos con una bicicleta, como niños; un primo la armó y mi papá le pagó todo el arreglo y con mi hermano disfrutamos mucho la bicicleta, como niños chicos.

Después vino lo peor de todo lo que vivimos nosotros como infancia, de una vida bonita vino el terror. Empezaron a llegar los milicos, empezó a haber el tema del toque de queda, eran las 10, 11 de la mañana y estábamos encerrados en nuestros departamentos porque no podíamos salir para afuera ya que se sentían los disparos, las tanquetas, los milicos en la calle. Y nosotros, como niños chicos, no sabíamos qué pasaba. Y llega un día que teníamos que desalojar sí o sí los departamentos, llegaron los milicos con ametralladora, fusil, apuntando a toda la gente que se les cruzaba por el camino. Yo me metí debajo de la cama porque no sabía qué pasaba y me pongo a llorar porque mi mamá me dice que tenemos que dejar los departamentos porque nos los estaban quitando. Me metí debajo del catre y me afirmé contra la pata de la cama, yo no quería irme, llorando, y mi mamá dijo “hijo, tenemos que irnos porque nos van a matar si no nos vamos”. Eso me quedó marcado hasta el resto de los días. Y todo fue negro para nosotros, fue todo malo, de todo lo lindo que vivimos, después todo fue oscuro. Porque después nosotros no fuimos las mismas personas que cuando estuvimos ahí en nuestra infancia.

También trabajamos cuidando autos allá arriba, en la feria, fabricábamos nuestros carretones; íbamos a trabajar humildemente y sanamente, como personas dignas y como niños. Y hasta el día de hoy nunca hemos sido reparados por ese tema, que alguna vez fuimos parte de la dictadura y necesitamos que nos hagan parte de eso, nunca hemos hablado de esto y hoy es tiempo, nunca es tarde para decir lo que nosotros vivimos en esa época.

E: ¿Y la vida acá cuando llegaron?

MOCM: Nosotros fuimos los primeros que llegamos acá, nuestra familia, porque mi papá trabajaba en la Municipalidad de Las Condes y tuvo que conseguirse un camión de la basura para salir de ahí, es lo que mi papá se pudo conseguir para esas circunstancias. Y con fusil sacándonos de nuestros departamentos; yo vi cuando tiraban los refrigeradores, los muebles de cocina, del quinto piso hacia abajo, por las ventanas hacia abajo, hacia la calle, todo hecho tira, hicieron tira todo, hicieron tira todos los muebles a los vecinos. Nadie quería irse porque eran nuestros departamentos. Pienso que es tiempo que a nosotros el Estado nos repare ese daño, porque nunca hemos dado a conocer esto, y nosotros fuimos parte de la dictadura, fuimos parte del dolor.

Acá la casa valía como seis millones de pesos... allá cuánto vale un departamento, el metro cuadrado, vale millones y millones porque ese es el sector más caro de Sudamérica. Si usted va en la tarde allá y ve cómo sale la gente de a montones, es porque ahí está la plata, ahí está el negocio.

E: ¿Y la vida acá?

MOCM: La vida acá fue diferente, allá vivimos toda nuestra infancia y acá fue otro sistema de vida. Nosotros venimos de allá con un dolor. Llegamos acá y las casas no tenían reja, vidrios, ventanas, puertas, nada. Fue como que nos vinieran a matar acá, como unos perros. Pienso que hay que darle gracias a Dios que nosotros fuimos unas buenas personas, porque acá donde nos criamos no eran tan bueno; podríamos haber sido delincuentes, traficantes, y gracias a nuestros padres que nos educaron como personas, fuimos lo que somos hoy en día. Somos personas de trabajo, de esfuerzo y de bien, que es lo principal. Esa es mi historia.

E: Me quedé con la duda porque ustedes hablaron de un almacén que existía en la Villa.

MOCM: Yo trabajé en el almacén que dice la vecina, el de don Lalo, y estaba la Quena. Yo le ayudaba a vender, íbamos a comprar a La Vega. Una vez hubo un incendio en uno de esos negocios, se les quemó el negocio a Los Picapiedras parece que fue. Yo trabajé mucho tiempo con

él, hasta cuando nos echaron, yo iba para ayudarlo hasta que me fui metiendo, me fui metiendo para el local y quedé trabajando ahí. Me hice amigo de él y todo bonito, como persona humilde. Todavía tengo contacto con él, vive en Barnechea, a él se le murió un hijo. Don Lalo después iba a vender en un camión, verduras. Se me olvidó que ahí había un comedor, que una señora les daba comida ahí a todos los niños.

[Hablan varias personas a la vez, una mujer dice que la señora que daba almuerzo era de la iglesia Nuestra Señora de Los Ángeles. El comedor estaba en los departamentos y ella iba a dar los almuerzos].

MOCM: En ese tiempo hacían circo, y una vez llegó acá el circo de Los Bochincheros, a donde está el Parque Arauco, y nosotros nos metíamos por debajo de la carpa al circo porque no teníamos plata para pagar la entrada. Una vez me metí por debajo y me senté adelante y llamaron a concursar, así que fui y gané el concurso, reventando los globos, sentado en los globos, así que igual fue una experiencia bonita.

Ahí también hacían las fondas, cuando estaba Zalo Reyes, también hizo, con Miguel Piñera. También hacían entrenamiento los bomberos, en la misma cancha, yo fui a ayudar a los bomberos, a enrollar la manguera, yo era bien entrador y bien puntudo, me gustaba, como niño. Esa fue mi historia, un poco larga pero interesante y bonita.

[Se escucha que un señor dice que también llegaban globos aerostáticos a ese terreno].

V: Hola, yo soy Verónica, ahí está mi hermana, y estos son mis vecinos de chicos, al menos ellos, pero yo lo único que le puedo decir es que la infancia de nosotros no fue sacrificada. Nuestra infancia en Las Condes fue muy feliz porque estudiábamos en buenos colegios, teníamos nuestro desayuno, pero igual fue sacrificada para algunos. Nosotros somos 11 hermanos y vivíamos en un departamento con dos dormitorios, comparado con llegar a vivir acá, fue terrible, terrible. Allá se escuchaba mucho hablar de La Pincoya, ni siquiera de Conchalí, siempre hablaban de La Pincoya, entonces llegar aquí a Conchalí, para nosotros era lo último, lo último de bajo. Pero gracias a Dios, y yo creo que todos tienen que dar gracias aquí, igual quedamos en una taza de leche, para otros lados.

La cosa es que nos criamos todos juntos, él, ellos, somos todos vecinos de allá, íbamos a buenos colegios, buenos compañeros, así que cambiarnos a este lugar nos quitó muchos sueños, por ejemplo, sueños de estudios, todo eso nos quitó. Si hubiésemos estado allá yo sé que hubiéramos sido unos grandes muy diferentes.

CC: Hola, mi nombre es Claudio Carvacho, y qué les puedo contar de mi infancia... yo tengo bonitos recuerdos de Las Condes, porque era una infancia totalmente diferente a la infancia que se ha vivido en los últimos años. Fue una infancia más inocente porque no había tecnología, era más de jugar, jugar a la pelota, hacer actividades, era la convivencia del día a día con los vecinos, con la misma familia. No es como ahora, que se ha perdido todo eso, entonces tengo bonitos recuerdos de cuando uno iba a jugar a la plaza, al mismo metro donde está el Parque Arauco ahora, al hoyo que le decíamos nosotros, o en la misma cancha que teníamos ahí. Fueron bonitos recuerdos, la misma escuela, todo era diferente a lo de acá. Porque si nosotros nos ponemos a pensar y hacemos diferencias entre Las Condes y Conchalí, es un gran cambio porque a nosotros se nos coartó muchas cosas. De partida, entre Las Condes y Conchalí hay una gran diferencia, porque si nosotros hubiéramos estado en este momento viviendo allá en Las Condes, nosotros, capaz que todos los que estamos acá hubiésemos sido profesionales, porque las oportunidades que hay allá arriba son distintas que las de Conchalí, el municipio es distinto, los presupuestos son muy distintos a Conchalí.

Perdimos mucho, perdimos cualquier cantidad, porque muchos de los que llegaron a distintas comunas, cambiaron a la gente, hay muchos que están perdidos en la droga, otros que fueron delincuentes, entonces el cambio fue muy drástico. De lo que yo tengo conocimiento, Las Condes fue una buena experiencia; bonitos departamentos, vivíamos en comunidad. Pero después que vino el Golpe cambió todo y fue muy brusco el cambio, porque yo me acuerdo que estaba chico y llegaban los milicos y ni siquiera te preguntaban nada, sino que llegaban y hacían tira las puertas, los vidrios, los disparos, cómo caían los muebles de los pisos de arriba, y apuntándote, apuntándote con un fusil, y uno como chico decía “¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?”, uno no tenía conciencia, en cambio los padres sí y uno se escondía detrás de sus papás.

Por eso yo digo que aquí no se ha hecho una reparación como se debe, porque al final, si tú sacas la cuenta, nosotros perdimos demasiado, perdimos mucho, mucho, mucho. El solo hecho de pensar que la Municipalidad de Las Condes, con los recursos que tienen, si nosotros hubiésemos estado allá, más de alguno hubiese sido profesional, porque allá los recursos existen; allá los consultorios parecen clínicas. Los mismos, colegios, la educación es otra.

E: ¿Dónde vivía antes de la Villa?

CC: En Los Dominicos.

E: Después del Golpe, la vida cambió hartito en la Villa, pero ¿cómo era antes, cuando llegaron, tenían esa cancha, ustedes se juntaban?

CC: Se jugaba a la pelota, nosotros como niños íbamos a buscar nylon y hacíamos circo, nosotros mismos nos pintábamos de payasos, cobrábamos entrada. Entonces era una niñez linda, los recuerdos que tengo de mi niñez en Las Condes fueron muy bonitos, hasta después que fue el Golpe de Estado, eso cambió todo, y a todos los vecinos les cambió.

E: A las familias cuando las empezaron a desalojar, ¿ustedes fueron los primeros, fueron los últimos?

CC: Nosotros fuimos los primeros que llegamos acá al pasaje.

[Hablan varias personas a la vez; dicen que antes de llegar fueron a reconocer terreno a Conchalí, dónde iban a vivir, dónde pasaba la micro, tomaban la micro Los Dominicos, que era la única que los dejaba allá, había algunos que seguían yendo al colegio en Las Condes]

CC: Mi papá trabajó en la Municipalidad de Las Condes y después se iba de acá a trabajar a la municipalidad. Otro recuerdo que tengo es cuando llegaba el camión de las leches en botella a dejarlas, cuando llegaba el carrito del pan a vender el pan. Entonces son bonitos recuerdos, es después del Golpe, lo que pasó fue muy terrible, muy doloroso el daño que hicieron y que aún no ha sido reparado, no ha sido reparado. Nosotros estábamos acá y a los militares los teníamos al frente, en los departamentos. De hecho, algunos cadáveres se encontraron en Parque Arauco también.

Pienso que el daño psicológico que ellos causaron fue muy grande y eso no tiene reparación, no tiene reparación. Y eso va a perdurar por el resto de la vida. Me acuerdo que llegamos acá y yo vi llorar a mi mamá por la pena que tenía, por la forma en que nos sacaron, porque a ti no te preguntaban nada, llegaban y te sacaban, y si no salías te mataban, simple, te mataban, entonces uno qué iba a oponerse, había que hacerlo, salías o te mataban. Así era la historia.

Y todo ese daño que hicieron no se ha reparado en nada. No se puede reparar el daño psicológico, eso va a quedar, pero en sí, el daño económico, ese se puede reparar, se puede reparar. Por ejemplo, todo lo que ha pasado con personas para la dictadura, que fallecieron, las indemnizaron, y si tenían hijos indemnizaron a los hijos, con estudios, con becas, con todo. Ahí se ve la diferencia entre comuna y comuna, porque si tú vas a Las Condes, por ejemplo, allá que esté un pobre al lado les incomoda. Cuando nosotros estábamos allá, todos los servicios eran súper buenos, funcionaban a la perfección, entonces ahí uno ve la diferencia; cuando nos trasladaron a Conchalí el cambio fue drástico, no era la misma atención que teníamos allá en Las Condes, el hospital, el consultorio, todo era diferente, los recursos son diferentes también, porque en cada municipio los recursos son diferentes.

L: Lo que nosotros queremos, y venimos a estas reuniones con un fin. Si nos echaron de allá, estamos pobres, lo que queramos es que nos indemnicen, eso es lo que buscamos, que nos recompensen con plata porque esto ya pasó, nos duele el corazón, la señora lloró. Lo que nosotros buscamos es que nos den la reparación, que nos den lo que nos corresponde a nosotros, porque hasta cuándo, porque una reunión aquí, otra reunión allá, y el tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos. Entonces cortemos el queque de una vez. Nosotros nos entusiasmos con todo esto y contamos, duele y todo, pero lo que buscamos es la reparación, porque son tantos años. Es como una historia que ellos van a tener ahí, pero nosotros queremos también más rápido ir al grano con todo esto.

CC: Por ejemplo, para hacer una demanda se necesita información, antecedentes, pero resulta que la primera demanda que se hizo, todos sabemos que fue la señora Violeta y ella se quedó con todos esos antecedentes, todos, todos, y no entregó la documentación. Entonces esto se está haciendo de nuevo, porque esta señora se quedó con todos los documentos y aquí se están recopilando antecedentes porque ellos no tienen nada en este momento, no tienen nada.

MCA: La Violeta Aguayo nos ofreció... el Serviú nos ofreció terrenos para Batuco y nadie se quiso ir para allá, como no conocíamos nadie los quiso, pero ella parece que tiene que haberse quedado con los terrenos, no tenemos idea. Y a mí, porque yo también dirigí con ella, porque yo pertenecía al grupo, a mí me dio un millón de pesos, eso fue lo que me dio de plata, a muchos les dieron, pero no les dieron tanto. La Violeta Aguayo no quiso entregar los documentos.

E: Pero usted se quedó con algunos documentos de allá, de sus dividendos.

MCA: Yo, dividendos no alcancé a pagar.

[Habla la entrevistadora, dice que les sirven fotografías, objetos y cualquier documento de la época, de lo que vivieron relacionado con los departamentos]

MCA: Es que antes no teníamos celular como ahora. Los últimos que salieron, los últimos que se fueron, fueron de los blancos, porque unos de las torres no se quisieron ir. ¿Sabe cuánto les pagaron? Cuatrocientos ochenta y tantos millones de pesos por salir de allá.

[Un señor que no se logra identificar, puede ser CC, dice que el último que él supo, es que le dieron 800 millones de pesos más una casa allá arriba en Las Condes]

E: ¿Se acuerdan qué año fueron los últimos en salir?

MCA: Hace poco.

[El señor señala que en 2015 o 2016]

MCA: Y ellos quedaron en Las Condes.

CC: Cuando hubo una primera demanda, ¿por qué la inmobiliaria le pagó a una pura persona? Si eso debería haberlo pagado a cada propietario de cada departamento.

MCA: A todos les dieron, no les dieron tanto, pero a todos les dieron.

CC: Pero más de un millón de pesos no.

MCA: No, a mí no más me dieron un millón de pesos, parece que tengo los papeles guardados.

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Lo Prado

Fecha: domingo 6 de noviembre de 2022

Facilitadora: Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)

Nombre de participantes:

MYF: María Yolanda Flores

MV: Margarita Vargas

SM: Sonia Matus

G: Gladys

JS: Jessica Sepúlveda

MYF: Buenas tardes, mi nombre es María Yolanda Flores, yo quisiera contar mis vivencias de donde yo vengo; nosotros vivíamos en Vitacura, cerca del Club de Polo, y de ahí nos llevaron para esta Villa, que se llama Villa San Luis. Me acuerdo de muchas cosas, me acuerdo cuando a nosotros nos ofrecieron sacarnos de Vitacura porque vivíamos cerca del río, nos dijeron que nos iban a dar casa, que iban a hacer una población exclusivamente para dos poblaciones que habían; nosotros éramos de la población El Esfuerzo y El Ejemplo, y estaban frente a frente, estaban juntas. Entonces, cuando a nosotros nos sacaron, primero que nada, nos ofrecieron una casa, pero a la que sacaron fue a mi mamá, yo me fui con mi mamá, nosotros somos seis hermanos y mi mamá llegó a la Villa con nosotros seis. Yo después me casé y me fui, yo trabajaba con una visitadora de Serviu y yo vivía de allegada con mi mamá, entonces ella me pasó una llave y me dijo que me fuera a vivir a un departamento que estaba desocupado allá en la Villa.

Sé que era en el segundo piso, por la calle Los Militares... en el papel que me dieron cuando nació mi hijo, eso lo puedo presentar, porque ahí aparece el número del block, la dirección, porque yo me mejoré en el hospital Salvador de mis dos hijos. Cuando nosotros llegamos nos sacaron a unos departamentos, entonces nosotros teníamos una casa, pero todos los años, en invierno, el río se salía, entonces por eso nos prometieron llevarnos a unas casas. Y nos hicieron unos departamentos, los hicieron exclusivamente para esta gente de El Esfuerzo y El Ejemplo. Yo no sé, no me acuerdo de que nos hayan sacado a nosotros juntos con esta población, pero sí nos sacaron a todos y nos llevaron a la Villa. Claro, eran departamentos, uno que estaba acostumbrado a casa, pero estábamos conformes, tranquilos, porque no íbamos a estar con el miedo de que el río se iba a salir y la casa se iba a llenar de agua.

Resulta que después yo me puse a vivir sola, a mi mamá la sacaron de allá primero que a nosotros, primero que al grupo en el cual yo estaba, la sacaron, pero también la sacaron así bruscamente, la sacaron en un camión de la basura, pero esto fue antes, mucho antes, porque al año después nos sacaron a nosotros, nosotros nos quedamos viviendo allá.

E: ¿Se acuerda más o menos el año que puede haber sido?

MYF: 78 me parece que es, porque mi hijo... a ver... me acuerdo que cuando a mí me desalojaron fueron a las dos de la madrugada a sacarnos, y nos dijeron que nos iban a llevar a una casita, fueron los militares, y mi hijo tenía pocos días de nacido. Cuando me sacaron, cuando me

desalojaron, yo iba en el camión y mi hijo empezó a ponerse morado, y yo le digo "señor, por favor, ¿me puede llevar a un hospital? Mi guagua se va a morir", entonces uno de los militares el que iba manejando, paró, y le dice al otro militar "tenemos que ayudarla", y el otro militar le dice "a lo que vamos, a lo que nos mandaron", y él le dice, "¿tienes hijos?", y él le dijo "no", y el que iba manejando le dijo "yo tengo hijos, yo la voy a llevar", y me llevaron al hospital Calvo Mackenna. Allá me esperaron, porque obviamente nos iban a desalojar, y a mi hijo lo dejaron hospitalizado, y eso fue lo más dramático de todo esto porque después mi hijo estuvo un año hospitalizado. Tengo todos los papeles de cuando nos sacaron y nos pasaron a dejar al hospital. De todas maneras, yo estoy muy agradecida de este señor, con este militar, porque gracias a su generosidad yo tengo a mi hijo vivo.

Porque sí hubo cosas fomes, demasiado dolorosas, cosas humillantes, pero sí estoy agradecida porque gracias a ese señor que en ese momento se le ablandó el corazón, mi hijo está vivo. Igual pasamos hartas cosas, pero cuando es algo de tu hijo, cuando le salvan la vida a tu hijo, te olvidas de todo el daño que te hicieron. Esa es mi vivencia, lo que yo viví.

E: Cuando la trajeron para acá, ¿usted supo dónde iba a llegar? ¿Acá viven en casa, viven en block?

MYF: Acá vivimos en casa, cuando nos desalojaron nos dijeron "se van a ir a casitas", nos sacaron el 28 de diciembre, el Día de los Inocentes. Lo mío fue todo muy brusco, fue en la madrugada, a mí me sacaron a las dos de la mañana, y obviamente una guagua recién nacida, tenía días de nacido... mi hijo nació el 19 de octubre, tenía un mes y tanto de nacido y era prematuro, era de seis meses. Entonces con toda esta cuestión de sacarnos, calientitos, a pesar de que era verano peor era una guagua, y nos sacaron y ahí mi guagua empezó a quejarse, y ahí fue que me lo pasaron al hospital y me lo dejaron allá.

Para mí, es algo que uno nunca va a poder olvidar, el daño que... el trauma. Cuando nos fueron a dejar, porque a mí me dejaron en Las Vizcachas, allá nos fueron a botar, y había pasto así tan largo y nos tiraron no más, nos tiraron las cosas y estaba oscuro. Esas cosas fueron una de las cosas más traumáticas, nosotros andábamos con los hijos, yo tenía a mi hija chiquitita, a mi hijo que lo había pasado a dejar al hospital, y sin saber nada de él después del mes, después del mes yo vine a saber de mi hijo, cómo estaba.

Nosotros vivíamos en Vitacura, mi mamá tenía su trabajo allá, después nos llevaron para la Villa, y en la Villa también mi mamá tenía trabajo, porque era Las Condes, entonces estaba toda la gente donde mi mamá trabajaba. Y después de eso, a mi mamá la llevaron a un departamento que estaba en San Joaquín, y para mi mamá fue tan traumático todo esto porque todo el trabajo... mi mamá era empleada doméstica, y era una población donde había gente pobre, muy pobre. O sea, nosotros estábamos acostumbrados a vivir en una parte donde por lo menos teníamos trabajo, donde podíamos movilizarnos sin tener plata para tomar micro porque estaba todo cerca. Entonces nos cambió la vida así súper... brusca la vida, en el sentido de vivir en una parte y llegar a otro lado donde te miran como bicho raro.

Por ejemplo, cuando yo llegué aquí, todos decían que nosotros nos habíamos tomado los departamentos de los militares y que por eso nos habían sacado, que éramos comunistas. Entonces también fue traumático todo lo que tuvimos que pasar aquí, ahora nosotros estamos en la gloria porque nadie dice nada, pero cuando llegamos la gente quería que nosotros nos fuéramos, y otra cosa, que los comunistas quizás con qué mañas vienen, invadiendo un terreno que no nos pertenecía, porque nosotros vivíamos bien en Vitacura, después nos sacaron para Las Condes. Mi mamá era asignada... todo esto para nosotros fue muy traumático, un cambio muy brusco para nosotros, que no teníamos grandes cosas, pero teníamos un tremendo sitio en

Vitacura, vivíamos en una casa grande, mi mamá edificó parte de la casa y resulta que después nos sacaron y todo eso se perdió. Y después irnos a unos departamentos que sí eran cómodos, pero eran chicos, no eran lo que nosotros queríamos, pero era lo que nos habían ofrecido.

Mi mamá está viva, tiene 92 años, y no se olvida de todo el drama, de todo esto que pasó. A ella la sacaron en un camión de la basura, la sacaron en el día, pero en un camión de la basura. Entonces todas estas cosas, yo creo que para uno es difícil de olvidar. Sí, gracias a Dios estamos bien aquí, que un alcalde nos recibió, gracias a Dios, pero, ¿y si no nos hubiera recibido este señor? ¿Qué sería de nosotros? ¿Qué sería de nuestros hijos? Hay muchos niños que llegaron bien y muchos niños que se desviaron aquí. Yo por ese lado también estoy agradecida, pero también siento que nos quitaron parte de nuestras vidas, de que nuestros hijos hubieran sido otra cosa, porque no todos tuvimos la suerte de que nuestros hijos fueran profesionales, no todos. Por lo menos a mí me costó mucho porque me separé joven, crié a mis hijos sola y en un barrio que no desmerezco yo, pero si nosotros estábamos en Las Condes donde teníamos todo cerca, los trabajos. El Hospital Salvador no se compara al hospital de acá, o el consultorio de la avenida Apoquindo, a ese consultorio yo llevaba a mis hijos.

Entonces era otro mundo y cambiarnos así de la noche a la mañana, yo creo que es un trauma que nunca se va a olvidar porque no todos tienen la suerte de salir adelante, de tener un buen pasar en este mundo, en esta vida, de criar a tus hijos a la manera que tú quieres. A nosotros nos cambió todo, porque si yo hubiese vivido allá, mis hijos hubieran sido unos profesionales, pero como llegamos acá, mis hijos tuvieron que empezar a trabajar desde niños, porque yo me separé joven. Yo siempre fui una persona que trabajó en casas particulares, entonces yo, ¿qué les iba a dar a mis hijos aquí? Gracias a Dios no salieron malos cabros, pero podrían haber sido unos grandes profesionales.

MV: Yo soy Margarita Vargas y para mí fue súper traumático cuando a nosotros nos sacaron, la salida fue lo más traumático para nosotros, al menos para mí, para las 13 que vivíamos en el mismo block. Eso de estar preparando el año nuevo y ver una media luna de luces que se venían acercando, y comenzamos a mirar, a mirar, y de repente se acercan estos señores y entran a los departamentos y comienzan a sacar... sin decir la más breve palabra, sino que lo único que dijeron fue "permiso" y vamos sacando cosas en un camión, dicen "vamos, los vamos a desalojar", "¿a dónde?", "no, nosotros no sabemos", esa fue la respuesta.

Por esas cosas de la vida, a mí me tocó un carabinero que era de Buin, de donde yo era, donde tuve mi infancia y mi juventud, y me dice, "¿el rucio no está?", yo lo quedo mirando y le dije, "¿y cómo sabe usted que mi marido es rubio?", y me dice "es que usted no se acuerda de mí, yo los conozco de cuando ustedes eran lolos, de Buin", "¡ah! Claro, a lo mejor" le dije yo, con los nervios. Y me dijo "¿usted ha hecho algún arreglo aquí?", "sí, pero hace rato. ¿Por qué me pregunta eso?", "porque si quiere saque el lavaplatos, lo que sea", "¿pero para qué, a dónde nos llevan?", y me dice "señora, no sabemos nosotros para dónde los llevan", y era la verdad esa. Nos llevan y enseguida alumbrando con linternas, que el pasto no estuviera tan mojado por los niños que llevábamos.

Entonces, fue traumático, fue humillante, doloroso. Todos tiritaban. Y tuvimos dos desalojos, porque al otro día aparece el alcalde de La Granja y creían que éramos gitanos y que nos habíamos tomado esa cancha, y nuevamente desalojados. Yo andaba con un acuario que tenía pececitos, y ahí me dieron los nervios a mí; lo tiré al suelo, se reventó el acuario. Lo que nos pasó, eso de que estén sacando las cosas, subiéndolas a un camión y, "¿a dónde nos vamos a ir nosotros?", "en los buses" y con prepotencia. El terror de nosotros era a dónde nos íbamos a ir... y llegaba otro y decía, "¿dónde está su marido?", "si todavía no ha llegado del trabajo", "no, es que tiene que estar".

Fue un viaje tan traumático, tan tremendo. Éramos jóvenes, éramos 13 en el bus, que éramos amigos, amigos. Así que sufrimos dos desalojos, dos humillaciones, pero ya el acabose. Incluso tirarnos allí en la noche, y “ya, quédense aquí, si viven, bien, y si no, también”, y con los niños, con los niños.

[Hablan varias a la vez, dicen que no podían poner carpas, que a algunas no las dejaron sacar sus cosas, o que les tiraban las cosas, que estaba oscuro]

MV: Yo estaba sola porque el Pepón todavía no llegaba de la pega. La Magda durmió con Pablo, chiquitito. Nosotros pusimos un colchón debajo de una mesa y Pablo me decía “mami, aquí yo no duermo, yo no duermo”, y la Magda también chiquitita, le decía a la señora Ximena “no mami, yo no duermo aquí”. ¡Y qué íbamos a hacer! Todo lo contrario, en la mañana nos dijo otra cosa la asistente social.

E: ¿Usted señora Margarita se acuerda en qué block vivía?

MV: Me acuerdo que era en el primer piso, pero no me acuerdo el número. Por La Capitanía entrábamos, era el último de los blocks el de nosotros, al lado de la piscina de la Universidad de Chile, de eso me acuerdo porque mis cabros se iban a bañar ahí.

E: ¿Se acuerda de qué color era el block por afuera? ¿Era blanco, era gris?

MV: Como amarillento, amarillo claro, así eran. Lo que me quedó grabado a mí fue la noche en que nos sacaron, no se me va a borrar nunca, nunca, nunca. Fue muy tremendo, muy tremendo, muy humillante.

[Hablan varias a la vez, recuerdan que era un terreno muy grande, que no podían calentar agua]

MV: Nada, nada, si era un sitio pelado, lo que es una cancha, nada, nada, nada.

[Hablan varias a la vez, comentan que la pobreza no significa vivir en la suciedad, que son honestos, también recordaron que los militares se reían si veían que las personas desalojadas tenían cosas buenas]

E: ¿Margarita, ustedes dónde vivían antes de llegar a la Villa?

MV: De San Miguel.

E: ¿En un campamento, en una casita, en un block?

MV: Vivíamos en una casa, y postulamos, y por intermedio de un señor, que nunca más he visto, uniformado, que vivía en “la esta” de los militares, conversando un día, con él siempre conversaba mi marido este tema, y dijo, “hay unos departamentos, ¿no han buscado para que se los asignen?”. Y comenzamos por una amiga, una vecina, ella me llevó, hizo todos los papeles. Ahí vivimos dos años y tanto, casi tres años en la Villa, para que de la noche a la mañana nos sacaran como un...

E: ¿Se acuerda el año en que llegó?

MV: Como en el año... nos sacaron el 78, llegamos... como el 75 fue, en octubre del 75 me parece que fue. Como le digo, pasa la asistente social y dice "no hay problema", así pasó, se para en la esquina, se devuelve y dice "no, no, no, estos departamentos siguen con la gente que está aquí", esto fue el 28 de diciembre, y el 28 de diciembre en la noche, nos sacan, el Día de los Inocentes.

E: Usted contaba que los desalojaron dos veces, que los llevaron a esta cancha en La Granja, ¿y después de ahí los trasladaron para acá?

MV: No a todos, pero las 13 familias que vivimos aquí, que estamos como cuatro o cinco en esta reunión, nos dieron unas mediaguas.

[Hablan varias a la vez, y recuerdan que casi no tenían ni siquiera muebles porque se los habían botado]

MV: Y con el sol, cómo crujían los muebles, donde se abrían. Lo fome es que, ¿cuántos días estuvimos sin agua, sin luz?

[Hablan varias a la vez, recuerdan que en el sitio había un baño para todas, que en realidad era un "hoyo negro" al medio de la cancha, y que se iban a bañar a la iglesia, ahí también les daban comida]

MV: Nos íbamos a bañar e íbamos a tomar desayuno, almuerzo, todo allá. Eso, ahora, nos morimos.

[Una señora dice que algo muy importante, es que el grupo era muy unido]

MV: Muy unidos, sí. Después de no sé cuántos días o meses que nos pusieron el agua y la luz, ahí vino lo trágico para la Maggi [ella misma], porque resulta que, a la entrada, como yo era la primera, entonces pasaba la gente que vivía aquí, que llevaban diez años, y decía "ah, claro, qué lindo, llegaron ayer, y agua y luz, y nosotros, hace más de diez años, pozo negro, sin agua, qué se creen". Y comenzaban los insultos. Yo que no soy mujer de pelea, lo único que les decía era "señora, ¿quiere que le diga una cosa? ¿cómo se vería usted que de la noche a la mañana la saquen de su área, donde usted vivía, cómoda, y enseguida la tiren a una cancha y después al otro día, otra vez la boten?", y al final llegamos aquí. Acuérdense que los chiquillos se unieron y fueron a la Vicaría, y la Vicaría hizo esto.

E: ¿Cuánto tiempo estuvieron en la cancha en La Granja?

MYF: Yo no soy de ese grupo. Nosotros éramos cuatro familias que nos botaron en Las Vizcachas y fueron a la Vicaría nuestros maridos, y después nos sacaron, y este señor que era Dante Pesce [el alcalde] nos recibió. Se suponía que era para ayudarnos para mandarnos a casitas, a postular, pero él dijo "no, ustedes se quedan aquí. Se van a quedar aquí porque van a andar dando bote". Y por eso que este señor, nosotros estamos agradecidos, de la Vicaría, de la iglesia y del alcalde que nos recibió. Yo por lo menos estoy muy agradecida de eso.

Y que todo sí, fue traumático, lo único que le pido a Dios es que nos olvidemos un poco de esto y que se haga justicia, porque realmente a nosotros nos quitaron la vida que teníamos, que podía haber sido mucho mejor que esta vida que nos tocó acá porque, como le explicaba antes, nosotros vivíamos en Vitacura, y de Vitacura nos sacaron a la Villa San Luis. Para nosotros, para mi

familia, mi mamá, que era la que trabajaba, porque a donde a nosotros nos llevaron no había trabajo, no había nada, mucha pobreza.

SM: Yo soy Sonia Matus, tengo dos hijos, mi marido ya murió, estoy viuda. Nosotros llegamos dos años, casi para tres, no estaba mi hijo, después nació mi hijo mayor, ya los tenía cuando nos desalojaron, estaban chiquititos, tenía un poco más de un año el Leito y mi hija Kari tenía como seis meses, mi hija mayor, todavía ni andaba. Bueno, vivíamos allá, teníamos nuestras cuentas, siempre pagamos nuestras cuentas porque nos uníamos, “¿cuánto te salió a ti?, ¿cuánto me salió a mí?”, manteníamos contacto en el grupo, entonces los niños jugaban y todo.

MYF: Lo que pasa, lo que se quiere saber es cómo nosotros llegamos ahí.

SM: Mis papás vivían allá y nos conocíamos, y por eso llegamos allá, nos asignaron, había asistentes sociales que te iban asignando estas casas, estos departamentos, no me acuerdo los nombres, pero te asignaban, no era que uno llegara así no más. Y teníamos, todos, teníamos nuestra casa, nuestros departamentos. Esto es lo que yo viví, lo que yo me acuerdo, que estábamos ahí con nuestros hijos y salíamos, hacíamos nuestra vida normal. Y llegamos allá... a mí más que decir que uno viene de otra comuna, es la forma en que a uno lo trataron, porque yo no puedo menospreciar a la gente, en la comuna que sea uno va a salir adelante, en la comuna que esté, a mí me tocaba, de aquí, viajaba para la Dehesa.

Me refiero a que cómo a uno la trataron, las cosas que uno pasó. Entonces es lo que yo sentí, que hasta el día de hoy a mí esas cosas no me gustan y eso es lo traumático. Llevábamos una vida apacible, jamás nos imaginamos lo que vivimos esta noche de terror, porque llevábamos una vida tranquila, los niños al médico, todo tranquilo vivíamos *happy*, felices. Teníamos nuestras cosas y todos teníamos nuestras casas, unos más, otros menos, pero a ver, si yo tengo una casa instalada y de la noche la mañana me la tiran para afuera... pero que no solo fue que nos tiraron para afuera de la noche a la mañana, si vivíamos tranquilos. Mis papás vivían en Las Condes y uno llevaba una vida apacible, que no podía creer que estaban asignando y por eso fuimos, porque muchos nos conocíamos, por ejemplo, el marido de la Nenita era amigo de mis hermanos, pertenecía allá arriba, vivíamos arriba y había amigos, hermanos que se conocían y por eso nos asignaron esto.

Y cuando llegan ese día sin previo aviso, todos con los niños, pero yo en ese momento gracias a Dios, siempre digo que Dios me ama demasiado, estaba mi mamá conmigo y se llevó a los niños que tenían un año y el otro meses y se los llevó. Íbamos en el bus, pasó que iba Lalo, que su papá era carabinero y todo el asunto, y tuvimos un trato más diferente, éramos muchos los que vivíamos allá y la gente trataba de quedarse en los otros camiones para que le subieran sus cosas, porque la gente se reía de lo que uno tenía, decían “ah, claro, están aquí y tienen tele, lavadora” y a muchos les tiraron sus artículos afuera, ya sea en el camino o en el mismo edificio. Entonces más encima uno llega y te dejan tirado esa noche ahí, porque uno no llegó a poner una carpa, uno llegó a poner, a tirar un colchón inflable, un saco de dormir. No teníamos ollas, no teníamos comida a mano, porque cuando uno va a un picnic hace un par de sándwiches con mortadela, con mantequilla, con un jugo en botella, un par de panes y paltas, con algo. Y aquí uno estaba con niños y no había nada y eso fue traumático.

Lo peor fue en la noche, no sabías si había bichos, si había hoyos, si no había hoyos, si te ibas a caer en un charco, no teníamos idea de nada porque no veías nada, no se veía nada. Por muy jóvenes que estábamos, nosotros no teníamos nada, hoy día la mayoría de las casas, por muy humildes que sean, hay una linterna, está la que te venden por dos lucas que te ilumina todo. En ese tiempo no estaba lo de ahora, piensa que, en ese tiempo para comprar un pantalón para un cabro, para el colegio, tenías que comprar como 20 o 10 lucas, y hoy día vas al Líder y compras

tres camisas por cinco lucas para el niño. Si no tenías nada, porque mucha gente se quedó sin su loza, sin nada y después estar tirados, ahí no sabíamos qué hacer, nos unimos mucho, estábamos en las casas de los papás, los mismos vecinos de La Granja a veces esos días llevaron cosas y nos regalaban para los niños, nos llevaban cosas para los chiquitos y para el que quisiera, pero en general siempre nace la preocupación cuando hay niños, como nos aflora a todos. Pero muchos nos fuimos a las casas y nos apoyamos en el mismo patio, en el patio de las casas de los papás estábamos, yo podía estar adentro de la casa de mis papás, pero en el patio había amigos, uno o dos matrimonios afuera, parejas.

Nos fuimos donde primero pillamos, pero no perdimos contacto, muchos se conocían de antes, y los que éramos vecinos de las torres, para no perder el contacto, se quedaban en los patios de las casas de los papás, de los tíos y de los amigos del sector. Para llegar acá fue largo, las asistentes sociales se metieron mucho, nosotros por ejemplo con la señora Yolanda nos conocemos de vernos acá, por las vivencias, pero lo mismo de acá, esto sigue para allá adentro, en las cuadras para allá arriba. Entonces, por qué uno habla de nosotros, porque nosotros siempre estuvimos como más unidas, nos juntábamos y quedamos juntas, tuvieron la deferencia... porque cuando hicieron las gestiones nuestros maridos o parejas, nos dejaron acá mismo y nosotros elegimos lugar esta cuadra, uno por uno, y quedamos juntos.

Yo tengo la nómina de esa fecha, de quién se presentó en el Serviú y el ministro, no sé quién estaba en ese tiempo... y si aquí esto se hubiese hecho de mala fe o que nosotros hubiéramos sido violentos, no hubiéramos tenido respuesta. De hecho, está escrito, nosotros no actuamos en nada de mala fe, claro, estuvo la Vicaría de la Solidaridad que estaba el cardenal Silva Henríquez, que en paz descanse y él fue un apoyo fundamental en este grupo. Hace poco me acordaba de cuando llegamos acá, de la letrina que teníamos al medio, porque uno se va olvidando de tanta cosa y uno era joven y no quería quedarse pegado en el baño que compartíamos.

E: Sé que vivían en el mismo lugar y que eran súper unidas las familias o amigos, ¿cómo lo hicieron para llegar acá, en La Granja, que es lo que empezaron a hacer cuando estaban en la cancha?

SM: Después de ahí nos juntamos y nos dividimos, y quedamos en los patios de las casas de amigos, de papás, del mismo sector en Las Condes. Por eso cuando te digo que estábamos en los patios, yo estaba en la casa de mis papás y ahí no nos quisimos separar, entonces estábamos en las casas de los papás allá arriba y ahí con la misma unión, los maridos, parejos, parejas, se unieron, hicieron las presentaciones y empezaron con el Serviú. Y a través de la Vicaría de la Solidaridad tuvimos el apoyo de ellos, como le dije, los abogados sabían escribir de corrido y hablar de corrido y tuvimos respuesta para la entrega de estos terrenos, y estos terrenos fueron subdivididos y entregados con un rol para cada uno de los que estamos, y se pagaron, no fueron gratis, tenemos los títulos de dominio del Serviú, de todos los terrenos subdivididos. Por eso llegamos, yo le traje una carta que tenía mi marido donde salían los nombres con las solicitudes que se habían hecho y respuesta del ministro, no me acuerdo el nombre, en ese tiempo.

Por eso cuando se asignaron nos dijeron "dónde quieren" y dijimos "ese, ese". Puede que yo no fuera amiga del que estaba acá, pero él era amigo del otro que estaba acá del grupo, siempre nos reunimos y al principio estos eran terrenos pelados, después vino la mediagua, después vino el agua, después vino la luz. Todo esto sucio, después teníamos cerrado con estas mallas el baño que compartíamos, que era una letrina, un hoyo, no hablemos de baño... que ahí había una ducha o había nada, era una caseta para ir a las necesidades principales. Porque hay gente hoy día, joven, que no tiene idea lo que es un hoyo negro, un pozo séptico o una letrina, que en el campo todavía hay. Eso fue la vivencia y de ahí cada cual fue haciendo cosas.

Gladys: Yo al menos, una amiga en común del barrio nos contó que había unos departamentos que estaban desocupados y ella ya se había ido, y por intermedio de ella yo también le avisé a mi cuñado y así se corrió la voz. Porque muchos teníamos muchos problemas, algunos allegados, otros con arriendo que les estaban pidiendo las casas y no tenían dónde llegar, entonces vimos la oportunidad de esos departamentos y fuimos todos unidos. En el momento que nos empezamos a conocer iniciamos una amistad muy buena, entre todos nos ayudábamos y nos apoyábamos, manteníamos limpieza de los blocks, las escaleras, teníamos todo impecable. Nosotros éramos en ese tiempo una familia de cuatro, mi esposo, yo y mis dos hijos, uno de cinco y uno de tres años, ambos se acuerdan muy bien de todo el viaje que hicimos, de todo ese tiempo se acuerdan perfectamente.

Y bueno, estuvimos ahí un tiempo y mientras tanto, el que llevaba la batuta, empezó a mandar cartas para, entre paréntesis, entiendo que se llamaba Hernán el que empezó a mandar cartas, para regularizar el estado y que nosotros estábamos ahí, que nos habíamos tomado los departamentos y estaban dispuestos a pagar dividendos con todas las de la ley. Le mandó cartas al alcalde, al señor [...] Ruiz, que era en ese entonces del ministerio, del Serviu, entonces hubo algunas respuestas de que iban a ver qué se podía hacer y todo eso. También se le mandó al alcalde de Las Condes y al presidente, que en esa época era el señor Pinochet. No hubo respuesta por su lado, el alcalde de Las Condes se acercó también, se reunió con parte de la directiva, entre comillas, o gente que tenía más tiempo, más conocimiento en esa época, y se juntaron, pero poquitos, no todos estábamos ahí porque en ese tiempo no se podían hacer reuniones, estaba prohibido corríamos riesgo que pasara cualquier cosa.

Bueno, la cosa, la cuestión, es qué pagábamos la luz, pagamos el agua, estuvimos un tiempo y no estábamos gratis, y de un día para otro llegaron los militares con todo, con todo su regimiento, llegaron armados, rodearon toda la Villa San Luis, no solo los bloques de nosotros, sino que todo completo. Llegaron armados con fusiles, llegaron armados hasta los dientes con fusiles, como que iban a la guerra, como si nosotros seguramente les íbamos a responder. Y bueno, todos pacíficamente, la gente, estábamos obligados; la orden era "váyanse de aquí, saquen sus cosas", y no había nada más que hacer que obedecer. En ese entonces mi hijo tenía cinco, pero había más familias que tenían niños más pequeños, de meses. Luego de eso, cuando irrumpieron en el departamento que yo estaba ocupando, en el tercer piso, entraron carabineros, no entraron los efectivos militares, eran como algo de tres adentro y afuera otros más, pero lo que más me impresionó es que nos tenían rodeados y eran uno al lado del otro; si yo hubiese querido arrancar para avisarle a mi esposo que estaba trabajando, no hubiera podido, porque eran así como codo a codo.

Fue terrorífico, y luego llegaron los camiones municipales, camiones grandes cerrados y micros, incluso uno de los carabineros me ofreció ayuda, me dijo "le ayudo señora", porque yo en ese momento estaba sola y le dije no, "no, no, gracias, yo voy a ver cómo organizo las cosas". La gran mayoría eran muy jóvenes, entre 20 y 24 años más o menos, todos matrimonios. Lo que hicimos, al menos yo, lo que hice en este momento fue guardar las cosas, tratar de ordenar lo más posible en ese momento, y eso se escuchó por la radio Cooperativa y la radio Chilena, dieron la noticia de lo que estaba pasando. Entonces ahí se enteraron algunos familiares de que estábamos siendo desalojados, y se acercaron o trataron de acercarse, pero no los dejaron pasar porque como le digo, estaban unos con otros, no había posibilidad, así que como estaban armados, obviamente tampoco podíamos hacer absolutamente nada.

Era una época muy peligrosa, una época en que uno no tenía el apoyo de carabineros, de PDI, de nadie, entonces yo no sé cómo mi suegro, yo creo que tiene que haber sido en una camioneta, pero le dieron permiso para pasar, yo creo que mi suegra con su corazón asustado pidió permiso y

la dejaron entrar, y ahí yo dije, lo hablamos con mi esposo, y dijimos “pasémosles a nuestros hijos” o sea se los entregamos para que ellos los cuidaran mientras tanto, porque nosotros no sabíamos qué nos iba a pasar. Nuestras pertenencias las subieron a unos camiones, yo no sé de dónde salieron tantos camiones y tantas micros, los enseres en los camiones y nosotros en la micros, a punta de fusil. Eran muchos camiones, los bloques que estaban ocupados, yo calculo que entre 500, 600, 700 habitantes en total, el grupito de nosotros, que nos conocíamos, nos echaron en una micro y éramos como 18 familias al menos los que íbamos metidos ahí en esa micro, escoltados obviamente por los señores carabineros.

E: ¿En qué block vivió usted Gladys, se acuerda?

G: No me puedo acordar realmente, no me he podido acordar, pero lo que sí sé muy bien es la ubicación en que estaba, la vista mía daba hacia el poniente, hacia el centro de Santiago, esa es la vista, y tenía yo abajo, en el primer piso, estaba la Mayita con Pepe y sus hijos obviamente. Bueno la cuestión es que nos subieron a la micro y empezaron a salir las micros en fila, “súbanse, súbanse” y teníamos que hacer caso. Y yo pensé chuta nos van a llevar presos, quizás qué va a pasar, por la mente a uno le pasaron muchas cosas porque a quién íbamos a acudir, no había nadie, habían detenidos desaparecidos y no había noticias en esa época, era una dictadura así que justicia, ¡de a dónde!

La cosa es que la micro salió de Las Condes y empezó a hacer un recorrido largo, para nosotros eterno, al menos para mí, eterno, eterno, anduvo, anduvo, anduvo. Yo me acuerdo que pasamos por una parte que estaba bien iluminada, que estaba en Santa Rosa con Alameda y de ahí se metió para el sur, hacia el sur, se metió por muchos caminos, en fin. La cosa es que, fueron tantas las vueltas y nosotros intentábamos después mirar por la ventana, a ver si se veía algo porque estaba todo oscuro, se metió como a un camino de tierra, nos iban a bajar de ahí y no había luz, no había nada, era una oscuridad absoluta. Nos iban a bajar y luego el chofer, que había sido contratado seguramente, él echó a andar de nuevo la micro y siguió, siguió y siguió y ya fueron tantas vueltas que nosotros estábamos entregados, yo al menos eso pensaba para mis adentros. Y hoy empecé a recordar con más detalle que nos bajaron en una parte muy oscura, que no se veía nada, llegó la micro, se metió a un terreno y dijeron “ya, ya”, a punta de metralleta, “váyanse”. Entonces nosotros dijimos, por lo menos yo, pensé hasta aquí llegamos, al menos mis hijos van a estar con sus abuelos, ellos los van a tener que criar.

La cosa es que a nosotros nos bajaron de la micro, obviamente custodiados por los señores carabineros, bajamos con las poquitas cosas que andábamos trayendo arriba de la micro y llegó atrás el camión que nos iba siguiendo en plena noche, no se veía nada, fue una noche de terror, es espantoso, yo la verdad me acuerdo y me da una angustia muy grande, pero bueno, ya estábamos ahí. Llegó el camión, bajaron todas las cosas, y como estábamos todos recién empezando teníamos poquitas cosas, una cocina, éramos todos recién casados, éramos jovencitos todos. Así que bajaron las cosas y yo dije chuta aquí capaz que quemen las cosas nuestras y ahí a nosotros nos van a pasar balas. La cosa es que no nos dijeron nada, los carabineros subieron arriba de la micro, el camión se fue y nos dejaron tirados ahí. Como pudimos, porque algunos tienen instinto de sobrevivencia, vimos la posibilidad de armar con nuestras frazadas un tipo de carpa para resguardarnos del frío de la noche, de los bichos, en fin. Tiramos los colchones al suelo y ahí tratamos de dormir, digo tratamos porque yo estuve toda la noche pensando chuta y ahora qué. Y estamos en medio de la nada, no sabíamos dónde estábamos, después me enteré que estábamos en Santa Rosa, en el paradero 38, por ahí.

Después escuchamos, pasaron la voz, que no podíamos estar ahí porque era la cancha de una cooperativa y pensaban que era una toma, la cosa es que no fue así, a nosotros nos fueron a tirar

ahí, porque eso hicieron, tiraron a personas, yo creo que hasta un perro tenía más dignidad que nosotros en ese momento. Nos dejaron ahí, nos arreglamos por aquí por acá, otro vigila las cosas en caso de cualquier cosa que pasara, había una niña que estaba embarazada que tenía siete meses, había que estar viendo que no le fuera pasar nada, había una niñita que estaba delicada de salud. Durante el día, en la mañana temprano, entra al hospital, no me acuerdo en este momento cómo se llama, y quedó hospitalizada porque estaba muy delicada. Al otro día al amanecer nos dimos cuenta dónde estábamos, cuando salió el solcito ahí recién nos dimos cuenta que estábamos en una cancha, como estaban los arcos... y nuestros maridos por ahí y por acá salieron a mirar a ver dónde estábamos, en medio de qué parte estábamos, y ahí los lugareños les dijeron que pensaban que nosotros nos estábamos tomando el terreno y ahí nos enteramos de que era una cancha que pertenecía a una cooperativa, y ellos se dieron cuenta de qué no era así, se les contó de qué se trataba y fíjate que ocurrió algo muy bonito, que igual fue peligroso también para ellos, porque uno no sabía quién era quién en esa época, una persona nos regaló una chuica de leche para los niños chicos, otra persona nos regaló pancito amasado y huevos también.

Era la nada misma y teníamos que hacer algo, inventar algo, no nos podíamos quedar ahí, porque había niños que alimentar, nosotros teníamos que alimentarnos, de ahí hacíamos desayuno, unos tenían un poco de pan, otro tenía té, otro tenía café, se hizo un fuego, se hizo un desayuno para todos. Después pensamos en el almuerzo, todos buscamos en nuestras cajas, nuestra mercadería, y de ahí se planeó el almuerzo para todos. Decíamos, chuta nosotros veníamos vestidos y quedarse con la misma ropa, despertar al día siguiente con lo mismo puesto, necesita uno un baño donde ir a bañarse, donde hacerse un aseo, donde ir a hacer las necesidades, que era lógico. Y nos enteramos que justo al lado de esa cancha había un colegio, y era un día festivo, tiene que haber sido un día domingo o sábado, algo así, y hablamos las mujeres, hablamos con el guardia que estaba solo, y le pedimos agua, le pedimos los baños para hacer nuestras necesidades y él tuvo buena voluntad. Tuvimos que montarnos en una muralla para saltar al otro lado, porque él no podía hacernos pasar obviamente por la puerta principal, todo esto fue a escondidas, para poder ducharnos, juntar agua para lo que se venía después que era la once, la comida, todo eso.

En ese intertanto llegaron los periodistas, yo recuerdo haber escuchado que era uno de La Tercera, sacaron fotos algunos y arrancaron rápidamente, porque lamentablemente era así la cosa. Después llegaron las asistentes sociales, unos funcionarios, no, llegaron las personas de la Vicaría de la Solidaridad, ellos fueron un siete con nosotros, la verdad que nos apoyaron un montón, y se fueron también rápidamente, porque también tenían sus problemas, después llegaron los de la municipalidad.

E: Señora Gladys, me contó de los periodistas, que sacaron fotos y después se fueron, y qué hizo la Vicaría, la reunión, tomaron los datos, cuénteme, ¿se acuerda qué hicieron ellos?

G: La persona que fue, yo la verdad no me acerqué a ver a la persona que llegó a anotarnos todo, pero nos dijo que ellos estaban pendientes de nosotros. Hubo dos tipos pendientes de nosotros, sobre todo del camino, y eso fue una orden que dio el cardenal Raúl Silva Henríquez, que él fue. Y resulta que nos anotaron todo, las edades que teníamos, yo creo que era por si acaso había algún desaparecido. Después llegaron funcionarios de La Granja con un asistente social que nos tomó los datos a todos los que estábamos ahí en esa cancha, y nos dijo que nos tendríamos que ir sí o sí porque había que desocupar la cancha de la cooperativa, porque eso era un recinto privado. Entonces ahí se les dijo que nosotros... que no era decisión de nosotros quedarnos ahí, y en esa instancia el asistente social dijo que era muy probable que nos llevaran a un campamento en tránsito, y ahí nosotros seguimos ahí en ese espacio, y resulta que eso no sucedió.

Llegaron los camiones con todas nuestras cosas y nosotros de nuevo arriba, después de unos dos o tres días, fue como bien rápido, y yo dije ah, nos van a llevar algún lado para, por fin, estar en algún lugar. Pescaron todas las cosas, y como habían hecho una encuesta de dónde habíamos venido cada uno de nosotros, nos fueron a dejar a donde habíamos salido, junto a muchos otros que arrendaban, que no tenían a donde volver, entonces el que podía ayudar al otro le prestaba o le dejaba estar en la casa de un familiar o de algún primo, de un amigo, prestándole el patio para que tuvieran sus cosas guardadas y ellos pernoctaran ahí. Luego de eso pasó un tiempo, llegó el señor alcalde de nuevo, dijo que él no se podía comprometer a nada, el alcalde de Las Condes, que no se podía comprometer a nada porque era muy problemático, que a él le podría costar el puesto.

Luego de eso nosotros fuimos al diario El Mercurio, que compartía establecimiento con el diario La Segunda, estaba antiguamente en la calle Compañía, no me acuerdo la otra calle que lo atraviesa, pero ahí al frente del Congreso, en una esquina. Nosotros nos reunimos y fuimos ahí, solamente fuimos cinco porque los demás tenían que cuidar a sus hijos, otros tenían que trabajar, claro, había que seguir viviendo y luego ya nos entrevistaron, nos tomaron fotos, yo tengo pruebas, tengo los recortes del diario, están amarillentos, casi cafés, los guardé y tengo fotocopia de ello también. Y bueno, salimos, íbamos saliendo de ahí y notamos que nos iban siguiendo, corrimos como desesperados y eran los de la DINA, corrimos, corrimos, corrimos, yo no sé cómo, por entremedio de la gente, de los vehículos, nos metimos por la calle Phillips donde estaba la radio Chilena. Llegamos ahí y cuando supieron que éramos nosotros, o sea, permiso, permiso, la radio Chilena estaba en el segundo piso y cerraron las puertas, de arriba mandaron a cerrar las puertas y no dejaban entrar a nadie.

Luego de eso, adentro, ahí explicamos nosotros de qué se trataba, quienes éramos y por qué habíamos arrancado a ese lugar. Y fue tanta la impresión, o sea al menos yo me desmayé, así que me dio, semiinconsciente me dieron agüita, porque la verdad de las cosas el terror fue muy grande, o sea a la DINA no le importaba dónde, cuándo y a qué hora mandar a matar a alguien. Luego de eso, que nos tranquilizamos, nos entrevistaron los periodistas que estaban ahí, llegaron las monjas, tienen que haber avisado a la Vicaría porque llegaron las monjas a saber en qué condiciones estábamos nosotros. Ahí nos dijeron que el señor Raúl era el que estaba velando por nosotros, el cardenal y que estuviéramos tranquilos, que no se iban a abrir las puertas hasta cerciorarse que estos tipos se fueron. Luego de eso, cuando vimos que ya se había pacificado la cosa, bueno yo creo que se habían aburrido, volvimos cada uno a donde estábamos, a la casa donde estábamos de allegados, y al día siguiente salió en el diario.

De ahí seguimos viviendo de llegados un tiempo hasta que nos avisan que nos tenían unos terrenos en Lo Prado y que los había gestionado el obispo Enrique Alvear, él nos consiguió esos terrenos en Dorsal, en la comuna de Lo Prado. Para nosotros una manzana completa, pero después empezaron a llegar otra gente, que la verdad de las cosas, las viviendas llegaron hasta casi... de puras mediaguas, aparecieron un montón de mediaguas de 3 x 6, y nosotros mismos, bueno, los varones, empezaron armar cada uno su casa, su futura casa, y de ahí bueno, no sé si mi casa antigua está parada todavía o la echaron abajo, no sé, pero según mi nieta me dice que es la única que está de madera, eso es la prueba fehaciente.

Pasamos de todo, pasamos bonitos momentos y todo, después de eso, porque uno es feliz con poco la verdad, o se acomoda como sea, estando la familia unida... así que ese es mi relato yo estoy muy agradecida de la Vicaría de la Solidaridad, del cardenal Raúl Silva Henríquez, de don Enrique Alvear, que ambos deben estar en el cielo porque, la verdad de las cosas, hicieron mucho por nosotros, no nos dejaron de apoyar en ningún momento, estuvieron ahí presentes, de una forma u otra estuvieron ahí, era lo que más se podía hacer en esa época.

Y no olvidarse que fue en plena dictadura que fuimos, porque no pensamos en las consecuencias, ninguna cosa, bueno, éramos jóvenes, arriesgados y eso es lo que yo tengo como recuerdo y no me gustaría que ninguno de mis hijos pasara por eso de nuevo. Y bueno, lamentablemente pasamos el tiempo después, todavía no llegaba la democracia, vivimos muchas cosas también estando ahí, y bueno, lo que yo le decía, la Nana también, uno de mis hijos fue torturado en el colegio Pablo Neruda siendo un niño de 11 años, toda una noche, ya con eso uno como que termina de... lloré profundamente y con mucha alegría cuando llegó la democracia, ojalá que nunca, nunca más vuelva ocurrir una cosa así, nunca más.

E: ¿Cuánto tiempo vivieron de allegados, se acuerda, en la casa de sus papás, de sus amigos, de la gente que vivía allá en Las Condes?

G: Como tres años más o menos.

JS: Mi nombre es Jessica Sepúlveda, en ese tiempo yo tenía 17 años cuando llegué allá a los departamentos, era jovencita, y tenía a mi puro hijo en ese tiempo que era René, que tenía como cinco o seis meses. Y nos asignaron esos departamentos a nosotros, yo venía de la Villa El Esfuerzo, y lamentablemente me quedó muy grabado, todo, todo lo que pasó y todo lo que viví, porque igual los militares tampoco eran con mucha cordialidad, porque de hecho algunos chiquillos, amigos, yo soy viuda ahora, les pegaron con culatazos en el poto así "¡apúrate!, ¡apúrate!". Yo trabajaba en la ferretería Kleiner, en la Alameda en el centro, así que como le digo fue muy traumático y con mucha pena, y estoy igual bien agradecida de los que se portaron bien con nosotros, que fue el Dante Pesce y este otro caballero, el cardenal, eso es lo que puedo acotar, porque ya está todo dicho y bueno, faltaría mucho tiempo para seguir, porque así, ahora de a poco nos vamos acordando, pero sí me acuerdo que me botaron mis cosas, y con mi guagua.

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de Lo Prado /

E: Entrevistador/a y facilitadora Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)
BV: Blanca Valenzuela
MC: Marta Chacana
RH: Rosa Hernández
M5: Mujer. No se identifica
XSM: Ximena San Martín
SS: Silvana Soto
M6: Mujer. No se identifica
MF: Marta Flores
M7: Mujer. No se identifica
MH: Margarita Hermosilla

BV: Mi nombre es Blanca Valenzuela. ¿Qué más se puede decir?

E: ¿Cuántos años tiene?

BV: Ahora tengo 71. Cuando pasó lo del desalojo, tendría... la verdad es que no me acuerdo, pero... ¿70?, tendría cerca de 30, 29, pongámosle. Ya, tenía un hijo nada más, de 3 años, y lamentable, ¿puedo contar el relato? Lamentablemente esa noche, cuando llegaron a sacarnos, yo ya estaba acostada con mi hijo, porque estábamos los dos solos, y empiezo a sentir un ruido de frenazos de vehículos, y me asomo por la ventana, y me doy cuenta de que está todo encadenado. No sabía de qué se trataba. Cuando de repente siento en mi puerta unos golpes que daban con las mismas armas que andaban trayendo, porque parece que las iban a hacer tira. Y salí yo, en pijamas, sin tener idea de lo que pasaba, y se meten hacia adentro, y "¿quién vive aquí?", "¿y quién más?". Y como era 28 de diciembre, justamente yo todavía tenía el arbolito armado. Lo único que me dice un carabinero, que se acerca más amable, y me dice "por favor", como ve al niño que también estaba durmiendo, no sabía qué pasaba, me dice "por favor, desarme el arbolito y guarde las cositas, porque..." Y entre todo ese tiempo, entraron cuatro carabineros y como cuatro hombres de civil, y ya empezaron a tirar las cosas al tiro para afuera, no me dieron tiempo de nada, solamente para desarmar el arbolito. Y de ahí a un camión, y con todo adentro, y a mí sola, ¿ah?, no me tocó ir con otra familia.

E: ¿Con su hijo?

BV: Sí, con mi hijo. Yo lo tomé en brazos y ahí aferraditos al camión, no sabía para dónde miéchica me llevaban. Y después, yo no había andado nunca por esos caminos, después supe que me habían ido a tirar para allá, para Las Vizcachas. Y mi marido andaba justamente en una reunión, porque iba a ser padrino de bautismo de un compañero de trabajo, de un hijo de un compañero. Y parece que eso les cayó peor, porque me dicen "¿y dónde está su marido, pareja, o qué sé yo?", y yo les digo, inocentemente: fue a una reunión, a una iglesia. Se lo tomaron... "claro, si la iglesia los está ayudando ahora", me dice. Y yo, o sea, se lo tomaron como por el otro lado. Y ahí me dejaron en un camino. Y yo lo único que quería saber (risas) es si habían echado alguna escoba,

para tener un arma, un palo, lo que fuera, para defenderme, en caso de que... no sabía dónde estaba.

BV: Y con mi marido, realmente, después que él termino su reunión, según me contaba, llegó allá, y vio que estaba todo con tanto movimiento, tampoco sabía qué pasaba. Y empezó a preguntar y a preguntar, y le dijeron que a todas las familias los habían sacado, pero no sabían para dónde. Así es que no le quedó más que recogerse él, y humildemente, porque nadie podía ponerse "chorito" en esas circunstancias. Y afortunadamente, él se fue a la casa de mi mamá, que vivía para allá, para La Granja, y al día siguiente, empezó a averiguar y averiguar, hasta que supo dónde estaba. Y después, ya al día siguiente, contrató a alguien y nos fue a recoger del camino. Solo, porque no había... yo, cuando vi que el camión, en el trayecto del camino, vi a dos grupos de familias que estaban, y ahí recién me vine a dar cuenta más o menos de lo que podía pasar. Pero a mí me fueron a tirar más allá de... porque pasaron por una comisaría, un retén de carabineros, y más para allá me fueron a tirar, y me dejaron. Sola, ahí, yo sentía –que yo no conocía nada para allá–, y sentía ruido de agua, nada más. Y en eso pasa, también, un curadito, y me habló algo, yo no le contesté, aferrada con mi hijo, no más, porque era chiquitito, y lloraba, no más.

Y menos mal que el hombre siguió su camino y no pasó nada. Hasta que, al día siguiente, como a las 5 de la tarde, llegó por allá mi marido, porque él otra vez fue a preguntar acá y hasta que le dieron respuesta de dónde podía estar. Y yo estoy todo ese tiempo tensa, que yo, al día siguiente lo veo llegar a él y me largo a llorar, pero yo creo que lloré un día entero. No me calmaba nadie. Y después, me trajo a la casa de una hermana, y en el sitio ahí como pudimos armamos una cama y las cosas tiradas. Y ahí nos quedamos, un par de días, hasta que él, en ese tiempo, iba a jardinear para arriba; entonces pasa un día por el mismo trayecto y ve que hay movimiento de asistentes sociales, y alguien le dice, alguien que lo conocía, le dice, "oye, sabes que la gente que sacaron de aquí, la están recogiendo". Entonces él se acercó y le preguntan también por su nombre y qué sé yo, y él dice, claro, Ramón Zapata. No lo conocía nadie, lo tomaron como una persona vivaracha, que se estaba avivando, y llamaron a carabineros, hasta que él de repente se ilumina y dice: lo que pasa es que esa noche, mi señora estaba sola. "¿Y cómo se llama?", "Blanca Valenzuela". Y ahí, claro, buscaron en el registro y estaba.

Y ahí empezaron, lo mandaron al Serviú a hablar con tal asistente, y total que como a la semana, creo que nosotros fuimos como la última familia que llegamos aquí. Porque cuando llegamos, ya estaban todas las casitas ocupadas. Más encima, nos dicen la dirección, y "esta queda en Pudahuel, en la población...", antigua, como se llamaba antes, aquí. Barrancas, sí. Nosotros tomamos una micro, fuimos a dar por allá donde estaba la Pachanga, y el chofer dijo ¿se va por San Pablo?, sí San Pablo, pero no sabíamos a qué altura. Después, de allá nos vinimos caminando, caminando, porque ya dejamos al niño encargado, hasta que dimos... de repente, doblamos por esa parte donde está el metro, las excavaciones, y tampoco conocíamos nada para acá. Y de repente, ya estábamos resignados de volvernos para la casa porque en ese tiempo, tomábamos la Central-Ovalle, que pasaba por San Pablo. Y de repente, del metro nos vinimos por Dorsal y de repente vimos unas casas chiquititas. ¿Y no serán éstas? Y empezamos a golpear y a preguntar, ¡y claro, pues!, pero estaban todas ocupadas. Chutas... quedamos afuera.

Y después, alguien nos dijo que, para la última calle, allá, quedaba una casita. Y fuimos, y claro; estaba amarrada con alambres, no más, en la puerta, y ahí fue una alegría inmensa. Ahí nos abrazamos y mi marido después dijo "te voy a dejar a la micro, pero yo no me voy de aquí". Porque me dijo que cualquiera puede venir y se va a instalar aquí. Y ahí durmió, se quedó toda la noche, sentado, esperando. Después se levantó en la mañana y empezó a buscar un vehículo que pudiera hacerle el flete, y justo ahí, en la calle Pardo Villalón, había un señor que tenía un camión, y nos fue a buscar. Y así llegamos aquí.

E: ¿Le puedo hacer una consulta? Cuando a usted la dejaron en Las Vizcachas, ¿la dejaron así, a sitio pelado?

BV: ¡A sitio pelado, en el camino, no más! Sin importarles nada de nada. Al día siguiente, uno no tenía ni donde, ni fósforos, ni nada para hacer... porque más encima, nadie cerca.

E: Claro, y ahí usted estuvo esperando hasta las 5 de la tarde, del otro día.

BV: Sí. Y con mi hijo, y si pillaba algo para comer, una frutita, o qué sé yo, se la daba, por supuesto se la daba a él no más. Pero yo tenía la esperanza de que alguien me iba a encontrar. Yo no me podía mover, así es que no tenía más remedio que esperar ahí, no más.

E: ¿Y cómo les afectó a ustedes, este cambio tan abrupto?, en un sentido más social, por ejemplo. Me imagino que habrán tenido cierta relación con los vecinos de la Villa...

BV: ¡Sí, mucha!, tuvo de eso, fue un impacto. Muy fuerte, muy brusco. Y a la vez, tratar de compartir rápidamente con la gente que estaba a los alrededores, porque después empezamos a saber que todos venían, o habíamos pasado por algo similar.

E: ¿Y cómo llegó a la Villa San Luis? Antes de la Villa San Luis, ¿de qué parte era usted antes?

BV: De El Esfuerzo. Y antes, yo venía del sur; con mi marido, éramos los dos del sur, y aquí nos casamos. O sea, mis papás se vinieron temprano, primero, y ya andábamos pololeando, y como a la semana siguiente ya estaba aquí. Y ahí, nunca más nos separamos; lamentablemente él falleció, duramos 47 años, pero, le llegó su hora no más, y otra cosa es que ahí sí que hay que aceptar, no más. No se puede hacer nada para cambiar eso.

E: ¿Cómo postularon a los departamentos allá en la Villa San Luis?

BV: No me acuerdo, en realidad. Parece que alguien dio, así de boca en boca, alguien dio el dato, que podía postular ahí. Y a la vez, también, poco antes de que nos sacaran de ahí, andaban también los rumores de que nos iban a sacar. Porque a algunas gentes ya las sacaban y las llevaban, pero a otros departamentos. Por ejemplo, a mí me tocó, un caballero que vivía al frente, que se llamaba Guillermo, pero del apellido no me acuerdo, lo trasladaron a otro departamento. Pero nosotros incluso fuimos a verlo, porque ese caballero trabajaba con mi marido, él empezó a trabajar en jardines. Porque en ese tiempo, había poco trabajo establecido, había que trabajar en lo que se presentara no más. Y como ese vecino ya trabajaba en eso, le convidó trabajo a mi marido y él aprendió eso.

E: ¿Y cómo fue, cuánto tiempo estuvo viviendo en la Villa San Luis?

BV: Como un año y medio, más o menos.

E: ¿Cómo describiría la experiencia que tuvo, viviendo ahí?

BV: Yo la encontraba buena, amena. Porque los departamentos eran amplios, estaban bien, eran buenos. Tenían un dormitorio grande, uno chico, que para nosotros que éramos tres no más en ese tiempo, estaba bien.

E: ¿Se acostumbró a vivir allá?

BV: ¡Sí! Y ya sabía, había aprendido a dónde ir a comprar las cosas, que eso era lo que, a uno, en ese tiempo, yo era dueña de casa no más, no trabajaba. Entonces ya me había, había aprendido a desenvolverse bien en eso.

E: Usted dijo que había sido un impacto, igual, todo eso. Porque usted nos contó que vino para acá, y ni siquiera sabía cómo llegar; ¿cómo fue entonces, cuando llegó acá, el cambio en el entorno?

BV: ¡No!, yo lo encontré maravilloso, porque después de haber pasado lo que había pasado, la experiencia tan horrible, y saber que ahí ya, el Serviú entregó esa caseta, con un bañito que estaba afuera, pero no importaba nada. Lo importante es que, como familia, seguíamos juntos.

E: ¿Y cómo es su vida, ahora?

BV: Bueno, a estas alturas es tranquila, porque uno teniendo donde vivir ya no hay muchas expectativas de... Ya como que uno aprende a aceptar lo que tiene y acomodarse a eso. Porque ya no hay fuerzas para seguir luchando. Bueno, que ojalá esto nunca más volviera pasarle a nadie, a ninguna familia. Sobre todo, porque yo era adulta ya, pero yo pienso el impacto en los niños. Si a uno le dolió, al niño con mayor razón.

E: ¿Qué edad tenía su hijo?

BV: Tenía cuatro años, tres años y medio más o menos. No iba al colegio, ni nada. Entonces, él después también se recuerda del ruido del agua, agua corriendo. Después, algunas veces me hacía preguntas, y después ya de a poco se fue olvidando y yo trataba de no conversar de ese tema delante de él. Y después acá, tuve otra niña. Pero a la vez, como familia, yo diría que esos sufrimientos, esas cosas, como que nos afiataron más, porque yo dependía de mi marido y a la vez él también de mí, y teníamos que luchar por el hijo que teníamos en ese tiempo. Y como le digo, duramos 47 años hasta que él se fue. Yo me casé a los 20 años. Eso sería todo lo que les podría contar.

[Otras mujeres hablan entre ellas, sacando la cuenta de los años]

MC: Soy Marta Chacana (solloza). Disculpa, me emociono, porque fue muy, muy terrible para nosotros. Mi hija tenía tres años, yo había perdido un bebé mucho antes de llegar allá, entonces mi ser estaba muy sensible. Y cuando llegué ahí, nosotros, mi hija tenía tres años y tanto, que es con la que yo vivo ahora, y cuando llegamos, cuando llegó esa noche estábamos con mi esposo planeando la cena de año nuevo. Y cuando siento que alguien me ilumina la casa, porque yo vivía en un primer piso, me ilumina la casa y empiezan a golpear la puerta, que abramos, que abramos. Y era carabineros, que estaba alumbrando. Mi esposo sale y pregunta qué pasa. Y bueno, dicen "empiecen a arreglar las cosas, porque se van". Y empezaron a llegar los camiones, y ya estaban, y las cosas las tuvimos que desarmar en un tiempo, así, corto. Incluso el árbol de pascua, lo tiramos arriba del camión, así, tal como estaba. Y la niña me decía, "mamá, ¿qué pasa?, ¿qué pasa?", entonces le dije "tranquila hija, si no pasa nada".

Y a nosotros nos subieron arriba de la micro de carabineros, y las cosas nuestras en los camiones, de estos areneros que hay, en esos camiones. Y al final de cuentas, eran las tres o cuatro de la mañana, por Santiago, sin saber a dónde íbamos, ni qué hacíamos, ni dónde ni qué nos iba a pasar. La mayoría de nosotras, las mujeres, casi llorando, y a los niños tranquilizando. Y en ese momento, un compañero, el esposo de una amiga, que iba con nosotros, se puso a cantar, para

evitar el hecho de que tuviera esa cosa que teníamos, en ese momento, esa tensión que había en ese momento. Y un carabinero viene, que estaba a mi lado, porque yo lo escuché, dice “canten no más, gaviotas, canten no más gaviotas; van a ver lo que les va a pasar cuando lleguemos allá”. Entonces, ¿qué es lo que te imaginas tú?, ¡qué nos van a acribillar a todos!, con niños, con todo. No puedes pensar en otra cosa, fue terrible. Y yo pensaba en mi bebé, que había muerto hacía poco tiempo, en mi niña, que estaba ahí conmigo y con mi esposo, y pensaba ¿qué es lo que va a pasar?, ¿qué nos van a hacer?

Y pasamos por calles totalmente desocupadas, por calles donde no se veía nada, no había nada. Llegamos a un sitio donde no había nada, luces, casas, nada de nada, y seguía caminando la micro, seguía, sin saber dónde llegábamos. Y de un repente, dicen: ya, bájense aquí. Y punto. Nosotros, ¿qué hacemos?, aquí nos acribillan, nos matan, ¡no sé! Era la sensación que teníamos todos, creo, en ese momento. Y empezaron a sacar las cosas de los camiones, y nos dejaron ahí; sin saber dónde estábamos, qué es lo que eran, qué pasaba, nada. Nadie nos daba una explicación de nada, simplemente nos quedamos ahí. Los esposos tomaron las frazadas, y todo lo que pudieron, y cubrieron los muebles y algunas cosas, y tiraron los colchones, para que los niños durmieran, y así nos protegimos un poco del frío, de todo eso, de lo que estaba pasando ahí. Pero nadie durmió, y ellos hacían guardia, porque no sabíamos dónde estábamos; se daban vueltas por todo el campamento, que había quedado. No teníamos agua, no teníamos luz, no teníamos baño, no teníamos nada.

De hecho, mi hija se tomó una infección terrible, que la tuve muy mal después, incluso hasta yo me tomé una infección –que sufro hasta el día de hoy, una infección urinaria, que me ha tenido muchas veces en el hospital. De hecho, ahora estoy con deficiencia renal, estoy a punto de que me dialicen. Esas cosas, viene todas las consecuencias de todo aquello. Entonces, yo digo, ¿por qué tanta maldad, tanta crueldad?, cuando éramos familias que no le hacíamos nada a nadie; éramos gente que teníamos una familia, que estábamos ahí, porque necesitábamos estar ahí. Por lo menos mi grupo familiar necesitaba estar ahí, porque yo no tenía dónde vivir. Yo sabía que tenía que estar ahí. Entonces, nos arriesgamos a eso, a todo esto, ¿para qué?

Y el día menos pensado, bueno, llegó carabineros nuevamente al lugar, llegó el alcalde, ordenó que desalojáramos el lugar, porque era privado todo eso y que teníamos que volver a donde habíamos vuelto. ¿Y a dónde íbamos a volver, si no estaba la Villa?, no podíamos volver a la Villa. Nos acogieron arriba, en El Esfuerzo, allá nos acogieron y estuvimos en la calle 3 días. Nuevamente con carpa, mi esposo trabajando, yo acompañándolo de repente, cuando estaba con él. Mi esposo trabajaba en la feria y tenía un puesto en la... La cosa es que ahí nos quedamos y el día 3 de enero nos dicen: ustedes tienen dónde llegar y llegamos acá. Pero esto era un basural; había mucha basura, llegaron los camiones, limpiaron un poco aquí. Porque a mí me tocó esta parte de aquí adelante, la verdad de las cosas, fuimos los primeros que llegamos en esa oportunidad. Y llegamos aquí adelante y estaban las casetas en el suelo, todavía no estaban armadas.

RH: Llegaron después de nosotros.

MC: Seguramente.

RH: Sí, porque después llegaron las casetas. Llegamos nosotros, cuando había basura aquí.

MC: Sí, era todo...

RH: Lleno de basura.

MC: No había baños, no había nada.

RH: Los camiones pasando, reclamando los sitios, y resulta que mi esposo vino. Porque era muy, cómo se dice, atrevido para sus cosas; él todo lo venía a ver, decía “¡no!, no se vayan chiquillas, que no están hechas las casas”... Y los micreros.

MC: Y sí pues, nos quedamos aquí. Yo estaba fascinada, en ese sentido, de tener un lugar donde estar, un lugar mío. Una parte donde yo decida: aquí me muero y de aquí no me voy. Pero lamentablemente la vida, a mí me jugó chueco, porque mi esposo hizo algunas cosas que no debió haber hecho (solloza).

RH: Ya, tranquila... Ya pasó, ya.

MC: Yo, estando en el hospital, me hizo firmar unos papeles y me vendió la casa. Con los años que teníamos aquí ya, él me vendió la casa y me quedé de brazos cruzados, sin nada. Yo ya tenía mi segundo hijo, él nació aquí ese año, en el 80 él nació aquí. Y con los años, yo como les dije, había estado bastantes veces enferma, y esa vez salí del hospital, me fue a buscar y me llevó directamente a una notaría, y me hizo firmar esos papeles. Y vendió mi casa. Yo confiaba totalmente en él. De hecho, él tenía una pequeña fábrica de cajones fruteros y yo me hice cargo de la parte administrativa de la fábrica. Teníamos a veces hasta 35 personas trabajando con nosotros. La empecé a levantar la fábrica, a levantar, y él hizo malos negocios, se metió con gente que no debía, y a las finales de cuentas fui yo la que pagué el pato, porque estuve hasta detenida. Estuve cinco días detenida, por malversación, por los cheques, porque los cheques estaban a mi nombre. Pero yo era la que firmaba no más, yo no tenía nada que ver en todo el cuento.

Y eso pasó, y hasta el día de hoy estoy sin casa, vivo con mi hija; ella gracias a Dios terminó de estudiar –pudieron estudiar los dos–, trabajé en lo que más pude. A la final, yo me separé de mi esposo. Y trabajé con ellos en muchas cosas, hice muchas cosas para poder, y ellos me ayudaron, en el sentido de poder estudiar y trabajar, y sacar sus títulos. Y mi hija es la que me apoya ahora. Y mi hijo, también tengo el apoyo de él. También él tiene su familia, mi hija vive conmigo y con su hijo, somos los tres solitos. Y mi hijo tuvo suerte, en el sentido de que se casó con una buena mujer, y con sus dos niños, están bien ellos. A pesar de que hemos pasado por muchas cosas malas, mi hijo también, tiene leucemia (solloza), entonces la vida a mí me ha castigado mucho. Y no he puesto grandes esperanzas en todo lo que pueda resultar de esto, sino que, digo yo: lo que venga, y lo que sea. Si es para un bien, de que el día de mañana, que pueda yo decir: ya, estoy bien, me siento bien conmigo misma, con mi familia. Yo no reniego de todo lo que ha pasado.

Yo, con mis hijos, somos felices los tres; tengo tres nietos, soy feliz, tengo una madre que tiene 100 años y mi familia me apaña. Entonces yo digo, o he pasado “pellejerías”, como se dice, porque toda mi familia me ha apoyado. Pero interiormente, para mí, es una soledad, y yo nunca volví a hacer mi vida, tampoco. Yo me dediqué a trabajar y a estudiar, para que mis hijos pudieran estudiar y hacerse profesionales –lo que son en este instante–, y tienen una buena vida, que es lo que se merecen ellos, porque uno lucha para eso. Eso es; ¿no sé si alguna pregunta, o alguna cosa?

E: ¿Usted recuerda en qué block vivía en la Villa?

MC: Yo, lo único que me acuerdo, es que vivía en la calle Neptuno, que se llamaba, cerca del estadio, no sé si de la Católica o de la Chile, ése que está allá arriba. De la Chile.

E: Los departamentos donde vivía usted, ¿eran los de ladrillo, y que tenían balcones?

MC: No, tenía un antejardín, porque como yo vivía en el primer piso, no tenía balcón el mío. Estaba la cocina, no más, o sea, el ventanal, la cocina, y estaba el comedorcito, la cocina a un lado, el baño, y los dormitorios a este otro lado. Lo que teníamos era lo justo y lo necesario, así es que no, no necesitábamos más, tampoco.

E: ¿Cuánto tiempo vivió en Las Condes?

MC: Yo, la verdad es que, en Las Condes, más de seis meses no viví ahí. Yo llegué por necesidad ahí, por necesidad de vivir, y estar... Porque lamentablemente, después de que murió mi hija, que murió a un mes y 20 días de haber nacido, nosotros nos separamos, con mi esposo, y estuve separada como tres o cuatro meses, de él. Como tres meses, más o menos. Y él me buscó, y me dijo que tenía un departamento donde nos podíamos ir a vivir, y que podía cambiarnos la vida, y todo eso. Y yo me fui así, ahí, y fue porque una amiga de él también lo llevó a esos departamentos. Pero eso fue, después yo me enteré de que había sido una toma, el departamento. Yo cuando llegué ahí, bueno, él ya estaba ahí, y tenía todas las cosas ahí. Pero yo en esas condiciones, llegué ahí.

Yo no excuso el hecho de que haya sido así, que nosotros hayamos llegado ahí, así de esa manera. Pero no era la forma, tampoco, en que nosotros nos sacaron. Para ser tan poco tiempo, yo ya estaba acostumbrada, tenía la gente que estaba a mi lado, a gente que yo conocía, las familias que éramos conocidas. Y, de hecho, las familias que estábamos aquí, éramos las mismas que estábamos en ese lugar. Entonces para mí, en realidad fue muy terrible todo eso, porque cuando yo me enteré, a mí se me vino el cielo abajo, en realidad. Cuando me enteré de que mi esposo había hecho, de haberse tomado el departamento. Porque no era la idea mía, lamentablemente yo no estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, a ese tipo de cosas. Mi padre había luchado por lo que teníamos, por muchos años y nos había dado una regia casa, pero fue por el esfuerzo, no fue por tomar una cosa que no era mía. Y eso era lo que a mí me dolía, en ese instante, pero no tenía otra opción, no tenía otra opción porque no tenía dónde ir. La situación tampoco era como para estar arrendando, o buscando una situación de mejor calidad.

MC: Sí, también los sacaron, sí yo sé eso.

M5: A ustedes los sacaron a una casa, con la diferencia...

MC: A un departamento.

M5: Con la diferencia que a nosotros nos botaron.

MC: Esa es la diferencia, que a nosotros nos botaron.

RH: Supuestamente, temprano iban a ir del Serviu, fueron unos días antes, iban a ir del Serviu a hacernos una reunión.

MC: Una reunión y una encuesta, y eso no fue.

E: No alcanzaron.

RH: No, porque iba a ser...

M4: Porque fueron el día 28, y el 28 nos desalojaron.

RH: Claro, el día 28 iban a hacer la reunión y los hicieron bajar a las 10 de la mañana, que iban a ir del Serviú, y no llegó nadie. Y de ahí, en la noche, estaba oscureciéndose, cuando empezaron a tocar la sirena y yo me asomé al balcón, y estábamos encadenados, enteros.

E: ¿Cuál es su nombre?

RH: Rosa Hernández.

E: ¿Nos quiere contar un poco?

RH: Bueno, es todo medio parecido, porque a todos nos sacaron de la misma forma. Sí, se estaba como oscureciendo, yo tenía a mi hija, tenía un año, y yo la estaba haciendo dormir. Y mi marido estaba pintando una cunita que le habían reglado, cuando escuchamos la sirena, me asomo al balcón y estábamos enteros encadenados. Y en eso, empezaron a subir carabineros, cinco carabineros golpeando la puerta, y que teníamos que irnos, "pero, ¿a dónde nos vamos a ir?, no tenemos a dónde irnos". "No, tienen que irse ahora, altiro", y ellos desarmando y tirando las cosas, y había que estar calladitos. Y ahí, llegaron los camiones, ¿eran camiones de la municipalidad los que nos sacaron a nosotros...?

Todas: Sí, pues. Era de carabineros.

RH: Eran camiones de la municipalidad.

SS: Esos de ripio seco, de esos.

MC: No, el mío era una micro de carabineros, la que nos llevó a nosotros.

RH: No, a nosotros no.

SS: Había de todo.

RH: El que me llevó a mí. Y yo tenía una cuñada que vivía cerca, y ella estaba sola con sus dos hijas.

SS: ¡Chiquititas!

RH: Tenía un bebé, que tenía como...

SS: ¡Meses!

RH: A ver, tenía como tres o cuatro meses. Y les pedimos si la podíamos ir a buscar, porque nosotros no teníamos tantas cosas. La fuimos a buscar a ella y estábamos las dos, a nosotros nos fueron a dejar al final de Lo Curro. Al final de Lo Curro, arriba, nos fueron a dejar; a la orilla de la calle, por ejemplo, aquí estaba la calle y ahí había puras moras, zarzamoras, y en este pedacito nos dejaron a nosotros. Que cuando en la mañana, temprano, cuando pasaba la gente, a trabajar para arriba, nos decían, "¿ve?, por no pagar el arriendo, los botaron a la calle". Y ahí, estuvimos como dos días, y el alcalde de Lo Curro nos había mandado a sacar, en un coloso, y nos había ido a dejar entremedio de unos canales, más abajo. Porque no podíamos estar ahí nosotros, porque éramos como un mal ejemplo que estuviéramos botados en la calle. Y se fue mi cuñada, en ese coloso, y yo me quedé con las otras cosas ahí, porque no podíamos dejar solo, porque estábamos con las cosas. Sin maridos, sin nada, con los puros niños, teníamos tres chicos: mi hija que tenía un

año, la otra tenía dos, mi sobrina, y el bebé que tenía tres meses. Claro. Así es que teníamos que estar ahí. Y ahí después, cuando nos encontraron los maridos, salimos, y empezamos a ir a la iglesia, a pedir ayuda. ¡Claro!, la alegría grande, cuando nos encontramos, unos con otros, ¡felices!

SS: Se reconocían.

RH: Claro. Felices. Y así, pasamos un año nuevo ahí, que una señora nos pasaba baño, porque no teníamos baño, no teníamos agua, ni qué comer. No teníamos comida, así que una señora, ella nos daba, nos pasaba huevitos, para darle a los niños y nos llevaba comida. Y la cena de año nuevo, nos llevaron ellos, una cena también, para comer en Lo Curro. Y ella, la señora, nos pasó una carpa, que nosotros pusimos unas frazadas, para hacer un techo. Sí, en la foto se ve. Sí, en la carpeta que entregamos van esas fotos.

E: ¿A quién le entregaron esa carpeta?

RH: A la Bernardita.

E: ¡Ah, la tienen acá! Ya, porque después las vamos a ver.

RH: Y hay revistas de eso, también, que está la familia de ella, la familia de nosotros, y otras... Sí, fue bien, o sea, todavía da mucha pena, da mucha cosa, de recordar lo que pasamos.

E: ¿Dónde vivía usted antes de llegar a la Villa San Luis?

RH: En... ¿cuánto era que se llamaba?, de dónde nos sacaron a nosotros para llevarnos a la Villa San Luis, El Esfuerzo.

E: ¿Eran del Esfuerzo también?

RH: Sí.

E: ¿Cuánto tiempo vivió en la Villa San Luis usted?

RH: Dos años. Y ahí, nosotros pensábamos, cuando ellos decían que iban a hacer reunión del Serviú, porque nosotros pagábamos luz, pagábamos agua, estábamos reconocidos, ahí nosotros, entonces nunca pensamos que íbamos a llegar a lo que llegamos. Y de la manera que nos sacaron, y nos trataron mal, más encima. Y nosotros veíamos, donde no había gente, los departamentos que no había gente, cómo tiraban las cosas, del cuarto o quinto piso, tiraban los refrigeradores, las cocinas, las tiraban para afuera. La cosa era desocupar el... claro.

E: Y cuando llamaron a esta reunión, ¿ustedes de qué creían que se iba a tratar la reunión del Serviú?

RH: De que nos iban a dar solución, que nos iban a dar soluciones. Pero nunca aparecieron los del Serviú; llegaron en la noche a desalojarnos, no más, a tirarnos a diferentes lados. Y nunca nos dijeron dónde nos llevaban, preguntábamos, pero no: sin destino, sin destino. Así nos decían.

E: ¿Cómo era la vida en El Esfuerzo?

RH: Vivíamos bien, igual, porque teníamos casa. Y de ahí nos llevaron supuestamente a algo mejor. Nos sacaron de ahí, y nos llevaron... ya no me acuerdo.

E: ¿Del Esfuerzo los llevaron a los departamentos?

RH: Sí, sí.

M5: Es que después de la, ¿te acuerdas?, que se inundó, creció el río Mapocho y arrasó con la población, ahí. Y por eso después empezaron a sacar a la...

RH: A la gente.

XSM: Yo alcancé a vivir dos años ahí, yo llegué con mi hermana, ahí.

E: Sí, ¿quiere pasar?, si quieren decir su nombre.

XSM: Ximena San Martín. Bueno, hemos dicho ya más o menos lo mismo o parecido, pero con la diferencia que yo fui botada detrás del aeropuerto de Pudahuel. Sin nada, nos tiraron ahí. Incluso carabineros se apiadó, después de todo, porque no teníamos agua. Y nos llevó a varias mujeres a buscar agua, no sé si estabas tú, cuando fuimos a buscar agua, ¿cierto?

RH: No, yo me acuerdo cuando llegamos y carabineros nos prendió un neumático, por el asunto de los zancudos.

XMS: Los zancudos. Y fuimos a una parte muy lejos a buscar agua, y llevamos agua, tuvimos por lo menos para al otro día, darles a los niños, porque había niños. Por ser, mi hija, me la llevó mi hermana que vivía cerca, tenía un año. Estaban todos chiquititos. Y entonces yo venía embarazada de un mes y me picaron los zancudos, estaba entera picada de zancudos, enronchada la cara, por todos lados (risas). Y bueno, de hecho, mi esposo después, al otro día, se levantaron temprano, fueron a la televisión, los medios llegaron donde nosotros, nos buscaron. Incluso gente extranjera nos vino a entrevistar al albergue, donde estábamos alojando. Bueno, de hecho, mi esposo perdió la memoria; empezó a perder la memoria, por los días y todo, y después se empezó como a trastornar. Y bueno, ha vivido de todo, muchas cosas que pasó. De hecho, el 73, el Golpe, él estaba en el servicio, y después el Golpe, fue para él verse en la calle, y con una hija chica, su mente ya no daba para más.

M: El 73, pasaron muchas cosas, muchas cosas.

XSM: Sí pues. Y bueno, ¿qué le puedo contar más?, bueno eso. De hecho, después de un tiempo, mi esposo se mató. Eso. Si mis vecinas saben, que después de haber vivido eso, se empezó a enfermar más. Porque ya no era vida.

E: ¿Cuánto tiempo usted vivió en El Esfuerzo?

XSM: No, yo no viví en el Esfuerzo, no.

E: ¿Usted, de dónde...?

XSM: Yo le dije a él, que vivía con mi hermana. Mi hermana vivía al lado del departamento de arriba. De Luis Carrera hacia arriba. Y ella me dijo "vámonos donde mi amiga, que van a desocupar ahí", y ahí llegué yo. Llegamos como toma.

E: ¿Y cuánto tiempo alcanzó a vivir?

XSM: Dos años.

E: ¿Y cómo era la vida allá en la Villa?

XSM: Buena. Buena, porque tenías trabajo ahí mismo. Salías, y salías a trabajar; salías a limpiarle las hojas al vecino más rico y te pagaba. Y aquí, ¿llegaste a? a miseria.

E: ¿Y cómo lo hicieron cuando llegaron acá?

XSM: Bueno, de hecho, igual íbamos para arriba, porque teníamos familia arriba, a trabajar al barrio alto, porque de otra no había solución. Bueno, de hecho, también el tiempo del 82, con la crisis, que trabajaron los maridos en el PEM y el POJH, ahí estuvo súper malo. Súper mala, fue esa crisis. Y eso.

E: ¿Quiere contar algo?, ¿cuál es su nombre?

SS: Yo me llamo Silvana Soto. Nosotros vivíamos igual, como la vecina, pero no en el mismo lado, era otro lado donde estábamos nosotros viviendo.

E: ¿Antes de llegar a la Villa San Luis?

SS: Los departamentos donde estábamos, donde iban a poner a los militares, y eso, donde estaban sacando a los civiles para meter a los militares. Y nosotros bueno, como teníamos necesidades, no teníamos dónde vivir, teníamos que tomar y hacer lo posible donde vivir. Yo tenía una niña que tenía 3 meses, mi hija tenía. Así es que, porque yo estaba con mi hermana viviendo, ahí mismo en Los Militares, porque ella era asignada ahí. Y ella me tenía ahí, y esos departamentos eran tan chicos que tenía que (estar) así, todos amontonados. Por eso nosotros nos tomamos ese departamento. Y cuando a nosotros nos fueron a sacar, yo estaba cocinando, estaba haciendo una cazuela, y voy a botar las cáscaras a la basura, afuera, y veo toda una cosa blanca, así por alrededor, toda en el suelo. Así como que ellos estaban en una guerra, como en la guerra estaban, así con los fusiles, como si alguien decía algo, le disparaban no más.

M6: Era terrible.

SS: Sí. Y entonces, yo le digo a mi marido: ven mira, hay algo ahí. Porque era oscura esa parte, era como una cancha que había ahí. Porque ahí había departamentos y más allá había otros departamentos. Le dije a mi marido: mira, hay unas cuestiones blancas, que se ven, le dije yo. Y sale para afuera él, y me dice "no, si son los carabineros, ¿qué querrán hacer?", "¡no sé!", le dije yo. Y ahí se empezaron a parar y a decir, "¡ya, salgan todos para afuera!, porque los venimos a sacar", y nos sacaron, y nos echaron a un bus, y echaron las cosas arriba de un camión. Y nos fueron a botar allá, a la... ¿cuánto se llamaba? En el paradero 37 de la Gran Avenida, allá nos fueron a botar a nosotros. Y no teníamos dónde estar, porque era una cuestión, así, no había nadie, no había nada ahí. Y nosotros no hallábamos qué hacer, no teníamos dónde llegar, porque ya habíamos salido de donde mi hermana, y no teníamos dónde llegar. Y ahí después nos

quedamos ahí; mi marido se fue a trabajar, y yo me quedé con mi cuñado, me acompañó, como me había ido con las niñas. Y una vecina, también, que estaba al lado mío, que vivía al lado mío, estaba conmigo; nos juntamos las dos y estábamos las dos juntas, para acompañarnos.

Y después, a la hora que teníamos que comprar algo, no podíamos comprar nada, porque no nos querían vender. Nos decían “no sé de a dónde salieron ustedes, no les vamos a vender nada, porque siempre vienen a botar gente aquí, y quizás qué (¿decepción?) nos traen a nosotros”. Y todos nos cerraron las puertas, y no nos vendían nada. Nosotros les íbamos a comprar, no les íbamos a pedir. No, no nos quisieron vender. Así que ahí, buscamos por ahí, hasta que encontramos para tener para comer. Y cuando estábamos haciendo algo, comiendo algo, llegaban los carabineros, a preguntarnos. A cada rato venían, no nos dejaban tranquilos, ni comer; era molesto eso, de que ellos venían a cada rato, preguntarnos. Y después, nos dijeron que teníamos que irnos de ahí, porque la gente de alrededor de ahí, no nos querían tener. Y nosotros decíamos, ¿para dónde vamos a irnos, si no tenemos dónde?

Así que mi hermana se llevaba a mi hija para su casa, porque ella vivía en los departamentos de ahí, ahí vivía ella, porque todavía no la sacaban de ese departamento. Y yo me quedé con la vecina, juntas, porque hicimos con frazadas, hicimos cosas, y nos juntamos las dos con mi vecina. Cuando le faltaba algo a ella, yo le ayudaba, y ella me ayudaba a mí, y así nos ayudábamos entre vecinas. Así es que nosotros pasamos hartas necesidades.

E: ¿Cuánto tiempo vivió en San Luis?

SS: Como un año parece que estuvimos ahí, no recuerdo mucho, un año más o menos.

E: ¿Se acuerda en qué block vivía?

SS: En los últimos.

E: ¿Frente a la Escuela Militar?

SS: Casi cerca de donde estaba el cerrito, parece, no me acuerdo.

E: Ah, cerca de la Escuela Militar.

SS: Ahí, sí.

E: En Cerro Colorado.

SS: Sí, ahí estábamos viviendo nosotros. Y a nosotros, el día antes, nos habían dicho que nos iban a venir a encuestar, para darnos casa. Y todos salimos para afuera y limpiamos. Claro, no teníamos muy limpio todo, pero igual ordenábamos más para que vinieran y nos encuestaran, y encontraran que nosotros no éramos gente mala. Porque todos no éramos malos. Y en la noche, se dejaron caer, para el Día de los Inocentes, me acuerdo yo, que nos fueron a botar.

M5: Pero es que no éramos gente mala; éramos gente que tenía necesidades, más que nada.

SS: ¡Sí pues!

M5: No éramos gente que teníamos problemas con la ley...

SS: ¡No, nada!, si toda era gente tranquila.

M5: Estábamos ahí por necesidad, no era por otros motivos, nada más.

SS: Así es que sufrimos harto ahí nosotros. Después, nos trajeron y yo fui a Colón, donde unos amigos que teníamos nosotros, allá fui a dejar mis cosas, cuando llegamos allá, las cosas estaban todas hechas pedazos. Hacía como un mes que habíamos comprado el comedor y así unos hoyos que tenía, porque pasaban con el camión, como había árboles, se rompió el comedor; todas las cosas se rompieron. Los mismos carabineros decían “tantas cosas bonitas y nuevas que tienen”, dijo, “se les van a hacer pedazos, aquí”, cuando nos iban a visitar. Así que, para nosotros, no fue vida, allí.

M5: Ellos tuvieron suerte, en cierto modo, porque tenían una red de familia. Cuando no tenían esa red de familia, la gente...

SS: Y después, yo fui, llegué a dejar mis cosas a Colón, a la semana fui arriba, a Colón, y me dijeron que arrendara una casa. Y fui a ver la casa para arrendar, y yo todo lo que sacaba y abría, era como estas cosas, de cartón. Sacaba un cartón y salía cualquier guarén; yo llegaba a llorar cuando estaba limpiando esa casa. El piso era un pedacito de madera y lo otro era todo tierra. Y yo decía; pero tengo que arrendar, ¿para dónde me voy a ir?, mi hermana no me puede tener ahora, porque tengo cosas. Y en la tarde, cuando me venía, un vecino me dice “¡vecina!, la andábamos buscando”. ¿Por qué?, le dije yo “nos dieron solución, y usted era la última que faltaba, que le dieran solución”. Y le dije, “¿y a dónde nos tocó a nosotros?”, “para acá nos tocó a nosotros”, y le dije “yo no conozco para allá”, “pero preguntando, usted ya sabe”. Y anduve hasta allá abajo, preguntando, y no podía encontrar la calle, acá.

Y nos trajeron de allá, donde fuimos a buscar la casa, porque, cuando nosotros llegamos, las casas ya estaban levantadas. Llegamos acá, y me dicen “aquí le toca a usted”, y era la única que faltaba. Y yo antes fui a la Vicaría, fui con mi hija, me acuerdo, todos los días, fui con mi hija, porque si no iba, no me daban solución. Me dieron cosas, yo tenía que esperar, salí a la calle, me senté en una placita, y mi hija se puso a llorar. Lloraba y lloraba, porque yo ¿dónde le iba a dar mamadera?, si yo andaba haciendo trámites. Entonces se acerca un caballero, y me dice “señora, su niña tiene hambre”. Sí, si yo sé que tiene hambre, “caballero”, le dije; “es que ando haciendo trámites, por la gente que vivía en San Luis”, le dije, “yo soy una de esas”. “Lo siento, señora”, me dice, y me da plata. “No, no quiero plata”, le dije, “lo que yo quiero es una casa donde vivir”. Me dijo: “no, pero para su hija, para que tenga, para que le compre cualquier cosita a la niña”. Porque la niña tenía como tres meses. Le dije “yo no necesito plata”, porque mi marido trabajaba; yo lo que necesitaba era una casa, para vivir. Y ahí, me dijeron “allá ya tiene solución, vaya, ahí está su casa”. Así es que ahí, vine aquí y encontré mi casa.

E: ¿Y cómo ha sido su vida, acá?

SS: ¿Aquí?, sí, bien; no hemos tenido problemas, somos buenos vecinos. No hemos tenido ningún problema con los vecinos. Así es que ahí hemos salido adelante. Mi esposo también falleció; él trabajaba en construcción, se cayó del tercer piso para abajo, se pegó en la cabeza y se mató. Mi hija tenía 8 años, y mi hijo tenía 6 años, y sola salí adelante. Sola, salí con mis hijos adelante.

E: Mujeres de esfuerzo.

SS: Sí pues. A nadie de mi familia le pedí nada, nada, gracias a Dios. Por eso digo yo que a veces la gente dice que no puede salir adelante con un hijo, y sí pueden. Si yo salí con dos, ¿por qué no pueden salir con uno? Y ahí, salí adelante, con mi hijo, vendiendo pan, haciendo cosas, aquí, hasta que salí adelante con mi hijo. Sí, que eso era todo.

E: ¡Qué bueno, gracias!

MC: La anécdota que yo tengo, en parte de mi vida, es que yo trabajé con carabineros después. Yo trabajé en un hogar de menores, sí, con carabineros. Y con ese temor de que pudiera haber alguna cosa. Afortunadamente no quedé con antecedentes, cuando estuve detenida y nada de eso, entonces con ese temor, siempre de ellos, eran autoridad y uno no podía hacer nada. Pero con el tiempo, logré reírme de eso, porque la verdad de las cosas, trabajar con carabineros en aquella época en que mis hijos todavía estaban estudiando, fue para mí en parte una salvación. Porque yo estaba luchando sola para poder mantener a mis hijos, y esa anécdota, bueno, ellos me consideraron mucho; la verdad de las cosas, es que me consideraron mucho. Yo trabajé en Sename, trabajé en un hogar en San Antonio, también de niñas, y así, me fui dando vueltas con mi vida, para poder salir adelante, de todos los problemas que habíamos tenido.

E: ¡Gracias!

MC: Gracias a ustedes.

E: Pero usted viene de allá, no importa que no esté inscrita, ¿su nombre?

MF: Mi nombre es Marta Flores y vengo de la Villa San Luis. A nosotros nos desalojaron, y bueno, como todos, al resto, como ya han dicho todos casi lo mismo, y a nosotros nos fueron a dejar casi al final de Pudahuel. Yo tenía dos hijos pequeños, uno de dos años y uno de ocho meses, aproximado –ya casi ni me acuerdo, porque fue hace tanto tiempo–. Y eso, ahí estuvimos, toda una noche. O sea, el resto de la noche, porque llegamos como a las cuatro de la mañana, nos tiraron ahí, y ahí estuvimos. Después fue carabineros, después fue el alcalde de acá, y nos trajeron al albergue, somos unos de los primeros, del primer grupo que llegó al albergue, acá, de la comuna. Y eso; yo no tengo muchas cosas que decir. Porque igual pasamos necesidades y cosas, pero yo digo, como todo lo que han dicho. No es repetir como los demás, creo. Todos casi pasamos lo mismo, las mismas cosas, los mismos problemas. También tuvimos ayuda, aparte de eso, tuvimos ayuda sí, acá en el albergue; tuvimos de la Vicaría. Sí.

E: ¿Cuánto tiempo vivió en la Villa San Luis?

MF: Como nueve meses.

E: ¿Y cómo llegó allá?

MF: Yo vivía con mi comadre, vivía de allegada en la casa de mi comadre y de ahí nos fuimos. Ella vivía en los departamentos. Y ahí vivimos como ocho meses.

E: ¿A ella también la desalojaron?

MF: Sí, también. Pero ella compró casa en otro lugar. Se fue donde unos familiares, así es que ya no está en ningún lugar, no la ubico, ya no sé dónde está. La verdad es que no sé. Y eso.

E: ¿Las desalojaron el mismo día, a las dos?

MF: Sí, el mismo día. Pero ella se fue donde sus familiares y nosotros nos vinimos en los buses, y en los camiones nos llevaban las cosas.

MC: Fue todo sincronizado para que durara una noche.

MF: Fue toda una noche, sí. Sí, porque llegaron los militares, acordonaron los edificios y llegaron golpeando la puerta, con metralleta incluida, porque no era así no más, y "ustedes se van", no; era como amenazándonos, que nos teníamos que ir. Y como éramos tan pobres, agarramos las pocas cosas que teníamos, ¡y eso, y nos fuimos! A donde fuera, a donde nos llevaran. Y mientras viajábamos, nosotros nos dábamos ánimo, pensábamos que quizás nos iban a llevar a un colegio, porque como era verano y estaban los colegios desocupados. Y no, no pues, no pasó nada. Cuando nos fuimos dando cuenta, cuando llegamos al final de San Pablo, y estaba todo oscuro, todo feo, ahí nos tiraron. Así es que...

E: Y en el albergue, ¿cuánto tiempo estuviste?

MF: En el albergue pasamos el día 28, el 29, y pasamos el año nuevo ahí, y al día siguiente, llegamos acá. Y acá, pasamos como una o dos noches en la calle, mientras armaban las casetas. Eso.

MC: El día 3, llegamos nosotros acá, el día 3 de enero.

MF: Nosotros, al día siguiente, llegamos el día 2 de enero, acá. Y ustedes un poco más allá.

MC: Claro. Estaban desarmadas las casetas.

MF: Sí.

MC: Tuvimos que esperar a que armaran las casetas para tener la posibilidad de estar dentro de algo.

MF: Y estos sitios estaban deshabitados, porque aquí vivía la gente que se fue a los departamentos. Los habían sacado hace poco tiempo y acá lo tomaron como basural.

MC: ¡Sí!, ése era el dilema que teníamos aquí nosotros, porque la gente que vivía aquí, en estos sitios, habían sido por años dueños. Y cuando llegó el momento, los sacaron y los pusieron allá. Pero esto era un barrial, era mugre, era todo infeccioso, todo sin desinfectar, todo el terreno. Entonces, ¿qué pasó?, que cuando nosotros llegamos acá, teníamos problemas con la gente de allá, de los departamentos. Porque los departamentos eran chicos, no era como tener su casa aquí, y siempre más de algo nos decían...

MF: ¿Alguien más quiere dar su opinión?

MC: Disculpa, pero es parte de lo que pasa. Que cuando llegamos aquí, los problemas que teníamos con la gente de los departamentos.

M6: Nosotros éramos los "delincuentes".

MC: Claro.

M6: Los que llegamos aquí y los robos para ellos. Nos basurearon en los diarios...

RH: Venían con palos, a sacarnos.

MC: Sí, también. Si todas esas cosas las pasamos aquí.

M7: Nos decían que nos habíamos venido a tomar, aquí.

RH: Ese vecino que dices, en esa casa estoy yo y mi mamá, era de él.

MC: Era de él, sí. Claro, si muchas...

M7: La de la Lucita María, también.

MC: Sí, si era eso, que todo el mundo decía eso; que nosotros habíamos venido a usurpar un lugar que había sido de ellos. Pero lamentablemente, a ellos los habían sacado mucho tiempo antes que a nosotros.

RH: Era para seguir haciendo departamentos.

MC: Caro, sí pues.

RH: Había basura, la gente botaba basura...

MC: O sea a ellos les entregaron, se hicieron esos departamentos y se los entregaron. Y los sacaron de acá. Entonces, esto después pasó a ser un basural. Y cuando a nosotros nos dieron la solución, de poder darnos un lugar donde estar, nos tiraron aquí y nos trajeron aquí.

E: Pero a ellos también los sacaron.

MC: No pues, ellos viven ahí, ellos todavía viven ahí.

RH: Eran para ellos esos departamentos.

MC: Sí. Entonces ese era el problema que teníamos, muchas veces, con la gente de allá; que nosotros estábamos usurpando los terrenos aquí, que habían sido de ellos. Porque aquí, cuando nosotros llegamos, estaban hecho tira los alcantarillados, estaban hecho pedazos todas las cosas, porque la gente cuando se fue, hicieron todo ese destrozo. Sí. Aquí, cuando nosotros llegamos, teníamos un puro baño para toda la manzana, ahí en el medio. Entonces, después cuando ya armaron las casetas, y cada una tenía su baño, el baño estaba recibiendo a las visitas delante de las casetas (risas). Recibía a las visitas, el baño.

E: ¿Cuánto tiempo pasó de la caseta?, cuando estuvieron ya, en una construcción más sólida, ¿cuántos años?

MC: Bueno, depende de la familia, porque lamentablemente, yo no alcancé a tener una casa, digamos, de construcción sólida. Nosotros nos agrandamos, con mi esposo, con mediaguas no más; fuimos agrandando la casa con dormitorio, con esto, le hicimos living-comedor, cocina, baño,

todo eso lo fuimos haciendo, pero siempre era de madera. Con la idea de poder construir algo, algún día, pero lamentablemente, eso no llegó tampoco.

E: Y después, pero ¿no hubo nunca, de parte del Serviú, después en democracia?

MC: Bueno sí, después se hicieron muchas cosas. Sí pues, se le entregó a la gente, la posibilidad de construir sus propias casas.

XSM: O sea, el aval era el sitio.

MC: Claro, el aval era el sitio. Porque cuando nosotros llegamos, también se nos dio, no sé cómo se llama eso, cuando a uno le derogan una deuda, por ejemplo; nosotros teníamos que pagar cierta cantidad de dinero y nos entregaban los títulos de dominio. Pagábamos dividendos. O sea, nosotros llegamos aquí pagando dividendos.

XSM: Se llamaba la Ley del Mono.

MC: ¡No!, la Ley del Mono es cuando se construye fuera de lo que está construido.

RH: El perdonazo.

MC: Era como un perdonazo. Era un perdonazo que nos habían dado, y que nosotros en esa época... A todos, sí pues. A nosotros, por ejemplo, yo tuve que pagar 5 mil pesos, en esa época, ¡5 mil pesos!, imagínate. Claro, entonces porque yo tenía al día mis dividendos, entonces yo pagué 5 mil pesos, y mi casa quedó saneada. Entonces por eso que mi esposo se aprovechó de eso y vendió la casa. Lamentablemente. ¡Bueno!, son las vivencias, que hay que asumirlas, y... Me costó, me costó mucho asumir el hecho de que me había quedado sin casa. Me enfermé, tuve depresión, pero aquí estoy; con mis hijos grandes, con mis nietos. ¡Bueno!

MH: Mi mamá me dice que ella cuando llegó, estaba en la Villa San Luis.

MC: Y todavía estoy sin casa (risas).

E: ¿Nos puede decir su nombre primero?

MH: Margarita Hermosilla. Mi mamá, Ana Quezada Dines. Yo soy hija.

E: Cuéntenos lo que estaba diciendo, que su mamá...

MH: Sí, de la Villa San Luis. Que ella dice que la sacaron a la cancha, porque había una cancha ahí, y ahí los tiraron, y de ahí se fue a Las Vizcachas. La fueron a tirar a Las Vizcachas, a ella. A Las Vizcachas fue a dar, con mi veci, con la señora Ana. Y de ahí, con el tiempo, le dieron acá. Y mi mamá, como nosotras éramos tan re chicas, se tuvo que meter a trabajar puertas adentro, porque no tenía dónde estar. Se puso ella a trabajar puertas adentro y la vecina le ayudó, le decía todo lo que tenía que hacer para esto. Porque no tenía dónde tenernos. Si yo tenía un año, y mi hermana, menos de un año, tenía meses, somos casi del mismo año, es que mi mamá era media... Salimos ligerito las dos, que somos. Y eso. Y ahí, ella llegó acá.

E: ¿Y cómo llegó ella a la Villa San Luis?

MH: Parece que tenía a su pareja allá, porque ella siempre trabajó en Las Condes, todo lo tenía allá. Y tenía su pareja y estaban ellos allá. Y a los dos los desalojaron, pero él falleció después. Y ahí vino a dar aquí, a Lo Prado; de Las Condes a Lo Prado.

M7: Yo sigo en Lo Prado. Llegué aquí a Lo Prado y sigo en Lo Prado.

SS: Estuvimos como nueve días en la calle.

MH: Oh, eso sí que no lo sé, nunca le pregunté a mi mamá de eso. Toma Xime, lo que contó tu mamá.

XSM: Ustedes fueron las primeras que salieron de allá, porque como el Toño con el Marco llevaban la batuta, como se dice, entonces las primeras que tenían que salir eran ellas, que tenían hijos. Yo estaba sin mi hija chica y la Silvana tampoco tenía al Roberto. Entonces, con el Marco: "ya, todas las mujeres con hijos", e hicieron como 20 viajes. ¿Fue así, o no?, ustedes fueron las primeras.

MH: No sé, yo no...

XSM: Tú, las hermanas, que eran de la vuelta. Claro, todas esas salieron y nosotros llegamos al otro día, de amanecida aquí, a Lo Prado. Bueno, de hecho, era Pudahuel, ya era Pudahuel, cuando llegamos acá era Pudahuel. Y estaba el alcalde Guajardo y él nos visitó, y habló con las autoridades y nos trajeron a un albergue, y después nos trajeron para acá. Y ahí nos dijeron: están todas las casas, ya están listas las casas, están hechas. Cuando nos sacaron de allá, no había nada, estaba el sitio plano, no más. Ni las casetas habían llegado. Tuvimos que dormir en la iglesia católica y los maridos durmieron en la calle, debajo de las mesas hicieron unos colchones. Así dormimos, así pasó el tiempo acá.

MH: Yo dormí en la calle, no más.

XSM: No, si nosotros igual, pero íbamos allá a la iglesia, nos íbamos a bañar. Nosotras fuimos todas a la iglesia a bañarnos, ¿cierto, Rosi?

RH: Lo que había era un... que había para allá, y ahí nos sentábamos, a mirar el agua cómo corría (risas).

MH: Y después, parar las ollas comunes.

XSM: ¡Sí pues, tuvimos ollas comunes!

E: Cuéntenos un poco, sobre eso.

MH: No, es que yo no tengo mucho que hablar, porque a mi mamá la verdad que no le gustaba tocar mucho el tema, porque le afectaba mucho. Mi mamá también fue a dar a Las Vizcachas; siempre decía que "la fueron a botar" a Las Vizcachas, la fueron a tirar. Que fueron muy violentos, en cuanto al desalojo, que los hacían apurarse, para sacar lo poco y nada que tenían y que les tiraban las cosas arriba de los camiones. Y a donde la fueron a tirar, fue allá a Las Vizcachas, y dice mi mamá que el pasto estaba súper alto, que era más de un metro. Que quedaron todos dispersos, a otros los fueron a tirar a otros lados. Y bueno, después llegó acá, entonces como que no tocaba mucho el tema, mi mamá de eso, porque le afectaba, igual. Y cuando llegaron acá, los sitios estaban todos abiertos, tenían que turnarse para cuidar la ropa, porque hasta las ropas se las

robaban. Entonces eso; después de haber tenido esa casa, eran casetas de madera, el baño estaba afuera, al tiempo después, está como anexo ahora. Y bueno, yo todavía, mi mamá falleció y yo estoy viviendo ahí en la casa. Y la casa todavía está de madera, porque mi mamá nunca pudo optar al subsidio, porque la pareja que tenía antes ya tenía casa, entonces nunca se pudo optar al subsidio. Así es que eso, pero más allá de eso, no, porque mi mamá no tocaba mucho el tema, la verdad. Y yo tampoco, como que lo tocaba.

E: ¿Y cómo se llamaba tu mamá?

MH: Analí Catalán.

E: Le dolía demasiado.

MH: Sí, ella fue desalojada con mi papá y con mi tío, el hermano de mi mamá, los tres en ese tiempo.

SS: Si cuando nos juntábamos, la llorábamos.

MH: Sí. Aparte de la forma, que dice mi mamá, que los desalojaron. Fueron demasiado violentos, llegaron con armas, entonces eso fue lo que a ella más le afectó. Y en la noche, y sin nada, porque no tenían nada. Las cosas igual se les rompieron, porque ellos llegaban y las tiraban, entonces deterioraron lo poco y nada que tenían, dice mi mamá. Y también entró a trabajar junto con la vecina –que también se llama Ana (risas) –, para allá arriba, puertas adentro, porque tampoco tenían donde vivir. Así que ahí mi tío salió a vender dulces a las micros, mi papá por ahí, también a vender helados, y así empezaron a tirar de a poco para arriba. Pero no tengo como mucho que contar, porque como le digo, a mi mamá no le gustaba tocar mucho el tema.

SS: Y ella nació acá, pues.

MH: Sí pues, yo nací acá. Así es que eso.

E: Muchas gracias, gracias. Nos habían dicho que después, cuando llegaron acá, hicieron ollas comunes...

Todas: ¡Sí!

E: ¿Nos podrían contar un poco más, sobre eso?, ¿cómo fue cuando llegaron?

XSM: Había unos, en la casa de los abuelos, ellos eran los más viejitos entonces, habían hecho...

RH: Primero fue en la iglesia. La hicieron en la iglesia, después se aburrieron, y la hicieron acá, donde la señora Labra.

XSM: Claro, donde la señora Labra. Y entonces íbamos todas, con una ollita, a buscar la comida. Y ahí bueno, compartíamos lo que teníamos; si tú tenías tallarines, te llevabas los tallarines y la salsa. Si había porotos, hacíamos los porotos, bueno, ellos cocinaban, porque nosotros íbamos a buscarla no más, porque yo nunca fui a cocinar.

RH: Igual, en la iglesia nos daban eso.

XSM: ¡Sí, nos dio hartas cosas!, nos ayudó hartito, no había nada que decir de la iglesia.

RH: Me acuerdo que en la iglesia nos pasaban hasta plata, si es que teníamos que salir a hacer algo, nos pasaban monedas...

XSM: Sí, y el monseñor Alvear nos dio la bienvenida en la iglesia, ¿te acuerdas?, cuando se llenó de gente.

RH: Él fue el que habló para que nos...

XSM: ¡Claro pues! Enrique Alvear.

RH: Estuvimos mucho, mucho tiempo, con las ollas comunes.

XSM: ¡Sí pues!, hartó tiempo.

E: ¿Cómo cuánto tiempo?

RH: Como unos tres años, diría yo, quizás más, si fue mucho tiempo.

XSM: Sí, porque después vino el POJH, pues.

MH: Para el POJH, eran parejas jóvenes con niños pequeños, entonces pobres, como una rata (risas).

RH: Además de que, cuando nos desalojaron, los maridos quedaron sin trabajo, todos, porque por estar con nosotras, después, se quedaron sin trabajo, los echaron de sus trabajos. Así es que después de que llegamos aquí, al tiempo después, buscaron trabajo. Y ahí estaba el POJH, PEM, ¿cómo se llamaba?

SS: En el 82, fue el PEM y el POJH.

RH: Claro. Me acuerdo que mi marido estuvo tiempo trabajando en eso.

XSM: Iban a pintar los colegios, arreglando las calles, de todo.

RH: Fue muy triste todo lo que pasamos.

E: Sí. Muchas gracias por compartir. No es fácil sacar a la luz de repente memorias que quizás uno trata de no...

XSM: De no acordarse, porque son tristes.

E: Me imagino. Y también decían que les había costado mucho acostumbrarse, acá.

RH: ¡Sí! Nos perdíamos, recuerdo que tomábamos una micro, y después no...

XSM: ¡No volvíamos en una semana! (risas)

RH: Sí. ¡Nos perdíamos!; no sabíamos dónde, es que no conocíamos para acá, entonces nos perdíamos...

XSM: Llegábamos a cocinar, hacer de todo, ¿cierto, Silvana?

SS: Sí pues, aparte de que estaban todos los sitios abiertos...

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Independencia /

E: Entrevistador/a
MU: María Ubilla
AMGA: Ana María González Aracena
RG: Rosa González
LF: Luz Fernández
MF: Manuel Ferreira
MACR: Miguel Ángel Carrasco Roa
M1: Mujer. No se identifica
M2: Mujer. No se identifica
M3: Mujer. No se identifica
M4: Mujer. Es una de las que habló anteriormente, pero no se logra identificar cuál es.
M5: Mujer. No se identifica. No se logra identificar si es una de las que habló anteriormente.
M6: Mujer. No se identifica. No se logra identificar si es una de las que habló anteriormente.

E: Como les contaron acá, tenemos ciertos temas que ustedes nos puedan ir contando, sus propias vivencias, como fue antes de su llegada a la Villa San Luis, la llegada que tuvieron, los años que vivieron ahí, y después la parte del desalojo, sus nuevas vidas en otras comunas también. Esto es una manera de ir ordenando estos relatos, que ustedes puedan compartir, pero también invitarlas e invitarlos a que sea libre, que sea en el fondo lo que ustedes quieran compartir y que consideren importante, y que sea conocido. ¿A quién le gustaría comenzar?

MU: María Ubilla. La mayoría éramos de la población Colón Oriente, nosotros antes vivíamos en Colón Oriente, casi todos los vecinos éramos de Colón Oriente, éramos jóvenes en ese tiempo. Después se organizó un comité de los sin casa ahí en el campamento, y ahí postulamos a los departamentos. Sacamos una libreta de oro CORVI y después fuimos asignados en el gobierno de Salvador Allende, ahí vivimos como... después del Golpe nos cambiaron, pero en el año 81. Fue duro para nosotros porque toda la vida mi familia, mis hermanos vivimos en Las Condes y yo tenía tres niños cuando no sacaron los militares y nos trajeron acá. Otra vez y nos llevaron para Pedro Aguirre Cerda, para Renca, la población Bulnes, y a nosotros nos tocó acá. Nos desalojaron el 81, no, el 80 porque estuvimos 10 años después del Golpe militar, al tiro no nos cambiaron a nosotros, o es 79 entonces. El Golpe fue el 73 y el 70 nos entregaron los departamentos, yo saqué la cuenta y como 10 años más o menos vivimos en la Villa, y después el 79 a algunos los cambiaron.

AMGA: Ana María González Aracena. Nosotros vivimos en el campamento y de ahí nos derivaron a San Luis. Yo tenía 16 años, yo era una niña nomás, y se formó un campamento y ahí nos anotaron para los departamentos de San Luis. Vivimos como cinco años en el campamento y de ahí nos derivaron a los departamentos, yo tenía ahí un hijo de cinco años, y nació mi hijo en el 73, tenía días de nacido para el Golpe militar. De ahí realmente no me acuerdo cuando nos sacaron, pero nos sacaron en unos camiones de basura, a mí y a una tía, lloviendo, nos trajeron aquí a Juan Antonio Ríos, había para varias partes, pero yo preferí para acá, como le digo tenía mi guagua chica, mi hijo más grande tenía cinco años. Nos sacaron y nos trajeron acá, teniendo algo tan lindo, los departamentos que nos dieron allá, que estábamos todos contentos e ilusionados,

pagamos dividendos, estábamos ilusionados allá y cuando nos trajeron acá daba pena, porque nos trajeron a una inmundicia que no era digna.

Yo hasta lloraba de repente de vivir acá, no me gustaba, porque era, para mí, mi departamento, no era lo mismo que teníamos allá, nos costó mucho llegar a vivir acá. Fue un sufrimiento por hartos años para poder acostumbrarnos a vivir acá, porque nosotros vivimos en Las Condes y de ahí nos trajeron acá y seguimos la vida aquí. Entonces para nosotros fue un sufrimiento salir de allá, que estábamos felices, Allende nos dio ese departamento a nosotros, y no tuvimos mucho tiempo viviendo ahí y nos sacaron. La ilusión de eso fue muy fuerte y acá no teníamos trabajo estable tampoco, mi marido estuvo muchos años sin trabajo, porque mi marido trabajaba para Las Condes, él era carpintero y tenía mucha pega para allá para arriba, pero desde ahí nunca más trabajó apatronado, andaba puro haciendo “pololitos” por ahí nomás. Así que la vida nos cambió mucho, y aquí estamos ahora, mi marido falleció y yo estoy batallando el mismo departamento, así que eso le podría decir.

E: ¿Cómo era vivir en el campamento, te acuerdas?

AMGA: Vivir en el campamento, para mí no fue malo vivir en el campamento, porque como mi marido era muy trabajador, él me hizo una buena mediagua para vivir bien, no lloverme, nada de eso. No digo que fue malo, digo que fue más malo cuando nos cambiaron, cuando nos quitaron los departamentos que estábamos ilusionados con eso, tan lindos, que nos dieron y que nos quitaron, eso era la pena más grande que teníamos. Pero de a poco nos fuimos acostumbrando, y al menos yo estoy acá todavía.

E: Cuando estaban en los departamentos en la Villa San Luis, ¿cómo era la vida con la comunidad que estaba viviendo ahí?

AMGA: Era buena, nosotros somos todos, todos aquí desde chicos, aquí todos unidos, yo con ella, era mi mejor amiga ella, de toda la vida, todavía, éramos como hermanas, ella me ayudaba a mí y yo la ayudaba a ella, y todas las personas que estamos aquí nos conocemos desde, yo al menos tenía 16 años cuando a mí me dieron el departamento. Fui mamá a los 14 años y postulé en el campamento para que me dieran ese departamento. Nos costó mucho acostumbrarnos acá, pero bueno ahora ya estamos acostumbrados... si hace más de 40 años.

E: ¿Fuiste al colegio en el campamento?

AMGA: Fui al colegio, pero para allá arriba a Las Condes, en Colón Oriente, ahí yo vivía con mi mamá de allegada, y de ahí salimos nosotros al campamento, al campamento que nos tocó, de una toma empezó todo. Y ahí estuvimos hasta... bueno la historia fue así, que nos avisaron unos días antes que nos iban a cambiar y que teníamos que tener todo listo. Avisaron, pero nosotros nunca creímos que podía ser así, cuando llegó un camión basurero y empezaron a tirarnos todo arriba así nomás, como vinieran las cosas, y yo me vine con una tía, y mi tía me devolvió lo que me quedaba a mí de ella, y yo le daba a ella, porque venía todo revuelto, así que aún vivo con ella al frente, ella quedó en el mismo piso mío y actualmente ella está con vida, pero está bien enferma, así que no viene para acá. También la sufrimos toda.

E: Cuando llegaron a vivir acá, ¿cómo fue el recibimiento de los otros vecinos, como fue volver a generar relaciones?

AMGA: Fue complicado de primera porque aquí la gente estaba toda acostumbrada a vivir de otra manera, nosotros, todos los que llegamos, llegamos con niños chicos, y resulta que aquí había gente, estos departamentos tiene muchos más años que los nuestros, entonces a la gente le molestaba que metieran bulla a los niños nuestros. Eran muy malas relaciones con los vecinos antiguos, pero después, con los que llegamos todos aquí como nos conocíamos, nos relacionábamos con ellos nomás más que nada, porque nosotros venimos con niños pequeños, chicos, yo al menos traía una guagua y acá la gente estaba más o menos como en la tercera edad. Como estaban acostumbrados a sus vidas, dicen que nosotros les vinimos a cambiar la vida a ellos, por la bulla de los niños, porque todos traíamos hijos chicos, se criaron todos aquí todos juntos y hasta ahora están todos juntos, y algunos que han partido y otros que siguen todos juntos, son amigos, se han criado desde chicos.

E: O sea las relaciones más significativas que tuvieron eran con los vecinos que se habían venido juntos. Costó poder instalarse con los nuevos vecinos.

AMGA: Claro, claro, con los nuevos vecinos al menos al frente de mi edificio, no éramos nosotros muy bienvenidos porque era gente que no conocíamos y para ellos les cambiamos la vida con nuestros hijos, porque ellos eran de edad, pero bueno, siempre nos relacionamos... los hijos de ella son todos de la misma edad que los míos.

RG: Rosa González. El piso era un desastre, estaban las tinas tapadas, los baños había que rasparlos para poder limpiarlos, el piso era un asco porque era un piso de cemento, pero todo picado, todo cochino, el lavaplatos una inmundicia. Era para puro llorar, uno llegaba a puro llorar, llegamos a puro llorar aquí a estos departamentos de aquí, porque eran una inmundicia. Yo tenía dos niños y para bañarlos en la tina era un asco, así que después me tuve que comprar una maquinita así para poder bañarlos, al final después cambiamos la tina.

E: ¿Cómo entendía en esa época que estaba pasando por esto?

RG: No sé por qué, no tengo idea por qué. Cuando salió el presidente Pinochet nos sacaron a nosotros, como nosotros vivíamos entre la casa de Salvador Allende y la Escuela Militar, nosotros le estorbamos a ellos, por eso nos sacaron de ahí, entonces llegamos aquí a puro sufrir. Y todavía me da mucha pena que pasen estas cosas que pasaron. Yo allá tenía un buen trabajo en Las Condes, de asesora del hogar, recibía un buen sueldo, me trataban bien donde yo trabajaba, tenía unos patrones excelentes. Después empecé a ir de acá a trabajar, pero de repente llegaba atrasada y después, un día, le dije a la señora que no iba a ir más, o sea que ella nunca me dijo váyase, pero a mí me daba no sé qué llegar atrasada al trabajo, la micro se demoraba mucho para allá.

LF: Mi nombre es Luz Fernández, hija de Laurentino Sepúlveda, nosotros llegamos a los departamentos de San Luis desde el campamento Manuel Rodríguez, que estaba ubicado en esos años en avenida Paul Harris hacia arriba donde está el sanatorio, no sé si todavía estará el sanatorio que era de los carabineros. De ahí, de ese campamento, mi mamá postuló, tuvo que tener cuotas CORVI que fueron en esos años, para poder postular tenía que tener 560 cuotas, eso significó mucho para ella porque tuvo que dejar en guardería a mis dos hermanos menores, mientras, porque yo soy la mayor. Con mucho sacrificio juntó su dinerito y sacó su libreta. Postuló y con el beneficio que salió aceptada, así que la vida de nosotros cambió, sobre todo para mí, que yo era la mayor, de vivir en un campamento pasar a vivir a una vivienda digna, a un sector digno, y poder estudiar dignamente donde estuve estudiando.

Llegó el momento en que tuvimos que salir por pensar, por tener un ideal, que era pensar diferente, y por ese hecho fuimos, como se dice vulgarmente, tratados de “miristas”, extremistas, y por eso yo creo que se le dio el paso a lo que pasó, porque éramos allanados una vez por semana, a las tres de la madrugada, a las cuatro de la madrugada llegaban tocando las puertas los militares de la Escuela Militar, sacando a la gente, que a esa hora se dormía, sacándolos en pijama. A uno no le daban opción a que se vistiera, sino que en pijama a los balcones, manos arriba, ellos detrás de uno con las metralletas, y uno no podía hacer comentarios de nada porque te pasaban la bala, esa es la realidad. Entonces, todo esto se empezó a esparcir en toda la Villa, porque éramos más de mil habitantes, de que nos iban a sacar porque los vecinos estaban en desacuerdo con todos nosotros, porque éramos gente mala, gente extremista, gente que no trabajaba, gente ladrona. Y así sucedió lo que pasó, de que fuimos desalojados por esa razón.

E: ¿Iba al colegio?

LF: Sí, felizmente yo estudiaba muy bien en esos años, tuve la posibilidad de que en ese tiempo no había lo que pasa ahora, de que los ricos con los ricos y los pobres con los pobres. Yo gracias a Dios tuve la oportunidad de estudiar en el Compañía de María, pero pagado por la Municipalidad de Las Condes en esos años, porque en ese colegio funcionaba la Técnica en la tarde, la Técnica municipal de Las Condes. Así que también se terminó todo eso debido a lo mismo, no tuvimos esa regalía, ya no tuvimos esa oportunidad de seguir estudiando. Después a otro colegio que quedaba para allá para La Reina, cerca del aeródromo, y allá fueron a dar todas nuestras cosas, todas nuestras mesas, nuestras sillas, nuestros armarios. Bueno, seguir estudiando y darnos el viaje de donde vivíamos hasta allá, era como una odisea, transportarnos como en tres comunas, cruzar tres comunas para poder llegar a nuestro colegio.

Cuando llegaba el momento que teníamos que salir a comprar, pasaba el helicóptero de la Escuela Militar por ahí con altoparlantes, avisándole a toda la gente que podíamos salir a comprar nuestras cosas y salíamos, unos corrían a la panadería que estaba en calle Warren Smith, era la única panificadora que teníamos en ese tiempo allá, el Almac que estaba en la avenida Apoquindo con Alonso de Córdova. Ahí salíamos a comprar lo que se podía comprar en ese tiempo, lo que se podía conseguir. Y así, a pesar de vivir en un lugar tan bonito, tan agradable, sociable y todo, también pasamos peripecias porque no había a veces que comer, no había qué conseguir, costaba mucho entonces el salir de allá. Y después llegar acá fue otra odisea, de llegar a unos departamentos que estaban feos. Aquí los vecinos que vivían aquí no nos recibieron bien porque también estaban con esa mentalidad de qué éramos gente mala, que éramos gente de partidos políticos, así que llegamos como pájaros en jaulas ajenas. También costó mucho adaptarnos acá.

RG: Pagamos una cantidad de plata al servicio y nos arreglaron los ventanales, pusieron ventanas de corredera, y pusieron cerámica en el baño y en la cocina, quedaron bien bonitos porque antes eran un desastre todos los apartamentos, así que ahora por lo menos vivimos decentemente. Postulamos para pagar una cantidad de plata y nos arreglaron los departamentos y quedaron bien bonitos, a todos los vecinos.

E: Ahora en la actualidad, en el presente, ¿cómo es la relación entre los vecinos?

RG: Yo me llevo súper bien con mis vecinos, a pesar que yo no vivo aquí, vive mi nieta ahí en el departamento porque yo vivo allá en la Gran Avenida, porque mi esposo, yo quedé viuda hace 10 años, mi esposo me dejó una casita allá en el sitio de mis suegros, entonces allá vivo con mi hija y con una nieta y mi yerno, y acá vive mi nieta con sus dos hijos y mi otro nieto.

E: ¿Y tiene todos los papeles?

RG: Sí, yo tengo todo, mi escritura, tengo todos mis papeles al día. Estaban todavía a nombre del fisco, entonces mi amiga fue primero y ella me avisó a mí y yo fui a arreglar mis papeles. Así que ahora están todos mis papeles a nombre mío. No sé si todos los tendrán bien.

MU: Cuando estaba el presidente Aylwin ahí terminé de pagar mi departamento y me lo inscribieron. Pero yo quiero hablar algo, igual quiero rendirle homenaje a la señora Laura porque ella, yo era jovencita, ella era un poquito mayor que mí, y ella trabajó muchos años arriba en Las Condes con Escuela Militar, todos los días tomamos la Villa el Dorado, íbamos apretadas, casi cogiendo en la micro que venía de Renca. Ella, una mujer muy luchadora.

MF: Manuel Ferreira. Lo que ha dicho la vecina es muy cierto, por ejemplo, con ella, nos conocemos hace más de 40 años, con ella también, al marido de ella, y para todos fue como un cambio de la noche y el día llegado acá. O sea, los que trabajábamos arriba vivíamos en Las Condes, teníamos buena pega y llegamos aquí y nos hundimos todos. Y es una cosa que hasta el día de hoy nadie la puede entender, nadie puede entender, mi cuñado, el Sanhueza, que vivía allá arriba, el zapatero, con mi hermana, que fallecieron, él decía "a mí me sacan muerto de aquí porque mi presidente Allende me dio este departamento". Y resulta que cuando llegó el camión de la basura fue el primero que sacó un velador de arriba. Yo tengo fotos de San Luis, de cumpleaños, bautizos, bautizaron a mis cabros allá, tengo fotos de matrimonios, incluso tengo fotos del flaco Lucho, tengo fotos de muchas cosas.

Más allá de que la gente diga que se conforma con lo que tiene acá, no es nada comparado con lo que teníamos allá, no tiene nada que ver con lo que teníamos allá, el cambio que hubo acá, el cambio que hubo de la noche y el día. El Carmelo, por ejemplo, cuando llegó aquí se murió, quedó aquí, quedó aquí, y arriba que tenía cualquier pega, él era maestro carpintero, pero de respeto. Y después llegó aquí, mucha gente que quedaron ahí porque el viaje para arriba ya les cambió la vida, ya no era lo mismo estar allá que estar acá, había que esperar una micro para allá, una micro para acá. O sea, la gente de acá se hundió, nos hundimos acá nosotros. Ahora, que tengamos un departamento acá arreglado cada uno con esfuerzo es una cosa, pero de que haya sido un cambio fue un cambio de la noche a la mañana y nadie lo entiende, nadie entiende eso porque nadie respondió por nada. Si aquí nadie quiso venirse para acá, sino que aquí nos pescaron en la noche y todos para afuera. Y de a tres familias en un camión.

Yo hasta el día de hoy, cuando converso con el Martínez y todos aquí los que conversamos, nadie puede entender eso, que de allá nos sacaron para acá y nadie ha respondido por nada, nada. Hubo que aclimatarse, o sea es como... pero yo veo a mucha gente acá, que todos nos hundimos acá. El que no supo salir a rebuscárselas, ahí quedó, muchos quedaron ahí, porque ya no era lo mismo salir de aquí que ya estar en la pega, que la teníamos en toda la esquina allá. Porque allá en Las Condes, sea como sea uno anda en bicicleta... pero desgraciadamente así fue y nadie ha respondido nada. Resulta que detrás de eso están todos los hijos de los matrimonios que llegaron aquí, que dicen "bueno, ahí quedamos", porque nada se compara con lo que había allá arriba, nada.

Acá la gente, nadie, estaba de acuerdo con que llegáramos de la noche a la mañana, yo tenía en ese entonces como 22 años o 21 años, y a acá había pura gente de 40 para arriba, entonces uno, no quiero ofender ni nada, pero llegamos como a echarle a perder la vida a la gente acá. Entonces fue un cambio, pero total, total, total, total, de trabajo, de vivienda, persona, todo. Todo cambió, todo cambió, pero todo para mal para nosotros, y esa es la verdad y no es que uno se quiera quejar, a cualquiera que le pregunten, cómo vas a comprar el vivir allá arriba con vivir acá, cuando

ni siquiera un policlínico es comparado, o sea no tiene nada que ver con el de acá, ni un policlínico, tú vas a Colón Oriente y todo es mejor, y qué tienes acá, nada.

La vida no tiene nada que ver, no es que uno se quiera quejar. Yo en ese entonces, cuando vivía ya estaba casado, pero yo trabajaba y toda mi pega estaba allá arriba, y por ejemplo nosotros vivíamos en San Luis, pero otros familiares vivían en Colón Oriente, mi hermana estaba allá, mis sobrinos estaban allá. Entonces si uno no estaba aquí estaba allá, pero siempre estaba en un buen lugar y acá qué, acá tuvimos que aclimatarnos al sistema nomás. Pero yo digo que no tiene nada, nada que ver por el lado que lo mires, ni la educación ni la convivencia, para qué vamos hablar del trabajo, nada que ver. Yo me conformo, por último, pero yo miro la vida de ustedes y la vida de los cabros, del Martín, de todos los que eran mayores que yo, ahí quedaron todos.

Partamos de la base que un departamento que costaba aquí en ese entonces como 1.800 pesos por el cargo fiscal, un departamento allá valía póngale usted, no sé, tres, cuatro, cinco veces más que el de aquí, entonces ya es como que le quitaron a usted un bien, un mueble antiguo, un mueble que tenga un valor por uno que no vale nada. Ahora, que la gente aquí se ordene y que tenga su departamentito en condiciones y que ya se ha acostumbrado, aclimatado a la pega, a ir para allá arriba, donde el diablo perdió el poncho, es otra cosa. Pero nada, nada que ver, absolutamente nada que ver.

MACR: Miguel Ángel Carrasco Roa. Yo fui uno de los prisioneros, hacía muy poco que había llegado a los departamentos, fue asignado también como un departamento, me dieron puntos. Para el Golpe participé en Tomás Moro y después caí preso, estuve en el Estadio Chile y después fui expulsado del país y me quitaron 16 años la patria, como 16 años y quitaron el derecho a entrar al país. Y fue una cosa, como estaba contando el compañero aquí, que realmente nunca nosotros habíamos soñado con tener lo que tuvimos y lo que nos arrebataron. Tuve un hijo chiquitito, un par de meses tenía cuando fui expulsado del país, y todas esas cosas las hemos sufrido mucho y mi departamento se perdió, nunca más supe de mi departamento. Realmente son cosas muy pésimas que han pasado con nosotros, ahí nació mi hijo y fuimos unos grandes luchadores nosotros en la Villa San Luis. Alcancé a vivir hasta el 72, después vino el Golpe, después ya no pude vivir y el 19 de enero y fui a otra, me llevaron.

E: ¿Qué recuerdos tiene del desalojo?

MACR: Yo no viví el desalojo, yo no lo viví, eso no lo alcancé a vivir porque tuve que arrancar, anduve arrancando y caí preso también, fui torturado, nadie puede imaginarse lo que a mí me pasó en el Estadio Chile, mucha corriente y llevo actualmente tres operaciones; un ataque al corazón, tres parálisis faciales, un tremendo aneurisma en el cerebro, todo producto de las torturas, todo realmente incómodo para mí. Me puse muy nervioso la verdad.

MF: Lo que pasa es que ahí nosotros vivíamos casi todo el tiempo en toque de queda, entonces en la noche uno no podía salir, para dónde, si no se podía, si vivimos siempre en toque de queda ahí. Y bueno, si aquí la niña me pregunta cómo era la vida allá, todo, supermercados buenos, estaba el Almac, todas esas cosas, todos los negocios encima. O sea, uno vivía otra vida, comparado con lo que llegamos a vivir acá, no vamos a decir que llegamos a una inmundicia, pero no tenía nada que ver con lo que teníamos allá.

H1: Estimadas vecinas, vecinos, compañeras, compañeros, qué grato poder juntarnos acá, estoy optimista, pensé al principio que iban a llegar muy poquitos, hemos tenido suerte, han entendido el mensaje, han entendido la convocatoria y eso es importante. Simplemente yo voy a relatar algo que es importante dentro de nuestra historia, ya lo estuve graficando, está en una cartita que iba

ahí, léanla, porque esa es la historia verdadera, esa cartita. Porque efectivamente, junto al compañero, no más de dos o tres y hasta Lucho, nosotros en una fecha histórica para nosotros, el día 2 de septiembre del año 70, tuvimos el atrevimiento, el atrevimiento de hacer una toma de terreno en plena a Las Condes, arriba antes no había habido tomas, eran tomas más bien legales, la gente se tomaba los caminos, y poco a poco iban avanzando las poblaciones llamadas callampas.

Bueno, lo nuestro fue una toma de terreno más que nada impulsada por la necesidad de tener un lugar donde viviéramos matrimonios jóvenes, vivíamos con nuestros viejos y de la noche a la mañana se nos ocurrió que la única manera, en ese entonces se usaba mucho eso, de qué la única manera que los pobres podían tener vivienda digna era sencillamente tomándose unos terrenos, y es lo que hicimos. Esa vez fuimos poquitos, no más de 40, de esos 40 hoy en día ya casi quedan muy poquitos, dirigentes históricos prácticamente soy yo y el compañero los únicos que quedamos, y todos los demás compañeros ya han muerto, ha muerto gente en San Joaquín, en todas partes, y con mi compañero estamos vivitos todavía y podemos contar la historia.

Pero la historia también se remonta a que, una vez hecha a la toma de terreno, no pasó mucho tiempo, porque nosotros ya sabíamos que San Luis, ese fundo San Luis iba a ser destinado a viviendas populares, ya antes lo sabíamos, en razón de qué, bueno, razones políticas por supuesto, porque tenemos nuestro corazón político, toda la vida lo hemos tenido y no lo negamos, y nos sentimos muy orgullosos de eso. Entonces nosotros sabíamos ya que en algún momento el compañero Allende iba a construir miles de viviendas para la gente pobre, no solamente de Las Condes sino gente de los hospitales, y a nosotros en ese momento, cuando se supo eso, tuvimos la grata misión de llegar a San Luis a cuidar los departamentos.

Nosotros estuvimos muy poco tiempo en la toma del terreno porque estratégicamente fuimos muy, no voy a decirle habilosos, pero fuimos muy estratégicos, “Miguelito, sabes que no podemos quedarnos aquí en esta toma de terreno porque aquí al lado está el reactor nuclear, y sabes qué, en un año vamos a estar todos contaminados”, y el miedo, y el miedo, y el miedo, y ese miedo se lo transmitimos a las autoridades electas en ese momento, con los compañeros que estaban en la CORMU, Serviu y todo, y nos dijeron “bueno, qué quieren ustedes”, “bueno, nosotros queremos irnos a San Luis”, “oye pero si los departamentos no están contruidos”, “pero nosotros queremos ir a cuidar los departamentos que se están construyendo”. Y esa fue nuestra visión importante, saben por qué, no es porque seamos egoístas, pero había mucha gente de otros lados que querían irse a vivir así nomás, a tomarse los terrenos y por ende los departamentos que se estaban construyendo.

Entonces la función nuestra fue realmente importante, fuimos los que en definitiva empezamos a cuidar las viviendas que finalmente se construyeron y se entregaron en el año 72, por ahí a mediados del año 72. Esa historia la tenemos muy presente, está viva en nuestra memoria, en nuestros recuerdos. Entonces, usted me pregunta lo que ya han preguntado al resto de las compañeras y compañeros, es esa la historia nuestra, es decir, cómo viviendo, en este caso de allegados, en Colón Oriente, al lado de mi viejitos, se nos ocurrió a nosotros, jóvenes audaces, éramos jovencitos, se nos ocurrió que la única manera pueblo, los trabajadores, puedan tener vivienda digna, era hacer lo que hicimos nosotros esa vez. Y así fue, eso es parte de nuestra historia. Les agradezco que me hayan escuchado y por supuesto que estamos a disposición de ustedes en lo que sea menester, gracias.

M1: La historia que han contado acá los vecinos es la misma historia que yo tengo, que también me vine en un camión basurero. Como nos sacaron de San Luis, llegamos acá a nuestros departamentos, nuestros le digo yo ahora, pero por mí, todavía no es nuestro. Y me gustaría a mí también volver a mi departamento, pero ya no está, el de San Luis, porque yo creo que todos

anhelamos llegar allá de nuevo, pero no se puede. Yo cuando llegué acá, llegué con tres hijos y mi marido, y de mis tres hijos se me fueron dos y mi marido, me quedé con uno solo. Entonces la vida para mí no fue muy fácil, vivir acá, no como allá que tenía mis niños, que tan grandes no eran, pero tenía a mis tres hijos y mi marido. Llegamos acá y se terminó la familia. Esa es mi historia, es harto triste, pero bueno, hay que aguantar. Eso sería todo, gracias.

M2: Lo mío es que yo tenía que salir a trabajar al hospital y dejar a mi hija muchas veces encargada, acá, cuando nos vinimos de allá, porque allá yo podía llevarla al jardín, tenía más facilidades, y acá tenía que irme en la mañana en unas liebres chiquititas con ella casi colgando. Entonces fue bien triste. Cuando llegamos, mi hija lloraba mucho, lo único que quería, me decía, era “volver a mi casita, vámonos para mi casita”, tenía dos años, así que la pasamos bien mal. Y cuando llegamos acá nos encontramos con cuentas de agua y de luz que tuvimos que empezar a pagar, porque si no, nos cortaban la luz, y pagar todas esas cuentas. Antes de venirnos tuvimos que venir a limpiar el departamento porque estaban todos sucios, llenos de tierra, andaban ratones, a desinfectar, los baños tapados, las tinas todas tapadas como con esponja.

M3: Yo cuando iba, como pajarito nomás porque como era joven... entonces cuando me dicen Juan Antonio Ríos vine yo antes a conocer, a mirar, y me gustó que era mejor que la otra parte a donde llevaron a otras personas, a otras familias, era mejor acá. Claro que me quedaba lejos para irme al trabajo, un montón de lejos, nada que ver allá que me quedaba más cerca, me gustaba una pura micro.

E: ¿Tienen algunos documentos, algunas fotografías que pueden ser importantes para el museo?

M2: Sí, sí había fotografías...

H1: Yo entregué un dossier completo a la oficina de Nelson Caucoto. Ahí en su oficina hay un dossier completo donde se relata paso a paso todos los acontecimientos, todo lo que ocurrió durante la toma de San Luis y todo lo demás, ahí hay documentos, hay fotos incluso.

[Hablan varios a la vez, nombran a Miguel Lawner, indican que estaba a cargo la CORMU]

M3: Me estaba acordando de Miguel Lawner, el arquitecto que hizo los departamentos en la Villa San Luis, que una vez tuvimos la oportunidad varios vecinos de ir al cumpleaños de él, que se hizo en el edificio Diego Portales.

[Alguien pregunta si ya falleció Miguel Lawner, y le aclaran que no, que tiene 90 y tantos años]

H1: Vecinos, me preguntan qué es de Miguel Lawner, Miguel Lawner es un Premio Nacional de Arquitectura, está vivo todavía, creo que ya tiene 94, pero está muy lúcido. Algo importante que quizás nadie lo mencionó, y aprovecho la ocasión de decirlo, es que el proyecto San Luis en el fondo fue un trabajo colectivo, porque por primera vez, y yo creo que única vez en este país, a los pobladores, a los que iban a ser los ocupantes, los que iban a vivir en esos departamentos, se les mostraron maquetas y les dijeron “cómo le gustaría que quedara su departamento”, “¿dónde quiere la cocina?”, “¿cómo le gustaría los baños?”, algo inédito.

Porque hoy en día al trabajador, al poblador, al postulante no se le pregunta nada, absolutamente nada, las empresas inmobiliarias, las constructoras, las empresas privadas que construyen para el Estado, porque el Estado hoy en día, de acuerdo a las leyes, no es capaz de construir, no le está permitido construir, de acuerdo a la cosa como funciona, las leyes en este país. Por lo tanto, nosotros nos sentimos muy orgullosos porque por primera vez, yo estuve presente ahí y dije

"fíjense que a las vecinas les gustaría que sea una logia al costado", para que ellas pudieran tender su ropita, y la ropa no se vea tan fea colgando por las ventanas. Y eso fue acogido, y nos dijeron "bueno, ok, vamos hacerlo, ¿pero están todas las familias de acuerdo?", "sí", dije yo, "todos de acuerdo porque eso va a ser más bonito, se va a ver decente".

Se presentaban las maquetas y enseguida les decían a los vecinos, "vecinos vengan a ver cómo va a quedar su departamento, si quiere hacerle algún agregado", dentro de los presupuestos, se entiende, porque nadie iba a pedir una piscina en el primer piso, no, nada de eso, pero por lo menos tuvimos la ocasión, la oportunidad de dar opiniones, de sugerir ideas, porque en definitiva, maestro Chayo usted lo sabe...

MF: Esos departamentos eran una fortaleza, esos departamentos se entregaron pintados, con flexit, con buenas veredas, con canchas de fútbol, con un permiso de los negocios, para que la gente no se fuera para otro lado. O sea, había de todo, alumbrado, teníamos incluso una cancha de baby fútbol en la entrada del bloque 17, al lado de los blancos había una cancha de baby fútbol para que los cabros jugaran en la noche, con luz. No tenía nada que ver con lo que íbamos a llegar a vivir acá, nada, nada, en absoluto. Y hasta el día de hoy la gente se queja de lo mismo, dicen "pucha pensar que perdimos como en la guerra en esa cuestión", porque llegó el momento dado en que teníamos que salir, y todos para afuera, en la noche, tres familias en un camión. Mi cuñado, el Sanhueza, decía "a mí me sacan muerto de aquí", y cuando llegó la hora de salir, el primero que salió del tercer piso con velador fue él.

H1: Hay algo importante que no sé si alguien lo dijo, alguien lo reconoce, que cuando nosotros llegamos a vivir acá a Juan Antonio Ríos, nos encontramos con desagradables sorpresas, por ejemplo, los amigos militares que iban dejando los departamentos para irse a Las Condes, a las viviendas que nosotros habíamos ocupado previamente, ellos dejaron deudas impagas, alguien hizo ese comentario, deudas de agua y luz que no pagaban.

[Se escucha la voz de un hombre que señala que los departamentos estaban llenos de chinches]

M4: Pero de hecho nunca se fueron a vivir los militares a los departamentos que nos pasaron a nosotros, de los de nosotros ninguno, no ocuparon los mismos que nos quitaron. Ellos nos echaron a nosotros, y según ellos se cambiaban para allá, pero nunca llegaron a vivir allá. Llegaron unos militares, pero a vivir cerca, donde está la Escuela Militar, unos que están hacia allá, pero yo no los conocí mucho. Pero en los de nosotros nunca vivieron militares, se los tomaron después, estaban botados después nomás, los quitaron de maldad porque después estaban botados. Es que valían mucha plata esos puros terrenos querían nomás, eran muchos millones de dólares decían.

M2: Desgraciadamente ningún gobierno reconoció, de los que habían antes, que esos terrenos no eran de los militares, había sido una donación creo de un fundo y donaron eso para que construyeran departamentos o casas para la gente, no eran de ellos. Como en ese tiempo estaban ellos, dijeron que ese terreno lo había ocupado el presidente para hacer casas a la gente, y eran terrenos de ellos, de la Escuela Militar. Por eso, nosotros no teníamos por dónde ganar, y no, no era así, después se vinieron a dar cuenta de que no era así. Si eso era un monasterio, todo eso fue un monasterio, donde vivían monjas, un fundo grande, que ellos lo donaron después al gobierno para que hiciera casas.

MF: El que diga lo contrario que me reconozca eso, que esto fue un cambio como la noche y el día, lo es y fue. Aquí la gente se arruinó y nos arruinamos aquí nosotros, porque imagínese usted, perdió todo lo que tenía, perdió todo lo que había ganado, se perdió, se perdió de la noche a la

mañana, por qué, porque los militares dijeron “ya, esto es un desalojo y aquí se van a ocupar estas cuestiones para venderse”, y unos para Santa Olga, otros para allá para Lo Illanes, y buenas noches los pastores, y ahí quedamos, y ahí quedamos. Hasta en La Pintana hay gente.

Pero a toda la gente le cambió la vida, pero total, total, total, yo voy a ser majadero. Yo, por ejemplo, que trabajo en la construcción, yo aprendí mucho del marido de ella que era mayor que yo, ese hombre tenía pega, pero para todos lados, tu marido, el Carmelo, porque era carpintero. Y llegó aquí y al final andaba haciendo puros pololos, era un don maestro, que muchos aprendieron y yo también aprendí mucho de él, y cuando llegamos aquí, que lo diga ella, la señora, ahí quedó, porque resulta que el viaje era muy largo, ya no era el mismo contacto de locomoción, al hombre también le gustaba mucho la bicicleta, al Carmelo, se movilizaba en bicicleta, y no iba a ir de aquí para allá arriba a Las Condes en bicicleta.

Yo siempre he respetado a los mayores, pero el marido de ella era como la gente antigua, medio atrevido así, y yo siempre lo respeté como tal, le dije “yo lo respeto”, porque él tiene más edad que yo, aparte que yo había aprendido mucho de él. Habíamos muchos maestros ahí, que llegaron aquí... Hay una anécdota, por ejemplo, que yo me acuerdo que, hasta el día de hoy uno se ríe, cuando el flaco Nano con un plátano anduvo paseando, el pájaro, por toda la noche y “alto” le dijo un milico, y lo iba a matar por un plátano, y después conversamos con el Martín aquí, porque ya estábamos acostumbrados al toque de queda ahí, entonces cosas que uno se ríe hasta el día de hoy, pero qué le va a hacer. Pero había de todo ahí, de todo, de todo.

E: ¿Usted tiene hijos?

MF: Sí.

E: ¿Y vivieron ahí en la Villa San Luis?

MF: Pero si tengo fotos, tengo fotos hasta de los bautizos, cuando se bautizó el Juan con el Bruno ahí, las tengo en la casa esas fotos, las tengo todas ahí. Juan, el menor llegó como de tres o cuatro años.

M5: Me casé el 26 de noviembre del 69 por el civil y el 31 por la iglesia en la iglesia de Los Dominicos, a mis dos hijos mayores los bauticé allá, y el otro lo bauticé en una iglesia que está ahí en Capitanía, en la Santo Toribio, y el otro, porque tengo cuatro, nació acá el 81.

E: ¿Fueron al colegio allá?

M5: Sí, fueron al colegio Oscar Bonilla, la 511, que ahora se llama... tiene otro nombre, no me acuerdo, pero todavía está el colegio, fueron mis dos hijos mayores, alcanzaron a ir.

M6: Aquí me mejoré yo en el 80 del hijo menor, él iba al colegio de acá, pero los primeros dos fueron al Oscar Bonilla, cerca de los departamentos en que vivíamos teníamos un colegio. Y de ahí pasamos para acá. No querían ir al colegio acá, quedaba cerca, como a tres cuadras hay dos colegios, anduvieron por todos los colegios aquí, no se acostumbraban y aparte eran desordenados también, así que, para qué estamos con cosas, estuvieron en varios colegios, no llegaron hasta tantos cursos, segundo medio, primero medio, ya está, ahí nomás.

H1: No sé si alguien relató lo siguiente o contó lo que voy a decir a continuación, nosotros tenemos dos víctimas producto después del Golpe militar, tenemos dos compañeros ejecutados políticos, no sé si alguien los nombró, es necesario que les dé los nombres o no es necesario,

Drago Gojanovic Arias uno, y el otro Jorge Orrego, ellos eran pobladores nuestros. Drago fue dirigente del comité, de nuestro comité, fue uno de los dirigentes que iban a reemplazarnos en caso de que pasara algo, se acuerdan compañeros, si algo nos pasaba, si caíamos presos o nos baleaban, había una directiva de reemplazo, es decir automáticamente si algo pasaba con los dirigentes que estaban ahí encabezando la toma de terreno, había relevos, había cinco compañeros que ellos iban a asumir el mando.

Afortunadamente no pasó nada porque, ya les dije, la toma del terreno fue el día 2 de septiembre de 70, y el día cuatro el compañero Allende triunfa, la Unidad Popular llega al poder, por lo tanto, ya no había necesidad de cuidarse tanto, porque de una manera u otra, teníamos cierta protección al respecto. Y esa es la historia trágica nuestra, de tener a dos compañeros jóvenes que perdieron la vida, uno fue ejecutado allá arriba en Kennedy al llegar a Tabancura, por ahí cerca y el otro compañero era miembro del GAP, a él lo sacaron de la Moneda y parece que fue muerto allá en Peldehue.

Esa es la historia nuestra, o sea tenemos dos víctimas, los dos eran casados. Drago era una familia de ascendencia yugoslava por parte del padre, mamá chilena, y después que matan a Drago, la familia, caen detenidos los padres de Drago, y a ellos los expulsan del país los militares. Ellos estuvieron en el Estadio Nacional, salen del Estadio Nacional y el Estado, el gobierno militar los expulsa y tuvieron que irse con toda su familia, eran como cinco o seis hijos, cinco más o menos y se fueron a Yugoslavia, y después regresaron como 10 años después al país. Hoy en día los que quedan acá, los descendientes están acá.

E: ¿Qué pasó con las familias de ellos después, se quedaron en la Villa o fueron desalojados?

H1: La señora, una vez que muere Drago, ella se va, no se queda ahí, ella era del block 14, en el primer piso, ella vivió ahí con Drago en el departamento 11 del edificio 14. Pero después perdimos la pista de ella, al parecer se fue del país, no sabemos o Argentina.

[H1 comenta con una señora si la familia yugoslava vivía en el 14 o en el 15, tiene la duda porque la señora vivía en el 14 y ella dice que en el 14 vivía la señora Ana Bravo, la señora Elena, la señora Delia, y en el primer piso dos jóvenes con la mamá, por lo tanto los yugoslavos habrían vivido en el 15]

MF: Aparte de todo que se ha hablado aquí, de lo que la gente perdió y todas esas cosas, hay mucha gente que se fue del país por ese motivo, por el hecho de haberles pedido el departamento, incluso aquí el hermano de Miguel Carrasco se tuvo que ir porque también se vio tan desvalido. Tú te acuerdas Nacho del block 17, de los Ramírez, esos cabros que se fueron a México, el Chorizo, también un vecino que no me acuerdo el nombre, también se tuvieron que ir de ahí porque se sentían tan sin nada... mucha gente se fue del país, se tuvieron que ir porque no les cuadraba de allá venirse a vivir acá o irse a vivir la vida del pobre a La Gónel o a Lo Illanes. Hubo mucha gente que se fue del país buscando otros horizontes para ver si recuperaban algo, entonces eso es un detalle que no es menor, porque la gente dejó a toda su familia de lado, porque lo perdió todo.

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de Independencia /

E: Entrevistador/a o facilitador/a: Clara Irrarázaval Bustos (socióloga)

SM: Sergio Mejías

EC: Eduardo Carrasco

LJ: Luis Jaña

MF: María Fuenzalida

PV: Pablo Vera

FM: Felicia Miranda

JA: Juana Albornoz

XS: Ximena Salinas

MAU: Mauricio

XSR: Ximena Salinas Rodríguez

T: Tesista

BB: Beatriz Bustos

* En esta transcripción fue muy difícil identificar a las personas que están enumeradas desde H1 hasta M6. No está claro si fueron personas que intervinieron por primera vez o personas que habían hablado con anterioridad. Por lo tanto, se optó por señalarlas con esas siglas.

H1: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H2: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H3: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H4: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H5: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H6: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H7: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H8: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

H9: Hombre. No se identifica. No se logra identificar cuál de los que anteriormente hablaron es.

M1: Mujer. No se identifica

M2: Mujer. No se identifica

M3: Mujer. No se identifica

M4: Mujer. No se identifica

M5: Mujer. No se identifica

M6: Mujer. No se identifica

E: Me presento de nuevo, mi nombre es Clara y los voy a estar acompañando en esta presentación. No sé si ustedes se conocen todos, pero me gustaría partir con que cada uno diga su nombre, por lo menos intentar acordarme su nombre y de ahí les explico cómo vamos a ir conversando. ¿Se conocían todos en la Villa?

SM: En la Villa sí, Fernández no sé si estará vivo o está muerto Fernández, hacía misa, había en un departamento un espacio, en vez de un departamento era un patio y ahí hacíamos la misa y toda la onda. Y aquí no, aquí no conocíamos a nadie, todos los que llegamos, los 20 éramos

desconocidos, así que ahí empezamos a conocernos de a poco y todavía no terminamos de conocernos. Del colegio yo había salido ese mismo año que nos cambiaron para acá, el 12 de diciembre del 79 a las 17:30 horas digamos, aquí nosotros, en esos camiones gigantes veníamos como cuatro familias.

Así que ahí nos ayudábamos, eso es lo único bueno, ahí ayudábamos entre todos para bajar las cosas y todo eso. Nos amontonaban, si cabían cinco familias en el mismo camión, todos metidos ahí, así que de repente se perdieron cosas para allá, cosas para acá, lo que suele suceder. Y del Golpe militar no quiero acordarme porque hubo muertos en la familia, y del desalojo todos nos acordamos, a punta de pistola de repente y todo eso.

MF: Yo desde los ocho años que vivía en Vitacura con mis padres, mi papi cuidaba casas, cuidaba construcciones, cuando estábamos ahí de repente terminó la construcción, más o menos cinco años estuvimos ahí. De ahí nos fuimos a un campamento, que antes se llamaban poblaciones callampa, que estaba en la avenida que ahora es Kennedy, pero no recuerdo qué nombre tenía esa calle... Lo Saldes. De ahí, de varios años, a mi madre le dieron casita allá en la población Colón Oriente en Las Condes. Después yo ahí me casé con mi actual esposo y se abrió la posibilidad de qué nos tomáramos el cerro por las lomititas, para que nos pudieran dar algo donde vivir. Estuvimos como... no recuerdo bien, como un poquito más de un año, dos años, algo por ahí, en unas rucas, unos palos parados con cosas, y después nos fuimos a un campamento que estaba en la calle Rosario.

Estuvimos dos años en esas ruquitas, que el techo era de fonola, cuando nevó cedieron las fonolas, había ahí como un... donde pasaba agua, un poco más ancho que una acequia y había guarenes, había de todo, así que fue una vida bien dura para todos nosotros que teníamos hijos chiquititos. Ahí estuvimos dos años y los esposos de nosotras iban a cuidar los departamentos que eran para nosotros, que nos entregaron a nosotros, que nunca los tomamos, nos entregaron a nosotros esos departamentos, estuvimos pagando cuotas de la CORVI en esos años. He escuchado que han dicho que nosotros nos los tomamos y eso no es verdad, esos nos los entregaron.

Cuando llegamos a los departamentos, que fue un júbilo, fue algo muy hermoso para nosotros porque íbamos a tener nuestro hogar, y no teníamos agua, pero éramos felices, por lo menos, habían acequias y otra vez nevó y yo estaba esperando al segundo hijo mío, y mi esposo me dejaba agua en la tina, era una tina hermosa, limpiecita, todo era bonito, todo era acogedor, muy lindo. Un día bajé a buscar agua con un balde, estaba embarazada de mi segundo hijo y me caí, pero no importa, éramos todos unidos, éramos todos felices, todos nos conocíamos de cabros chicos, muy, muy lindo. Éramos muy buenos vecinos nos ayudábamos los unos con los otros, nos cuidábamos, nuestros hijos eran todos amigos, era una vida muy hermosa la que teníamos allá. Hasta que llegó el Golpe militar, ahí nos rodearon igual que delincuentes, estábamos totalmente rodeados por jeeps, por camiones por cuánta huifa tenían los militares, y apuntándonos a las ventanas y no nos podíamos asomar porque si nos asomábamos nos llegaba el balazo.

Nos tuvieron encerrados no sé cuántos días, sin pan para nuestros hijos, sin nada para comer para darles a nuestros hijos, encerrados como si fuéramos peor que los perros, de antes, porque ahora los pobres perritos igual están protegidos. Un día dijeron "ahora pueden salir", y salimos todos desesperados a comprar pancito para nuestros hijos y para nosotros, y viene un montón de militares, tuvimos que salir arrancando porque nos venían apuntando y todos corriendo para nuestras casas. Y así un montón de cosas. Se escondían en los pastos, en las zanjas, en cualquier lugar, pero nosotros los veíamos porque los cascos les brillaban con el sol. Después de mucho sufrir por ese motivo llegó el tiempo del desalojo.

[Se escucha a un hombre que señalan que el desalojo fue con unos 15 días de aviso. Dice que ahí los tuvieron dominándolos, porque lo que querían ellos, los militares, era que, a la primera voz de ellos, ellos se pusieran de rodillas. Les preguntan cómo fue el aviso y un señor recordó que les dijeron “en dos semanas ustedes tienen que hacer abandono del predio”].

EC: Cuando ellos dieron la orden del traslado, nosotros no queríamos trasladarnos, porque cómo íbamos a abandonar nuestro hogar que nos habían dado, entonces ellos dijeron “saben qué, si no hacen abandono los tomamos detenidos y les botamos todas sus huevas que tienen para allá para abajo”, del piso cuarto o quinto, y tiraron cosas para abajo, refrigeradores, cocinas, de todo tiraron. Los verdaderos culpables, los que son de la derecha, ellos afianzaron todas esas cosas y siguen ahora haciéndose los giles como que no saben nada. Claro, porque aquí lo contamos como un cuento, como que eso no hubiera sucedido. Para empezar, ellos, con lo que se sacaban en el pillo, era con que nosotros nos habíamos tomado los departamentos, y no, los departamentos nos los entregaron llave en mano.

H1: Nos pillaban fuera del horario en que teníamos que andar y la tortura que nos hacían era que nos metían en el *container* de basura, metidos con toda la basura, encerrados toda la noche y tapados en ratones, baratas y todos los bichos comunes de la basura, por pasarse un minuto del toque de queda. O de repente a la pinta de ellos, que decían “ya estabas pasado del toque de queda” y era mentira, faltaban horas.

H2: Cuando uno quería salir a comprar, a comprar cualquier alimento o alguna cosa, tenía que pedir una autorización, y ni aunque usted cumplía, de vuelta, tenía castigo, verdaderos verdugos.

MF: Cuando nos trajeron para acá, nos trajeron a tres familias en un camión y estaba garuando bien tupido, así que la garúa moja igual que si estuviera lloviendo. Lucho abrió la puerta del departamento y parece que me habían dado un palo así aquí en mi cabeza, era horrible, era horrible, viera usted la tina, el lavamanos, los lavaplatos, creo que aquí vivían militares, tenían asqueroso, todo oxidado, todo, pero todo, todo feo, el barrio. Era todo, todo tan distinto, yo allá tenía hartó trabajo porque había harta gente pudiente que necesitaba en esos tiempos, igual que ahora que uno le fuera a limpiar su casa, cualquier cosa. Pero acá, quien. Y hasta el día de hoy, yo sueño a veces que vuelvo a mi departamento. Nos hicieron muchísimo daño.

LJ: Antes de la Villa San Luis, yo soy igual que la señora María, mi papá cuidaba construcciones y ahí estuvimos no sé cuántos años cuidando construcciones, nos trasladaban de un lado a otro y con dos piezas nomás, con fonolas que se rompen, en la lluvia, y nos mojamos a veces todo, había que poner tarritos para las goteras y todo. Y fui a la casa de mi suegra y nos inscribimos en el comité que está don Nacho, antes de llegar donde mi suegra me había comprado una mediagua de dos piezas nomás para vivir y la llevé para arriba, y ahí estuvimos y teníamos que caminar no sé cuánto de aquí allá a Mapocho, más arriba, para venir a tomar la micro, o si no nos traía alguien que viniera, pero era re difícil porque nadie tenía auto en esa época.

Y la llegada de San Luis, llegamos nos instalamos con la mediagua que yo tenía, y para que no se moajara por dentro la empapelamos por dentro con papel de diario, y estuvimos varios años todos los compañeros de la Villa San Luis. Cuando llegó el tiempo de que la CORVI nos llamó que fuéramos a buscar las llaves del departamento, ahí estábamos contentos porque nos entregaron la llave, para mí está bien, bueno, para toda la familia, estaban los niños chicos y algunos tenían tres piezas, algunos dos, estábamos felices. Yo pensaba que no nos iban a sacar de ahí, y llegan los militares una vez, son mentirosos los militares por acá, llegan los militares una vez y nos dijeron, nos hicieron una reunión a toda la población y nos dijeron “de aquí nadie los va a mover”, y

después como al año y medio llegan “ustedes se van a tener que cambiar a distintos lados que los vamos a llevar”.

Todos separados, como dice el vecino, en el camión que nos pusieron habíamos tres familias, llegaban y tiraban las cosas, yo tenía la mediagua y les dije “me pueden esperar un poco”, “no, déjela botada nomás”, y tuve que dejarla botada, puros mentirosos. Y de ahí nos echaron los camiones y llegamos acá, como dice la señora María, era un desastre, porque los militares, como los iban a cambiar, qué iban a arreglar, y me acuerdo que los primeros años me costó para vivir acá porque mi señora era un poco mal genio y no le gustaba, porque ella se crió en Las Condes y el Golpe de allá a acá era distinto. Claro, ella no sabía que la cosa quizás era para mejor, porque si no, quizás para dónde nos habrían mandado, para el sur, para Chiloé o bien nos habrían botado en el avión, antiguamente los tiraban en el avión y los botaban al mar, en el año no sé cuantito que cuentan los papás.

E: ¿Usted trabajaba cuando vivía en Las Condes, a qué se dedicaba, o estaba en el colegio?

LJ: Me acuerdo que venía aquí a Vitacura, se llamaba la 44, y después estuve en Alcántara con Presidente Errázuriz, en un colegio de curas. Nunca pagamos porque era del Estado el que estaba en Vitacura, y el de acá era de los curas y ahí me crié. Yo llegué acá a Santiago con mi papá a los 15 años, cuando estaba cuidando construcciones, yo vengo de Cartagena. Y así sucedieron las cosas, y nos costó para llegar, pero lo único que sé es que los militares son mentirosos, siempre me acuerdo de eso, cuando dijeron “no, de aquí nadie los va a mover”, y a los 15 días ya echan todas las cosas, así sucedieron. Ahora ya estoy acostumbrado. Es re difícil que volvamos atrás, sabe por qué, porque el capital en Las Condes manda, ¿o no?, ellos son los que mandan, pero igual uno tiene que tener cuidado porque no nos tienen que aplastar tenemos, nosotros tenemos que llegar a la lucha por hacer algo. Eso es todo señorita, no tengo más que... ah, presente, presente, estoy aquí.

M1: Yo no vivía en San Luis, lo único que me contó mi marido es que a ellos los habían sacado a punta de pistola, los apuntaron en la cabeza, les tiraron todo arriba de los camiones y los trajeron para acá. Eso es lo único que sé yo.

M2: Buenas tardes, fue triste el cambio, muy triste, y nos trasladaron para acá, para Juan Antonio Ríos, y encontramos el departamento lleno de piedras, de ripio, de todo, hasta ratones muertos había acá cuando nos trasladaron. Vivimos allá en Las Condes y nos trasladaron en un camión.

H1: Cuando nosotros llegamos aquí, llegamos a las 5:30 de la tarde, y entre todos los vecinos estuvimos hasta la madrugada porque ahí fuimos buena gente, todos ayudando a todos porque en el del quinto piso venía primero, entonces había que sacar las cosas, la del cuarto, porque no sabíamos qué piso nos tocaba tampoco.

M3: Me da pena contar todo porque ustedes ya lo saben, el sistema de cuando nos cambiaron, entonces quiero saber de qué se trata la reunión, si nos van a llevar de nuevo, de qué se trata, van a poner un museo, estamos de acuerdo, o quieren guerra allá, volvemos hacer la propaganda, inclusive allá en Providencia una vez hicimos una reunión protestando, queremos volver a San Luis, ese es el recuerdo que tenemos todos. A ver qué conclusión vamos sacar de la reunión.

H3: Hubo cosas muy bonitas durante el tiempo que nosotros, previo a la entrega de los departamentos, vivíamos en el campamento que estaba al frente, atravesando Manquehue, y en la noche nos empezamos a turnar para ir a cuidar los departamentos y que no los fueran a tomar, nos

turnamos una noche un vecino, otra noche varios vecinos. Las señoras nos llevaban sus cositas para comer, eso fue un aspecto bonito que nos unió más. Y vamos depositando, como se hacía antes, en la libreta de la CORVI, hasta que nos entregaron los departamentos, ahí los cuidamos porque eran para nosotros y nos entregaron las llaves. La cosa cuando llegamos acá fue impactante porque encontramos, de venir de unos departamentos nuevos a unos departamentos que ya tenían más de 30 años o 20 años porque son del año 40 y tanto, pero por otro lado tuvimos la suerte de caer aquí en esta población y no la suerte que tuvieron otros que fueron a poblaciones “brígidas” como dicen los chiquillos, aquí la cosa no es tan mala, es bastante tranquila en el fondo. Por ese lado fuimos beneficiados en realidad.

H4: Acá cuando nosotros llegamos decían que éramos puros delincuentes, que tuvieran cuidado con nosotros porque éramos puros delincuentes nomás. Y después yo le decía a la gente, no podemos ser delincuentes, nosotros venimos del centro de Las Condes, venimos de Manquehue. Pero yo le voy a decir una cosa, a nosotros nos empañaron la vida por todos lados. Porque, quien quería ser el favorito, era el general, porque a él fue al que le pagaron para que nos sacaran a nosotros, a Pinochet. Porque imagínese los 900 millones de dólares que se vendió el predio ahí, dónde quedó la plata, la familia Pinochet quedó con la plata.

E: Ustedes, por lo que entendí de su generación, todos trabajan.

[Señalan que sí, que todos trabajaban]

E: Pero me refiero a la edad, estaban trabajando en Las Condes, siguieron trabajando en Las Condes o cambiaron sus...

[Señalan que siguieron en Las Condes, que viajaban todos los días desde acá]

H5: Dos horas de aquí para allá y dos horas de allá para acá, dos horas de ida y dos horas de vuelta, cuatro horas diarias en la locomoción, y teníamos que ir a trabajar allá, porque aquí a quien le íbamos a trabajar. Aparte de qué nosotros éramos bandidos decían...

LJ: Unas liebres que había antes, nosotros estábamos aquí teníamos que tomar esa liebre Villa el Dorado, pero tenía el techo tan bajo que los que éramos altos teníamos que ir... Llegábamos más cansados que de estar trabajando. Era tremendo viajar de aquí allá, y toda la gente iba para arriba a trabajar.

E: Y sus hijos e hijas, ¿fueron al colegio allá o acá?

LJ: Uno partió allá el año, para no perder el año, pero los otros fueron acá. Había uno que no era muy aplicado sí, a él nunca más lo admitieron en un colegio porque puso en la cosa donde ponen la bandera, en el colegio, puso una bandera del Partido Comunista, acá, por ahí por Cueto, por Brasil, lo encontraron un colegio y lo echaron y nunca más pudo entrar el colegio. Era habiloso sí, ahora ya no está acá en Chile, vive su vida.

MF: Ese fue el otro gran problema, el colegio para los niños. Allá iban en un colegio bien bonito que desgraciadamente tenía el nombre de un general, pero era bonito como eran así como palafitos, era de madera, iba así como en altura, era bien bonito, acogedor el colegio, y cuando llegamos acá, no teníamos colegio para nuestros hijos, no había. Para poder, que estudiaran, porque nosotros éramos pobres, vivíamos en Las Condes, pero éramos pobres, esforzados, de trabajo, para que pudiera seguir estudiando, yo por lo menos y varios más, los tuve que poner en

un colegio aquí en Gamero y en esos años le decían el gallinero. Así que imagínese usted la calidad que había en ese colegio, los vidrios todos rotos, el patio pura tierra, era algo espantoso, muy feo. Aquí como éramos todas bien unidas, no subimos todas las que quisimos dejar a nuestros hijos, porque no teníamos más recursos, y juntamos dinero, le pusimos los vidrios, lo pintamos, pavimentamos el patio, hicimos un montón de cosas por el colegio, que ahora se llama Nueva Zelanda, se puso más *high*. He hablado tanto y tengo tanta pena, mijita.

E: Han hablado con sus hijos de su experiencia, me imagino que debe haber sido difícil también para ellos, siendo chicos, el cambio.

MF: A nosotros nos allanaron varias veces los militares, en una de esas veces yo estaba ahí con mi hija María Elenita que tenía dos años y medio, y mi bebé Juan Luis que tenía poco más de un año. A Lucho lo sacaron para afuera y lo pusieron así con las manos en la pared y le dieron una patada, le abrieron las piernas y los niños lloraban desesperados y yo juraba que lo iban a matar. Menos mal que nos tocó un militar, porque de todo hay en la viña del señor, consciente y les empezó hacer cariño a los niños y ahí se calmaron, pero no todos eran así, había algunos que eran perros, perros, perros, no tenían piedad de nadie. Otras veces mi mamá me llevaba para su casa porque estaba aterrada, estaba aterrada, ella vivía en Colón Oriente, en Las Condes.

H6: Yo voy a hablar lo mismo que habló la señora, sobre todo de los hijos. A mí, cuando llegaron los militares a allanarnos, me sacaron para afuera y me pusieron manos arriba y “ábrete de patas” y “tienes armas”, entraron para adentro, trajinaron todo, dieron vuelta todo y se fueron, y me dijeron ten cuidado si tienes armas porque vamos a venir por la segunda arremetida, y ahí se fueron. No tengo nada más que hablar por el momento. Harto sufrimos si en ese momento, igual que la señora que dice yo pensaba que me iban a matar en ese momento, y no se asomen por las ventanas.

MF: Lucho tuvo la osadía de abrir un poquito la persiana y yo veo al milico que le hizo así y lo pesqué y lo tiré al suelo, si no me habría quedado viuda porque esos no tenían piedad, no tenían alma, no tenían nada, unas bestias.

H7: Eso es lo que sufrimos con el Golpe. Y otra cosa, es que antes que llegar a los milicos, tuvimos que quemar todos los panfletos que nos habían dado, libros, de todo, de la lucha que teníamos. Estuvimos como tres días encerrados o dos días encerrados, más, sin salir a la calle, tomábamos puro vino (risas).

E: En el Golpe, en el desalojo, ¿en ese periodo como se relacionaban con la gente de fuera de la Villa, de Las Condes, había algún tipo de relación?

H8: La gente nos quería hartito a nosotros porque sabían qué éramos la fuente de trabajo de las casas de ellos, nos querían mucho porque ellos sabían que éramos gente honrada, que salíamos todos los días en la mañana a trabajar a ganarse el peso diario. Cuando llegó el momento del traslado de nosotros para acá, la gente opinaba que realmente era una injusticia muy grande, pero no pudieron hacer nada, porque dentro de 10 personas que opinaban, que eran favorables a nosotros que nos quedáramos en Las Condes, habían 20 que decían que tenían que sacarnos no más, porque estaban “mojados”.

[Señalan que estaban en territorio militar, que estaban detrás de la Escuela Militar]

H9: Yo me acuerdo que estaba cabro, que estaba joven, y no hallaba qué hacer y se me ocurrió una cosa con mi hermano, íbamos casa por casa tocando el timbre y le raspábamos el pasto que había en la vereda, que les pertenecía a ellos, claro nos decían. Y también limpiábamos, antiguamente había unos desengrasadores que los tenía afuera de la cocina, y ahí se ponía toda la grasa que salía igual que ahora, que ahora están adentro, pero se juntaba más grasa, y con un tarro teníamos que sacarla e ir a votarla a un sitio eriazo por ahí. Y me acuerdo que entramos a un departamento, era de tres pisos, antes no, eran muy grandes, íbamos en el último tarro y ya nos habían pagado, y se nos da vuelta en el tercero, y antes que llegara el agua abajo con la grasa y todas las cuestiones salimos arrancando y el conserje nos dice porque van tan apurados, y salimos arrancando y nunca más pasamos a ese edificio. Son recuerdos que uno tiene, era bonita la cosa, así que gracias a Dios estoy vivo por el momento, los años pasan. Así es la vida y hay que vivirla mientras tengamos vida, cierto.

Bueno, aquí somos todos vecinos, pero a veces hay problemas con algunos vecinos, pero hasta por ahí nomás, después al tiempo se saludan igual y la cosa queda igual, no hay rencor. Cuando estábamos allá éramos todos iguales, no nos metíamos con la gente ricachona, éramos todos iguales, nos llevábamos bien.

T: Yo estoy haciendo mi tesis sobre la Villa San Luis, por eso estoy también aquí hoy día, y les quería preguntar a ustedes a modo personal qué les gustaría que se recordara de su propia experiencia, quieren recordar lo bueno, quieren recordar lo malo, quieren recordar lo doloroso, hay gente que dice también el tema de recordar para no olvidar. Entonces, me gustaría que ustedes como pobladores, qué les gustaría recordar en ese pedazo de tierra, como volver en 20 años o que sus hijos vayan en 20 años y decir que, qué es lo que les parece.

M4: Que ojalá nos devolvieran, ojalá.

T: Eso es como lo que repararía el daño en el fondo.

M4: Repararía el daño. Entonces, sería una pena que fuera un museo la Villa San Luis, yo no sé qué pensar, porque tantas cosas, tantas cosas, violencia, violencia, quieren en la Villa San Luis para ceder los derechos a nosotros, ahí vamos a ver de qué se va a tratar.

LJ: ¿Usted dice sí volvería para allá? Yo no vuelvo para allá por ningún motivo, sabe por qué, porque estarme arrastrando a Las Condes por ningún motivo volvería. Cuando me muera, menos, si voy a estar muerto. Pero por ningún motivo volvería para allá, por el hecho de que, en realidad lo pasamos bien por el momento allá, pero después cuando nos echaron fue algo triste, eso es lo principal que le puedo decir yo no volvería a arrastrarme, después que nos echaron, no. Al museo sí que volvería por qué, donde va a estar, en Las Condes.

E: El museo va a estar en el último block que queda en pie.

LJ: Ah, ya, volvería a ir, pero menos a la parte donde estábamos viviendo. No, si no queda, yo paso a veces, dos veces a la semana o tres veces a la semana y ya no quedan, pero igual no volvería. Voy a pensarlo bien si voy al museo si estoy vivo.

MF: Yo sí volvería encantada de la vida para allá, porque no por culpa de los militares vamos a echarle la culpa a toda la gente que vive en Las Condes, que nos ayudaron hartito porque nos dieron hartito trabajo, ellos no nos echaron, fueron los milicos, entonces ¿por qué no?, si tuviera la gran oportunidad de volver, aunque sé que ya no va a ser. Yo conté todo eso desde un principio,

eso es la idea, que se sepa todo desde un principio hasta que nos echaron, eso yo ya lo conté todo.

H10: Yo encantado de la vida volvería a Las Condes, encantado porque yo me crié en Paul Harris con Colón, ahí me crié yo desde niño. O sea, la trayectoria fue de allá de Colón Oriente con Paul Harris hasta Cerro El Plomo acá, esa es la trayectoria que nosotros teníamos, es parte del corazón de Las Condes. Pero como le digo, allá a nosotros nadie nos tenía bronca ni ninguna cosa, nos miraban como seres de servicio, que trabajábamos, gente honrada. Eso tenía la gente allá, nos apoyaban, pero no pudieron hacer más porque fuerza mayor mandaba. Era mucha la plata que se estaban robando.

E: ¿Qué historia le gustaría contar en el museo, o no quiere el museo, qué sensación tiene?

M5: Bueno, yo no estoy de acuerdo, pero no sé la demás gente.

E: Cuéntenos por qué, nos interesa saber su opinión. Por qué no está de acuerdo con que se haga un museo en el último block que queda en pie.

M5: No sé, llegará el día que... no sé, el recuerdo que tenemos nosotros ahí nos duele, tenemos mucha pena cómo nos sacaron. Nosotros somos de Las Condes, no nos acostumbramos mucho por acá.

H12: Les deseamos toda la suerte en el proyecto, que les salga todo ok, que les vaya muy bien. Y yéndoles bien a ustedes a nosotros también nos va a ir bien y vamos a estar conformes.

M6: Es súper importante el reencontrarnos, porque nosotros seguimos siendo pobladores igual. La palabra ex pobladores... porque nosotros no nos quisimos ir por las muestras, nosotros seguimos siendo pobladores, siempre, y también quería darle las gracias a la Inmobiliaria Presidente Riesco, donde está Pilar aquí representando a la inmobiliaria, porque con ellos y nosotros estamos logrando nuestro proyecto de nuestro museo, que sea un museo vivo, con la historia de estos pobladores desalojados brutalmente de forma ilegal, y ellos nos tocaron el corazón al invitarnos a que se hiciera un museo allá en la Villa San Luis. Entonces, eso es bonito también rescatarlo porque no siempre ha pasado esto en nosotros después de 44 años, logramos recién nosotros saber que sí podíamos contar la historia desde el corazón, como nos invitaba la señora Beatriz, que viéramos el corazón porque logramos rescatar mucha información importante. Eso, y ver la posibilidad a futuro de reencontrarnos más seguido.

MAU: Buenas tardes, mi nombre es Mauricio, represento a Conchalí. En Conchalí hicimos la misma experiencia, compartimos lo mismo, fue triste, doloroso, hoy día los veo a los vecinos de acá de Juan Antonio Ríos que vivían en Villa San Luis, agradezco su testimonio, su aporte. Escarbar en la memoria, yo era un niño, es complicado, porque después queda, tú después igual te vas para tu casa pensando lo que viviste, dónde estudiabas, dónde te estabas desarrollando como persona, las oportunidades que tenías, las oportunidades que te robaron. Porque teníamos acceso a buena educación, estaba el trabajo al lado, teníamos un roce distinto, nos tiraron a una población, yo nunca viví en una población porque siempre vivíamos en las construcciones de los chalet. Mi padre es obrero, entonces cuando yo llegué a la Villa San Luis era muy linda, recorría, iba a la cancha, iba al Metro que le decíamos, donde había una excavación dejada por el Metro el año 78, ahí jugábamos.

Yo me eduqué en un colegio en Vitacura, en la Inmaculada Concepción, imagínate después llegar a Conchalí, triste, puro barro, se acabaron las oportunidades, tuvimos que desarrollarnos como

personas, y eso nos arrastró, gente que cayó en vicios, hijos que cayeron en manos de los delincuentes. Allá arriba no existía eso, allá arriba era un mundo de oportunidades, teníamos otro roce social, seguimos siendo pobres, no nos merecemos lo que nos hicieron. Han pasado los años y todos los gobiernos, elegidos democráticamente, no se han hecho responsables de nosotros, y hoy en día nuestra oportunidad gracias al museo, gracias a la inmobiliaria que nos está ayudando, a los periodistas, a la señora Beatriz, vamos a ser visibles. Por eso es importante el museo, es importante que nos apoyen, porque ahí vamos a salir al mundo. Ese espacio que ganamos a punta de lucha, frío, sol, va a estar para toda la vida, y hay que cuidarlo, reconocerlo, ir a visitarlo, porque ese era nuestro espacio y fue robado, y no puedo ocupar una palabra más suave porque es la verdad, es la pura verdad.

Yo era niño, me sacaron en un camión de la basura, muy pobre y quedamos más pobres. Pero surgimos estudiando y acá estamos. Por qué estoy presente yo acá, porque quiero que todos entiendan que estamos trabajando para ustedes como para que se nos reconozca, alguna vez se nos reconozca lo que nos hicieron, seamos reparados moralmente por el museo, y económicamente, ya estamos preparando las demandas hacia el Estado, porque el Estado tiene que hacerse responsable del daño que nos hicieron. No quiero quitarles más tiempo, pero sí que quería intervenir para que quede claro que esto es para todos, y agradecer a todas las personas que nos apoyan, a la inmobiliaria, a la señora Beatriz, sus hijos y los camarógrafos, a todos, muchas gracias.

E: Ella nos va a contar un poquito más...

XSR: Ximena Salinas Rodríguez. Bueno, yo les voy a contar mi historia desde que llegué de la población El Esfuerzo a la Villa San Luis. Cuando yo llegue a la Villa San Luis era la niña más alegre y emocionada porque tenía un departamento, vivía en una casa de madera, pero súper linda a la orilla del río, y llegamos a los departamentos y yo era la mujer más feliz porque tenía escalera, porque era grande, todas esas cosas, emociones de niña. Después, pasando los años éramos todos amigos en la Villa San Luis, yo conocía niños de todos los edificios, de todos lados, yo estudié en la 511, estudié en la Inmaculada Concepción, conocí muchas cosas, yo era regalona en el policlínico de Vitacura, de la señora Rosa Alessandri, yo conocí todas esas cosas. Yo era feliz, yo llegue feliz a la Villa San Luis, pero nos duró súper poco. Yo tuve un accidente en el 78 cuando nos sacaron, tuve un accidente grave, a mí me atropellaron y estuve meses en cama, estuve hospitalizada en la posta central, y me sacaron a punta de metralletas a mi papá, a mi papá le pegó militar con la metralleta, y no voy a decir el garabato porque me da vergüenza a mí decirlo en estos momentos, pero lo trató muy mal a mi papá cuando yo estaba y mi papá me bajó del edificio para abajo, y nos tiraban las cosas para abajo.

Nos trajeron en un camión, que veníamos cinco familias, llegamos a vivir a Alessandri, los departamentos llenos de chinches, quemados, sucios. Nosotros no merecíamos eso, porque yo creo que cada persona tiene su dignidad, y yo ver a mi mamá y a mi papá llorar, decir pucha de donde nos trajeron, de Las Condes, y tirarnos, traernos a otra parte es como lo más humillante para un ser humano. Yo pienso en que diga la gente de acá, es lo mismo que nos sentimos humillados, a mí me duele esa parte, yo siempre cuento la historia de la Villa San Luis, cuento a la historia del Club de Polo, cuento la historia de Vitacura, del Río, yo fui chocha bañándome en el río, porque era bonito. Pero después llegar, que tú venías con la ilusión de tener tu casa y que era para toda la vida, y ver a tus papás contentos, ver a mis hermanos contentos, y después que de la noche a la mañana te golpean la puerta y te saquen totalmente, yo creo que a nadie le tiene que pasar eso. Creo que en Chile nadie más tendría que pasar eso.

Pero todos los gobiernos tienen distintas formas, entonces pienso yo que se deberían acabar, esto es humillaciones para el pobre, por qué al rico siempre y el pobre no, yo siempre me hago esa pregunta, por qué el rico tiene que ser el rico y el pobre siempre tiene que ser pisado. Yo pienso que no debiera ser así, creo que todo ser humano necesita un respeto, el que sea más pobre y el más rico tenemos los mismos derechos en la vida, porque Dios nos creó para querernos no para odiarnos. Pero nosotros, yo por lo menos yo odio el 73, yo tenía 10 años, lo odio, porque me quitaron muchas cosas, me quitaron mucha felicidad, yo era feliz en la Villa San Luis y que te la vengán a quitar de la noche a la mañana, sabiendo que mi papá codo a codo con mi mamá juntaron la plata. Mamá le trabajaba un periodista y él le pasó la plata, le dijo a mi mamá "Sonia, ahí está la plata para que pagues todo el departamento altirol". Entonces, que a usted le vengán a quitar lo que es suyo, yo tengo los papeles, tengo todo y lo pisoteen a uno, pienso que no, ojalá que no pasara nunca más, yo no quiero ver a ningún niño más en la televisión que lo saquen de su casa, porque es triste, uno altirol recuerda el pasado, yo veo un niño, sí, recuerdo altirol recuerdo cuando nos sacaban las cosas para abajo, y venir con cinco familias en un camión.

Yo creo que no debería ser así nunca más, pienso que todos tenemos derecho a vivir, que sea pobre o que sea rico, pero con la dignidad, a nosotros nos robaron la dignidad como persona, como niños. Mis papás nunca más fueron felices aquí a donde estamos ahora, nunca, porque mi mamá siempre decía me gustaría vivir en Las Condes porque yo nací en Las Condes, nosotros vivíamos en Las Condes. Ella nació en Vitacura, mi mamá, pero ella decía yo quiero estar en Las Condes, este es mi barrio no acá, mi mamá nunca le gustó dónde vivimos, donde yo vivo ahora, no le gustó nunca, nunca le gustó porque todo lo mejor lo tuvo allá arriba, tenía todo lo mejor nosotros allá arriba, no acá. A nosotros nos trataron de lo peor cuando llegamos a vivir a la San Joaquín, los cocoteros, los ladrones, los trataron hasta de prostitutas a algunas mujeres. Entonces por eso digo yo que ojalá nunca más en Chile pase eso.

B: así que nosotros felices de poder ver su material.

PV: tengo los documentos esos, todavía los tengo guardados, no los he querido votar, para nada.

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Pedro Aguirre Cerda /

E: Entrevistador/a y facilitadora: Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)

RC: Rosalía Contreras

EUJ: Ernesta Urrutia Jorquera

RMMU: Rosa María Munizaga Uribe

ISG: Isabel Salas Guíñez

MC: María Cornejo

SDV: Soledad del Valle

MGS: Mario Gálvez Santibáñez

M1: Mujer. No se identifica.

VM: Viviana Manques

M1: Mujer. No se identifica.

PM: Placinda Mellado

RC: Mi nombre es Rosalía Contreras, yo llegué a la Villa San Luis después de haber vivido dos años en la población El Esfuerzo. Ahí tenía un solo hijo y de ahí mi marido se iba a ayudar a cuidar los departamentos porque se los querían tomar de otra población, entonces iba los fines de semana con un grupo que hacían, iban a cuidar en la noche, hasta que nos entregaron los departamentos. La llegada fue muy bonita, mi hijo estaba muy contento porque salimos de una parte que era muy pobre, vivíamos al lado del río Mapocho, entonces era peligroso, pasamos malas noches de invierno cuando el río se salía. Y después que llegamos a la Villa San Luis ahí la vida cambió, llegamos y no teníamos agua, no teníamos servicios higiénicos, pero nos hicieron abajo unas casetas y nos pusieron llaves para lavar la loza, todos teníamos que subir y bajar con las cosas para lavarlas. Pero fue mucho mejor hacerlo así antes de estar viviendo en las casas donde vivíamos con el peligro del río.

De ahí estuvimos siete años, nació mi segundo hijo ahí, el 73, y en eso vino el Golpe. Fue traumático porque teníamos que pasar encerrados, los niños no podían salir, al menos el más grande no podía salir a jugar porque era peligroso, estábamos rodeados de militares ahí. Con los vecinos nos llevábamos muy bien, nos turnábamos para los que iban a lavar un día, para tender la ropa también. Había buena relación con los vecinos, nunca tuvimos problemas con nadie, nos ayudábamos unos con otros. Los niños eran felices allá porque allá había un espacio más grande donde podían andar en bicicleta, jugar, y se hacían juegos muy bonitos, hacían juegos de entretenimientos y ahí los chicos lo pasaban bien.

Después llegó el momento en que nos tuvimos... llegué a la casa de mi trabajo y me encontré un aviso de que nos iban a erradicar de ahí, yo no lo quería creer, pero les llegó a todos los vecinos. Eso fue un caos porque yo trabajaba en la comuna de Las Condes, mi marido trabajaba en Providencia, y los niños estudiaban también ahí en el sector. Nos tuvimos que venir acá, que eso fue otro Golpe fuerte para mis hijos, para nosotros, tener que de acá ir a trabajar a donde estábamos trabajando allá, y mis hijos, tener que cambiarnos de colegio porque no podíamos estar los llevándolos lejos a ellos.

Entonces, llegar a un colegio acá, todo era totalmente diferente, y mis niños me decían “mamá por qué nos vinimos a este lugar que es tan feo”, era totalmente diferente la vida de allá con la de acá. Aparte que los vecinos de por acá de las casas, los antiguos de acá, pasaba algo y nos contaban a nosotros los nuevos que habíamos, si pasaban cosas, que nosotros éramos los que provocábamos.

E: ¿Qué edad tenían sus hijos?

RC: Mi hijo mayor tenía siete años cuando nos vinimos y el más chico tenía tres, y cuando llegamos acá me dice “mamá tan fea la casa, el departamento de allá era tan bonito, todo era muy lindo, porque nos vinimos para acá, por qué no nos devolvemos”. Y no podíamos. Yo incluso fui a hablar porque no me quería venir, y me dijeron “o te vas del departamento, eliges donde te estamos mandando o simplemente te quedas en la calle”, esa fue la respuesta que me dijeron. Y me tuve que venir para acá.

No permití que me trajeran en los camiones de basura como trajeron a las primeras personas que llegaron, yo les dije que no éramos basura, que no tenían por qué traernos en esos camiones. Incluso fui a hablar con la asistente social y le dije, y me dijo ella que bueno. Me mandaron a Renca, a ver una casa que no tenía nada, ni puertas, ni ventanas ni ningún artefacto adentro, entonces yo le dije “no me voy a Renca porque no me puedo ir a una casa donde está todo feo, todo muy feo”. Entonces me mandó a Santa Rosa, que tampoco era un lugar bueno, no era bonito. Y vino mi esposo a ver acá, porque o si no, íbamos a quedar en la calle, entonces vino mi esposo solo para acá y encontró el único departamento que quedaba, donde estoy viviendo.

Y llegamos ahí y de a poco tuvimos no más que acostumbrarnos acá. El departamento tan malo no estaba, pero las cañerías, los sanitarios estaban horribles, entonces esas cosas nosotros sufrimos mucho. Aparte que gastamos mucha plata para poder arreglar nuestro departamento, y siempre añorando volver atrás. Ahora, a estas alturas ya no volvería atrás, porque ya a mi edad, ya nos aclimatamos acá, mi hijo se casó y tiene su departamento, él vive aparte, mi esposo ya se acostumbró acá, entonces me dice volver atrás, ya no, porque aquí nosotros hemos vivido más tiempo aquí que allá. Porque allá estuvimos siete años y aquí ya llevamos 42 años. Así que esa es mi historia.

E: ¿Cómo fue el desalojo? Contó que le habían avisado.

RC: Me avisaron, había un papel en la casa cuando llegamos del trabajo y ahí decía que íbamos a ser erradicados. Imagínese llegar a la casa y que te digan que te tienes que ir de la casa, y no te dicen dónde, no conoces dónde te vas a ir. De estar en un lugar súper, llegar a una parte donde no conoces a nadie, a mi niño lo tuve que poner en un colegio más allá que era horrible, feo, tanto que le pusieron “el gallinero” porque era todo cerrado con malla de gallinero. Entonces me decía “mamá, pero si yo estaba en un buen colegio, porque me sacaron de allá”, pero no podíamos llevarlos a ellos para allá, era problemático, yo trabajaba todo el día y mi marido también, y ellos tenían medio día de clases, no había tiempo para irlos a buscar y venirlos a dejar. Ahora mi hijo me dice “mamá, ahora este sector está bonito porque se hizo esta plaza y ha cambiado mucho”. Así que esa es mi historia.

EUJ: Yo me llamo Ernesta Urrutia Jorquera, yo soy desalojada de la Villa San Luis en camiones de basura. Desde ahí llegamos a estos departamentos que tenemos, estaban llenos de chinches, muy sucios, las cañerías todas rotas, todas podridas, no había cañerías buenas, los pisos estaban todos quemados, con planchas, dejaban las planchas en el piso y había los medios hoyos donde hacían fuego. Al menos el departamento que nos tocó a nosotros, eso nos pasó.

E: Mientras usted vivía en la Villa San Luis, ¿cómo era la relación que tenía con los vecinos, cómo era la vida que se daba ahí?

EU: Nosotros teníamos muy buena relación allá porque teníamos vecinos al lado, eran buenos vecinos, teníamos vecinos al frente, arriba, teníamos muy buenos vecinos, vivíamos bien.

E: ¿Y cómo cambió eso con el nuevo lugar, ¿cómo era la relación que tenían con los vecinos acá?

EU: Acá nosotros no hemos tenido problemas con los vecinos tampoco, hemos vivido bien gracias a Dios.

E: ¿Usted se acuerda de cómo fue el desalojo?

EU: Sí, algo me acuerdo, algo me acuerdo, que nos vinieron a sacar a esa hora de las dos o tres de la tarde me parece que era, y nos trajeron a todos así en camión hasta llegar acá.

E: ¿Usted tenía familia?

EU: Yo tenía a mi hija, ella, la que está ahí, la tenía de dos años, y la otra era mayor, tenía dos niños.

E: ¿En qué trabajaba usted, o tenía a alguien de su familia que trabajara?

EU: Mi esposo no más era el que trabajaba, trabajaba en el centro.

E: ¿Y cuándo vinieron para acá, siguió trabajando ahí?

EU: No, después él tuvo que buscar otro trabajo porque ya ahí no pude seguir trabajando. Eso. ¿A quién le paso la escoba?

RMMU: Hola, buenas tardes, Rosa María Munizaga Uribe. Mis papás, que en paz descansen, no están, yo a pesar que era muy chica, viví una cosa como muy *heavy* junto con mis cinco hermanos. ¿Te puedo leer algo que mi hermana de hecho mandó y que es muy parecido a lo que yo te puedo contar de mi experiencia?

Como para que quede más o menos la idea que sí lo recordamos, aunque tú no lo creas, porque vivíamos como por Presidente Riesco y veíamos los camiones, veíamos los militares, militares que eran jóvenes y muchas amenazas con las metralletas, que si pasaba alguien lo retenían, que para dónde iban y con golpes, así prácticamente que se entrara. De hecho, mi papá de repente nos decía "éntrense", que no viéramos esas cosas. Porque nosotros teníamos una persiana que podíamos mirar y todo. Entonces igual era fuerte de pasar de chicos, mi mamá súper preocupada, nerviosa, vulnerable. La verdad fue como muy desagradable vivir esa época que vivimos, creo que nadie se lo esperaba ni mucho menos, porque nosotros llegamos con mucha fuerza, con muchas ganas, muy contentos de poder vivir ahí, algo digno, que nuestros papás con esfuerzo pagaban sus dividendos y todos los vecinos súper amigables, nunca hubo un roce de nada en cierta manera. Nosotros chicos jugando porque había como un patio, de un edificio al otro jugábamos, nos entreteníamos, creo que fue una de las pocas infancias que pudimos vivir.

A raíz de esto que empezó a suceder, ya no era lo mismo, teníamos que estar encerrados, no podíamos salir, y eso fue para nosotros súper fuerte como hermanos, como familias. De hecho, a

uno le vuelven recuerdos y da mucha pena, porque es una pena que haya pasado esto sin arte y parte, porque no lo merecíamos, porque fue algo digno para nosotros como cada familia, y la verdad creo que es injusto en este país, creo que hay gente que se quiere hacer muy rica muy rica, como quiere dejar gente como nosotros con esfuerzo dejarnos ahí, cuando nuestros padres nos costó. Y bastante.

Y fue muy feo muy desagradable, fue de día y de noche, porque llegaba en la noche a meter bulla, a meterse a los departamentos y sacar gente. Y yo le escuchaba, me metía debajo de la cama porque era bulla, porque no era una cosa normal para nosotros, todos los hermanos. Mira, estoy tiritando de lo que estoy contando. Yo vi muchas cosas que me marcaron, a pesar que estaba chica, pero fue súper triste, la verdad, y saber de mucha gente que fue sacada de ahí, sacada y fue desaparecida, porque nunca más se supo de esas personas, gente que mis papás conocían, nunca más supimos de ellas. De hecho, a mi mamá igual me comentaba de todo, cuando ella estuvo viva.

Entonces después de todo este tema que pasó, casi que prácticamente todo fue un suceso como al mediodía llegando camiones de basura para tratar de sacar a las personas. Yo llegué a vivir acá, vine con mi mamá, estando chica, ver un departamento que era un chiquero, un departamento que no era para vivir, ni siquiera un perro, porque había chinches, porque las murallas estaban rayadas, porque el water no era water, por decir un ejemplo, no era una calidad de vida el departamento. Entonces, para nosotros fue súper fuerte llegar a poder vivir en un hogar que habíamos perdido y empezar de cero, fue súper fuerte.

Entonces, yo creo que tanto para mí como para mucha gente esta gente nos dejó marcados, y lo encuentro realmente injusto, y la verdad que yo en mi corazón lo voy a llevar porque siento que no debería haber sido así. Por último, haber sido algo digno para cada una de nuestras familias, y no llevarnos a una porquería a vivir, y tratar nuevamente de poder vivir. Porque no se podía, no debería haber sido así, fue realmente injusto, es lo único que te puedo decir. ¿Y te puedo leer algo? Esto es de mi hermana que era más chica, y que se acuerda. Todos estudiamos en la escuela 511. Dice:

“Soy una nueva en esta fundación, hoy me integraron. Mi nombre es Isabel Munizaga Uribe, viví mi infancia en la Villa San Luis, block 4-3 departamento 16. Recuerdo mucho hostigamiento de parte de los militares, recuerdo mirando escondida por la persiana del departamento cuando pasaban camiones llenos de militares, apuntando con sus metralletas hacia las personas, cuando salían de sus departamentos, cuando no era permitido. Nosotros, cinco hermanos escondidos bajo las camas para no ver la violencia que ejercían los militares al entrar a revisar piso por piso cada departamento, y voltear muebles y cosas haciendo mucho ruido. Vi las caras de mis padres al sentirse vulnerados, sometidos. Fueron tiempos difíciles donde no podíamos salir a jugar con nuestros amigos del barrio. Estudié en el colegio Oscar Bonilla. [Dice su hermana que hay una foto que ella envió tomada el 4 de mayo de 1977]. Un detalle importante, mis padres se llamaba Rosa Uribe Cisternas y Carlos Munizaga Moncada. Gracias”.

Es que yo quedé súper afectada, yo era la mayor de mis hermanos, además tenía un hermano con síndrome de Down, que no lo podíamos dejar tranquilo, no podíamos meter ni bulla porque se paseaban casi encima digamos del balcón que teníamos, y ver todo eso, y ver los camiones todo el día, ver gente que pasara y casi prácticamente acorralaban. Entonces, no era una calidad de vida. Y nos preguntábamos qué está pasando aquí, y no podíamos decir nada, pero lo veíamos. Entonces fue algo súper fuerte, creo que algo realmente psicológico, para las personas que realmente tienen conciencia, y yo realmente yo lo viví. Las escaleras eran como de fierro, si mal no recuerdo, metal, una cosa así, y se escuchaba cuando subían los militares a buscar gente, no sé por qué, con la metralleta pegaban en las puertas rompiéndolas y entrando, y haciendo destrozos.

Y la gente gritaba y decía, “¡no!, ¡no!”, y nosotros teníamos que quedarnos callados con la luz apagada para que no llegaran a nuestra casa.

Y ahora sin arte ni parte, cuando todo este tema que pasó, deberían prácticamente habernos indemnizado a cada familia por el daño psicológico y material, porque mucha gente llegó a partes que realmente no querían llegar, y lo tuvieron que tomar porque tenían familia, porque había niños, porque había bebés. Yo lo digo porque yo ya soy una persona mayor, por lo que yo viví, por lo que yo vivo hoy en día, encuentro realmente injusto.

E: ¿Qué edad tenías?

RMMU: Yo tenía como 11 años, yo era la menor de mis hermanos. Fue súper fome para mí, y cambió todo después, cambió todo después del golpe que vino, que salir a comprar, que no tenemos que comer, fue fuerte. Es una pena lamentable, ya mis papás no están, que podrían haber contado su vivencia, y es penoso. Yo te doy las gracias por esta reunión para que nosotros podamos, se puede decir, desahogarnos, de contar nuestra experiencia, y que, si el día de mañana pueda pasar algo positivo en cuanto a esto, que sea bueno, sumar, no restar, que haya una cosa de unión, de paz, de todo, y mejorar todo este tema. Si pudieran indemnizar como te digo, porque nos sacaron, y llegar a una cosa que no valía ni la pena, comparado con el valor que tenía ese departamento, lo encuentro realmente injusto, y créeme que tengo mucha rabia, porque hay gente que tiene mucha plata y se hacen más ricos para hacer a las personas como nosotros, de esfuerzo, de trabajo, hacernos más pobres, es lo único que te puedo decir. Gracias.

ISG: Isabel Salas Guíñez. Esto es muy feo, recordar lo pasado. Nosotros nos inscribimos en un comité, luchamos, luchamos, hasta cuando logramos... fuimos a la municipalidad, la municipalidad dio orden para edificar y se edificó ahí. Nos costó cualquier cantidad, y después con el tiempo, bueno lo que pasó, para el Golpe, todos nos vimos perjudicados con nuestras cosas porque entraban y hacían sus desórdenes, quebraban, se llevaban cosas. Aparte de eso, de un día para otro nos dicen tienen que irse y no teníamos para dónde irnos.

En un momento dado llegaron y dijeron “ya, tal día tienen que tener todas las cosas abajo”. Yo con niños chicos, la mayoría de las personas que habíamos aquí teníamos niños. Es que pasaron muchas cosas, y como dice la señora, de un departamento nuevo, en un barrio bueno, llegamos aquí y con todo malo, con baño malo, cocina fea, living comedor feo, dormitorio feo, todo feo, nos costó para habituarnos. Porque nosotros somos clase trabajadora, clase obrera, entonces no es llegar y decir “ya, me meto la mano al bolsillo y que venga un pintor y pinte todo esto”, o que venga el gasfiter y me haga toda la gasfitería. No es así, no es así, nosotros como todas las personas que vivimos aquí, somos personas de trabajo, todos obreros, no hay ninguno que sea más que otros.

Es lo que le podría relatar, aparte que uno se emociona porque yo tenía a mis niños chicos, tuve que traerlos también en el camión de la basura, y todas esas cosas, entonces uno recuerda todo eso y no está tranquila. Tal como decía la señora, una indemnización no sería nada para el sufrimiento que uno tuvo cuando tenía a sus hijos chicos, ese es el tema. Ojalá que alguien se ponga la mano en el corazón y diga bueno, esta gente tanto que sufrió cómo le vamos hacer una moneda o una disculpa, por lo menos.

E: ¿Usted se acuerda qué día fue el desalojo?

ISG: Antes de Navidad, fue el 10 de octubre.

E: ¿Y los trajeron directamente para acá?

ISG: Nos trajeron y nos sacaron todas las cosas, y “vean ustedes cómo se las arreglan para subir”. Desde la mañana con las cosas afuera, los niños sin almuerzo, sin desayuno, sin ninguna cosa, y llegar acá que no había luz, no había agua, no había ninguna cosa. Es un feo recuerdo que estoy haciendo yo ahora.

RMMU: Otra cosa que yo me recuerdo era que yo era muy apegada a mi mamá, y me acuerdo que mi mamá me dijo “sabes qué, nos vamos de acá, tengo que ver que en cada comuna, tienen que tratar de designar que nosotros lleguemos a vivir en otra parte”. Recuerdo que mi mamá vino a mirar Juan Antonio Ríos, otras comunas, y dentro de las que ella pudo optar, porque nosotros éramos hartos hermanos, mi mamá tomó acá. Así yo me acuerdo, súper bien, y apurados, embalando rápido y los camiones y todas las familias una por una iban sacándolas para que se fueran a cada parte a donde las dirigieron. Miren, lo que me acuerdo, o me equivoco, yo estaba chica y me acuerdo, apuraditos subiendo todos y a la hora que fuera. Imagínate niños chicos que a la hora del mediodía tienen que comer, llegar acá y ver las posibilidades, o sea, para nosotros fue súper fuerte, y llegar aquí, y mi mamá súper desconsolada llorando y ver por dónde empezar y acomodar las cosas. Y antes de eso vino a darse una vuelta porque yo la acompañé a limpiar esta cochinidad, porque era una cochinidad, había hasta caca, caca de persona en el departamento, cochinos y afuera era pura mugre porque botaba un incinerador, y pura mugre había hay de todo. Y yo me acuerdo.

Por eso le digo yo, tengo una memoria súper transparente, a pesar que estaba chica, porque yo fui súper afectada de todo lo que viví, yo maduré muy rápido en cierta manera, cosa que me la tenía muy callada, pero yo viví todo ese tema. Y mucha gente que tomaron y se la llevaban, caminaba con las personas, y mi mamá lo único que me decía era que me metiera, que no viera nada. Y esas personas bien no sé, no sé si están vivas o no están. Pero lo viví y lo doy como relato, como prueba.

MC: Soy María Cornejo. La gente se arrancaba de aquí cuando nosotros llegamos, no nos querían, fue tremendo cuando llegamos, porque la gente nos tenía miedo, que éramos malos, andaban escondidos, pasaba algo y nos echaban la culpa la gente, a los vecinos, sin haber motivos porque nosotros no éramos así, nadie. Cosa que pasaba aquí era “¡Uy! Los que llegaron, los que llegaron”. Y eso fue tremendo, yo sufrí mucho también con todo esto, porque yo tenía dos hijos. A mí me mandaron a ver departamentos a Juan Antonio Ríos, pero eran asquerosos también, en el quinto piso me mandaron a mí y yo le dije que no, que yo tenía dos niños, que no quería quinto piso y ahí me mandaron para acá. Era risa que hacían con nosotros, porque eso era una risa, una burla, todas esas cosas pasamos nosotros. Tremendo, tremendo, a mí se me perdió hasta mi hija con el Golpe de Estado porque se me arrancó, y mi hija tenía dos años, andaba escondida donde una vecina porque los militares nos dieron vuelta todas las cosas, nos botaron todas las cosas, fue tremendo.

Mucha gente, vecinos, que no vimos más. Fue muy triste, fue muy triste la vida, lo que pasó en el Golpe de Estado, a mi marido lo tenían abajo, le pegaban en las costillas porque estaban todos los hombres abajo y ellos pasaban ahí y les pegaban, fue tremendo. Yo me acuerdo, tenía 22 años y tenía dos hijos.

E: ¿Antes de la Villa San Luis, donde vivía?

MC: En Los Domínicos, yo vivía allá con mis padres y me inscribí en un comité y me salió casa, y llegué a la Villa San Luis. Estuvimos encerrados por el toque de queda, no podíamos bajar la

escalera, nada, nada, fue tremendo. Dios quiera que no pase eso de nuevo, no queremos que pase nada, porque yo ya estuve en un Golpe de Estado.

SDV: hola, mi nombre es Soledad del Valle, voy a hablar más que nada de la perspectiva de mis padres, mis dos viejitos ya fallecieron. Yo me acuerdo que en la Villa San Luis nosotros teníamos una niñez hermosa, súper, nos amanecíamos dos o tres de la mañana jugando, todos los niños, ni tan niños tampoco, nos amanecíamos sin ningún miedo a nada porque los vecinos nos cuidaban, nos cuidábamos nosotros mismos. Me acuerdo que, en ese tiempo, mi mamá siempre fue lavandera, vivíamos en Las Condes, entonces prácticamente nunca le faltaba el trabajo a mi mamá, nunca, nunca. Podíamos comprar lo que quisiéramos dentro de lo que se podía en ese tiempo realmente, y mi papá era carpintero, a ellos nunca les faltó el trabajo. Y vivimos esa infancia nosotros de ninguna carencia, por el trabajo que tenían mis papás. Pero llegamos acá a esta población, claro, según los vecinos nosotros éramos marginales, nos habían echado por ladrones porque prácticamente éramos el lunar negro de Las Condes, eso era lo que decían los milicos, y según los de la Escuela Militar, nosotros éramos un puñal que tenían ellos en la espalda.

Cuándo nos allanaron a todos, yo no me acuerdo mucho, pero mi papá y mi mamá siempre hablaban de eso, cuando nos allanaron a todos, los milicos pensaban que iban a encontrar cantidad de armas, de armamento, y lo único que encontraron fueron cosas de caza que todos mis vecinos, hasta mi hermano, iban al cerro Manquehue a cazar. Yo me acuerdo que mi hermano Eduardo era del Che Guevara, era su ídolo, y él siempre usaba barba y bigote, y usaba una boina, y le encontraron la boina, le encontraron una foto, y se parecía realmente al Che Guevara mi hermano en ese tiempo, y los milicos le sacaron la cresta y media abajo y se lo llevaron a la Escuela Militar. Yo no sé qué pasó ahí, mi hermano nunca dijo nada, nunca dijo nada, qué pasó ahí en la Escuela Militar. Por el solo hecho que él tenía fotos y tenía la boina negra del Che Guevara.

Y llegamos acá y mi mamá se enfermó, mi papá también, porque nosotros ya no teníamos plata, aquí pasamos hambre, porque nosotros vivíamos de lo que trabajaban mis viejos y aquí, a quién le iba a lavar mi mamá, y mi papá qué trabajo iba a hacer. Entonces, nos cambió totalmente la vida de allá, de la San Luis, acá a esta población. Cuando ya empezamos a trabajar nosotros con mi hermana, ahí ya se nos arregló la situación y todo el cuento, pero esa es nuestra vivencia, pasamos hambre y penurias aquí en esta población, porque aquí en estos departamentos, el entorno es bonito, tenemos plaza, pero cuando nosotros llegamos acá todas las calles eran tierra, esto no era plaza, todo era un tierral. Los departamentos todos llenos de chinches, como dice la vecina, los artefactos antiguos, malos.

Así que como te digo, fue una infancia súper bonita hasta que llegó el Golpe militar y vivimos todo el rigor de los milicos, entraron a mi casa y le robaron unas cosas a mi hermano, le robaron plata, porque a todos nos tenían en el living, nosotras éramos niñas chicas, mi hermana tenía 10 años y todos a la pared, adentro del departamento, y con el fusil nos toqueteaban por todos lados a ver si nosotros teníamos algo como niños chicos a lo mejor, no sé qué pensaban. A mi papá también lo bajaron, y mi papá ya era de edad, mi mamá me acuerdo que se desmayó mi vieja, y los milicos "párate vieja tal por cual qué estás haciéndote la...", súper humillante, nos humillaron como quisieron.

Y gracias a Dios nos tocó aquí, porque a mi hermano le tocó en la Juan Antonio Ríos y esos departamentos están todos fisurados, todos fisurados, estos por último tienen buena calidad, porque todos los terremotos que ha habido, han resistido. Pero nosotras de chicas estábamos acostumbradas a vivir en el barrio alto, cuando llegamos aquí yo estuve un mes encerrada en mi pieza, no quería salir, el cambio brutal que hubo de Las Condes acá fue horrible, fue atroz el cambio, y también nos faltó la plata, como decía, nos faltó todo, esa es mi vivencia.

E: ¿Por qué no quería salir, cómo sentía el entorno?

SDV: Horrible, yo salía a la ventana y era pura tierra, me acuerdo que mi mamá me dijo “anda a comprar pan al frente a los locales”, una panadería asquerosa, la carnicería hedionda, no estamos acostumbrados a ese nivel de vida, no estábamos acostumbrados. Y todos los vecinos que vivíamos allá, todos vivíamos de los ricachones, cómo se dice, todos les trabajaban a ellos, entonces a nadie le faltaba. Y la mayoría de la gente de la Villa San Luis trabajaba en el Club de Polo, todos los dueños de casa trabajaban en el Club de Polo, entonces para nosotros en la Villa San Luis el lunes era como día domingo, que era el día libre que tenían todos y ahora jugaban a la pelota, campeonatos. Era súper lindo, súper lindo.

E: ¿Qué edad tenía usted cuando vivió en la Villa?

SDV: Yo tenía como 13 o 14 años me acuerdo. Pero sabes, que me pasó una cosa, yo me acuerdo para atrás algo, pero en el cambio mismo yo me bloqueé, no me acuerdo de nada, porque hay gente que sí se acuerda, que eran más chicas que yo, pero yo me bloqueé, la verdad es que yo no me acuerdo, lo único que sé es que llegamos aquí en un camión de milicos y se puso a llover y se nos mojaron las cosas, eso me acuerdo. Pero del cambio de allá de la Villa San Luis cómo fue, no me acuerdo, la verdad.

E: ¿Dónde estudiabas?

SDV: Yo estudiaba en Nuestra Señora del Rosario, que eso queda en la misma calle Nuestra Señora del Rosario con Apoquindo, frente al Instituto Cultural de Las Condes, ahí hice mi primero básico hasta octavo y mi enseñanza media la hice en el Liceo 1 de Niñas, primero estuve en el Liceo 14 que también queda allá arriba en Las Condes y Las Tranqueras, estuve primero y segundo en el Liceo 14, y tercero y cuarto lo hice acá en Los Leones, donde está el costanera Center, ahí hice mi tercero y cuarto medio.

E: ¿O sea tuviste que pasar de estar al lado a viajar para ir al colegio?

SDV: Pero si yo el primer día me perdí, yo llegue allá a La Victoria, no me acuerdo qué micro tenía que tomar, tenía todo anotado cómo devolverme el primer día y me perdí, llegué a La Victoria, sin saber. Esa es mi vida, lo de mis papás, la mía y la de mis hermanos.

E: ¿Y ahora, cómo es su vida?

SDV: Aquí, ahora es buena, ya nos acostumbramos, nos acostumbramos a todo esto, ya llevamos 40 y tantos años, entonces nos acostumbramos. Nosotros empezamos a trabajar con mi hermana, y tuvimos plata y nos pusimos a arreglar las ventanas de aluminio, porque tampoco tenían ventanas. Y ahora mi vida es buena, yo eduqué a mis niños acá, así que estamos bien, por el momento. Muchas gracias.

MGS: Buenas tardes, mi nombre es Mario Gálvez Santibáñez, soy uno más de los vecinos que llegamos de la Villa San Luis contra nuestra voluntad, de verdad es lamentable recordar estos temas porque ya nosotros los teníamos casi olvidados, porque no lo vamos a olvidar nunca. De verdad tengo que decirlo porque llevamos 44 años, yo llegué en agosto del año 78, y del mismo tiempo que todavía trabajo en el barrio alto.

Para nosotros esto fue de verdad un atropello a la razón, por decirlo con todas sus letras, nosotros fuimos, nuestra dignidad fue pisoteada, porque cuando estábamos en la Villa San Luis, donde llegamos a vivir ahí, nosotros llegamos a través de una cooperativa, de una cooperativa pasamos a la asignación del Serviú y de ahí llegamos a los departamentos, dignos, con todos los papeles al día. Y lamentablemente, en el tiempo de la dictadura, desconocieron todo, todos los trámites que había hecho a través de la Unidad Popular, cosa que fue todo legal. Nosotros llegamos acá por casualidades de la vida porque nos dieron cuatro partes para escoger, que era Renca, Juan Antonio Ríos, Santa Rosa el paradero 25, y acá. Yo visité todos esos lugares y opté por quedarme acá porque consideré que era uno de los que se veía mejor construcción, y parece que no me equivoqué porque después nosotros vimos a los vecinos que estaban allá y estaban en más malas condiciones. Porque los de aquí estaban totalmente deficientes, había un lavamanos para todo el departamento, había una llave para todo el departamento, un enchufe había, que estaba en el living comedor, y de ahí nosotros tuvimos que empezar a hacer todos esos arreglos.

Así que decir lo que se vivió aquí, como dijeron muchos vecinos acá, a nosotros nos miraron como bichos raros, a pesar de que nosotros veníamos desalojados de Las Condes por la fuerza, nosotros no quisimos venir para acá nosotros tuvimos que optar por venirnos porque de otra manera quedábamos sin vivienda. Yo nunca me olvido de la persona cuando nos citaron a Vicuña Mackenna, al Serviú en ese entonces, la que estaba a cargo de todo lo de nosotros se llamaba Iris Fuentes, la funcionaria que era del ejército, yo le dije bueno cuál es la opción nuestra, si yo no me quiero ir, bueno, se ubica, se lo va a reubicar en un terreno donde haya una mediagua. O sea, yo tenía que volver a lo que ya había salido antes. Entonces esa es una de las partes duras de la vida, que de verdad tenemos que decir que a nosotros se nos pasó a llevar en toda la dignidad como personas, los niños chicos.

Allá nos allanaron a unas horas imprevistas, a las tres o cuatro de la mañana allanaban en el departamento, y no golpeaban ni decían buenas noches, sino que prácticamente atropellar a las personas. Así que de verdad una etapa dura que no hubiese querido recordar, pero al escuchar los testimonios, mi vecina que me conmovió mucho porque llegamos juntos, éramos vecinos, yo estuve mucho con los papás de ella, con don Carlos y la señora Rosa, y lamentablemente ya no están para haber tenido por lo menos este desahogo que ahora tengo yo. Así que de verdad yo por todos los vecinos, nosotros éramos residentes de Las Condes, fuimos criados en Las Condes.

Recuerdo que como seis meses antes que nos sacaron de ahí, el capitán de ese entonces, el que estaba en la Escuela Militar, y dijo “la gente de la comuna se va a quedar en la comuna”, y bueno aquí estamos, estas son las palabras de un militar, aquí estamos, empezar de cero.

M1: Empezar de cero, mi papá era pintor de la brocha gorda que le llamaban y tenía todo su trabajo en Las Condes, todo su trabajo, y empezar una nueva vida entre comillas y poder armar este cuento, un departamento que justamente no tenía ni ventanas y nada, cuando llegamos, la gente que estaba viviendo acá poco menos que nosotros éramos unos bichos raros, si dejábamos algo las ventanas abiertas pasaban y nos llevaban todo. Entonces nosotros éramos los bichos raros y nos trataban mal, que poco menos nosotros éramos... Pucha no sé, de a dónde veníamos. Y la verdad es que en cierta manera eso, nosotros, todos chicos, en lo que nos pudimos criar, pudimos lograr ciertos valores con las personas, en mi caso yo lo puedo decir, poder conocer gente, poder trabajar también, es una enseñanza bonita que los padres de nosotros nos inculcaron.

Qué más te puedo decir de todo lo que vivimos cuando chicos, que era una niñez sana, que no había problemas con los vecinos, que todos nos apañábamos de cierta manera. Yo recuerdo que mi mamá vendía pan amasado en el departamento para pagar su dividendo, porque ella no podía trabajar, éramos seis hermanos, para poder sustentar a la familia, el alimento, porque mi papá

trabajaba en eso y en eso mi papá terminó trabajando y falleció, cosas de la vida, siendo joven, igual que mi mamá.

Entonces es súper triste recordar cosas así, yo no me lo esperaba de llegar y pararme y hablarlo, pero sabes que, a medida que fui caminando se me vino una película, pero súper grande, y todo lo que mi hermana contó y dijo fue exactamente lo mismo. Entonces, es súper lamentable, es la vivencia que lo que nosotros, que nos queda un recuerdo, aunque no queramos, pero así es, y hartito desagradable para nosotros y para nuestros padres terriblemente vulnerados y sacarlos como bichos raros, así como ya ponte arregla tus cosas y te vas, adonde sea, ya listo, camiones para allá, camiones para acá, y subiéndonos, subiendo mis hermanos chicos, mis hermanos felices, "¿para dónde vamos?". Estaba mi papá mal porque perdió algo que fue de esfuerzo como fue de sacrificio. Y todo eso marcándonos para toda la vida, mis hermanos todos marcados para toda la vida. Eso es lo que te puedo, como experiencia.

Y nuestros papás también que no lo pasaron muy bien, así de simple, pasados a llevar como poco menos, como que fuera una limosna este tema, y nunca fue así porque esto fue bien hecho, bien incorporado, todo con esfuerzo de cada uno, ahorrar para tener una vivienda digna y todo, que se haya dado allá maravilloso, pero que después... desplazarnos como cualquier persona poco menos prácticamente mediocre, y lo encuentro lo último que puede haber pasado. Y tratar de llegar a casa y poder adaptarnos, volver a construir, volver a amoblar un departamento para que fuera vida, para la familia, porque esto era una mugre, era una cochinada, que yo la recuerdo. Entonces, de vivir allá decentemente, llegar acá y que muchas familias en otras partes las llevaron, terrible, feo, desagradable, que marca para toda la vida todo este acontecimiento arrojó, y vivirlo, que no lo merecíamos. Porque nada se les regaló, porque esto fue un sacrificio de cada familia.

MGS: Bueno, más que nada agradecer a las personas que están en este trámite por su tiempo, por su labor, porque es una parte noble de parte de ustedes, además que son gente joven, así que les agradezco mucho el tiempo de ustedes con nosotros y esperar que les vaya bien en este trámite. Muchas gracias.

E: Muchas gracias, muchas gracias a ustedes también por compartir.

VM: Mi nombre es Viviana Manques. Poco, poco la verdad, lo que dijeron muchos vecinos, que como llegaron, en camiones, que de un momento a otro les avisaron que tenían que venirse y no les quedó de otra, y eso. Yo me acuerdo, tenía dos años, casi tres, llegué y esto eran cerros de tierra, si mis papás dijeron, y siempre decían, que estaba todo muy sucio, como que hacían fuego adentro de los departamentos, el parquet, el suelo estaba lleno de grasa, de chinches, los lavamanos, los WC estaban inutilizables, o sea no tenía forma de...

Y que llegamos con los mismos, la mayoría, los mismos vecinos estamos acá, la verdad es que son muy pocos los que se han ido, o porque se han muerto y los hijos han vendido los departamentos, pero son muy pocos, y la mayoría nos conocemos de toda la vida. Yo llegué acá con muchos vecinos, chiquillas más jóvenes que hay acá, que venían de allá chicas igual que yo. Pero tenemos esos recuerdos y de lo que nos contaron los papás, después de los años que se ha tocado el tema, porque esto yo creo que fue como un tema tabú que lo vivieron los viejos, y fue con tanto dolor que yo creo que después como que se cerró el tema y se trató de vivir de mejor manera. Pero eso, yo mayor recuerdo no tengo porque yo estaba chica cuando llegué, y doy gracias a Dios no haber vivido eso.

M2: Lo que más me gustó es que vinieron todos los vecinos, que pudieron venir y escucharon los relatos de cada uno, que se desahogaron, esto nos va a servir para muchas cosas, sobre todo que

esto va a salir para el mundo, porque nosotros estamos luchando para que salga para el mundo, que nos reconozcan a nosotros que aquí en Chile nos pisotearon, que nos quitaron nuestras casas. Y algunos papás, mis papás no están, se fueron sin ver ellos nada, entonces yo pienso que yo estoy contenta de ver a los papás, que hay papás todavía vivos que pueden contar la historia. Y me alegro que hay niñas jóvenes acá que no tiene idea de lo que pasó, pero sus papás se lo contaron. Yo le conté toda la historia a mis hijos, y ellos no lo podían creer, me decían “pero mamá, no”, “pero yo lo viví” les dije, “tus abuelos lo vivieron”.

A mi mamá nunca le gustó aquí, de verdad de verdad, a mi papá tampoco, a mi papá le gustaba estar en el río, le gustaba estar allá en la San Luis. A mí lo que más me gusta es que le doy gracias a los vecinos que nos escucharon, que ellos siempre nos ven que vamos a hacer marchas, que íbamos a la Moneda, que íbamos para allá, pero nosotros logramos que llegaran los profesionales acá para que nos conocieran, porque nos ven a nosotros que salimos, que andamos con la bandera, pero no ven lo que hacemos nosotros con las chiquillas. Yo les agradezco que hayan venido chiquillos, les agradezco de corazón, porque yo creo que yo he hecho bien las cosas junto con la Pelu, con la Tuca, lo hemos hecho bien y con los otros dirigentes sociales que hemos trabajado, lo hemos hecho bien, la lucha de nosotros va.

Empezamos cinco y ya tenemos a toda la Villa San Luis, entonces yo me siento dichosa de lo que logramos porque están cinco personas luchando y llegar aquí, yo estoy súper contenta porque no pensé que íbamos a lograr tanto, nosotros pensamos que íbamos a estar ahí, que no íbamos a lograr nada con el edificio, con el monumento, nada, lo veía muy lejano, pero ahora ya no lo veo tan lejano.

Y apareció lo más lindo, está la bandera de la Villa San Luis que la tengo yo, y está el monolito de don Carlos Cortés, que apareció la semana pasada en Juan Antonio Ríos, lo tenían los Carvacho, lo tenían muy guardado. Entonces ya están las dos cosas, yo cuando hagan el museo entrego mi bandera, el monolito lo van a restaurar, la bandera no, qué le van a hacer a la bandera, yo la tengo, voy a seguir con la bandera que flamee mientras nosotros andemos luchando.

Yo me siento bien, me siento contenta de que todos los vecinos sepan lo que pasa, lo que hacemos, porque a lo mejor muchos no creen, pero nosotros hemos avanzado mucho con las chiquillas, hemos dejado los pies en la calle, hemos trabajado con los profesionales, andamos en todas las comunas, donde nos llaman vamos, entonces pienso que nosotros lo hemos hecho bien. Les doy las gracias chiquillos porque crean en nosotros, y hemos logrado caleta de cosas, y ellos están con nosotros trabajando, todos los profesionales más la Anita con su hermano, y muchas otras personas, y regalona también. Entonces pienso que sigamos adelante, pero apóyennos chiquillos, nosotros necesitamos que nos apoyen, nada más, en serio, yo me siento orgullosa porque... no tengo a mis papás, yo habría querido que mis papás hayan visto lo que yo estoy haciendo, pero no están mis papás, pero me siento orgullosa. Me habrían dejado igual, tú crees que ellos lo habrían dejado, me habrían dejado igual, si yo igual habría luchado.

Pero yo les digo chiquillos que les doy las gracias, ustedes, a los vecinos, porque yo pensé que no iban a venir, de verdad, yo veía que no llegaba nadie, nadie y pensé que no iban a venir, que no nos iban a escuchar, que no iban a saber lo que estamos trabajando nosotros, pensé que ustedes no iban a creer en nosotros. Nosotros siempre conversamos con las chiquillas y decimos no si a nosotros no nos van a creer, que no va a salir lo que tiene que salir. Pero ya logramos un museo, ya vamos a motivar a la otra parte, pero tenemos que trabajar y nosotros necesitamos que nos apoyen, necesitamos el apoyo de ustedes, ustedes son los que tienen que luchar con nosotros, porque nosotros no podemos solas. Ya po, y sigamos adelante cuando digamos chiquillos vamos, vamos, vamos a quemar las micros a la Alameda [risas].

E: Se trata justamente de eso, que hoy día escuchemos los testimonios de ustedes, los podamos recoger, porque el museo va a tener la voz de ustedes, y mientras mejor y más se sepa lo que ustedes vivieron, más eco le va a hacer a los tribunales cuando llegue el recurso de reparación, de reparación económica que están postulando. Es importante que se conozca la historia y por eso es importante que la cuenten, que participen, que vayan, todavía no está listo el museo, todavía ni siquiera hemos logrado empezar a construirlo, por eso estamos en esta etapa, juntar la voz de ustedes. Pero es la manera de darle sentido, si no, van a seguir invisibilizados, como han estado hasta hoy día, ese es el sentido.

En ese mismo espíritu que nos comentan acaba de sacar la voz, de sacar afuera las cosas que han estado escondidas, no sé si alguien que no haya hablado, ojalá que cuando terminemos esto nadie se haya quedado con ganas de hablar, nadie se haya quedado con ganas de “yo tenía algo que decir y no lo dije”. Entonces no sé si a alguien más le gustaría decir algo, quizás por acá la vecina...

¿Tiene alguna cosa en su casa todavía guardada de la época, guarda algún objeto, alguna fotografía? Cuéntenos algo que se acuerde o que pueda estar en manos de sus hijos.

PM: Placinda Mellado. Yo me acuerdo siempre cuando estaba mi hija chiquitita y llegué aquí, de nueve años. Yo toda la vida trabajaba en Las Condes, de los 17 años que me vine de Capitán Pastene, a trabajar a Santiago, a estudiar peluquería, me gustaba la peluquería, con eso me la saqué en mi casa, que me dieran permiso. Me vine a Santiago, a Las Condes, de los 17 años hasta cuando me casé y tuve a mi hija, y seguí trabajando, cada casa donde yo trabajaba duraba 15 años, 16 años, en Las Condes, fueron mis mejores patrones que yo tenía, una señora que era muy española, dio mucho, para la niña, para la educación, para todo. Y trabajé montones.

E: ¿Cómo llegó usted a la Villa?

PM: A la Villa San Luis yo llegué por medio de una población, El Ejemplo, ahí me inscribí para casa, me inscribí para el departamento de Las Condes. De ahí salimos mucha gente, nos fuimos a los departamentos con todos los papeles al día, pagando los dividendos. Nos entregaron en el segundo piso, vivía muy bien en Las Condes y trabajaba cerquita del departamento, muchos años, muchos años, éramos tres hermanas y las tres trabajamos toda la vida en Las Condes. Gracias a Las Condes somos.

E: ¿Y después que salieron de allá se vino a vivir acá?

PM: Después me pasó cuando llegaron a tocar la puerta, tan tan, los militares, “usted tiene que irse de aquí de este departamento”, “pero por qué me voy a ir, por qué me voy a ir si este departamento lo compramos, estamos pagándolo” le dije, “se tienen que ir todos”. Y pasó, los milicos llegaron y abrieron la puerta a revisar acaso tenía armas yo, eso me acuerdo siempre, acaso yo tenía armas, me trajinaron la cama, me la dieron vuelta, se fueron al balcón también a trajinar acaso tenía armas, pero nosotros no, nunca estábamos metidos en política, nada.

Después, cuando llegue acá, me trajeron en los camiones y la niña ya tenía nueve años cuando llegamos aquí. Así fue lo que más me acuerdo. Seguir trabajando, de aquí atravesaba a las seis de la mañana esta avenida para poder trabajar, y me iba a Las Condes de todas maneras a trabajar, ahí estuve 16 años más hasta que salí jubilado. De ahí ya me quedé, no fui más para allá. Echo mucho de menos Las Condes porque es muy buen barrio.

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de Pedro Aguirre Cerda /

E: Entrevistador/a y facilitadora: Emilia Gallo Hernández (trabajadora social)

SC: Sara Carrasco

H1: Hombre. No se identifica

TO: Tulio Ortiz Guajardo.

M1: Mujer. No se identifica

RS: Raúl Sierra Herrera

BC: Benecia Cerda Morales

AMSR: Ana María Salazar Rivera

M2: Mujer. No se identifica

ASR: Avelina Salazar Rivera

M4: Mujer. No se identifica

M5: Mujer. No se identifica

EM: Elizabeth Moreno

MHR: María Helena Rojas Cereceda

CC: Cristina Cáceres

SC: Era pastor de ovejas, iba a pastorear, allá al cerro Manquehue.

E: ¡Ah!, ¿y había ovejas en esa época?

SC: Sí, mi abuelo tenía ovejas, cabras, tenía de todo.

E: ¿Cuál es su nombre?

SC: Sara. Ya, entonces, yo tengo una historia súper linda, de allá de Vitacura, porque antes que fuera población, era una parte donde vivía gente, no más, antes de que fuera la población El Esfuerzo. Entonces mi abuelo, mi suegro, mi abuelita, por parte de mamá, todos vivíamos allá, nacimos y nos criamos. Mi papá nació y se crio allá. Y después nos cambiaron a la población El Esfuerzo, y de ahí, del Esfuerzo nos cambiaron a San Luis. Y cuando nos cambiaron a San Luis, nos cambió la vida, porque teníamos otra manera de vivir, ya teníamos un baño rico donde bañarnos, era otra cosa. Y yo tengo muchas, cuánto se llama, historias para contar del tiempo de cuando yo era chica, nos bañábamos en el río Mapocho. En el verano, nosotros no salíamos de vacaciones, los papás no tenían plata para llevarnos de vacaciones y nos bañábamos en el río todo el verano. Y teníamos hartos amigos, nos bañábamos todos ahí, en el río. Y aquí hay varios amigos míos, de cuando éramos chicos, hay hartos.

H1: Como yo.

S: Que nos bañábamos en el río. Y súper lindo; tomábamos leche al pie de la vaca, íbamos al otro lado del río, había un fundo e íbamos todos los días a comprar leche. Y eso. Íbamos al colegio, estudiábamos en la Inmaculada Concepción, en Lo Castillo, cuando el colegio era de monjas. Y también, otra infancia linda con el colegio, también, las monjas, allá en Vitacura. Y después,

cuando yo tenía como 13 años, más o menos, nos cambiamos a la Villa San Luis. Porque yo todavía iba al colegio, a la Inmaculada. ¡Y eso!, tantas cosas lindas que hemos pasado. Y después vino el Golpe de Estado, y ahí cambió todo, ahí ya no fuimos tan felices, por todo lo que pasó, o todo lo que pasaba. Después nos quitaron los departamentos lindos, que teníamos en San Luis, nos trajeron para acá, a la cochinateda, porque estos departamentos eran, pero inmundos. Las mamás, los papás, se sacaron la mugre limpiando. Y eso podría contar.

E: ¿Nos puedes contar cómo fue tu desalojo?, ¿les avisaron?

SC: ¡No, fue de repente! Fue de repente que nos avisaron, fue como de un mes a otro, más o menos, el aviso que dieron, que nos iban a sacar. Y nos sacaron con los milicos, también, nos acusaron que éramos todos comunistas, que aquí, que allá.

E: Pero, ¿ustedes no sabían que venían para acá?, ¿vinieron a ver los departamentos?

SC: ¡No, no!

E: ¿No les dieron esa oportunidad?

SC: Sí, si eligieron. La gente eligió irse a Renca, o a Juan Antonio Ríos, aquí, a otros lugares. A Santa Rosa, a tantas partes.

H1: Colón Oriente.

SC: Colón Oriente, se fueron otra gente. Otra quedó en Manquehue, los que tenían más plata, se quedaron allá.

E: Y acá, ¿cómo ha sido su vida?

SC: Bueno, es que yo después me casé, después yo me fui de al lado de los papás, se quedaron mis papás acá, con mi hermano. Y bueno, ¡siguió la vida, no más!, no quedaba otra que seguir la vida (risas).

E: Pero están bien.

SC: Sí, estamos todos bien, gracias a Dios.

TO: Tulio Ortiz Guajardo. La verdad es que para nosotros fue bien complicado, cuando nos trasladaron para acá. Yo la verdad es que llegué a la población El Esfuerzo, ya formado, estaba, me fui y me casé en El Esfuerzo. Llegué como de 16 años, más o menos, a la población El Esfuerzo, en la cual me encontré con familias realmente bonitas, porque yo venía de Colchagua, de Santa Cruz. Entonces digamos, llegar acá, donde un padrino que tenía yo, y de ahí ya me fui digamos creciendo como persona, y formándome, y a la vez me casé ahí, en la población El Esfuerzo. En la cual, mi amigo acá, somos de la misma época, éramos muy amigos, y todos donde vivíamos en El Esfuerzo éramos como una comunidad, de amigos, de personas, digamos, de trabajo. Porque no nos faltaba el trabajo, ahí eran muchos que eran jardineros, otros éramos pintores, albañiles, siempre había trabajo para nosotros, allá.

Bueno, después que mi suegra me instó a que yo me metiera, me inscribiera para optar a una cooperativa, y la verdad es que, gracias a ella, nos metimos a una cooperativa, porque había una

vacante. Y después, con el tiempo, nos dijeron “no hay cooperativa, tírense por los departamentos, porque creo que va a ser lo más rápido, y es lo único que hay”. Así es que unos compañeros, por ahí, que fueron muy amigos, e hicimos la inscripción, esta, para llegar a los departamentos de la Villa San Luis. En la cual trabajamos mucho, porque nos fuimos un poco, cuando nos trasladaron a la Villa San Luis, hubo que trabajar mucho, haciendo para, ¿cuánto se llama?, colocar las redes de agua.

Porque también íbamos a cuidarnos, porque estábamos propensos a que nos quitaran los departamentos. Por las tomas. Entonces, íbamos en unos camiones, en camionetas, como fuera, llegábamos todos ahí, y en la noche cuidábamos los departamentos. Y por eso, nos fuimos un poco, así como que faltaban cosas para entregarnos, pero para nosotros fue un orgullo, de llegar, yo por lo menos, llevaba, cuánto, no llevaba ni el año casado y ya tenía departamento. Entonces para mí, fue realmente fabuloso conseguir lo que muchos no consiguen ahora, en un año. Eso, para nosotros, fue bonito.

Ahí vivimos, también, una historia de todos los que éramos amigos, conocidos de años, y fue una vida muy bonita, en la Villa San Luis. Bueno, después del Golpe, ahí ya cambió todo. Cambió, porque no podíamos andar hasta tarde, si, por ejemplo, llegábamos antes de las 12, que era el toque de queda, íbamos entrando en la puerta, y nos amenazaban con la carabina, que no podíamos dar un paso más o nos baleaban. Creo que todos nos acordamos, de los que nos pasó allá, que fue bien doloroso, para mucha gente, muchos lo pasamos muy mal. Pero cuando lo pasamos más mal, fue cuando nos quitaron los departamentos, eso ya fue como...

SC: ahí nos vinimos todos llorando.

TO: Todos, porque era, cómo le dijera yo, algo que nunca lo pensamos, nunca se nos pasó por la mente. A pesar de que, como nosotros éramos pueblo, teníamos derecho a barrio alto –porque en ese entonces no era como es ahora; ahora es una cosa que uno nunca va a poder llegar, ir arriba, porque nunca va a poder. Pero nuestras vidas, porque teníamos todos los trabajos cerca, como le digo, lo que hacíamos antes; tu papá que era gasfiter, yo que era pintor, el otro que era albañil, todos tenían...

SC: En Vitacura lo conocía toda la gente.

TO: Era muy conocido. Entonces de ahí ya fue cuando nos avisaron de que nos sacaban de la Villa San Luis, ¡y nos sacaron!

E: ¿Pero cuánto tiempo antes les avisaron?, ¿cómo fue ese aviso?

TO: Yo creo que no, que fue un mes atrás, no fue tanto. Yo creo que fue menos de un mes, ¡y fuera! Ahí no había que esperar que usted contratara un camión, hasta en los camiones de basura, nos sacaron para acá. Ahora, lo otro sí, que también uno tiene que acordarse de que nos dieron a elegir, claro, a qué parte. O sea, ir a ver dónde yo podía quedar con mi familia. Yo fui a todos, y eran muy chicos los departamentos, y dejé lo último para este barrio, para Pedro Aguirre (Cerde), bueno, en ese tiempo era San Miguel. Así es que nos vinimos, yo elegí el mío y el de mi suegra, porque mi suegra siempre estuvo conmigo, fue la que me ayudó toda la vida, y gracias, la tengo al lado de mi departamento, tiene 96 años, toda una vida.

Entonces elegí para acá; no quise elegir para Renca, porque en Renca en ese tiempo, las casas estaban botadas, quizás ustedes fueron allá. Los departamentos de al lado, de arriba en Manquehue, que ahí tengo harta familia de mi señora, que ellos se fueron, también eran muy

chicos los departamentos. Pero bueno, gracias a Dios llegamos acá, no todos, porque éramos 1.100 familias, las que vivíamos en la Villa, más o menos. Algo como 1.100 familias, éramos muchos. Bueno, y ya muchos se han ido, muchos ya no están con nosotros, quedan los hijos.

M1: Quedamos nosotros, no más.

TO: Entonces, muchos ya no están con nosotros, pero igual uno los recuerda, porque jugábamos, llegamos a las canchas que habían aquí, a jugar fútbol, siempre nos juntábamos.

E: Le tengo una pregunta: usted dice que tenía un grupo de amigos, que vivían en la Villa.

TO: Correcto.

E: ¿Ellos también se vinieron para acá o eligieron otros lugares?

TO: No, muchos eligieron otros lugares, muchos se fueron para el lado del río, de Manquehue, otros para Colón, y así.

E: ¿Y se han seguido viendo?

TO: No, casi nada. Incluso aquí también, claro, aquí era poco lo que nos juntábamos, no somos muy... ojalá esto nos una, porque creo que sería lo ideal, porque también una vez luchamos juntos, nos hicieron ver que aquí había una plata para los pobladores, quizás se acuerda, la cual, yo creo o no sé si fue engaño, o no, nos dieron un millón y medio, era no sé cuánta plata, pero al final nos dieron un millón y medio. Bueno, a muchos...

M2: Les dieron 200 lucas.

TO: Les dieron lo que quisieron, como quien dice: nos estafaron. Si uno lo mira por ese lado, nos estafaron. Hay mucha gente que se arregló. Pero bueno, ese es el problema que digo yo, que la plata es muy traicionera, por eso cuando uno ve estas cosas, ve y de repente tiene miedo de meterse, porque no sabe; la plata llama a la plata. Entonces da miedo, por ejemplo, a veces de meterse en algo, porque nosotros no conseguimos nada. Solamente conseguimos andar (¿pidiendo?) a esa gente que nos engañó, peleando con los familiares, enemistándose, entonces mucha gente no se quiere meter para no tener conflictos. Porque creo que lo más bonito es tener la hermandad, la unidad. Yo, la verdad es que me siento muy bien con mis vecinos, con mi gente, donde vivo en mi torre, porque yo me operé del corazón hace poco, estoy con cáncer al colon, ahora, tengo varias cosas que, llevo año y medio en esto, ya, pero mis vecinos, mi gente: un siete, nada que decir. Eso sería todo.

E: Muchas gracias. ¿Recuerda en qué block, vivía allá?

TO: La verdad es que no.

E: ¿Y el piso?

TO: Tercer piso. Es que eran torres A, B y C. Nosotros vivíamos en los A.

E: ¿Eran esos rojos, con balcones?, esos como de ladrillos.

TO: Correcto.

M2: ¡Sí, esos!

TO: Esos eran.

M2: Esos eran, los rojos, así como de ladrillo. Nosotros vivíamos en el...

TO: Claro, pero el número, del número, no me acuerdo. Ojalá que esto sea para bien de todos nosotros, porque ya nosotros no tenemos que luchar, sino que es para los hijos. Porque muchos papás que se fueron, está ella, que su papá no está, yo que estoy a punto, ¡me estoy salvando todavía! Pero estamos luchando, yo estoy con quimioterapia, del corazón ya me dieron de alta, me pusieron tres bypass, me dio un infarto.

E: No se le nota nada.

TO: No, porque me he cuidado harto, me he cuidado mucho. Así que le digo, yo agradecido de la gente y de todos los amigos. Ya pues, mijita, dígame.

E: Yo le tengo una pregunta; a los hijos, no sé, ¿les interesa el tema, se acuerdan de algo?

TO: Yo creo que venían todos chicos, todos chicos. Tres nacieron acá, y uno nació allá, no más, el mayor, uno de los mayores. Ah, mi hija, la mayor.

SC: Los más grandes, no más, nos acordamos de cosas, con 15 años, 14 años.

E: ¿Te acuerdas cómo era tu casa?, tu departamento, por dentro, ¿cómo era?

SC: Era lindo, era uno de los grandes, uno de los C, y tenía balcón, y como mi papá era gáster, nos puso al tiro un calefont para bañarnos con agüita caliente. Y era otra cosa, era otra manera de vivir, no como vivíamos en la población.

TO: Tenías decomural, no sé si te acuerdas.

S: ¡Sí pues!

TO: Teníamos decomural.

SC: Claro, era súper lindo. Teníamos, entre todos nos cuidábamos, cuidábamos a los niños también. Yo tenía hartas vecinas con niñitos chicos, y como yo soy guaguatera, ayudaba a cuidar a los niños. Y así, éramos súper buena onda.

E: ¿Conservan algunas cosas de esa época?, ¿de sus casas? ¿Muebles, por ejemplo?

TO: Yo conservo muebles, de 50 años.

S: Yo también tengo los muebles de los papás.

TO: Luis XV, que era en esos años. Bueno, en mi pega me iba bien, siempre me fue bien en mi trabajo, de pintor, como subcontratos y cosas así. Entonces compré buenas cosas, que todavía las

tengo, algo realmente que lo conservo. De vez en cuando los voy renovando, sí, pero tengo esas cosas todavía, de... el comedor, las sillas Luis XV, con el bifé, que son las puertas, unas rosas incrustadas; todavía me queda eso, de esa época.

E: Es que la idea va a ser mostrar un departamento, que era justamente en el que vivía Anita. Ella vivía en el segundo piso, en el museo, hacer un departamento, como el que era el de ustedes. Entonces tenemos que, entre todos, juntar las cosas, para ponerlas ahí. Y que ojalá sean verdaderas.

TO: ¡Claro!, es cuestión de ir viendo no más, qué es lo que podemos aportar. Mi gente siempre me ha querido sacar el bifé, porque es grande, ocupa mucho espacio en el living.

SC: Yo lo tengo guardado.

TO: Pero el comedor se extiende, es una joya. Imagínense, esa época, de aquellos años, cuando hacían las cosas a pura mano.

SC: Eso lo puedo donar yo, el bifé.

TO: Yo también, a ver qué es lo que me dice mi familia.

E: Y también, si tiene fotos, si tienen documentos de la época, que también puedan donar. Todas esas cosas sirven también, ¿ya? Para que vayan pensando. ¿Sí?, no sé si usted quiere seguir...
[Todos hablan al mismo tiempo]

E: Los invito, las invito a contar lo que se acuerden, lo que quieran contar. Estamos en un espacio de confianza. También es bonito recordar en conjunto, acá también están hablando que ya, la memoria...

RS: Se está yendo.

E: Es un ejercicio que tiene que ser colectivo.

RS: ¿Y dónde empezamos?

E: ¿Si quiere partir, usted?

RS: Raúl Sierra Herrera. Yo vivía en el cuarto piso.

E: Pero, antes de llegar a la Villa San Luis, ¿qué se acuerda antes?

RS: Yo vivía, estaba viviendo en un fundo, con un primo, y de ahí me trasladé a la población El Esfuerzo. Y de ahí, de la población El Esfuerzo, para conseguir casa, tenía que trabajar en el Club de Polo, cuidando caballos, sino, no me daban casa. Porque era un convenio que tenía no sé quién, el Club de Polo con la gente, no sé.

E: O sea, le exigían, finalmente, tener ese trabajo formal.

RS: Claro. Y de ahí me empecé a tirar solo, trabajé tres años en el Club de Polo, no, un año en el Club de Polo, después en los planeadores, que estaban al lado y después acá, en Cerrillos. Y de

ahí, me dediqué a trabajar particular. Yo era desabollador y pintor de automóviles. Nosotros teníamos una cooperativa, Los Rivereños. Así se llamaba la cooperativa, Los Rivereños.

E: ¿Y ustedes también estaban en esa cooperativa?

RS: No, es que ellos tenían otra cooperativa. Había dos cooperativas en El Esfuerzo; Los Rivereños, y después se cambió, cuando salió... Pinocho, parece que fue, el que cambió la cooperativa Los Rivereños, y le puso Comité Los Rivereños. Y ahí nos fuimos, y cuando nos cambiaron también para acá, olvídese; me fueron con la pistola, así, "¿te cambias o no te cambias?"

E: Usted, ¿con quién vivía, cuando llegó a la Villa?

RS: No, ahí vivíamos, cuántas personas, que estaban en el primer piso, vivía Guillermo, el papá de la Sarita. Ellos vivían en el primer piso. Después vivía el... ¿cómo se llamaba? Bueno, todos lo conocían como el Pata de Guaraña. Y después... [todos hablan], ¡por eso, ustedes! Guillermo, y después, el Delfo. Y yo vivía arriba, sí, en el cuarto, cuarto piso. Sí. ¿Cuál Ramón? Al otro lado, vivía para abajo... Por abajo, porque yo vivía al otro lado; donde están los departamentos, para el lado de las casas, para adentro. Y los otros vecinos, vivían para el lado de la calle.

E: ¿Se conocían desde antes?, todos venían de la...

RS: No, con Guillermo, todos, éramos del Esfuerzo. Del Esfuerzo éramos varios. El que no estaba, era... ¿cuánto se llama?, era un jardinero, que estaba al lado, por el lado de la calle. Éramos 8, 4 y 4.

E: ¿Y se acuerdan, acá?, ¿cómo era un día cotidiano en la Villa San Luis?

RS: Bueno, yo lo pasaba en la casa, me dedicaba a puro trabajar. Puro trabajar.

[Todos hablan a la vez]

SC: Al faro, a conversar, al Apumanque, íbamos a tocar el timbre, y arrancar.

RS: Igual que, la cooperativa que teníamos, la directiva se vendió. Se vendió. ¿Por qué?, porque nosotros íbamos a comprar el terreno, con la cooperativa que teníamos, ya teníamos la plata, a lo menos, yo creo que, para dar el pie, donde está el Parque Arauco. Esas eran las intenciones, de vivir ahí. Entonces dijeron, los gallos que vendían el terreno, que no iban a venderlo, porque después se lo vendieron al Parque Arauco, y era más plata. Y ellos se vendieron; les tiraron un billete, y ahí quedamos, chupándonos el dedo.

E: Ahora, como siguiendo un poco la temporalidad, ¿nos podría contar cómo fue la experiencia del Golpe militar?, lo que ocurrió ese día.

RS: A mí me amenazaron con pistola, no sé, una metralleta larga, y me dijo cuándo me iba a ir. Le dije: yo me voy el sábado, pero por las mías. Me fui en un camión, solo, y ahí me vine para acá.

E: ¿Usted vino a visitar las viviendas?

RS: Sí, vine. Porque me mandaron para allá, para Vicuña Mackenna, con Rancagua, que viniera a elegir a dónde quería, si el block, ese, ese, o este primero, o el de allá. Porque en uno, me dijeron

que había parquet, y a mí me interesaba, y yo quedaba a la entrada del paradero, para ir a trabajar, era en primer piso. Pero olvídense, cómo estaba eso, adentro, así un alto de mugre, adentro, porque los milicos nunca hicieron aseo.

BC: Había que echar petróleo.

RS: ¡Qué petróleo, nosotros raspamos!, raspamos todo eso.

BC: A ver. Yo me llamo Benecia, soy hija de la señora Morelia. Yo llegué, bueno, antes de llegar a San Luis, nosotros cuidábamos un restorán que estaba a los pies del cerro Calán, se llamaba Bric a Brac. Nosotros cuidábamos ahí, mi mamá tenía su casita prefabricada y se inscribió a una cooperativa, íbamos a reunión, yo la acompañaba, que estaba por el costado del cerro Calán, y nosotros nos íbamos caminando hacia arriba. Y a los 11 años, ya mi mamá consiguió el departamento, y nos fuimos a vivir allá. Para mí era todo nuevo, porque yo siempre me había criado sola. O sea, todos me conocían, los de los negocios, donde vivíamos, en los pies del cerro Calán, pero ahí fue otro mundo para mí. Y también fue bonito, porque conocí otra gente, empecé a compartir, estudiaba en el colegio Don Bosco, en el María Auxiliadora, aquí, con mi... de cuarto básico nos conocemos, sí. Entonces, íbamos al Apumanque, íbamos al Almac, era otro mundo, y, por ende, independiente de que nosotros viviéramos en una población, igual nos relacionábamos con otra gente y con los mismos vecinos. Se hacían partidos de fútbol, ahí en la tierra, pero igual éramos felices. Bueno, de todo un poco; entre cosas buenas, y de repente, claro, de repente que se armaba una pelea, y qué sé yo, y nosotros mirando. No pues, de repente rencillas, de repente de curaditos, qué sé yo. "Los Picapiedras", que peleaban no sé con quién, ¡con "Los Huesillos"! Y cosas así.

Pero bueno, después, ya yo llegué aquí, a los 18 años, porque nosotros llegamos en octubre. Y la verdad es que, para mí, con 18 años, llegar acá fue terrible. Terrible, terrible. Porque yo tenía las amistades, ya tenía mis compañeros, compañeras, de otros lados, del sector de Los Dominicos, Tomás Moro, qué sé yo. Y también mis compañeras, que eran la Ana María, pero el cambio fue súper duro. Duro, porque la verdad es que como dicen, nos dieron a elegir. Fuimos a Renca: horrible, era muy feo. Juan Antonio Ríos, igual, ¡los departamentos feos! Yo creo que lo mejor, lo único lindo que a mí me gustó, que era lindo y que yo me acuerdo, fue La Amapola, que eran unas casitas, pero eran tan chiquititas; que arriba no sé si tenían uno o dos dormitorios, pero uno era como un balcón, que no era cerrado, y que uno miraba al comedorcito. Muy chiquitito.

E: Estos, ¿cuántos metros en total, tienen?

BC: Como... Son chiquititos, pero la verdad es que no sé. Sí, son de tres dormitorios. Así es que (con) mi mamá decidimos, recorrimos por todos lados y decidimos quedarnos acá. Pero el tema era, que tan feos, que mi mamá con Maribel, ella me acompañaba, y en ese tiempo se usaban las gillettes, que usaban los hombres para afeitarse. Y con eso, así en cuatro patitas, raspando el piso, por las orillas, porque eran así unas capas, no sé si era grasa, petróleo... nunca. Las ventanas, que les faltaba un vidrio, y que eran de esas, de marcos de madera, que las protegían con otra, como un cierre de madera. Feo, feo. Las cañerías, todo sucio, los lavaplatos, asquerosos, las tinas... ¡horrible! No, fue realmente...

E: Y como niña, ¿qué entendías?, ¿qué pasaba por tu mente, o cómo lo entendías?

BC: Es que la verdad, como yo ya tenía noción, yo vi perfectamente lo que pasó en el 73, yo ya tenía 13 años. Entonces claro, igual lo veía como injusto, era como que estaban pasando a

llevarnos, y sin poder hacer nada. Porque se dio una orden, y se dio un plazo, y si no estaba preparada la persona... Mi mamá, me acuerdo que ella, no sé, le pagaron, o había una camionetita que vendía verduras, y que los respaldos, los costados, eran como de palitos, y en eso mi mamá acarreo sus cositas para acá. Pero yo sí me acuerdo haber visto, cuando de repente llegaban unos camiones de la basura, y llegaban y les tiraban las cosas, no más, como cayeran. Igual fue muy triste ver toda esa realidad; fue muy fuerte, el que te cambiaran de un lugar, de tu colegio, de tu entorno. Llegar a una parte desconocida, a un departamento sucio, feo, porque si bien es cierto, allá era chiquitito, eran chiquititos los departamentos, ¡pero estaban nuevos!

M2: Además que el entorno era lindo.

BC: El entorno, claro, era bonito. Nosotros no teníamos una plaza como esta, es cierto, pero sí nosotros salíamos e íbamos a comprar; teníamos tiendas, teníamos un banco, teníamos los mejores colegios, y entonces era bonito. Era totalmente diferente a acá. Nosotros llegamos acá, tomábamos una micro y pasando ahí, la Panamericana, había una... no sé, vivía mucha gente a la orilla de la línea del tren, no sé si se acuerdan. Cuando salía, ¡mucha gente! Aquí, en el Zanjón de la Aguada, por años, por años gente viviendo. Entonces fue fuerte, para mí fue súper fuerte. Teníamos que ir al colegio allá, en Providencia, estábamos en ese tiempo, ¿o no, todavía...? Estábamos en Macul.

E: ¿Cuánto se demoraban?

BC: Yo creo que, como una hora, o más de una hora, porque el aprender... De allá salíamos por Américo Vespucio, tomábamos un bus por Américo Vespucio, de San Luis y llegábamos. Y pasábamos por La Salle, peluseábamos por los caminos, porque ya nos conocíamos todo, y llegábamos a nuestro liceo, a nuestro colegio. Hasta la rotonda Quilín. Y para los papás igual, para mi mamá, me acuerdo que puchas, mi mamá siempre fue de jardín. Allá tenía un jardín súper bonito, y muchas gentes con sus primeros pesos tenían su pedacito de jardín. Y llegar acá, y ahí con unos palitos, trató de empezar, y no... feo. Yo creo que, sinceramente, yo, personalmente, si no hubiese llegado acá, yo creo que mi vida habría sido otra.

M2: Para todos.

BC: Para todos. Tanto yo, como joven, ponte tú, reconociendo errores, que uno de repente comete, y hubiese estado allá, no. Porque me hubiese criado, a lo mejor, de otra forma, no sé. Otro ambiente, porque aquí, yo me volví como loca, porque puchas, tanto chiquillo y tanta chiquilla, y qué sé yo. ¡Claro!, porque era otro mundo. Allá era más sano, todo era más sano. La edad, todo éramos más sanos. Entonces yo, la verdad es que, puchas, si es obvio que, a mis 62 años, no voy a volver allá, pero, de todas maneras, yo nunca me habría ido de ahí. Nunca. Y mis viejos tampoco. Mi mamá, todavía está viva, tiene 95 años, y claro, ella igual también se acuerda, porque toda su primera casa, fue lograr estar allá. Eso, así fue.

E: Muchas gracias.

AMSR: Mi nombre es Ana María... ¿ah?, ¿cómo nueve años?

E: ¿Cuando llegó a la Villa, tenía nueve años?

AMSR: No, aquí. Cuando salimos de allá. Bueno, chica, la sufrí. Me la lloré todo el viaje para acá, porque no me quería venir de allá. Me la lloré, arriba del camión, con mi gato, no quería salir de la

casa. No pues. Y llegar acá: pura tierra, piedras, ningún árbol, no había nada de árboles, no había jardines, todo era pura piedra. Horrible, era, horrible acá, el sector. Entonces yo no me quería venir de allá.

E: ¿Y qué se acuerda de su vida en la Villa? Si ahí tenía nueve años, ¿a qué edad llegó, más o menos?

AMSR: ¿A qué edad llegamos, más o menos?... chica, como a los cinco años, llegamos, más o menos.

E: ¿Y se acuerda de algo, de los cinco a los nueve? ¿De qué es lo que más se acuerda?

AMSR: Sí pues, de salir a jugar afuera. De jugar, y no sé, íbamos al cine, al cine Las Condes, a la matiné. A ver monitos, a la matiné, que nos regalaba mi papá, unas entradas.

ASR: Yo tengo recuerdos de cuando nos pasaba a buscar la micro del colegio Saint George. Esperábamos todos los niños en una esquina, y todos felices, arriba de la micro.

E: ¿Muchos niños de la Villa iban al Saint George?

AMSR: Sí, iban varios niños, varios niños del sector íbamos al Saint George. Varios. Las chiquillas de don Raúl, también.

ASR: Es que, para mí, al menos, fue un cambio rotundo. Yo soy la hermana de ella. Salazar Rivera.

M4: Bueno, para mí igual fue triste, porque fue otro roce social igual acá. Nosotros teníamos amigos por alrededor, por las casas. Incluso me acuerdo del nombre de una niña, María Elena; ella nos invitaba a tomar once. Y las señoras de las casas no hacían ninguna diferencia con nosotros, porque estudiábamos en el Saint George, entonces íbamos para allá, tomábamos once. Además, que mi mamá era la modista de la Villa San Luis y tenía todas sus clientas allá. Llegaban en auto, le mandaban a hacer los vestidos. Entonces, fue un cambio radical, en realidad, porque uno se codeaba con otro tipo de niños. Y llegar a decirle "señorita" acá, allá le decimos "miss", y fue como bien...

E: Y cuando llegaron acá, ¿se tuvieron que cambiar de colegio?

M4: Sí pues, aquí.

E: ¿Y fue altiro o hubo un periodo que tuvieron que buscar?

M4: ¡No, altiro!, porque nosotros llegamos en noviembre. Ahí nos cambiaron, y... igual, a nosotros nos costó mucho. Mucho, de allá, porque a mi papá lo fueron a amenazar los milicos, a ellos les dieron poco tiempo para salir. Así es que mi mamá lloraba, no se quería venir, no quería ir a ninguna parte, ni ver ningún departamento. Mi papá casi la obligó a que tenía que ir y yo la acompañé a todos los lugares, a ver departamento. No le gustaba ninguno, a mí tampoco, así es que yo decía: no, a mí tampoco. Y llegábamos, y "¿cómo te fue?", "no, es que no me gusta ninguno", "¡no, pero es que tienes que...!", "¡no, no, no me quiero ir!". A duras penas, elegimos acá. Y para sacar las cosas igual, mi mamá lloró todo el rato; sacando las cosas, esperamos un día completo, que llegara un camión a buscarnos. Y todos amontonados en el camión, me acuerdo que nosotros veníamos todos transpirados, llorando, dentro del camión. Yo no entendía nada, de

por qué pasaba eso. Además, que, los papás a uno no le explicaban, “ya, tienen que arreglar sus cosas”, y nosotros, “¿por qué?”, no entendíamos por qué nos tenían que sacar de allá, nada, no entendíamos nada. Eso fue en el 79.

ASR: Ah, estuvo en el setenta y... yo llegué el 78, en octubre. Así que tú llegaste en noviembre.

M4: ¡No!... llegamos, aquí empezamos una vida en el 79, porque llegamos a fines del 78. Ahí empezó la vida, para nosotros, en enero.

ASR: De hecho, para mi cumpleaños, yo llegué aquí.

M4: Sí, yo me acuerdo que también, mi papá tenía todo su trabajo allá arriba, él era jardinero de toda la gente, de las tremendas mansiones, para allá, entonces igual se demoraba como dos horas en llegar arriba, a la Dehesa. También, llegaba choreado, también fue un cambio para él. Las cosas, no entraban, algunas, aquí en el departamento, las camas. Él tiene un mueble súper grande, entonces también fue complicado. Y todo, pues; la familia se esparció, unas tías quedaron por allá, por Renca, otras por Colón Oriente, y allá estábamos todos juntos. Para los años nuevos, todos nos juntábamos. Pero acá... Hicimos la primera comunión, allá, teníamos una capilla, tocaba la campana todos los domingos (risas), ¡siempre me acuerdo de la campana, esa!, de don Sebastián.

E: ¿Y dónde hacían eso?

M4: En un patio grande, que había allá.

ASR: Todos los que vivíamos en el segundo, o sea, en cada tirada de block, había un patio, que dividía. O sea, esto, al medio, había un patio; y yo justo vivía ahí, y eso lo cerraban, y hacían...

M4: Una capilla, claro.

ASR: Yo vivía en el segundo piso.

M4: Sí, y para las navidades, al frente de la cancha, ponían un telón blanco e invitaban a todos los niños a ver películas, veíamos películas de la Navidad.

E: Hartas actividades.

M4: Sí, sí. Era bonito.

ASR: Ee repente, los niños jugaban a la pelota.

M4: Y teníamos días, que venía el caballero que vendía pescado, al medio de la cancha, que vendía verduras, y así. No, si era bonito, bonito. Jugábamos ahí todos, nos conocíamos todos, en realidad. Entonces fue un cambio grande, para acá, súper grande, súper grande.

E: ¿Y de su vida de hoy?

M4: De mi vida de hoy, ¿qué podría contar? Bueno, ahora una ya está acostumbrada, ya aprendió todas las técnicas de la población (risas).

ASR: Nos conocemos a todos, los patos malos, los buenos, ¡todos! (risas).

M4: ¡Claro!, y ya sabemos cómo defendernos. ¡No!, igual nos costó, nos costó. Igual, uno sabe que, si se hubiese quedado allá, sería otra la vida, porque como le decía, nosotros teníamos amigos por allá, yo en particular, tenía amigos por allá, de las mismas casas. Iba a las casas de ellos, entonces no había ninguna diferencia, en realidad, con los amigos que teníamos en Badajoz, por ejemplo, yo tenía un amigo en Badajoz. En avenida Apoquindo, tenía otra amiga, y así, tenía hartos amigos, por el colegio. Me invitaban a sus casas, y después yo perdí todo el contacto, y cuando hicieron la película Machuca, a mí me invitaron y yo no quise ir.

E: ¿Por qué no quisiste ir?

M4: Porque me dio vergüenza. ¡Me dio vergüenza!, una tontera pues, de no ir. Me buscaron y me encontraron, porque estaban buscando a todos los niños que estudiaron ahí. Algo me acuerdo. Es que yo fui compañera del sobrino de Eduardo Frei, sí. Yo tengo fotos de cuando salgo con todos los compañeros del colegio Saint George.

ASR: Yo también estaba ahí; tenía una compañera que era integrada, la Bernardita Valencia. A Orrego, Claudio, también.

M4: Sí pues, las hijas de él, estudiaron todas ahí. Yo tengo fotos. Tenemos fotos, tenemos la insignia, tú tienes la insignia.

E: Les vamos a pedir que traigan todo...

M4: Tengo diplomas de ese colegio.

ASR: Yo tengo hasta el carnet de...

M4: Tengo diploma.

E: Eso es muy importante; todo eso sirve. A veces uno cree que tiene cosas como el carnet y el diploma, pero dice, "¡para qué me sirve esto!".

M4: Sabes qué, en las reuniones, cuando decidieron los curas sacar a niños para ese experimento social, las hacían en la casa de mis papás, en la población El Esfuerzo. Para allá iban los curitas, a la casa de mis papás. Y nosotros estábamos en un jardín, y ellos decidieron que de ese jardín iban a sacar a los niños, cierta cantidad de niños. De ahí salimos nosotros, las hijas de él, aquí, no sé quién más fue al colegio Sint George.

M5: Mi hermana alcanzó a ir.

M4: También alcanzó a ir. Y ahí, a nosotros nos seleccionaron, y ahí nos...

M4: Bueno, a uno, por el roce social igual, porque discriminaban mucho en ese colegio, igual, en ese tiempo. Pero yo tengo recuerdos, de que, para el Golpe militar, nos sacaban a todos en fila e íbamos resguardados por los milicos. Con los milicos, iban cuidándonos cuando íbamos al baño.

E: ¿Para el Golpe?

M4: Sí.

ASR: Nos ponían unos discos y nos enseñaban la canción de la Fuerza Aérea.

M4: ¡Sí! Sí, si es igual que en la película, solo que, en esa película nos vistieron muy pobres a nosotros, porque nosotros no íbamos así. Íbamos con uniforme nosotros; nos "hicieron" muy pobres. Entonces, yo creo que por eso no quise ir, ¡porque el Machuca era muy pobre!

ASR: O sea, uno era pobre, pero...

M4: ¡No pues! Es que claro, a nosotros nos sacaron de la población El Esfuerzo, pero nos hicieron muy pobres, si no éramos tan pobres.

RS: Nosotros fuimos los primeros en hacer el cuadrado, que fue el ejemplo, el que está al lado de donde está la cuestión del tránsito, en Las Condes, ahí después seguía por Los Militares, y después seguía dando la vuelta, al cerro Plomo. Así que era larga la cuestión, pues. Y ahora último, el monumento que era del Guzmán, esa era toma.

E: ¿Cómo?

RS: Esa fue toma. Porque la señora, donde estaba yo en la población, la señora que trabajaba y que tenía una cuestión que se llamaba La Casa Blanca, ellos se tomaron el departamento. Por eso le digo, por eso le digo, como que ocuparon los últimos departamentos que quedaban, ahí. Por eso se los tomaron.

H2: Sí, eso fue verdad.

RS: Sí pues. Lo que pasa es que uno no se acuerda mucho, de un viaje. Si en la cuestión, sufrimos hartos. Yo tenía que, de aquí, ir con mi hija al Saint George, a dejarla al colegio, todos los días.

E: Les voy a pedir que sí, hay que tener un poco de orden. Todas sus voces son muy importantes. Nos queda mucho, así es que no sé, usted, ¿qué estaba contando, perdón? ¿Estaba hablando de los departamentos que eran toma y los que no?

SC: Claro. Que algunos departamentos, el que está ahora para el museo, de ese departamento se fue toda la gente, cuando nos echaron. Quedaron desocupados. Y después, hubo gente que se tomó esos departamentos. Esos eran los que estaban sin casa, se quedaron allá, y otros que no quisieron irse, a ninguna parte, que los milicos, no sé por qué no los echaron, no tengo idea, también quedaron allá.

HS: Pero hubo muchos que se aprovecharon del tema, también.

E: ¿Su nombre?

HS: Héctor Sepúlveda. ¿Usted quiere que hable de la población o de San Luis no más?

E: De todo un poco. Antes, cuando llegó, durante, después, etcétera.

HS: Yo, antes de que llegara a la población, yo venía de Arica. Pero yo soy nacido y criado aquí, en Santiago, nací en Sazié y me crié en Moneda. A los 14 años, viajé en barco hacia el norte, por

tres días. Estuve seis u ocho años en Arica; llegué el año 66 aquí a Santiago, y mi padre quedó solito, mi madre quedó allá. Y yo, a la población llegué cuando tenía 18 años, a la población la cual están nombrando, El Esfuerzo. Bueno, de ahí yo, como tenía tías alrededor, por varias partes, por Américo Vespucio, por varias partes de la familia, hasta que un día llegué y me quedé. Había tenido un hermano enfermo, que le daban ataques epilépticos, le decían el Motita, jugaba a la pelota. Y él falleció en esos años, yo llegué el año 66, como el 67 murió mi hermano, por ahí, de 28 años. Yo ya tenía 18 años, cuando llegué de allá, más o menos.

Y no tengo nada que decir, la población se portó súper bien. Toda la gente cooperando, porque eso era lo bueno de la población; había una cooperación muy grande. La gente traía cosas, era una cosa linda. Éramos una familia. Incluso, afuera, al llegar hacia la salida, había una feria muy grande, que ahí todos los que movían, y toda la gente, cuando se hacía fiesta –se hacían ahí las tremendas fiestas, viernes, sábado y domingo, era de toda la semana–, era una cosa muy maravillosa. Porque era una población que vivíamos unos detrás de otros: yo veía al vecino de allá, y el vecino me veía a mí. Y estábamos al frente del Club de Polo, y ahí veíamos todo, y estábamos acostumbrados a la vegetación. El río, lo teníamos al lado, o sea, no teníamos para qué ir a la playa, nos bañábamos ahí mismo.

E: ¿Se bañaban en el río?

HS: En el río, ahí, en unas calicheras que habían, yo mismo las iba a hacer, juntaba piedra con piedra, y hacíamos una calichera para bañarnos. Pero lo más lindo de todo es que había 4 canchas arriba. Aquí, Tulio que está presente, con él íbamos a jugar, éramos del mismo club.

E: ¿Cómo se llamaba el club?

HS: El club se llamaba Nueva Libertad. Pero había muchos, estaban Lo Castillo...

TO: Lo Castillo, Planeadores, el Dinamo...

HS: El Dinamo, todos los equipos. Y todos jugábamos ahí. También peleábamos, porque, ¡el fútbol es así, pues! Todos querían ser alguien en la vida. Pero lo más encachado de eso, cuando había que prepararse, cada equipo, y sacábamos el mejor equipo, ahí yo conocí la Escuela Militar, sin querer. Pinocho todavía no llegaba, porque siempre cuando me digan “¿dónde vive usted?”, siempre digo, así, en talla, “yo era vecino de Pinocho”, si Pinocho vivía tres o cuatro cuadras más abajo, no más, el general. Entonces bueno, había que aceptar no más, no quedaba otra. A las finales, con los años, nos metimos a la cooperativa, con mi vecino, acá, Los Rivereños. Ahí empezamos, hasta que después de 10 años salió eso, y había otra que estaba inscrita, y le salió como 20 años después.

Y a mí, y se los digo honestamente, no es por nada, a mí me ofrecieron un día, que venía saliendo de la población, y venía un grupo hacia adentro, que vivían ahí mismo. Me dijeron “¿quieres un departamento?”, “¡no!”, les dije, si nosotros ya estamos listos, ¿para qué iba a hacerlo?, si no soy ambicioso. Nunca, en mi vida ha sido ser ambicioso. “Mira”, me dijeron en esos años, “dame 200 pesos ahora”, “¿qué tengo que hacer?”, les dije, “tienes que inscribirte”, y me di cuenta que había que hacerlo con la cuestión de los comunistas. “¡Ah, no!”, dije, me meto aquí, y con los milicos, hoy día no estaría yo. Me pescan altiro los milicos del momento en que yo pongo mi firma, “en tres meses le damos un departamento”, dijeron.

Lo que se demoraban, como les digo, algunos 20 años, nosotros nos demoramos 10 años en que nos dieran esos departamentos, nosotros que estábamos allá en San Luis. A las finales, y por cosas

de la vida, de la noche a la mañana, empezamos a ir a visitar los departamentos, ahí. Pero aquí, la mayoría de los vecinos, hacíamos calicheras para cuidar los departamentos, porque teníamos miedo de que los vinieran a tomar. Porque vinieron varias veces. Incluso, en una oportunidad se juntó un grupo, tanto de la población de nosotros como la de al lado, que se agarraban a piedrazos, pensando que eran otros. Porque la cuestión era grande, hubo cualquier familia que llegó ahí. Venían de Colón Oriente, de Barnechea, de todos lados, llegaban a vivir ahí.

E: ¿Eso era cuando ya estaban viviendo ahí?

HS: Ya estábamos, nosotros. Y llegaban.

E: ¿Cuánto tiempo llevaban viviendo, se acuerda?

TO: Es que todavía, cuando veníamos a cuidar los departamentos, no estaban terminados.

HS: No estaban terminados. Nosotros veníamos solamente a cuidar, no había agua, no había luz. Incluso, nosotros el día en que llegamos, sin luz ni agua, pero igual nos vinimos, porque estábamos con miedo de que nos quitaran. Teníamos que tomarlos, sí o sí. Yo me ponía en Manquehue con Kennedy, nos poníamos un grupo. No dejábamos pasar a los que venían de otros lados.

E: ¿Y pudo pagar las cuotas?

HS: ¡Sí!, si alcanzamos a pagar. Si las cuotas, ¿sabe?, desde que llegamos aquí, Pinocho dijo “ya, no paguen más”, como queriendo decir “les voy a regalar esto”, así. Y aquí a nosotros, nos complicó harto, porque Pinocho nos amenazó a nosotros. Si no pagábamos, nos quitaban el departamento. Este departamento, lo quitaban.

E: ¿Y cuánto tiempo estuvieron pagando, se acuerda?

HS: Mire, yo, se lo digo honestamente, gracias a Dios estaba trabajando en una empresa, yo me tuve que conseguir plata. En esos años, eran 150 mil pesos, porque de ahí a ocho meses, para ponerme al día, ocho meses.

TO: Estaban los dividendos, todo.

HS: Y resulta que después...

TO: Tengo así un alto de papeles, yo, de la cooperativa.

E: Eso sirve también. Sí. Ya, permiso, que la vecina, y ahí va a volver a usted. ¿Su nombre?

EM: Elizabeth Moreno. Cuando llegamos acá hubo que pagar luz y agua. Porque los militares se fueron, y destaparon las cañerías, y arreglamos los departamentos, porque estaban todos malos. Y hasta el día de hoy, los departamentos siguen malos.

E: ¿Sí?, ¿qué problemas tienen el día de hoy?

EM: Es que arreglaron los departamentos de nuevo, pero igual hay problemas en las cañerías. No, no. Nada más que las cañerías. Pero sí tuvimos que pagar la luz, que no pagaron los militares, tuvimos que pagarla nosotros. Y el agua, igual.

E: O sea, tuvieron que pagar lo que estaba pendiente.

EM: Sí. Estaba todo tapado, todo tapado. Entonces sufrimos mucho, mucho sufrimos.

ASR: Cuando nos arreglaron los baños, que arreglaron todos los baños aquí...

E: ¿Qué edad tenía?

EM: No, yo ya tenía mis años, ya tenía mis años. Yo lo que recuerdo es que a nosotros nos trajeron en un camión, tres familias, y era un camión chico, como animales nos trajeron. Se nos quebraron los espejos, las lozas, todo.

E: ¿Y qué edad tenía usted?

EM: ¿Cómo 20 años, tendría?

E: ¿Y cómo lo entendías tú, este tema, por qué pasaba esto?

EM: Sí, porque sabíamos que habían entrado los militares y contra ellos no se podía luchar, no se podía decir nada.

E: En otros grupos ha habido harta gente militante políticamente, ustedes parece que no tenían ninguna militancia.

EM: No. A nosotros, los departamentos los dieron con 600 cuotas, había que poner. Yo me acuerdo, que antes era Serviu, ¿qué es lo que era antes?

TO: ¿Cuando vivíamos en San Luis?

EM: Sí, era con cuotas.

TO: No, lo que pasa es que antes era la cooperativa...

EM: Ah, era la CORVI, antiguamente era la CORVI.

TO: Nosotros solo tuvimos que pagar 540 cuotas.

EM: Ah, eran 540 cuotas. Costó conseguir esa plata, pero se consiguió y se pusieron esas cuotas. Y después de la noche a la... ¡Era de nosotros, eso! Acá hay una vecina que llegó recién.

EM: ¡Ella era vecina, de siempre!

MHR: Por eso que nos quedamos con la llave en la mano. Mi nombre, es María Helena Rojas Cereceda. Fui una de las personas desalojadas terriblemente, fue un espectáculo con niños chicos, que estaban todos, yo creo que la mayoría de los que son jóvenes ahora, sufrieron las mamás.

Porque los sacaron en una forma muy abrupta, muy fuerte. Sabe que la sufrimos mucho, es la verdad.

E: Si pudiera contar un poquito más, ¿describir lo que se acuerda? El desalojo y cuando llegaron acá.

MHR: A nosotros poco menos que nos trajeron como a un rebaño: gente amontonada, en unos *containers*. Fue impactante, la verdad. Sufrimos hartos, porque éramos bastante mortificados, imagínese, en un campamento, no había agua, no había nada, y de una manera cruel. Yo encuentro que fue muy cruel.

E: ¿Y cuando llegó acá?

MHR: Cuando llegamos acá era un desastre, era un desastre. Porque todo estaba deteriorado, estaba en muy mal estado. No teníamos, las cañerías se tapaban, era una dificultad terrible. Y todo, arreglaron así, de parche no más, diríamos que nada. Y fue muy molesto.

E: Estaban contando de los dividendos, acá unos estaban diciendo que pagaron, que no pagaron, que las cuotas...

MHR: Mire, en ese tiempo, el que se inició y se organizó en esto fue mi ex esposo, porque él falleció hace poco. Él fue uno de los que tenía muchas ideas, muchas cosas que decir. Yo en realidad, como una es dueña de casa, a las reuniones no podía ir, porque tenía que ver a mi niño chico. Pero mayormente sí, sabe qué, que parece que cuando uno recuerda, es como una película. No era para que a nosotros nos trataran así, porque éramos personas que veníamos sin casa, imagínese. Personas que trabajaban lejos, de donde nos trasladaron, y después venir a dar acá, en diversas maneras.

E: ¿Quiere agregar algo más?

MHR: No, yo creo que todos mis vecinos, en general –todos, aunque no nos vemos a veces, por dificultades– yo creo que todos merecen que se haga justicia. Y una justicia bastante dura, porque hacer eso con seres humanos, porque una estaba joven, en esa época, eso con los seres humanos no se hace. No se sacan de la noche a la mañana, en una forma tan bruta, perdonen la palabra, tan brusca, yo encuentro que eso, no sé... Me gustaría que todos mis vecinos lográramos algo, para justificar todo lo que hemos pasado. ¡Todos!, hemos pasado momentos bien críticos. En aquella época una era más joven, yo era mamá (solloza).

E: Pero está bien llorar, puede seguir llorando.

MHR: Sí, (risas), ya no. No, ya no. Eso es lo que se pedía, tanto tiempo; las dirigentes que han estado en la directiva, han luchado y no sé. Habían conseguido, de años, que viene esto comentándose, muchos años. Se decía que había que hacer esto, pero no habíamos nadie. O no sé, problemas, pero nadie se movía.

E: Pero algo se está avanzando.

MHR: Ahora se está avanzando. Gracias a ustedes.

EM: Es que era chica. La más chiquitita tenía como dos o tres años, dos años. Eran chicos, eran niñitos, que yo les he ido contando, todo lo que hacíamos nosotros, el sacrificio de ir a buscar agua a una parte lejana. No tener baño, el sacrificio. Incluso, yo estoy, quedé embarazada dos veces, imagínese; quedé dos veces embarazada, y teníamos que hacer sacrificios. Acomodarnos, como se dice. Acomodarnos a la situación.

CC: Bueno, yo soy Cristina Cáceres. Yo tenía cuatro años cuando fue el Golpe de Estado, que fue en el 73, ¿cierto?, y me acuerdo cuando llegaron los milicos a mi casa, nunca se me va a olvidar. Ellos llegaron con metralletas, dieron vuelta todo, yo me di vuelta a mirar, y me dijeron "date vuelta, tal por cual". Era una niña, de cuatro años. Después me acuerdo, que llegamos en el 78 acá. A mi papá no le dieron a elegir. Nosotros llegamos al departamento, estaba lleno de agua; el lavaplatos estaba hecho tira, baño, no había, no había nada. Es lo que me acuerdo.

Nosotros éramos cinco hermanos; mi hermana llegó de ocho años, o sea una de ocho meses, la otra, el otro tenía como tres años, mi otra hermana tenía cinco, yo tenía ocho, y mi hermana nueve. Me acuerdo de que todos andábamos de rodillas ayudando a limpiar el agua, y todos llorábamos. Llorábamos todos, porque encontrábamos todo feo, no salíamos a la calle. Mirábamos y decíamos "qué feo", ¡era todo feo, para nosotros! Y creo que nos cambió la vida, nos cambió la vida, yo, mis recuerdos más lindos, son los de allá arriba. Porque yo me acuerdo muy bien, cuando íbamos al cine, estudiaba en un buen colegio. Acá, llegué a un colegio donde había muchos niños, no eran como nosotros, en realidad yo no conocía este mundo. No conocía Renca, no conocía nada de eso.

E: ¿Te acuerdas en qué colegio ibas?

CC: O'Higgins, creo que se llamaba. O'Higgins. No pues, yo llegué a los ocho. Yo alcancé a ir al colegio, por eso te digo. Incluso, nos daban unos cubos, que tú te los echabas a la boca y les salía humito, por eso lo tengo muy latente. Y lo otro que, bueno, de hecho, una de mis hermanas, la mayor, al final nunca pudo estudiar, se devolvía. Ella no estudió; lloraba y lloraba, y ella nunca estudió. Llegó hasta séptimo año y mi mamá la iba a dejar.... No, nunca se acostumbró. Ella se fue a la playa, ahora. Hace muchos años que todos se fueron, todos mis hermanos. No se acostumbraron nunca acá. Y, de hecho, a nosotros nos cambió la vida, porque aquí pasaron muchas cosas, con mi familia. Y fue triste, muy triste, que, hasta el día de hoy, nunca me voy a olvidar. Es que yo lo tengo latente, cuando fue el Golpe de Estado. Y, de hecho, me acuerdo cuando nos tiraron a unos camiones de basura, se rompieron las cosas, todo, todo; la gente lloraba, los niños, era puro llanto, puro llanto.

E: ¿Tú eres la sobrina de la señora...?

CC: Sí, soy la sobrina. Sí, es que a mí nadie me lo contó, yo me acuerdo. Yo me acuerdo, y como te digo, a mí me quedó marcado, cuando el milico me dijo "date vuelta". Y cuando empezamos a recoger el arroz, el azúcar, estaba todo revuelto. Todo, todo.

M4: Los sacaron a todos, así, con las manos... A todos. En mi casa, revolvieron todo, con las metralletas, así hacían. Yo era más grande. Yo igual vi todo lo que pasaba, pero a mi papá lo sacaron con las manos en la nuca. Y todos desfilando para la cancha, y a todos de guata. No sé cuánto tiempo estuvieron ahí, pero después mi papá volvió. Y eso fue porque, cuando ellos entraron, mi mamá tenía un... ¿qué tenía?, tenía un calendario, no sé, con Frei. Porque ese fue el dato que se dieron todas, que tuvieran algo ahí. Fue como un dato entre las mamás, para que no hicieran nada, los milicos, con ellos, como para defenderse. Pero a ella le dieron vuelta todo.

Todo. No metían las manos, los milicos, yo me acuerdo que metían las culatas, hacían “esto”, en todo, claro.

Y nosotros, debajo de las camas, mirando los bototos de ellos, me acuerdo siempre de los bototos. Que se metían a los dormitorios y gritaban, los tanques. Yo recuerdo toda esa bulla, cuando siento helicópteros, yo siempre me acuerdo de la bulla del 73. Como estábamos cerca, de cómo corrían los milicos, por altoparlante, pasaban los jeeps, que nadie saliera. Bueno, yo creo que todos los niños quedaron marcados con esa situación. Porque fue triste para una y una no entendía qué pasaba. Yo pensé que era una guerra, porque nosotros siempre veíamos una película, que se llamaba *Combate* (risas). Entonces, como niña, yo lo asimilé a esa película, que era lo mismo; porque uno miraba y era lo mismo: metralletas, tanques, jeeps. Yo creo que todos quedamos igual, todos los niños de esa época.

E: Y tengo entendido que esa vigilancia también duró varios días.

Varios: ¡Sí!

M4: ¡Muchos días!

TO: Nosotros, para salir a comprar, teníamos que...

M4: ¡Sí!, teníamos recreo. Nos daban un tiempo, a las mamás le daban un tiempo para salir a comprar el pan, para hacer todo lo que tenían que hacer, en ese momento, lo más necesario. Y disparaban igual, sí, sí. Por ejemplo, cuando a alguien lo encontraban por ahí, nosotros sabíamos que algo le había pasado, porque andaba pelado. Lo rapaban los milicos, cuando los pillaban, los rapaban, entonces nadie podía salir a la calle.

CC: Lo único que quiero agregar, que de verdad que a todos los niños y a todos a la edad de ellos, yo tengo 53 años, yo creo que nunca se nos va a olvidar. Nunca, nunca, nunca. Y creo que fue injusto, muy injusto. Y ojalá puedan lograr hacer un museo. Eso.

E: Agradecer sus testimonios, porque sin sus testimonios, sin su participación, (esto) no tiene sentido.

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Renca /

E: Entrevistador/a facilitador/a: Clara Irarrázaval Bustos
BTS: Bernardita Torres Santibáñez
RP: René Ponce
AC: Álvaro Consuegra
RMP: Ramón Molina Pulgar
AHS: Alberto Herrera Soto
MP: Mirna Parada
CP: Carmen Parada
JE: Jacqueline Escobar
RZV: Raquel Zúñiga Vázquez
YBV: Yáscara Báez Varas
MJ: Magaly Jara
AT: América Troncoso
SBV: Silvia Báez Varas
AQ: Ana Quiroz
ALC: Alejandro Lira Córdoba
RR: Rosa Romero

BTS: Yo soy Bernardita Torres Santibáñez, soy una de las que vivíamos en San Luis. Nos sacaron de ahí, del río Mapocho, del campamento y de ahí nos tiraron a la Villa San Luis, y de la Villa San Luis nos desalojaron de un día para otro. Nos desalojaron y llevaron en camiones municipales, y nos vinieron a tirar acá. Acá no teníamos llaves... nos entregaron... "esta es su casa" y no teníamos llaves para entrar, se habían robado el lavaplatos, el lavamanos, la taza del baño, estuvimos como dos meses así. Y todo desordenado. Y nosotros dejamos los departamentos intactos.

Eso fue un abuso total porque éramos pobres a lo mejor nos sacaron de allá, que no podíamos vivir ahí. Eso es lo que yo pienso, no sé. Yo tenía un chico en el colegio, y acá me costó un montón meterlo al colegio porque no me lo admitían, ese fue el error más que nos dieron a nosotros, porque los chiquillos fueron discriminados.

RP: Mi nombre es René Ponce, yo vengo de la Villa San Luis, pero antes nosotros vivíamos en la población El Esfuerzo. Bueno, antes de pasar a la Villa San Luis nosotros pasamos un tropiezo porque los departamentos eran designados, bueno, a mi papá, y hubo un momento en que dijeron que se iban a tomar los departamentos. Yo tenía 11 años y me acuerdo, íbamos en el invierno a cuidar los departamentos, y después con el tiempo ya éramos designados, pero teníamos miedo a que nos quitaran en ese momento las viviendas. Después de eso pasó lo que no tenía que haber pasado, que fue el derrocamiento del presidente y todo lo que pasó. Ese día me acuerdo bien claramente que yo tuve una experiencia para mí traumática, que todavía me acuerdo, que llegaron los militares y entraron a la casa, mi padre me acuerdo que no quería abrir la puerta, y empezaron a golpear, y como fuera abrieron con sus fusiles la puerta y entraron abruptamente. Le pegaron a mi papá, a mí me tiraron para un lado, mi mami estaba con mi

hermano que era chico. Fue traumante porque nos robaron lo que tenía, tenía un valor de plata, mi mami sufrió harto.

Me acuerdo que después nos sacaron de ahí, fuimos trasladados acá a Renca. El desalojo fue humillante, porque los camiones eran basureros, y lo que caía, porque había una orden que había que desalojar sea como fuera, y no teníamos tiempo para echar todas las cosas, y había personas a las que en el transcurso del camino se les cayeron las cosas, porque no se paraba, los tiraron nomás. Llegamos aquí, yo vivo al fondo, en Gabriela Mistral, y esa casa no tenía nada, tenía una pura maleza a la entrada, no tenía ventanas, no tenía puertas, no tenía accesorios de baño, no tenía lavaplatos, nada, nada. Y atrás donde había esa población, había un botadero, que me acuerdo que andaban ratones.

Así tuvimos que estar, como la señora explicaba, esa casa no tenía valor para nada. Después con el tiempo fue traumante, porque los de un lado de la población nos trataron de "pincoyanos", éramos "pincoyanos"; no creían que nosotros veníamos de Las Condes. Así que fue traumante todavía tengo recuerdos y me duele. Eso puedo decir.

AC: Hola, buenas tardes, yo soy Álvaro Consuegra y vengo en representación de mi papá. Mi papá se llama Sergio Consuegra, y lo que él me contaba es que él fue sacado en un camión de basura, lo tiraron, así como basura misma. Y llegaron aquí a Renca, que no tenían artefactos, no tenían puertas, no tenía nada en la casa. Y según el dictador, que me dijo mi papá, el dictador dijo que los pobres no podían vivir al lado de los ricos, y por eso hasta el momento, lo que sé, lo que me cuenta mi padre, es eso, ese es el testimonio que puedo dar. Gracias.

RMP: Mi nombre es Ramón Molina Pulgar, vivía en la población El Ejemplo, nos inscribimos en un comité ahí y nos salió el departamento gracias a Dios, vivimos un par de años en los departamentos y me recuerdo que mi niña menor tenía tres años, el mayor tenía ocho años. Y llegaron unos militares a revisar el departamento, hasta el estanque del baño lo abrieron para ver si teníamos armas, y la niña más chica le decía "señor, ¿usted no nos va a matar a nosotros?". Y de ahí nos trasladaron, nos sacaron en camiones de basura, para qué, mejor no recordar todo ese maltrato que tuvimos. Así es que ahora nos trasladaron a esta población Illanes. Eso.

AHS: Pero le hablo la verdad, o le habla mentira... yo me llamo Alberto Herrera Soto y mi papá era una persona que se ha criado en el río toda la vida. No nos trataron mal, pero por qué nos cambió el sistema de vida, nosotros éramos buenos, aquí nos pusimos borrachos, yo nunca me había tomado una Pilsen, y aquí llegué a vivir y era alcohol por todos lados, mala gente, mala gente, nos dimos a respetar.

Nosotros veníamos de una parte tan bonita y llegamos aquí a esta mierda, se los digo a todos los vecinos, gracias a mí se respetó esta población. Tuvimos que ser choros para ser respetados, usar cortapluma, que nunca habíamos usado. Porque qué era Renca a Las Condes comparado, esta era una mierda, ahora somos todos respetados aquí en Renca, todos nos queremos, todos los vecinos, todos los vecinos.

Pero yo era chico, 13 años, y anduve con mi cortapluma, anduve respetando, anduve, y sabe por qué, porque la mierda de gobierno que teníamos nos cagó a todos, no a mí, nos cagó a mi papá, a mi mamá. Mi mamá y mi papá fueron criados en Las Condes, todos los vecinos saben quiénes fueron, y esta mierda, qué le vamos a hacer, si seguimos con la misma mierda acumulada toda la vida, toda la vida vamos a ser humillados. El huevón que tiene la plata tiene el poder y nosotros somos la mierda, le servimos cuando trabajamos, y no servimos para nada más. Así que yo creo que con lo que les dije es suficiente, pero esa es la vida de nosotros.

MP: Buenas tardes, mi nombre es Mirna Parada. El recuerdo que nosotros tenemos es muy triste, de haber vivido en una población a orillas del río Mapocho, se organizó un comité, que se inscribieron para irse a la Villa San Luis. Muchas de las personas que están aquí eran de la población El Ejemplo. Llegamos de vivir en unas casas humildes, les decían las callampas, llegamos a vivir a un departamento de lujo, estábamos tan felices hasta que llegó el Golpe.

Durante el Golpe fuimos allanados y fuimos después desalojados, muy maltratados, humillados, el día del Golpe. De mi casa se llevaron armas, ¿saben cuáles eran las armas? Un cuchillo cocinero, una onda y un paquete de fierros de anticuchos. A mi marido lo maltrataron por eso, porque tenía armas y que podía matar a una persona. Pasando los días, nosotros estuvimos muy presionados con cañones, tanquetas, todo lo que fue armamento, frente al departamento donde nosotros vivíamos, al block, era el block 1 Arquin, y el block 2.

Todos estuvimos ahí, no podíamos salir a comprar ni siquiera el pan. En un momento tocaban una alarma y todos podían salir a comprar el pan, estuvimos sitiados. Después, al poco tiempo, en el 76, fueron y nos dejaron a todos un papelito que teníamos que abandonar el departamento al día siguiente. Tenemos todos esos documentos nosotros, del lanzamiento que nos hicieron, del desalojo. Nadie podía sacar bien sus cosas ni guardarlas bien porque todos tenían que avanzar mientras el camión esperaba abajo, el camión de la basura.

Nos trajeron a estas casas que eran unas pocilgas, eran unos muros parados, sin baños, sin puertas, ni ventanas, ni artefactos de lavadero, nada, nada. Todos los vecinos tuvimos que hacer una casa nueva, las casas eran del ejército, y yo hasta hace pocos años le pagué al ejército a la casa, hace pocos años.

Después todos los vecinos pudimos arreglar nuestras casas que son las que ven ahora, que son muy lindas, limpias, y unas lindas casas. Yo todo esto es el testimonio que puedo dar y está escrito en un libro que un periodista me hizo, me pidió el testimonio. Después tuve que volver a firmar el testimonio, pero nunca más he sabido de eso. Para mí, todos los testimonios que se han dicho en los libros han sido, y lo digo de lo más profundo, están lucrando con nuestra historia, todos, todos los libros que han aparecido últimamente. Nosotros de aquí, como yo tengo cinco hijos, le tuve que dejar la casa a dos de mis hijas y me fui a vivir a Quintero, en una toma, y allá estamos varias familias, estamos tranquilos esperando nuestro fin. Ese sería mi testimonio, y si alguien dice lo contrario, miente.

CP: Hola, soy Carmen Parada. Mi niñez fue en la población El Ejemplo, en Vitacura, que estaba entre Américo Vespucio y la Costanera. De ahí salimos por, yo era chica, mis papás estaban inscritos en una cooperativa, que bien no lo tengo claro cómo era, porque yo era muy chica, y nos fuimos a la Villa San Luis, en primer piso, estábamos asignados, el 206. Tenía tres dormitorios, un baño, un pasillo, una cocina, living comedor grande, con ventanal, algo que nosotros no teníamos, a pesar de que la casa de la población era bien bonita.

Ahí estuvimos bien hasta el Golpe de Estado. Cuando vino el Golpe hubo mucha confusión, mucha masacre. Estaban los militares apostados con metralletas al frente del departamento; hubo un día en que mi papá con mi mamá decidieron que los chicos, que yo estaba en ese lote, nos teníamos que ir, y ellos iban a afrontar todo porque estaba anunciado que iban a bombardear los departamentos. Entonces mis hermanos, seis de nosotros, más los hijos de mi hermana, nos fuimos a donde una tía a la población El Esfuerzo, que era gente que aún vivía en una población cerca de la población El Ejemplo, que estaba un poco más arriba, también en Vitacura a orillas del río. Ahí pasamos muchos días, mientras mi mamá se quedó con mi papá y mis hermanos mayores a afrontar lo que fuera, lo que se viniera. Con el tiempo pudimos volver y de ahí nos desalojaron, lo cual vinimos a dar acá, en el año 76, vinimos a parar aquí a la población Illanes, que en realidad

no era una población. Pero con el tiempo se fue arreglando y nos tuvimos que adaptar a vivir una vida distinta. Porque nosotros de Vitacura saltamos a Las Condes, y de Las Condes a la periferia, donde no había nada. No teníamos locomoción y las casas eran, bueno, todo el mundo tiene el mismo testimonio, no eran casas. Con el tiempo uno va tirando para arriba, cómo se dice, iba logrando tener algo mejor. Esa es la historia que yo podría contar, gracias.

JE: Hola, mi nombre es Jacqueline Escobar, yo tengo muy pocos recuerdos, pero los recuerdos que hay son frustrantes, todos, no para mí nomás, sino para todo el que vivió allá. A nosotros nos tocó, mi papá tuvo que venirse con mi mamá y mi hermano, eso ya pasó una separación de familia, yo me tuve que quedar por estudios por allá. Pasaron unos años, cuando se vivió allá en los departamentos, muy lindo todo, muy tranquilo, una vida tranquila, decente. Cuando llegaron acá, que yo los acompañé, estas casas estaban en el suelo; unas sin baño, otras no tenían lavamanos, no había cocina, separación de cocina, usted para ir al baño tenía que salir del comedor a la calle a salir al baño, tenía un mínimo techo. Que nosotros vivimos allá tan lindos, llegar a casa, al desastre, ustedes ahora, como dicen todos, ven las casas hermosas, pero costaron años que la gente las tuviera así. Esto fue una burla y una burla muy para todos, y yo creo que para muchos fue muy frustrante, muchos proyectos se fueron abajo, de las familias, yo es poco lo que recuerdo, pero lo más bonito es los recuerdos de la Villa San Luis, gracias.

RZV: Hola, mi nombre es Raquel Zúñiga Vázquez, soy la tía de ella, era la menor de 10 hermanos y me tocó vivir la infancia, bueno el cambio que tuvimos de la población donde vivíamos a la Villa fue hermoso, tengo muy buenos recuerdos de mi infancia. Pero sufrí mucho cuando tuve que cambiarme.

YBV: Me llamo Yáscara Báez Varas, mi madre, éramos tres hermanas, yo la mayor, mi hermana, y otra menor. Llegamos acá, desgraciadamente, al campamento primero y después a la Villa San Luis. Vivíamos en los departamentos blancos, si nos llamaban, eran bonitos, tenían todo, hasta que llegó el día que llegaron a allanarnos, como a todos, nos acaban a nosotros, a mi mamá y a mí, y a las niñas, porque eran niñas.

Después pasó el tiempo, hubo muchas cosas feas, había toque de queda, todas las cosas que se tuvo que pasar, por intermedio que venían a buscar a vecinos, que según ellos habían hecho algo malo, uno no sabía, los conocía como vecinos, nada más, no sabíamos si eran políticos o no políticos, éramos familia, no teníamos un hombre, familia nomás, que vivimos tranquilas.

Después nos dan el aviso, un año o dos años después, no me recuerdo bien, llegué acá con mi mamá y mis hermanas, nuevamente y mi marido, porque yo ya me había casado, y llegué embarazada de dos meses a estas casas, que no eran casas, eran, perdón en la palabra, pero eran pocilgas, porque no tenían baño, no tenían agua, no teníamos nada, se habían robado todos los sanitarios, no había nada de nada, sin vidrios, sin nada. Fue algo así como julio o septiembre, de un año, tuvimos que esperar mucho tiempo para arreglar nuestra casa, primero ponerles plástico o lo que fuera para tapar, limpiar. Yo lloraba porque estaba recién embarazada y llegar a eso era terrible, mi marido nomás trabajaba. Nos costó mucho, fue denigrante, fue feo, pero tenemos que salir adelante, no nos queda de otra, porque nos habían echado de un lugar lindo y llegamos a un lugar feo. Gracias.

MJ: Yo soy Magaly Jara, representando a mi mamá, a mi papá, mis recuerdos que yo tengo de cuando fue el Golpe y todo eso, a mis padres los pusieron en la muralla y después cuando nos desalojaron para acá para Renca nos trajeron en un camión de basura, que incluso nosotros nos tuvimos que venir, mi hermano tenía cinco años, el menor, y nos tuvimos que venir en micro, en ese tiempo. Esos recuerdos a mí nunca se me van a olvidar. Pero allá era hermoso, Vitacura, San

Luis, hermoso, pero aquí, llegamos y no había nada, nada nada, tuvimos como que construir de nuevo en la casa. Así que ese es mi testimonio, pero allá era bonito.

AT: Hola, yo soy América Troncoso, vengo en representación de mis padres, porque ellos ya no están acá y mis hermanos tampoco asistieron hoy acá. Yo no viví allá en la Villa San Luis, pero yo los visitaba a ellos todas las semanas, porque yo me casé muy cabra chica, a los 17 años, y tuve casa con mi marido, me tuvo casa el al tiro, entonces yo los visitaba ellos.

Pero yo los recuerdos que tengo por lo que me contaban, cuando pasó esto del Golpe de Estado, antes fue todo muy lindo, cuando llegaron ellos allá a los departamentos, la vida que tenían ellos fue muy linda, el problema fue después del Golpe de Estado. Cuando pasó todo esto yo tenía un hermano que era inválido, y cuando llegaron los milicos a la casa, a mi hermano, que no se podía levantar, llegaron y lo sacaron con el colchón del dormitorio hacia el comedor, y mi papá les dice que tengan un poco más de respeto porque mi hermano, su hijo, era inválido, no podía moverse, y el milico le dice "usted quédese ahí en la muralla señor, si no, aténganse a las consecuencias".

Entonces mis papás me contaban, porque ellos pasaron momentos muy difíciles ahí en esa Villa, y como cuenta toda, porque yo creo que todos los que estamos acá pasaron por lo mismo, el trato que les dieron a ellos para trasladarlos acá fue de lo peor, porque no respetaban situación de las personas, su estado físico, mental, lo que fuera, ellos llegaban y procedían y los tiraban arriba de los camiones, como todos cuentan de basura, porque eran camiones más frenos, y tiraban sus cosas. Si se caían al suelo se rompían, ahí quedaban tiradas, ellos no se iban a molestar a que la persona recogiera sus cosas con ellos llegaban y las dejaban ahí tiradas. Mucha gente perdió colchones, perdieron cosas, en el viaje para acá, y quedaban tiradas en la calle. Eso puedo contar porque yo no viví ahí porque es que fui antes, pero son los recuerdos de la boca de mi padre, eso es lo que yo les puedo comentar.

SBV: Mi nombre es Silvia Báez Varas, vengo representación de mi madre, estoy acá con mi hermana. Lo que yo recuerdo, porque en ese tiempo yo era chica, me recuerdo que dos o tres veces, vivíamos en el campamento, tener que venir, atravesar, corriendo, porque nos iban a tomar los departamentos. Yo me acuerdo que mi hermana, la más chica tenía un año y yo venía con ella en brazos, y yo tenía como 10 años. Me recuerdo de haber pasado por este proceso como dos o tres veces. Hasta que nos entregaron los departamentos y llegamos a vivir, nos tocó justo en el primer piso como súper lindo y todo. Ahí vivimos bien hasta que llegó el Golpe de Estado, ahí me acuerdo haber visto cosas terribles, sentir lo que es apuntando una metralleta por tu ventana, tener que salir corriendo a las tres de la tarde cuando te levantaba en el toque de queda para ir a poder a comprar pan, amanecerme en las noches con mi hermana y con mi madre para comprar un poco de carne, toda la noche. Entonces, ese es el recuerdo que yo tengo de ahí.

El proceso de traslado después del departamento acá a la Illanes yo no lo viví porque por cosas familiares estaba en el sur, pero mi mamá, mi hermana, me contaban que fue terrible las condiciones cómo las trajeron y adonde llegaron a vivir. Así que eso es lo que puedo contar, porque de eso es de lo que tengo noción. Gracias.

AQ: Yo soy Ana Quiroz, yo tenía nueve años cuando llegamos acá a Renca. Lo que me contaba mi mamá, del tiempo de qué fue esto del 73, dice que ella estaba en cama porque se le habían hecho tira sus várices, y llegaron los militares, pero sin ninguna advertencia la levantaron de la cama para ver si tenía algo abajo de la cama, y después la dejaron y se fueron, nada más.

Pero llegamos acá, gracias a Dios, nuestra casa, lamento lo que vivieron los vecinos, pero mi casa, la que nos tocó lo único malo que tenía era un vidrio, un hoyito chico que los militares abrieron ahí para meterse. Porque mi vecina de al lado, de la población Mackenna ella lo cuidaba, porque la

gente que vivía ahí le dejó la casa encargada a ella, para la gente que viniera. Tenía todo, todo, los artefactos, todas las cosas, pero fue gracias a la vecina de al lado, que no la hacían tira, no estaba quemada, lo único roto era el vidrio que daba para el comedor, que fue lo que hicieron tira los militares para dormir allí adentro, pero fue gracias a los vecinos que la cuidaron, o si no también hubiera estado como las casas de los vecinos acá.

Y el traslado, lamentablemente ellos sufrieron más que uno, porque mi mamá dice que nos trajo mi tío que tenía camión, no sufrimos tanto como ellos, nos trajeron las cosas. El cambio fue de colegio, que llegamos a mitad de año, y teníamos que trasladar todos los días una silla, porque como estaban llenas las salas, teníamos que andar con el piso para allá y para acá, para podernos sentar. Y llegamos a prepararnos para la primera comunión y nos recibieron en la Tránsito San José y ahí hicimos nuestra primera comunión.

Pero, gracias a Dios no pasamos tanto como los otros vecinos, que han pasado. Fue lo que nos contaba mi mamá, y lo que después vivimos, lo único malo fue que mi mamá se tuvo que ir a trabajar después y nos tenía que dejar solas, porque tenía todo su trabajo allá, yo tenía nueve y mi hermano doce. Así que después de como un año ella tuvo que empezar a ir a trabajar todos los días, así que nos dejaba listo el almuerzo, todo, y nosotros al colegio, y ella al trabajo. Y después llegaba a hacer sus cosas para dejarnos todo listo. Fue eso lo más pesado y ella que no se acostumbraba acá, tenía todas sus cosas allá con su trabajo, le costó mucho acostumbrarse acá, ella lo único que quería era irse para allá. Pero ya después se tuvo que acostumbrar porque sí o sí. Pero fue eso, no fue tan traumático como para los otros vecinos, pero gracias a la vecina de al lado nuestra casa estaba buena, buena, buena, buena, si no le faltaba nada, ese piquete del vidrio y nada más. Pero gracias a Dios estamos aquí, y bueno ahora mi mamá no está tampoco, hace tres años que se fue, y nos dejó esa casa, así que gracias a ella tenemos esa casa. Eso sería.

ALC: Yo soy Alejandro Lira Córdoba. Yo vengo de bien lejos, para el año que salió el presidente Allende hicimos la primera toma que fue en la central nuclear La Reina, Vital Apoquindo se llama eso, y de ahí estuvimos unos ocho meses, y teníamos nuestras casitas, y nos trajo la municipalidad, la calle de donde salían las liebres, Vitacura, al lado, arriba, de San Luis. De ahí nos dieron terrenos bien ubicaditos, con baño, bien bonitos, pero nosotros poníamos la casa. Estuvimos un año hagamos cuenta, hasta el año, cuando salió el finado Allende, nos asignó los departamentos, cada uno con su nombre. Nosotros teníamos que estar haciendo guardia, yo trabajaba en un negocio, teníamos que hacer guardia toda la noche porque la gente se quería tomar los departamentos. Sufrimos harto hasta que nos entregaron los departamentos con llave en mano, yo estuve en la calle Urano 640, departamento 42, al ladito de donde van a hacer ahora el... estamos cerquita de ahí.

De ahí, estuvimos, cuanto, siete años, antes del 73 nos entregan los departamentos y estuvimos hasta el 80 ahí. Pero el año del Golpe, que fue el 73, sufrimos mucho porque ella estaba esperando a mi segunda hija, la llevamos al hospital el día 11 justo, al hospital Salvador, y de ahí me dijeron que se tenía que quedar, no quiso, y tuvimos que, de ahí caminar hasta la Escuela Militar, arriba, donde estaban los departamentos, y llegamos a pie. Y al otro día nació la guagua, pero tuvimos que viajar, buscar alguien que nos trajera y nadie nos quería traer, y ahí un compañero nos trajo en un cacharrito, le pusimos un pañal blanco, para trasladarla al hospital Salvador. En los militares a cada cuadra nos atajaban, nos revisaban en la camioneta todo, y ellos no nos quisieron traer tampoco, los militares, tuvimos que conseguirmos un cacharrito, hasta que llegamos al hospital, y de ahí se mejoró como al cuarto de hora que llegué al hospital, se mejoró al tiro.

Ahí volvimos, yo tenía una hija más grandecita, de cuatro años, volví con ella, y ya ahí empezaron a allanarnos cada dos días, nos allanaban todas las cosas los milicos, a mí me robaron una

cortapluma bien bonita que teníamos. Hasta que llegó el 30 de mayo de 1980, cinco de la mañana llegaron los camiones municipales a buscarnos, yo dije que como vivo en el cuarto iba a ser el último, y fui el primero, bajando las cosas por las escalas, algunas se caían, se quebraban, en ese viaje a mí me quebraron tres sillas del comedor, como las tiraban nomás...sálvese quien pueda y ya.

Y nos cambiamos nosotros a la Juan Antonio Ríos, ya, y me tocó un departamento que salían los guarenes por el baño, salían los guarenes, uno entraba al baño y tenía que tener un cuidado único. Así que ahí estuvimos, y después cumplí como 20 años ahí en el departamento y lo vendí, y compré una casita en Quilicura yo y ahí estoy viviendo. Llegaron los milicos con metralleta en mano, sálvese quien pueda. Así que esa fue mi vida hasta el momento.

RR: Mi nombre es Rosa Romero, yo vivía en los Arquín, en el block 2, primero vivimos en el campamento El Esfuerzo y de ahí nos fuimos allá. Sufrimos harto porque estaban los milicos en la puerta, además que nosotros fuimos los primeros que salimos de ahí, el uno y el dos fuimos los primeros, así que no nos dieron muchas facilidades, nada, de un día para otro, listo. Y nos trajeron acá a estas casas, bueno todas las casas eran del ejército, incluso yo pagué agua y pagué contribuciones a nombre del ejército, y tengo los papeles, tengo todo eso. Entonces nos fue muy agradable porque sufrimos mucho, mucho. Lo otro es que el camión llegaba y dejaba las cosas en la calle, no nos ayudaban a entrar las cosas para adentro, no les importaba, dejaban las cosas ahí y se iban. Y esas casas todas sin puertas, sin ventanas, no tenían nada, nada, nada. Todos sufrimos lo mismo, muy malos recuerdos. Por último, de la población pensábamos que tuvimos un buen recuerdo para arriba en Las Condes, pero después ya no. Yo incluso trabajaba en Alonso de Córdova, y ya después de acá nunca más pude trabajar para allá, porque ya no era lo mismo, porque aquí ya no había micros, por ejemplo no sabíamos qué micro tomar, porque no teníamos idea. Nos tiraron no más aquí, entonces malos recuerdos. Gracias.

E: ¿Usted dónde vivió antes de llegar a la Villa San Luis?

RR: En la población El Esfuerzo vivíamos nosotros.

E: ¿Con quiénes vivía en la población?

RR: Con mis papás.

E: ¿Ellos habían venido del campo a la ciudad o siempre fueron de acá de Santiago?

RR: Parece que sí, pero ellos también vivían en los departamentos en la Pedro Aguirre Cerda. Pero ya no existen ellos, pero ellos tenían su departamento y yo tenía mi departamento. Y papá vivía en los Desco y yo vivía en los Arquín. Nosotros fuimos los primeros que salimos de ahí. Pero yo tengo el papel de asignación, los dividendos que pagué, tengo una carpeta bien informada.

E: ¿Después usted se vino acá, tuvo hijos, familia?

RR: Dos hijos, una estaba chica, llego allá de unos cuatro o cinco años.

E: O sea tiene algunos recuerdos de haber estado allá su hija.

RR: Sí, y mis hermanos también, todos estaban chicos allá. La diferencia es que ellos vivían en un departamento y yo vivía en otro departamento, porque yo me inscribí en un comité y mi papá se inscribió en una cooperativa.

E: Y acostumbrarse acá a vivir en Renca...

RR: Ahora por lo menos estoy más acostumbrada, pero antes no, era malo porque ni siquiera estaban las calles, pura tierra y nos costó hartito para arreglar la casa. Yo por ejemplo no la he arreglado mucho, los pisos eran de pura baldosa y yo todavía tengo baldosa en una parte, tengo de recuerdo, entonces no fue muy agradable. Gracias.

BS: Mi nombre es Bernardita Sepúlveda y lo que puedo contar es que ahora me puedo como desahogar, porque es traumante lo que nos pasó. Yo viví en Vitacura, en la población El Ejemplo y después nos fuimos a un bello departamento, con alrededores fantásticos, extraordinario, lo pasamos súper bien, y todo lindo

Y después un cambio abrupto, llegar a Renca, y en las condiciones de todo lo que nos pasó, más traumante porque me acuerdo que nos mandaron a mí y a mi mamita a estar en la población El Esfuerzo porque mi papá tenía que cuidar el departamento. Allí había balazos a cada rato, no podíamos salir, no podíamos comer, nada, entonces se me quedó todo grabado, fue un trauma. Después, cuando regresamos me sentí muy mal porque tenía que separarme de la familia, de mis primos, de mis familiares, y a mi papá le iba a quedar lejos el trabajo porque teníamos que elegir cualquier población. Y después peor fue cuando llegué acá a Renca y llegué a estudiar, más encima nos separaron de mi hermano, mi mamá no pudo encontrar colegio para todos, y estábamos en distintos colegios. Cuando yo iba al colegio que yo estaba estudiando, me discriminaban, las profesoras obviamente estaban empezando su materia y nosotros nulas, porque no fui yo solamente, fueron otras compañeras más, y nulas porque no sabíamos nada, y más encima nos decían "claro, si vienen de Las Condes, ¿cómo no van a saber esta materia?". Entonces nos sentíamos súper mal, una discriminación total.

Más encima acá las cosas horribles, feas, el ambiente, no conocíamos a nadie, y como dijo un vecino también que hay que tener cuidado que aquí asaltan, que disparan, que nos van a quitar esto, etc. Y acá más encima los vecinos de alrededor, de aquí, de Renca, nos trataron súper mal, que nosotros éramos ladrones, que éramos gente mala. Entonces cómo nos sentíamos nosotros, si éramos personas respetables, dignas, de trabajo, de mis padres. Y yo estudiando, entonces nos sentíamos súper mal y eso me quedó grabado, eso es un trauma para mí todavía, recordar que de Las Condes llegar acá, tan lindo allá, todo bello y después llegar acá, es súper nefasto. Y todavía lo tengo grabado, muy nefasto lo que hicieron. Y discriminaron a todos los que vivíamos allá, totalmente, eso todavía no lo puedo...

¿Por qué él no tuvo piedad de nosotros?, y creo que la gente de aquí fue hablar con él, y él nada, y para que decir más, si él ha negado todo, debe estar en el infierno, que Dios me perdone, pero él negó todo. Porque lo que nos hizo fue un daño muy grande para nosotros, yo todavía sigo con eso de que por qué mis primos quedaron por allá, el colegio, mi mamá llorando. Se me olvidó contar otra cosa, mi mamá estaba en los departamentos y llegaron los milicos, y mi mamá tenía a mi hermanita chicas en los brazos, y la apuntaron y le dijeron que soltara a la guagua y que pasara las armas, ¿qué armas? Mi mamá nunca, no sabe manejar nada de esas cosas. Y otra cosa, a mi papá casi se lo llevan, mi papá se salvó por un milagro, porque a mi papá lo sacaron para atrás del departamento, que abriera un kiosco que era del vecino, y mi papá decía la verdad, que no tenía las llaves porque no era de él, y lo obligaban, incluso le iban a pegar, y justo apareció el vecino a decir que era de él. Pero el vecino estaba muy traumatado, el pobre se desmayó del trato que le tenían a mi papá. Así que vuelvo a repetir, todo es nefasto malo, malo, malo, porque quedamos todos traumatados. Así que eso, gracias por escucharme.

MP: Me olvidé de decir que las casas de acá las empezamos a pagar como recién entregadas nuevas, al ejército, todo era del ejército acá. Y las casas no pasaron a ser nuestras hasta que no

hicimos el último pago y el último trámite recién dice que pasa a nuestro nombre, y yo creo que a todos les pasó lo mismo porque yo sin saber, no sabía que yo tenía que hacer el último trámite, después de haber pasado 10, 20 años más o menos, mi casa no era mía, después de haberla pagado completo, hasta que tuve que hacer ese trámite que recién fue hace dos años, mi casa fue mía. Y pagamos luz, agua, con todas las cuentas que había adentro de cada casa, toda la gente eso lo sabe, a todos nos tocó lo mismo. Eso puedo decir, lo último, muchas gracias.

AH: Yo me llamo Alberto Herrera, pero soy medio ordinario para hablar, así que les digo la pulenta, porque todos me conocen. Yo cuando llegué aquí a Renca, no voy a citar el nombre, me tocaba en Eduardo Barrios mi casa, y cuando mi mamá, mi hermano mayor, que tiene ocho años más que yo, llegó a ver la casa estaba toda caída, los vidrios quebrados, no teníamos nada, no teníamos ni donde sentarnos, todo sucio. Y yo vivo en [Olga Donoso 13627] porque era la casa más limpia, pero estaba negra, porque hacían fuego los milicos, así en la caída que querían, inmundo, y nosotros la limpiamos, nos sacamos la cresta con mi mamá. Aparte que en ese tiempo ya se había separado de mi papá, así que más problemas traíamos. Pienso que hartos nos maltratan, no a nosotros, a los viejos, nosotros somos una carne más dura, un poco. Pero yo digo con los viejitos, mi mamá se fue sin... Llegamos a la mierda.

Aquí cuando llegamos, nadie lo ha dicho, esta huevada era llena de botillerías, lleno de clandestinos, discoteques, nosotros no conocíamos esa vida. Aquí no conocían ni la marraqueta, no conocían ni la hallulla, vendían el pan cuadrado. De Renca aquí de la plaza abajo, era un potrero, nosotros llegamos como a colonizar esta cuestión porque éramos de Las Condes, y nos miraban en menos. Yo estudié allá en Los Leones, después en Providencia, en el 7, después estudié en Lo Arcaya y llegué a estudiar aquí, era un gallinero, me dio vergüenza y me salí, tengo hasta séptimo año, porque no estaba acostumbrado a ese sistema, que nos humillaron. El cabro que no quería estudiar se iba del colegio, se arrancaba, pero allá no, allá era orden, mucho orden, mucha disciplina. Entonces aquí llegar a este sistema...

Yo antes les dije qué es lo que hicimos nosotros, yo, varios, todos tuvimos que ponerla, la señora Mirna vio, respetar la población, hicimos clubes, éramos deportivos, jugamos a la pelota, peleamos, nos sacamos la cresta con distintos equipos, porque nosotros veníamos de otro sistema de vida, y lamentablemente aquí... yo ahora tengo 44 años viviendo en Renca, no cambiaría Renca por Las Condes ahora. Entonces yo digo que la gente, por ejemplo, mi mamá debió de morir en Las Condes, pero no vivió, no vivió, murió en Renca. Y mucha gente como ellos, viejitos, vivimos a la orilla de un río, yo me saco la cresta por el río porque éramos todos honrados, nadie se robaba, usted dejaba todo afuera, una bicicleta, lo que fuera y nadie se lo robaba. Ahora usted deja una bicicleta o cualquier cosa y lo cagan, se la roban, porque hay mucha delincuencia.

BTS: Mi niñez, como estaba diciendo anteriormente, quedó marcada, porque jamás pensé que me iba a pasar una cosa tan abrupta de llegar a una parte muy diferente, entonces sufrí mucho. Mucha la diferencia, muchas cosas, materiales, emocionalmente, mal, psicológicamente mal, y esto es como un trauma que todavía uno queda pensando en eso, que por qué sucedió eso a todos nosotros, entonces eso queda como marcado, ya quedé, que estoy viejita, ya quedé con ese trauma, que quién me lo va a borrar, nadie. Así que ese es el recuerdo, pero yo viví, los años que viví en la Villa San Luis, feliz, con mis vecinos, mis compañeros de curso, formábamos grupos, hacíamos competencias de bicicleta, lo pasaba divino. Y después llegar a casa y todo distinto, todo diferente, todo abrupto, lo pasé súper mal, y como les vuelvo a repetir, nos jodieron la vida, como se puede decir, nos jodieron la vida porque a nuestros vecinos les pasaron cosas peores, que los maltrataron, se los llevaron, los maltrataron, un vecino casi no vuelve, gracias a Dios que

volvió con vida. Pero muy traumático, muy traumático todo lo que nos pasó, y como vuelvo a repetir, nefasto, nefasto esto.

Agradezco lo que están haciendo porque todo el mundo debe saber, sé también que se supo en el extranjero, pero que se sepa más, yo quiero que se sepa todo esto, para que quede verídico, para los que están de parte de la otra persona, que esto fue realidad. No como se decía que nosotros estamos inventando, que así las cosas no fueron, no, esto quiero que sea mundial, para que sepan todos que esto es un hecho real, no es ficticio. Eso, gracias.

Transcripción. Mesa de diálogo 2. Comuna de Renca /

E: Entrevistador/a facilitador/a: Matilde Elton Medina (socióloga)
HPV: Hugo Vallejos Pozo
MV: Marion Vázquez
MEAO: María Elena Aguilar Olivares
EG: Elsa Galaz
M1: Mujer. No se identifica
MB: Marisol Bueno
ML: Manuel Lillo
MT: Marcos Tapia
EMF: Erika Molina Ferreira
H1: Hombre. No se identifica
GCM: Gabriela Collado Martínez
AV: Ángela Vallejo

E: Su nombre y apellido por favor.

HVP: Me llamo Hugo Vallejos Pozo, tengo actualmente 86 años y en ese tiempo me recuerdo que yo tenía 40 años, seis hijos y estaban todos pequeños. Ella, la mayor de mis hijos tenía 16 años y los demás venían todos para abajo. Nosotros vivíamos en los márgenes del río Mapocho, en Andes, y resulta que ahí cada cierto tiempo el río arrasaba con todo, con casas, con todo, las mediaguas que teníamos en ese tiempo. Después que salió Salvador Allende, llegó el ministro Carlos Cortés, que era el ministro de Vivienda de esos años, y él nos dijo que nos iba a trasladar a los departamentos. Pero todo se hizo legal, todo lo que hicimos nosotros y no fue una toma, fuimos totalmente legales, cuando nos designaron los departamentos. Incluso la empresa empezó a atrasar la... porque el negocio se le iba, entonces empezaron a atrasar. Los departamentos estaban casi listos y ellos rompían murallas, echaban sacos de cemento en los departamentos para que nosotros no lográramos llegar allá.

Después ya se decidió por el presidente de la junta de vecinos que teníamos en esos años, irnos para allá. Nos pusimos en los galpones donde trabajaban los maestros y de ahí empezamos a presionar para que nos entregaran los departamentos. Y fue cambiar del cielo a la tierra, de donde vivíamos adonde fuimos era totalmente distinto; tenían tina de baño, que los chiquillos nunca se bañaban en tina, cosas que uno se recuerda en estos momentos y se emociona porque fue un cambio del cielo a la tierra.

Pero en eso estuvimos del año 70 al 73, el 73 vino el Golpe y nos sacaron de ahí porque dijeron que era recinto militar. Nos sacaron, y nos sacaron no de buena forma, porque nos sacaron en camiones de la basura; aquí llegaban dos y tres familias juntas, y nos tiraban las cosas los militares a la calle. Estas casas estaban hechas un asco, eran basurales, había papeles, habían roto cañerías, se habían robado todas las cosas.

Y poco a poco hemos logrado... ahora nosotros podemos estar tranquilos se puede decir, porque las casas de nosotros ahora son habitables y ya podemos estar tranquilos en la comuna. Eso sería.

MV: Yo me llamo Marion Vázquez, yo voy a contar mi vivencia como niña porque en ese tiempo yo iba en la básica, tenía nueve años, antes de llegar a la Villa cuando vivíamos a la orilla del río Mapocho.

E: ¿Ustedes se conocían o no?

MV: Mis papás, ellos se conocen con mis papás, mi mamá ya es viejita y mi papá ya falleció. Yo recuerdo que en ese tiempo muchos de nosotros estábamos estudiando en el Saint George, esa es la vivencia que nosotros tenemos como niños, en el año... no recuerdo, estuve hasta como tercero básico creo. Para el Golpe, bueno, cambiaron todo, cambiaron curas que estaban en el Saint George, cambiaron profesores, llegó un general, nos cambió la vida. Yo en el Saint George creo que estuve hasta el 73, mediados del 74.

E: ¿Los lazos de amistad que tuvo ahí, qué pasó con eso?

MV: Se perdieron, se perdieron, no sé, no recuerdo haber tenido más lazos con gente de ahí porque estábamos todos repartidos en distintos colegios. Bueno, en el 73 vino el Golpe, nos sacaron del colegio, prácticamente nos echaron de ese colegio. Llegamos a un colegio que estaba pasado de Manquehue, creo que era Ho Chi Minh. Ahí estuvimos hasta mediados del 76, que yo recuerdo bien que llegamos aquí para las vacaciones de invierno.

E: ¿El 76 usted estuvo en la Villa San Luis?

MV: En la Villa San Luis, y nos trasladaron para acá para Renca cómo en el verano, no me acuerdo, pero recuerdo que había mucha gente, era invierno. Bueno, a los que vivían al frente del departamento de nosotros, los militares echaron abajo la puerta, les sacaron todo porque no había nadie ahí de la Villa. Y después los focos de los militares, que tú no podías salir, te disparaban, si tú te asomabas al balcón... porque ellos te decían un horario para salir a comprar el pan, para volver, el horario de la noche, yo creo que para las personas que trabajaban en esos años.

Y después llegar acá con los papás, acá a Renca, sin colegio. Yo recuerdo que llegué al colegio que estaba aquí al costado, que era el Duoc, no había mesas, no había sillas para nosotros, teníamos que improvisar, llevar mesas no sé de donde para poder estudiar, yo ya estaba en cuarto básico. Llegar aquí es como decía el caballero, o sea venir de allá, es que todos se conocían, se conocían de allá arriba de Las Condes cuando estaban en la población a la orilla del río Mapocho, y llegar acá era algo nuevo. Nosotros igual éramos niños y no teníamos idea adonde íbamos a llegar, esa era la pregunta que nosotros con mi hermano nos hacíamos.

Recuerdo que llegó un papel a la casa diciendo qué tal día se iban a desalojar, tú tenías que irte sí o sí, allá de la Villa San Luis. Y de ahí sacarnos en camiones de basura, así llegamos acá, en camiones de basura. Las casas aquí estaban feas, o sea no se podían habitar, no había estanque, habían robado los estanques del baño, cañerías, las casas feas, yo no sé cómo podían vivir aquí los militares, porque por lo menos la casa donde yo estaba como que habían hecho fuego, tenían la cocina adentro, era inhabitable. Era lo que nos tocó, o sea nos sacaron de allá de donde nosotros estábamos y llegamos acá y ahí quedamos, era si o si quedarse acá, era la única opción.

E: ¿Y el colegio en la época en que vivía en la Villa San Luis, la vida comunitaria, siendo niña como percibía que era la vida en la Villa?

MV: Distinto a como nosotros vivíamos a la orilla del río, no estoy diciendo que vivíamos mal porque la gente toda se conocía, había dos poblaciones, El Ejemplo y El Esfuerzo. Bueno, allá yo estaba bien porque yo iba en el jardín, recuerdo toda esa época en que estaba en el pre kinder, a mí me gustó vivir esa época antes de la llegada a la Villa San Luis, a pesar que era chica, cuatro o cinco años tengo que haber tenido.

E: ¿Por qué?

MV: Porque era otra vida, era inocente, la gente era como... a ver, hacían actos los jóvenes, teatro también hacían, para la Pascua también, era una comunidad muy unida. Yo de eso tengo muy bonitos recuerdos, de ese año, cuando vivimos en la orilla del río Mapocho.

E: ¿Y la misma unión siguió después?

MV: Sí, si yo cuando nos fuimos a la Villa San Luis, ahí si yo lo mismo porque hacían actos, fueron las épocas más bonitas que yo viví siendo niña chica, y después llegando a la Villa San Luis. Y acá llegamos como a la deriva, a lo que fuera, a lo que fuera en todo ámbito, el trabajo, en estudio, todo. Volver a empezar.

MEAO: María Elena Aguilar Olivares. Yo llegué no me acuerdo de qué edad, pero creo que fue a tercero o cuarto básico a la Villa San Luis, porque yo nunca viví en El Ejemplo o en El Esfuerzo. Nosotros vivíamos en Narciso Goycolea, mi papá cuidaba un sitio, en Vitacura, él cuidaba un sitio y nosotros vivíamos ahí, pero parece que quedaba cerca de los campamentos. Yo no me acuerdo cómo llegamos a la Villa San Luis, pero sí que yo estudiaba en la Inmaculada Concepción de Vitacura, hasta no me acuerdo si tercero o cuarto, no tengo muy claro.

Cuándo a nosotros nos trasladaron acá llegamos a la mitad de las vacaciones de invierno, y estudiábamos en un colegio que le decían el gallinero, que ahora es el actual Duoc que está en la esquina, en el mismo colegio a nosotros nos hicieron *bullying*, porque decían que veníamos de La Pincoya, que éramos ladrones, sufrimos mucho.

E: ¿Y de los años en la Villa, si nos quieres contar un poquito más?

MEAO: Me acuerdo que los vecinos se juntaban a limpiar los patios comunes, era un patio común, vivíamos en un block largo.

E: ¿Alguien más?

EG: Mi nombre es Elsa Galaz. Yo vengo de un campamento sin casa que organizó la municipalidad de Las Condes en esos años, a todos los vecinos que vivían de allegados. Se formó ese comité sin casa y nos habilitaron un campamento en Tabancura me parece, al llegar a la avenida Las Condes, y ahí vivimos dos años, que lo pasamos muy bien, fue muy bueno.

E: ¿La vida en el campamento la recuerda, así como una etapa de...?

EG: de tránsito, de no haber tenido nada, llegar al campamento a una...

E: ¿Cuántos años tenía usted cuando llego al campamento?

EG: A ver, yo soy vieja ya, tengo que haber tenido como 38 años, 40 años en ese tiempo. Estaba casada, con tres hijos; tenía una hija que llegó aproximadamente hasta octavo cuando estábamos en el campamento, que tuvo que ir al colegio arriba, al San Enrique de Las Condes, y de ahí después dos chiquititos que se matricularon en la Escuela Municipal de Las Condes.

E: ¿La llegada a la Villa cómo fue, llegaron por el mismo comité de la vivienda?

EG: Por el mismo comité de la vivienda, estuvimos dos años en el campamento que se llamaba Ñancagua Sur, y de ahí nos trasladaron a la Villa San Luis. A mí me tocó en toda la esquina de Alonso de Córdova con La Capitanía parece que estaba cerca, o Badajoz, y ahí me tocó en el cuarto piso, en el departamento 41, el block no me acuerdo, que tengo en la plaquita creo todavía, me parece que la tengo en la casa, lo que estaba en la puerta cuando llegamos.

E: ¿Cómo mamá en la Villa, criando niños, nos puede contar un poco su experiencia?

EG: En la Villa estuvimos muy bien, mi marido trabajaba en la empresa de transportes colectivos del Estado en ese tiempo, en los buses. Los niños estuvieron bien, el cambio fue bueno porque llegar del campamento a los departamentos era bueno, bonito, eso es lo que esperábamos. Tuvimos también que cuidar los departamentos antes de llegar porque había gente que se los quería tomar, entonces los maridos tenían que hacer en las noches para ir a cuidar, cuando se estaban construyendo. Y aquí llegamos el 76 en pleno invierno, con cambio de colegio, llenos de barro, el cambio fue súper brusco porque estábamos acostumbrados a otro nivel de vida, y llegar acá después fue difícil.

E: ¿Y los tres años entre el Golpe y el desalojo cómo los vivió?

EG: Bien, nosotros vivimos bien.

E: Todavía no les llegaba el aviso del desalojo.

EG: No nos llegaba el aviso de desalojo, había ciertos comentarios, que el que tenía tantas cuotas se quedaba, había una pila de comentarios que realmente no eran ciertos porque después empezaron a construir unos edificios militares y ahí empezaron los rumores que se venían los militares, que nos iban a sacar, hasta que se llegó la idea. Cuando fue el Golpe militar a nosotros nos tenían, de la Escuela Militar y todo alrededor, nos tenían enfocados los departamentos, llenos de luces, los cuidaban, entre paréntesis.

E: ¿Cómo vivió eso? ¿con mucha incertidumbre?

EG: Con mucho susto, con mucha incertidumbre, porque después en el mismo gobierno militar, los militares andaban por arriba de los techos, yo vivía en un cuarto piso así que tenía que escucharlos. Fue muy brusco, nos allanaban, nos vigilaban día y noche. La primera vez que nos allanaron, nos allanaron con harta parafernalia, llegaron unos buses, tenían unos morteros apuntando a los departamentos, y cualquier cosa que hiciéramos nos disparaban por cielo, por aire y tierra. Así que todos estábamos así escondidos en los departamentos, no podíamos salir, teníamos horario para ir a comprar el pan y horario para entrarnos después, había un horario, después de las seis de la tarde, que no podíamos salir ni a las ventanas, porque si mirábamos por las ventanas nos echaban para adentro, nos gritaban.

E: ¿Y la vida en esta nueva comunidad acá en Renca?

EG: Aquí en Renca tuvimos que adaptarnos, no quedaba otro camino porque no nos avisaron. Mi marido siguió trabajando como de costumbre hasta que se terminó la empresa, porque se terminó en esos mismos años la empresa.

E: ¿El trabajo de su marido quedaba en Las Condes?

EG: No, trabajaba en la empresa, pero tenían un depósito de buses cerca de Mapocho, entonces por lo menos cuando llegamos aquí le quedaba más cerca para ir a trabajar. No sé qué más contarle... en el colegio, la hija mayor mía estuvo hasta primero o segundo medio en el Liceo 14 de Las Condes, hasta que nos vinimos y aquí ella tuvo que retomar en el Liceo de aquí, porque imagínese, para ir allá tenía que levantarse a las seis de la mañana y era complicado. Y los demás niños siguieron estudiando aquí, mi hija menor en el Liceo 80 de aquí de Independencia, y mi hijo también.

E: ¿Y sus amigas o sus amigos de la Villa, siguieron viviendo acá?

EG: Algunos vecinos, hay poquitos de los que vivían en mi... la señora Ana Henríquez vivía en la misma torre que yo vivía, no sé quién más vivía ahí, vivía ella también al frente mío. En los Desco vivíamos nosotros, en la primera torre atravesada. Y nada más, hasta aquí quedamos no más.

E: ¿Y ahora cómo cree que le ha afectado la vida toda la historia?

EG: Bueno, nos recordamos nomás que estuvimos allá, que estuvimos bien y que nos sacaron de una manera tan drástica, tan brusca, de un día para otro a ti te llegaba un volante donde te decían qué tal día te desalojaban sí o sí, sin poner resistencia, porque si no salías te iban a sacar igual.

M1: Siempre dijeron que la Villa San Luis era una toma de nosotros, cuando yo tengo dividendos, se pagaban dividendos y tuvieron que todas las personas tener cierta cantidad de dividendos para que nos entregaran estas casas, estas casas no fueron regaladas, todos los vecinos pagamos estas casas, o sea mis papás. Mi papá pagó esta casa completa, mi mamá, todas, todos los vecinos, y ahora es nuestra. En el fondo tendríamos, con el valor de los departamentos, al valor que los vendieron, mucha plata, lo que no vale esta casa, debió haber estado pagada con lo que pagamos en los departamentos, no tengo idea. Es que estas eran de militares, ni siquiera eran casas particulares.

E: Eso igual influye en el presente también...

M1: Pero por supuesto, en la parte económica.

EG: Teníamos las puertas CORVI, CORMU, no sé cuánto era, y le descontaban a Manolo por planilla, todos los dividendos todos los meses.

MB: Yo voy a hablar algo de lo que me acuerdo. Hola, mi nombre es Marisol Bueno, yo todavía tengo la memoria que a uno le queda grabado. Yo tenía como seis años cuando nosotros llegamos a la Villa San Luis, éramos unas niñas felices porque nosotros también vivimos en el campamento donde vivía la tía y ahí yo tenía cuatro o cinco años, y tengo una memoria que yo la he tenido siempre, y un trauma con todo eso. En el campamento nosotros nos incendiábamos, y yo tenía cuatro o cinco años y nos acordamos que a nosotros se nos quemó toda esa casa, y fuimos

creo uno de los primeros que fuimos trasladados a la Villa San Luis porque quedamos sin casa. Llegamos a la Villa San Luis y para nosotros era todo nuevo, todo maravilloso, para un niño chico y tener un departamento. Yo lo que recuerdo de la llegada es todo hermoso, que nos tocó a nosotros... nosotros lloramos porque nos peleábamos la pieza, porque eran como dos dormitorios por departamento, pero eran más grande a lo que vivimos nosotros, era más cómodos. Tenían una terraza, eran maravillosos, podíamos mirar, teníamos al frente la escuela de milicos, que nosotros pasábamos mirando al frente para los militares. Estuvimos hartos de tiempo, bueno, jugábamos con los chicos, nos hicimos nuestras amistades, para nosotros fue todo nuevo. El colegio, como dicen todos también recuerdo que tuvimos problemas para entrar al colegio, no mucho me acuerdo, como éramos niños, usted sabe que como niños estamos contentos con todo, todo una maravilla.

Mis papás trabajaron en el Alero "de los Ramones", ahí en Vitacura, era un restaurant, mi papá era Fernando Bueno y él se encargaba del Alero "Los Ramones", y trabajaron mucho tiempo entonces igual tuvimos facilidad para llegar a la Villa San Luis. Y de ahí él siguió trabajando en eso, y como ya estaban separados con mi mamá, nosotros llegamos solos con mi mamá, mi papá llegaba de repente a los departamentos a vernos. Mi mamá con el tiempo empezó a trabajarle a los militares, empezó a trabajar en la Escuela, nosotros estábamos chicos nos cuidaba la misma tía, nosotros le decimos tía desde chicos, con respeto. Ahí yo tenía dos hermanos más, éramos tres, y mi mamá empezó a trabajar ahí, pero fuimos afectados igual porque cuando llegó este asunto del Golpe, usted sabe que como niños nos metíamos debajo de las camas, no sabíamos qué pasaba, sentíamos los gritos, los llantos, que golpeaban las puertas, o sea no las golpearon, las pateaban. Se sentían disparos, gritábamos con mi mamá también nerviosa, histéricas, gritaba ella y gritábamos nosotros.

Y cuando nos tocó el momento de qué abrieron la puerta, nosotros lo único que vimos, puros milicos que entraron con las metralletas, que no lloráramos, que no nos asustáramos, que nos sentáramos. Me da pena porque yo tengo todos esos recuerdos aquí, de la edad que yo tenía, como cinco o seis años.

El desalojo fue... Llegué como a los ocho años aquí. Y también nos hicieron tira todo, porque en ese tiempo también buscabas y la gente tenía fotos, algo de Allende, si tenía cosas, si no buscas las fotos, le decía a mi mamá "te vamos a matar, tal por cual", y nosotros como niños gritábamos, no hallábamos que hacer, nos tirábamos a los pies de mi mamá. Nos tiraban, nos agarraban y nos tiraban el sillón ellos, y nos dieron vuelta todo, las camas que teníamos, todo lindo, todo eso se fue al suelo, la mercadería, habíamos gente que teníamos sacos de harina, de azúcar, y ellos las votaban porque creían que tenían armas o cosas guardadas.

Y se quedaban en el departamento y en eso justo llegó mi papá, no sé cómo, no sé si lo fueron a buscar, recuerdo que llegó y en la casa del vecino de al lado, como ellos no estaban, hicieron que mi papá le hiciera tira la puerta, como no podían entrar, arrastraron a mi papá y lo llevaron por el otro lado de los departamentos y lo hicieron meterse por el balcón, y lo hicieron hacer tira todo, para que él pudiera salvarse como... y lo escuchamos, si nosotros estábamos al lado, escuchábamos como gritaba mi papá, como lo tiraban al suelo.

Después mi papá se fue, no supimos nosotros y se lo llevaron o se fue en ese momento. Y eso, no podíamos salir, no podíamos juntarnos con nuestros amigos, teníamos que esperar que alguien nos diera algo para comer porque las mamás no podían salir a comprar, hasta que llegó un momento en que uno de la familia podía ir a hacer una tremenda fila para poder traer un kilo de azúcar o unos panes, o algo para que los hijos pudiéramos comer.

Fue muy traumante porque nosotros ni siquiera podíamos mirar por las ventanas, nosotros vivíamos en el cuarto piso, porque ellos apuntaban. Yo me acuerdo que con mi hermano miramos y subieron enojados y le dijeron a mi mamá que para la próxima que miráramos nos iban a matar.

Así estábamos, todos esos años lo pasamos súper mal, yo no sé si fuimos los únicos de toda la población Villa San Luis o si fue en otras comunas, no tengo idea qué pasó ahí, por qué nosotros, por qué nos tocó, y de la noche a la mañana golpearon la puerta y ya saquen todas sus cosas tal por cuales, porque se van de aquí y no pueden seguir aquí. Yo me acuerdo que ellos mismos sacaban las cosas y las tiraban, porque no es como ahora que uno se cambia de casa y uno va a dejando sus cosas, ellos no, se perdieron muchas cosas. Nos metieron a camiones de basura, nosotros igual íbamos atrás en los camiones, afirmándonos entre nosotros, las cosas caían por el camino. A ellos no les importó todo el sacrificio que los papás tuvieron para poder tener todo lo que se perdió.

Cuando llegamos a las casas de aquí de Renca, no teníamos ventanas, no había puertas, y mi mamá estaba sola con nosotros, éramos los tres, estábamos chicos. Teníamos que poner frazadas y cosas en las ventanas, todos acostados en la pura pieza, el agua corría por todos lados, no teníamos baños, no había nada. Entonces para nosotros todo eso es trauma. Nosotros, en nuestra familia, estuvimos muchos años así, ahí sí que se nos vino la pobreza, cómo se dice firme, estábamos solos, no teníamos nada, no teníamos apoyo, no sabíamos qué hacer, todavía no había vecinos, mi mamá perdió el trabajo. Quedamos solos, no había ni vecinos cuando nosotros llegamos, nada todo abierto como un peladero para atrás, nosotros llegamos antes que nuestros vecinos.

E: Y los amigos, ¿qué pasó con eso?

MB: Los perdimos a todos porque a toda la gente la tiraron, a una para Colón, para Santa Rosa, para La Granja, para diferentes partes, entonces nosotros nos perdimos de todos. La tía que vivía cerca de nosotros a ella la tiraron para acá, la Anita, la señora Ana que está ahí, ella vivió con nosotros en el segundo piso, que siempre lo recordé, ella estaba cerca de nosotros, parece que ella llegó primero que nosotros.

Nosotros para salir adelante aquí con todo lo que recibimos, puertas, porque no teníamos nada, con cartones teníamos que cubrir nuestra casa, porque aparte de eso cuando llegamos aquí nos robaban, se metían a las casas, si la gente ponía vidrios o puertas, se las sacaban. Fue una cosa muy loca.

Y el colegio lo perdimos, nosotros llegamos en pleno invierno aquí y no hicimos el año, y después para el próximo año nos costó mucho entrar a un colegio, porque como ella dice, nos trataban mal, que nosotros éramos malos. Ahora recién como que la gente está respetándonos, vienen de Las Condes, de la San Luis, como han escuchado la historia. Pero yo como tenía esa edad, para mí fue muy traumante, y cada vez que se cumplen años de eso, a nosotros nos da pena. Porque yo veo el sufrimiento de cada caballero aquí, de cada mamá que vivió eso, que tuvo a sus hijos de la edad que yo tuve, que yo me recuerdo todo y me da pena.

Entonces siempre se ha tratado de pelear por eso, de tener algo a cambio, porque gente se está muriendo sin haber tenido una recompensa o un perdón, o algo digno, nada. Entonces yo ahora ya tengo 54 años y estoy tratando también de apoyar a mis vecinos, de hacer algo, de luchar, y de seguir en esto porque nosotros lo pasamos súper mal.

Para nosotros el museo es lindo, nos habían dicho que iban a tratar, bueno si nosotros queríamos, que hubiera una placa de todas las personas que vivieron ahí, porque yo creo que sería como importante tener un recuerdo de toda la gente que vivió aquí en esa Villa, porque fue algo muy bonito.

E: Que también se les reconozca a ustedes

MB: Exactamente, que se nos reconozca, porque nosotros hemos tratado aquí en Renca igual, con el municipio, que también se forme una placa porque el alcalde de aquí también está enterado de todo lo que nosotros pasamos, entonces estaban viendo si podíamos tener una placa y adonde la podríamos tener. Entonces sería bueno, con ustedes que vienen a hacernos esto, que se hiciera algo, algo digno. Algo, ahora se puede decir que la gente, el mismo caballero, ella, se sientan ya no con ese dolor que tuvieron en esos años, y nosotros que éramos chicos y nos acordamos de todo eso. Porque el recuerdo lo vamos a llevar siempre. Así que eso, ojalá que les haya servido.

E: Muchas gracias por compartir, sí, sirve todo.

ML: Yo soy Manuel Lillo, soy el mayor de una familia compuesta de mis dos viejos que ya están fallecidos, soy el mayor de los cuatro hermanos, donde por ser el mayor obviamente tengo más vivencias y conozco mejor las cosas que sucedieron en el entorno desde que salimos de la población El Ejemplo. Ahí, como niño, fue una población para mí, buena, porque la gente era buena, el entorno, el entorno familiar, había hartas familias, hartos amigos, la pasábamos bien. Hasta que sucedió que mis viejos postularon por intermedio de un grupo de personas a la Villa San Luis, en la cual estaba metido un tío que era como dirigente, yo tenía ocho o nueve años más o menos, lo que recuerdo.

E: ¿Recuerdas que la vida era buena?

ML: Sí, o sea, había pobreza, éramos todos pobres, pero era una vida, digamos de adolescente, buena. Recuerdo que, en la casa de mi tío, que es el que está acá enfrente, a veces se hacían unas fiestas inolvidables, de familia, eran buenas, como niño recuerdo, buenas.

Además, cosas malas también, que yo creo que todas las familias pasaron a lo mejor en algún momento hambre, que no tenían para parar la olla, yo creo que todos pasamos esa etapa, yo por lo menos me recuerdo como el mayor de la familia de los cuatro hijos, pasamos también penurias, que nos faltaba. Bueno, después salieron los departamentos, y también los departamentos fue algo así como algunos que dijeron aquí, que fue algo muy bueno porque cambia, cambió todo. Cambia de tener una casa prefabricada a un departamento, donde mi pieza es más grande, porque había dos piezas grandes. Eran dos piezas más la de mis viejos, y las tres piezas eran grandes. Vivíamos en los Arquin, en el block uno, en el departamento 108, y la verdad es que eran buenos, yo recuerdo que eran lo mejor.

El entorno también, de cómo era en Las Condes, era otra cosa, era diferente a como estamos en este minuto acá, no digo tampoco que esto sea malo, porque en su tiempo, cuando nosotros llegamos acá cuando yo tenía como 14 años, llegamos a esta población y como cuentan los vecinos, las casas estaban totalmente destrozadas. No había vidrios, los ventanales estaban todos quebrados, los baños no tenían nada, no tenían la taza, no tenían absolutamente nada. Mis viejos, y obviamente con la ayuda de mi persona, fuimos comprando cosas, yo llegué hasta octavo básico, donde me tuve que dedicar a ayudar a mis viejos a trabajar y salí a trabajar tempranamente, y salimos adelante, tenemos un buen pasar, por lo menos yo tengo un buen pasar hoy en día.

Trabajé en una empresa, trabajé como 15 años y me dio un buen pasar, a pesar de que yo a esa empresa le di todo mi tiempo, desde chico, mucho tiempo para la empresa y poco para la familia, pero eso daba también los frutos de que los que estaban detrás de uno, que eran mis hermanos, mi mamá, que la sufrió mucho. Empecé a trabajar en esa empresa como a los 30 años y ahí tuve

un buen pasar, de ahí para atrás, antes, más o menos. Luché, siempre trabajando y ganándome la plata honradamente para poder ayudar a mi familia, yo nunca salí de la casa de mis viejos, hasta el día de hoy, sigo en la casa de mis viejos.

Mis hermanos, los tres hermanos están vivos y están en diferentes partes, desde que falleció mi viejo, hace tres años que yo no hablo con ellos, como estamos enojados por el tema de la casa porque hay una herencia, y ellos llegaron, una vez que falleció mi papá, para ver qué íbamos a hacer con la casa porque ellos lo único que quieren es venderla. Entonces yo les dije que no, ellos me piden cierta cantidad de dinero la cual en este minuto no tengo, pero espero que en el corto plazo la pueda tener. Pero eso dio a que mis hermanos, o sea uno dice como hermano, yo como el mayor, hubiese preferido que ellos reaccionaran de otra manera, porque yo les di todo lo que más pude en mi juventud.

E: Como niño y adolescente, si nos pudieras contar de las relaciones significativas que tuviste en la Villa.

ML: En la Villa fue un cambio totalmente rotundo, donde para mí fue bueno, porque también había hartas familias en los blocks, incluso estaba mi tío, cuatro departamentos más allá, y la gente empezó a conocerse, llegó gente de otros lados, empezamos a conocernos, y creo que fue bueno, hasta el minuto en que fue el Golpe de Estado donde todos la pasamos mal, todos. Yo creo que no hay nadie, ninguna persona de la que vivió en los Arquín o en los demás bloques, que no la pasó mal.

Porque tener milicos al frente de los departamentos, apostados con ametralladoras, con tanquetas, con todas esas cosas, eso para nosotros fue feo, malo como niño, porque yo tenía creo que tenía 10 años, a los 14 años nos desalojaron de los departamentos, y como todos dicen acá, nos sacaron en camiones de basura. Llegamos acá a las casas donde todos tuvimos que reparar las casas, todos, como pudimos, tratar de poder estar mejor, porque llegamos a un lugar donde las casas estuvieron muchos años deshabitadas, y la gente yo creo que es de los alrededores, le sacaron todas las cosas, y a lo mejor gente que se metió a las casas y eran a lo mejor demasiado pobres y hacían fuego adentro de las casas. Muchos acá tuvieron que pintarlas, tuvieron que hacerle muchas cosas.

Hoy en día creo que la gran mayoría de la gente arregló sus casas. Y tantos años que han pasado con tanto sacrificio, con mucho sacrificio, de todos, hemos podido salir adelante. Aquí hubo años muy buenos, como niño, a los 14 años llegué, había un grupo de acuerdo, de jóvenes, que nos juntamos. Obviamente tuvimos muchas peleas con los alrededores, porque la gente, desde un principio, pensaron que nosotros veníamos de La Pincoya, entonces había una rivalidad. Lo bueno de nosotros es que aquí nos reunimos, los de esa edad, me acuerdo que éramos como 15 más o menos de la edad, joven, y teníamos que de repente defendernos, le pegaban a uno del grupo de nosotros y nosotros, los 15 salíamos... y así nos dimos a conocer aquí en Renca, luchar contra eso, luchar contra la gente que pensaba que nosotros veníamos de otro lado, y que éramos ladrones y que veníamos a puro robar a este lado. Y no, aquí mucha gente es de trabajo, mucha gente.

Lo otro que me recuerdo, se me vino a la memoria, es lo que le pasó a mi viejo. Mi viejo un día domingo, en pleno Golpe de Estado fue a ver a mi abuelita que vivía en la población El Ejemplo, y cuando él venía de vuelta, venía subiendo por Los Militares y venía subiendo un grupo de personas. Hubo un milico en el polígono, porque había un cerro ahí, le gritó, porque mi papá cuando pasó levantó la mano hacia arriba, pasó por Los Militares hacia arriba para llegar al departamento, lo detuvieron y se lo llevaron. A culatazos lo devolvieron hacia la Escuela Militar y estuvo perdido como 20 días o un mes más o menos, como una cosa así, y nosotros llegamos a

pensar que estaba muerto. Después de pasado el tiempo mi viejo apareció muy mal trecho, le colocaron sacos papeiros y los mojaban, le pegaron culatazos.

Me acuerdo que lo vino a ver un doctor a la casa, que supo el caso de mi viejo, fue atendido por él y luego pasó el tiempo y se mejoró. Obviamente yo creo que todos esos golpes que recibió repercutieron ahora cuando viejo, porque también la pasó mal. Así que tuvo ahí muchos golpes y recibió muchos de los militares. Y eso, con todas las cosas que han conversado acá uno recuerda muchas cosas. La verdad es que a mí se me habían olvidado muchas cosas, yo miro para adelante, no miro para atrás, miro hacia adelante. Soy casado, tengo dos hijos, tengo dos nietos y me desvelo por ellos, sigo trabajando, y con mi vieja ahí estamos los dos, par a par, trabajando, y quedamos los dos ahí en esta casa. Bueno yo el único problema que tengo es ese, el problema de que mis hermanos quieren su parte de la herencia que les corresponde, yo no se la niego, pero ojalá que se pongan la mano en el corazón ellos y sean un poco más conscientes, y no haya como una presión de que la cosa tiene que ser como ellos dicen. Eso es lo que les podría contar, yo el día a día siempre estoy pensando en que en algún minuto van a llegar mis hermanos a solicitar lo que les corresponde, espero tenerlo, espero tenerlo.

MT: Marcos Tapia. Como niño uno igual recuerda cosas porque nosotros tenemos que decir que los que vivimos en El Ejemplo, era como un paraíso para nosotros, aunque vivíamos con piso de tierra. En el momento del Golpe nosotros estábamos en el colegio, en el Saint George, nos dijeron que nos teníamos que ir, caminamos todo lo que era Américo Vespucio para llegar a la Villa San Luis, porque mis papás ya habían postulado para estos departamentos, y cuando íbamos en el camino de lo que es Alonso de Córdova parece con los militares, nosotros éramos niños, íbamos unos seis o siete niños caminando con sus bolsos, y los milicos nos dieron vuelta todo, que si llevábamos algo. Los sándwiches que nos habían dado, nos vaciaron las bolsas, y éramos niños de unos diez u ocho años.

Después llegamos a la casa y nos enteramos de lo que pasaba, pero nosotros como niños yo creo que no nos dábamos cuenta bien de lo que estaba pasando el 11 de septiembre. Nosotros estábamos en clases en el Saint George, nos dijeron que nos teníamos que ir y después ocurrió todo lo que ocurrió, que sacaron a las monjas y llegaron los milicos y a nosotros nos cambiaron al colegio Inmaculada Concepción que queda ahí en Lo Castillo. Después con los papás nos enteramos de lo que estaba pasando, pero nosotros no le tomamos el peso de lo que pasaba, los papás sí, ellos eran los que sufrían. Y lo otro es que llegaron de la noche a la mañana, "ustedes tienen que irse de acá", y no había nada más que irse, no había un porqué, nada.

E: ¿Cómo fue su vida en el colegio?

MT: Fue buena, fue buena, se compartía, nosotros que éramos pobres, nunca hubo una discriminación, nada, por lo menos que nunca lo sentí.

E: ¿Considerabas que tenías amigos en ese colegio?

MT: Sí, nosotros íbamos a la casa de los ricachones, hablemos de eso, nosotros éramos pobres, pero nunca hubo nada, siempre fue igual. Después cuando vino el asunto del Golpe, me acuerdo que les dijeron a mis papás se cambian tal día y se cambien tal día, no les dieron ni un porque ni nada.

Después nos trajeron acá donde las casas no tenían vidrios, no tenían los baños, no tenían portón, a nosotros llegando nos robaron unas bicicletas, los papás se tuvieron que hacer cargo, pero uno como niño vivía otra vida, no vivía como realmente el peso de lo que estaban viviendo los papás.

Con el tiempo, las familias se fueron formando y al final aceptamos vivir acá, yo creo que también fue bueno. Varios tratamos de surgir porque veníamos de una población donde vivíamos con piso de tierra, para nosotros como niños era un paraíso, había árboles, tenía sombrita, tenía cancha, teníamos baño de pozo, pero nos bañaban en unas bateas recuerdo, y nosotros todos felices.

E: Era una vida más comunitaria.

MT: Siempre... en el Ejemplo tanto como en la Villa San Luis, hasta cuando fue el Golpe, y aquí mismo, la gente siempre ha sido unida. Siempre se ha sacado algo y si hay que ayudar, se ayuda. Cuando llegamos aquí a Lo Illanes, yo creo que cada familia trató de hacer algo por su casa porque aquí llegamos, pelado esta cuestión, estaba pelado. Y cuando estábamos en la Villa San Luis la gente también era bien unida, se hacían muchas cosas con los niños, me acuerdo, había mucha amistad.

Después se separaron, unos para allá, otros para acá, pero con el tiempo yo creo que todo lo que pasó, no hablamos del valor, porque el valor de las casas allá era distinto a las de acá, pero aquí la gente igual se formó y al final igual terminamos queriendo las casas de nosotros, aunque muchos de nosotros ya no tenemos a los papás y a las mamás vivos, pero yo creo que igual somos felices. Pero que costó, sí, yo creo que los que más sufrieron fueron los padres y la gente mayor, ellos son los que más vivieron eso.

Ahora, en todo caso, yo sé que ustedes pertenecen a los derechos humanos cierto, todas estas cosas tendrían que haberse hecho mucho antes, porque faltan los testimonios de los papás, porque ellos fueron los que más sufrieron todo eso, los que más pasaron todo eso. Pero lo bueno es que todos hemos sido alguien un poquito más de lo que éramos, siempre los papás quisieron que nosotros fuéramos un poco más que ellos, y al final fuimos felices igual, somos felices.

EMF: Hola, buenas tardes, yo soy Erika Molina Ferreira, mi mamá ya fallecida, Ana Ferreira Pacheco, somos dos hermanos. Lo que yo me recuerdo cuando salimos de allá es que yo era chica, me recuerdo y me da mucha pena igual, cuando llegaron todos los militares a sacarnos de los departamentos, los papás en el suelo, nos revolvieron todas las cosas, todo botado, y después empezaron todas las mamás preocupadas, desesperadas, sin saber dónde nos íbamos a ir. Entonces todas anotándose para Santa Rosa, para San Joaquín, para diferentes comunas, y nosotros para Renca.

Lo que yo me recuerdo es que nos trajeron en camiones de basura, en eso nos trasladaron, por lo menos yo y como tres familias más en un camión de basura. Y llegamos a Lo Illanes, las casas todas desmanteladas, porque esas casas estaban abandonadas parece, faltaban vidrios, faltaba la taza del baño, así llegamos a esas casas, no tenían cierres, nada, no había pandereta, estaba todo abierto, todas destruidas esas casas. De a poco los papás fueron comprando lo que faltaba y acomodando las casas, pero eso es lo que yo me acuerdo de chica, que así vimos la situación del traslado. De a poco nos fuimos ambientando acá a Renca y al final igual fuimos felices, como dice el caballero, uno se acostumbró, porque al final igual habíamos varios de allá arriba de Las Condes, entonces igual nos conocíamos y pudimos soportar todo eso.

E: Y también acompañándose unos con otros

EMF: Sí, como vecinos, claro, porque ya nos conocíamos, y llegamos chicos también, entonces no fue fácil adaptarnos, pero para los papás yo creo que fue peor. Faltaban puertas, a otros le faltaba el baño, faltaban ventanas, así fue acá en lo Illanes, y bueno así llegamos y así estamos. Esa es mi experiencia y recordarlo me da pena, y yo creo que es peor para las señoras que están todavía acá.

H1: Tener el poder de hacer lo que quisieran hacer, y se aprovecharon. Aparte los papás, yo me acuerdo que a todos los papás les quedaban los trabajos lejos, porque en estas poblaciones, hablemos de la gente rica, tenían zapatero, lavandera, empleada, pero todos tenían que ir a trabajar para arriba. Tenían que levantarse temprano los papás, salir cinco o seis de la mañana para llegar en la tarde, pasaban todo el día fuera.

Pero, dentro del sufrimiento, el poder que hubo en ese tiempo de los militares contra la gente, se pasó mal, sufrieron mucho los papás, con el tiempo yo creo que nos acostumbramos y aceptamos, los papás aceptaron lo que estaba pasando, e iniciaron una vida nueva no más y volver a pagar las casas acá, de cero. Porque en el momento tuvieron que empezar a pagar como que recién estuvieran pagando dividendo, y yo sé que hubo muchas familias que les costó y sufrieron por eso, por tener la plata para pagar los dividendos.

Y muchos pasamos penurias, hambre, y teníamos que comer lo que había nomás, pero con el tiempo ya por lo menos, salimos adelante, cada uno con su trabajo, los hijos tratamos de ser un poquito algo más, pero todos luchando. Entonces al final yo creo que dentro de todo hay como una cierta aceptación y felicidad.

GCM: Gabriela Collado Martínez. Yo llegué a la Villa cuando tenía como siete hijos, ahora tengo 73 años. Venía de Vitacura, del Club de Polo, de allá nos trasladaron a Villa San Luis. Para mí fue la felicidad más grande llegar ahí a los departamentos por mis hijos, porque llegué con tres hijos ahí yo, tuve 11, fui mamá muy niñita, niñita, a los 12 años. Para mí fue sufrimiento sí, mucho sufrimiento cuando llegué allá porque los maridos de uno eran los borrachos más grandes, malos de todo, entonces yo viví una vida muy amarga, de todo, y después cuando empezaron los militares a sacarnos, porque yo estaba gordita, estaba por mejorarme, el militar fue y me dio un golpe para allá, para la puerta poniéndome las manos arriba y todo. Me empezó a sacar todas las cosas, a botarlas, yo estaba esperando mi última guagüita y esa guagüita los mismos militares me llevaron porque yo iba solita para abajo, para ver cómo lo podía hacer para mejorarme. Yo llegué a la puerta adonde los militares y me agarra y me tira para dentro, tenía una olla con agua hirviendo y me dijo bueno aquí vamos a tener que mejorarte nomás, me dijo así. Y llamaron a una ambulancia y me llevaron para allá, al Hospital Salvador, el mismo día 11 de septiembre, me mejore y mi guagüita no duró nada, falleció mi guagua. Y después, lo que hicieron ellos ese día, cuando llegaron allá los militares, me hicieron tira la puerta, me botaron las cosas y venía llegando mi marido, curado, y lo tiraron a la escalera para abajo, lo patearon, de todo.

E: ¿Y su hijo mayor cuántos años tenía?

GCM: Mi hijo mayor tenía como unos ocho o siete años, por ahí. De ahí yo sufrí mucho, después me sacaron en los camiones de basura, esos redondos, y me acuerdo siempre que me vine con la mamá de ella, con tu mamá en el camión, y yo perdí todo, se me cayó la maleta, toda la ropa se me cayó a la bajada de aquí en el pasaje para arriba, se me cayeron todas las cosas y el camión se devolvió a buscarlas y ya no estaban. Porque antes no vivía mucha gente para arriba, para la línea del tren, y ahí yo perdí todito y estuve meses con la misma ropa, lo mismo que yo llegué con mis hijos. Nadie a mí me ayudó, ni mi vecino ni nadie, nadie, nadie, nadie. Yo solita me las arreglé y empecé, casa por casa fui, porque había militares ahí, a donde nosotros vivíamos, afuera, en segundo piso, y ellos me daban trabajo, de lavado, hacer aseo, y yo empecé a comprar cositas. En Renca, aquí, y ahí empecé a comprarle cositas a mis hijos. Mi marido no estaba ni ahí, era un alcohólico, vivía tomando, hacían lo que querían con uno. Entonces para mí fue sufrimiento para llegar acá también. Pero yo le doy gracias a mi Dios que estoy viva todavía.

E: ¿Usted sigue viviendo acá?

GCM: Sí, con mis hijas. Yo crié a mis hijas sola y él se fue de la casa, si yo no vivo con él, ya van a ser 28 años.

E: Hay gente que le marcó viviendo en la Villa San Luis o cuando llegó a la Villa San Luis.

GCM: No, cuando llegué a la Villa San Luis yo era feliz porque ya tenía mi casita, porque estaba de allegada.

E: Con las vecinas y los vecinos, cómo se llevaba con ellos.

GCM: Él no me dejaba tener vecinas, a nadie, a mí me veía con alguien y me golpeaba, entonces yo no podía tener a nadie. La única vecina que tuve... fueron los papás de ella, ellos me apoyaban mucho, eran matrimonio y me apoyaron mucho, mucho.

E: ¿Y con los vecinos acá en Renca?

GCM: Acá en Renca no, porque no me dejaba juntarme con nadie él, era muy demonio como le decía yo. Gracias a Dios no tuve apoyo de nadie, de ninguna de mis vecinas, yo solita me las arreglé con mis hijos, gracias a Dios. Tenía que trabajar para poder pagar los dividendos, porque había que pagarlos. Nosotros llegamos sin nada acá, entonces yo tenía que trabajar para mantener a mis hijos. Aquí mismo me daban trabajo y después ya me empecé a ir a Las Condes a trabajar.

E: Se pegaba el pique desde Renca hasta allá.

GCM: Sí, sí. A veces me perdía porque iba a dar para allá abajo, porque eran las micros para allá, me perdía en la tarde, porque salíamos tarde del trabajo. Y gracias a Dios tiré para arriba con mis hijos, hasta el día de hoy, tengo mi casita propia, la pague solita, no me la pagó nadie, así que eso puedo decir. Pero soy feliz acá porque ya tuve mi casita.

AV: Ángela Vallejo. Lo que le voy a contar es que aquí también se hizo el club deportivo cuando llegaron los muchachos acá, no los muchachos, fueron mis tíos, mi suegro que por ahí está. Hicieron el club deportivo que es el Defensor Illanes, porque de El Ejemplo traían el club Independiente en la sangre. Lo formaron los pocos y nada que llegaron acá.

E: ¿El club deportivo era el mismo de allá?

AV: Era parte, parte de los viejos que estaban allá, algunos llegaron acá y lo hicieron. El de El Ejemplo era el Independiente de Las Condes, y allá se hacían unas fiestas... se hacían muchas fiestas, mis tías hacían disfraces, yo tengo una tía que ahora está en Temuco, ella se disfrazaba de hombre, era un hombre. Lo otro que recuerdo es que mis hermanos, tengo seis hermanos, es que ellos pertenecieron al colegio Saint George, estudiaron ahí. A mí me mandaron al San Francisco de Asís de Las Condes.

Cuando llegué acá estaba embarazada de mi hijo que ahora tiene 45 años. Yo tenía 15 años. El papá de la guagua era de allá también, de la misma Villa San Luis, y ahora está en Pucón, él tiene otra vida, y yo igual, yo igual me hice otra vida. Bueno, tuve tres hijos con él. Él se vino a Renca, llegamos acá juntos, pero no duró porque era muy cabra chica, ojalá esta experiencia que tengo

ahora la tuviera hace 15 años, pero no fue, pero no me arrepiento, tengo unos hijos excelentes y los adoro, así que yo creo que eso fue la recompensa a mi falta de madurez con mis hijos, porque ahora son mi felicidad.

E: O sea igual recuerda buenos momentos en el campamento, población.

AV: Bueno, no me recuerdo mucho, recuerdo que mis papás hacían fiestas familiares, jugaban dominó, brisca, mis tíos, los fines de semana, viernes, sábado y domingo jugaban. Eso me recuerdo de la población. Y de la San Luis me recuerdo que yo participaba en un grupo de iglesia, que hice la primera comunión, hice la confirmación, hacíamos fogatas.

En la Villa hicimos un grupo de amigos muy buenos, pero después todo se desarmó porque después fue todo malo. Fue todo malo, tanto para los papás porque no había para comer, no había trabajo, empezaron los que limpiaban las plazas, cómo se llamaban, el POJH, el PEM, entonces era una mugre de plata que le pagaron a la gente, 5 mil pesos mensuales. Entonces había mucha pobreza, mucha pobreza.

E: No había tiempo para hacer vida social y siquiera.

AV: No, no había porque cada uno... faltaban las lucas y el tiempo, porque imagínese llegar acá a la casa a hacerla de nuevo. Porque la casa que nosotros llegamos... no había agua, todo roto, como dijeron todos. Entonces eso fueron cosas bien feas para todas las familias, nosotros éramos seis hermanos, mi mamá y mi papá siempre trabajaron, pero no alcanzaba. Así que eso puedo decir.

Transcripción. Mesa de diálogo 1. Comuna de Lo Espejo /

Fecha: martes 22 de noviembre de 2022

E: Entrevistadoras facilitadoras: Emilia Gallo (trabajadora social) y Catalina Herrera (trabajadora social)

MA: Mariana Arancibia

AMEM: Ana María Epuñan

M1: Mujer. No se identifica

EH: Elizabeth Hernández

JF: Juana Farías

M2: Mujer. No se identifica

GA: Gladys Arriagada

BB: Beatriz Bustos

MA: Yo soy Mariana Arancibia, mi esposo Gabriel Gutiérrez, que en este momento está enfermo. Nosotros venimos de un campamento, Riñihue, que estaba ubicado en Cuarto Centenario con Colón. Así que nos hicieron esos departamentos, a mí me tocó el departamento 208, del block 18. Ahí teníamos a las niñas en el colegio, yo trabajaba por ahí mismo arriba, porque tenía a mis niñas chicas. Llegó un momento, un día viernes a las 8 de la noche, llegaron con un papel, era una asistente social que nos dijo que teníamos que ir a buscar unas llaves al Serviu que estaba en Alameda, teníamos que estar el día lunes a las 9 de la mañana. Y cuando tocó mi turno le dije, "¿pero no hay manera de irnos a otro lado?", "no", me dijo "ustedes se van a ir para distintos barrios". Le dije que cuántos dormitorios tiene mi departamento, y me dijo "tiene dos dormitorios", le dije "tengo cuatro niñas", "bueno", me dijo, "ligerito se van a casar y van a quedar solas".

El departamento estaba a nombre mío, pero como somos casados, daba lo mismo a nombre de quién estuviera. Y me lo cambió a nombre de mi marido porque en cualquier momento podía morir; "bah", le dije, "me casa a mis hijas y me mata a mi marido". Le dije "yo no voy a firmar", total que me iban a llevar detenida, porque la señorita era bien prepotente, y le dije "ojalá que se dé vuelta la tortilla alguna vez y nos encontremos", y tuve que recibir el papel no más. Al día siguiente me iban a sacar en un camión de basura, y yo le dije que tenía poquitos piojos, pero que los tenía limpiécitos, y que, si no me ponen un camión, yo no me iba. Al final no sé de dónde sacaron un camión, pero me iban a poner con otra persona, "no, no quiero", le dije, "quiero sola", o sea fui la más alegadora en todo caso, ya me tenían entre ojos los milicos.

Me pusieron en el camión y me vine sola con mis cosas y llegamos acá. Quedé sin trabajo yo, mi marido. Yo no sabía irme para mi trabajo, no sabía qué micro tomar, no sabía nada. A mis niñas tuve que cambiarlas de colegio, y después tuve que volver con ellas al colegio allá en Apoquindo, donde las tenía. Pero fue muy duro, porque al menos por mi lado, a veces no tenía ni qué echar a la olla, los dos sin trabajo, las niñas, la más chica, tenía ocho años, y me decía "mamá, que te pusiste floja, ahora no compras ni fruta", si no tenía ni para pan. Entonces esas cosas duelen, duelen mucho, porque lo que más duele es que los niños pasan por todo ese tipo de cosas, que no debiera ser. Porque yo tenía mis cuotas, tenía todo lo normal para que me lo entregaran, y me lo entregaron y, ¿cuánto tiempo estuve ahí? Así que esa es mi historia... y todavía no me hallo acá yo, pero bueno, qué le voy a hacer, ya no hay remedio. Si estuviera joven lo habría vendido y

habría trabajado para irme para otro lado. O sea, los departamentos son buenos, no hay nada que decir de eso, pero revolviéron a toda la gente entonces usted limpia por un lado y ensucian por el otro.

No hay unión, no hay nada, si usted quiere hacer algo, todos quieren hacerlo, y llega el momento de los quibos y nadie hace nada, entonces eso es lo que molesta mucho acá. Y los niños que estaban chicos, acá crecieron, se volvieron marihuaneros, un poquito pato malo, entonces todo ese tipo de cosas molestan. Gracias a Dios las mías no, salieron todas, se educaron, se casaron.

E: Dijiste que habían vuelto al colegio allá, estuvieron acá un tiempo y después volvieron.

MA: Sí, las puse en un colegio que estaba de la copa para abajo, y alcanzaron a estar 15 días porque no les gustaba la profesora. Es que arriba estaban en Don Bosco, en las monjas, en el María Auxiliadora, entonces el cambio era fuerte, dramático., Acá si querías ir con jumper o no, como pudiera ir, que fuera al colegio no más. Así que hablé con las monjas y me las recibieron de nuevo.

E: ¿Cómo viajaban?

MA: Teníamos que cruzar la panamericana corriendo, porque no había pasarela. Yo me levantaba a las cinco de la mañana para poder alistarlas a ellas y ahí empezábamos con el show, mirar que no vinieran autos para cruzar, tomar la 117 en ese tiempo, bajarnos en Alameda y de ahí tomar otra para arriba. Pero fue muy pesado, con lluvia, a veces con calor, fue terrible. Pero gracias a Dios ya están todas grandes. Tengo mucha rabia, mucha rabia acumulada; yo no quería ir a ver el museo allá porque me da mucha pena, incluso yo hablé con la Mary, que fueron el otro día, pero no, yo sé que me iba a poner a llorar, entonces no quiero hacer esos dramas. Al menos esa es mi historia, no sé la de los demás.

E: Nos contó que se quedó sin trabajo, ¿en qué trabajaba antes?

MA: Primero trabajaba, por las niñas, de nana, entonces las personas me querían por ejemplo a las 8 de la mañana en el trabajo, y ¡cuándo iba a llegar a las 8 de la mañana!, si apenas llegaba a las 8 al colegio, casi todos los días llegaba atrasada. Después empecé a trabajar de vendedora, me consiguió una amiga, y ahí tenía más espacio para ellas, pero igual... no, fue muy dramático, para mí al menos, no sé para los demás. Como le digo, había días en que no tenía qué echar a la olla y eso es bien triste, o sea uno puede pasar hambre, pero los hijos no. Así que gracias a Dios todo se arregló y pude salir adelante, con harto esfuerzo, pero salí adelante. Así que esa es mi historia.

AMEM: Mi nombre es Ana María Epuñan Melillán. Antes de la Villa San Luis yo vivía en casa particular porque mi mamá era cocinera, mi papá era mayordomo, y vivimos muy bien, nos criamos muy bien, nunca nos faltó nada. Luego, a mi mamá le ofrecieron postular a una vivienda en Las Condes, ahí mismo donde trabajaba, para estar todo más cerca, y cuando se inscribieron, le exigieron estar un tiempo, vivir en el campamento, y vivimos en el campamento Patria Nueva que quedaba cruzando Manquehue hacia la cordillera. Vivíamos en la manzana tres, en la casa 20, y hubo un tiempo cuando los departamentos se empezaron ya a terminar, ya estaban listos casi para la entrega, los papás tenían que ir a cuidarlos, por las tomas, porque era el tiempo de las tomas. Venían de Puente Nuevo, de La Granja, nos avisaban "viene gente de fuera a tomarse los departamentos", y los papás tenían que ir. En esa época yo tendría como 12 años y me dejaban a cargo de los niños más chicos, y me alojaba sola en la casa, yo dormía a la par con ellos, y si escuchaba algo tenía que salir a verlos no más, qué más iba a hacer.

Bueno, la vida en el campamento fue muy linda para mí, porque yo nunca había vivido en una casa de madera, que las calles eran de tierra, porque yo viví en casa de los ricos, entonces yo compartía con ellos y no llegaba a ese punto de vivir en un campamento. Para mí fue hermoso porque era mi casa, era lo mío. Después nos llevaron a los departamentos, mis papás estaban felices, todos felices, porque era nuestra casa, y con el niño que yo me crie, le decía que yo tenía tres casas y que él tenía dos, porque la casa de él yo también la consideraba mía, entonces después le sacaba pica. También estudié en el Don Bosco, con las monjitas, hasta octavo básico, lo pasé muy bien en ese colegio, gratos recuerdos tengo de mis compañeras, todas éramos iguales ahí; había niñas de buen estatus económico y los otros más pobres, pero nunca nos hicieron diferencia.

Después... a mí me llegó el papel... yo tenía 18 años cuando nos llegó la notificación de que nos teníamos que trasladar y ese mismo fin de semana nos cambiaron. Nos cambiaron en un camión, nos tiraron todas las cosas arriba, a mi mamá y a mi papá se les quedaron muchas cosas en la logia, se nos quedó el ropero que teníamos, hartas cosas que quedaron botadas porque no alcanzamos a sacarlas, sencillamente. Y nos dimos cuenta cuando llegamos acá, y no conocíamos el barrio donde nos traían tampoco, no tuvimos la suerte que tuvieron otras comunas, parece que esta fue los últimos que sacaron, ahí se quedaron. Entonces acá nos vinieron a tirar.

Yo me vine en el camión que era con barandas, me vine con mi papá atrás, con mi gato, mi mamá venía con mi hermano chico en la cabina, y me vine todo el camino llorando. Acá me tocó ver a las vecinas cuando llegaban en camiones de basura, y yo me sentía privilegiada de que a mí no me cambiaron en camión de basura. Que sí fui trasladada a la fuerza por los militares, porque estaban abajo los militares esperando, y llegar acá y ver a mis vecinos que los bajaban en camiones de basura, a veces tres familias en un camión de basura, fue súper denigrante. A mis vecinos no los conocía a todos porque venían de diferentes blocks, incluso la vecina Margarita que venía del block 14, le tocó en el 32 y a mí me tiraron para allá, en el 38. Somos como siete familias que veníamos del block 14 y ya teníamos alguien con quien conversar.

Acá nos tocó el ruido de la panamericana, que ustedes lo sienten aquí, allá en el tercer piso se siente más, es día y noche. Cruzaban mis papás... mi mamá siguió trabajando, ella trabajaba en Providencia, mi papá quedó cesante, trabajo en el PEM, en el POJH acá, colocando piedras en la panamericana. Yo llevaba a mi hermano al colegio al frente y cruzaba la panamericana en la mañana con neblina, con lluvia, con lo que fuera, y que no nos fueran a atropellar, ida y vuelta. Hicimos lo de la pasarela, porque nosotros, los vecinos de acá fuimos los que pedimos la pasarela, con protestas, parábamos los autos en la panamericana, los guanacos llegaban, nosotros apedreando, eso nos tocó vivir acá. Nosotros nunca pensamos que íbamos a llegar acá a hacer una cosa así; caímos como en un hoyo. Mi papá duró dos años, no duró más porque acá se enfermó, yo creo que entró en depresión, y mi mamá quedó viuda.

En Las Condes yo trabajaba, trabajaba desde los 14 años con autorización de mis papás, porque en la casa donde yo me crie, estaban los primos, los tíos, y todos ellos me decían "Nenita, cuídame a los niños" y trabajé de nana también en mis tiempos libres, y sábado y domingo trabajaba en el Faro de Apoquindo, después ya perdí eso. Después de trabajar en el Faro de Apoquindo no tenía empleo, y yo siempre digo, vendí zapatos en Franklin, en el matadero, al frente, y yo decía pucha, hartó nos cambió la vida. Pero yo tenía que ayudar a mi mamá porque ella era viuda y porque éramos dos. Además, acá llegamos pagando dividendos, porque mi mamá era signataria cumplió con las cuotas de ahorro, pagaba dividendo, y acá llegamos a pagar desde cero, y la diferencia es que un departamento en Las Condes, aunque sean viviendas sociales, no vale lo que vale un departamento en Lo Espejo. Acá en Lo Espejo no tenemos nada, lo más que tenemos es un cementerio y la pasarela, que agradezco hartó que nos hayan hecho la pasarela porque se evitaron muchas muertes. Después, con los años, yo siempre le prometí a mi mamá que nos íbamos a ir de aquí y que ella iba a tener su casa, y lo logré.

Pero es muy duro, es muy duro, me van a disculpar, pero yo me he aguantado mucho, yo he ido a todas las comunas, he escuchado todos los relatos, y todos se parecen, todos son iguales, unos más, otros menos, pero todos son iguales en la desesperación. Llegué acá a compartir la pieza con mi hermano porque son de dos dormitorios; yo allá tenía un departamento con tres dormitorios, yo tenía mi pieza sola, con todas mis cosas solita, y acá yo era lola, mi hermano tenía ocho años y compartir mi pieza... yo me vestía en el baño, bueno, todavía lo hacemos igual, ya es una costumbre, siempre el cuidado de la niña y el niño. Las bicicletas se nos quedaron allá, pero bueno, aquí no sacábamos nada con tener bicicleta porque aquí nos robaban, nos asaltaban a la bajada de la micro. Entonces fue muy difícil, muy difícil. Mi presente es que logremos bien el museo, que no vuelva a pasar esto nunca más en Chile, a ninguno, y que como estamos trabajando a la par con los abogados, que logremos la compensación económica, que la gente mayor, adulta, la logre, que por último vea algo de todo lo que nos pisotearon, se vean por último pagados en algo. Porque acá hasta la salud es mala; allá teníamos el consultorio en Apoquindo y nos atendían súper bien, y acá no tenemos nada, la salud es pésima. Eso, muchas gracias.

M1: Lo que pasa es que esto es muy emocional, entonces estoy como agitada. Yo llegué a vivir al departamento que era de mi abuelita. Cómo llegaron ahí, no fue en la situación como la mayoría de las personas, porque ella era hija de chicos [al parecer no era hija, sino madre, más adelante se habla de que su hijo era el MIR] que estaban metidos en la política, MIR, Mapu, y mi abuelita vivía en una situación bastante extrema con su marido, violencia intrafamiliar, ella se vino a vivir a La Cisterna y esta fue una salvación para salir de este mundo violento con ese hombre que era mi abuelo. Postularon e hicieron todo el recorrido, poner las cuotas CORVI famosas, pagar dividendo, todo hicieron legal, como correspondía. Ella se quedó viviendo allá porque mi tío tuvo que irse, porque era del MIR, entonces él tuvo que escapar para salvar su vida, él era estudiante de química en la Universidad de Chile y estaba muy difícil la cosa.

Se repitió la historia en mi familia, en relación a la vida de pareja, mi abuelita nos rescató, y nos fuimos a vivir con ella mi mamá y cinco hijos, en dos dormitorios. Pero nosotros no conocíamos vida comunitaria, entonces para mí como niña fue maravilloso porque tenía muuuuchos amigos y amigas, jugábamos tooodos los días, unas patotas enormes, íbamos a tocar los timbres de los milicos que estaban en la Villa de al lado, íbamos a jugar a los arcos, era todo un mundo nuevo para mí, los primeros niños que a uno le gustan, que uno les gusta a ellos. Fue muy bonito y yo viví con mis hermanos, porque veníamos de esta situación tan difícil; yo había llegado a vivir con mi abuelita antes que mi mamá y mis hermanos, y yo creo que tanto llorarle a mi abuelita por mi mamá y mis hermanos, que mi abuelita se trajo a mis hermanos.

Vivíamos bien hacinados, pero estábamos todos juntos, y yo necesitaba a mi familia conmigo, entonces vivimos dos años en vida familiar normal y viene este otro golpe a mi familia, a mi niñez, que me afectó... el menos yo, mi enfoque está como en la salud mental, porque a mí me afectó desde ese tiempo empecé con temas de ansiedad, y cambiarme para acá fue el golpe de gracia, fue una bomba. Había algunos de mis amigos, gracias a Dios, un grupo chiquitito, pero cortaron de raíz el colegio, a mí me iba súper bien en el colegio, en el Óscar Bonilla, ya estaba preparando mi ida al Liceo 7, ya estaba como todo organizado mi futuro, entre comillas, y vengo acá y, "¿dónde voy?", "¿qué hago?", el colegio horrible, al que llegamos todos mis hermanos y yo. Es como cuando un arbolito está plantado, ya está sacando sus raíces y lo sacan de raíz, esa es la analogía que yo hago.

Llegar acá fue como eso, sacar ese arbolito y acá tratar de adaptarse. Yo nunca me adapté acá la verdad, mis hermanas lograron tener sus amigas acá, sus pololos; yo vivía acá pero como que no vivía acá, es la sensación de estar y no estar, siempre he estado allá, es más, hasta hace pocos años atrás yo seguía soñando con la Villa, seguía soñando con el departamento, estaba en el

departamento, estaba en la pieza, estaba en el balcón, estaba cuidando que mis hermanos no se subieran al balcón, que no se fueran a caer, como le había ocurrido a mi vecina Rosa y a su hermanos, que se cayeron, porque era bastante frágil para un niño que anda jugando, qué se yo. Entonces a mí, al menos en la salud mental fue devastador, porque obviamente, menos antes, a la gente no la trataban por temas de salud mental, uno evadía, esto no me está pasando, me hacía la loca, no sé qué. Ahora está mucho más abierto el tema, gracias a Dios, porque ya no es un tabú, ya la gente no se siente loca porque tiene que ir al psicólogo o al siquiatra, pero antes era loco, enfermo, o sea mal.

De las cosas que también me afectó, pero no personalmente, el estar acá, es cómo vi el deterioro de mis vecinos. Para mí eso fue muy, muy chocante, ver cómo niños que allá jugaban y eran normales empezaron a meterse en temas de drogadicción, de delincuencia. Eso hasta ahora a mí me duele, lo que ha pasado con muchos de mis vecinos que han muerto, gente menor que yo o gente de mi edad, vinieron a morir acá. Gente inteligente, gente buena, gente sana, y llegar acá fue su perdición. ¿Quién va a pagar eso? Yo entiendo que la gente no esté motivada con el tema del museo, porque no va a devolver nada de lo que sufrimos, esa es la lógica, no vamos a retroceder en el tiempo. Ahora, como algunas de nosotras analizamos en ese sentido de que entendemos que hay que recuperar la memoria para que ojalá nunca más en la vida se vuelva a repetir eso, pero eso es algo tan relativo, porque la humanidad es tan vulnerable y tan cambiante. Nada va a cambiar, nada va a cambiar, ni siquiera una indemnización.

Pero entendemos que tiene que quedar un testimonio claro de que esto ocurrió, en estos años, cuarenta y tantos años, ocurrió, fue una realidad, nosotros somos los testimonios de que eso ocurrió en nuestra sangre, en nuestra memoria, en nuestro cuerpo; a lo mejor hasta físicamente seríamos distintos si hubiésemos vivido siempre allá. Por todo lo que tuvimos allá, que eran bastantes garantías; mejor educación, mejor salud, mi mamá tenía trabajo cerca también, ella trabajó en casa particular porque es lo que le daba tiempo para cuidar a sus hijos, estar con mi abuelita, ayudar. Entonces venirnos para acá, mi mamá... sí, siguió trabajando, pero era todo el día fuera, era terrible, menos mal que estaba mi abuelita para, a nosotros, contenernos, porque si nos hubiésemos quedado solos, ¿qué hubiese sido de nosotros? ¿Dónde habríamos terminado, cinco niños? Yo era la mayor, cuidando a mis hermanos más chicos. Eso... eso es lo que me gustaría dejar ahí estampado.

EH: Mi nombre es Elizabeth Hernández, vengo del campamento Riñihue. Vinimos de Osorno con mi esposo y llegamos a ese campamento, porque ahí vivía una tía de él que nos cobijó en ese momento. Como era un campamento chico, de unas 80 personas, nos asignaron un terreno para que construyéramos una pieza y nos quedamos ahí. Estuvimos como dos años ahí, y después tenían un comité y comenzaron a que la agente postulara, y ahí comenzamos a ahorrar y así fuimos asignados a los departamentos de San Luis, que igual cuando ya estaban terminados, muchos de otras partes querían tomárselos y teníamos que irlos a cuidar. Los maridos tenían que ir a cuidar toda la noche, día y noche tenían que cuidarlos, hasta que ya estaban casi listos cuando los entregaron. En la puerta del departamento habían puesto un papel de a quién le pertenecía ese departamento, no fue toma, como muchos dijeron que había sido toma. CORVI creo que se llamaba en ese tiempo, y de ahí nos pusieron ese papel para que la familia sepa cuál era su departamento.

Bueno, y nos habíamos cambiado como una semana antes del Golpe militar, y ahí lo pasamos todos encerrados. Después, en 1980 nos trasladaron para acá; llegaron a las siete de la mañana con metralleta en mano a echarnos de los departamentos y sí o sí teníamos que dejarlos. El camión de la basura estaba abajo esperándonos, y en cada camión venían dos familias. Nos echaron a los camiones sucios, mojados, con mal olor, llegaban y nos tiraban las cosas no más.

Aquí igual nos cambió... yo venía con tres niños chicos, el más chico tenía tres años y la mayor tenía diez. Así que llegamos acá, y lo único que con el pasar de los años aquí, mi marido se botó a alcohólico, todos los días tomando, nosotros vivíamos en un departamento en un cuarto piso, todos los fines de semana, y esa ha sido su vida, hasta ahora, y no van a creer que hemos cumplido cincuenta años de matrimonio, en las buenas y en las malas hemos estado ahí, aguantándonos, ahora ya está jubilado. Mis hijos igual crecieron por acá, estudiaron en un colegio por ahí por Acapulco, todos tienen su cuarto medio, el más chico se esforzó y trabajaba y estudiaba hasta que llegó a la universidad, y gracias a Dios hoy es ingeniero informático, por su esfuerzo. Mi hijo del medio hace poco que falleció, me dejó tres nietos y dos están conmigo; la mayor se crió conmigo de los cuatro años, hoy día tiene 21 y está estudiando trabajo social, así que con esfuerzo... la del medio, la menor, se vino igual a vivir con nosotros, estuvo como siete meses y hace poco que se fue donde su mamá.

Yo siempre cuando eran chicos yo estuve con ellos, nunca los dejé, no trabajaba hasta que llegué aquí, comencé a trabajar en costura, trabajaba en costura acá en la casa. Después, cuando ya fueron grandes cuando mi hija mayor tenía 16 años, ahí comencé a salir a trabajar a talleres, a trabajar en costura, pero en talleres. Después me ofrecieron trabajar para cuidar niños y fui a cuidar niños, trabajaba de todo; cuidar niños, cuidar enfermos, hacer aseo, lo que viniera, pero lo mío era costura, a veces cosía o cuidaba enfermos. Esa ha sido mi vida acá, siempre trabajando, pero ahora ya no, tengo artrosis y me duelen mucho las rodillas, no puedo ni caminar a veces.

Mis nietas son mis bastones ellas me acompañan para todos los lados, bueno y mi marido igual, a pesar que ahora ya no toma porque yo le controlo la plata, ya no recibe plata, de tanto recorrer asistentes sociales, me decían ellas que esto y lo otro, una me dijo "quítele la plata", y pucha quitarle la plata es difícil, hasta que jubiló, le dio el poder a un hijo, y el hijo me la pasa a mí. Así que ahora lo controlamos, igual le damos plata para su cajita de repente, pero cada embarrada que se manda... de repente se pierde por tres días, se manda a cambiar, y ahí lo andamos buscando, pero ahora está ahí, encerrado. Hace poquito salía todas las tardes a tomar aire por ahí, y en ese aire conoció a alguien y se fue al banco y sacó dos millones de pesos, plata de su 10% que tenía ahí guardada para alguna emergencia, y la perdió. No sé si se la dio a la otra persona o realmente se la robaron. Por otro lado, pidió un préstamo de otros dos millones de pesos, así que... de ahí está encerrado en la casa, no sale a tomar aire ahora.

E: Usted mencionó que se habían cambiado hace poquito, ¿se acuerda de algo más de ese día, del Golpe militar?

EH: Estábamos llenos de milicos abajo, el block estaba rodeado de milicos porque al frente había departamentos en que vivían militares, entonces teníamos guardia todo el día; uno no podía mover ni una cortina porque llegaban los milicos altiro, no podíamos salir a mirar por una ventana siquiera. Y siempre hacían allanamientos, nos iban a revolver todas las cosas. Yo tenía cajas de mercadería, porque si pillaban plata o cigarros, o comida, se las llevaban, y yo tenía un baúl de mercadería, y no me lo tomaron, no me lo tomaron. Y nosotros afuera y ellos adentro, registrando todo, dando vuelta todo. Ahí le pegaron a mi marido también con la metralleta, y había toque de queda en ese tiempo. y en eso que levantaban el toque de queda, lo levantaban no sé, a las diez de la mañana para que la gente salga a comprar, él se fue a la vega a comprar y en la micro que iba lo hicieron bajar y estuvo todo un día y una noche detenido, le pegaron y lo dejaron todo machucado, y yo desesperada sin saber dónde estaba, pero al otro día llegó todo golpeado. Eso es lo que me acuerdo de ese tiempo.

E: Usted contaba que usted nunca trabajó pero que su marido sí, ¿en que trabajaba su marido cuando vivían en el campamento?

EH: Siempre trabajó en construcción, era maestro carpintero. Y después que nos vinimos para acá iba igual allá a trabajar, para Cantagallo, para San Damián, para Lo Curro, Vitacura, en bicicleta a veces, no tenía plata para la micro y se iba en bicicleta, salía a las cinco de la mañana de aquí, pero iba a trabajar.

JF: Juana Farías, pero estaba a nombre de mi marido, pero yo vivo muchos años sola y él murió hace poco así que quedo sola igual. Tal como dice la señora acá, que llegó, nos sacaron de la noche a la mañana, casi ni siquiera nos avisaron, nos tiraron arriba de un camión como que éramos cualquier objeto y cada uno por su lado, no sabíamos en qué lugar... menos mal que conocíamos acá a donde íbamos a llegar porque nos trasladaron a distintos lugares, por Conchalí, por todas partes. Así que obligados a venirnos, como fuera no más, con la cabeza gacha, como se dice, y sufrimos mucho acá porque sufrimos muchos asaltos. El cambio de allá a acá fue muy distinto, muy distinto, porque allá nosotros dejamos todo, bicicletas afuera cuando los niños estaban chicos, nunca pasó nada, yo trabajaba incluso a una cuadra, dos cuadras, pero fue un cambio muy grande cuando nos trasladaron, nos tiraron acá. Así que sufrimos mucho el cambio que hubo entre Las Condes y esta parte de acá.

E: ¿Y antes de la Villa?

JF: Vivíamos en campamento, en un campamento que después fue entregado... no me acuerdo cómo se llamaba la forma cuando entregaron.

E: ¿Dónde quedaba el campamento?

JF: Quedaba en la avenida Presidente Riesco, quedaba cerca de un consultorio, y ahí estaba el campamento, Patria Nueva parece que se llamaba. Ahí estuvimos varios años, pero primero fue una toma arriba, en los cerros, y de ahí de los cerros nos trasladaron a ese campamento, y de ese campamento después de los años, nos trasladaron a los departamentos que habían construido acá al frente, y de ahí nos trasladaron a este lado. Y ahí estuvimos, ¿cuántos años alcanzamos a estar ahí? Unos diez años más o menos en esos blocks, estaba la señora Margarita, estaban ustedes, estaba yo, habíamos varios conocidos, la mamá de ella, es que somos gente ya de muchos años que vivíamos ahí, éramos muy unidos todos, muy tranquilos todos. Pero fue un cambio muy grande después cuando llegamos acá, porque nos trasladaron con gente que jamás habíamos conocido, entonces nos pasaron muchas cosas.

Era una indignación, rabia, dolor, de todo, porque la gente cuando llegaron aquí no podían salir porque los asaltaban, les pegaban, les quitaban sus cosas. Imagínense vivir allá en Las Condes y después trasladarse acá a un lugar donde usted no podía estar tranquila. Y yo de acá me iba a trabajar arriba, fue hartito sacrificio, mucho, tenía a mis niños chicos, nueve, ocho, diez años, ahora están casados, están viejos. Hemos seguido la vida y como hemos podido, hemos salido adelante. Yo vivo sola en este momento, mis niños ya se fueron. Hemos luchado muchas veces haciendo cosas acá, reunión sobre esto, porque sentimos mucho dolor sobre lo que hicieron con nosotros, era como botarnos como un objeto a la calle... pudiéramos contar tantas cosas que hemos pasado, pero bueno, así es la vida, qué le vamos a hacer, gracias a Dios que estamos vivos, bien.

E: ¿Qué recuerdos tiene de la vida en la Villa?

JF: En la Villa, muchos. Nos mojábamos, nos entraba el agua, sufrimos mucho, y cuando tenían listos los departamentos, nos entregaron los departamentos y ahí fue un cambio, todavía me acuerdo del block 14, 304 mi departamento, vivíamos bien allá, estábamos justo en la avenida

Presidente Riesco con Los Militares. Pero cuando fue el Golpe de Estado se revolucionó todo, totalmente, cambió la cosa. Y ahí estamos todos, siempre con esos malos recuerdos, pero hemos salido adelante con todas estas cosas, y no hemos ganado nada al final, porque entre lucha y lucha al final no hemos conseguido nada, y yo creo que a estas alturas ya es muy difícil. Dicen que van a hacer algo ahí, un monumento, no sé qué.

E: Nos puede contar más sobre el Golpe militar, que hubo como un quiebre.

JF: A mi marido casi lo mataron.

[Habla alguien, pero no se escucha bien, señala que un familiar de JF, se llama Salvador Allende]

JF: El papá se llamaba así, porque falleció. Es coincidencia, el abuelo de él se llamaba así, no es que le hallamos puesto por el presidente Allende, no, el abuelo de él se llamaba así, coincidió el nombre con todo. Y justamente para el Golpe de Estado lo tomaron y casi lo mataron.

E: ¿Usted estaba en el departamento ese día?

JF: Sí, justo nosotros habíamos viajado al sur porque yo tenía a mi viejito en el campo y allá lo tomaron detenido, lo tenían listo para fusilarlo, pero alcanzamos a llegar nosotros, tenía familia, no era solo. Sufrió hartó él, lo pasó muy mal.

E: ¿En qué trabajaba su marido?

JF: En ese tiempo también trabajaba en construcción, pero después empezó a trabajar en taxi, a él le gustaba lo que fuera en trabajo.

E: Usted comentó que cuando vivía en la Villa San Luis usted también trabajaba.

JF: He trabajado toda la vida, hasta el día de hoy, siempre he trabajado con gente, llevo 60 años con la misma gente en Las Condes, con una familia que tienen 95 años, 80 y tantos algunos, y todavía estoy con ellos. Soy feliz con ellos porque ellos me quieren tanto como yo también los quiero a ellos, una familia de toda la vida. Como puedo, también tengo mis huesitos malos, pero me hace bien salir, lo que más me complica es la locomoción, nada más, pero yo llego allá arriba y soy feliz cuando estoy con ellos. Así que esa ha sido mi vida, pero soy feliz, no me quejo de todas las cosas que hemos pasado, he estado, gracias a Dios, bien.

E: Usted cuenta de sus hijos pero no contó en qué colegio estudiaron.

JF: En el colegio que había aquí al lado de la copa, allá ellos estudiaban en el Óscar Bonilla, en la calle Presidente Riesco, en la 511, y de ahí nos trasladamos a este colegio de acá.

E: ¿Cómo fue ese cambio?

JF: Eso mismo que yo les decía, fue difícil todo, el cambio, todo, todo, todo. Es que llegar acá...no, allá vivíamos todos juntos, éramos muy unidos, éramos todos una familia, nunca pasaba nada, éramos todos tranquilos. Pero es un cambio, de la noche a la mañana que llegue un camión afuera y les dicen "saquen sus cosas y se van", ni siquiera embalamos, nada, nada, nada, y tirar cosas arriba no más. Por lo menos habíamos venido acá a conocer, pero no sabíamos qué departamento nos iba a tocar, pero nos avisaron, incluso con la Anita nos perdimos. A mí me

había tocado el departamento de acá de la Bertita, y al final quedé viviendo al otro lado, si era una cosa de locos. Pero bueno, así ha sido toda esta historia, difícil. Mis hijos ya están grandes, cada uno vive por su lado, y yo sigo acá viviendo, por lo menos hay algunas vecinas todavía que las puedo ver, que conozco, que son ellas, ella vive en otra casita, pero la veo de vez en cuando, con la mamá de ella nos visitábamos mucho, que ya somos de edad todos.

[Se escucha a una mujer que dice: la diferencia que teníamos allá en San Luis, es que como todas vivíamos en el campamento, y todas recibimos los departamentos, había una relación de familia]

JF: Y éramos todos tan unidos, si era otra vida, y que de la noche a la mañana hubo este Golpe de Estado, y militares, y tuvimos que meternos todos adentro, escondidos, y pobre que nos asomáramos a las ventanas, si era terrible, Y que nos dijeran “ya, váyanse, salgan de aquí” como que fuéramos animales, no, eso lo encontré un dolor muy grande para todos, bien triste.

E: Comentó muchas veces que eran muy unidos, que la vida era tranquila, por ejemplo, ¿hacían celebraciones? ¿Qué tipo de cosas hacían cuando vivían en la Villa?

JF: Nos juntábamos todos, no teníamos grandes cosas, pero éramos felices, con lo que éramos nosotros, sus niños chicos. Acá faltan varios vecinos... celebrábamos los cumpleaños, acá la señora Margarita tenía a sus niños chicos, eran todos chiquititos y a ella le daba pánico, porque vivía en el cuarto piso, yo vivía en el tercero, me acuerdo de todos los que vivíamos ahí, la Anita, abajo, la señora Elena, tengo aquí a todos los vecinos que éramos de allá. El block de nosotros era el 14, el 15 era el de al lado, incluso hace unos años atrás, todavía llegaban las cuentas nuestras con los nombres y todo, porque fue uno de los últimos que quedó ahí parado de los edificios y todavía llegaban las cuentas. Nosotros nos emocionamos, fuimos a una reunión me acuerdo, y todavía llegaban cuentas nuestras ahí, después de tantos años y no lo podíamos creer.

M2: Yo que me acuerde estábamos en el campamento Riñihue, no me acuerdo cuánto tiempo estuvimos ahí, después les dieron el departamento. Ahí éramos todos felices porque nos juntábamos con todos los niños, se hacían fiestas, se jugaba, se pasaba súper bien. Detrás de nosotros había como una plaza, se hacían fondas, se juntaba toda la familia, me acuerdo que una vez apareció don Pinochet y mi papá le dio hasta la mano al caballero, venía a inaugurar la fonda, y mi papá era como el este... y ahí yo conocí a ese caballero. Esos son los recuerdos que tengo de mi infancia, ahí lo pasé bien, lo pasé mal, mi hermano se accidentaba, tenía un hermano que era más loco, siempre le pasaban puros accidentes, lo cuidábamos tanto pero le pasaban puros accidentes

Del Golpe militar me acuerdo que llegaron tempranito los camiones, y llegaron a golpearlos la puerta de la casa de mi mamá los milicos con las metralletas, y que teníamos que salir sí o sí de ahí porque teníamos que irnos. Y antes de que nos pasara eso, con mi papá y mi mamá vinimos a ver estos departamentos, y nunca nos imaginamos que acá al lado había un cementerio, estaban todos arreglándolos, pintaditos, llegamos y entramos por el último departamento, nos dijeron donde tenía que estar mi papá, que era el cuarto piso, todo bien, ya, nos fuimos, y a la semana siguiente pasa esto del Golpe militar. Ahí nos echaron todas las cosas, con las dos familias a los camiones, y llegamos acá.

Yo iba al colegio Don Bosco, de monjas, y fue bien drástico el cambio de colegio porque era allá bien de señoritas y llegar después a un colegio... Acapulco, la 582, llegué en quinto año y estuve como dos o tres años ahí y después me cambié a la Gran Avenida, a un colegio que se llamaba Nur. Aquí lo pasamos también súper mal, porque aquí llegaban los milicos con los tanques, con las metralletas y tampoco podías “sapear” aquí. Mi papá un día en la mañana se iba a trabajar y en

la esquina López Mateo, donde están unas papas fritas, llegó el camión y a todos los tuvieron ahí, los detuvieron. Si tú no podías salir ni a colgar ropa porque estábamos invadidos de puros milicos, me acuerdo una vez, no me acuerdo qué hora era, los “ratis” nos tiraron la puerta a golpes, mi papá abrió para ver qué era, y eran los “ratis” que llegaron hasta las piezas de nosotros a alumbrarnos la cara; no sé qué andarían buscando, pero a todos nos despertaron, y con las luces ahí en la cara alumbrándote.

Esa vez del Golpe, del 80 para adelante fue terrible estar aquí, como dicen los vecinos, no podías bajar a comprar nada o salir porque te robaban, y ellos ya conocían que nosotros no vivíamos aquí, veníamos de otro lado. Y estos blocks también dicen que eran de carabineros o de milicos... de la Fuerza Aérea, y algunos hicieron cambalache; los que vivían aquí se fueron para allá, y los que vivían allá vinieron para acá, que fueron los cuatro edificios que están aquí.

E: Contaste que en la Villa jugaban, que tenían muchos amigos, y acá eso...

M2: O sea, había conocidos, pero todos eran de diferentes departamentos; la vecina de al lado, que mi mamá era su vecina, le tocó con otras vecinas, tuvo como tres vecinas que le tocaron. El cambio fue muy brusco, llegar de un colegio de señoritas, que lo pasabas súper bien, te quedaba súper cerca, llegar acá... acá nada queda cerca, tomabas la micro. Ahí estudié y después me fui al 25 de la Gran Avenida, y después terminé estudiando en el San Nicolás, ahí terminé hasta cuarto medio. Eso es lo que yo me acuerdo y lo que sé.

GA: Hola, mi nombre es Gladys Arriagada. Yo llegué a la Villa San Luis por el papá de mi hija, porque a él lo asignaron allá, él siempre vivió en El Esfuerzo y llegó a la Villa San Luis. Después, él me traspasó a mí el departamento, él se fue, nos separamos a los años después y no supe más de él. Cuando me trasladaron para acá yo vivía con él; por ejemplo, a mí me llamaron una vez del Serviú y me habían dado una casa en Renca, al otro día me volvieron a llamar y me dijeron que se había presentado una señora que no podía subir escaleras, entonces me quitaban la casa a mí. Después me llamaron y me pasaron las llaves de acá, vinimos a verlo, llegamos acá, lo vimos, me acuerdo que nos costó tanto porque no teníamos idea dónde quedaba este sector, cómo llegábamos, solamente buscamos una micro que dijera Santa Olga, teníamos que llegar a Santa Olga en esa micro, porque yo por lo menos, no conocía para acá.

Llegamos acá y nos fuimos, y cuando llegamos allá me dicen “¿usted es Gladys Arriagada?”, “sí” les digo yo, y había unos camiones con unos militares y me dicen “tiene que irse”, y yo “¿pero, ¿cómo me voy a ir si no tengo nada embalado?”. Imagínense, me llaman en la mañana, me pasan las llaves, me dicen “vaya a ver” y ya me tenían lista para sacarme. Tuve que tomar en sábanas y frazadas, envolver todo lo que se podía envolver ahí, y echar todo arriba sin un orden, nada de nada, sin poder uno decir voy a barrer, a dejar una cosa limpia, porque uno hace esas cosas cuando se cambia. Y ya eran como las cinco de la tarde, seis de la tarde, y después de eso subieron a otra persona en el mismo camión de basura, que fue la vecina que me tocó al lado, la Ángela Dote. Llegamos acá y eran más de las nueve de la noche, oscuro, no encontrábamos dónde prender las luces ni cuál era el medidor que nos correspondía. Y parece que una ampollita se nos había ocurrido sacar, habíamos alcanzado a sacar de arriba para poder alumbrarnos. Mi hija estaba por cumplir cuatro años, era chiquitita, y nos dejaron en un espacio de más de 100 metros, y teníamos que ir a buscar las cosas allá y traerlas, y a mi hija chiquitita dejarla ahí adentro sola, porque se tenía que quedar cuidando mientras nosotros íbamos a bajar cosas. Y con la vecina la misma cosa, que ella no sabía, después empezar a ver de quién eran las cosas que se bajaban, porque en la noche las dos en las mismas condiciones, ella también venía con un niño de casi la misma edad que la mía.

De esa forma llegamos acá; al tiempo después empezaron a venir de abajo, que yo me acuerdo que teníamos que sacar las puertas de las casas y poner en las ventanas porque nos venían a apedrear, ¿se acuerdan ustedes de eso? Nos venían a apedrear, como que nosotros nos habíamos tomado, que nos habían sacado de allá porque nosotros nos habíamos tomado los departamentos, entonces nos habían sacado y nos habían venido a dejar acá, como que éramos patos malos, entonces venían a apedrearnos a nosotros. Me acuerdo siempre que fue una Navidad, y también vinieron a lo mismo, y había venido mi hermana, y tenía a mi hija, y mi hermana tenía dos hijos más chiquititos, mi hija tenía en ese tiempo como cinco o seis años, y pasó lo mismo. Y después, al otro año, mis sobrinos decían, “¿vamos a ir donde mi tía otra vez? Allá hay guerra”, porque yo los puse en una pieza donde no les podían llegar las piedras, entonces los escondía en el baño o en una pieza que era entera de cemento, para protegerlos.

Nosotros aquí vivimos muchas cosas. Para cruzar la pasarela, para mandar a nuestros hijos al colegio, fue un mundo, una vez atropellaron a una señora, la señora venía ahí y venía un auto pero tan fuerte, que yo me quedé como paralizada, como que no me salió la voz para decirle a la señora “apúrese”, yo pensé que iba a alcanzar la señora. Yo cruzaba cuatro veces al día porque al otro lado había un colegio mejor que acá, y la llevaba para allá. Y sabe que de repente abro los ojos y vi que volaban cosas, y era como el cuerpo de la señora, no sé, estuve dos horas ahí hasta que me tuvieron que pasar porque no era capaz de moverme. Fue tan traumante que después me costaba mucho cruzar, y no podía dejar a mi hija sola, tenía que saber hacerlo. Y otra vez venía descuidada yo, porque siempre la cruzaba de la mano, y en la última de acá la solté, y viene un vehículo... para qué le voy a decir lo que me dijeron, porque se me soltó en un descuido, nunca le dije al papá de ella porque no estaría viva.

Vivimos tantas, tantas cosas acá, pero allá arriba yo viví una experiencia muy linda, o sea, buena y mala... mi hija era chiquitita y yo le compraba esos zapatitos de charol y esas calcetas que tenían blonditas, esas blanquitas que uno le ponía a las guaguas, y con esos vestiditos, entonces salieron con el papá en bicicleta, él la subió atrás, y esta niñita mete el talón en los rayos, y nosotros estábamos a la orillita de Manquehue, que era el block 18, los edificios no estaban cerca de Manquehue, había un espacio bastante grande, había un espacio de casi una cuadra. Entonces él iba por ese espacio, y yo no me atreví a sacarle la calceta, yo dije “mi hija va a quedar inválida”, y nos fuimos a parar ahí a Manquehue, porque sin vehículo, sin nadie que tuviera un vehículo cerca, o salir abajo a Apoquindo eran hartas cuadras. Empezamos con nuestra hija a pedirle ayuda a los autos, y paró un auto y le contamos y dijo “súbanse arriba”, muy amoroso el caballero, nos subimos y dijo, “¿dónde quieren ir?”, “no sé, a la parte más cercana posible” y tomó para arriba, en eso llegamos al hospital de la FACH y se metió él para adentro y le pidieron... él era militar. Pero nosotros como estábamos tan mal porque veíamos que nuestra hija iba a quedar inválida o quizás de qué manera, él era de la aviación, y llegaron y la pasaron al tiro al quirófano, porque le tuvieron que hacer cirugía en el talón. El caballero se despidió de nosotros, le dimos las gracias y todo el cuento, y después vamos a pedir la cuenta, y nos dijeron “no, si el caballero dejó todo pagado”, y nosotros dijimos “pero cómo no se nos ocurrió pedirle un número de teléfono”, alguna cosa, pero en el momento, nada.

Entonces eran cosas que pasaban allá, de la gente que tenía otra situación económica, que le tendía la mano a uno, pero de una forma que aquí nunca lo íbamos a tener, aquí uno se rascaba por sus propias uñas. Lo otro, es que yo allá en Las Condes trabajaba, iba a ayudar a hacer aseo en las casas, mi hija era chiquitita y nos turnábamos con mi marido, supóngase una tarde él llegaba del trabajo y yo me iba a trabajar unas horas y volvía, y me ganaba unos pesos, podía hacer algo. Esa era la forma, uno en diez minutos llegaba al trabajo, me acuerdo que iba por esos lados de Kennedy, también trabajé en una parte en Manquehue para el otro lado, era una casa grande, que era como una cuadra entera, y también a Colón; fueron las tres partes a las que iba. Y

podía uno cooperar con algo de plata en la casa, porque uno jovencita partía de cero, no tenía nada en su casa, entonces se necesitaba la plata para poder ir creciendo y criando hijos.

Llegué acá y me tuve que quedar hasta cuando mi hija tuvo 10 u 11 años, cuando me separé del papá de ella, tuve que quedarme en la casa porque no podía trabajar, no podía dejarla sola. Aparte mi hija de repente íbamos caminando y se caía desmayada, entonces tenía que ir a dejar, a buscar y todo el cuento, tenía un problema neurológico, le daban unos temas que caía de un momento a otro, le hicieron test a la cabeza y todas esas cosas. Después como a los 11 años tuve que empezar a dejarla sola porque no tenía opción, y ahí empecé a trabajar, hasta ahora que trabajo. Salí a trabajar dos años afuera, y después ya me vine a trabajar a mi casa y armé mi taller, pero toda la vida de esfuerzo y trabajo para poder salir adelante. No me arrepiento de eso porque una tiene que aprender a valorarse por sí misma, y salir adelante por sus propios medios, no siempre depender de un hombre, uno tiene que tener sus propias armas, siempre tener lo de uno. Ahora que estoy jubilada me he dado un poco de recreo, pero toda la vida trabajé, día y noche, día y noche. Esa es mi historia más o menos, a grandes rasgos. Otra cosa es que los lolos hacían club deportivo y jugaban.

Me acuerdo siempre de una señora, iba pasando, y llegó una persona de abajo, la vino a asaltar, le quitó la cartera, y llevaba unos anillos de oro la señora, y no se los podía sacar porque le quedaban muy justos, y a mordiscones se los sacó, le cortó los dedos. Siempre me acuerdo de eso, y la gente de acá lo amarró y le sacó la mugre, entre todos le pegaron. Fue muy horrible lo que pasó, y después vino la venganza de los de abajo, nos quemaron la sede, había una sede de... Y también cuando vinieron los militares yo me acuerdo por lo menos de dos veces, que amanecíamos rodeados, y nos sacaban a todos, los hombres todos afuera. Pero después 80, el 82 o el 83, nos hacían allanamientos, bien tupido aquí. En la canchita que había allá afuera los ponían a todos, algunos en calzoncillos, si eran las cuatro o cinco de la mañana.

AMEM: Me acuerdo una vez que estábamos acá y estábamos protestando, para un 11 de septiembre tiene que haber sido porque estábamos protestando en la panamericana y yo era de las que salía a protestar, en el tiempo en que tocábamos las ollas, estábamos caceroleando. Teníamos las cacerolas arriba de la mesa y yo salí a tirar piedras, me acuso, mi prima vivía en el primer piso porque arrendaba el departamento de la señora Carmen, y en ese momento vienen las micros de los pacos y se pusieron ahí, parece que eran pacos, no sé... pero eran con cascos. Y nosotros corriendo nos metimos de guatita al departamento de mi prima, y mi mamá arriba estaba, apagaron luces, todos los vecinos, y mi mamá no abrió cuando le golpearon la puerta, no abrió la puerta porque le vio brillar el casco. Porque si no, quizás qué le hubiera pasado, porque la mesa la tenía llena de las pailas, las ollas, todas las cosas que cacerolábamos acá. Nosotros teníamos mucha rabia.

También coincidía que por la carretera pasaban todos los autos, entonces uno quedaba muy expuesto. Acá pasaban... no sé si ustedes se acuerdan, pero había muchos autos sin patente en esa época, y empezaban a disparar, y aquí ocurrieron muchos hechos de ese tipo. Incluso la vecina del primer piso de este block, de al lado, le llegó un balazo por la ventana del dormitorio. Entonces acá estábamos súper expuestos y éramos súper osados para salir a protestar, porque nos escondíamos atrás de los basureros, el menos yo también estaba metida. Es que no quedaba alternativa, era mucho.

M1: Y el tema después con la pasarela, que varios de nosotros, al menos yo, experimenté que atropellaran a una persona que dio un paso más y le pasó un auto. Entonces cada vez que atravesábamos la carretera era un riesgo de vida, todos los días de la vida que vivíamos allá, hasta que se nos ocurrió protestar, cerrar ahí y asumir lo que pasara, porque eso fue, asumimos el riesgo

de que nos llevarán presos. Si no fuera porque nos arriesgamos nosotros a quedarnos ahí, no pasa nada. Y fue después que murió un papá con su hija, atropellados, después de eso fue la gota que rebalsó el vaso.

E: ¿Hace cuántos años está la pasarela más o menos?

[Hablan varias personas a la vez, y señalan que hace más de 30 años]

BB: Quiero agradecer compartir, los que pudieron, quizás después podemos hablar en privado, un grupito más chico, porque hay cosas dolorosas que a veces uno no puede visitar, es muy difícil porque son cosas que nos tocan la vida y te rompen, Entonces entendemos perfectamente que no pueda compartir en este momento, pero quizás tenemos otra posibilidad, si es que ustedes quieren.

Todo esto que estamos conversando y que ustedes han compartido, es para construir un museo que ponga la voz de ustedes que ponga lo que han vivido. Yo estoy contigo, no se cambia la historia, lo vivido, pero quizás podríamos tener la esperanza, quizás, porque yo tampoco soy poseedora de la verdad, de que esto nunca más vuelva a ocurrir. Esa es la esperanza y ese es el sentido de este museo, y para eso necesitamos, además de este testimonio de ustedes, cualquier documento, fotografía, objeto, que nos remita a esas épocas vividas en la Villa San Luis, para poder mostrarles, a todos quienes vayan a visitar después este museo.

Esa es la restitución que tiene por objetivo, de alguna manera, honrar la historia de ustedes, y hemos estado recibiendo varios documentos que a lo mejor ustedes creen que no son importantes, pero hemos recibido notas del colegio, de las distintas escuelas, liceos, algunas en Las Condes, otras de cuando llegaron acá, fotografías preciosas, que no importa la calidad, porque nosotros.

M1: Eso es interesante porque en el museo tiene que quedar destacado que son las mujeres las que sacaron adelante todo este cuento, porque son mujeres; las abuelas, las mamás, las esposas. Los hombres se han ido con otras mujeres, o se han muerto, no han servido para nada, fueron las mujeres, todo lo han sacado adelante las mujeres, si es increíble. Mi abuelita... un bastión, entonces tiene que quedar en ese museo, muy claro, que son las protagonistas.

Selección de fotografías y documentos en préstamo y donaciones /

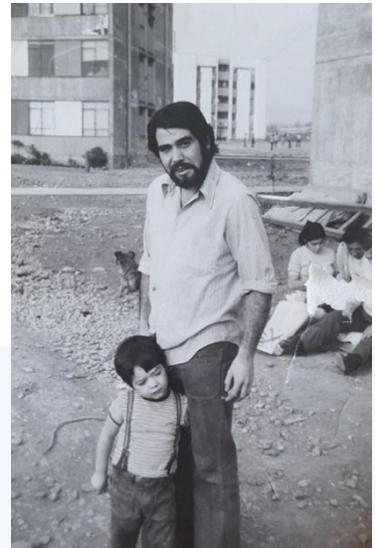
Preliminarmente, se recibieron más de 200 donaciones, consistentes en documentos, fotografías y objetos.

Campamento



Vida Villa San Luis









Colegios



Documentos

Llamado a postular, postulaciones a departamentos, documentos de recepción departamentos y certificados de domicilio en Villa San Luis

Acta 18 julio de 1974

EL SERVIU METROPOLITANO LLAMA PARA ASIGNAR VIVIENDAS

MINISTERIO DE LA VIVIENDA Y URBANISMO
CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES

1. POSTULANTES A VIVIENDAS CLASE "A"

NOMBRE	CLASE	FECHA	UBICACION
...

2. POSTULANTES A VIVIENDAS CLASE "B"

NOMBRE	CLASE	FECHA	UBICACION
...

3. UBICACION DE LAS POBLACIONES

4. LUGARES DE ATENCION PARA LOS LLAMADOS

5. INSTRUCCIONES PARA LOS POSTULANTES

CORHABIT
CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES
ROL UNICO DE POSTULACION

NOMBRES Y APELLIDOS DEL POSTULANTE
LUCIA NEILLAN NOBUEL

FECHA POSTULAC. **28-11-71** DELEGACION-AREA **74** N° DE ROL **058391**

DOMICILIO O UBICACION ACTUAL
MAIZANA 3 CASA

[Firma]
FIRMA Y TIMBRE DEL FUNCIONARIO

NOTA: PRESENTE ESTA TARJETA AL REQUIRIR ATENCION DE CORHABIT

MINISTERIO DE LA VIVIENDA Y URBANISMO
CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES
DECRETO LET N° 339 DE 28/JUNIO/1974

COMPROBANTE RECEPCION
DECLARACION JURADA

N° **61602**

CON ESTA FECHA DONIA *[Firma]* **JOSE EMILIANO GARCIA**
HA DECLARADO SER DUEÑO DE LA CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES

[Firma] **28 DE sept.** DE 1974

FORMA Y TIMBRE RECEPCION

EL SERVIU METROPOLITANO LLAMA PARA ASIGNAR VIVIENDAS

1. POSTULANTES A VIVIENDAS CLASE "A"

NOMBRE	CLASE	FECHA	UBICACION
...

2. POSTULANTES A VIVIENDAS CLASE "B"

NOMBRE	CLASE	FECHA	UBICACION
...

3. UBICACION DE LAS POBLACIONES

4. LUGARES DE ATENCION PARA LOS LLAMADOS

5. INSTRUCCIONES PARA LOS POSTULANTES

LICITACION PUBLICA PARA LA ADQUISICION DE VIVIENDAS SOCIALES TERMINADAS Y PRECALIFICADAS

MINISTERIO DE LA VIVIENDA Y URBANISMO
CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES

1. CARACTERISTICAS
Adquisición de Viviendas Sociales terminadas y precalificadas, para ser entregadas a los beneficiarios de la Corporación de Servicios Habitacionales.

2. CANTIDAD DE VIVIENDAS A CONTRATAR POR COMUNAS

Comuna	Cantidad
Comuna de BUNCA	110 viviendas
Comuna de LAS CONDES	70 viviendas
Comuna de LA ESTERZA	70 viviendas
Comuna de MAPU	70 viviendas
Comuna de PUNTA ALTA	44 viviendas
Comuna de PUNTA DE LA LAGUNA	100 viviendas
Comuna de RINCO	110 viviendas
Comuna de CONCEPCIÓN	100 viviendas
TOTAL	680 viviendas

3. PARTICIPANTES
Los interesados en la licitación deben comparecer al momento de la apertura de la oferta, en cualquiera de las oficinas de la Corporación de Servicios Habitacionales, en cualquiera de las oficinas de la Corporación de Servicios Habitacionales, en cualquiera de las oficinas de la Corporación de Servicios Habitacionales.

4. VENTA DE ANTECEDENTES
Los antecedentes de la licitación podrán ser adquiridos en la Oficina de Venta de Antecedentes del SERVIU Metropolitano, Sección 18, 47 piso, Santiago, desde el día 12 de agosto hasta el día 14 de agosto de 1974.

5. PRESENTACION DE LAS OFERTAS Y PROYECTOS (APERTURA DE LA OFERTA)
El día 20 de septiembre de 1974 en el Casino SERVIU, Arturo Prat 42 a las 15 horas.

DIRECTOR

LAS CONDES,

LA JUNTA DE VECINOS N° 8 DE VILLA SAN LUIS, certifica que don *[Firma]* **don Juan Antonio...** tiene su domicilio en Block **12, Barrio 31**, de esta Villa.

Se otorga el presente certificado para ser presentado en el Policlínico de Apuquindo.

[Firma]
FIRMA DEL INTERESADO

ACTUALIZACION DE ANTECEDENTES DE ASIGNATARIOS SERVIU

DATOS GENERALES DEL DUEÑO

1. IDENTIFICACION
NOMBRE: **ROSA MARIA GARCIA** D.N.I.: **1.581.177** D.E.: **1.581.177** D.E.: **1.581.177**

2. DOMICILIO ACTUAL
DIRECCION: **MAIZANA 3 CASA** D.N.I.: **1.581.177** D.E.: **1.581.177** D.E.: **1.581.177**

3. ANTECEDENTES DEL DUEÑO Y ALGUNAS FAMILIAS

NOMBRE	CLASE	FECHA	UBICACION
...

4. DECLARACION DEL DUEÑO
DECLARO QUE SOY DUEÑO DE LA VIVIENDA QUE ME HA SIDO ASIGNADA POR LA CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES, y que me comprometo a mantenerla en buen estado y a utilizarla para fines de vivienda.

[Firma]
FIRMA DEL DUEÑO

Libretas de ahorro y pagos dividendos

CORPORACION
DE LA VIVIENDA
CHILE



CUOTAS DE AHORRO
PARA LA VIVIENDA

Nº 12307

MEMBRE Rafael Hernández

Reservado 14.500.000

SERVIO METROPOLITANO DEPTO. ADM. DE DEUDORES			COMPROBANTE DE CANCELACION		N° 1365859	
COMUNA	POBL.	ROL VIV.	DECL. JURADA	NUMERO UNICO		DPTO.
147151	CC8			134103		
NOMBRE:			CALLE/JSSE			
POMLO ALGA MORA			131326			
GLOSAS:			N° SITIO MZNA			
PAGA 57000			BLOCK DEPTO			
PAGA 57000			VALOR A PAGAR			
PAGA DIVIDIDOS		DIVIDIDOS	VALOR 5	SUBTOTAL \$		
DEBDE	HASTA	CA/U.F./UR	CA/U.F./UR	57000		
CIENTA			DEBE	HABER		
TOTAL \$			DIA MES AÑO			
FECHA			12/12/16			
<p>Si no va de como pago con timbre a favor de la comuna</p> <p>"El pago efectuado con el presente boletín administrativo no presume la cancelación de otros dividendos que el deudor pudiere tener en mora."</p> <p>CAJERO</p>						
CONFECCIONADO POR			<div style="border: 1px solid black; padding: 5px; text-align: center;"> PANABO PHOXIMO CON CANCELACION DE DIVIDENDOS EN CANCELACION DE DIVIDENDOS EN RECIBO DE CANCELACION DE DIVIDENDOS EN NOLITA </div>			


Area Oriente

CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES

Nº 50475 Fecha 2-19-73 Certificamos que
Apellido paterno Apellido materno Nombre
MELLAN, NAHUEL LUCIA E.
está inscrito en el Plan de ahorro para vivienda Plan 50
en la localidad LAS CONDES con las
siguientes características:
Ahorro inicial 193 cuotas de ahorro timbre de comprobante
Ahorro mensual cuotas de ahorro **OFICINA DE
POSTULACIONES
AREA ORIENTE**
Plazo meses. **RECEBIDO
23-19-73**
COMPROBANTE

15.000 - Nov. 73 - Argentina Ltda.

SECCION
Ahorros




BANCO
del ESTADO
de CHILE

CUENTA N° _____

SOCIO SR. Blanca Quintana d

DIRECCION Manguelhue 172

**COOPERATIVA DE VIVIENDA
Y SERVICIOS HABITACIONALES
LOS RIBEREÑOS LTDA.**



Firma del socio

Firma y Timbre Corrente

[illegible]

CORPORACION DE SERVICIOS HABITACIONALES
Sub-Departamento de Cobranzas
Sección Recaudación

Nº 363524 A

Cuenta 44115 892
6005 812

Santiago, de 10 ABR. 1973 1973

Préstamo o Población 812

Nombre: Salleguillo Pizarra Alfonso

INGRESO

Cuenta Nº Rol 821 Ser D 222 TOTAL PAGADO

ENTREGA

Quinto Párrafo 73

10 ABR 1973
P. PIZARRA
D. 222

Devolución de B.

E*

812 =

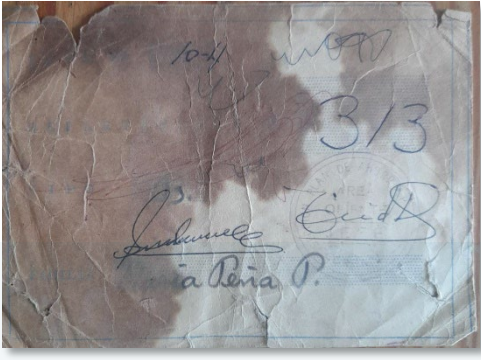
217

Son:

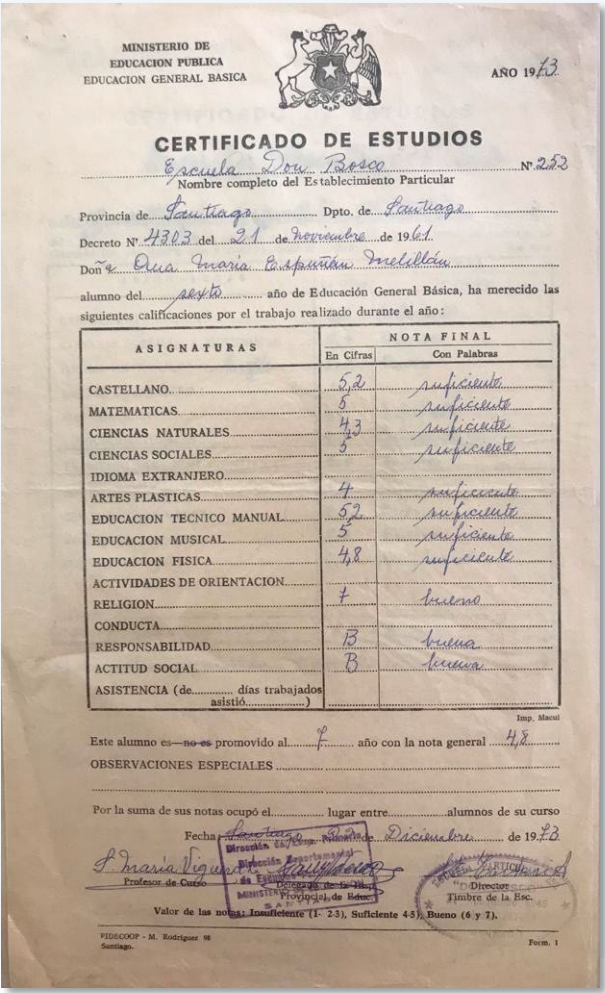
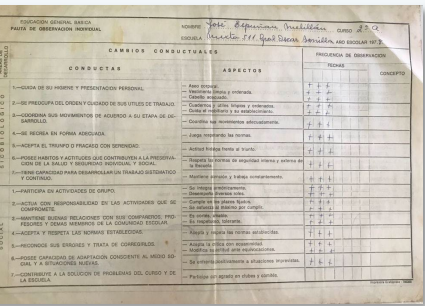
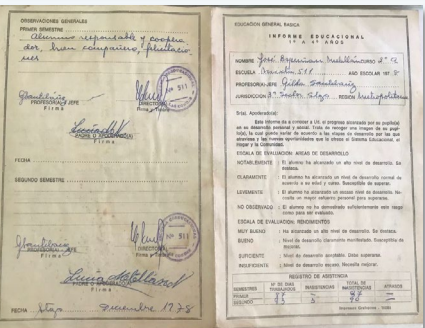
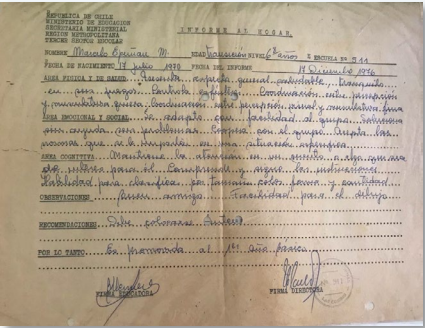
Efectivo Ch/Nº Banco

CAJERO 1 JEFE SECCION

Tarjetas número de departamento



Vida escolar en Las Condes



Servicios de salud

MINISTERIO DE SALUD
4th AREA ORIENTE
NOMBRE: Luis Meléndez Meléndez BENEFICIARIOS S.
CARNET DE IDENTIDAD N° 1 DE 1
DOMICILIO: C. Habana Luis Plancha IV. 202
ASEGURADO: no N° INSCRIPCION: 1
INDICENTE: 1 ECHA: 1
EXTENDIDO Maya Ka. T. 1940 HASTA 1
REVALIDADO HASTA 1
REVALIDADO HASTA 1

Ministerio de Salud Pública
Servicio Médico Nac. EE.

CARNET DE MED. CURATIVA

Spañan Colicely Josa 42224/2

Apellidos: Paterno, Materno y Nombre de Puntito N° SERMEHA

Spañan Melillán Hija

Apell.: Paterno, Materno, Nombre de Puntito y Cargo Fam. N° SERMEHA

Villa Sa. Luis 14 Dic 2002 6378715

Monicillo Imponente No Céd. Identidad

FECHA DE CADUCIDAD 14 Dic 2002

FEA. DE COLOMBIA S.A. LTDA. Expired. Part

Alcaldía del Empleado Caja de Previdencia

E91.164 R991.164

Renata Insospite

14-8-1961

Fecha Nacimiento

FECHA DE CADUCIDAD 30 SET 1997

Fecha Expiración

Firma del Beneficiario o su representante

Firma y Cargo Autorizada

10
 11
 12
 13
 14
 15
 16
 17
 18
 19
 20
 21
 22
 23
 24
 25
 26
 27
 28
 29
 30
 31
 32
 33
 34
 35
 36
 37
 38
 39
 40
 41
 42
 43
 44
 45
 46
 47
 48
 49
 50
 51
 52
 53
 54
 55
 56
 57
 58
 59
 60
 61
 62
 63
 64
 65
 66
 67
 68
 69
 70
 71
 72
 73
 74
 75
 76
 77
 78
 79
 80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99
 100
 101
 102
 103
 104
 105
 106
 107
 108
 109
 110
 111
 112
 113
 114
 115
 116
 117
 118
 119
 120
 121
 122
 123
 124
 125
 126
 127
 128
 129
 130
 131
 132
 133
 134
 135
 136
 137
 138
 139
 140
 141
 142
 143
 144
 145
 146
 147
 148
 149
 150
 151
 152
 153
 154
 155
 156
 157
 158
 159
 160
 161
 162
 163
 164
 165
 166
 167
 168
 169
 170
 171
 172
 173
 174
 175
 176
 177
 178
 179
 180
 181
 182
 183
 184
 185
 186
 187
 188
 189
 190
 191
 192
 193
 194
 195
 196
 197
 198
 199
 200
 201
 202
 203
 204
 205
 206
 207
 208
 209
 210
 211
 212
 213
 214
 215
 216
 217
 218
 219
 220
 221
 222
 223
 224
 225
 226
 227
 228
 229
 230
 231
 232
 233
 234
 235
 236
 237
 238
 239
 240
 241
 242
 243
 244
 245
 246
 247
 248
 249
 250
 251
 252
 253
 254
 255
 256
 257
 258
 259
 260
 261
 262
 263
 264
 265
 266
 267
 268
 269
 270
 271
 272
 273
 274
 275
 276
 277
 278
 279
 280
 281
 282
 283
 284
 285
 286
 287
 288
 289
 290
 291
 292
 293
 294
 295
 296
 297
 298
 299
 300
 301
 302
 303
 304
 305
 306
 307
 308
 309
 310
 311
 312
 313
 314
 315
 316
 317
 318
 319
 320
 321
 322
 323
 324
 325
 326
 327
 328
 329
 330
 331
 332
 333
 334
 335
 336
 337
 338
 339
 340
 341
 342
 343
 344
 345
 346
 347
 348
 349
 350
 351
 352
 353
 354
 355
 356
 357
 358
 359
 360
 361
 362
 363
 364
 365
 366
 367
 368
 369
 370
 371
 372
 373
 374
 375
 376
 377
 378
 379
 380
 381
 382
 383
 384
 385
 386
 387
 388
 389
 390
 391
 392
 393
 394
 395
 396
 397
 398
 399
 400
 401
 402
 403
 404
 405
 406
 407
 408
 409
 410
 411
 412
 413
 414
 415
 416
 417
 418
 419
 420
 421
 422
 423
 424
 425
 426
 427
 428
 429
 430
 431
 432
 433
 434
 435
 436
 437
 438
 439
 440
 441
 442
 443
 444
 445
 446
 447
 448
 449
 450
 451
 452
 453
 454
 455
 456
 457
 458
 459
 460
 461
 462
 463
 464
 465
 466
 467
 468
 469
 470
 471
 472
 473
 474
 475
 476
 477
 478
 479
 480
 481
 482
 483
 484
 485
 486
 487
 488
 489
 490
 491
 492
 493
 494
 495
 496
 497
 498
 499
 500
 501
 502
 503
 504
 505
 506
 507
 508
 509
 510
 511
 512
 513
 514
 515
 516
 517
 518
 519
 520
 521
 522
 523
 524
 525
 526
 527
 528
 529
 530
 531
 532

Centro de Salud Pública vicio Médico Nac. EE.		CARNET DE MED. CURATIVA	
Espinosa Celso Jose		45	72222472
Apellido, Paterno, Materno y Nombre imponible		Nº SIEMERSA	
Espinosa Celso Jose		72222472	
Apod. Paterno, Materno, Nombre y Tipo Cargo Fam.		Nº SIEMERNA	
Wills Salinas Block 14 Dto. Are.		6378715	
Domicilio Imponible		Nº Céd. Identidad	
Fca. C. GARCIA TIL. Lda.		183871577	
Nombre del Empleador		Caja de Previsión	
14-8-1963		78-076	
Fecha Emisión		Remuneración Total	
14-8-1963		183871577	
Fecha Expiración		Fecha Emisión	
Firma del Beneficiario o su representante legal		Firma y Timbre Autoridad	
VALIDO POR 2 AÑOS		183871577	

Documentos de traslado y nuevas comunas

[illegible]

SERVICIO DE VIVIENDA Y URBANIZACION
REGION METROPOLITANA

SANTIAGO,

SEROR:
OCUPANTE DE DEPARTAMENTO
POBLACION "SAN LUIS"
LAS COMES
P R E S E N T E .-

Pongo en su conocimiento, que el
Servicio de Vivienda y Urbanización está acondicionando un
cubiente, que haga posible su reubicación en condiciones -
adecuadas y salubres, en tanto que el Departamento quí-
UD, ocupa ilegalmente, ha sido transferido a otra Instalación.

El esfuerzo económico que signifi-
ca al Servicio la reparación de la vivienda donde vive a
sea trasladado, supone por su parte, la necesidad de hacer
entrega de la que actualmente ocupa en adecuadas condi-
ciones de habitabilidad. En tal hecho, ve a sus servicios por
funcionarios de SERVIU en la oportunidad, posibilitando la
reubicación sólo a aquellas personas que hayan demostrado
el debido cuidado en el mantenimiento del Departamento.

Creamos que Ud, sabrá apreciar, y sea
ponderar en consecuencia, la oportunidad que SERVIU le ofe-
ce, de obtener una vivienda perfectamente habitable, que
le será entregada en término definitivo, previo el cumpli-
miento del requisito técnico y de los demás que señala el
Reglamento.

Saluda Atte, a Ud.,
R. Gutiérrez
RAMON GUTIERREZ HENRIQUEZ
ASOMADO
SUBDIRECTOR OPERACIONES
HABITACIONALES
SERVIU METROPOLITANO.

RON. Rgm.-

SERVICIO DE VIVIENDA Y URBANIZACION
REGION METROPOLITANA


SUBDIRECCION DE OPERACIONES
DEPARTAMENTO DE PROPIEDADES
ADMINISTRACION DE INMUEBLES

NOTIFICACION

Se notifica a don (a) Lucia Crillan N......
actual ocupante del Depto. 202 Block 14 de la Población
San Luis de Las Condes, que será reubicado (a) en Población..
Santa Liza.....Block 38 Manzana,
No Depto. 33 No Casa 1.....

Su traslado se ha fijado para el día 23 de Abril..
1980, y a partir de esa fecha, Ud. deberá responsabilizar-
se de su cuidado, como así también de los pagos de luz y agua
que se originen en el futuro.

Firma Ocupante
P. 5.071.734
SP
Santiago, 14 de Abril de 1980

 banasco 6
Funcionario


NOVIEMBRE


1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30

Noviembre **4**
Martes

08.00 Sta
08.30 PAUCIA SAC MARTIN
09.30 SEDAÑO 23
10.00
11.00 SOLICITA CERTIFICADO POR
12.00 EL TRAMADO DE LA
13.00 LUIS DE LAS CONDES A
13.30 JUANES BEYTA VALENCA
14.00
14.30 ROL VU 2152
15.00
15.30
16.00 Afe
16.30 Bo
17.00
17.30 Sustento Soto
18.00
18.30 02/02/92
19.00
19.30
20.00

45ª Semana / Carlos

 **JEF**
ARCHIVO CENTRALIZADO



SP (2) FISCO MINISTERIO DEFENSA
PARQUE 2830 DP 22
PEDRO AGUIRRE CERDA
C. 343671

REC: 01983-010

SANTIAGO, 10 de FEBRERO de 1999

NOTIFICACION

REP: RESOLUCION NO. A16/89 98
DEL 16-12-98
FOLIO: 210.724

LE INFORMAMOS QUE EL SERVICIO DE IMPUESTOS INTERNOS HA ACTUALIZADO LA TASACION FISCAL DEL BIEN RAIZ QUE SE INDICA SEGUN EL SIGUIENTE DETALLE:

VIGENCIA DE LA TASACION		PRIMER SEMESTRE DE 1999
COMUNA	COMUNA	PEDRO AGUIRRE CERDA
NUMERO DE ROL	NUMERO DE ROL	01983-010
DIRECCION	DIRECCION	PARQUE 2830 DP 22
DESTINO	DESTINO	HABITACIONAL
AVALLU TOTAL	AVALLU TOTAL	4.436.465
AVALLU EXENTO DE IMPUESTO	AVALLU EXENTO DE IMPUESTO	4.436.465
AVALLU AFECTO A IMPUESTO	AVALLU AFECTO A IMPUESTO	0

LOS VALORES ESTAN EN MONEDA DEL SEGUNDO SEMESTRE DE 1998, Y SE REAJUSTAN SEMESTRALMENTE SEGUN LA VARIACION QUE EXPERIMENTE EL I. P. C.

SU PROPIEDAD ESTA EXENTA DEL PAGO DE CONTRIBUCIONES DE BIENES RAICES A PARTIR DEL PRIMER SEMESTRE DE 1999

SERVICIO DE IMPUESTOS INTERNOS

CORRECCION DE DATOS

Señor(a) Propietario(a):
Si su nombre o RUT no estuviesen correctos y/o desea el envío de los Avisos de Pago a otra dirección, sírvase llenar el formulario que está al reverso, adjuntar los antecedentes requeridos y enviarlos al Clasificador 1 Correo 21, Santiago, dentro de los próximos 60 días.

COMUNA
NUMERO DE ROL
PEDRO AGUIRRE CERDA
01983-010


SERVICIO DE VIVIENDA Y URBANIZACION
REGION METROPOLITANA
AREA ESTE.

El Sr. Nidia del Parlamento Muriel.....domiciliado en
Población San Luis de Las Condes Block No 14.....
Depto. 14..... Comuna de Las Condes, está autorizado para
trasladarse a la Población Santa Liza.....
Block No 38..... Depto No 33..... en el término de ..
.....días desde la fecha de esta notificación.

Agradeceré otorgarle las facilidades necesari-
as para que pueda cambiarse de domicilio, en la fecha indicada.

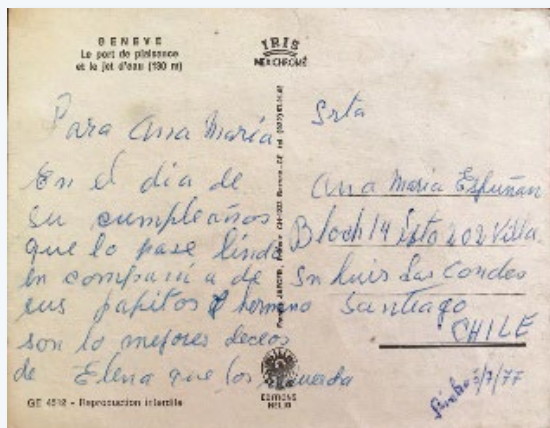
Graciela Jara 5. Agosto

SANTIAGO, 20 - Julio 1976



SERVU METROPOLITANO
COPIA FIEL DEL
ORIGINAL
ARCHIVO CENTRALIZADO

Documentos varios



TELEMUNDI S. A. D.
VICIUA MACKENIA 226 - FONO 98098
SANTIAGO

22 3 73 N° 17584

BOLETA DE COMPRA-VENTA

CLIENTE: *Melillán* *Manuel* *Luisa Kristina*
DOMICILIO: *Carlos Cortes Block 14 # 202* *Stgo*
DESPACHAR A: *Stgo*

ARTICULO	CODIGO	CANTIDAD	VALOR
<i>TV. model 82 235 c/s</i>		<i>1</i>	<i>12.000</i>
<i>N° 107816</i>			
TOTAL			<i>12.000</i>

FORMA DE PAGO
CODIGO CUENTA VALOR

Clientes	14.1	<i>12.000</i>
Val. por Dep.	14.4	
Val. por Cobrar	14.7	
Letras en Tránsito	14.8	
Estados de Saldo	14.9	
Anticipos	22.9	
Bonos por Cobrar	14.2	

ESTE TELEVISOR TIENE UNA GARANTIA DE 90 DIAS POR LA PANTALLA (TRC) Y DE 30 DIAS POR LOS AMBOS CONTROLES. AL COMPRADOR LE QUEDARA TIPO DE GARANTIA SOBRE LOS COMPONENTES DE ESTE TELEVISOR QUEDA SIN EFECTO.

OBSERVACIONES:

Firma Cliente: *[Signature]*
Firma y No Vendedor: *[Signature]*
Jefe Local: *[Signature]*

Form. 1007 - Lince

TELEMUNDI

CERTIFICADO DE GARANTIA N° 107816

ARTICULO: *TV. modelo 82 235 c/s*

NOMBRE: *LUCIA MELILLAN N.*

DIRECCION: *CARLOS CORTES BLOCK 14 # 202*

FONO: *Stgo.*

CIUDAD: *Stgo.*

TELEMUNDI S. A. D.
VICIUA MACKENIA 226 - FONO 98098
SANTIAGO

22 3 73 N° 17584

ORDEN DE DESPACHO
BOLETA DE COMPRAVENTA

CLIENTE: *Melillán* *Manuel* *Luisa K.*
DOMICILIO: *Rem. Carlos Cortes Block 14 # 202* *Stgo*
DESPACHAR A: *Stgo*

ARTICULO Y N° CHASSIS	CODIGO	CANTIDAD	VALOR
<i>TV. model 82 235 c/s</i>		<i>1</i>	<i>12.000</i>
<i>N° 107816</i>			
TOTAL			<i>12.000</i>

N° Camión: *[Blank]* Recibi Conforme: *[Signature]*

Jefe Despacho: *[Signature]* Firmas Cliente: *[Signature]*

Form. 1007 - Lince

Objetos



Directiva Fundación Desalojados Villa San Luis

Gertrudis Antonieta Miranda Ábalos (presidenta)
José Marcelo Epuñan Melillán (vicepresidente)
Ana María Epuñan Melillán (secretaria)
Gladys Arriagada Álvarez (tesorera)
Adela del Carmen Bustamante Muñoz (directora)
Felisa del Carmen Miranda Ábalos (directora)
Juana Albornoz Lavín (directora)

Curadora

Beatriz Bustos Oyanedel

Coordinadora

Josefina Fueyo Heyer

Coordinadora Mesas de diálogo

Clara Irrázaval Bustos (socióloga)
Facilitadoras Mesas de diálogo:
Matilde Elton Medina (socióloga)
Emilia Gallo Hernández (trabajadora social)
Natalia Huerta Álvarez (trabajadora social)
Catalina Herrera Leiva (trabajadora social)
Catalina González Ríos (psicóloga)

Dirección audiovisual y registro

Freddy Ibarra González - Formato Humano Producciones.

Ayudante registro audiovisual

Felipe Briceño Salinas

Edición e investigación histórica preliminar

Soledad Hernández Tocol

Transcripciones

Fernanda Casorzo Pino

Diagramación memoria

David Parra Arias

Santiago de Chile, enero de 2023.